EL PAJE DEL DUQUE DE SABOYA

Alejandro Dumas



Alejandro Dumas

EL PAJE DEL DUQUE DE SABOYA

ÍNDICE

I
EL CAMPAMENTO DE CARLOS V Y SUS ALREDEDORES

Traslademonos sin prólogo ni preámbulo a la época en que reinan Enrique II en Francia, María Tudor en Inglaterra, y Carlos V en España, Alemania, Flandes, Italia y las dos Indias, o lo que es igual, en la sexta parte del mundo.

Empieza la escena en el día 5 de mayo de 1555, cerca de la pequeña ciudad de Hesdin-Fert, recién reedificada por Manuel Filiberto, príncipe del Piamonte, para reemplazar la de Hesdinle-Vieux, por él tomada y destruida en el año anterior; y, por lo tanto, nos hallamos en la parte de la Francia antigua, que a la sazón llamaban Artois, y en el día denominamos departamento del Paso de Calais. Decimos Francia antigua, porque el Artois estuvo unido por poco tiempo al patrimonio de nuestros reyes por Felipe Augusto, vencedor de San Juan de Acre y de Bouvines. Transmitido en 1180 a la casa de Francia y cedido en 1237 por San Luis a Roberto, su hermano menor, perdióse en manos de Mahaud, Juana I y Juana II, pasando luego al conde Luis de Mâle, cuya hija lo transmitió con los condados de Flandes y Nevers, a la casa de los duques de Borgoña. Por último, muerto Carlos el Temerario, el día en que María de Borgoña, última heredera del famosísimo nombre y de los innumerables bienes de su padre, unióse con Maximiliano, hijo del emperador Federico III, fue a unir su nombre y riquezas al dominio de la casa de Austria, los que desaparecieron en él como un río en el océano.

Gran pérdida fue para Francia, pues Artois era una provincia rica y hermosa, y hacía tres años que con caprichosa fortuna Enrique II y Carlos V luchaban cuerpo a cuerpo, pie a pie y cara a cara; éste para retenerla y aquel para quitársela. Durante esta guerra encarnizada, en que el hijo hallaba al antiguo enemigo de su padre y como éste debía tener su Marignan y su Pavía, cupiéronles a entrambos días prósperos y adversos, victorias y derrotas. Francia vio que el desordenado ejército de Carlos V levantaba el sitio de Metz, y apoderóse de Mariemburgo, Bouvines y Dinan, y entretanto el imperio, por su parte, tomó por asalto a Therouanne y Hesdin, y exasperado por su derrota de Metz, redujo a cenizas la una y destruyó la otra.

No exageramos al comparar a Metz con Marignan, puesto que un ejército de cincuenta mil infantes y catorce mil caballos diezmados por el frío, por la enfermedad y, digámoslo también, por la bizarría del duque Francisco de Guisa y de la guarnición francesa, desvanecióse como el humo, dos mil tiendas y ciento veinte piezas de artillería. Era tal el desaliento, que los fugitivos, ni aún trataban de defenderse, y persiguiendo Carlos de Borbón un cuerpo de caballería española, el capitán que lo mandaba hizo alto y se dirigió al jefe enemigo, diciéndole:

––Quien quiera que seas, príncipe, duque o simple caballero, si te bates por la gloria, busca otra ocasión, pues hoy matarías a hombres que ni pueden huir ni resistirse.

Envainó Carlos de Borbón la espada, mandando que hiciese lo mismo su gente, mientras que el capitán español proseguía con la suya la retirada sin ser acosado. Lejos de imitar esta clemencia, tomada Therouanne, mandó Carlos V que la saqueasen y arrasaran, destruyendo así los edificios profanos como las iglesias, los monasterios y los hospitales, no dejando, en fin, la menor señal de muralla; y temeroso de que quedara piedra sobre piedra, mandó que los habitantes de Flandes y del Artois dispersaran los restos de la ciudad. Como la guarnición de Throuanne había causado poderosos daños a las poblaciones del Artois y de Flandes, acudieron éstas con palas y picos, y la ciudad desapareció como Sagunto bajo las plantas de Aníbal, y como Cartago al furor de Escipión.

Igual suerte cupo a Hesdin, la que pudo a lo menos reedificarse sobre sus ruinas gracias a Manuel Filiberto, general en jefe de las tropas imperiales en los Países Bajos, quien en pocos meses llevó a cabo esa inmensa obra, viendo alzarse como por ensalmo una ciudad nueva a un cuarto de legua de la antigua. Situada entre los pantanos del Mesnil y junto al Canche, la nueva ciudad tenía excelentes fortificaciones que a los ciento cincuenta años todavía causaron la admiración de Vauhan, no obstante haberse variado ya completamente el sistema de defensa de las plazas.

Para que la ciudad se acordara de su origen, nombróla su fundador Hesdin-Fert, cuyas últimas cuatro letras son las mismas que con la cruz blanca concediera el emperador de Alemania después del sitio de Rodas a Amadeo el Grande, duodécimo conde de Saboya, y significaban: *Fortítudo ejus Rhodum tenuit*, o sea: Su esfuerzo salvó a Rodas.

No será ese el único milagro debido a la promoción del joven general a quien Carlos V acababa de entregar el mando del ejército.

Merced a la rígida disciplina que había restaurado, comenzaba a respirar el desventurado país que desde hacía tres años era teatro de la guerra: Manuel Filiberto dictó severísimas órdenes prohibiendo el robo y el merodeo, conminando con la pena de muerte a los soldados cogidos in fraganti y a los jefes contraventores con la de arresto más o menos largo en sus tiendas a la vista de todo el ejército; de lo que resultaba que como el invierno de 1554 a 1555 casi había puesto término a las hostilidades, los habitantes del Artois acabaron de pasar cuatro o cinco meses que juzgaron dignos de figurar en la edad de oro, comparados con los tres años pasados entre el sitio de Metz y la reedificación de Hesdin.

De cuando en cuando aún se veía algún castillo incendiado, alguna casa saqueada, ya por los franceses que dueños de Abbeville, Doullens y Montreuil-sur-Mer, hacían correrías en territorio enemigo, bien por los ladrones incorregibles que pululaban en el ejército imperial; sin embargo, era tan activo Manuel Filiberto en perseguir a los franceses y tan riguroso en castigar a los imperiales, que cada día eran más raras tales catástrofes.

Así, pues, hallábanse las cosas en la provincia de Artois y particularmente en los alrededores de Hesdin-Fert el día en que da comienzo nuestra narración, o sea el 5 de mayo de 1555.

Descrita la situación moral y política del país, pasemos a dar una idea de su aspecto material, muy diferente del que hoy día ofrece, merced a las innovaciones de la industria y agricultura.

Cualquiera que a cosa de las dos de la tarde de dicho día se hubiese encontrado en la torre más alta de Hesdin, vuelto de espaldas al mar, hubiera abarcado el horizonte extendido en semicírculo desde la punta septentrional de la cordillera, tras la cual se oculta Bethune, hasta la última cresta meridional de la misma, al pie de la cual elevábase Doullens; habría visto estrecharse hacia las orillas del Canche la hermosa y sombría selva de Saint-Pol-sur-Ternoise, cuya vasta alfombra verde, tendida como un manto sobre las colinas, bañaba su orla al pie de la opuesta vertiente en las fuentes del Scarpe, pues en cuanto al Escalda es lo que el Saona al Ródano y el Mosela al Rhin.

A la derecha de la selva, y por lo tanto, a la izquierda del observador, a quien suponemos situado en la torre más elevada de Hesdin-Fert, hubiera percibido también en medio de la llanura y al abrigo de las mismas colinas que cierran el horizonte, las aldeas de Henchin y Fruges entre azuladas humaredas que, envolviéndolas como en transparente gasa o diáfano velo, denotaban que a pesar de los primeros días de primavera, los frioleros habitantes de aquellas provincias aún no se habían despedido del fuego, alegre cuanto benigno amigo en invierno.

Más allá de las dos aldeas y semejante a un centinela que se hubiera atrevido a salir de la selva y mal tranquilizado no hubiese osado apartarse de la linde, alzábase un hermoso edificio, granja y castillo en una pieza, llamado el Parcq. Cual dorada cinta flotante sobre la verde llanura, distinguíase el camino que partiendo de la puerta de la granja se dividía luego en dos brazos, uno de los cuales llevaba en derechura a Hesdin, y dando el otro vuelta a la selva, revelaba las relaciones entabladas entre los habitantes del entabladas y las aldeas de Prevent, Auxyle-Château y Nouvion en Ponthíeu.

La llanura que se extendía desde las tres aldeas hasta Hesdin formaba la cuenca opuesta a la que acabamos de describir, colocada como estaba a la izquierda de la selva de Saint-Pol, y por tanto, a la derecha del observador ficticio que nos sirve de centro de apreciación. Esta era la parte más notable del paisaje, no por la naturaleza del terreno, sino por la circunstancia fortuita que entonces la animaba, pues en tanto que la llanura del otro lado únicamente estaba cubierta de verdes mieses, ésta se hallaba casi del todo ocupada por el campamento atrincherado del emperador Carlos V, campamento que comprendía una ciudad de tiendas, en cuyo centro, como nuestra Señora de París en la Cité, como el castillo de los Papas en Aviñón y como un navío en las rizadas aguas del océano, elevábase el pabellón imperial de Carlos V, ondeando en sus cuatro

ángulos otros tantos estandartes, uno solo de los cuales bastaba para satisfacer la ambición humana: el estandarte del Imperio, el de España, el de Roma y el de Lombardía.

Que aquel conquistador, aquel héroe, aquel victorioso, según le denominaban, había sido coronado cuatro veces: en Toledo con la corona de diamante, cual Rey de España y de Indias; en Aquisgrán con la de plata, como Emperador de Alemania; y en Bolonia con la de oro, como Rey de los romanos, y con la de hierro, como Rey de los lombardos; y cuando intentaban resistirse a su voluntad de hacerse coronar en Bolonia y no en Roma o en Milán según era costumbre, cuando alegaban el breve del Papa Esteban que prohibe sacar del Vaticano la corona, y el decreto del emperador Carlomagno ordenando que no salga de Monza la de hierro, el vencedor de Francisco I, de Soliman y de Lutero, contestó con altivez que no acostumbraba a correr tras las coronas, sino a que éstas en pos de él corrieran. Y nótese bien que entre los cuatro estandartes destacábase el suyo propio, el cual presentaba las columnas de Hércules, no ya como los límites del antiguo mundo, sino como las puertas del nuevo, haciendo ondear aquella ambiciosa divisa que con su mutilación se engrandeciera: *Plus ultra*.

A unos cincuenta pasos del pabellón imperial elevábase la tienda del general en jefe Manual Filiberto, igual a las de los demás caudillos, diferenciándose por un doble estandarte con las armas de Saboya el uno, cruz de plata en campo de gules y las cuatro letras F. E. R. T., cuyo valor ya hemos explicado, y el otro con las armas particulares de Manuel, representativas de una mano elevando al cielo un trofeo de lanzas, espadas y pistolas, con esta divisa: *Spoliatis arma supersunt,* o sea: *a los despojados les quedan las armas.* El resto del campamento hallábase dividido en cuatro cuarteles, en medio de los cuales corría el río, que tenía tres puentes: el primer cuartel estaba destinado a los alemanes, el segundo a los españoles, el tercero a los ingleses, y el cuarto contenía el parque de artillería, completamente restaurado desde la derrota de Metz, aumentado en ciento veinte cañones y quince bombardas, merced a las piezas francesas tomadas en Therouanne y Hesdin.

En la recámara de estas últimas piezas había mandado grabar el emperador sus dos palabras favoritas: *Plus ultra*. Detrás de los cañones y bombardas estaban puestos en triple fila los armones, con centinelas que espada en mano cuidaban de que nadie se acercara a las municiones, volcanes que a la menor chispa se habrían inflamado. Fuera del recinto había otros centinelas. Por las calles del campamento, colocadas como las de una ciudad, circulaban millares de hombres con una actitud militar templada por la gravedad alemana, la arrogancia española y la flema inglesa; y mientras brillaban al sol las armas, jugueteaba el aire en caprichoso vuelo entre aquellos estandartes, banderas y pendones, cuyos sedosos pliegues y hermosos colores a su impulso ondulaba.

La actividad y el murmullo que siempre reinan en la superficie de las muchedumbres y de los mares, formaban singular contraste con el silencio y soledad de la otra llanura donde el sol no iluminaba más que el movible mosaico de las mieses en distinta sazón, y el aire sólo agitaba las flores con que las doncellas entretejen coronas de púrpura y zafir para engalanarse el domingo.

Y ahora, ya que en el primer capítulo de nuestra obra hemos descrito lo que abarcaba la vista de un hombre colocado en la torre más elevada de Hesdin-Fert durante el 5 de mayo de 1555, digamos en el segundo lo que no distinguiría el más lince.

II
LOS AVENTUREROS

Lo que a la vista más perspicaz se escondiera, es lo que estaba pasando en la parte más poblada y por consiguiente más obscura de la selva de Saint-Pol-sur-Ternoise, en el fondo de una gruta que los árboles cobijaban con su sombra y la hiedra envolvía en sus redes, mientras para mayor seguridad de los que la ocupaban, un centinela escondido en la maleza y echado boca abajo, tan inmóvil como el tronco de un árbol, cuidaba de que ningún profano viniese a turbar el importante conciliábulo a que asistiremos con el lector que desee seguirnos, ya que a fuer de novelistas gozamos el privilegio de que se nos abran todas las puertas.

Y toda vez que el centinela vuelve los ojos al ruido que causa un corzo saltando despavorido por los helechos, aprovechemos esta ocasión para entrar sin ser vistos en la cueva y observar tras una peña todos los pormenores de la acción que en ella sucede. Ocupan la guarida nueve hombres de rostros, trajes y temperamentos diversos, bien que a juzgar por las armas que llevan o yacen en el suelo al alcance de sus manos, parece que han abrazado la misma carrera.

Uno de ellos, con los dedos manchados de tinta, de perspicaz y astuta fisonomía, mojando una pluma, de cuyo corte quita de vez en cuando algún pelo de los que se hallan en la superficie del papel mal fabricado;

mojándola, decimos, en un tintero de asta semejante a los que llevan los curiales, los amanuenses y los alguaciles, escribe sobre una tosca mesa de piedra, ínterin otro con la paciencia e inmovilidad de un candelero, alumbra con una tea al escribiente la mesa y papel, y con ráfagas más o menos fuertes, a sí mismo y sus otros seis compañeros.

Trátase seguramente de un contrato que interesa a toda la compañía, pues así lo indica el afán con que cada cual toma parte en su redacción.

Entre esos hombres hay tres, empero, que al parecer se interesan menos que los demás en aquella cuestión de forma. El primero es un apuesto mancebo de veinticuatro o veinticinco años, que viste peto de ante, jubón de terciopelo castaño, si bien algo ajado, con mangas acuchilladas a la última moda, cuatro dedos más largo que el peto, calzones de paño verde también acuchillados, y botas de campana. Canta un rondó de Clemente Marot, retorciéndose con una mano el negro bigote y alisándose con la otra el cabello, que lleva algo más largo de lo que permite la moda, sin duda por no perder las ventajas de la suave ondulación de que lo ha dotado la naturaleza.

El segundo es un hombre que frisa en los treinta y seis años, cuya edad puede apenas suponerse a causa de las numerosas cicatrices que le cruzan el rostro, con parte del pecho y los brazos desnudos y llenos también de cicatrices. Curase una herida en el izquierdo, cogiendo con los dientes la punta de una venda que aprieta las hilas recién empapadas de cierto bálsamo, cuya receta le facilitó un gitano, y que, según él mismo dice, es muy eficaz, sin prorrumpir la menor queja, tan insensible, al parecer, como si el miembro que está curándose fuese de roble o de hierro.

El tercero es un sujeto de cuarenta años, alto delgado, de cara descolorida y talante ascético, que de rodillas en un rincón y con un rosario en la mano, reza con gran desparpajo, dejando de vez en cuando el rosario para golpearse con fuerza el pecho, y después de pronunciar en alta voz el triple *mea culpa,* vuelve a tomar el rosario que en sus manos gira con la rapidez de un *combolio* en las de un *dervis.*

Los tres personajes que nos faltan describir tienen, a Dios gracias, un carácter no menos marcado que los cinco precedentes.

Apoyado uno de ellos con ambas manos en la mesa donde otro escribe, mira con suma atención todos los rasgos y curvas que traza la pluma, y es el que más indicaciones hace respecto del contrato que se redacta. Digamos empero, que, si bien egoístas, sus observaciones, son casi siempre ingeniosas, o llenas de buen sentido, por más que la sensatez y el egoísmo parezcan cualidades encontradas. Tiene cuarenta y cinco años, ojos astutos, pequeños y hundidos, y grandes cejas rubias.

Tendido otro en el suelo, en una piedra, aguza con grande ahínco su embotada daga, sacando la lengua y ladeándola, claro indicio de la atención y el interés con que desempeña su trabajo, interés y atención que, sin embargo, no son parte para que deje de prestar oído a la discusión, aprobando con la cabeza si el escrito se encuentra a su gusto; y si, por el contrario, ofende su moralidad o echa por tierra sus cálculos, se levanta, acércase al escribiente, pone la punta de la daga en el papel, diciendo: ¡Perdonad! ¿qué habéis dicho? y no la quita hasta quedar completamente satisfecho con la explicación, demostrándolo así con una frotación más empeñada en la daga contra la piedra, gracias a lo cual pronto recobrará el apreciado instrumento su primitiva punta.

Reconozcamos ahora que en cuanto al personaje que vamos a diseñar, anduvimos equivocados al incluirle en la categoría de los que se ocupan en los intereses materiales que están discutiéndose entre el amanuense y los circunstantes, pues de espaldas a la pared de la cueva, caídos los brazos y elevados los ojos a la húmeda y sombría bóveda en que juguetean cual caprichosos duendes los inquietos rayos de la tea, el personaje a que nos referimos parece a la vez soñador y poeta. ¿Qué busca en este momento? ¿Quizá la solución de algún problema como los que acaban de resolver Cristóbal Colón y Galileo? ¿La forma tal vez de un terceto como los componía Dante, o de una octava como las que cantaba Tasso? Dudas son esas que nos resolvería el demonio que en él vigila y cuida tan poco de la materia, absorto como está en la admiración de las cosas abstractas, que deja caer a jirones la parte del vestido del digno poeta que no es de hierro, cobre o acero.

Y puesto que, bien o mal, hemos bosquejado los retratos, digamos sus respectivos nombres.

El que lleva la pluma se llama Procopio; normando de nacimiento, es casi jurista por educación, y atesta la conversación de axiomas tomados del derecho romano y aforismos derivados de las Capitulares de Carlomagno; quien pacta con él por escrito, tendrá pleito encima, y si se contenta con su palabra, su palabra es de oro, si bien en su manera de obrar no siempre está él de acuerdo con la moralidad como el vulgo la entiende. Citemos un ejemplo, el que le impelió a la vida aventurera en que le hallamos. Un noble señor de la corte de Francisco I sabía que el tesorero debía llevar del Arsenal al Louvre mil escudos de oro, y propuso un negocio a Procopio y a tres compañeros suyos, el cual estaba en detener al tesorero en la esquina de la

calle de San Pablo, robarle los mil escudos y repartirlos del modo siguiente: quinientos al gran señor, que esperaría en la plaza Real a que se hubiese dado el golpe, y que a fuer de gran señor, pedía la mitad de la suma; la otra mitad para Procopio y sus tres camaradas, a cada uno de los cuales corresponderían ciento veinticinco escudos. Empeñada por ambas partes la palabra, llevóse a cabo la proeza del modo convenido, y después de echar al río el cadáver del tesorero, los tres amigos de Procopio aventuraron la proposición de dirigirse hacia Nuestra Señora en vez de dirigirse a la plaza Real, y quedarse con los mil escudos de oro en vez de entregar quinientos al duque o gran señor; más Procopio les recordó lo pactado, diciéndoles con gravedad:

—– Mirad, señores, que faltaríamos a nuestra palabra, y engañaríamos a un parroquiano. Ante todo la lealtad. Daremos al duque los quinientos escudos que le corresponden, desde el primero hasta el último; pero *distinguimus,* —–continuó al notar que la proposición causaba murmullos—–*; distinguimus:* cuando se los haya metido en el bolsillo y nos haya reconocido por hombres honrados, nada impide que vayamos a emboscarnos en el cementerio de San Juan, por donde sé que ha de pasar; el lugar es desierto y muy a propósito para las emboscadas. Trataremos al duque como al tesorero, y puesto que el cementerio de San Juan no dista mucho del Sena, mañana podrán hallar a los dos en las redes de Saint-Cloud. De este modo, en vez de ciento veinticinco escudos, tendremos doscientos cincuenta cada uno, de cuya cantidad podremos gozar sin remordimiento, habiendo cumplido fielmente nuestra palabra con el bueno del duque.

Aceptada con entusiasmo la proposición, hízose todo como se había dicho; más fue tal la prisa que se dieron en arrojarle al río, que los cuatro asociados no notaron que el duque todavía respiraba. La frescura del agua le volvió las fuerzas, y en vez de ir a parar a Saint-Cloud según suponía Procopio, llegó al muelle de Greves, anduvo hasta el Chátelet, y dio al preboste de París, señor de Estourville, las señas exactas de los cuatro malhechores, quienes al otro día juzgaron conveniente alejarse de París, temerosos de una causa que, no obstante de lo versadísimo que Procopio estaba en el derecho, tal vez les hubiera costado la vida, cosa a la cual tiene siempre bastante cariño hasta el hombre más dado a la filosofía.

Nuestros cuatro rufianes fuéronse pues, de París, tomando cada cual la dirección de uno de los cuatro puntos cardinales. Tocóle a Procopio el Norte, y de ahí que tengamos el gusto de hallarle en la gruta de Saint-Pol-sur-Ternoise, redactando por libre elección de sus nuevos compañeros, hecha en razón de su mérito, el importante contrato de que luego hablaremos.

El que alumbra a Procopio se llama Reinrich Scharfenstein, digno sectario de Lutero, que entró con su sobrino Frantz Scharfenstein a sevir en el ejército francés por el mal comportamiento de Carlos V respecto de los hugonotes. Son dos colosos animados, al parecer, de una misma alma y dirigidos por un solo espíritu. Aunque muchos pretenden que no basta un solo espíritu para dos cuerpos de seis pies de estatura cada uno, ellos son de otra opinión, y prueban que las cosas están como deben. En la vida ordinaria, pocas veces se dignan valerse de un auxiliar cualquiera, hombre, instrumento o máquina, para el logro del fin que se proponen, y si este fin es mover una mole, en lugar de buscar como los sabios modernos los medios dinámicos que empleó Cleopatra para trasladar sus naves del Mediterráneo al mar Rojo, o las máquinas de que se sirvió Tito para levantar las enormísimas piedras del circo de Flaviano, rodean sencillamente con sus cuatro brazos el objeto que quieren remover, enlazan la inquebrantable cadena de sus acerados dedos, hacen un esfuerzo simultáneo con la regularidad que distingue todos sus movimientos, y el objeto deja el lugar que tenía por el que debe ocupar. Si se trata de escalar alguna pared o subir una ventana, en vez de arrastrar como sus compañeros una pesada escala que les molestan cuando han alcanzado su propósito o que han de abandonar como cuerpo del delito cuando fracasa el plan, van con las manos vacías al lugar donde han de obrar, y cualquiera de ambos se apoya en la pared para que el otro se le suba a los hombros y si es necesario a las manos levantadas sobre la cabeza, llegando así y con ayuda de sus propios brazos a una altura de dieciocho o veinte pies, la cual es casi siempre lo bastante para alcanzar la cima de una pared o el alféizar de una ventana.

Para pelear usan el mismo sistema de asociación física: andan uno al lado de otro y con paso igual, hiriendo el uno entre tanto el otro despoja; y si aquel se cansa de herir, entrega la espada, la maza o el hacha a su compañero diciéndole: *Ahora tú;* y entonces el que hería despoja, y el que despojaba hiere. Por lo demás, el modo de herir de entre ambos es conocido y muy apreciado, si bien, en general, se aprecian más sus brazos que sus cabezas, más su fuerza que su inteligencia, por cuya razón al uno le han puesto de centinela fuera y al otro de candelero dentro.

Respecto al mozo de negro bigote y cabello rizo que se retuerce el uno y se compone el otro, es parisiense de nacimiento, francés de corazón y llámase Ivonnet. A las prendas físicas que de él hemos descrito, hay que añadir manos y pies de mujer, en tiempo de paz quéjase frecuentemente como el sibarita antiguo, y la arruga de un traje le molesta; es perezoso si ha de andar, dánle vahídos si ha de subir y se marea si ha de

pensar; impresionable y nervioso como una doncellita, su sensibilidad exige los mayores cuidados; de día detesta las arañas, tiene horror a los sapos y se pone malo a la vista de un ratón; la obscuridad le es antipática, y para arrostrarla es preciso que le domine una gran pasión; y si le dan alguna cita nocturna, casi siempre llega temblando y espeluznado a los pies de su dama, de manera que para reponerse necesita tantas frases tranquilizadoras, tantas tiernas caricias y atentos cuidados como Hero prodigaba a Leandro al entrar éste en su torre chorreando agua de los Dardanelos.

Cierto que al oír el clarín, cierto que al oler la pólvora, cierto que al ver pasar los estandartes ya no es Ivonnet el mismo hombre; su transfiguración es completa, no más pereza, no más vahidos, no más mareos, la doncellita se convierte en fiero soldado que hiere de punta y corte, es un verdadero león con férreas garras y agudos dientes, y él que vacilaba en subir una escalera para llegar a la alcoba de una beldad, sube por una escala o se encarama por una cuerda y cuélgase de un hilo para llegar primero que nadie a lo alto de la muralla. Acabado el combate, lávase con mucho cuidado manos y rostro, muda de traje y poco a poco vuelve a ser el doncel que ahora está atusándose el bigote, arreglándose el pelo y con la punta de los dedos se sacude el impertinente polvo.

El que se venda la herida del brazo se llama Malamuerte, hombre de triste y sombrío carácter, cuya sola pasión, cuyo único amor, cuya alegría única es la guerra, pasión desdichada, amor mal pagado, alegría efímera y funesta, pues apenas ha saboreado la carnicería, cuando por el riego y desenfrenado ardimiento con que se lanza a la refriega y el poco cuidado que se toma de parar los golpes al descargarlos a los demás, recibe una tremenda lanzada o un formidable balazo que le derriba, quejándose lastimosamente, no del daño que le causa la herida, sino de no poder proseguir la broma. Afortunadamente cura pronto de las heridas. En la actualidad tiene veinticinco, tres más que César, y si continúa la guerra, confía recibir otras veinticinco antes de que ponga inevitable fin a esta carrera de glorias y fatigas.

El flaco personaje que se encomienda a Dios en un rincón y reza el rosario de rodillas, es un fervoroso católico, llamado Lactancio, mira horrorizado la proximidad de los dos Seharfenstein, temeroso de que su herejía no le contamine. Obligado por la profesión que ejerce a batirse con su hermanos y matarlos cuanto antes, impónese toda clase de austeridades para equilibrar tan terrible necesidad. La sobrevesta de paño que en estos momentos lleva, sin chaleco ni camisa, directamente sobre el cuerpo, hallase forrada de una cota de malla, dado caso empero que la cota no sea la tela del forro, como quiera que sea, en la lid lleva la cota encima, para que le sirva de coraza, y acabando el combate llévala debajo, para cambiarla en silipio. Por lo demás, contentísimo puede quedar quien a sus manos muere, pues no han de faltarle las oraciones de este santo varón; en el último encuentro mató dos españoles y un inglés, y como aún debe rogar mucho por ellos, sobre todo por la herejía del inglés, a quien no puede bastar un *De profundis* vulgar, está rezando gran copia de *Padre Nuestros y Ave Marías,* dejando que sus amigos se ocupen por él en los intereses temporales que al presente se discuten. Arreglando su cuenta con el Cielo, bajará a la tierra, hará a Procopio las observaciones que más oportunas juzgue, y firmará las *llamadas y* las *palabras tachadas nulas* que tal vez reclame su tardía intervención en el contrato que se redacta.

El que está apoyado de manos en la mesa y que al contrario de Laotancio, observa con profunda atención todas las plumadas de Procopio, llámase Maldiente. Natural de Noyon e hijo de padre mainés y madre picarda, tuvo loca y pródiga mocedad, y en su edad madura quiere recobrar el tiempo perdido, preocupándose de sus negocios. Hanle acontecido infinitas aventuras, y las cuenta con una ingenuidad no destituida de gracia, si bien cumple decir que esta ingenuidad desaparece por entero cuando Maldiente debate con Procopio alguna cuestión de Derecho, en cuyo caso realizan la leyenda de los dos Gayrards, de la cual son quizá los héroes, el uno mainés y normando el otro. Maldiente sabe dar y recibir bizarramente una estocada, y aunque no tenga la fuerza de los Scharfenstein, el valor de Ivonnet ni la impetuosidad de Malamuerte, es en caso preciso un compañero con quien puede contarse, y que cuando llega la ocasión acude al auxilio de sus amigos.

El que aguza la daga y prueba su punta en la yema de su dedo se llama Pillacampo, ha servido sucesivamente a los españoles y a los ingleses, y como éstos regatean excesivamente y aquéllos no pagan suficiente, ha resuelto trabajar por cuenta propia. Pillacampo vaga por las carreteras, sobre todo de noche, y estando infestadas de salteadores todas las naciones, asalta a los salteadores, respetando únicamente a los franceses, casi compatriotas suyos. Pillacampo es provenzal y tiene corazón, de manera, que si los franceses son pobres, los socorre; si débiles, les protege; si están enfermos, les asiste; y si halla un verdadero compatriota, un hombre que haya nacido entre el monte Viso y las Bocas del Ródano, entre el Condado y Frejus, es dueño de Pillacampo en cuerpo y alma, en sangre y dinero, y ¡poder de Dios! aún parece que el favorecido es Pillacampo.

Finalmente, el nono y el último, el que arrimado a la pared y caídos los brazos eleva los ojos al Cielo, se llama Fracasso y, como ya hemos dicho, es soñador y poeta. Lejos de parecerse a Ivonnet, que es poco amigo de la obscuridad, complácese en las hermosas noches iluminadas únicamente por las estrellas; por desgracia, obligado a seguir al ejército francés, pues aunque italiano puso su espada a la causa del rey Enrique II, no es dueño de obrar según su inspiración, más ¿qué importa?, para el poeta todo es inspiración, y para el soñador todo devaneos, no obstante, propia de sofiadores y poetas, la distracción es fatal en la carrera por Fracasso abrazada, sucede con frecuencia, que en el ardor de la batalla se para de pronto para escuchar el toque del clarín, para contemplar una nube que pasa o admirar un brillante hecho de armas, y entonces el enemigo que se encuentra delante de Fracasso aprovecha su distracción para darle un terrible golpe, que saca de su delirio al soñador y de su éxtasis al poeta, pero ¡guay de ese enmigo si no ha tenido la fortuna de aturdir con el golpe a Fracasso! pues se tomará el desquite, no en desagravio del golpe recibido, sino para castigar al cócora que le ha hecho bajar del séptimo cielo donde se cernía con las matizadas alas de la fantasía y la imaginación.

Y toda vez que a semejanza del divino Homero hemos hecho la enumeración de nuestros aventureros, digamos por qu casualidad están reunidos en la gruta, y cuál es el misterioso contrato en cuya redacción tan solícitos se muestran.

III
DONDE EL LECTOR CONOCE MAS A FONDO A NUESTROS HÉROES

En la mañana del mismo día 5 de mayo de 1555, y al abrirse la puerta del Arras, salieron de Doullens cuatro hombres embozados en holgadas capas, que así escondían sus armas como les preservaban del fresco matinal; siguieron con gran cautela la orilla del Authie, subiéndolo hasta sus fuentes, de donde pasaron a la cordillera de colinas de que ya hemos hablado, y siempre con las mismas precauciones bajaron por la opuesta vertiente, llegando al cabo de dos horas a la vera de Saint-Pol-sur-Ternoise. Allí el más conocedor del terreno empezó a guiar a los demás, y ora orientándose con un árbol más o menos frondoso, ora reconociendo una peña o un charco, llegó a la entrada de la cueva a donde conducimos al lector en el anterior capítulo.

Entonces hizo seña a sus compañeros de que aguardaran un instante, miró con cierta inquietud algunas yerbas que le parecían holladas y algunas ramas quebradas recientemente, tendióse boca abajo, y arrastrándose como una culebra, ocultóse en el interior de la cueva.

Pronto oyeron los otros la voz de su amigo que interrogaba a las profundidades del antro; y como allí solo había soledad y silencio, solo el eco le respondió. Salió pues el guía, e indicándoles que podían seguirle, penetraron los cuatro en el subterráneo.

Ya dentro, murmuró el primero con satisfacción:

–– ¡Ah! *Tandem ad terminum eamus.*

–– ¿Qué quiere decir eso? interrogó uno de los tres aventureros con marcado acento picardo.

–– Quiere decir, amigo Maldiente, que nos acercamos o más bien tocamos al fin de nuestra expedición.

–– *Tisbense, señor Brogobio* ––exclamó otro aventurero––; *bero no he gombrentito pien. ¿Y dú, Heinrich?*

–– *Yo dambogo he gombrentito pien.*

–– ¿Por qué habéis de comprenderlo? ––repuso Procopio, a quien Frantz Scharfenstein en su acento tudesco llamaba Brogovio––; con tal que lo comprendamos Maldiente y yo, ¿que más se necesita?

–– *Sí, sí,* ––dijeron filosóficamente los dos Scharfenstein––, *no necesidarse más.*

–– Pues –sentémonos añadió Procopio––, y mientras comemos un bocado y bebemos un trago, os explicaré mi plan.

–– *Sí, sí* ––dijo Frantz––, *gomamos un bogato, echemos un drago, y endredando nos esbligará su blan.*

Miraron en derredor los aventureros, y algo habituados ya sus ojos a la obscuridad, vieron tres piedras, aproximáronlas para poder hablar más confidencialmente, y como no encontrasen otra, Heinrich ofreció la suya a Procopio, quien le dio las gracias, tendiéndose cuan largo era sobre su capa; en seguida sacaron pan, carne y vino de las alforjas que llevaban los dos gigantes, pusieronlo todo en medio del semicírculo cuyo arco formaban los tres aventureros y cuya cuerda era Procopio, y acto seguido almorzaron con gran apetito, no oyéndose durante diez minutos más que el ruido de las mandíbulas al masticar el pan, la carne y hasta los huesos de los volátiles que formaban la parte exquisita del almuerzo.

Maldiente fue el primero que recobró la palabra, diciendo a Procopio:

—— Nos has prometido explicar tu plan mientras comiésemos un bocado, y como ya estamos a más de la mitad del almuerzo, convendría que empezases la explicación. Con que habla, que te escucho.

—— *Sí* ––dijo Frantz, con la boca llena––; *esguchamos.*

—— Pues oíd; *ecce res judicanda,* como dicen en el foro.

—— ¡Callen los Scharfenstein! — exclamó Maldiente.

—— *Yo nata he ticho* –– dijo Frantz.

——*Ni yo dambogo*–– repuso Heinrich.

—— ¡Ah! Creí oír.. .

—— Yo también–– dijo Procopio. Alguna zorra que habremos espantado en su madriguera. Habla. Procopio, habla.

—— Pues oíd, os digo: a un cuarto de legua de aquí hay una quinta... ––Tú nos prometiste un castillo- interrumpió Maldiente.

——¡Escrupuloso eres!–– exclamó Procopio. Rectifico y prosigo: a un cuarto de legua de aquí hay un castillo...

—— *Quinda o gastillo bogo imborda* ––repuso Heinrich––, *gon dad que haya p odin.*

—— ¡Bien dicho, Heinrich! Ese diablo de Maldiente argumenta como un procurador, continuó.

—— *Sí, broseguit*–– dijo Frantz.

—— A un cuarto de legua de aquí hay una preciosa casa de campo habitada tan sólo por el propietario, un mozo y una criada; cierto que en los bajos viven el colono y su familia.

—— *¿Guandos bersonas?* –––preguntó Heinrich.

—— Diez a corta diferencia.

—— *Yo y Frantz nos engargamos te las ties bersonas, ¿no es ferial, soprino?*

—— *Sí, dio* ––contestó Frantz con el laconismo de un espartano.

—— El negocio es el siguiente ––continuó Procopio—: esperamos aquí la noche comiendo, bebiendo y hablando.

—— *Sopre doto pepiento y gomiendo* ––dijo Frantz.

—— Llegada la noche vamos callandito del mismo modo que hemos venido, y saliendo del bosque seguimos un camino hondo que nos llevará al pie de la pared; allí Frantz se sube sobre los hombros de su sobrino, o Heinrich sobre los de su tío, para saltar la pared y abrirnos la puerta; entonces, ¿oyes, Maldiente?, entonces ¿lo oís, los Schafernstein?, entonces penetramos...

—— No sin nosotros, a fe mía ––dijo a dos pasos del grupo una voz tan clara que hizo estremecer a Procopio, a Maldiente, así como a los dos colosos.

—— ¡Traición! ––gritó Procopio levantándose y retrocediendo un paso. ¡Traición! —— exclamó Maldiente registrando con la vista las tinieblas sin moverse de su sitio.

—— *iDraísion!* ––gritaron a un tiempo los Scharfenstein desnudando las espadas y dando un paso adelante.

——¡Deseáis reñir! ––dijo la misma voz-; pues ¡riñamos! ¡A mí, Lactancio ¡A mí, Fracasso! ¡A mí, Malamuerte! Oyóse un triple rugido en el fondo de la caverna.

—— ¡Alto, alto, Pillacampo! ––repuso Procopio conociendo al cuarto aventurero. ¡Qué diantre! No somos turcos ni gitanos para degollarnos a obscuras sin procurar entendernos antes. Primero, encendamos luz, veámonos cara a cara para saber con quién nos las habemos, avengámonos si es posible, y si no ¡pecho al agua! riñamos.

—— Riñamos primero ––dijo una voz sombría que saliendo de las profundidades de la cueva parecía ascender del infierno.

—— ¡Silencio, Malamuerte! ––exclamó Pillacampo; la proposición de Procopio es aceptable. ¿Qué te parece Lactancio? ¿Y a ti, Fracasso?

—— Si puede salvar la vida de un hermano, la acepto ––repuso Lactancio.

—— Hubiera sido poético pelear en una gruta que serviría de sepultura a los que sucumbiesen; más como no conviene sacrificar los intereses materiales a la poesía ––continuó tristemente Fracasso—, me adhiero a la opinión de Pillacampo y Lactancio.

—— Pues yo quiero batirme ––prorrumpió Malamuerte.

—— Véndate el brazo y déjanos en paz ––continuó Pillacampo––; somos tres contra tí, y el legista Procopio te dirá que tres siempre tienen razón contra uno.

Exhaló Malamuerte un sentimental gemido al ver que se le escapaba tan magnífica ocasión de recibir otra herida, y si no se adhirió al parecer de la mayoría, cedió al consejo que acababa de darle Pillacampo.

Entretanto, Lactancio y Maldiente habían encendido dos teas que iluminaron la cueva, en cuyo fondo distinguíase a Pillacampo, Malamuerte, Lactancio y Fracasso, y enfrente de ellos a los dos Scharfenstein, a Maldiente y Procopio.

Pillacampo continuaba en su posición avanzada; detrás estaba Malamuerte pelándose las barbas, mientras Lactancio con la tea en la mano procuraba calmar a su belicoso amigo, y arrodillado Fracasso como el Agis del sepulcro de Leónidas, atábase como él la sandalia para estar pronto a la guerra invocando la paz. Al otro lado formaban la vanguardia los dos Scharfenstein, detrás de los cuales encontrábase Maldiente, y un paso más allá de Maldiente, Procopio. Las dos teas alumbraban toda la parte superior de la gruta, continuando en la penumbra una hondura cerca de la puerta, en la cual había un montón de helecho destinado indudablemente a servir de cama al futuro anacoreta que la habitase; y un rayo de débil luz que penetraba por la boca del antro intentaba en vano luchar con el resplandor casi sangriento de las teas.

Todo esto formaba un conjunto sombrío y marcial que figuraría admirablemente en la representación de un drama moderno. Casi todos nuestros aventureros se conocían por haberse hallado en el campo de batalla luchando contra el enemigo común, y por más ajenos de temor que estuvieren, cada cual echaba sus cuentas consigo mismo acerca de la situación, particularmente Procopio, quien avanzó hacia sus adversarios sin pasar de la línea que trazaban el tío y el sobrino, diciendo:

–– Señores, el deseo de todos ha sido vernos, y viéndonos estamos; esto ya es algo, pues de esta manera apreciamos mejor las cosas. Somos cuatro contra cuatro, pero como por nuestra parte contamos con Franz y Heinrich Scharfenstein, casi puedo decir que somos ocho contra cuatro.

A esa imprudente fanfarronada, Pillacampo, Malamuerte, Lactancio y Fracasso bufaron coléricos y echaron mano a la espada, y viendo Procopio que se había deslizado, trató de enmendar su torpeza añadiendo:

–– Señores, no quise decir que los ocho venciésemos seguramente a los cuatro, cuando los cuatro se llaman Pillacampo, Malamuerte, Lactancio y Fracasso.

Esa especie de posdata tranquilizó los ánimos, sin que Malamuerte dejase de gruñir sordamente.

–– Al grano ––repuso Pillacampo––. Sí, *ad eventum festina.* Decía, pues, señores, que prescindiendo de la suerte *ateatoria* de un combate, debemos tratar de avenirnos. Entre nosotros media un litigio: *Jacens sub judice lis est.* ¿Cómo lo terminaremos? Exponiendo lisa y llanamente la situación, y así proclamará nuestro derecho. ¿A quien se le ocurrió apoderarse a la noche siguiente de la granja o castillo del Parcq? A mí y a estos señores. ¿Quién salió ayer de Doullens para efectuar el proyecto? Yo y estos señores. ¿Quién ha venido a la cueva a prepararse para la siguiente noche? Yo y estos señores. Por último, ¿quién ha estudiado el proyecto, quién lo ha explicado delante de vosotros, y quién os ha infundido el deseo de asociarnos a la empresa? También yo y estos señores. Contestad a eso, Pillacampo, y responded si la realización de una empresa no corresponde sin estorbo ni impedimento a los que han tenido a la vez la prioridad de idea y de ejecución. *Dixi.*

Echóse a reír Pillacampo, encogió los hombros Fracasso, sacudió Lactancio la tea y Malamuerte gritó: ¡Patalla!

–– ¿De qué os reís, Pillacampo? –– preguntó gravemente Procopio desdeñándose de hablar con los otros y consintiendo en discutir con el que en aquellos momentos tenía trazas de dirigir la pandilla.

–– Ríome de la gran confianza con que habéis expuestos vuestros derechos, pues si nos atenemos a las premisas que vos mismo habéis sentado, perdéis la causa. Convengo en que la ejecución de una empresa corresponde sin estorbo ni impedimento a los que han tenido a la vez la prioridad de idea y de ejecución.

–– ¡Ah! dijo Procopio con aire de triunfo.

–– Sí; más yo añado: ayer se os ocurrió la idea de apoderaros de la granja o castillo del Parcq, ¿no es verdad? Pues a nosotros se nos ocurrió anteayer. ¿Vosotros habéis salido esta mañana de Doullens para ponerla en práctica? Pues con el mismo objeto salimos nosotros anoche de Montreuil-sur-Mer. ¿Habéis estudiado y explicado el proyecto delante de nosotros? Pues nosotros lo habíamos estudiado y explicado antes que vosotros. Pensábais atacar el cortijo esta noche, y pensábamos nosotros atacarlo al anochecer. Reclamamos por consiguiente la prioridad de idea y de ejecución, y por lo tanto de realizar nuestra empresa sin estorbo ni impedimento. *Dixi.*

Y Pillacampo parodió la manera clásica con que Procopio acabara su discurso, pronunciando el dixi con igual aplomo y énfasis que el legista.

–– ¿Quién asegura la verdad de lo que has dicho? ––preguntó Procopio un tanto confundido por la argumentación de Pillacampo.

––Mi palabra de caballero.

––Desearía otra garantía––.

––¿Os basta la de aventurero?

—— A otro perro con ese hueso.

Los ánimos estaban exacerbados, y las últimas palabras del imprudente Procopio irritaron a los tres camaradas de Pillacampo.

—— ¡Batalla! ——exclamaron a un tiempo Fracasso y Lactancio.

—— Sí, ¡batalla, batalla, batalla! ——refunfuñó Malamuerte.

—— Batalla pues, ya que lo deseáis ——dijo Procopio.

—— Batalla, ya que no podemos avenirnos ——repuso Maldiente.

——*¡Padalla!* ——repitieron Frantz y Heinrich disponiéndose a cruzar los aceros.

Y como todos eran de la misma opinión, cada cual desnudó la espada o la daga, empuñó el hacha o la maza, eligió enemigo, y con la amenaza en la boca, el furor en el rostro y la muerte en la mano, iban a echarse uno sobre otro, cuando movióse el montón de ramas que hallábase junto a la entrada de la cueva, saliendo de ella un mozo vestido con elegancia, el cual apareció en el círculo de luz con los brazos extendidos como Hersilia en el cuadro de las Sabinas, gritando:

—— ¡Ea, paz, compañeros, paz! Yo me encargo de arreglar la cuestión a gusto de todos.

—— ¡Ivonnet! ——exclamaron los aventureros.

—— ¿De dónde sales? ——interrogaron Pillacampo y Procopio.

—— Vais a saberlo, pero envainad las espadas y las dagas, que me da grima el verlas.

Todos obedecieron excepto Malamuerte.

—— ¿Qué es eso, amigo? ——le interrogó Ivonnet. Cálmate, hombre.

——¡Oh! ——repuso Malamuerte arrojando un hondo suspiro—, está de Dios que jamás podré dar un triste pinchazo.

Y envainó la espada con ademán entristecido.

IV
CONTRATO DE SOCIEDAD

Miro Ivonnet a su alrededor, y viendo que si bien los corazones respiraban ira, estaban envainados los aceros, volvióse alternativamente a Pillacampo y Procopio, quienes le habían formulado igual pregunta y repitió:

—— ¿De dónde salgo? ¡Peregrina pregunta! ¡pardiez! Salgo del montón de ramas donde me escondí al ver que entraban Pillacampo, Malamuerte, Lactancio y Fracasso, y del cual no me he movido al notar que luego entraban también Procopio, Maldiente y los dos Scharfenstein.

—— ¿Qué hacías en la cueva a semejante hora de la noche, puesto que nosotros hemos llegado antes de amanecer?

—— Este se mi secreto, y os lo diré si sois juiciosos; ante todo vamos a lo más importante. ¿Conque vos, amigo Pillacampo, habíais venido con intención de hacer una visita al cortijo o castillo del Parcq?

—— Sí.

—— ¿Y vosotros también —— interrogó Ivonnet a Procopio.

—— También.

—— ¿E ibaís a reñir para probar la prioridad de vuestros derechos?

——Ibamos a reñir— exclamaron a un tiempo Pillacampo y Procopio.

—— ¡Vaya! ¡Quién lo creyera de camaradas, de franceses, o a lo menos de hombres que defienden la causa de Francia!

—— ¡Toma! no había otro recurso, puesto que estos señores no querían renunciar a su proyecto, repuso Procopio.

——No podíamos hacer otra cosa, puesto que estos señores no querían cedernos el sitio— exclamó Pillacampo.

—— No había otro remedio, ——no podíamos hacer otra cosa —— replicó Ivonnet contrahaciendo la voz de sus dos interlocutores. Conque ¿no había otro remedio que mataros? ¿ni podíais hacer otra cosa que degollaros? ¿Y os hallábais aquí, Lactancio, habéis visto los preparativos de muerte, y no se ha dolido vuestra alma cristiana?

—— Sí tal —— respondió Lactancio——, se ha dolido grandemente.

—— ¿Y eso es todo lo que vuestra santa religión os ha inspirado?

——Después del combate hubiera rezado por los, muertos— añadió Lactancio algo humillado por las reconvenciones de Ivonnet.

—— ¡Vaya una gracia!

–– ¿Pues qué deseabais que hiciese, apreciable amigo Ivonnet?
–– Lo que hago yo ¡pardiez! yo que no soy devoto ni santurrón como vos. ¿Lo que yo deseaba, me decís? Que os pusiesteis de por medio, *inten gladios et enses,* por hablar como vuestro legista Procopio, dijerais a vuestros hermanos con el aire entristecido que tan bien os sienta, lo que voy a decirles: compañeros, cuando hay para cuatro, hay para ocho; si el primer negocio no nos rinde lo que esperamos, haremos otro. Los hombres nacieron para ayudarse unos a otros en las desgracias de la vida, y no para molestarse en medio de los trabajos que deben padecer. En vez de dividirnos, unámonos. Lo que cuatro podemos intentar sin gran riesgo, ocho lo haremos sin peligro. Guardemos para los enemigos las lanzas, espadas y dagas, y vivamos como buenos amigos. Dios que protege a Francia, se complacerá en nuestra fraternidad y nos dará el premio que merezca. Eso debierais decir, amigo Lactancio, y no lo habéis dicho.
–– Es cierto –– respondió Lactancio golpeándose el pecho—, *mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa:*
Y apagando la tea, arrodillose y oró con fervor.
–– Pues yo lo digo por vos —prosiguió Ivonnet, y añadió—: el galardón que os ha prometido Lactancio, os lo traigo yo, amigos.
–– ¿Tú, Ivonnet?––dijo Procopio, dudoso.
––Yo, sí, yo, que tuve la misma idea que vosotros y antes que vosotros...
–– Cómo –– dijo Pillacampo–– ¿tú también has tenido la idea de entrar en el castillo del Parcq?
–– No solo la he tenido, sino que la he ejecutado.
–– ¡Oigan! —dijeron los aventureros poniendo más atención.
––Sí, tengo comunicaciones con la plaza ––continuó Ivonnet–– una linda criadita que se llama Gertrudis ––añadió retorciéndose el bigote, y por mí renegaría de sus padres y sus amos; un alma que pierdo. –– Lactancio exhaló un suspiro.
––¿Dices que has entrado en el castillo?
–– De el salí esta noche, y como ya sabéis que me repugnan las correrías nocturnas, sobre todo cuando voy solo, en lugar de andar tres leguas para regresar a Doullens, o seis para llegar a Abbeville o a Montreuil-Sur-Mer, anduve un cuarto de legua y entréme en esta cueva, punto de mis primeras citas con mi beldad; encontre a tientas el montón de ramas, pues sabía donde estaba, y comenzaba a dormirme con la intención de proponer el negocio a los primeros de vosotros que encontrase, cuando llegó Pillacampo con su pandilla y luego Procopio con la suya, ambas con el mismo propósito. Esta tendencia a un mismo fin, ha motivado la discusión que indudablemente iba a acabar de un modo trágico, y creyendo yo que convenía intervenir, he intervenido. Ahora os digo: ¿queréis asociaros en vez de batiros? En lugar de entrar por fuerza, ¿queréis fiarlo a la astucia? En vez de derribar las puertas, ¿queréis que os las abran? En vez de buscar oro y alhajas a Dios y a la ventura, ¿queréis hallarlo al momento? En este caso aquí estan estos cinco, disponed de mí para dar ejemplo de desinterés y fraternidad a pesar del favor que os hago, únicamente pido una parte igual a las demás. Si alguien hace mejores proposiciones, le cedo la palabra.
Corrió entre los circunstantes un murmullo de admiración; Lactancio suspendió el rezo, y acercándose a Ivonnet besole humilde la orilla de la capa; Procopio, Pillacampo, Maldiente y Fracasso le apretaron la mano; los dos Scharfenstein por poco le ahogan abrazándole, y Malamuerte susurró en un rincón:
–– ¡Está visto que no habrá el más pequeño pinchazo! ¡Es cosa de darse al diablo!
–– ¿En qué quedamos? ––dijo Ivonnet, quien al ver pasar la fortuna al alcance de su mano quería cogerla por los cabellos. No perdamos tiempo, aquí somos nueve compañeros que a nadie tememos.
–– Sí por cierto ––prorrumpió Lactancio persignándose––; tememos a Dios.
–– Es verdad, es verdad... Lactancio. Aquí somos nueve amigos reunidos por la casualidad.
–– Por la Providencia, Ivonnet ––dijo Lactancio.
–– Por la Providencia, sí; tenemos la suerte de que entre nosotros se encuentre el legista Procopio, y la dicha de que este legista tenga tintero, pluma y papel con el sello de nuestro buen Enrique II, ¿no es cierto. Procopio?
–– Sí a fe y bien dijisteis, es una dicha.
–– Pues redactemos ahora mismo el contrato de asociación, entre tanto uno de nosotros vigila cerca de la gruta para que nadie nos moleste.
–– Yo seré el centinela ––dijo Malamuerte, y dad por muertos a todos los españoles, ingleses o alemanes que pasen por el bosque.
–– Eso es justamente lo que no nos conviene, querido Malamuerte ––repuso Ivonnet––, puesto que nos encontramos a doscientos pasos del campamento de S. M. el Emperador Carlos V. Con un hombre de oído tan fino y ojo tan ejercitado como monseñor Manuel Filiberto de Saboya, mátese lo menos posible, pues por más seguro que se esté del golpe, no siempre se mata; y cuando no se mata, se hiere, y los heridos chi-

llan como águilas, y a los chillidos acudiría la gente, y una vez llegasen al bosque, Dios sabe lo que sería de nosotros. No, querido Malamuerte; quedaos aquí, y uno de los Scharfenstein, hará la guardia. Ambos son alemanes, y si descubren al que vigile, puede darse por un *lansquenet* del duque de Aremberg, o por un *reitre* del conde de Waldeck.

––*Faler más tel gonte te Falteck* ––exclamó Heinrich.

––¡Qué talento posee ese coloso! —dijo Ivonnet; sí, amigo, sí, *faler más tel gonte te Falteck,* porque el conde de Waldeck es un ladrón, ¿no quieres decir eso?

––*Sí, mi querer tesir eso.*

––Y porque no extrañen que hay un ladrón escondido en la selva.

––*Sí, borque no lo esdrañen.*

––Pero el Scharfenstein que esté vigilando guárdese con el honroso título de ladrón de dar en manos de monseñor el duque de Saboya, que tiene muy poca correa tocante al merodeo.

––Sí, ––dijo Heinrich––, *ayer mató golgar tos soltatos.*

––*Dres* ––exclamó Frantz.

––¿Cuál de vosotros se encarga de vigilar?

––Yo ––contestaron juntos tío y sobrino.

––Amigos míos, vuestros camaradas aprecian vuestra leal solicitud, pero como un centinela es suficiente, echad pajas, y el que se quede aquí ocupará un puesto honorífico.

Los dos Scharfenstein se consultaron un instante.

––*Frantz diene puenos ojos y puenos oídos, y esdará te guarda* –dijo Heinrich.

––Pues vaya Frantz a su puesto ––añadió Ivonnet.

Frantz fuese a la boca de la cueva con su calma acostumbrada.

––¿Oyes, Frantz? ––dijo Ivonnet. Si te dejas coger por los otros no hay cuidado; más si caes en manos del duque de Saboya, te ahorcan.

––*No tejaré coger mí bor natie, bertet güitato* —repuso Frantz.

Y salió de la cueva.

––*Y el buesdo honorífico* preguntó Heinrich––, *¿tonte esdá?*

Tomó Ivonnet la tea de manos de Maldiente, y enseñándosela a Heinrich le dijo:

––Toma, colócate aquí... alumbra a Procopio y no te muevas.

––*Yo no mo f erme.*

Sentóse Procopio, sacó recado de escribir, y puso manos a la obra entre once y tres del famoso día 5 de mayo de 1555. Ardua era la empresa para desempeñarse a gusto de todos, y como si se debatiera un proyecto de ley en una Cámara moderna, cada cual según su interés o capacidad presentó enmiendas y subenmiendas que se aceptaron por mayoría de votos, procediéndose, en honra sea dicho de nuestros aventureros, con mucha justicia, orden e imparcialidad.

Hay hombres extravagantes que calumnian atrevidamente a los legisladores y a los jueces, aseverando que un código redactado por ladrones sería mucho más justo y sobre todo mucho más equitativo que un código redactado por hombres de bien. Lástima nos inspira su obcecación, como nos la inspiran los errores de los calvinistas y luteranos, y rogamos al Señor que los perdone a todos. En fin, cuando el reloj de Ivonnet marcaba las tres y cuarto, y por extraña que fuese tal joya en aquella época, consignemos aquí que Ivonnet llevaba reloj, a las tres y cuarto decíamos, levantó Procopio la cabeza, dejó la pluma, tomó el papel con ambas manos, y mirándolo con aire contento exclamó:

––Creo que está acabado, y no mal: *exegi monumentum.*

A este aviso extendió Heinrich el brazo que ya comenzaba a cansarse, pues hacía tres horas y veinte minutos que alumbraba; Ivonnet interrumpió su canción sin dejar de atusarse el bigote; Malamuerte acabó de vendarse el brazo; Lactancio rezó la última *Ave;* Maldiente, apoyado de puños en la mesa, se enderezó; Pillacampo envainó la daga ya suficientemente afilada, y Fracasso salió de su abstracción poética, gozoso de haber dado cima a un soneto que le había costado un mes de trabajo.

Acercáronse todos a la mesa, excepto Frantz que vigilaba a veinte pasos de la cueva, y echando Procopio una mirada ufana al corro que acababa de formarse a su alrededor, dijo:

––¿Estáis todos aquí, señores?

––Sí —exclamaron los aventureros.

––¿Estáis prontos a oír la lectura de los dieciocho artículos que comprende el contrato que unidos hemos redactado y pudiera llamarse de sociedad, pues de hecho fundamos, establecemos y regularizamos una sociedad o cosa semejante?

La contestación fue afirmativa y unánime, y como es de suponer, Heinrich contestó por su sobrino.

––Atención ––exclamó Procopio.
Y habiendo tosido y escupido, empezó en estos términos:
––Entre los abajo firmados...
––Dispensad ––interrumpió Lactancio––; yo no sé firmar.
––¿Qué importa? harás una cruz ––dijo Procopio.
––En ese caso ––exclamó Lactancio––, mi obligación será más sagrada. Continuad, hermano.
––Entre los abajo firmados: Juan Crisóstomo Procopio...
––Me gusta la finura ––dijo Ivonnet––; pues ¿no se ha puesto el primero?
––Por alguien se había de comenzar ––respondió cándidamente Procopio.
––Bien, bien ––exclamó Maldiente––, continúa.
––Juan Crisóstomo Procopio, ex procurador legista del foro de Caen, anexo a los de Rouen, Cherburgo, y Valogne..
––¡Válgame Santa María! exclamó Pillacampo—, ya no es extraño que hayas estado escribiendo tres horas y media, si has puesto ahí los títulos y calidades de todos; lo que por el contrario extraño, es que hayas terminado tan pronto.
––No ––dijo Procopio—, a todos os he comprendido en un mismo título, dando a cada uno de vosotros una sola calificación. Tocante a mí, redactor del documento, he juzgado conveniente y de necesidad absolu-a poner mis títulos y calidades.
––Corriente ––exclamó Pillacampo.
––Adelante ––refunfuñó Malamuerte––; nunca acabaremos si a cada palabra interrumpimos, y yo tengo muchos ánimos de armar quimera.
––¡Diantre! ––repuso Procopio ––, pareceme que yo no interrumpo.
––Y prosiguió:
––Entre los abajo firmados: Juan Crisóstomo Procopio, etc., etcétera, Honorato José Maldiente, Víctor Félix Ivonnet, Cirilo Nepomuceno Lactancio, César Aníbal Malamuerte, Martín Pillacampo, Víctor Aibanio Fracasso y Heinrich y Frantz Scharfenstein, todos capitanes al servicio del rey Enrique II.
Un murmullo de aprobación interrumpió a Procopio, y nadie preocupóse ya de disputarle los títulos y calidades que se había arrogado, arreglándose cada cual la banda, pañuelo o harapo que justificaba la calificación de capitán al servicio de Francia. Sosegado el murmullo, prosiguió Procopio:
––Se ha acordado lo que sigue...
––Dispensa ––repuso Maldiente––; el contrato es nulo.
––¡Nulo!
––Te has olvidado de una cosa.
––¿De cuál?
––De la fecha.
––La fecha está abajo.
––¡Ah! eso es distinto; pero valdría más que estuviera arriba.
––Arriba o abajo, lo mismo da ––dijo Procopio. Las instituciones de Justiniano dicen ciertamente: *Omne actum, quo tempore scriptum sit, indicato; sea initio, sea fine, ut paciscentibus libuerit; o* sea: Todo contrato debe estar fechado; pero los contratantes podrán poner la fecha al comienzo o al fin de dicho contrato.
––¡Abominable lengua de procurador! —dijo Fracasso. ¡Cuán diferente es ese latín del de Virgilio y Horacio!
––Y comenzó a recitar amorosamente aquellos versos de la égloga tercera de Virgilio:
Malo me Galatea petit, lasciva puella:
Et f ugit ad sauces, et se tupa ante videri....
––Chitón, Fracasso ––dijo Procopio.
––Callaré, pero la verdad es que por grande Emperador que fuese Justiniano I, más me gusta Homero II; y antes que el *Digesto,* las *Pándectas y* todo el *Corpus juris civi*lis, prefiriera haber escrito las Bucólicas, las *Églogas y* la *Eneida*.
Indudablemente iba a discutirse este punto importante entre Procopio y Fracasso, cuando llamó la atención de los aventureros un grito ahogado que sonó fuera de la gruta. Luego se interpuso un cuerpo opaco entre la luz ficticia y efímera de la tea y la potente e inextinguible del sol, entrando un ser cuya especie era imposible averiguar por lo incoherente de sus formas en la semiobscuridad donde se encontraba. Adelantóse el bulto informe hasta el centro del corro, y al resplandor de la antorcha distinguióse a Scharferstein que llevaba en brazos a una mujer tapándole la boca con su ancha mano, a guisa de mordaza.

—*Gamaratas* —exclamó el gigante—, esda *mujer* fagapa *bor la poga te la güefa; la he gogito y os la draigo. ¿Gué haremos te ella?*

—Cáspita! —respondió Pillacampo—, déjala. ¿Acaso temes que nos trague a los nueve?

—¡Oh! *yo no demo que nos goma* a los *nuefe* —dijo Frantz soltando una carcajada—; *antes me la gomiera yo sólo. ¡Bues!*

—Y dejó en medio del corro a la mujer, linda moza que, según iba ataviada, era doncella de buena casa. Miró ésta en derredor con azorado rostro, y fijando la vista en el aventurero más joven y elegante, exclamó:

—¡Señor Ivonnet, en nombre del Cielo, protegedme!

Y temblando echó los brazos al cuello del galán.

—¡Qué veo! ¡Si es Gertrudis! —exclamó Ivonnet estrechando a la doncella contra su pecho para tranquilizarla.

—¡Pardiez! señores, vamos a tener noticias frescas del castillo del Pareq, pues de allá viene esta encantadora niña.

Y, como las noticias que prometía Ivonnet interesaban a todos en sumo grado, suspendiendo nuestros aventureros la lectura de su contrato de sociedad, acercáronse en torno de los jóvenes y esperaron impacientes que Gertrudis se recobrara del susto para decir lo que deseaban saber.

V
EL CONDE DE WALDECK

Tranquilizada Gertrudis por las razones que Ivonnet en voz baja le daba, empezó su narración, y pasando por alto las preguntas y exclamaciones con que los aventureros la interrumpieron, vamos a referir con la mayor claridad dable el trágico suceso que la obligó a ausentarse del castillo del Pareq.

A las dos horas de haberse despedido de Ivonnet, disponíase la doncella a dejar el lecho para acudir a la voz de su ama, cuando el hijo del colono, mozo de hasta dieciséis años, entraba despavorido en la habitación de la castellana, anunciándola que mientras su padre trabajaba en el campo una partida del ejército de Carlos V le había preso y se dirigía al castillo.

Asomóse la dama a la ventana; y en efecto, a corta distancia distinguió gente armada con tres jefes, y junto al caballo de uno al colono maniatado.

Notando que dos jinetes ostentaban los colores del Imperio y los jefes tenían corona en la cimera, recordando las severas órdenes del duque Manuel Filiberto sobre el robo y notando que le era imposible huir, resolvió la castellana salir a recibirles al pie de la escalera.

En lugar de seguir la atemorizada Gertrudis a su señora como debía, suplicó al mozo Crispín que le indicara algún sitio donde esconderse mientras los soldados estuvieran en el castillo; y si bien hacía algún tiempo que le trataba con aspereza y él se había propuesto pagarla en la misma moneda, era tan hermosa la muchacha cuando tenía miedo, y tan encantadora cuando suplicaba, que el mancebo se ablandó, y por la escalera excusada la llevó al huerto, para ocultarla en un aljibe donde su padre y él guardaban el apero.

No era de suponer que abrigando los soldados la intención de habérelas con el castillo, sus despensas y bodegas, fuesen a buscarla en un sitio donde, como decía graciosamente Crispín, no había más que agua para remojar la palabra.

Bien hubiera deseado Gertrudis que el muchacho se quedara a su lado, y quizá así lo deseaba Crispín, pero la agraciada niña era todavía más curiosa que asustadiza, de suerte que su afán de saber lo que pasaba pudo más que el temor de hallarse sola.

Para mayor seguridad metióse Crispín la llave del aljibe en el bolsillo, lo cual al principio inquietó bastante a Gertrudis, quien pensándolo mejor conoció que antes bien debía desechar todo recelo. La doncella contenía la respiración escuchando atentísima, y oyó fuerte rumor de armas y caballos, voces y relinchos que al parecer se concentraban en el castillo y sus patios.

La prisionera temblaba de impaciencia, y la curiosidad la tenía en ascuas, en términos que algunas veces procuró abrir la puerta; y a lograrlo, de seguro hubiera ido a indagar lo que decían o lo que pasa, ha escuchando a las puertas, y atisbando por encima de las paredes. Por último, acercáronse al aljibe unas pisadas tan ligeras como las de la reposa, introdujose cautamente una llave en la cerradura, abrióse pausadamente la puerta, y entró Crispín cerrándola pronto.

—¿Qué hay? —interrogó Gertrudis.

—Parece que, en efecto, son caballeros, como lo conoció la señora baronesa —respondió Crispín—; pero ¡qué caballeros, santo Dios! Si los oyeseis jurar, les creyerais paganos.

—¿Qué decís, Crispin? —dijo la moza espeluznada.

––La verdad, señorita, la pura verdad. El señor cura ha querido hacerles algunas observaciones, y hanle respuesto que si no callaba iban a hacerle decir misa colgado de los pies de la cuerda de la campana; en tanto su propio capellán, que es un hablador barbudo, seguiría el oficio con el Eucólogo a la vista para no omitir ninguna pregunta ni respuesta.

––No serán caballeros —repuso Gertrudis.

––Sí que lo son ¡pardiez! y de los mejores ––de Alemania; han tenido el descaro de decir sus nombres, y atendiendo su comportamiento, es demasiada audacia. El más viejo es el conde de Waldeck, cuenta unos cincuenta años y acaudilla cuatro mil reitres en el ejército de Carlos V; los otros dos, que tendrán veinticuatro o veinticinco años el primero y diecinueve o veinte el segundo, son sus hijos legítimo y bastardo, y este último el más amado de su padre, según lo poco que he percibido. El legítimo es un guapo mozo de tez pálida y grandes ojos pardos, pelo y bigote negro, y paréceme que a ese aún se le pudiera hacer entrar en razón. El Rubio es el bastardo, con ojos de lechuza, y creedme, Gertrudis, es un demonio. ¡Dios os guarde de verle! ¡Cómo miraba a la señora baronesa! ... Era horroroso.

––¡De veras! ––exclamó la doncela deseando saber lo que sería una mirada horripilante.

––Sí, sí, y no he visto más; ahora voy a buscar noticias para comunicároslas.

––Sí, sí, id y volved presto; pero andad con cuidado.

––No temáis, señorita; no me presento sino con una botella en cada mano, y como sé dónde está el buen vino, los ladrones me tratan con suma amabilidad.

Salió Crispín encerrando a Gertrudis, quien se puso a pensar lo que podía ser una mirada horrorosa, y haría casi una hora que reflexionaba sobre este para ella un raro fenómeno, cuando rechinó de nuevo la cerradura penetrando el mensajero.

No era ciertamente el del arca, y estaba lejos de traer un ramo de olivo.

El conde de Waldeck y sus hijos se habían servido de amenazas para obligar a la baronesa a darles las joyas, vajilla y dinero que en el castillo tenía; y no bastándoles eso, ataron a la pobre señora al pie de su cama, con la promesa de que si dentro de dos horas no aprontaba doscientos escudos de la rosa quernarían el castillo.

Gertrudis deploró la suerte de su ama, y como no tenía doscientos escudos para sacarla de apuros, procuró pensar en otra cosa y preguntó a Crispín lo que hacía el infame bastardo de Waldeck, con su pelo rubio y sus terribles ojos. El muchacho contestó que el bastardo iba embriagándose, en cuya ocupación le acompañaba su señor padre, entre tanto el vizconde de Waldeck encontrábase sereno en medio del robo y la orgía.

Grandes eran los deseos que Ge trudis abrigaba de ver por sus propios ojos lo que era una orgía, de la cual no tenía la menor idea; y Crispín le dijo que era una reunión donde los hombres bebían y comían profiriendo palabras malsonantes e insultando a troche y moche a las mujeres que daban en sus manos.

La curiosidad de la moza prestó más aliciente al cuadro, que no obstante hubiera atemorizado un corazón menos valeroso que el suyo, y Gertrudis rogó a Crispín que la dejara salir aunque sólo fuese por diez minutos; pero tantas veces y tan formalmente la repitió el mancebo que al salir correría peligro de muerte, que determinó esperar otra visita de Crispín para adoptar un partido definitivo. Y este partido lo adoptó antes de que el mozo regresase: la niña quería salir del aljibe a todo trance y penetrar en los corredores secretos para ver lo que pasaba, segura de que por más elocuentes que sean las palabras, nunca llegan a la realidad del espectáculo que con ellas se describe.

Así es que en cuanto oyó por tercera vez que abrían la puerta, salió ligera de la cisterna sin esperar el consentimiento de Crispín, a cuyo aspecto retrocedió amedrentada. El mozo estaba pálido como un difunto, balbuceaba palabras incoherentes, y sus hoscas miradas denotaban el espanto que se apodera del hombre ante un suceso terrible. Gertrudis deseó interrogarle; más al aspecto de aquel pavor sintió helársele el corazón, demudóse, y espantada de aquel silencio, también enmudeció. Con la fuerza del terror a la que nadie intenta resistir, cogióla el mancebo, de la muñeca y la llevó a la puertecita del huerto quedaba al campo, balbuceando estas solas palabras:

––¡Muerta! ...¡Asesinada a puñaladas! ...

Siguió la doncella a Crispín, quien la dejó un instante para cerrar tras ellos la puerta del huerto, precaución inútil, pues nadie pensaba en perseguirles. Había sido tan violento el choque para el mozo, que no se detuvo hasta que le faltaron las fuerzas, y cayó desalentado murmurando con voz estentórea estas terribles palabras, las únicas que había pronunciado:

––¡Muerta!. ..¡Asesinada a puñaladas!...

Al ver Gertrudis que se hallaba a doscientos pasos del bosque, y sabiendo dónde estaba la cueva, pensó que tal vez en ella vería a Ivonnet; y aunque le pesaba dejar al pobre Crispín desmayado a la orilla de una zanja, al notar que venían cinco o seis jinetes, reitres quizá del conde de Waldeck, echó a correr hacia la

selva sin mirar atrás, sin tino y desmelenada, hasta que alcanzó el bosque, en donde se detuvo, y arrimándose a un árbol para no caerse, tendió la vista por la llanura.

Los cinco o seis jinetes habían llegado al lugar donde ella dejara a Crispín desvanecido. Levantáronle, y conociendo que no podía andar, uno de ellos lo puso atravesado sobre el arzón de su silla, y seguido de sus camaradas se lo llevó en dirección al campamento. Creyendo buenas las intenciones de aquellos hombres, empezó Gertrudis a confiar que nada malo podía acaecer al pobre Crispín, puesto que había caído en manos al parecer tan compasivas, y tranquilizada por esta parte, habiendo cobrado aliento echó otra vez a correr hacia el punto adonde suponía que estaba la cueva; más era tal su aturdimiento, que se extravió, hasta que por instinto o casualidad se halló en sus inmediaciones y al alcance de la mano de Frantz Scharfenstein.

Lo demás ya se adivina. Tomó Frantz a Gertrudis en brazos y tapándola la boca, entró con ella en la cueva y la dejó amilanada en medio de los aventureros a quienes relató lo que acabamos de narrar. Los oyentes se indignaron, no de la poca moralidad que los ladrones mostraran en el castillo del Parcq, sino de que el conde de Waldeck y sus hijos hubiesen robado por la mañana una casa que ellos deseaban robar por la noche.

De esa indignación resultó un murmullo general y el unánime propósito de llevar a cabo un reconocimiento, a fin de ver lo que pasaba en el campamento adonde trasladaran a Crispín, y en el castillo teatro del crimen que Gertrudis había referido con toda la elocuencia del terror. Aunque irritados, los aventureros concertaron que uno de ellos explorara el bosque y les diese cuenta del estado de las cosas, y según el resultado de la exploración, se obraría según aconsejase la prudencia.

Ivonnet se ofreció para registrar la selva. Nadie mejor que él podía hacerlo, pues a más de conocer las vueltas y revueltas del bosque, era ágil como un gamo y astuto como una zorra. Por más que Gertrudis pusiese el grito en el cielo o intentara oponerse a que su amante ejecutara tan peligroso encargo, en dos palabras le dieron a entender que el instante era inoportuno para manifestar susceptibilidades amorosas que habían de ser mal apreciadas por aquella gente positiva; y como en el fondo era muchacha de buen sentido, calmóse al ver que sus voces y lágrimas hasta pudieran perjudicarla. Por lo demás, Ivonnet le dijo al oído que la manceba de un aventurero no debe afectar la sensibilidad nerviosa de una princesa de novela, y habiéndola puesto en manos de su amigo Fracasso y al especial cuidado de los dos Scharfenstein, fuese de la cueva para cumplir la importante misión de que se encargara.

A los diez minutos volvió diciendo que la selva estaba desierta y no ofrecía peligro. El relato de Gertrudis había picado tan altamente la curiosidad de los aventureros en la cueva, corno el de Crispín la de Gertrudis en el aljibe, y no siendo hombres que tuviesen idénticos motivos de prudencia que una muchacha bella y tímida, salieron acto seguido del subterráneo dejando el contrato de sociedad de Procopio al cuidado de los genios de la tierra. Propusieron a Ivonnet fuese delante, y por él guiados se dirigieron al linde del bosque, no sin cerciorarse de que sus dagas o espadas encontrbanse en buen estado.

VI
EL JUSTICIERO

A medida que nuestros aventureros acercábanse hacia la punta del bosque; que según hemos dicho se alargaba hasta la distancia de un cuarto de legua de Hesdin, separando las dos cuencas del llano ya conocido del lector, sucedía al oquedal un poblado soto que con la cercanía de sus troncos y el enlace de sus ramas ofrecía sobrada seguridad a los que bajo su sombra caminaban, así es que la pandilla llegó a los límites de la espesura sin ser vista de nadie, haciendo alto a corto trecho de la zanja que lindaba con el llano, zanja en cuya orilla distinguíase el camino sobre el cual hemos llamado la atención del lector en el primer capítulo de este libro, y que ponía en comunicación el castillo del Parcq con el campamento del Emperador y las cercanas aldeas.

El sitio donde se pararon los aventureros era a propósito para su objeto: un corpulentísimo roble que con algunos árboles de igual clase subsistía para indicar lo que eran los gigantes que siglos atrás fueron derribados a hachazos, extendida su frondosa copa sobre sus cabezas, mientras dando algunos pasos podían dirigir sus miradas por la llanura sin ser vistos. Todos elevaron a un tiempo los ojos a la poderosa vegetación del árbol secular, y comprendiendo Ivonnet lo que de él esperaban todavía, hizo con la cabeza una señal de aprobación, pidió el memorándum de Fracasso, que entre las hojas depositarias de sus delirantes pensamientos ya sólo tenía una en blanco; acercó a uno de los Scharfenstein al rugoso tronco que no podía abarcar con sus brazos, subió a las dos manos enlazadas del gigante, de sus manos a sus hombros y de éstos a las primeras ramas del árbol, y en un momento se encaramó a una de las más robustas con tal soltura y seguridad como un marinero a la verga de mesana o al bauprés de su buque.

Durante la subida, Gertrudis le miró con zozobra, más sin manifestarla con ademanes ni palabras; y al ver el desembarazo con que Ivonnet se había puesto en la rama y la facilidad con que volvió a todos lados la cabeza comprendió que su amante no corría peligro alguno a menos que le acometiese uno de los vahídos a que estaba sujeto cuando encontrábase solo. Entretanto, Ivonnet dirigía los ojos al Norte y al Mediodía dividiendo al parecer su atención entre los espectáculos a cual más interesante.

Esos repetidos movimientos de cabeza excitaban mucho la curiosidad de los aventureros, que en la espesura del soto no podían ver cosa alguna de las que Ivonnet distinguía desde su atalaya, y comprendiendo el mozo su impaciencia, de la cual daban muestra levantando la vista y preguntándole quedo: ¿Qué hay? ¿Qué hay? hízoles con la mano una señal como para indicarles que luego sabrían tanto como él; abrió la cartera de Fracasso, rasgó la última página blanca, escribió en ella algunos renglones y enrollándola para que el viento no se la llevara, la tiró a sus amigos.

Todos elevaron las manos para cogerla al vuelo, incluso Gertrudis, que las tenía blancas y pequeñas; pero el papel cayó entre las manazas de Frantz, quien se echó a reír al darlo a Procopio diciendo:

––Domat, gua yo no' sé leer el vrances.

No menos curioso que los demás de saber lo que pasaba, desdobló Procopio el papel, y en medio de la atención general leyó lo siguiente:

“A mi derecha el castillo del Parcq está ardiendo. El conde de Waldeck, sus dos hijos y los cuarenta reitres siguen el camino que del castillo lleva al campamento. Están a unos doscientos pasos de la punta del bosque donde nos hallamos”.

“Otra partida sigue el camino del campamento al castillo; fórmanla un jefe, un escudero, un paje y cuatro soldados, y según puedo juzgar de aquí, el jefe es el duque Manuel Filiberto. La partida está casi a igual distancia a derecha que la de Waldeck a siniestra. Si ambas van al mismo paso, cuando menos se percaten se toparán de frente al extremo del bosque”.

“Si el duque Manuel, como es probable, ha sido avisado por Crispín de lo que ocurre en el castillo, vamos a ver curiosidades. Atención camaradas, que en efecto es el duque”.

Aquí terminaba el escrito de Ivonnet.

Era difícil decir más en menos palabras y prometer con más sencillez un espectáculo que ciertamente sería curioso si el aventurero no se engañaba sobre la identidad y las intenciones de los personajes: así es que dos amigos se acercaron cautelosos a la linde de la selva para presenciar más cómodamente el espectáculo prometido por el que iba a distinguirlo mejor que nadie desde su elevado puesto.

Si el lector desea imitar a nuestros aventureros, no se cure del conde Waldeck, ni de sus hijos, y véngase con nosotros a la izquierda del bosque para ponernos en comunicación con el personaje nombrado por Ivonnet, o sea con el mismo héroe de nuestra historia.

No se engañó el joven aventurero; el jefe que entre su paje y su escudero avanzaba al frente de cuatro soldados, era el duque Manuel Filiberto, generalísimo de las tropas del emperador Carlos V en los Países Bajos, quien, según su hábito, iba descubierto y llevaba el casco colgado a la izquierda de la silla, desafiando así casi la lluvia y el sol, y con frecuencia también los peligros de las batallas, de donde decían que al ver sus soldados su insensibilidad al frío, al calor y a los golpes, habíanle apellidado *Cabeza de Hierro*.

En la época a que hemos llegado era el duque un hermoso y robusto joven de veintisiete años, estatura mediana, pelo corto, despejada frente, cejas bien marcadas, ojos azules, vivos y penetrantes, nariz recta, poblado bigote, barba puntiaguda, echado de espaldas, como los descendientes de las estirpes guerrera cuyos abuelos ciñeron casco durante muchas generaciones.

Su voz era suave y muy firme; ¡cosa rara! llegaba a la expresión de la más violenta amenaza sin elevarse sino de uno o dos tonos: el diapasón de la ira se escondía entre las gradaciones casi imperceptible del acento, y de aquí que sólo la personas de su íntima confianza adivinaban los peligros a que se exponían los imprudentes que causaban o desafiaban aquella ira, pasión tal concentrada que nadie podía comprender su intensidad y medir su magnitud sino cuando, precedida de relámpago de los ojos, tronaba y pulverizaba como el rayo; inmediatamente la fisonomía del duque recobraba su habitual serenidad, sus ojos la placidez y firmeza que lo distinguían, y su boca la benévola sonrisa que la caracterizaba, bien así como desatado ya el rayo, termina la tempestad, serénase el tiempo y sonríe la naturaleza.

El escudero que iba a su diestra, y llevaba alzada la visera era un mozo rubio, casi de igual edad y de la misma estatura que el duque, de ojos azules, llenos de brío y firmeza, de barba y bigote de un rubio más marcado que sus cabellos, nariz de ventanas dilatadas como las del león, labios cuyo carmín y frescura brillaban entre el pelo que los cubría, sano y atezado rostro, indicios de la fuerza física en sumo grado. Pendía

de su espalda una de aquellas terribles espadas de dos manos, como las tres que Francisco I rompió en Marignan, y que por su longitud se tiraban por encima del hombro; mientras del armazón de su silla colgaba una de aquellas pesadas hachas de armas que tenían filo por un lado, maza por otro, y una agudísima punta triangular, de manera, que sólo con ella se podía tajar como con un hacha, golpear como con un martillo y atravesar como una lanza.

A la izquierda del duque iba su paje, bello adolescente de unos diecisiete años, cabellos azules de puro negros, cortados a la alemana, como los llevan los caballeros de Holbein y los ángeles de Rafael; ojos velados por largas pestañas aterciopeladas, dotados del raro color que vaga entre el castaño y el morado y que únicamente se nota en los ojos árabes o sicilianos. La blancura mate de su tez, peculiar de las comarcas septentrionales de la península italiana, parecíase al mármol de Carrara, larga y amorosamente bañada su palidez por el sol romano; sus blancas y delgadas manecitas gobernaban con maravillosa destreza un caballo tunecino, llevando por silla una piel de leopardo con ojos de esmalte, dientes y garras de oro, y por brida un cordoncito de seda. Formaban su airoso y sencillo traje un jubón, calzas y toca de terciopelo negro, ésta con una pluma encarnada que, sujeta por una presilla de diamante, oscilaba al más ligero soplo de aire acariciando la espalda de su dueño; casaca carmesí ceñida al talle por un cordón de oro, del cual colgaba una daga con una sola ágata por puño y botas de tafilete.

Presentados nuestros nuevos personajes, volvamos a la acción por un instante interrumpida, la que va a proseguir con más animación que nunca. En efecto, el duque Manuel Filiberto y su séquito seguían andando, y a medida que se acercaban al bosque el rostro del duque se obscurecía, como si adivinase el triste espectáculo que divisarían sus ojos al doblar aquella punta; pero al llegar simultáneamente al extremo del ángulo, como lo previera Ivonnet, las dos partidas encontráronse, siendo lo más singular que la más numerosa se detuvo clavada en el suelo por un sentimiento de sorpresa y miedo.

Manuel Filiberto dirigióse al conde Waldeck, que le aguardaba entre sus dos hijos, y a diez pasos de distancia hizo una seña a los que le seguían, quienes se detuvieron con militar obediencia, dejándole ir delante; cuando estuvo al alcance de la mano del vizconde de Waldeck, puesto como un escudo entre él y el conde, paróse también el duque, y los tres caballeros saludaron llevando la mano al casco, no sin que el bastardo de Waldeck calase la visera, como para estar apercibido a cualquier lance.

Contestó el duque al triple saludo con una sencilla inclinación de cabeza, y dijo al vizconde con la suave entonación de su voz casi melodiosa:

––Señor vizconde de Waldeck, mi augusto amo el emperador Carlos V aprecia a los caballeros dignos y valientes y vos lo sois. Tiempo ha que yo quiero hacer algo por vos, y habiéndose presentado la ocasión la he aprovechado. Acabo de recibir la noticia de que se encuentra reunida en Spira una compañía de ciento veinte lanzas, cuya leva a la orilla izquierda del Rhin mande en nombre de su Majestad el emperador, y os nombro capitán de esa compañía.

––Monseñor...––balbuceó el mancebo admirado y sonrojándose de contento.

––Aquí tenéis vuestro despacho firmado por mí y con el sello del Imperio ––prosiguió el duque sacando del pecho un pergamino—; tomadlo y partid al instante. Es proable que entremos pronto en campaña, y necesitaré vuestra compañía. Id, señor vizconde; mostraos digno de la gracia que se os concede, y que Dios os guarde.

La merced era grande, en efecto; así es que obedeciendo el mancebo sin replicar la orden de partir enseguida, despidiose de su padre y su hermano, diciendo a Manuel:

–– Justiciero os llaman, Monseñor, y ciertamente lo sois para el bien y el mal, para el bueno y el malo. Habéis tenido confianza en mí, y trataré de justificarla. Adiós, monseñor.

Siguióle el duque con los ojos hasta que le perdió de vista, y volviéndose luego al conde con rostro severo, le dijo:

––¡Ahora a vos, señor conde!

––Monseñor ––interrumpió éste––, ante todo permitid que agradezca a V. A. el favor que acaba de conceder a mi hijo.

––El favor que he dispensado al vizconde de Waldeck ––contestó fríamente Manuel––, no es de agradecer, pues lo merece, y acordaos de lo que ha dicho: Hay justiciero para el mal y el bien, para el bueno y el malo. ¡Dadme la espada, señor conde!

––¿Entregaros la espada monseñor? ¿Porqué?

––Ya sabéis que prohibí el robo bajo la pena de palos u horca para los soldados, y arresto o cárcel para los jefes. Vos habéis contravenido a mi orden introduciéndoos violentamente, a pesar de las observaciones de vuestro hijo mayor, en el castillo del Parcq, quitando las alhajas a la castellana. Sois un ladrón. ¡Entregadme la espada, señor conde de Waldeck!

Pronunció el duque estas palabras sin que el tono de su voz cambiara visiblemente, excepto para el escudero y el paje, quienes comenzando a entender la gravedad del caso se miraron con cierta inquietud. El conde se demudó; más ya hemos dicho que para un desconocido era difícil adivinar en el tono de la voz de Mauel Filiberto el grado de amenaza a que había llegado su justicia o su cólera.

––¡La espada, monseñor! ––exclaó Waldeck. ¡Oh! sin duda he ejecutado otra maldad; un caballero no entrega la espada por tan poca cosa. ––Y sonrióse desdeñosamente.

––Sí, señor, sí ––repuso Manuel––, habéis cometido otro crimen, y lo callaba por respeto a la nobleza alemana; más ya que lo queréis, hablaré. Escuchad: no satisfecho con robar a la dueña de la quinta, habéisla atado a los pies de su cama amenazándola con pegar fuego a la casa si antes de dos horas no os daba doscientos escudos nobles, y como la infeliz no ha podido aprontároslo, a despecho de las súplicas de vuestro primogénito, habéis incendiado la granja para que la desgraciada víctima reflexionase antes de que las llamas prendieran al castillo... Y mirad, no lo negaréis... Desde aquí se ve fuego y humo. Sois un incendiario. ¡Entregadme la espada, señor conde de Waldeck!

El conde rechinó los dientes, pues principiaba a comprender toda la resolución que envolvían las palabras del duque.

–– Puesto que tan bien enterado estáis del comienzo, monseñor, no lo estaréis menos del fin.

––Tenéis razón, caballero, todo lo sé, y si no lo decía todo, es porque deseaba libraros de la cuerda que merecéis.

––¡Monseñor! ––repuso Waldeck en son de amenaza.

––¡Silencio, caballero! Respetad a vuestro acusador y temblad ante vuestro juez. Voy a deciros el fin. Al ver las llamas que comenzaban a elevarse, vuestro bastardo, que tenía la llave del cuarto donde estaba atada la prisionera, entró en la estancia, la infeliz no había gritado al ver el fuego avanzar, pues no era más que la muerte, pero gritó al ver que el bastardo la cogía en brazos, pues era la deshonra. El vizconde de Waldeck acudió a sus lamentos, intimando a su hermano que soltara a la víctima, y en vez de contestar a la voz del honor, echó sobre la cama a la señora y desnudó la espada. Tiró de la suya el vizconde, decidido a salvar a la castellana con peligro de su vida, y ambos hermanos se atacaron con profunda saña, pues hacía tiempo que se odiaban. Entonces entrasteis vos, y creyendo que vuestros hijos peleaban por la adquisición de aquella dama, dijisteis: “La mujer más hermosa del mundo no vale una gota de la sangre que circula en las venas del soldado. Deponed las armas, hijos, que yo os avendré.” Bajaron las espadas, pasasteis vos, y ambos os miraban, no sabiendo lo que pensabais hacer; os acercasteis a la mujer, y antes de que vuestros hijos tuvieran tiempo para oponerse a tal infamia, echasteis mano a la daga y se la hundisteis en el pecho. No digáis que no ha sucedido así, pues vuestra daga aún está húmeda, y ensangrentadas vuestras manos. ¡Sois un asesino! ¡Dadme la espada, señor conde de Waldeck!

––Poco cuesta decirlo, monseñor; un Waldeck no os entregará la espada, príncipe coronado o sin corona, aunque fuese solo contra vosotros siete, y menos cuando tiene a su hijo a su derecha y cuarenta soldados detrás.

––Pues si no queréis entregármela de grado ––dijo Manuel con voz un poco alterada––, yo la tomaré por fuerza.

Y haciendo saltar el caballo púsose al lado del conde, muy estrechado por éste para tirar de la espada, echaba mano a la pistola, cuando Manuel Filiberto, con mano segura, disparó la suya a boca de jarro, abrasándole la cara y volandole los sesos. Apenas tuvo tiempo el conde para gritar, y abriendo los brazos inclinóse pausadamente de espaldas sobre la grupa del caballo, perdió el estribo izquierdo y cayó al suelo.

El justiciero había hecho justicia: el conde murió al momento.

Cubierto con su férrea armadura, el bastardo de Waldeck había permanecido inmóvil como una estatua ecuestre, y al escuchar el tiro, al ver que su padre caía, exhaló un grito de rabia y exclamó en alemán dirigiéndose a los asombrados reitres:

––¡A mí, ––compañeros! Ese hombre no es de los nuestros. ¡Muera el duque! ¡Muera!

Los reitres movieron la cabeza en señal de negación, y el mancebo continuó, más y más arrebatado de ira:

––¿No queréis vengar al que os quería como un padre y os colmaba de oro satisfaciéndoos de botín? Pues le vengaré yo, ¡ingratos y cobardes!

Y al desnudar el acero para echarse sobre el duque, dos reitres asieron las riendas de su caballo, mientras otro le oprimía en sus brazos. El mancebo forcejeaba furioso llenando de injurias a los que le asían, y el duque le miraba con cierta compasión, comprendiendo el dolor de un hijo a cuyos pies cae muerto su padre.

––Alteza ––preguntaron los reitres—, ¿qué hacemos con ese hombre?

––Soltadle ––dijo el duque––; habiéndome amenazado, si yo le prendiera, tal vez supondría que tengo miedo.

Arrancaron los reitres la espada de manos del bastardo, dejáronle libre, el mozo salvó de un salto el espacio que le separaba del duque, quien le esperaba empuñando otra pistola.

––Manuel Filiberto, duque de Saboya y príncipe del Piamonte ––gritó el bastardo de Waldeck dirigiendo hacia él la mano en señal de amenaza, desde hoy habrá entre tú y yo un odio mortal. Manuel Filiberto... ¡has muerto a mi padre! Mírame bien añadió calándose la visera, y cada vez que me veas el semblante, de día o de noche, en una fiesta o en un combate... ¡ay de ti, ay de ti, Manuel Filiberto! ...

Y volviendo grupas, partió al galope agitando la diestra como para fulminar maldiciones contra el duque, diciéndole por última vez:

––¡Ay de ti!

––¡Miserable! ––gritó el escudero de Manuel espoleando su caballo para alcanzarle.

––Te prohibo que des un paso más Scianca–Ferro ––exclamó el duque.

Y dirigiéndose al paje que con rostro descolorido parecía dispuesto a vaciar los arzones, tendióle la mano diciéndole:

––¿Qué es eso, León? A fe que al verte tan demudado y tembloroso te tomarían por una mujer.

––¡Ah duque mío! ––murmuró el paje––, decidme que no estáis herido, o me muero.

––¡Niño! ¿acaso no está Dios de mi parte? Amigos míos ––dijo luego el duque a los reitres indicando el cadáver del conde—, dad sepultura cristiana a ese hombre, y la justicia que acabo de ejecutar sea para vosotros una prueba de que a mis ojos, como a los del Señor, no hay grandes ni pequeños.

Hizo con la cabeza una señal a Scianca–Ferro y a León, y tomó con ellos el regreso del campamento, sin que su frente conservara rastro alguno de la terrible ocurrencia, a no ser la arruga habitual que al parecer profundizaba más que de costumbre el surco del pensamiento.

VII
HISTORIA Y NOVELA

Entretanto los aventureros, testigos invisibles de la narrada catástrofe, dirigiendo una triste mirada a las humeantes ruinas del castillo del Parcq vuelven a la cueva para dar cima al contrato de sociedad que si bien inútil por el presente no puede menos de producir en lo venidero los más maravillosos frutos para la asociación en ciernes; mientras cumpliendo los reitres el encargo o mandato de sepultar a su antiguo jefe, cavan en el cementerio de Hesdin la hoya de quien descansa ya en la esperanza de la misericordia divina; por último, Manuel Filiberto se encamina a su tienda entre el escudero Scianca–Ferro y el paje León, dejando todo lo que hasta aquí sólo ha sido proemio, exposición y personajes secundarios de nuestro drama por la acción real y las principales figuras que últimamente se han presentado, para dar al lector más completa noticia de sus caracteres y situación moral y política, hagamos una excursión histórica y novelesca al dominio del pasado, suntuoso reino del poeta y del historiador que ninguna revolución puede arrebatarles.

Tercer hijo de Carlos III el Bueno y de Beatriz de Portugal, nació Manuel Filiberto en el palacio de Chambery a 8 de julio de 1528, fue bautizado con el doble nombre de Manuel Filiberto, en consideración de su abuelo materno el rey Manuel de Portugal y en virtud de un voto que su padre ofreciera a San Filiberto de Tournus.

Nació a las cuatro de la tarde, y presentóse tan débil a las puertas de la vida, que la respiración del niño hubo de sostenerse gracias al soplo que introdujo en sus pulmones una dama de su madre, y hasta la edad de tres años vivió con la cabeza caída sobre el pecho sin que pudiera estar en pie.

Así es que cuando el horóscopo que a la sazón acostumbraba sacarse al nacimiento de los hijos de príncipes, predijo que el recién nacido sería un gran guerrero y daría más lustre a la casa de Saboya que Pedro *el Pequeño Carlomagno*, Amadeo V *el Grande*, y Amadeo VI, apellidado el *Conde Verde*, su madre no pudo menos de derramar lágrimas, y su padre, príncipe pío y resignado, dijo, moviendo la cabeza con aire de duda al matemático que le hacía la predicción:

––Dios te escuche, amigo.

Era Manuel Filiberto sobrino de Carlos V por parte de su madre Beatriz de Portugal, princesa la más bella y cumplida de su época, y primo de Francisco I por la de su tía Luisa de Saboya, bajo cuya almohada decía el condestable de Borbón que dejó el cordón del Espíritu Santo que Francisco I le reclamaba.

Era también tía suya la ingeniosa Margarita de Austria, que dejó una colección de canciones manuscritas, existente hoy en la Biblioteca Imperial de Francia, y que, acometida de una tempestad, al dirigirse a España

para unirse con el infante hijo de Fernando e Isabel, después de haberse desposado con el delfín de Francia y el rey de Inglaterra, componía ella misma el siguiente epitafio suponiendo próxima su muerte:

Lloradla, amores; lloradla
a Margarita la Bella
que tres veces prometida
hubo de morir doncella.

Respecto de Manuel Filiberto, hallábase, como hemos dicho, tan débil, que a pesar de la predicción del astrólogo, según la cual había de ser un guerrero insigne, su padre le destinó a la Iglesia, y a la edad de tres años envióle a Bolonia para que besase los pies al Papa Clemente VII, quien iba a coronar a su tío el emperador Carlos V, por cuya recomendación el joven príncipe obtuvo del Papa la promesa de un capelo de cardenal.

De ahí el dictado de *Cardenalito* que en su niñez le dieron y que tanto le molestaba, pues antes creía ser gran guerrero que pía y santa eminencia.

La dama o amiga de la duquesa de Saboya que a la hora del parto vivificó con su aliento el de Manuel Filiberto, había dado a luz seis meses antes un niño tan fuerte como enclenque era el de la marquesa, y al ver ésta salvado su hijo por aquélla, le dijo:

––Querida Lucrecia, ahora este niño es tan tuyo como mío: te lo doy, críalo, prosigue la obra que empezaste cuando con tu aliento le sostuviste, y ambos te deberemos su vida.

Recibió Lucrecia como depósito sagrado al niño de quien la hacían madre, y si bien era de temer que el heredero del duque de Saboya cobraría vida y fuerza en perjuicio de Reinaldo, que así era el nombre del hijo de la nodriza, pues la parte de alimento necesaria para Manuel disminuiría la de su hermano de leche, a los seis meses era Reinaldo más fuerte que otro cualquiera de un año.

Además la Naturaleza también hace milagros, y sin que se agotara un instante el manantial materno, ambas criaturas amamantáronse en los mismos pechos. La duquesa Beatriz suspiraba al ver en un mismo seno al niño extraño tan robusto y al niño propio tan enfermizo.

No parecía sino que Reinaldo comprendía la debilidad de su hermano y de ella se adolecía; a veces al ducal niño se le antojaba el pecho del otro, y sonriéndole éste dejaba su lugar a la caprichosa criatura. Así crecieron los dos niños en el regazo de Lucrecia: a los tres años Reinaldo parecía tener cinco, y Manuel Filiberto, como hemos dicho, apenas andaba, costándole sumo trabajo levantar la cabeza sobre el pecho caída.

Entonces fue cuando le enviaron a Bolonia y el papa Clemente VII le prometió el capelo de cardenal. Cualquiera habría creído que semejante promesa era de buen agüero y que el dictado de Cardenalito le valía la protección de Dios, pues a contar desde la edad de tres años principió a mejorar su salud y a robustecerse su cuerpo.

Quien hacía maravillosos progresos en este concepto era Reinaldo: sus manos hacían pedazos los más sólidos juguetes, y no podían tocar ninguno que no lo rompiera; hiciéronselos de acero, y los deshizo cual si fuesen de porcelana, de manera que el buen duque Carlos III, a quien gustaba mucho ver jugar a los dos niños, llamaba *Scianc-Ferro* (Rompefierro) al amigo de Manuel. Y quedóle el apodo.

Lo singular es que Scianca–Ferro no empleaba su prodigiosa fuerza sino en proteger a Manuel, a quien amaba en vez de tenerle envidia, como tal vez hubiera hecho otro niño. Tocante a Manuelito, envidiaba muchísimo la fuerza de su hermano, y de buena gana hubiera cambiado su mote de Cardenalito por el de Scianca-Ferro.

No obstante, parecía que también cobraba cierto vigor al contacto de fuerzas superiores, pues midiendo Scianca-Ferro las suyas con las del débil príncipe, luchaba y corría con él, y para no desanimarle, algunas veces se dejaba dominar en la carrera y la lucha. Eranles comunes todos los ejercicios: equitación, natación y esgrima; y aunque Scianca–Ferro, le superaba en todos, comprendíase que sólo era cuestión de años, y que a pesar de su atraso Manuel prometía adelantar mucho. Los dos niños eran carne y uña y queríanse como hermanos, encelábanse uno de otro, cual un amante de su novia, y con todo se acercaba la hora en que iba a tomar parte en sus juegos otro compañero a quien tendrían igual cariño.

Un día que la Corte del duque Carlos III se hallaba en Verceil a causa de ciertos desórdenes acaecidos en Milán, ambos jovencitos salieron a caballo con su maestro de equitación, dieron un largo paseo a la orilla izquierda del Sesia, pasaron de Novara y acercáronse casi al Tesino. El corcel del duquesito iba delante, cuando un toro de una dehesa vecina, rompiendo la valla que lo cercaba, espantó el caballo del príncipe, el cual corrió desbocado a campo traviesa, saltando arroyos, matorrales y setos. Aunque Manuel era diestrísi-

mo jinete, y por consiguiente no había que temer por él, voló Scianca–Ferro en su seguimiento por el mismo camino, salvando los obstáculos que hallaba, mientras que el profesor de equitación, más prudente y avisado, daba un rodeo que debía conducirle a un lugar donde se dirigían los dos jóvenes.

Después de media hora de desenfrenada carrera, no viendo ya Scianca-Ferro a Manuel y temeroso de que le hubiese ocurrido alguna desgracia, llamó a grandes voces hasta que por último creyó oír la del príncipe por la parte de la aldea de Oleggio; tomó, pues, esta dirección, y guiado por la voz le encontró al margen de un riachuelo tributario del Tesino.

A sus pies había una mujer muerta, y en sus brazos un niño de cuatro o cinco años casi moribundo. El caballo, ya calmado, pacía los tiernos retoños de los árboles mientras que su dueño procuraba volver al conocimiento al chiquillo. La mujer parecía haber perecido de cansancio, de miseria y de hambre, y el niño, según trazas, se moriría de inanición.

Scianca-Ferro marchó al galope a Oleggio, distante de allí una milla, adonde hubiera ido Manuel a no impedírselo el niño, que habiéndose cogido a él y temiendo morir si le dejaba, no quería soltarle. El pobrecito le llevó al lado de la mujer y le decía con el lamentable acento de la niñez inconsciente de su desgracia:

––¡Despierta a mamá! ¡Despiértala!

Manuel lloraba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Veía por primera vez la muerte, y daba lo que tenía: la riqueza del llanto.

Scianca-Ferro regresó con pan y vino de Asti, introdujeron en vano algunas gotas en la boca de la madre, pues era cadáver.

Aunque el niño lloraba porque su madre no quería despertarse, bebió, comió y recobró algunas fuerzas. En esto llegaron dos aldeanos avisados por Scianca–Ferro, quienes habían hallado al maestro de equitación lleno de zozobra por sus dos discípulos, y lo acompañaban al punto que se les indicara.

Sabían, por consiguiente, que hablaban con el príncipe de Saboya, y como el duque Carlos era apreciadísimo de sus súbditos, ofreciéronse a cumplir cualquier mandato que Manuel quisiera darles respecto del infeliz huérfano y su madre. Eligió Manuel a una mujer que le pareció bondadosa y compasiva, la entregó cuanto dinero llevaban él y Scianca–Ferro, y apuntando su nombre, le rogó que atendiese al entierro de la madre y cuidara de las necesidades del hijo.

Como ya se hacía tarde, el profesor de equitación insistió para que los dos jovencitos volviesen a Verceil. El huérfano lloraba a lágrima viva; no quería dejar a su buen amigo Manuel, cuya calidad desconocía, aunque sabía su nombre. El príncipe prometió ir a verle, y esto consoló algún tanto al niño, que, sin embargo, no dejaba de tender los brazos al salvador que la casualidad le deparaba. Y en efecto, si el auxilio enviado por la Providencia al huerfanito hubiese tardado dos horas no más, hubiéranle encontrado muerto al lado de su madre.

Por más que apretaron el paso a instancias del maestro de equitación, los dos discípulos llegaron muy entrada la noche al palacio de Verceil, donde hallaron gran ansiedad por su larga ausencia. La duquesa les había hecho buscar por todas partes, y preparábase a darles una severa reprensión, cuando Manuel relató el caso con su suave voz, bañada en la tristeza que aquel sombrío suceso había infundido en su alma. Alabando cual merecía el comportamiento de los dos niños, Beatriz participó del interés que su hijo se tomaba por el huérfano, declarando que al día siguiente o en cuanto se hubiesen efectuado las exequias de la madre, iría a visitarle personalmente.

En efecto, al otro día marcharon para Oleggio la duquesa en litera y los dos jóvenes a caballo, y al llegar cerca de la aldea, no pudiendo Manuel dominar su impaciencia, picó espuelas para ver cuanto antes al huerfanito. Su aparición llenó de gozo al infeliz niño. Había sido menester separarle por fuerza de su madre, pues no quería creer que hubiese muerto, y no dejaba de clamar:

––No la cubráis de tierra, no la cubráis de tierra; os prometo que se despertará.

Desde que se llevaron a su madre de la casa, fuéles necesario encerrarle, pues se empeñaba en ir a reunirse con ella. Manuel le consoló con su presencia y le dijo que su madre estaba para llegar, deseosa de verle.

––¡Ah! ¿Tú tienes mamá? Yo pediré a Dios que tu mamá no se duerma para no despertarse más.

Gran noticia era para los aldeanos la que acababa de darles Manuel de la llegada de la duquesa; corrieron a recibirla, y como al atravesar las calles decían a donde se dirigían, siguióles toda la aldea. Llegó, por último, el cortejo, precedido de Scianca–Ferro, que había tenido la galantería de quedarse junto a la duquesa para servirla de escudero.

Manuel presentó su protegido a su madre, la cual preguntó al niño lo que aquél se había olvidado de preguntarle: cómo se llamaba, y quién era su madre. Dijo que se llamaba León y su madre Leona; no quiso dar más explicaciones, y a cuantas preguntas le hacían respondía: “No sé”. Y, sin embargo, adivinábase que aquella ignorancia era fingida y encerraba un secreto.

Su moribunda madre seguramente le había encomendado que sólo dijera lo que contestaba y, en efecto, era precisa la última recomendación de una madre moribunda para causar semejante impresión en un niño de cuatro años.

Examinó Beatriz al huérfano con femenina curiosidad, y vio que a pesar de su tosco vestido tenía blancas y primorosas manos, las cuales denotaban que de ellas había cuidado una madre elegante y distinguida, notando al propio tiempo que además de usar un lenguaje aristocrático, hablaba correctamente el italiano y el francés.

Quiso asimismo la duquesa ver los vestidos de la madre: eran de aldeana, pero los que la habían amortajado dijeron que nunca vieron rostro más blanco, manos más delicadas, ni pies más brevísimos.

Lo que sobre todo descubría la clase de la pobre mujer, no obstante su traje de aldeana, su saya de indiana, su corpiño de paño burdo y sus gruesos zapatos, era que llevaba medias de seda. Sin duda había huido disfrazada, conservando únicamente las medias al cambiar de traje.

La duquesa interrogó a León sobre todos esos puntos, y contestó siempre: “No sé”. No pudiendo recabar otra cosa, recomendó nuevamente el huérfano a los aldeanos que de é1 cuidaban, les entregó doble suma de la que ya habían recibido, y les encargó que se informaran de la madre y del niño en las cercanías, prometiéndoles una gratificación si conseguían darle algunas aclaraciones. León quería a todo trance seguir a Manuel, y éste casi estaba por rogar a su madre que accediera a la petición del huérfano, pues le tenía verdadera compasión. El príncipe le prometió ir a verle, y la misma duquesa dio palabra de hacerle otra visita.

De cierto hubiera querido Beatriz cumplirla, pero desgraciadamente se lo impidieron los sucesos de aquella época.

Francisco I declaró por tercera vez la guerra a Carlos V con motivo del ducado de Milán, a cuya herencia creía tener derecho por parte de Valentina Visconti, esposa de Luis de Orleáns, hermano de Carlos VI. El primero había ganado la batalla de Marignan y el segundo, perdido la de Pavía.

Después del tratado de Madrid, de la prisión de Toledo, y, particularmente, de la fe jurada, era de admitir que Francisco I renunciaría a toda pretensión sobre aquel infeliz ducado, que a serle concedido, hubiera hecho vasallo del Imperio al rey de Francia; pero, por el contrario, sólo esperaba una ocasión para reivindicarlo, y asió la primera que se presentó. Por casualidad era buena, y buena o mala, Francisco I no la habría despreciado, pues es bien conocida su poca escrupulosidad en punto a las delicadezas que predominan en la raza de necios apellidados hombres de bien. Por lo demás, véase la ocasión que se le concedía:

María Francisco Sforza, segundo hijo de Ludovico el Moro, reinaba en Milán bajo la tutela del emperador, a quien compró su ducado en 23 de diciembre de 1529 por la cantidad de cuatrocientos mil ducados, pagadera en el primer año de su reinado, y por la de quinientos mil pagadera en los diez siguientes, entregando en garantía de lo estipulado los castillos de Milán, Como y Pavía, ocupados por los imperiales.

Ocurrió, pues, que por los años de 1534 Francisco I acreditó en la Corte del duque Sforza a Francisco Maraviglia, caballero milanés que debía su fortuna al rey de Francia, y que volvió rico y contentísimo a su ciudad natal con toda la magnificencia de un embajador, en compañía de su esposa y una hija de tres años, dejando en París a su hijo Odoardo, de doce, entre los pajes del monarca francés.

¿Porqué ese embajador quería mal al emperador Carlos V? ¿Porqué este último invitó al duque Sforza a desembarazarse de él a la primera ocasión? Lo desconocemos, y sólo podríamos saberlo si se descubriera la correspondencia secreta del emperador con el duque de Milán, como se encontró la que tuvo con Cosme de Médicis. Lo cierto es que los criados de Maraviglia armaron pendencia con gente del país, y habiendo tenido la desgracia de matar a dos súbditos de Sforza, éste ordenó encerrar a Maraviglia en el castillo de Milán, que, como hemos dicho, ocupaban los imperiales.

¿Qué fue de Maraviglia? Nadie lo supo nunca verdaderamente: unos decían que le habían envenenado; otros, que había resbalado y caído en una mazmorra subterránea, cuya proximidad no acordaron advertirle; en fin, la versión más probable y acreditada era que le habían asesinado en la cárcel. Lo cierto es que desapareció, y casi al mismo tiempo desaparecieron también su esposa e hija, de quienes nunca se oyó hablar más.

Esos acontecimientos pasaron pocos días antes de encontrar Manuel al niño perdido y a la mujer muerta a la orilla de un arroyo, e iban a ejercer notable influjo en la suerte del duque Carlos.

Francisco I asió la ocasión por los cabellos y se decidió a la guerra, no a petición del hijo, que clamaba venganza contra los asesinos de su padre, no por la ofensa hecha a su Real Majestad en la persona de un embajador, no en desagravio del derecho de gentes, violado por un homicidio, no: el rencor y el deseo de venganza que fermentaban en el pecho del vencido de Pavía, del preso de Toledo, condujéronle a resolver la tercera expedición de Italia.

El momento era propicio: Carlos V peleaba en África con el famoso Kahir–Eddin, apellidado Barbarroja. Sin embargo, para ejecutar la proyectada invasión era indispensable pasar por Saboya, en la cual reinaba Carlos el Bueno, padre de Manuel Filiberto, tío de Francisco I y cuñado de Carlos V.

¿Por quién se declararía Carlos el Bueno? ¿Por su cuñado o su sobrino? Importaba conocerlo, y se sospechaba, estando todas las probabilidades en favor del Imperio y en contra de Francia.

En efecto, el duque de Saboya había entregado en prenda de su fe a Carlos V, su hijo primogénito Luis, príncipe del Piamonte, negándose a recibir de Francisco I el cordón de San Miguel y una compañía de ordenanza con doce mil escudos de retribución; y después de ocupar tierras del marquesado de Saluces, feudo movible del Delfinado, negaba a la corona de Francia el homenaje de Faucigny, y había escrito al emperador la enhorabuena por la batalla de Pavía y por la prisión de Francisco I, prestando últimamente dinero al condestable de Borbón al pasar éste por sus Estados para ir a perecer a manos de Benvenuto Cellini en el sitio de Roma.

Convenía, sin embargo averiguar, si las dudas tenían buen fundamento, y con este objeto mandó Francisco I a Turín al presidente del Parlamento de París, Guillermo Poyet, con encargo de pedir al duque Carlos el paso del ejército francés por la Saboya y el Piamonte, y la entrega de Montmelian, Veillane, Chevas y Verceil, como plazas de seguridad.

Por el contrario, Francisco I ofrecía al duque Carlos tierras en Francia y efectuar el enlace de su hija Margarita con el príncipe Luis, hermano mayor de Manuel Filiberto. Carlos III encargó al presidente piamontés Purpurat para discutir con Guillermo Poyet, autorizándole para permitir el paso de las tropas francesas por las provincias de Saboya y Piamonte, previniéndole que primero respondiese con prórrogas, y si Poyect insistía, con la absoluta negativa de las cuatro plazas. Acaloróse la discusión entre los dos plenipotenciarios, en términos que vencido Poyet por las irrebatibles razones que aducía Purpurat, terminó exclamando:

––Así será, porque el rey lo quiere.

Dispensad —respondió su interlocutor–– esa ley no se encuentra entre las del Piamonte.

Y se levantó poniendo el porvenir en manos de la omnipotencia del rey de Francia y de la sabiduría del Altísimo. Rotas las conferencias, hallándose el duque Carlos en su palacio de Verceil durante el mes de febrero de 1535, llevaron a su presencia un heraldo que le declaró la guerra de parte de Francisco I. Escuchóle el duque sosegadamente, y cuando aquel hubo acabado su mensaje, díjole con tranquilo acento:

––Amigo mío, siempre he prestado servicio al rey de Francia, y suponía que los títulos de aliado, amigo, servidor y tío merecían otro proceder. He hecho cuanto en mi mano ha estado para vivir con él en buena inteligencia, sin olvidar cosa alguna para convencerle de que sin razón se ha irritado conmigo. Sé muy bien que mis fuerzas no pueden, ni por asomo, compararse con las suyas; más puesto que de ninguna manera quiere rendirse a la razón y se muestra determinado a apoderarse de mis Estados, decidle que me encontrará en la frontera dispuesto a defenderme con la ayuda de mis amigos y aliados. Mi sobrino el rey ya conoce mi divisa: *Nada le falla a quien le queda Dios*.

Y despidió al heraldo mandando que le entregaran un traje riquísimo y un par de guantes llenos de escudos. Después de semejante respuesta, precisaba prepararse para la guerra, y la primera resolución que tomó Carlos III fue poner en seguridad a su esposa e hijo en su fortaleza de Niza.

Anunciada, pues, como muy cercana la ida a Niza, Manuel Filiberto juzgó que era hora de obtener de su madre una gracia que hasta entonces se abstuvo de pedir: la de sacar a León de aquella casa de aldeanos, toda vez que le habían dejado interinamente en ella para que algún día fuese como Scianca–Ferro, verdadero amigo del joven príncipe.

Ya hemos dicho que la duquesa Beatriz era una señora muy circunspecta: la finura de facciones, el primor de manos y la distinción de lenguaje que en el huérfano notara, inducíala a creer que en los bastos vestidos de la madre y del hijo se ocultaba algún gran misterio, y como además abrigaba un corazón dotado de sentimientos religiosos, vio el brazo de Dios en el hallazgo que tuvo Manuel a causa del percance del toro, percance casi providencial, puesto que no tuvo más resultado que el de llevar al joven príncipe al punto donde yacían la mujer difunta y el niño moribundo. Pensó que en el momento en que la desgracia se acercaba a su casa y el ángel de las horas sombrías enseñaba a su esposo, a ella y a su hijo el misterioso camino del destierro, no era oportuno rechazar al huérfano, que una vez hombre sería para ella un amigo, acordándose del enviado de Dios que se presentó como un sencillo viajero en el entristecido hogar del ciego Tobías, a quien, por manos de su hijo, devolvió más adelante la alegría y la vista. Y lejos de resistir a los ruegos de Manuel, a la primera palabra que éste le dijo anticipóse a su petición, y con autorización del duque autorizó a su hijo para trasladar a Verceil a su tierno protegido.

Al amanecer del siguiente día fue Manuel a las caballerizas, ensilló él mismo su caballo berberisco, y dejando lo demás al cuidado de Scianca–Ferro, marchó a Oleggio a escape tendido.

Halló a León muy triste: el pobre huérfano había oído decir que la desgracia había entrado asimismo en casa de sus ricos y poderosos protectores, y que la Corte se iba a Niza, país cuyo nombre le era desconocido; y cuando Manuel llegó acalorado de su carrera y con risueño y alegre rostro, León lloraba como si por segunda vez hubiese perdido a su madre. Los niños ven a los ángeles al través de sus lágrimas, y no exageramos diciendo que Manuel se apareció como un ángel a través de las lágrimas del huerfanito.

El príncipe contó en pocas palabras la buena noticia a León, y la risa vino en pos del llanto. ¡Dichosa edad y época dichosa aquella en que el llanto y la risa se tocan!

Dos horas después de Manuel llegó Scianca–Ferro con el primer escudero del príncipe y dos picadores, uno de los cuales conducía del diestro la hacanea de la duquesa. Gratificaron al labriego que durante seis semanas había cuidado de León, y éste les estrechó llorando todavía, si bien derramaba ya lágrimas de placer. Ayudóle Manuel a montar a caballo, y temiendo que ocurriera alguna desgracia a su protegido, quiso llevar él mismo la hacanea por la brida.

En vez de estar celoso de esta nueva amistad, Scianca–Ferro galopaba alegre, yendo y viniendo, explorando el camino como hubiera hecho un verdadero capitán y sonriéndose con aquella gracia infantil que enseña a un tiempo los dientes y el corazón al amigo. Así entraron en Verceil; los duques abrazaron a León, quien desde entonces fue de la familia, y al otro día dirigiéronse a Niza, a donde llegaron sin novedad.

VIII
EL ESCUDERO Y EL PAJE

No intentamos historiar la gran rivalidad que conmovió a Europa al comienzo del siglo XVI: Dios nos libre de tan ardua tarea, ya con tanto acierto ejecutada por escritores más competentes que nosotros. Más humilde es la que nos hemos impuesto en esta ocasión, y al mismo tiempo más pintoresca para nosotros y más entretenida para el lector. En la siguiente narración sólo columbraremos la cima de los extraordinarios sucesos que parecidos a las altísimas cumbres de los Alpes alzan sobre las nubes sus picos cubiertos de nieves eternas.

Francisco I cruzó la Saboya y el Piamonte, recorrió Italia, y por espacio de tres años el cañón del Imperio y el de Francia rugieron tan pronto en Provenza como en el Milanesado. ¡Hermosas campiñas de Lombardía y del Piamonte, únicamente el ángel de la muerte sabe los cadáveres que necesitasteis para vuestra inagotable fertilidad! Durante aquel tiempo y bajo el hermoso cielo de Niza, azul de día y refulgente de noche, donde hasta los insectos son voladoras centellas, los niños crecían al lado de la duquesa Beatriz y a los ojos de Dios.

León participaba de todos los juegos de sus dos amigos, más no en todos sus ejercicios, pues los harto violentos del arte militar no cuadraban a sus manecitas, y sus maestros decían que sus brazos no podían manejar con marcialdad la lanza o el escudo. Es cierto que León tenía tres años menos que sus compañeros, pero en realidad parecía que mediaban diez entre ellos, principalmente desde que Manuel, sin duda por la gracia del Señor que le destinaba para grandes hechos, crecía en fuerza y salud como si se hubiese empeñado en alcanzar la ventaja que en este concepto le llevaba Scianca-Ferro. Este deseó ser escudero del duquesito, y León, no tan ambicioso, se contentó con ser su paje.

A la sazón túvose la noticia de que había fallecido en Madrid el príncipe Luis, hijo primogénito del duque, la cual abrumó de pena a Carlos y Beatriz; y si hay consuelo para un padre y sobre todo para una madre a la muerte de su hijjo, Dios se dignaba deparárselo.

Hacía tiempo que el príncipe Luis vivía lejos de sus padres, mientras que al lado de los duques florecía Manuel como un lirio y medraba como un roble, cual si quisiera acreditar cada día más la predicción del astrólogo.

No hay duda, sin embargo, de que Dios había querido probar a los desterrados, pues no tardó en afligirles con otra desgracia más cruel. La duquesa Beatriz cayó en cama, y a pesar de la medicina, de los cuidados de su esposo, de su hijo y de sus damas, expiró en 8 de enero de 1538; el dolor del duque fue grande, aunque religioso, y el de Manuel casi rayó en desesperación. Por dicha el niño ducal tenía a su lado otro huérfano que conocía lo que eran lágrimas. ¡Qué hubiera sido de él sin el tierno amigo que no trataba de consolarle y por toda razón, por toda filosofía se limitaba a mezclar su llanto con el suyo!

Scianca-Ferro sentía ciertamente la muerte de la duquesa, y si hubiese podido resucitarla yendo a provocar a un descomunal gigante en su torre, o a desafiar a un dragón fabuloso en su antro, el paladín de once años habría partido al momento para ejecutar una hazaña que aunque le costara la vida hubiese devuelto la

dicha y el contento a sus amigos; pero a eso ateníanse los consuelos que sabía ofrecer: difícilmente brotaban lágrimas de su vigorosa naturaleza, si bien una herida podía hacerle derramar sangre, un sufrimiento nunca le arrancaba llanto. Scianca–Ferro quería vencer peligros, no sobrellevar desdichas.

¿Qué hacía, pues, el escudero entre tanto Manuel Filiberto lloraba con la cabeza reclinada en el hombro de su paje? ... Ensillaba el caballo, ceñía la espada, colgaba del arzón una maza de armas, y vagando por la magnífica pendiente de colinas a cuyos pies gime el Mediterráneo, como el fiero dogo que todo lo deshace, creía tenérselas con los herejes de Alemania o los sarracenos de África, forjábase enemigos fantásticos, y a falta de corazas por abollar o de cascos por romper, rompía peñas con la maza, tajaba abetos y pinos con la espada, hallando alivio a su dolor en los violentos ejercicios a que le compelía su fuerte organización.

Transcurrieron horas, días y meses; acabáronse las lágrimas, el dolor convertido en tierna y grata memoria desapareció poco a poco de los semblantes, y los ojos que buscaban en vano a la esposa, a la madre y a la amiga en la tierra, eleváronse para buscar al ángel en el Cielo. El corazón que se vuelve a Dios se consuela pronto; por otra parte, los sucesos continuaban su curso imponiendo al dolor mismo su eficaz distracción.

Acababa de acordarse un congreso entre el Papa Paulo III (Alejandro Farnesio), Francisco I y Carlos V, con intención de expulsar de Europa a los turcos, crear un ducado para Luis Farnesio, y devolver al duque de Saboya sus Estados. El congreso había de reunirse en Niza, punto elegido por el Papa y el emperador con la esperanza de que el monarca francés se mostraría más condescendiente en pago de la hospitalidad que le daría su tío.

También debía determinarse otra cuestión entre el Papa y Carlos V. Paulo III había cedido a su hijo mayor Luis las ciudades de Parma y Plasencia en cambio de los principados de Camerino y Napi que le quitara para entregarlos a su hijo menor Octavio, y esta investidura desagradó al emperador. Muerto en 1535 Francisco Sforza, rehusando Carlos V la suma que le ofrecía el Papa, acababa precisamente de negarle el famoso ducado de Milán, pretexto, si no causa, de aquella inacabable guerra entre Francia y el Imperio.

Razón tenía Carlos V, pues el nuevo duque de Parma era aquel infame Luis Farnesio que decía que poco le importaba no ser querido si era temido, y armando a los nobles, violaba a las mujeres y azotaba a los obispos.

El Congreso de Niza tenía pues, por objeto amistar al duque de Saboya con el rey de Francia, y al Papa con el emperador. Con todo, prudente Carlos III a fuer de desgraciado, veía con temor que su sobrino, su cuñado y su venerable árbitro iban a instalarse en su última plaza fuerte.

¿Quién le prometía que en vez de restituirle los Estados que le quitaran, no le quitaran la única ciudad que le habían dejado? A todo evento y para mayor seguridad encerró a Manuel Filiberto en la fortaleza que dominaba la plaza, ordenando al gobernador que no abriera las puertas a ninguna fuerza armada, aunque se presentara de parte del emperador, del rey Francisco I o del Papa.

Seguidamente salió a recibir a Paulo III, que, según el programa acordado debía llegar algunos días antes que Carlos V y el rey de Francia; y cuando el Sumo Pontífice hállabase a una legua de Niza, el gobernador recibió una carta del duque por la que le mandaba preparar en el castillo las habitaciones del Papa, y cuyo portador era el capitán de guardias de Su Santidad, quien a la cabeza de doscientos infantes podía ser alojado en el castillo para hacer el servicio de honor en la residencia de su soberano.

El duque Carlos III hablaba del Papa sin nombrar para nada al capitán de guardias y a sus doscientos hombres. El caso era apurado, pues Su Santidad pedía justamente lo que el gobernador tenía orden de no conceder.

Reunió éste un consejo al que asistió Manuel Filiberto, no obstante de que apenas frisaba en los once años, y al que sin duda le llamaron para que exaltase el valor de sus defensores. Mientras debatían, el niño vio fijado en la pared el modelo de madera del castillo que motivaba el gran desacuerdo cercano a estallar entre Carlos III y el Papa.

—¡A fe mía, señores! —dijo a los consejeros que discutían desde hacía una hora sin resolver nada, por poco os apuráis; toda vez que poseemos un castillo de madera y otro de piedra, demos el de madera al Papa y quedémonos con el otro.

Señores –exclamó el gobernador—, nuestro deber nos es dictado por boca de un niño: si Su Santidad persiste, tendrá el castillo de madera, y juro a Dios que mientras yo respire no poseerá el de piedra.

Transmitidas al Papa las contestaciones de Manuel y del gobernador, Paulo III no persistió más y se alojó en el convento de franciscanos. Llegó el emperador, después el rey de Francia, y fijaron sus reales a uno y otro lado de la ciudad, con el Papa en medio.

Celebróse el Congreso, y desgraciadamente estuvo lejos de producir los resultados que se aguardaban. El emperador reclamaba los Estados de Saboya y del Piamonte para su cuñado y Francisco I el ducado de Milán para su hijo el duque de Orleáns.

El Papa quería colocar allí a un príncipe que no pertenecía a la familia de Francisco I ni a la de Carlos V, con la promesa de recibir del emperador la investidura del ducado y pagar un tributo al rey de Francia.

Cada cual quería, pues, lo imposible, pues todos querían lo mismo; así es que negándose a tomar acuerdo alguno definitivo, cada cual ajustó una tregua, de todos deseada.

Apetecíala Francisco I para dar algún descanso a sus soldados y algún respiro a su exhausto erario; Carlos V para impedir las correrías de los turcos en sus reinos de Nápoles y Sicilia, y Paulo III para asegurar cuando menos a Luis Farnesio en sus principados de Parma y Plasencia, ya que no podía establecerle en el ducado de Milán.

Concertóse una tregua de diez años, siendo Francisco quien fijó el número: diez años o nada, dijo perentoriamente; y se concedieron. Cierto es que él mismo la rompió al cabo de cuatro años. Carlos III temía que aquellas conferencias condujeran al secuestro de las pocas tierras que le restaban, y más se alegró de la ida que de la venida de sus ilustres huéspedes, quienes le dejaban como le hallaran, si bien algo empobrecido por el gasto que hicieron en sus Estados y que por descuido no pagaron.

El Papa era el único que había sacado algún partido de todo aquello, pues había conseguido el enlace de Octavio Farnesio con Margarita de Austria, viuda de Julián de Médicis, asesinado en una iglesia de Florencia; y el de Victoria con Antonio, hijo primogénito de Carlos de Vendôme.

Libre de cuidados en cuanto a Francisco I, Carlos V hizo en Génova por espacio de dos años grandísimos preparativos contra los turcos, y cuando la escuadra hallábase para darse a la vela, el duque Carlos III determinó visitar a su cuñado y presentarle su sobrino Manuel Filiberto, que iba a cumplir trece años. Por supuesto que Scianca-Ferro y León acompañaron a su amigo Manuel, quien jamás se separaba de ellos.

Hacía algún tiempo que el duquesito andaba muy pensativo, con la idea de hilvanar un discurso del que no quería proferir palabra a su preceptor el obispo de Lausana, ni a sus ayos Luis de Chatillon, caballerizo mayor de Saboya, Juan Bautista Provana, señor de Leini, y Edmundo de Ginebra, Barón de Lullans.

Unicamente quiso hablar del discurso a su escudero y a su paje. Tratábase de solicitar del emperador Carlos V el permiso de seguirle en su expedición contra los berberiscos. Scianca–Ferro se excusó diciendo que si bien era competente en materia de retos, reconocíase inútil para componer discursos, y León manifestó que conturbaba de tal modo su ánimo la idea de los peligros que correría Manuel en aquella expedición, que le sería imposible reunir los dos primeros vocablos de semejante solicitud.

Reducido, pues, el joven príncipe a sus propios medios, consultó a Tito Livio, Quinto Curcio, Plutarco y otros autores de nota, y compuso el discurso que pensaba dirigir al emperador. Hospedábase Carlos V en casa de su amigo Andrés Doria, en aquel suntuoso palacio que semeja el rey del puerto de Génova, y observaba el armamento de su escuadra paseándose por las magníficas galerías desde donde el liberal almirante mandaba arrojar al mar su vajilla después del banquete a que asistieron los embajadores de Venecia. El duque Carlos, Manuel Filiberto y su séquito acudieron a saludar al emperador, quien abrazó a su cuñado y quiso abrazar también a su sobrino, pero Manuel Filiberto se apartó respetuosamente de Carlos V, inclinó la rodilla, y con gravísimo ademán, y sin que ni aún su padre supiera lo que iba a decir, emitió el siguiente discurso:

"Deseoso de sostener vuestra dignidad y vuestra causa, que son las de Dios y de nuestra santa religión, tengo la dicha de venir espontáneamente a suplicaros, César, que me admitáis como voluntario en el infinito número de guerreros que de todos lugares acuden a agruparse en torno de vuestras banderas, y creyérame dichoso, César, si a las órdenes del más ínclito rey y de un invicto emperador aprendiera la disciplina militar y la ciencia de la guerra."

Miróle y sonrióse el César, y entre tanto Scianca–Ferro expresaba su admiración por el discurso del príncipe, mientras pálido de temor, León rogaba a Dios que inspirase a Carlos V la buena idea de rehusar el ofrecimiento que le hacían, contestóle con gravedad:

––Príncipe, os agradezco esa muestra de adhesión; continuad en esos buenos sentimientos, y ambos nos seremos útiles. Todavía sois muy joven para seguirme a la guerra; perded cuidado, que si abrigáis siempre idéntico ardor y voluntad, dentro de pocos años no han de faltaros las ocasiones.

Y levantando al duquesito le abrazó colocándole al cuello su propio Toisón de oro para consolarle.

––¡Pardiez! ––exclamó Scianca–Ferro––, eso sí que vale más que el capelo de cardenal.

––Atrevido compañero tienes, sobrinito ––exclamó Carlos V––, y vamos a darle una cadena de la que más adelante colgaremos una cruz cualquiera.

Quitó una cadena de oro a uno de los señores presentes, y dijo a Scianca–Ferro:

––Toma, gallardo escudero.
––No obstante el rápido movimiento del emperador, Scianca–Ferro tuvo tiempo para doblar la rodilla y recibir en esta postura el don de Carlos V.
––Vamos ––dijo el vencedor de Pavía, que estaba de buen humor––; es necesario pensar en todos, incluso el paje:
Y quitándose un diamante del meñique continuó:
––Ahora tú, lindo paje.
Más con suma extrañeza de Manuel Filiberto, de Scianca–Ferro y todos los presentes, no se dio León por entendido y permaneció inmóvil.
––¡Hola! ––exclamó el emperador––, paje sordo tenemos, y elevando la voz añadió: ––Ea, ven acá, lindo pajecillo.
León retrocedió un paso.
––¡León! ––Exclamó Manuel cogiéndole la mano y tratando de conducirle al emperador.
Pero ¡cosa rara! León desprendió su mano de la de Manuel, dio un grito y salió corriendo de la estancia.
––Desinteresado es el pajecillo ––dijo Carlos V. Holgárame de saber dónde los encuentras, sobrino; el diamante que quería darle vale mil pistolas.
Y dirigiéndose a sus cortesanos, añadió:
––Excelente ejemplo, señores.

IX
LEÓN-LEONA

Por más que al regresar al palacio donde se hospedaba con su padre preguntase Manuel a León por qué motivo rehusó el diamante y huyó como un halcón esquivo exhalando un grito de terror, el niño permaneció callado, y ninguna súplica pudo conseguir una palabra de su boca.

Era la misma obstinación de que no había conseguido triunfar la duquesa Beatriz cuando pidió a León noticias de su madre. ¿Qué tenía, no obstante, que ver el emperador Carlos V con la catástrofe que dejó huérfano al paje? Aunque Manuel se perdiese en mil suposiciones, prefirió culpar de antemano a todo el mundo, incluso a su tío, a sospechar que León pecara de inconsecuente y ligero.

Habían pasado dos años desde la tregua de Niza, y todos ext rañaban que Francisco I hubiese dejado pasara tanto tiempo sin faltar a su palabra y más que todos Carlos V, quien durante la entrevista no dejaba de desconfiar de lo que haría el rey de Francia cuando él no se encontrase allí para proteger al pobre duque.

En efecto, apenas se dio a la vela el emperador, cuando el duque de Saboya tuvo un mensaje de Francisco I, quien le ofrecía la restitución de Saboya para que Carlos V le cediese el Piamonte con el objeto de unirlo a la corona de Francia. Indignado de semejante proposición, el duque despidió a los mensajeros de su sobrino, prohibiéndoles que volvieran a presentársele. ¿De dónde procedíale a Francisco I la audacia de declarar por cuarta vez la guerra al emperador? De dos nuevos aliados, de Lutero y Solimán, de los hugonotes de Alemania y los sarracenos de África.

¡Raros aliados para el rey cristianísimo, para el hijo primogénito de la Iglesia! ¡Cesa singular!, durante esta prolongada lucha entre Francisco I y Carlos V, llaman *Rey Caballero* al que continuamente falta a su palabra. Después de *perderlo todo menos el honor* en el campo de batalla de Pavía, al firmar en su prisión de Madrid un tratado que no ha de cumplir, empaña con irreparable mancha este honor, limpio a pesar de su derrota.

Vedle, pues, a ese rey que los historiadores debieran expulsar de la historia como Jesús echó del templo a los mercaderes, vedle a ese campeón armado caballero por Bayardo y maldecido por Saint–Vallier: desde que faltó a su palabra parece un insensato; amigo, del turco y del hereje, dando la diestra a Solimán y la siniestra a Lutero, el nieto de San Luis se aduna con los hijos de Mahoma. ¿Qué mucho que después de castigarle Dios con la derrota, hija de su ira, le castigue con la peste, hija de su justicia?

Y tan persuadido está Carlos V de que tiene a Dios en favor suyo, que el emperador prudente, el político astuto que no acude a las armas sino cuando ha agotado todos los recursos de la sutil y mañosa diplomacia, decídese a retar al gigante, al hombre que lleva una coraza, un casco y un escudo que nadie sino él puede llevar en el reino. ¡Sí! Carlos V desafía al Goliat que en Marignan dividió caballeros hasta la cintura con tal fuerza y destreza, que sus aduladores le parangonaban con Ayax Telamon y Judas Macabeo, rétale a singular combate, con el arma que quiera, desnudo hasta la cintura, cuerpo a cuerpo, en una barca o en un puente.

¡Y el rey Francisco I no acepta el reto! ¡Y esto no impide para que en los libros históricos lleve el título de Rey caballero! Verdad es que los poetas le llamamos rey infame, perjuro a su palabra con sus enemigos, perjuro a su palabra con sus amigos, y perjuro a su palabra aún con Dios.

Recibida ya la contestación del duque de Saboya, el monarca francés amenazó Niza, y dejando aquél en la ciudad al valiente caballero saboyano Odinet de Montfort, penetró en Verceil por la garganta de Tenda, donde se puso a juntar las escasas fuerzas de que aún podía disponer. Manuel Filiberto había pedido a su padre el favor de quedarse en Niza y hacer sus primeras armas contra Francisco I y Solimán; más como a único y último vástago de su estirpe, profesábale el duque muy alto aprecio para concederle semejante demanda. No sucedió lo mismo con Scianca–Ferro, pues obtuvo el permiso y lo aprovechó.

No bien marcharon el duque, su hijo y León, cuando se presentó una escuadra de doscientas velas con pabellón turco y francés, desembarcando en el Puerto de Villafranca diez mil turcos a la orden de Khair–Eddin, y doce mil franceses a las órdenes del duque de Enghien.

El sitio fue terrible, la guarnición se defendió palmo a palmo, y todos, soldados y paisanos, nobles y plebeyos, ejecutaron prodigios de valor, entrando turcos y franceses por diez brechas en la ciudad, defendiendo los sitiados cada calle, cada esquina, cada casa, y siguiendo el fuego el paso de los sitiadores. Odinet de Montfort resguardóse en el castillo, dejando al enemigo una ciudad arruinada; y como al día siguiente un heraldo le intimase la rendición, repuso moviendo la cabeza:

––Amigo, has errado el camino viniendo a indicarme tal cobardía. Yo me llamo Montfort, palos tengo en mi escudo, y el tesón es mi divisa.

Digno fue Montfort de su divisa, de su blasón y de su nombre, pues resistióse hasta que llegando el duque con cuatro mil piamonteses y don Alfonso de Avallos con diez mil españoles, turcos y franceses levantaron el sitio.

Gran fiesta fue para el duque Carlos y sus súbditos el día en que entró en Niza no obstante de lo devastada que estaba la ciudad; siéndolo asimismo para Manuel Filiberto y su escudero, pues Scianca–Ferro había ganado el nombre que Carlos III le diera, y cuando su hermano le interrogó cómo había salido del paso teniendo que asestar sus golpes sobre verdaderos escudos y corazas, contestó:

––Pues más difícil es hendir robles y machacar peñas.

––¡Oh! ¿porqué no estaba yo contigo? —murmuraba Manuel Filiberto sin notar que León asido de su brazo perdía el color al pensar en los peligros que había corrido Scianca–Ferro y en los que andando el tiempo correría Manuel.

Verdad es que al cabo de poco tiempo nuestro pobre paje quedó enteramente tranquilizado por la paz de Crespy, resultado de la invasión de Carlos V en Provenza así como de la batalla de Cerisolles.

Estipulaba la paz firmada en 4 de octubre de 1544, que Felipe de Orleáns, hijo segundo de Francisco 1, casaría dentro de dos años con la hija del emperador, percibiendo por dote el ducado de Milán y los Países Bajos, y que el rey de Francia renunciaría a sus pretensiones sobre el reino de Nápoles y devolvería al duque de Saboya cuanto le había quitado, excepto las fortalezas de Pignerolles y Montmelliam, que quedarían anexionadas al territorio francés como plazas de seguridad.

El tratado debía cumplirse dentro de dos años, o sea cuando se efectuara el enlace del duque de Orleáns con la hija del emperador.

Corría, pues, el año 1545, y León contaba catorce, Manuel diecisiete y Scianca–Ferro seis meses más que el príncipe.

¿Qué ocurría en el corazón del paje, y por qué se mostraba cada vez más triste? En vano se lo preguntaban Manuel y Scianca-Ferro, y en balde se lo preguntaba Manuel mismo a León. ¡Cosa rara, en efecto! Cuanto más crecía el huérfano en edad, tanto menos seguía el ejemplo de sus amigos, en tanto que para hacer olvidar Manuel su apodo de Cardenalito, y para merecer más y más el escudero el dictado de Scianca–Ferro, empleaban todo el tiempo en simulacros de combates, y siempre con la espada, la lanza o el hacha en la mano competían en fuerza y habilidad. Cuanto es dado alcanzar con el hábil manejo de las armas, habíalo Manuel adquirido; y todo el vigor y robustez de que son factibles los músculos humanos, habíanlos Scianca–Ferro recibido de Dios.

León percibía desde una torre todos los ejercicios de los dos mozos, y si el delirio por los simulacros debía arrastrarles demasiado lejos, cogía un libro y poníase a leer en algún lugar solitario del jardín. Lo único que aprendiera León con gusto, sin duda porque le ofrecía ocasión de seguir a Manuel era la equitación; pero hacía algún tiempo que el paje renunciaba paulatinamente a este ejercicio, según su tristeza aumentaba, y lo que sobre todo extrañaba Manuel, era que el rostro de León se entristecía más a la idea de que iba a ser otra vez rico y poderoso príncipe.

Cierto día el duque tuvo del emperador Carlos V una carta en la se trataba respecto a Manuel Filiberto de una proposición de casamiento con la hija de su hermano el rey Fernando. León no pudo disimular el efecto que le causó la lectura de la carta, y con grande asombro del duque Carlos III y de Scianca––Forro alejóse prorrumpiendo en sollozos.

Nadie supo a qué atribuir la causa de semejante dolor, y Manuel corrió en pos de su paje, sintiendo por él un extraño sentimiento que en nada se parecía al que le inspiraba Scianca–Ferro: para salvar la vida de su escudero, el príncipe hubiera sacrificado la suya; para conservar la sangre de su hermano de leche, habría vertido su misma sangre; pero vida y sangre, todo lo hubiera dado por ahorrar una lágrima temblorosa en las largas pestañas negras del aterciopelado párpado de León.

Así es que al verle llorar quiso saber la causa de su pena. Hacía un año que advertía la creciente tristeza del paje, y habiéndole preguntado varias veces el motivo, León había hecho un esfuerzo sobre sí mismo para responder risueño:

––Soy muy dichoso, monseñor Manuel, y siempre temo que no dure mi felicidad.

Manuel había movido la cabeza con aire dudoso, y notando que la mucha insistencia afligía más al paje, limitábase a cogerle las manos mirándole de hito en hito como para interrogarle con todos los sentidos; pero León volvía poco a poco los ojos y desprendíase débilmente de las manos de Manuel.

El príncipe se retiraba poseído también de tristeza para reunirse con Scianca–Ferro, quien no pensaba siquiera en interrogarle lo que tenía, ni jamás se le hubiera ocurrido cogerle las manos o preguntarle con la vista, tan diferente era la amistad que unía a Manuel y Scianca–Ferro del sentimiento que enlazaba a Manuel y León.

Aquel día en balde buscó el príncipe al paje durante más de una hora por el castillo y el parque, pues no pudo dar con él, hasta que por último un caballerizo de dijo que León había entrado en la iglesia.

Corrió Manuel allá, y abarcando de una mirada el interior del sombrío edificio, divisó en efecto a León arrodillado en un rincón de la capilla más misteriosa, y acercósele tanto que casi llegó a tocarle, sin que el paje abismado en su meditación advirtiera su presencia; adelantóse más y le asió ligeramente el hombro pronunciando su nombre. Estremecióse el huérfano y volvió a Manuel el semblante casi despavorido.

––¿Qué haces aquí a estas horas? ––preguntóle el príncipe inquieto.

––Ruego a Dios que me dé fuerzas para ejecutar el proyecto que medito ––respondió León con melancolía.

––¿Qué proyecto? ¿Podré conocerlo

––Sí, y vos antes que nadie.

––¿Me lo juras, León?

––¡Ay! sí, monseñor ––murmuró el mancebo con triste sonrisa.

Cogióle Manuel la mano, tratando de llevarle fuera de la iglesia, pero León se la desprendió suavemente, como acostumbraba hacerlo de algún tiempo a aquella parte, y arrodillándose de nuevo dijo al duque en tono de súplica:

––Dejadme: necesito estar un instante más con Dios.

Era tan solemne y melancólico el acento del paje, que sin resistir fuese Manuel de la iglesia para esperarle a la puerta. Estremecióse León al verle, y sin embargo no se extrañó de hallarle allí.

––¿Y ese secreto lo sabré pronto? ––preguntóle Manuel.

––Confío que mañana tendré valor para decíroslo, monseñor.

––¿En dónde?

––En esta iglesia.

––¿A qué hora?

––Venid a la misma de hoy.

––¿Y hasta entonces, León? —interrogó el joven duque casi suplicante.

––Hasta entonces espero que monseñor no me obligará a salir de mi habitación. Necesito soledad y reflexión.

Observó Manuel al paje con indecible angustia, siguiéndole hasta la puerta, donde León quiso cogerle la mano y besársela; más abriendo el príncipe los brazos para abrazar al huérfano sobre su corazón, rechazóle el paje suavemente, y con triste acento le dijo:

––Hasta mañana, monseñor.

Y entró en su estancia.

Quedóse Manuel un momento inmóvil, y cuando oyó que León corría el cerrojo, parecióle que la frialdad de aquel hierro introducíase hasta el fondo de su pecho al chirriar a lo largo de la puerta.

––¡Cielos! —murmuró quedo. ¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que siento?

––¿Qué diablos haces ahí? ––dijo detrás de Manuel una voz áspera, mientras que le ponían una vigorosa mano en el hombro:

Exhaló Manuel un suspiro, y tomando del brazo a Scianca–Ferro, condújole al jardín, donde sentarlos en un poyo le refirió lo que acababa de pasar entre él y León.

Habiendo Scianca–Ferro reflexionado un momento, alzó la vista royéndose las uñas, y dijo de pronto:

––¡Apuesto a que lo adiviné!

––Pues cuéntamelo.

––León está enamorado.

Manuel creyó sentir una puñalada en el corazón, y balbuceó:

––Es imposible.

––¿Por qué? ¿Acaso no lo estoy yo también?

––¡Tú! ¿De quién?

––¡Pardiez! de Gervasia, la hija del alcalde del castillo. Durante el sitio la infeliz muchacha tenía mucho miedo, particularmente de noche, y yo la tranquilizaba.

El príncipe se encogió de hombros, dando a conocer que estaba seguro de que León no amaba a la hija del alcalde, y creyendo Scianca–Ferro que lo hacía por desdén, le dijo:

––Descontentadizo es el señor Cardenalito. Pues oye, más me agrada Gervasia que todas las damas de la Corte; y si se da un torneo, hállome presto a llevar sus colores y a defender su hermosura contra cualquiera que se presente.

––Yo compadecería a los que te contradijeran, Scianca–Ferro.

––Y tienes razón, pues por la hija del alcalde peleara yo con tanto denuedo como por la hija de un rey.

Levantóse Manuel, y después de estrechar la mano de Scianca–Ferro encerróse en su aposento. Era evidente que si bien el escudero era fuerte y denodado, no comprendía lo que pasaba en el corazón del príncipe, ni comprendía lo que conmovía el alma del paje.

Tocante a Manuel, dotado de mayor penetración y sagacidad, hizo mil comentarios en la soledad de su habitación y en el silencio de la noche, sin acertar en lo que podía conmover el alma del huérfano y turbar su propio corazón.

Esperó, pues, con impaciencia el día siguiente, sin ver a León en toda la mañana, que le pareció un siglo. A la hora convenida dirigióse temblando a la iglesia, como si para su vida se tratara de algún importantísimo asunto; el tratado de Crespy, firmado un año antes, el cual debía despojarle o restituirle definitivamente sus Estados, habíale parecido menos grave que el secreto que León deseaba comunicarle.

Orando el paje estaba en el mismo lugar que el día anterior, y su semblante expresaba a un tiempo completa firmeza y triste resignación. Manuel corrió a su encuentro, siendo recibido por León con tierna y melancólica sonrisa.

––¿Y bien?––interrogó el príncipe.

––Monseñor, tengo ––que pediros una merced.

––¿Cuál, León?

––Ya veis mi debilidad e insuficiencia para los ejercicios corporales. En vuestro porvenir, casi real, necesitáis hombres fuertes como Scianca–Ferro, y no tímidos niños como yo, Monseñor ––continuó el paje haciendo un esfuerzo, mientras corrían dos gruesas lágrimas por sus mejillas––: os pido el especial favor de dejaros.

Manuel retrocedió un paso; nunca se le había ocurrido la idea de vivir alejado de Scianca––Ferro o de León, tiernos y queridos compañeros de su infancia.

––¡Dejarme! ––exclamó el príncipe al paje con asombro.

León bajó la cabeza sin contestar.

––¡Dejarme!––repitió Manuel con angustioso acento. ¡Tú dejarme! ¡No puede ser!. ..

––Es necesario ––dijo León con voz casi imperceptible.

Llevóse Manuel la mano a la frente y elevando los ojos al altar dejó caer los brazos; en pocos segundos, después de interrogarse a sí mismo, había interrogado a Dios, y no recibiendo respuesta de la tierra ni del Cielo, sentíase, abatido.

––¡Dejarme! ––repuso por tercera vez, cual si no pudiera acostumbrarse a esta palabra––, a mí, que te hallé moribundo, León, que te recibí como un enviado de la Providencia..., que te he tratado como un hermano... ¡ah!...

––Precisamente por eso me alejo de vos, monseñor; os dejo porque os lo debo todo, y como nada puedo pagaros, desearía consagrar mi vida a rogar por mi bienhechor.

––¡Rogar por mí! —exclamó Manuel asombradísimo. ¿En dónde?

––En algún monasterio, sitio más a propósito para un pobre huérfano, que el que ocuparía en una corte brillante como lo será la vuestra.
––¡Madre, pobre madre mía! —exclamó Manuel. Tú que tanto le querías, ¿qué dijeras si le oyeses hablar de este modo?
––Delante de Dios ––dijo en tono solemne León, cogiendo las manos del príncipe––; delante de Dios que nos oye, dijera que tengo razón.
Había en la respuesta del paje tal acento de sinceridad y tal convicción que Manuel, conmovido, dijo:
––Haz lo que quieras, León; eres libre. He procurado cautivar tu corazón, jamás tu cuerpo; sólo te ruego que no te apresures. Aguarda un mes...
León hizo un movimiento negativo.
––Aguarda ocho días, aguarda...
––¡Oh! ––interrumpió el paje—, si no parto cuando Dios me da valor, Manuel, no partiré y os lo digo ––continuó el niño sollozando––, me es indispensable partir.
––¿Porqué? ¿Porqué? ––exclamó Manuel.
Contestóle León con el inflexible silencio que guardara ya en dos diferentes ocasiones: la primera, cuando en Oleggio le interrogó la duquesa respecto de sus padres y de su nacimiento; y la segunda, cuando Manuel quiso saber por qué rehusaba el diamante de Carlos V. Iba el príncipe a insistir, cuando sintió pasos en la Iglesia, los de un servidor de su padre, que corría a decirle que el duque Carlos necesitaba verle al instante para comunicarle importantes noticias de Francia.
––Ya ves, León, que he de dejarte ––dijo Manuel. Esta noche nos veremos, y si continúas en tu resolución, serás libre. Mañana me abandonarás o esta misma noche, si crees que no debes continuar más tiempo a mi lado.
Sin despegar los labios, el paje se arrodilló profiriendo un hondo gemido cual si se le desgarrara el corazón.
Antes de salir del templo, el príncipe volvió dos o tres veces la cabeza para examinar si el niño sentía tanto como él que se fuese de la iglesia.
Quedóse León orando una hora, y luego fuese a su habitación, resuelto a cumplir su propósito, en el cual le afirmaba el ángel de corazón de mármol, llamado Razón; pero la idea de que Manuel vendría de un instante a otro para procurar por última vez disuadirle, turbó al huérfano. El más leve rumor le estremecía, y los pasos que sonaban en el corredor, delante de la puerta de su cuarto, hacían latir con violencia su corazón. Al cabo de una hora, volvió a oír pasos. ¡Oh! entonces no tuvo duda alguna. abrióse la puerta, apareciendo Manuel, en cuya entristecida faz brillaba un mal apagado rayo de alegría.
––¿Has refexionado, León? ––interrogó, después de cerrar la puerta y acercándose al paje.
––Cuando me dejasteis ya había reflexionado, monseñor.
––Conque ¿te empeñas en abandonarme?
Sin valor para contestar, León hizo con la cabeza una señal afirmativa.
––Y eso ––añadió Manuel con melancólica sonrisa––, porque voy a ser un gran príncipe, rodeado de una corte brillante, ¿no es verdad?
El huérfano repitió la señal.
––¡Pues bien! ––continuó el príncipe con amargura––, pierde cuidado sobre este punto; has de saber que ahora soy más pobre y miserable que nunca.
Alzó León la cabeza, y Manuel pudo distinguir brillar en sus hermosos ojos el asombro al través de las lágrimas.
––El segundo hijo de Francisco I, el duque de Orleáns ha muerto ––prosiguió Manuel––, de suerte que el tratado de Crespy queda sin efecto.
––¿Y?... ––preguntó León, interrogando al príncipe con todos los músculos de su cara.
––Y como mi tío el emperador Carlos V, no da el ducado de Milán a mi primo Francisco I, el rey de Francia no devuelve los Estados de mi padre.
––¿Y el enlace con la hija del rey Fernando... ––preguntó León con inenarrable angustia––; el enlace propuesto por el emperador mismo?
––¡Ah, pobre León! Carlos V deseaba que el esposo de su sobrina fuese el duque de Saboya, el príncipe del Piamonte, quería para ella un esposo coronado, y no al miserable Manuel Filiberto, a quien no le queda más que la ciudad de Niza, el valle de Aosta y tres o cuatro bicocas de Saboya y del Piamonte.
––¡Oh! ––exclamó el paje, sin poder contener un arranque de alegría.
Más recobrado luego su imperio sobre sí mismo, repuso:
––No importa; lo dicho, dicho, monseñor.

––¿Es decir que de todos modos me abandonas, León? ––preguntó Manuel más entristecido por la decisión de su amigo que por la pérdida de sus Estados.

––Tan indispensable es hoy como ayer, Manuel.

––Ayer, León, yo era rico y poderoso, ceñía una corona ducal, hoy encuéntrome pobre y despojado, y sólo tengo una espada. Ayer, León, eras cruel abandonándome. ¡Si me dejaras hoy, eres un ingrato! ¡Adiós, León!

––¿Ingrato? ––exclamó el paje. ¡Dios santo! ¡Dice que soy ingrato! Y viendo que con ceñudo rostro el príncipe se disponía a salir de la estancia, el huérfano gritó casi desesperado:

¡Manuel, Manuel! ¡No te vayas así que me moriría!

Volvióse el mancebo, y al ver que León le echaba los brazos pálido, vacilante y próximo a desmayarse, fue a sostenerle en sus brazos; impelido entonces de un impulso para él inexplicable, aplicó los labios en los de León, y dando el paje un grito tan doloroso como si le hubiese tocado un hierro ardiente, quedó sin sentido. Desabrochada por Manuel la presilla del cuello de su amigo, que le oprimía la garganta, desgarró la gorguera, porque el niño se ahogaba, desabrochándole el jubón para que pudiera respirar.

Lanzó el duque una exclamación de sorpresa, de asombro, de alegría. ¡León era mujer! Al volver en su acuerdo León ya no existía, y Leona era la dama de Manuel Filiberto. En lo sucesivo ya no trató la pobre niña de separarse de su amante, quien no necesitaba ninguna explicación para conocer la causa de su tristeza, de su inclinación a la soledad y de su deseo de dejar el castillo. Al conocer que amaba al príncipe, Leona había querido dejarle, pero desde que el mancebo le robaba el amor, Leona le dio su vida.

Para todos, incluso Scianca–Ferro, el paje continuó siendo León, y sólo para Manuel Filiberto fue la hermosa Leona. Como príncipe, Manuel había perdido la Bresa, el Piamonte y la Saboya, excepto Niza, Verceil y el valle de Aosta; como hombre, nada, ya que Dios le daba Scianca–Ferro y Leona, los dos presentes más magníficos que Dios, en su celeste liberalidad, puede conceder a uno de sus escogidos: la adhesión y el amor.

X
LOS TRES MENSAJES

Contemos ahora en pocas líneas lo que ocurrió durante el tiempo transcurrido entre esa época y la que hemos alcanzado.

Manuel Filiberto dijo a León que ya no le restaba más que su espada, y al estallar la liga de los protestantes de Alemania sublevada por el elector de Sajonia, Juan Federico, receloso de las continuas usurpaciones del Imperio, tuvo el príncipe ocasión de ofrecer esta espada a Carlos V, quien la aceptó.

El pretexto aducido como prueba por los príncipes protestantes fue que mientras viviese el emperador, su hermano Fernando no podía ser rey de los romanos.

Formóse la liga en Esmalkalda, ciudad existente en el condado de Henneberg y perteneciente al landgrave de Hesse; de aquí su denominación de liga de Esmalkalda con que la conocemos. Enrique VIII había tenido escrúpulos y se abstuvo; Francisco I, en cambio, entró en ella con muy buena voluntad. La liga procedía de lejos, pues databa del 22 de diciembre de 1530, día de la primera reunión.

¿Era también de la liga Solimán? De hecho la había ayudado sitiando a Viena en 1532. Carlos V habíale salido al encuentro con noventa mil infantes y treinta mil caballos, y obligándole a levantar el sitio, habiendo además destruido el ejército de Francisco I en Italia, en unión de la peste; de manera que por una parte intervino el tratado de Cambrai en 5 de agosto de 1529, y por otra el de Nuremberg en 23 de julio de 1532, los cuales pacificaron por algún tiempo la Europa.

Conocida es la duración de los tratados hechos con Francisco 1. Roto el de Nuremberg, estalló la liga de Esmalkalda, que había tenido tiempo para reunir todas sus fuerzas, y el emperador marchó contra los coligados, pues lo que pasaba en Alemania le interesaba siempre más particularmente, indudablemente porque desde la decadencia de Roma comprendía que la mayor potencia del mundo era el Imperio.

En esta situación y en 27 de mayo de 1545 salió Manuel Filiberto para Worms, donde estaba el emperador, acompañado como siempre, de León y Scianca–Ferro y cuarenta caballeros, quienes formaban todo el ejército que había podido reunir en sus dominios y enviar a su cuñado, el que todavía poseía los títulos de duque de Saboya, Chablais y Aosta, de príncipe del Piamonte, Acaya y Morea, de conde de Ginebra, Niza, Ast, Bresa y Romont, de barón de Vaud, Gex y Faucigny, de señor de Verceil, Beaufort, Bugey y Friburgo, de príncipe y vicario perpetuo del Sacro imperio, de marqués de Italia y rey de Chipre.

Carlos V recibió afectuosamente a su sobrino, permitiendo que le diesen en su presencia el título de majestad, a causa del reino de Chipre sobre el cual aseguraba su padre tener derechos. Manuel Filiberto pagó

este buen recibimiento peleando como un héroe en las batallas de Ingolstadt y Mülhberg, con la última de las cuales acabó la lucha, siendo en ella muertos o heridos diez de los cuarenta del joven duque.

Respecto a Scianca–Ferro, reconociendo en la refriega al elector Juan Federico en su brioso corcel frisón, en su gigantesca estatura y en los fuertes golpes que descargaba, quiso medir con él sus fuerzas, y ciertamente que el mozo hubiera conquistado allí su nombre de Scianca–Ferro si no lo tuviera desde muchos años atrás.

Con un golpe de maza de su terrible hacha de armas hendió primero el brazo derecho del príncipe, y luego, con otro de corte, partióle a la vez el casco y la cara, de modo que cuando el prisionero levantó la mutilada visera de aquel casco delante del emperador, hubo de decir su nombre, pues su rostro estaba lleno de sangre. Un mes antes había fallecido Francisco I, manifestando al morir a su hijo que todas las desgracias de Francia provenían de su alianza con los protestantes, y como comprendía que Carlos V tenía en su favor al Todopoderoso, encomendó al futuro rey de Francia que viviese en paz con él.

Hubo entonces un momento de respiro, mediante el cual Manuel Filiberto fue a Verceil para ver a su padre; tierna y cariñosísima fue la entrevista, como que el duque de Saboya tenía indudablemente el presentimiento de que abrazaba por última vez a su hijo. El encargo de Francisco I a Enrique II no echó profundas raíces en el corazón de este rey, sin genio militar aunque de belicosos instintos, y conflagróse de nuevo la guerra en Italia con motivo de la muerte del duque de Plasencia, Pablo Luis Farnesio, de quien ya hemos hablado. Asesinarónle en Plasencia (1548) Palavicini, Landi, Anguisciola y Gonfalonieri, quienes después del asesinato entregaron la ciudad a Fernando de Gonza, gobernador del Milanesado por Carlos V.

Por su parte, Octavio Farnesio se había adueñado de Parma, invocando la protección del rey Enrique II para no verse obligado a restituirla; y en vida del mismo Pablo III no había dejado Carlos V de reclamar Parma y Plasencia como ciudades del ducado de Milán.

Sabida es la discusión que sobre el particular había tenido en Niza el emperador con el Papa Paulo III. No fue necesario más para encender de nuevo la guerra, que estalló a un tiempo en Italia y los Países Bajos, y como Carlos V reunió sus mayores fuerzas en Flandes, según acostumbraba, al comienzo de este libro hemos vuelto naturalmente la vista al Norte en busca de Manuel Filiberto.

Relatamos que después del sitio de Metz y la toma de Theruanne y Hesdin, al encargar el emperador a su sobrino la reedificación de esta última ciudad le hizo generalísimo de sus ejércitos de Flandes y gobernador de los Países Bajos. Como para equilibrar tan alto honor, Manuel Filiberto acababa de sentir una cruel desgracia: su padre el duque de Saboya había fallecido el 1 de septiembre de 1533.

Con esta dignidad de generalísimo y con el sentimiento de la muerte de su padre, retratado en su semblante como en el de Hamlet, vímosle salir del campamento imperial para hacer acatar su autoridad de la misma manera que en otro tiempo hizo acatar Rómulo la suya. Al regresar a su tienda un mensajero de Carlos V le notificó que el emperador deseaba hablarle inmediatamente.

Apeóse Manuel, hizo a su escudero y a su paje una señal de cabeza dándoles a entender que en cuanto hubiese hablado con Carlos V se reuniría con ellos, y desciñéndose su espada se la colocó debajo del brazo, como solía hacerlo cuando iba a pie, para que en el caso de tener que desenvainarla tuviera la mano inmediatamente al puño; seguidamente encaminóse a la tienda del moderno César, y habiéndole el centinela presentado las armas, penetró en ella, precedido del mensajero, que iba a notificar su llegada al emperador.

La tienda de Carlos V estaba dividida en cuatro departamentos, sin contar una cámara o pórtico con cuatro pilares; el uno servía de comedor, otro de salón, el otro de dormitorio y el otro de despacho, y cada uno hallábase amueblado con el don de una ciudad y adornado con el trofeo de una victoria.

El único trofeo del dormitorio era la espada de Francisco I, colgada a la cabecera de la cama, trofeo sencillo ciertamente, pero más precioso para Carlos V que todos los que había en las otras estancias. El emperador llevó esa espada al monasterio de Yuste, y muchas veces el que escribe estas líneas, echando a lo pasado una triste mirada, la ha tenido y desenvainado, como la tuvieron y desenvainaron Francisco I, que la dio a Carlos V que la recibió, y Napoleón, que la trajo a Francia.

¡Extraña vanidad de las cosas del mundo! Habiendo llegado a ser esa espada la sola dote de una hermosa princesa, hoy pertenece al nieto de un servidor de Catalina II. ¡Oh Francisco I! ¡Oh Carlos V! ¡Oh Napoleón!

Al pasar Manuel Filiberto por la antecámara, vio un hombre con las manos atadas a la espalda y custodiado por cuatro soldados.

Aunque éste vistiera el traje de los campesinos y estuviese cubierto, Manuel distinguió que ni su pelo ni su tez correspondían a su traje, de modo que tomándole por un espía francés, supuso que el emperador le mandaba llamar para hablarle del prisionero.

Carlos V estaba en su despacho. Nacido en el siglo XV, entonces tenía cincuenta y cinco años; era de baja estatura y fuertemente constituido, de ojos centelleantes cuando no los amortiguaba el dolor, y aunque de pelo canoso, su barba, más poblada que extensa, conservaba su primer color.

Estaba recostado en una especie de diván turco, tapizado de telas de Oriente, tomadas de la tienda que Solimán tenía delante de Viena, y al alcance de su mano relucía un trofeo de kanjiares y cimitarras árabes. Tenía puesta una bata de terciopelo negro forrada de armiño, y en su mohino semblante se conocía que aguardaba con impaciencia a Manuel Filiberto; no obstante, cuando le anunciaron al duque desapareció al momento aquel viso de impaciencia, como al soplo del aquilón la nube que amengua la claridad del día. Durante cuarenta años de reinado, el emperador había tenido tiempo para aprender a componerse el rostro, y es bien decir que nadie le superaba en este arte.

Con todo, a la primera ojeada comprendió Manuel que el emperador tenía que hablarle de graves asuntos, al mismo tiempo que Carlos V, viendo a su sobrino, hizo un esfuerzo para mudar de postura, saludándole afectuosamente con la mano y la cabeza. Hizo el duque una respetuosa cortesía, y el emperador comenzó la conversación en italiano. Aunque toda su vida sintió no haber podido nunca aprender el latín y el griego, hablaba con entera corrección cinco lenguas vivas, a saber: el italiano, el español, el inglés, el flamenco y el francés; y explicaba el uso que de ellas hacía, exclamando:

––Para hablar con el Papa aprendí el italiano, con mi madre Juana el español, con mi tía Catalina el inglés, con mis conciudadanos y mis amigos el flamenco, conmigo mismo el francés. Por mucho que le precisara tratar de sus propios negocios con los que mandaba llamar, el emperador comenzaba, siempre hablándoles de los suyos.

––¿Qué noticias corren por el campamento? ––preguntó.

––Señor ––respondió Manuel Filiberto––, una noticia que V. M. conocería en breve si yo mismo no se la comunicara, y consiste en que, para que respeten mi título y vuestra autoridad, acabo de verme precisado a ejercer un grande escarmiento.

––¿Un grande escarmiento? ––repuso distraído el emperador, volviendo ya a sus propias ideas. ¿Cuál?

Manuel refirió lo ocurrido entre él y el conde de Waldeck, sin que, a pesar de lo importante del relato, le escuchase Carlos V con suma atención.

––Bien ––dijo por tercera vez el emperador, cuando el duque hubo terminado.

Es probable que, ensimismado como se hallaba, no había oído una palabra de la narración del general, pues mientras que éste hablaba, para disimular el emperador su abstracción, miraba y movía con dificultad los dedos de su mano derecha, desfigurados por la gota, positiva enemiga de Carlos V, más ensañada contra él que Solimán, Francisco I y Enrique II. La gota y Lutero eran dos demonios que sin tregua le perseguían, y por esto les daba igual importancia.

––¡Ah! Sin Lutero y sin la gota ––exclamaba algunas veces tirándose de la barba al apearse del caballo, extenuado por el cansancio de un largo camino o por el esfuerzo de una recia batalla––; ¡ah! sin Lutero y sin la gota, ¡cómo dormiría esta noche!

Después de una ligera pausa entre el relato de Manuel Filiberto y la prosecución de la comenzada plática, dijo el emperador a su sobrino:

––Yo también he de darte noticias, y malas.

––¿De dónde, augusto emperador?

––De Roma.

––¿Ha sido elegido el Papa?

––Sí.

––¿Quién es?

––Pedro Caraffa. Su predecesor Marcelo II era de mi edad, habiendo nacido en el mismo año que yo. ¡Pobre Marcelo! ¿No me dice su muerte que me prepare a morir?

––Señor, yo creo que no debéis parar mientes en ese suceso ni juzgar la muerte del Pontífice Marcelo como un fallecimiento ordinario. El cardenal Marcelo Cerrino era de robusta constitución, gozaba de buena salud y quizá hubiera vivido cien años; el cardenal Marcelo Cerrino, Papa con el nombre de Marcelo II, ha muerto en veinte días.

––Bien lo sé ––repuso Carlos V pensativo––; también se dio demasiada prisa en ser Papa: quiso ceñir la tiara el Viernes Santo, o sea el mismo día en que Nuestro Señor fue coronado de espinas, y eso le habrá sido fatal. De modo es que su muerte me da menos en qué pensar que la elección de Paulo IV.

––Sin embargo, si no me engaño Paulo IV es napolitano, súbdito de V. M.

––Cierto; más siempre he tenido malos informes de ese cardenal, y durante su estancia en la Corte de España dióme motivos de queja. ¡Ah! ––continuó Carlos V–– en son de fastidio––, tendré que empeñar con él la lucha que hace veinte años sostengo con sus antecesores, y apuraré las fuerzas.

––¡Ah, señor!

Quedóse Carlos V meditabundo, y a poco añadió como hablando consigo y suspirando:

––Quizá me equivoque respecto de ese, como sucedió con otros Papas. Casi siempre son lo contrario de lo que eran cuando cardenales.

Yo creía que el Médicis, Clemente VII, era varón de condición pacífica, y he aquí que cuando le hubieron elegido Papa vi que me había equivocado de medio a medio: era hombre de genio inquieto. Por el contrario, figurábame que Julio III descuidaría los negocios por los placeres, y sólo preocuparíase en diversiones y fiestas. ¡Peccato! Nunca hubo paga más diligente y menos aficionado a los goces de este mundo. Pues ¡no nos dieron poco que hacer él y su cardenal Polus respecto del casamiento de Felipe II con su prima María Tudor! Si no hubiésemos encarcelado al furibundo Polus en Inspruck, Dios sabe si hoy estaría efectuado el matrimonio. ¡Ah, pobre Marcelo! —exclamó el emperador profiriendo otro suspiro más expresivo que el primero—, si sólo has sobrevivido veinte días a tu entronización, no fue porque te hiciste coronar el Viernes Santo, sino porque eras amigo mío.

––Dios sabe lo que será, augusto emperador ––repuso Manuel Filiberto. V. M. mismo confiesa que se engañó acerca de Clemente VII y Julio III; tal vez se equivoque también acerca de Paulo IV.

––¡Dios lo quiera! más lo dudo. Oyéndose en esto rumor a la puerta, Carlos V preguntó enojado: ––¿Qué hay? ¿No ordené que nadie nos molestara? Ve a ver, Manuel.

Levantó el duque la colgadura para hablar con las personas que estaban en la pieza contigua, y volviendo al emperador, le dijo:

––Señor, es un correo procedente de España, de Tordesillas.

––Hazle entrar, hazle entrar, que me traerá nuevas de mi buena madre.

Presentóse el enviado, y Carlos V le dijo en español:

––Sí, sí, noticias de mi madre, ¿no es cierto?

Sin responder, el mensajero entregó un pliego al duque.

––Dame acá, Manuel –dijo el emperador. Y sigue bien, ¿eh?

El correo tampoco despegó los labios. Manuel no se atrevía a dar la carta a Carlos V, quien al divisar que llevaba sello negro, exclamó estremecido:

––¡Ah! La elección de Paulo IV es de mal agüero para mí. Dame acá, hijo mío ––continuó tendiendo la mano al duque.

Manuel obedeció; tardar más hubiera sido una puerilidad.

––Augusto emperador –dijo dando el pliego a Carlos V––, acuérdate de que eres hombre.

––Sí, eso es lo que decían a los triunfadores.

Y abrió temblando la carta. No obstante contener pocas líneas, hubo de releerla dos o tres veces, porque las lágrimas le turbaban la vista; sus mismos ojos, secados por la ambición, estaban asombrados de llorar. Al acabar entregó el escrito a Manuel, y exclamó tendiéndose en el diván:

––¡Muerta! Muerta a 13 de abril de 1555, el mismo día en que se eligió Papa a Pedro Caraffa. ¡Ay, hijo mío! ¡cuando te decía que ese hombre era fatal!

La carta estaba firmada por el escribano real de Tordesillas, y anunciaba, en efecto, la muerte de Juana de Castilla, madre de Carlos V, conocida en la Historia con el sobrenombre de Juana la Loca. Manuel permaneció por un momento callado e inmóvil ante aquel gran pesar que no sabía cómo consolar, pues Carlos V adoraba a su madre.

––Augusto emperador ––exclamó al fin––, acuérdate de lo que tuviste la bondad de decirme cuando ha dos años me cupo también la desdicha de perder a mi madre.

––Sí, ––dijo el emperador––, poco cuesta decirlo: nunca nos faltan buenas razones para consolar a los demás, y cuando nos corresponde el turno, somos impotentes para consolarnos a nosotros mismos.

––Por eso no es mi intención consolarte, augusto emperador, y dígote por el contrario: ¡Llora, llora, que eres hombre!

––¡Dolorosa vida la suya, Manuel! Casada en 1496 con mi padre Felipe el Hermoso, a quien amaba en extremo, enloqueció de dolor cuando en 1506 le envenenaron mortalmente con un vaso de agua que le dieron a beber mientras jugaba a la pelota. Durante cincuenta años esperó mi madre la resurrección de su esposo, que para consolarle le había prometido un cartujo, y estuvo cincuenta años en Tordesillas, de la cual salió para recibirme en Villaviciosa y ceñirme ella misma la corona de España. Loca de amor por su marido, únicamente recobraba el juicio cuando pensaba en su hijo. ¡Pobre madre mía! Todo mi reinado probará

el respeto que yo la profesaba. Nada trascendental se ha hecho en España de cuarenta años a esta parte sin pedirle su parecer; y aunque no siempre podía darlo, obrando de este modo cumplía yo mi deber de hijo. ¿Sabes que a pesar de ser española, y española como era, fue a darme a luz en Flandes para que un día pudiera ser emperador en vez de mi abuelo Maximiliano? ¿Sabes que a pesar de ser madre renunció a criarme, temerosa de que sólo por haberme amamantado ella me acusaran de ser demasiado español? En efecto, haber sido criado por Ana Sterel y ser vecino de Gante, he aquí los dos principales títulos a los cuales debo la corona imperial. Mi madre previó todo eso antes de mi nacimiento. ¿Qué haré yo por ella después de su muerte? ¿Grandes funerales? Los tendrá; más ¡ay! ser emperador de Alemania, rey de España, de Nápoles, de Sicilia y de las dos Indias, tener un Imperio donde el sol nunca se pone, como dicen mis aduladores, y no poder hacer por mi difunta madre sino grandes exequias, ¡ah, Manuel! cuan reducido es el poder del hombre libre más poderoso.

Alzóse de nuevo la colgadura, presentándose un oficial empolvado, que al parecer era portador también de urgentes noticias, y antes de que el ujier le anunciara, preguntó Carlos V al mensajero:

––Entrad. ¿Qué hay?

––Augusto emperador ––respondió el mensajero con acatamiento–– el rey Enrique II se ha puesto en campaña con tres cuerpos de ejército: el primero lo manda él mismo con el condestable de Montmorency a sus órdenes; el segundo hállase a las del mariscal de Saint–André, y el tercero a los del duque de Nevers.

––¿Qué más? ––repuso Carlos V.

––El rey de Francia se apoderó de Mariemburgo, y a estas horas se encamina hacia Bouvines.

––¿En que día sitió a Mariemburgo?

––En 13 de abril último, señor.

Dirigióse Carlos V a Manuel Filiberto interrogándole en francés:

––¿Qué me dices de la fecha? Fatal, a fe ––respondió el duque.

––Está bien ––exclamó el Emperador al mensajero ––; dejadnos.

Y volviéndose al ujier, añadió:

––Trátese a ese oficial como si hubiese traído buenas noticias al emperador. Despejad.

Sin aguardar Manuel Filiberto a que Carlos V le preguntara, en desapareciendo el ujier, tomó la palabra diciendo:

––Afortunadamente, augusto emperador, si nada podemos contra la elección de Paulo IV ni contra la muerte de vuestra amada madre, ciertamente podemos hacer algo contra la toma de Mariemburgo.

––¿Qué?

––Recobradlo, ¡pardiez!

––Tú sí, pero yo no, Manuel.

––¿Por qué vos no?

Levantóse Carlos V no sin algún trabajo para andar, y moviendo la cabeza, dijo a su sobrino:

––Las piernas ya no me sostienen a pie ni a caballo, y mis manos no pueden manejar la espada. Esto es un aviso, Manuel: mal puede emp uñar el cetro quien no puede blandir la espada.

––¿Qué décis, señor? ––exclamó Manuel maravillado.

––Una cosa, en que muchas veces he pensado; y en que todavía pienso Manuel, todo me advierte que es hora de dejar a otro mi lugar. La sorpresa de Inspruck, de donde tuve que huir casi desnudo; la retirada de Metz, donde dejé la tercera parte de mi ejército y la mitad de mi nombradía; y más que todo, este mal al cual no pueden resistir mucho tiempo las fuerzas humanas, esta dolencia que la medicina no puede curar, mal terrible, inexorable y cruel que invade el cuerpo de pies a cabeza sin dejar miembro sano, contrae los nervios con intolerables dolores, penetra en los huesos, hiela los tuétanos e impide el movimiento de nuestras articulaciones; este mal que aniquila al hombre miembro por miembro, más horrible y seguro que el hierro, el fuego y todas las armas, turbando la serenidad del alma y destruyendo su fuerza y albedrío con los padecimientos de la materia; este mal me grita de continuo: ¡No más cetro, no más poder; vuelve a la nada de la vida antes de ir a la nada del sepulcro! Carlos por la gracia de Dios, emperador de los romanos; Carlos, siempre augusto; Carlos, rey de Germania, Castilla, León, Granada, Aragón, Nápoles, Sicilia, Mallorca, Cerdeña, Islas e Indias; rey del Océano y del Atlántico, baja del solio, baja del solio...

Manuel quiso hablar, y el emperador le contuvo con un ademán, prosiguiendo:

––Oye otra cosa de que me había olvidado. Como si la descomposición de este pobre cuerpo no fuese tan ligera como desean mis enemigos; como si no me abrumaran bastantes derrotas, además de las herejías y la gota, hasta los puñales se vuelven contra mí.

––¡Los puñales! —prorrumpió Manuel.

––Hoy, han querido asesinarme ––dijo Carlos V con triste semblante.

––¿A Vuestra Majestad? ––preguntó Manuel con sobresalto.
––¿Porqué no? ––replicó el emperador con tétrica sonrisa. ¿No me has dicho poco ha que me acordara de que soy hombre?
––¡Ah! ––exclamó el duque mal repuesto del susto que originóle tal noticia. ¿Quién es el malvado?
––Pues eso pregunto yo, quién es el malvado. Tengo el puñal, no la mano.
––Ya comprendo: sería el hombre que he visto atado en la otra pieza.
––Sí, ese es el malvado, Manuel, como le llamas; más lo que yo desearía saber es quién le envía. ¿El turco? No lo creo, que Solimán es un enemigo leal. ¿Enrique II? Ni soñarlo. ¿Octavio Farnesio? Es muy poca cosa para atreverse con el ave imperial que Mauricio no osaba coger por no encontrar, según decía, jaula suficientemente grande donde encerrarla. ¿Los luteranos de Augsburgo, a los calvinistas de Ginebra? Piérdome en un mar de conjeturas, y, no obstante, quisiera saberlo. Escucha, Manuel: ese hombre se ha negado a contestar a mis preguntas; llévatelo a tu tienda, pregúntale, haz de él lo que se te antoje, te lo doy, pero, ¿lo oyes? es menester que hable; cuanto más poderoso es el enemigo y más cerca está de mí, tanto más precisa conocerle.
Estaba con los ojos clavados en el suelo Manuel Filiberto en ademán pensativo, cuando después de una ligera pausa díjole el emperador:
––A propósito, ha llegado de Bruselas tu primo Felipe II. Sobresaltado Manuel a tan repentina transición, alzó la cabeza, y estremecido por la significativa mirada de Carlos V, preguntóle:
––¿Y qué?
––Me regocijaré de ver a mi hijo. ¿No diría cualquiera que adivina la oportunidad de sucederme? Antes de verle, Manuel, te recomiendo mi asesino.
––Dentro de una hora conocerá Vuestra Majestad lo que desea.
Y saludando al que le tendía la estropeada mano, el duque salió con la creencia de que el asunto tratado como accesorio de la conversación era para Carlos V el suceso más trascendental del día.

XI
ODOARDO MARAVIGLIA

Al marcharse bastóle a Manuel Filiberto mirar al preso, para confirmarse en la idea de que iba a tratar con un caballero, y llamando al jefe de los cuatro soldados, le dijo:
––Amigo mío, por mandato del emperador, dentro de cinco minutos conducirás a ese hombre a mi tienda.
Bien pudiera Manuel dejar de invocar el nombre de Carlos V, pues sobre saber que éste le había delegado todos sus poderes, los soldados le apreciaban mucho y obedecían como al emperador mismo.
––Cumpliré la orden, Alteza ––repuso el sargento.
Encaminóse el duque a su tienda, la cual no era, como la de Carlos V, un lujoso pabellón dividido en cuatro compartimientos, sino la tienda de un soldado con dos piezas separadas por una sencilla cortina.
Scianca–Ferro hallábase sentado a la puerta.
––No te muevas de ahí —le dijo Manuel––, y toma cualquiera arma.
––¿Para qué?
––Van a traer a un hombre que ha intentado asesinar al emperador, y quiero preguntarle a solas; mírale cuando entre, y si faltando a la palabra que sin duda me dará, trata de fugarse, échale mano y cuidado con herirle, pues conviene que viva.
––En ese caso no necesito armas ––dijo Scianca–Ferro––, me bastan los brazos.
––Como lo desees; no olvides el aviso.
––Pierde cuidado.
El príncipe halló en su tienda a Leona, quien al verle entrar solo, recibióle con los brazos abiertos, prorrumpiendo:
––¡Por fin has venido! ¡A qué terrible escena hemos asistido, gran Dios! ¡Oh! Con razón decías que al ver mi demudado semblante se me habría tomado por una mujer.
––¡Cómo ha de ser, Leona! Esas son las escenas comunes de la vida militar, y no debieran ya causarte tanta sorpresa. Aprende a Scianca–Ferro.
––No digas tal, Manuel, ni aún de burlas. Scianca–Ferro es hombre, y te ama tanto como un hombre puede amar a otro, no lo dudo, más yo, Manuel, te amo de un modo que no me sé explicar, como al objeto sin el cual no es posible vivir, como la flor al rocío, como el pájaro a la enramada, como la aurora al sol; contigo vivo, existo, amo, y sin ti no respiro.

––Querida mía ––díjole Manuel––, sé que en ti concurren la gracia, la adhesión y el amor; se que vas adonde voy, que realmente vives en mí, y por lo mismo no tengo para ti restricciones ni secretos.
––¿Por qué me dices eso?
––Porque van a traerme un hombre, a un gran criminal a quien he de interrogar y que quizá haga importantes revelaciones comprometiendo a muy altos personajes. Pasa al otro lado de la tienda, y poco importa que escuches, si quieres; ya sé que cuanto él hablare lo habré oído yo solo.
Encogióse Leona de hombros y dijo:
––¿Para qué quiero yo el mundo, después de ti?
Y enviando con la mano una caricia a su amante, la niña escondióse tras la cortina. A tiempo lo hizo, pues habían transcurrido los cinco minutos, y con militar puntualidad llegaba el sargento con el preso.
Recibióle Manuel sentado y medio oculto en la sombra, desde donde lanzó una profunda mirada al asesino, joven de hasta treinta y cinco años, alto, y de tan distinguido porte, que no obstante su disfraz, como hemos dicho, el duque le tenía por caballero.
––Dejad al señor conmigo ––dijo el príncipe al sargento.
Salió éste con la escolta, en tanto el preso clavaba la aguda vista en Manuel Filiberto, quien se le acercó diciendo:
––Caballero, como esa gente no conocía con quién trataba, os ha atado. Dadme palabra de caballero de que no intentaréis huir, y os desato las manos.
––Soy plebeyo ––respondió el asesino––, y por lo tanto, no puedo empeñar fe de caballero.
––Si sois plebeyo, a nada os obliga una palabra empeñada; dadla, pues, ya que es la sola prenda que os exijo.
El preso no respondió.
––Pues os soltaré las manos sin palabra de honor ––añadió el duque—; no temo habérmelas cara a cara con un hombre que no tenga honor que empeñar.
Y el príncipe empezó a desatar al incógnito.
––Esperad —exclamó éste retrocediendo—; a fe de caballero no intentaré huir.
––¡Vamos, vamos! ––dijo Manuel sonriéndose. No soy tan tonto en perros, caballos y hombres.
Y acabó de desanudar la cuerda.
––Suelto estáis ––prosiguió; ahora hablemos.
Examinóse el preso fríamente las amoratadas manos, bajó los brazos interrogando con ironía:
––¿De qué hablaremos?
––De la causa que os impelió a ese crimen.
––Nada he dicho, y nada qué decir tengo.
––Concibo que nada hayáis dicho al emperador, a quien intentasteis matar, y comprendo que nada hayáis querido declarar a los soldados que os prendieron; pero a mí, que os trato de caballero a caballero y no como un asesino vulgar, a mí me lo contaréis todo.
––¿Para qué?
––Voy a decíroslo, caballero: para que yo os considere como a un hombre pagado por algún miserable que, no atreviéndose a herir con su brazo, haberse valido del vuestro; y para que no seáis ahorcado como un ladrón y un facineroso, sino decapitado como un noble y un caballero.
––Hanme amenazado con el tormento para hacerme hablar ––dijo el preso; denme tormento.
––Sería una crueldad inútil: lo sufriríais y no hablaríais, os maltratarían y no os vencerían, guardaríais el secreto y dejaríais burlados a vuestros atormentadores. No, no es eso lo que yo quiero; yo quiero saber la verdad, que me digáis, a mí que soy un caballero, general y príncipe, lo que diríais a un sacerdote; y si me creéis indigno de oíros, es porque lo sois de hablarme, porque sois de esos miserables con quienes no quería confundiros, porque habéis obrado bajo la influencia de alguna baja pasión qué no habéis revelado, porque....
Irguióse el preso, interrumpiéndole con estas palabras:
––Me llamo Odoardo Maraviglia, monseñor; haced memoria y no me insultéis.
Al nombre de Odoardo Maraviglia creyó Manuel percibir un grito ahogado en el otro compartimiento de la tienda, y vio moverse la tela divisoria, mientras por su parte sentía vibrar hondamente en sus recuerdos aquel hombre, el cual había servido de pretexto a la guerra que le despojó de sus Estados.
––¡Odoardo Maraviglia! ––prorrumpió. ¿Seríais hijo de Francisco Maraviglia, embajador de Francia en Milán?
––Su hijo soy.

Volvió Manuel la mente a su niñez, y no obstante de que en ella estaba grabado el nombre de Maraviglia, nada le aclaraba la situación actual.

––Vuestro nombre es el de un caballero —exclamó el duque, más nada me recuerda que se relacione con el crimen de que os acusan.

A lo cual respondió Odoardo con desdeñosa sonrisa:

––Interrogad al muy augusto emperador si su memoria es tan flaca como la vuestra.

––Dispensad, caballero. Cuando desapareció el conde Francisco Maraviglia, yo aún era niño, apenas tenía ocho años, y no es de extrañar que ignore los detalles de una desaparición que, a no engañarme, ha sido siempre un misterio para todos.

––Pues bien, monseñor, yo os aclararé el misterio. Oíd:

“Ya sabéis que el último Sforza era un príncipe mezquino que continuamente fluctuaba entre Francisco I y Carlos V, según el genio de la victoria se mostraba propicio a uno u otro. Mi padre, Francisco Maraviglia, era enviado especial del rey Francisco I en su Corte. Corría el año 1534; mientras el emperador estaba en África, el duque de Sajonia, aliado de Francisco I, había concertado la paz con el rey de los romanos, y Clemente VII, otro aliado del francés, acababa de excomulgar al rey Enrique VIII de Inglaterra, de manera que en Italia todo iba mal para el emperador. El duque Sforza abandonó a Carlos V, a quien todavía continuaba debiendo cuatrocientos mil ducados, y puso toda su fortuna política en manos del enviado extraordinario del rey Francisco I. Eso era un hermoso triunfo, y Francisco Maraviglia cometió la imprudencia de soltar palabras jactanciosas que cruzando los mares fuerron a Túnez y conmovieron a Carlos V. ¡Ay caprichosa fortuna! A los dos meses falleció Clemente VIII, con apoyo de los franceses en Italia. Tomado Túnez por Carlos V, este emperador llegó a Italia con su victorioso ejército, y necesitando una víctima expiatoria, el destino señaló a Francisco Maraviglia. El duque sólo esperaba un pretexto para cumplir la palabra empeñada al augusto emperador, y el hombre que desde hacía un año era más poderoso en Milán que el duque mismo, fue preso como un vil malhechor y llevado a la ciudadela. Mi madre estaba en la ciudad con mi hermana de cuatro años, y yo me hallaba en el Louvre como paje del rey Francisco I. Separaron al conde de los brazos de mi madre, y se lo llevaron sin decir a la pobre señora el motivo de la prisión ni el punto adonde le conducían. Transcurrieron ocho días, durante los cuales, no obstante los muchos pasos que dio, no pudo la condesa saber cosa alguna de la suerte de su esposo. Maraviglia era riquísimo, todos lo conocían, y su mujer podía comprar su libertad a peso de oro. Cierta noche llamó a la puerta del palacio de mi madre un sujeto que deseaba hablarle sin testigos, y como todo era importante en aquella circunstancia, abriósele desde luego la puerta. Por conducto de sus amigos y de los franceses mi madre había hecho esparcir por la ciudad que daría quinientos ducados a quien le dijera con certeza dónde estaba su marido. Era posible que aquel hombre trajera noticias del conde y quería asegurarse del secreto hablando a solas con mi madre. No se engañaba la condesa; aquel sujeto era un carcelero de la fortaleza de Milán, en donde habían encerrado a mi padre, y no sólo venía a decir dónde encontrábase Maraviglia, sino que además traía carta suya. Al conocer la letra de su esposo entregó mi madre los quinientos ducados al carcelero. La carta del conde participaba su encarcelamiento e incomunicación sin expresar grandes temores, y mi madre contestó al preso poniendo vida y bienes a su disposición. Transcurrieron otros cinco días, y por la noche volvió el mismo sujeto a llamar al palacio, siendo al instante introducido en la estancia de la condesa. La situación del preso se había agravado; habíanle conducido a otra mazmorra, poniéndole en entera incomunicación, y según manifestaba el carcelero, su vida corría peligro, ¿Querría aquel hombre sacarle a la condesa alguna gran cantidad o decía la verdad? Una de esas dos hipótesis podía ser positiva. El temor pudo más en el corazón de mi madre, sin contar que interrogó al carcelero, y que si bien en sus respuestas se traslucía la codicia, envolvíalas el acento de la franqueza. Díole una suma igual a la primera, diciéndole que a todo evento escogiera los medios de efectuar la fuga del conde, y acordado el proyecto de evasión, el carcelero recibiría cinco mil ducados, y así que el conde encontrárase fuera de peligro, veinte mil más, lo cual era una fortuna. Despidióse el carcelero de la condesa prometiendo pensar en lo que acababa de escuchar. Mi madre, por su parte, tomó informes, y por algunos, amigos que tenía en la corte del duque supo que la situación del preso era más grave aún de lo que afirmara el carcelero, pues decían que iban a encausar al conde por espía”.

“Esperó impaciente la visita de aquel individuo, cuyo nombre ni siquiera sabía, a bien que a saberlo, hubiera sido perderle y perderse el interrogar por un carcelero de parte de la condesa de Maraviglia. Lo que, sin embargo, la tranquilizaba un tanto era la causa en cuestión. ¿De qué podían acusar a mi padre? ¿De la muerte de los milaneses? ¡Si era una pendencia entre criados y plebeyos, en que nada tenía que ver un caballero, un embajador! Murmurábase empero, que no se instruiría proceso, y esos rumores eran los más siniestros, pues daban a entender que no por eso dejarían de sentenciar al conde. Por último, una noche mi madre se estremeció al oír un aldabazo pues comenzaba a conocer el modo de llamar del que le visitaba de

noche, y fue a esperarle en el umbral de la habitación. El carcelero habló con más misterio aún de lo que acostumbraba proponiendo a la condesa el siguiente plan de fuga: teniendo el carcelero las llaves del calabozo situado entre su habitación y la mazmorra del preso, y cuya férrea puerta coronada de una reja, conducía a la propia mazmorra, proponía practicar una abertura en la pared de su cuarto y detrás de la cama. Despojado de sus grillos, mi padre pasaría al calabozo inmediato y al cuarto del carcelero, para deslizarse por una cuerda hasta el foso, en el lugar más obscuro y solitario del muro, huyendo luego en un coche que a corta distancia le esperaría. El proyecto era excelente, y la condesa aceptó; más temiendo que la engañasen respecto al preso diciéndole que estaba a salvo, aunque continuara aherrojado, quiso presenciar la fuga, y si bien el carcelero adujo la dificultad de introducirla en la fortaleza, arreglóla mi madre manifestando que para ver a su esposo tenía un permiso de que aún no había hecho uso, y que por consiguiente, era válido. En el día señalado para la evasión, una vez dentro de la fortaleza, aprovecharía la obscuridad para meterse en la habitación del carcelero y aguardar el momento de la fuga; y al salir el preso, entregaría a su cómplice el resto de la suma estipulada. Como el carcelero hacía sus ofertas con sinceridad, aceptó el plan, y concertada la evasión para dentro de dos días, por la noche, antes de despedirse de la condesa recibió los cinco mil ducados, indicando el sitio donde debía estar el carruaje, confiado por mi madre a un servidor de probada fidelidad.

––Dispensadme, monseñor —dijo Odoardo, interrumpiendo su relato; me olvido de que hablo a un extraño, y que todas esas particularidades, para mí muy interesantes, nada importa a quien me oye.

––Os equivocáis, caballero ––respondió Manuel––, deseo, por el contrario que apeléis a vuestra memoria para que yo mismo participe de vuestros recuerdos. Os escucho.

Odoardo continuó en estos términos:

––Transcurrieron los dos días entre las angustias que suelen proceder a la ejecución de tales proyectos; a bien que la condesa se tranquilizaba un tanto al pensar que el carcelero estaba también interesado en el buen éxito de la fuga, pues cien años de fidelidad no le hubieran concedido lo que un cuarto de hora de traición le valía. Muchas veces se arrepintió la condesa de haber fijado la evasión para dentro de cuarenta y ocho horas en vez de veinticuatro; parecíale que las veinticuatro últimas no pasarían jamás, u ocurriendo en su decurso alguna catástrofe, se frustraría el proyecto, por bien ideado y muy ingenioso que fuese. Transcurrió el tiempo medido por la mano de la eternidad, y las horas dieron con su frialdad ordinaria, hasta que sonó la de dirigirse a la cárcel. En presencia de la condesa proveyóse el coche de todo lo necesario a la fuga de mi padre, para que no se viera obligado a pararse en el camino, y condujéronse dos caballos más allá de Pavía, para que pudiese andar unas treinta leguas sin retraso alguno. Enganchado a las once el carruaje, a media noche ya estaría esperando en el lugar concertado, y una vez en salvo el fugitivo, se encargaba de avisar a mi madre. Llegó por fin la tan esperada hora, y en el momento de obrar hallaba la condesa que el tiempo había pasado volando. Tomó de la mano a su tierna hija, y mientras se dirigía a la cárcel, estuvo temiendo que no la dejasen comunicar con su esposo, por tener el permiso ocho días de fecha. Mi madre se engañaba, pues sin ninguna dificultad la dejaron entrar en el calabozo de Maraviglia. No era exagerado lo que le habían dicho, puesto que, a juzgar por el modo con que era tratado un personaje como el conde, no había que hacerse ilusiones tocante a la suerte que le aguardaba; el embajador del rey de Francia llevaba grillete como un infame presidiario. Muy dolorosa hubiera sido la entrevista a no ser cercana y cierta la fuga. El conde estaba resuelto a todo, sabiendo que no debía esperar misericordia, puesto que el emperador había pedido verdaderamente su muerte.

Hizo Manuel Filiberto un movimiento y preguntó severamente:

––¿Estáis seguro de lo que decís, caballero? Es grave la acusación que dirigís a tan poderoso príncipe como el emperador Carlos V.

––¿Me ordena Vuestra Alteza que calle o me permite que prosiga?

––Continuad; más, ¿por qué no respondéis a mi pregunta?

––Porque presumo que el resto de mi relato excusará la contestación.

––Continuad, pues, caballero––dijo Manuel Filiberto.

XII
EJECUCIÓN DE FRANCISCO MARAVIGLIA

––A las nueve menos pocos minutos ––prosiguió Odoardo––, el carcelero previno a la condesa que se fuera, pues iban a relevar los centinelas y convenía que el mismo que la había visto penetrar la viese salir. La despedida fue cruel, sin embargo, de que dentro de tres horas debían volver a verse y no separarse más. La niña prorrumpía en lastimeros gritos y no quería dejar a su padre; la condesa se la llevó casi por fuerza,

pasando por delante del centinela y del carcelero, e introduciéndose en lo más obscuro del patio, desde donde, con gran sigilo, penetró en la habitación del carcelero. Allí introdujeron a mi madre y a mi hermana en un gabinete, prescribiéndoles que no pronunciaran una sola palabra ni hiciesen ningún movimiento, pues de un momento a otro podía entrar algún inspector en la casa. Permanecieron ambas calladas e inmóviles, persuadidas de que el menor movimiento, una palabra proferida a media voz, bastaba para quitar la vida a un esposo y a un padre. Las tres horas que aún faltaban para media noche parecieron tan largas a mi madre como las cuarenta y ocho pasadas. Por fin, el carcelero abrió la puerta:

––Venid ––dijo tan quedo que la condesa y su hija adivinaron en su halito, no lo que aquel hombre decía, sino lo que quería decir. La madre no permitió dejar a la hija para que el conde, al huir, pudiera darle un beso, y además, hay instantes en que por nada del mundo nos separaríamos de lo que amamos. ¿Sabía lo que iba a suceder la pobre madre, que disputaba la vida de su esposo a los verdugos? ¿No podía verse también ella precisada a huir con el conde o sin él? Y si debía huir, ¿era posible marcharse sin su hija? Apartó el carcelero la cama, y habiendo entrado con la madre y la hija en el primer calabozo por una abertura de dos pies cuadrados, penetraron en el del conde por la puerta cuya cerradura y goznes cuidadosamente untara. Una hora antes había mi padre recibido una lima para serrar su cadena; más como no sabía manejarla y acosábale el temor de que le percibiera el centinela que en el corredor vigilaba, apenas había llegado a la mitad de su tarea, viendo lo cual prosiguióla el carcelero en tanto que el conde estrechaba a su esposa e hija. Muy adelantado tenía el buen hombre su trabajo, cuando levantó de pronto la cabeza, y con una rodilla en el suelo, el cuerpo apoyado en la diestra mano, y la izquierda dirigida hacia la puerta, estuvo prestando atento oído. El conde quiso interrogarle.

––¡Silencio! ––murmuró el carcelero––; alguna cosa inusitada pasa en la fortaleza.

––¡Dios mío! ––exclamó la condesa espantada.

––¡Silencio!

Todos callaron; las respiraciones contenidas parecían cortadas para siempre, y los cuatro personajes parecían un grupo de bronce, representando todos los grados del espanto, desde el temor hasta el terror. Oíase un rumor lento y prolongado que iba acercándose, el de muchas personas que andaban, y en lo acompasado de los pasos conocíase que entre ellas había cierto número de soldados.

––Venid ––dijo el carcelero cogiendo a la condesa y su hija––; venid; sin duda es alguna visita nocturna, alguna ronda del gobernador, y, en todo caso, conviene que no os vean. Si los que vienen entran aquí, cuando hayan salido acabaremos de limar la cadena. Débil fue la resistencia que opusieron mi madre y mi hermana, a quienes empujaba asimismo el preso hacia la puerta y atravesáronla seguidas del carcelero, que la cerró inmediatamente. Como he dicha a V. A., en el segundo calabozo había una abertura enrejada que daba al primero, por la cual podían percibirlo todo sin ser vistos, gracias a la obscuridad y a los espesos barrotes. La condesa tenía a la niña en brazos, y respirando apenas, acercaron ambas los rostros a la reja para ver lo que iba a pasar. Pronto se les frustró la esperanza de que aquella gente no penetraría en el calabozo del conde, pues el cortejo se detuvo a la puerta, rechinando la llave en la cerradura. Abrióse la puerta, y al espectáculo que se ofreció a sus ojos, estuvo la condesa para prorrumpir en un grito de terror. Cual si el carcelero adivinara el grito, dijo a mi madre:

––Ni una palabra, señora, ni una sílaba, ni un gesto, ocurra lo que quiera, o... ––Y para imponer silencio a la condesa sacó un agudo puñal–– o mato a vuestra hija.

––¡Desgraciado! —balbuceó mi madre.

––Cada cual mira por su vida ––repuso aquel hombre––, y la de un pobre carcelero es tan preciosa a mi ver como la de una noble condesa.

––Mi madre tapó con la mano la boca de mi hermanita para que callase, y tocante a ella, después de la amenaza del carcelero, no movió las labios. He aquí lo que arrancara a la condesa el grito sofocado por aquella amenaza; venían primero dos hombres vestidos de negro con una antorcha en la mano, inmediatamente otro con un pergamino desenrrollado, de cuyo extremo pendía un gran sello de lacre encarnado, y detrás un enmascarado envuelto en una extensa capa parda, precediendo a un sacerdote. Entraron uno tras otro en el calabozo, sin que mi madre denotara su emoción con una palabra o un gesto, y con todo, a medida que entraban, la pobre mujer veía en la penumbra del corredor un grupo más siniestro aún: delante de la puerta había un hombre vestido mitad negro y mitad encarnado, con las manos colocadas en el pomo de una larga, ancha y desnuda espada; detrás de él seis hermanos agonizantes, todos vestidos de negro y con la cabeza y rostros enmascarados, llevando a cuestas un ataúd, y sobre todo eso veíanse relucir los mosquetes del piquete formado junto a la pared. Los dos hombres de las antorchas, el del pergamino, el enmascarado y el sacerdote metiéronse, como he dicho, en el calabozo, y luego cerróse la puerta, quedándose afuera el verdugo, los agonizantes y los soldados. El conde estaba de pie, apoyado en la obscura pared de la cárcel,

en la cual se destacaba mucho su pálida frente, y adivinando que mi madre miraba por la reja, tenía la vista fija en los barrotes. Por más inesperada y extraordinaria que fuese la aparición, no le cabía duda alguna sobre la suerte que le estaba reservada, y a tener la felicidad de dudar, pronto hubiera sabido a qué atenerse, pues habiéndose puesto a sus lados los de las antorchas y cercano a la puerta el enmascarado y el sacerdote, el del pergamino se adelantó preguntando:

––Conde, ¿creéis encontraros bien con Dios?

––Tanto como quien nada tiene que reprocharse –respondió el preso con voz tranquila.

––Mejor, pues estáis condenado a muerte y vengo a leeros la sentencia.

––¿Qué tribunal la ha fallado? ––interrogó el conde con ironía.

––La poderosa justicia del duque.

––¿En virtud de qué acusación?

––De la del muy augusto emperador Carlos V.

––Está bien; léanme la sentencia.

––Arrodillaos, conde. El hombre que ha de morir debe oír de rodillas el fallo que le condena.

––Cuando es culpable, sí, pero no cuando es inocente.

––Conde, no estáis exceptuado de la ley común; arrodillaos o emplearemos la fuerza.

––Probadlo ––prorrumpió el conde.

––Dejadle de pie ––dijo el enmascarado—; basta que se santigüe a fin de ponerse bajo la protección del Señor.

Estremecióse el conde al oír aquella voz, y dirigiéndose al enmascarado, dijo:

––Gracias, duque Sforza.

––¡Oh! si es el duque ––murmuró la condesa––, tal vez consiguiéramos gracia.

––¡Silencio! señora, si queréis que viva vuestra hija ––dijo muy quedo el carcelero.

Prorrumpió mi madre un gemido que conmovió al conde, quien aventuró con la mano una señal que significaba: ¡valor!, exclamando luego en voz alta, y persignándose:

––En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

––*Amén* ––dijeron los asistentes. — Entonces, el del pergamino leyó la sentencia, que proferida en nombre del duque Francisco María Sforza a petición del emperador Carlos V condenaba a Francisco Maraviglia, agente del rey de Francia, a ser ejecutado de noche en su calabozo por traidor, espía y propalador de secretos de Estado. Percibió el conde un suspiro tan débil, que sólo él podía adivinarlo, no percibirlo, y dirigió la vista a la reja.

––Aunque inicua ––dijo––, oigo la sentencia del duque sin turbación ni enojo; más como el hombre que no puede ya defender su vida debe aún volver por su honra, apelo de la sentencia.

––¿A quién? ––interrogó el enmascarado.

––A mi rey y señor Francisco I, a la posteridad y a Dios; a Dios, de cuyos juicios nadie puede librarse, y menos los príncipes, reyes y emperadores.

––¿Es ése el único tribunal a que te refieres?

––Sí, ante él te emplazo, duque Francisco María Sforza.

––¿Para cuándo? interrogó el enmascarado.

––Para dentro del mismo tiempo que Santiago Molay, el gran maestre de los Templarios, emplazó a su juez, o sea para dentro de un año y un día. Hoy hallámonos a 15 de noviembre de 1534; conque para el 16 de noviembre de 1535. ¿Lo oyes, duque Francisco María Sforza?.

Y extendió el brazo en dirección al enmascarado en señal de emplazamiento y amenaza. Sin el antifaz que le tapaba el rostro, seguramente se hubiera visto la palidez del duque, que sin duda era él quien asistía a la agonía de su víctima. Por un instante el juez tembló ante el sentenciado.

––Está bien ––respondió el duque—; antes de sufrir la sentencia tienes un cuarto de hora para confesarte con este sacerdote, no se te da ni un minuto más. Padre ––dijo acto continuo al ministro de Dios––, cumplid con vuestro deber.

Y marchóse con el acompañamiento, dejando la puerta abierta de par en par para que él y los demás pudiesen observar el interior del calabozo y los movimientos del penitente, de quien se había separado por respeto a la confesión. Atravesó la reja otro suspiro que fue a vibrar en el corazón palpitante del conde: su esposa había supuesto que cerrarían la puerta dejando solos al confesor y al penitente, y ¿quién sabe? acaso entonces a fuerza de ruegos y lágrimas, al ver el sacerdote a sus pies una mujer suplicando por su marido y una niña que rogaba por su padre, hubiera consentido en la evasión de mi padre. Y viste defraudada tu suprema esperanza, ¡pobre madre mía!

Estremecióse Manuel Filiberto: a veces se olvidaba de que oía a un hijo que le refería los postreros instantes de su padre, pareciéndole sencillamente que leía algunas páginas de una leyenda espantosa; luego de improviso una palabra le recordaba la realidad, haciéndole ver que la narración no brota de la pluma de un frío historiador, sino de los labios de un hijo, crónica viva de la agonía de su padre.

––¡Ay! sí, frustrada quedó la última esperanza de mi triste madre prosiguió Odoardo, que había interrumpido su relato al notar el movimiento de Manuel; –– pues más allá de la puerta, a la luz de las antorchas y humosas lámparas del corredor, distinguíase el fúnebre espectáculo, horrendo como una visión, mortal como la realidad. Arrodillóse el conde ante el sacerdote y empezó la confesión, confesión extraña en la cual el que iba a morir parecía que no pensaba sino en los demás, cuyas palabras, al parecer dichas al sacerdote, iban realmente dirigidas a la mujer y a la niña y subían a Dios después de pasar por el corazón de una madre y su hija. Sólo mi hermana, si aún existe, pudiera explicar las lágrimas con que fue recibida aquella confesión; porque yo no estaba allí, pues ignorando lo que ocurría a trescientas leguas de mí, jugaba, reía y cantaba tal vez mientras mi padre a las puertas de la muerte hablaba de su hijo ausente a mi madre y mi hermana deshechas en lágrimas.

Oprimido por ese recuerdo, interrumpióse Odoardo por un momento, y luego prosiguió ahogando un suspiro:

––El enmascarado espiaba, con un reloj en la mano, el curso de la confesión en los semblantes del sacerdote y del penitente, y transcurridos los quince minutos, dijo:

––Conde, ha concluido el tiempo que te concedí para estar con los vivos; cumplido el deber del sacerdote, al verdugo le corresponde desempeñar el suyo.

El sacerdote absolvió a mi padre, y presentándole el crucifijo dirigióse hacia la puerta en tanto que adelantaba el verdugo. El conde proseguía arrodillado.

––¿Tienes que hacer alguna recomendación suprema al duque Sforza o al emperador Carlos V? ––interrogó el enmascarado.

––Ninguna, sino a Dios ––respondió el preso.

––¿Estás pronto?

––Ya ves que estoy de rodillas.

Con el rostro vuelto a los barrotes de la obscura puerta por entre los cuales le veían su esposa y su hija, enviábales el conde cariñosas palabras por vía de última oración.

––Si no queréis que os manche mi mano, conde ––dijo una voz detrás del paciente––, doblaos el cuello de la camisa. Sois caballero y únicamente tengo derecho a tocaros con el corte de la espada.

Hizo mi padre lo que le prevenían, y el verdugo repuso: ––Encomendaos a Dios.

––Señor bueno y misericordioso ––dijo el conde––, Señor Todopoderoso, en tus manos encomiendo mi espíritu.

No bien pronunció la última frase, cuando relumbró silbando en las tinieblas la espada del ejecutor simulando un relámpago, y la cabeza del conde como llevada de un amoroso arranque fue a dar rodando contra la mohosa puerta. Oyóse un sordo lamento y la caída de un cuerpo; los asistentes creyeron que eran el último estertor del paciente y la caída de su cadáver.

––Perdonad, monseñor ––dijo Odoardo suspendiendo en ese punto su relato. Si queréis saber lo demás, tomaos la molestia de ordenar que me den un vaso de agua, pues desfallezco.

Y en efecto, advirtiendo el duque que el narrador de tan tétrica historia, demudábase y bamboleaba, acudió a sostenerle, hizole sentar en unos cojines y presentóle el vaso de agua que pedía. La frente del príncipe estaba sudorosa, y aunque acostumbrado a los campos de batalla, parecía tan cercano a desmayarse como el infeliz a quien asistía. A los cinco minutos recobró Odoardo el sentido.

––¿Queréis saber más, monseñor? —interrogó.

––Quiero saberlo todo, caballero ––respondió Manuel––; tales relatos son grandes enseñanzas para los príncipes que un día deben reinar.

––Está bien ––dijo el joven––; así como así, he contado lo más terrible. Enjugóse con la mano el sudor de la frente y quizá también los ojos llenos de lágrimas, y continuó de esta manera:

"Al volver mi madre en su acuerdo, todo había desaparecido como una visión, y a no hallarse en la cama del carcelero pudiera figurarse que había sufrido una cruel pesadilla. Temerosa de que se percibieran los sollozos de mi hermana, habíala encargado que no llorase si no quería perecer a manos de aquel hombre, y aunque la pobre niña creyese haber perdido padre y madre, miraba a la condesa con ojos despavoridos y arrasados de lágrimas, derramándolas tan silenciosamente por ella como por él. El carcelero ya no estaba allí, y compadecida su mujer de mi madre, entrególe un traje suyo, puso a mi hermana uno de los de su hijo, y habiéndolas acompañado al amanecer hasta el camino de Novara, dio dos ducados a la condesa en-

comendándola a Dios. Perseguida al parecer por una visión terrorífica, mi pobre madre no pensó en regresar al palacio para tomar dinero, ni en preguntar por el carruaje que había de conducir al conde; loca de terror, su sólo afán era huir, atravesar la frontera, salir de los Estados del duque Sforza, desapareciendo con su hija por la parte de Novara, sin que nadie volviese a saber de ellas. ¿Qué ha sido de mi madre? ¿Qué de mi hermana? No lo sé. La noticia de la muerte de mi padre diómela a conocer en París el rey mismo, anunciándome que podía contar con su protección y que una guerra vengaría luego el asesinato del conde. Pedí al rey permiso de acompañarle y la fortuna comenzó a favorecer las armas francesas: atravesamos los Estados del duque vuestro padre, de los cuales el rey se enseñoreó, y llegamos a Milán, cuyo duque Sforza se había refugiado en la Corte del Papa Paulo III. Practicáronse indagaciones sobre la muerte de mi padre, y fueme imposible hallar ninguno de los que habían asistido a ella o fueron partícipes del asesinato; a los tres días de la ejecución, el verdugo murió de repente, y como además de desconocerse el nombre del ujier que leyó la sentencia, nadie conocía al sacerdote que oyera la confesión del sentenciado y el carcelero había desaparecido con su mujer e hijo, a pesar de mis pesquisas ni siquiera me fue dado hallar la sepultura de mi padre. Al cabo de veinte años tuve una carta fechada en Aviñón, en la cual el sujeto que la firmaba con una sola inicial me invitaba a trasladarme seguidamente a dicha ciudad si quería oír revelaciones seguras y completas tocante a la muerte de mi padre el conde Francisco Maraviglia, participándome el nombre y las señas donde habitaba un cura que me acompañaría a su casa. Como lo que aquel escrito me ofrecía era el deseo de toda mi vida, al momento me puse en camino. Fui a casa del sacerdote, quien me condujo a la del carcelero de la ciudadela de Milán, pues era quien me había escrito. Muerto mi padre y conociendo, el sitio donde esperaba el coche, habíale tentado el espíritu maligno; después de tender en el lecho a mi madre encomendándola a su mujer, descolgóse por una escala de cuerda, acudió al lugar donde estaba el carruaje, diciendo al cochero que mi padre le enviaba, y diole de puñaladas, huyendo a todo escape. Como nadie reclamó nunca los cien mil ducados que dentro del carruaje encontrara, apropióselos escribiendo a su mujer e hijo que fuesen a reunírsele. Dios le castigó: primero murió su mujer; a los diez años de escasa salud, su hijo, y últimamente, conociendo aquel hombre que Dios iba a pedirle cuenta de sus acciones, pensó, arrepentido, en el hijo de Maraviglia. Como es fácil suponer, quería verme para referírmelo todo e implorar mi perdón por el asesinato del cochero y el robo de los cien mil ducados. En cuanto al homicidio, el crimen no tenía remedio; más en cuanto a los cien mil ducados, había comprado con ellos en Villeneuve-les-Aviñón una hermosa hacienda, de cuya renta vivía. Hice que me refiriera más de diez veces los pormenores de la muerte de mi padre, y como aquella noche también había sido para él horrorosa, ningún incidente habíasele escapado, y acordábase de los detalles de aquel tristísimo suceso cual si hubiese ocurrido la víspera.”

“Desgraciadamente, de mi madre y hermana únicamente sabía que su esposa las había perdido de vista en el camino de Novara. ¡Habrían muerto de cansancio o de hambre! Yo era rico y no necesitaba aquel aumento de fortuna; no obstante, tal vez algún día reaparecería mi madre o mi hermana, y no queriendo difamar al ex-carcelero con la delación de su crimen, intimédele que hiciera entrega de la hacienda a la condesa de Maraviglia y su hija; después de lo cual le perdoné con todo corazón. Habiendo fallecido Francisco María Sforza en 1535, un año y un día después del plazo que le señaló mi padre para que se presentara ante el tribunal de Dios, no había para qué pensar en él, y como el ex-carcelero ya había sufrido el castigo de su debilidad, si no de su crimen, sólo restaba impune el emperador Carlos V, el emperador en la cumbre del poder, en el pináculo de la gloria, en el colmo de las prosperidades y resolví matarle.”

––Vos me diréis que Dios es el único juez de los monarcas; más cuando ese juez retrasa el castigo, hay hombres cuya justa indignación le arrastra a vengarse por su propia mano, y yo soy uno de tantos. Parece que el emperador tiene memoria, pues lleva cota de malla bajo el traje, y eso yo lo desconocía. Os empeñasteis en saber quién soy y por qué cometí ese crimen; pues bien, soy Odoardo Maraviglia, y quise matar al emperador porque hizo asesinar de noche a mi padre en un calabozo y morir de fatiga y hambre a mi madre y mi hermana. Ya sabéis la verdad, monseñor, quise matar y merezco la muerte, caballero soy y muerte de caballero quiero.

Inclinó Manuel Filiberto la cabeza en señal de asentimiento y dijo:

––Vuestra petición es justa y será atendida. ¿Deseáis estar libre hasta la hora de la ejecución? Por libre entiendo no estar atado.

––¿Con qué condición?

––Dadme palabra de no intentar escapar.

––Ya os la di.

––Ratificadla.

––La ratifico. Sólo os ruego que no me hagáis esperar; el crimen es público y la confesión completa, apresuraos.

––No soy yo quien debe fijar la hora de la muerte de un hombre sobre este punto se hará lo que tenga a bien disponer el emperador Carlos V.

––Y llamando al sargento, añadió:

––Llevad al señor a una tienda particular, y que nada le falte, para vigilarle, será suficiente un centinela; tengo su palabra de caballero. Idos.

Fuese el sargento con el prisionero, y seguíales Manuel Filiberto con la vista, cuando percibió detrás un rumor leve. Era el de la colgadura de la segunda pieza, en cuyo umbral estaba Leona con las manos juntas y la faz afligidísima.

––¿Qué quieres? —preguntó el príncipe.

––Manuel —repuso Leona––, es imposible que muera ese joven.

––Leona ––dijo el duque, frunciendo el entrecejo–; tú no has reflexionado lo que pides, ese mancebo ha ejecutado un crimen horroroso, si no por el hecho, a lo menos por la intención.

––No importa ––replicó Leona, enlazando con los brazos el cuello del príncipe––; te repito que ese joven no morirá.

––El emperador decidirá, Leona. Lo único que me es dable hacer es dar cuenta de todo a Carlos V.

––Yo te digo, Manuel mío, que aunque el emperador condene a ese mozo a la última pena, conseguirás su perdón, ¿no es cierto?

––Leona, no ejerzo en el ánimo del emperador el influjo que te figuras; es necesario que la justicia imperial siga su curso, y si condena...

––Aunque condene, Odoardo Maraviglia ha de vivir, ¿lo entiendes? ha de vivir, Manuel de mi alma.

––¿Porqué? ¿porqué?

––¡Es mi hermano!

Prorrumpió Manuel Filiberto en una exclamación de asombro; la mujer muerta de hambre y cansancio a la margen del Sesia, la niña que con tal obstinación guardaba el secreto de su nacimiento y sexo, el paje que no aceptó el diamante de Carlos V, todo se lo aclararon estas tres palabras de Leona, con respecto de Odoardo Maraviglia: ¡Es mi hermano!

XIII
FELIPE EL PRUDENTE

En tanto en la tienda de Manuel Filiberto tenía lugar la referida escena, reinaba en el campamento imperial grande algazara por un suceso de alta importancia, que anunciaban los clarines y los vítores de los soldados. Divisábase un cuerpo de caballería por la parte de Bruselas, y los exploradores que le salieron al encuentro regresaron a escape, participando que lo capitaneaba el hijo único del muy augusto emperador, Felipe, príncipe de España, rey de Nápoles y esposo de la reina de Inglaterra.

Al sonido de los clarines y a las aclamaciones de los primeros que vieron al príncipe, salieron todos de las tiendas para recibir al augusto varón. Venía montado Felipe en un brioso corcel blanco, que manejaba con gentileza y donaire, vestía traje morado y negro, distintivos del luto en las familias reales, botas de ante, gorrito a usanza de la época, en el que llevaba prendida con áureo cintillo una airosa pluma, luciendo en su pecho el Toisón de Oro.

Frisaba a la sazón en los veintiocho años, y era de estatura regular, un poco grueso y de abultadas mejillas, de barba rubia, boca estrecha y rara vez risueña, nariz recta y ojos temblones como los de las liebres. Si bien de mediana hermosura, su fisonomía era poco simpática, y comprendíase que en aquella frente arrugada prematuramente, se agitaban más pensamientos graves que halagüeños. Amábale el emperador con tanta ternura como a su madre, y no obstante, siempre que los dos corazones se acercaban a impulsos de una caricia, hallaban en el del príncipe de España aquella helada corteza que nunca desapareció al calor de ningún abrazo.

A veces, cuando hacía tiempo que no había visto a su hijo, al ocultársele el pensamiento, velado por el parpadeo del príncipe, trataba de sondear los más recónditos pliegues de su corazón, y con razón o sin ella, dudoso, profería terribles palabras, como las que aquella mañana dirigiera a Manuel Filiberto hablando del prisionero.

El nacimiento del príncipe tuvo lugar el martes 31 de mayo de 1527, y el emperador lo supo al mismo tiempo que la muerte del condestable de Borbón, el saco de Roma y el cautiverio del Papa Clemente VII, por lo cual se prohibieron los festejos que debían celebrarse, para que no contrastasen con el duelo de la cristiandad. Al cabo de un año aclamóse príncipe de España al regio vástago, y entonces hubo hermosos

festejos, durante los cuales no hizo más que llorar el niño que, andando el tiempo, había de hacer derramar tantas lágrimas a los enemigos de España.

Acababa de cumplir dieciséis años cuando, deseoso el emperador de probarle en la guerra, ordenóle levantar el cerco que los franceses, acaudillados por el delfín, habían puesto a Perpiñán; y a fin de que saliera airoso de su cometido, dióle por auxiliares de la empresa seis grandes de España, catorce barones, ochocientos hidalgos, dos mil jinetes y cinco mil infantes. Como contra tales fuerzas era inútil todo empeño, los franceses levantaron el sitio, y el príncipe de España empezó su carrera militar con una victoria. Sin embargo, en vista de la relación que de esa campaña le hicieron, el emperador Carlos V hubo de comprender que no eran belicosos los instintos de su hijo, por cuya razón se reservó los azares de la guerra y la varia suerte de las batallas, dejando al heredero de su poder los cuidados de la política, para la cual poseía especiales dotes.

Eran tales los adelantos que a los dieciséis años había ejecutado el regio mozo en el grande arte de la gobernación, que Carlos V no vaciló en hacerle gobernador de todas las provincias españolas. En 1543 casó con su prima hermana doña María de Portugal, de su misma edad día por día y hora por hora, y en 1545 tuvo un hijo, don Carlos, héroe de una triste historia y de dos o tres tragedias.

En fin, en 1584 salió Felipe de Barcelona para Italia en medio de una horrorosa tempestad que dispersó la escuadra de Doria, obligándola a volver al puerto; luego, quiso zarpar con viento contrario, aportó en Génova y pasó a Milán para ir a explorar el campo de batalla de Pavía, terminó donde Francisco I diera su espada, sondeando con la vista la hondura del foso donde la monarquía francesa estuvo a punto de derrumbarse; en seguida, siempre, silencioso y taciturno, salió de Milán, y pasando la Italia central reunióse con el emperador en Worms. Entonces Carlos V, flamenco por naturaleza y de corazón, diole a conocer a sus compatriotas de Namur y Bruselas.

En Namur fue tiernamente abrazado por Manuel Filiberto, quien le hizo los honores de la ciudad, ofreciéndole más tarde un simulacro de batalla, en el cual como es de suponer, no tomó Felipe ninguna parte. No menos grandiosas fueron las fiestas de Bruselas, de donde salieron setecientos príncipes baroneses e hidalgos a recibir al heredero de la mayor monarquía del mundo. Bien visto y conocido este heredero, hízole volver el emperador a España, acompañándole Manuel Filiberto hasta Génova, durante cuyo viaje el príncipe del Piamonte estrechó por última vez a su padre.

Tres años después falleció el rey Eduardo VI de Inglaterra, pasando la corona a su hermana María, hija de Catalina, de aquella tía a quien el emperador amaba tanto, que, según decía, únicamente para hablar con ella había aprendido el inglés. Tenía ya la nueva reina cuarenta y seis años, y como le precisaba elegir esposo, Carlos V propuso a su hijo Felipe.

El príncipe de España era viudo de la encantadora doña María de Portugal, muerta como una flor en edad temprana. A los cuatro días del nacimiento de don Carlos, deseosas las damas de la reina de presenciar un auto de fe, habíanla dejado sola delante de una mesa llena de frutas, de las que, por expresa prohibición, no podía comer la enferma. Hija de Eva en todo y para todo, levantóse la incauta princesa, y habiendo ingerido melón con grande ansia, expiró a las veinticuatro horas.

Nada, pues, impedía que el infante Felipe casase con María Tudor, y uniendo a Inglaterra y España ahogara a Francia entre la isla del Norte y la península del Mediodía. Tenía Felipe dos rivales que deseaban la mano de su prima: el cardenal Polus, cardenal sin ser sacerdote, hijo de Jorge, duque de Clarence, hermano de Eduardo IV y por lo tanto, primo de la reina María casi en el mismo grado que Felipe; el príncipe de Courtenay, sobrino de Enrique VIII y por ende, pariente tan cercano de la reina María como Polus y el príncipe de España. Comenzando Carlos V por asegurarse el apoyo de la misma reina María, gracias, al influjo del Padre Revesby, confesor de la real novia, obró con resolución y energía. La princesa María era católica ardiente, como lo atestiguan los injuriosos dictados con que en vano quieren los historiadores protestantes encubrir sus altas virtudes.

El emperador alejó, pues, de ella al príncipe de Courtenay, joven de treinta y dos años, hermoso como un ángel y valiente como un Courtenay, acusándole de ser ardiente patrocinador de la herejía; y en efecto, la reina observó que los ministros que le aconsejaban este enlace, eran los que conceptuaba ella manchados con la falta de religión de que su padre Enrique VIII se había declarado Papa a fin de que en lo sucesivo nadie pudiera restringir sus odiosas liviandades. Bien fijada en este punto la consideración de la reina, no había que recelar del príncipe de Courtenay. Pero tan apuesto como él, y seguramente más hábil político por haberse educado entre los hombres más eminentes de Roma, era el cardenal tanto más de temer, cuanto que anteriormente a ser coronada escribió María Tudor a Julio III para que enviase al cardenal Polus delegado apostólico, a fin de que éste la ayudara en la santa obra de restablecimiento de la religión católica. Por fortuna para Carlos V, conocedor el Sumo Pontífice de lo que Polus tuvo que sufrir en tiempo de Enrique

VIII y los peligros que había corrido, no quiso mandar desde luego un prelado de tal consideración en medio de la efervescencia que en Inglaterra reinaba, e hízole anteceder de Juan Francisco Commendon; más como quiera que María había solicitado a Polus, despidió a Commendon, rogándole que aligerase la venida del cardenal.

Partió Polus, y noticioso de ello el emperador, merced a los espías que tenía en Roma, ordenó a Mendoza, jefe de un cuerpo de caballería, que se hallaba en Inspruck, que prendiera al legado ad latere a su llegada a esta ciudad, so pretexto de que era pariente muy próximo de la reina para darle consejos desinteresados en el asunto del casamiento con el infante don Felipe.

Era Mendoza uno de esos capitanes que los reyes necesitan en tales circunstancias; fiel a su consigna, arrestó al cardenal Polus y tuvole preso hasta que se firmaron los artículos del contrato matrimonial entre Felipe de España y María de Inglaterra. Vuelto a su libertad, demostró Polus su buen sentido decidiéndose a desempeñar el cargo de legado ad latere tanto cerca de María como de Felipe.

Uno de los artículos disponía que María Tudor, reina de Inglaterra, había de casar con un rey, y Carlos V salió del paso dando a su hijo la corona de Nápoles. Triunfo fue éste que consoló bastante al emperador, afligido por los reveses que acababa de experimentar, el uno en Inspruck y el otro delante de Metz, cuyo sitio fuele preciso levantar dejando en el cieno de un deshielo, todo el material de guerra y la tercera parte del ejército.

––¡Oh! ––prorrumpió gozoso—, veo que la fortuna vuelve a serme propicia.

Por último, a 25 de julio de 1554, o sean nueve meses anteriormente a la época a que hemos llegado, en el mismo día de Santiago, patrón de España, celebróse el enlace de María de Inglaterra y Felipe II. Había salido éste de España seguido de veintidós naves de guerra con seis mil hombres de desembarco, y antes de entrar en el puerto de Hampton despidió todas sus velas para no llegar a Inglaterra sino con las dieciocho que por disposición de su novia la reina María salieran a recibirle a tres leguas del puerto.

Precedíalas el mayor buque que jamás habían construido los ingleses; botado al agua en aquella circunstancia, y saludaron al príncipe de España en altamar, donde entre el estrépito de las salvas de artillería, de los tambores y clarines, pasó Felipe de su nave a la que su prometida le mandaba.

Escoltábanle sesenta señores, doce de los cuales eran grandes de España, y cuatro de ellos, el almirante de Castilla, el duque de Medinaceli, Ruy Gómez de Silva y el duque de Alba; poseían cuarenta pajes y sirvientes cada uno; *en fin, cosa maravillosa y nunca vista,* dice Gregorio Leeti, historiador de Carlos V, *contóse que aquellos sesenta señores reunían juntos mil doscientos pajes y estaferos.* Los desposorios efectuáronse en Winchester. Quien desee saber cómo salió la reina María Tudor a recibir a su novio, qué vestido llevaba, qué galas la hermoseaban, de qué forma era el anfiteatro con los dos tronos que esperaban a los augustos esposos, quien desee ir más allá aún y enterarse de qué manera se celebró la misa y cómo se levantaron Sus Majestades tan disimuladamente de la mesa, que aunque tenían ante sí muchos caballeros y damas se escabulleron por una puerta excusada para recogerse en su aposento, encontrará éstos y otros muchos pormenores en el precitado historiador.

Con respecto a nosotros, por interesantes y sabrosos que sean esos detalles, llevaríannos demasiado lejos, y volveremos al rey de Inglaterra y Nápoles Felipe II, quien a los nueve meses de matrimonio volvió al continente para dirigirse al campamento, saludado por los tambores, clarines y vítores de los soldados alemanes y españoles que formaban su cortejo.

Avisado Carlos V de la inesperada llegada de su hijo, y regocijándose de que no tuviera Felipe ningún motivo para ocultarle su presencia en Flandes; pues que venía a verle en el propio campamento, hizo un esfuerzo, y apoyado en el brazo de un oficial llegóse como pudo al umbral de su tienda, donde al notar que se acercaba don Felipe, tan festejado como si ya fuese el amo y señor, murmuró:

––Vamos, vamos, Dios lo quiere. Apéase Felipe en viendo a su padre, y extendidos los brazos, descubierta e inclinada la frente, se arroja a los pies del emperador; acatamiento que desterró toda sospecha de la mente de Carlos V, quien le estrechó, diciendo a los que habían acompañado al príncipe:

––Gracias, señores, por haber adivinado la alegría de que iba a colmarme la presencia de mi amado hijo, y por habérmelo anunciado anticipadamente con vuestros clamores y vítores. Don Felipe ––dijo seguidamente al infante, ha cerca de cinco años que no nos hemos visto, y tendremos que hablar de muchas cosas. Venid.

Y saludando a los soldados y oficiales agrupados delante de su tienda, apoyado en el brazo de su hijo, se introdujo en el pabellón a los gritos mil veces repetidos de: ¡Viva el rey de Inglaterra! ¡Viva el emperador de Alemania! ¡Viva don Felipe! ¡Viva Carlos V!

En efecto, como lo supusiera el emperador, Felipe y él tenían que decirse muchas cosas, y sin embargo, después de que Carlos V tomó asiento en el diván y Felipe en una silla, rehusando el honor de descansar a su lado, hubo un rato de silencio que el hijo tal vez se abstenía de romper por respeto al padre.

Hijo mío––dijo el emperador—, tu agradable presencia desvanece la mala impresión que me han causado las noticias hoy recibidas.

––Ya conozco la más fatal de todas, padre, como podéis verlo en mi traje, hemos tenido la desdicha de perder, vos una madre y yo una abuela.

––¿Lo has sabido en Bélgica?

––En Inglaterra, señor. Tenemos con España comunicaciones directas, en tanto que V. M. habrá recibido la triste nueva por la vía de Génova.

––Así será, pero dejando a un lado este motivo de dolor, tengo otro de inquietud, hijo mío.

––¿Habla tal vez V. M. de la elección de Paulo IV y de la liga propuesta al rey de Francia y que debe estar ya firmada a estas horas?

Volvióse Carlos V asombrado a don Felipe, diciendo:

––Muy bien enterado estás, hijo mío. ¿Lo sabes también por un buque inglés? Pues de Civita-Vecchia a Portsmouth no es muy pequeña, que digamos, la distancia.

––No, señor, la noticia hémosla recibido por Francia, y por eso la he sabido antes que vos; la nieve intercepta los pasos de los Alpes y del Tirol, y esto ha retrasado a vuestro enviado, en tanto que el nuestro ha venido en derechura de Ostia a Marsella, Bolonia y Londres.

Arrugó Carlos V el entrecejo; hacía tiempo que se creía con derecho a saber primero que nadie cuantos sucesos graves acaecían en el mundo, y he aquí que su hijo, además de haber recibido antes que él la noticia del fallecimiento de la reina Juana y la de la elección de Paulo IV, le participaba una cosa que él aún no conocía, esto es, la alianza firmada entre Enrique II y el nuevo Papa.

Sin que al parecer notara el asombro de su padre, prosiguió Felipe en estos términos:

––Tan acertadas fueron las disposiciones tomadas por los Caraffas, que durante el cónclave se envió el tratado al rey de Francia, lo cual explica la audacia con que después de apoderarse de Mariemburgo ha marchado Enrique II sobre Bouvines y Dinan, indudablemente con objeto de cortaros la retirada.

––¿Tanto ha avanzado? ––preguntó Carlos V. ¿Amenázame quizá una sorpresa por el estilo de la de Inspruck?

––No, pues espero que V. M. no se negará a pactar una tregua con el rey Enrique II.

––¡En Dios y en conciencia! ––repuso el emperador—, tan insensato sería yo si la negara como si no la propusiera.

––Señor, propuesta por vos, esa tregua engreiría demasiado al rey de Francia, y por eso la reina María y yo hemos ideado intervenir en el asunto en favor de vuestra dignidad.

––¿Y solicitas mi autorización para obrar? La tienes, obra y no pierdas tiempo, manda cuanto antes a Francia tus más hábiles embajadores.

––Eso hemos pensado nosotros, señor y dejando a V. M. en entera libertad de desmentirnos, hemos enviado al cardenal Polus al rey Enrique para mirle una tregua.

––No llegará a tiempo —dijo Carlos V moviendo la cabeza—, y Enrique estará en Bruselas antes de que el cardenal Polus haya desembarcado en Calais.

––El cardenal vino por Ostende y apersonose con el rey de Francia en Dinan.

––Por más listo negociador que sea, replicó el emperador suspirando, dudo que salga bien de tal negociación.

––Pues cábeme el placer de anunciar a V. M. que ha salido bien ––dijo Felipe. El rey de Francia acepta una tregua de armas, durante la cual se fijarán las condiciones de la suspensión, eligiendo como punto de las conferencias el monasterio de Vocelle, cerca de Cambrai; y al noticiarme en Bruselas el cardenal Polus el resultado de su cometido, heme dicho que no creyó conveniente oponer dificultades sobre el particular.

Contempló Carlos V con cierta admiración a don Felipe, quien con la mayor naturalidad del mundo acababa de participarle el feliz éxito de una negociación que él consideraba imposible.

––¿Cuánto duraría la tregua? —interrogó.

––¿Real o convenida?

––Convenida.

––Cinco años, señor.

––¿Y real?

––El tiempo que Dios quisiera.

––¿Y cuánto tiempo crees que quisiera Dios, don Felipe?

—¡Oh! —exclamó el rey de Inglaterra y Nápoles con imperceptible sonrisa—, el tiempo que necesitaríamos para sacar vos de España un refuerzo de diez mil españoles y mandar yo de Inglaterra un auxilio de diez mil ingleses.

—Hijo mío, consigue esa tregua y como la obtengas, te prometo que tú la respetarás o romperás según tu voluntad.

—No entiendo lo que quiere significar el augusto emperador dijo Felipe, cuyo imperio sobre sí mismo no pudo impedir que sus ojos alegráranse de esperanza.

Acababa de entrever casi al alcance de su mano, el cetro de España y de los Países Bajos, y ¿quién sabe?... quizá la corona imperial.

A los ocho días se firmó una tregua concebida en estos términos:

"Habrá tregua por cinco años, así por mar como por tierra, de la cual gozarán todos los pueblos, Estados, reinos y provincias del emperador, del rey de Francia y del rey Felipe.

Durante dichos cinco años habrá suspensión de armas, continuando cada uno de estos potentados en posesión de cuanto haya adquirido en el transcurso de la guerra. Queda comprendido en esta tregua el Papa Paulo IV."

Al enseñarle Felipe el tratado, el emperador clavó los ojos casi espantados en el impasible rostro de su hijo, sólo faltaba una firma en el documento, y Carlos V la continuó, escribiendo con grandísima pena las seis letras de su nombre.

—Señor —dijo enseguida dando por primera vez este título a su hijo—; volved a Londres para trasladaros a Bruselas así que os lo mande.

XIV
DONDE CUMPLE CARLOS V LO QUE PROMETIO A SU HIJO FELIPE

El viernes 25 de octubre del año 1555 recorría las calles de Bruselas un numerosísimo gentío, plebe de la capital del Brabante meridional y de los demás Estados flamencos del emperador Carlos V, dirigiéndose apiñado y ruidoso, al palacio real, que a la sazón se alzaba en lo alto de la ciudad hacia la cumbre de Caudeberg, con motivo de una grande asamblea cuya causa desconocíase, y que aplazada ya una vez, convocara el emperador para aquel día.

Con tal motivo habían adornado el salón, y en el testero inmediato a las puertas de la ciudad, entre riquísimas colgaduras, alzábase un estrado, cuyas cinco o seis gradas cubrían riquísimas alfombras, con tres sillones bajo un dosel que ostentaba las armas imperiales, destinados indudablemente al emperador; al rey don Felipe, que había llegado el día anterior, y a María de Austria, reina viuda de Hungría y hermana de Carlos V.

Paralelos a los tres salones había unos escaños que formaban una especie de hemiciclo, y enfrente del estrado colocaron otros asientos como lunetas ante un escenario.

Alojábanse en el palacio los reyes Felipe, María, Leonor, viuda de Francisco I, Maximiliano de Bohemia, y la duquesa Cristina de Lorena, siendo Carlos V el único que habitaba en la que él llamaba su casita del parque.

A las cuatro de la tarde salió de su morada, montado en una mula cuyo lento paso le molestaba menos que otro cualquier medio de locomoción: andar a pie, era inútil probarlo, pues el emperador padecía ataques de gota cada vez más violentos, y apenas sabía si podría caminar desde el umbral hasta el trono del salón, o si habrían de conducirle en brazos.

Reyes y príncipes seguían a Carlos V.

Llevaba éste el manto imperial de brocado, el gran collar del Toisón y la corona; respecto al cetro, como su mano carecía de fuerza para sostenerlo, llevábanlo delante de él, sobre un almohadón de terciopelo carmesí.

Primero pasaron al salón los personajes que debían ocupar los escaños. A la derecha del dosel hallábanse los caballeros del Toisón, a la izquierda los príncipes, los grandes de España y los señores; detrás los consejeros de Estado, privado y de hacienda; y enfrente los Estados de Brabante, Flandes y otros, cada uno según el puesto que le correspondía. Las galerías que circuían la pieza estaban desde la mañana repletas de espectadores.

A las cuatro y cuarto entró el emperador apoyado en el hombro de Guillermo de Orange, apellidado más adelante el Taciturno, cerca del cual marchaba Manuel Filiberto con su escudero y su paje; al otro lado y a la derecha del emperador precedía a reyes y príncipes un hombre lujosamente vestido, de treinta a treinta y

cinco años, desconocido de todos, quien al parecer estaba tan asombrado de hallarse allí como los espectadores de verle.

Era Odoardo Maraviglia, a quien habían sacado de la cárcel para llevarle al palacio sin que él supiera adónde iba y para qué estaba en aquel lugar.

Al presentarse el emperador y su augusta comitiva levantáronse todos, dirigióse Carlos V al estrado, andando con sumo trabajo a pesar de que le sostenían, y si no se quejaba a cada paso debíalo a la fuerte entereza de su alma y a lo muy acostumbrado que estaba al sufrimiento; sentóse con don Felipe a la derecha y la reina María a la izquierda, y a una señal suya hicieron todos igual, excepto el príncipe de Orange, Manuel Filiberto con sus dos amigos y Odoardo Maraviglia, quien tendía en torno dos asombrados ojos.

La ansiedad era general y sólo permanecía impasible el semblante de Felipe, cuyos velados ojos aparentaban no percibir cosa alguna, dando apenas indicios de que circulara sangre bajo aquella descolorida e inanimada piel.

A otra señal del emperador tomó la palabra el consejero Filiberto de Brusselles, explicando en cortos términos que los reyes, príncipes, grandes de España, caballeros del Toisón de Oro y miembros de los Estados de Flandes presentes habían sido convocados para concurrir a la abdicación del emperador Carlos V en favor de su hijo don Felipe, quien a contar desde aquel instante le sucedía en los títulos de rey de Castilla, León, Granada, Navarra, Aragón, Nápoles, Sicilia, Mallorca, Islas, Indias y tierras del Océano y Atlántico; de archiduque de Austria, duque de Borgoña, Lothier, Brabante, Limburgo, Luxemburgo y Gueldres; de conde de Flandes, Artois y Borgoña; de palatino de Hainaut, Holanda, Zelanda, Ferrette, Haguénan, Namur y Zutphen; y en los de príncipe de Swane, marqués del Imperio, señor de Frisia, Salins, Malinas, y de las ciudades, villas, lugares y territorios de Utrecht, OwerIssel y Groeningen.

La corona imperial heredábala Fernando, rey de los romanos.

Nadie osaba respirar en medio del asombro que la abdicación causaba, y el orador la atribuyó al vehemente deseo del emperador de volver a España y verla después de doce años de ausencia, y en particular a la recrudescencia de sus males, dimanada del riguroso clima de Flandes y Germania; suplicando, en nombre de Carlos V y de los Estados de Flandes, que se tomara en buena parte la cesión que de ellos hacía a su hijo don Felipe e implorando al Altísimo que guardara felices y largos años la vida del augusto emperador.

Levantóse en seguida Carlos V, pálida y sudorosa la frente, sujetando un papel en que estaba escrito su discurso por si le flaquease la memoria. A la primera muestra que dio de hablar, terminó, como por ensalmo, la ruidosa conversación que se entablara en todo el ámbito del salón al terminar el discurso del consejero Brusselles, y por débil que fuese la voz del emperador; ninguna de sus frases pasó inadvertida para los oyentes. Verdad es que a medida que hablaba recordando sus trabajos, peligros, acciones y designios pasados, su voz iba elevándose, su ademán era cada vez más majestuoso, brillaban sus ojos con extraordinaria viveza, y en su acento vibraba la solemne entonación que realza las últimas palabras de los moribundos.

“Queridos amigos –dijo [1]––; acabáis de oír los motivos que me inducen a resignar el cetro y la corona en manos del rey mi hijo, y por mi parte añadiré algunas frases que todavía os aclararán más mi resolución y mi pensamiento. Queridos amigos, muchos de los que me oyen deben acordarse de que en 5 de enero hizo cuarenta años que mi abuelo el emperador Maximiliano, de gloriosa recordación, me emancipó de su tutela, y aquí, en este mismo salón y a esta misma hora, dióme posesión de todos mis derechos cuando apenas tenía quince años. Habiendo fallecido al año siguiente mi abuelo materno el rey Fernando el Católico, ceñí la corona a los dieciséis de edad. Mi madre vivía, y aunque joven, ya sabéis que le turbó de tal manera el juicio la muerte de su esposo, que la imposibilitó de regir por sí misma los reinos de sus padres, y a los dieciséis años hube de empezar mis viajes por mar para ir a tomar posesión del reino de España. Por último, cuando ha treinta y seis años pasó a mejor vida mi abuelo el emperador Maximiliano, yo contaba a la sazón diecinueve, y osé pretender la corona imperial, no por afán de dominar en mayor número de países, sino para atender más eficazmente al bien de Alemania, de mis demás reinos y, principalmente, de mis amadas Flandes.”

[1] ––Copiamos este discurso de una publicación hecha en Bruselas (1830) por el P. Gaillard, docto conservador anexo de los archivos del reino.

“Con ese objeto emprendí y efectué tantos viajes. Contémoslos y os asombrarán por lo numerosos y distanciados; he pasado nueve veces a la alta Alemania, seis a España, siete a Italia, diez a Bélgica, cuatro a Francia, dos a Inglaterra y dos al África, lo cual asciende a cuarenta viajes o expediciones, sin enumerar las correrías de menor importancia que he hecho para visitar islas y provincias subyugadas.”

“Para efectuar estas últimas he atravesado ocho veces el Mediterráneo y tres el mar de Occidente, el cual me dispongo hoy a cruzar por última vez. Paso por alto mi viaje por Francia al trasladarme de España a los

Países Bajos, ocasionado, como sabéis, por graves causas. A causa de mis numerosas y frecuentes ausencias vime obligado a entregar el gobierno de estas provincias a mi buena hermana y a la reina aquí presente, quien ha desempeñada su cargo con acierto que sabemos yo y las distintas órdenes del Estado. Al mismo tiempo que viajaba he sostenido varias guerras, todas emprendidas o aceptadas contra mi voluntad y lo que hoy me aflige al despedirme de vosotros, caros amigos, es no de la rebelión de los ganteses. Daros una paz duradera, una tranquilidad más segura."

"Ya comprendéris que todas esas cosas no se han hecho sin largos trabajos y grandes fatigas, y por mi palidez y debilidad puede juzgarse la pesadez de semejantes fatigas y trabajos. No se crea, pues, que me desconociera a mí mismo hasta el extremo de que, al medir la carga que me imponían las circunstancias con las fuerzas que Dios me había dado, no me considerase insuficiente para la misión que se me confiaba, con todo eso, parecióme que a consecuencia de la locura que aquejaba a mi madre y de la tierna edad que tenía mi hijo, hubiera sido un crimen librarme del importante peso con que al dispensarme la corona y el cetro cargara la Providencia mi cabeza y mi brazo. A pesar de que cuando últimamente salí de Flandes para Alemania tenía ya la intención de realizar el proyecto que hoy ejecuto, al ver el mísero estado de los negocios, al sentirme aún con algún vigor y al encontrarme precisado por las perturbaciones que agitaban la república cristiana, a la vez atacada por los turcos y los luteranos, creí que mi deber era diferir el descanso y sacrificar a mis pueblos la existencia que me restaba. Iba a conseguir mi intento, cuando los príncipes alemanes y el rey de Francia faltaron a la palabra empeñada, lanzáronme en medio de las alteraciones y batallas. Listos marcharon contra mi persona y por poco me hacen prisionero en Inspruck, aquéllos se adueñaron de la ciudad de Metz, perteneciente al Imperio"

"Entonces fui a sitiarla con numerosas tropas, y no me vencieron los enemigos, sino los elementos, desencadenados contra mi ejército. Compensé la pérdida de Metz con la toma de Therouanne y Hesdin a los franceses, y no satisfecho con esto, fui hasta Valenciennes al encuentro del rey de Francia y forcéle a retirarse, haciendo lo que podía en la batalla de Renty, desesperado de no haber podido hacer más. Hoy, empero, además de mi insuficiencia, que siempre he reconocido, agrávanse y me agobian los achaques; y como afortunadamente al quitarme Dios a mi madre me concede en cambio un hijo en edad de gobernar, ahora que las fuerzas me faltan y se aproxima el término de mi existencia, no quiero preferir la satisfacción y el afán de reinar al bien y tranquilidad de mis súbditos y en vez de un anciano achacoso que ha visto bajar al sepulcro la más noble parte de sí mismo, os doy un príncipe fuerte y recomendable por sus florecientes años y virtudes."

"Jurádle, pues, el amor y fidelidad que me jurasteis y que tan lealmente me habéis profesado; cuidad, ante todo, de que las herejías que os rodean no se introduzcan entre vosotros para turbar la fraternidad que debe uniros, y si veis que echan algunas raíces, aligeraos a extirparlas. Volviendo a mi persona, añadiré que he cometido muchas faltas, ya por ignorancia en mi mocedad, ya por orgullo en mi edad madura, ya por otra cualquier flaqueza inherente a la naturaleza humana; no obstante, declaro que a sabiendas o voluntariamente nunca he ofendido o maltratado a nadie, o cuando se ha hecho violencia o injuria y lo he conocido, siempre la he reparado, como delante de todos lo haré más tarde, con una de las personas aquí presentes, a quien ruego que aguarde la reparación con paciencia y misericordia."

"Hijo mío ––continuó dirigiéndose a don Felipe arrodillado a sus pies—, si sólo por mi muerte hubieseis entrado a poseer tantos reinos y provincias, ciertamente ya hubiera yo merecido algo de vos por haberes legado tan rica herencia, por mí con tantos bienes aumentada; más puesto que esta gran sucesión no os recae hoy por mi muerte, sino únicamente por mi voluntad, puesto que vuestro padre ha querido morir antes de descender al sepulcro para que en vida suya disfrutéis el beneficio de su sucesión, os pido, y derecho tengo a pedíroslo, que améis a vuestros pueblos con la ternura que debéis a un padre que antes de tiempo os entrega cetro y corona. Los demás reyes se alegran de haber dado la vida a sus hijos y de legarles sus reinos, al paso que yo he deseado quitar a la muerte la gloria de haceros este presente, creyendo que será mayor el gozo si así como os veo vivir por mí, os veo reinar. Pocos habrá que sigan mi ejemplo, como pocos hubo en las pasadas edades cuyos ejemplos fuesen dignos de imitarse. A lo menos se alabará mi designio cuando se vea que merecéis ser objeto de la primera prueba, y obtendréis esta ventaja, hijo mío, si conserváis la cordura que hasta el presente habéis demostrado, si teméis siempre al supremo Señor de todas las cosas, si defendéis la religión católica y protegéis a la justicia y las leyes, causa de la mayor fuerza y el principal apoyo de los imperios. Por último, deseo que vuestros hijos crezcan, tan felizmente, que podáis transmitirles vuestros Imperio y poder, con entera libertad y no por motivos diferentes de los que a mí me obligan."

Ora fuesen esas palabras las postreras del discurso, ora lo interrumpiese la emoción, anudósele a Carlos V la voz en la garganta, y colocando la mano sobre la cabeza de su hijo, permaneció un instante inmóvil y

mudo, corriendo copiosas lágrimas por sus mejillas. Al cabo de un minuto de silencio, más elocuente aún que el discurso, como quiera que al parecer iban a faltarle las fuerzas, tendió el emperador la mano a su hermana, entretanto don Felipe se levantaba para sostenerle.

Sacó la reina María un pomo de cristal lleno de un líquido rosado, echándolo en un cáliz de oro, presentólo a Carlos V.

Mientras el emperador bebía, los asistentes dieron curso a su emoción, siendo contados los que no lloraban.

Grande espectáculo era en verdad el que ofrecía al mundo aquel soberano, aquel guerrero, aquel César que, después de cuarenta años de un poderío tal que pocos hombres lo habían recibido igual de la Providencia, descendía voluntariamente del trono, y agobiado de cuerpo, cansado de espíritu, proclamaba en alta voz la vanidad de las grandezas humanas ante el sucesor a quien las legaba.

Más imponente, más grandiosa había de ser la escena que se aguadaba, la en que un hombre iba a reconocer públicamente una falta cometida y pedir perdón a la persona ofendida. Comprendiendo el emperador la ansiedad general, apeló a sus fuerzas, desvió suavemente a su hijo, y al observar que se disponía a dirigir otra vez la palabra, callaron todos.

––Queridos amigos ––continuó Carlos V––, he prometido una reparación pública a un hombre que agravié, sé, pues, testigos de que así me he preciado del bien como acusado del mal que he hecho.

Dirigiéndose entonces al incógnito del suntuoso traje, díjole con firme acento:

––Odoardo Maraviglia, acercaos. A esa formal invitación demudóse el joven, obedeciendo, con vacilante paso, a Carlos V.

––Conde ––prosiguió éste––, voluntaria o involuntariamente os causé una grave ofensa en la persona de vuestro padre, quien sufrió cruel muerte en la cárcel de Milán. Frecuentemente he recordado aquel acto, envuelto en las sombras de la duda. Hoy, su espectro, se me aparece con el sudario, de remordimiento. Conde Maraviglia, delante de todos, a la vista de Dios y de todo el mundo, en el momento de abandonar el manto imperial que por espacio de treinta y seis años ha permanecido sobre mis hombros, humillóme ante vos y os pido perdón suplicándoos que lo imploréis por mí al Señor, quien antes lo concederá a instancias de la víctima que a ruegos del homicida.

Prorrumpió Odoardo en un grito y cayó de rodillas, diciendo:

––Magnífico emperador, no sin razón te ha concedido el mundo el nombre de augusto. ¡Oh! Sí, te perdono en mi nombre y en el de mi padre; y también te perdonará Dios. Y yo, augusto emperador, ¿a quién rogaré un perdón que ni yo mismo me concedo? Señores ––continuó Maraviglia alzándose y dirigiendo el rostro a la asamblea––; señores, en mí veis a un hombre que quiso asesinar a Carlos V, y además de perdonarle, el emperador le ha pedido perdón. Rey don Felipe ––continuó inclinándose ante el que desde aquel momento debía llamarse Felipe II––, el matador se pone a vuestra discreción.

––Hijo mío ––exclamó Carlos V falto de fuerzas por segunda vez––, os recomiendo este hombre; que su existencia sea para vos sagrada.

Y cayó casi desmayado en su trono.

––¡Oh adorado Manuel mío! ––dijo Leona al duque de Saboya aprovechando para pasar junto a él el movimiento que ocasionó el accidente del emperador. ¡Cuán bueno eres, y cuán noble! En lo que acabo de presenciar veo la magnanimidad de tu corazón.

Y antes de que Manuel Filiberto pudiera oponerse, henchido el paje de emoción y llenos sus ojos de lágrimas, besó la mano casi con tanto respeto como amor.

Interrumpida por el imprevisto caso que hemos descrito y que fue una de las escenas más tiernas de aquel solemne día, la ceremonia debía continuar, pues para que la abdicación fuese entera requeríase que Felipe II aceptara lo que daba Carlos V; así es que habiendo Felipe respondido con una señal de promesa a la recomendación que le hiciera su padre, humilló de nuevo la frente, y en español, idioma que casi todos los asistentes conocían, dijo con acento acaso por primera vez ligeramente conmovido:

––Invicto emperador, muy bondadoso padre mío, yo no merezco y nunca he creído merecer un amor paternal tan grande como jamás lo hubo semejante en el mundo, jamás, a lo menos, que produjera semejantes frutos, lo que me confunde por mi escaso mérito, al paso que me incline de agradecimiento y respeto ante vuestra grandeza; más ya que os plugo tratarme tan tierna y generosamente por efecto de vuestra augusta bondad, ejercitadla todavía, carísimo padre, quedando persuadido de que por mi parte haré cuanto esté en mi mano a fin de que vuestra resolución en favor mío sea agradable para todos, procurando gobernar de suerte que los Estados se convenzan del afecto que siempre les he tenido.

Y besó repetidas veces la mano de su padre, mientras abrazándole éste contra su pecho, le decía:

––Hijo mío, te deseo las más preciosas bendiciones del Cielo y su divina protección.

Besando entonces Felipe por postrera vez la mano de su padre, enjugóse las lágrimas, saludó a los Estados, y sombrero en mano, postura en que estaban todos menos el emperador, que estaba cubierto y sentado, pronunció en francés las siguientes palabras:

––Señores, querría hablar mejor de lo que sé el idioma de este país para manifestaros el aprecio y estimación que os profeso; más no conociéndole tanto como sería menester, lo hará por mí el obispo de Arras.

Acto continuo tomó la palabra Autonio Perrenot de Granvelle, el mismo que más tarde fue cardenal, e interpretando los sentimientos del príncipe ensalzó el celo de don Felipe por el bien de sus súbditos, exponiendo su propósito de conformarse puntualmente con las buenas y juiciosas instrucciones que el emperador le había dado. Seguidamente, la reina María, hermana del emperador y gobernadora durante veintiséis años de las provincias de los Países Bajos, en breves frases resignó en manos de su sobrino la regencia con que fuera investida por su hermano.

Después juró el rey don Felipe sostener los derechos y privilegios de sus súbditos, y todos los convocados, príncipes, grandes de España, caballeros del Toisón de Oro y diputados de los Estados, ya en su nombre, ya en el de los que representaban, le juraron acatamiento. Prestado ese doble juramento, levantóse Carlos V, hizo sentar al rey don Felipe en su trono, ciñóle la corona, y exclamando en alta voz "¡Dios mío! ¡Has que esta corona no sea de espinas para tu elegido!", dió un paso hacia la puerta. Inmediatamente don Felipe, el príncipe de Orange, Manuel Filiberto y cuantos príncipes y señores allí estaban, dispusiéronse a sostener al emperador; mas éste hizo una seña a Maraviglia, quien se acercó vacilante no acertando a comprender que Carlos V sólo deseaba apoyarse en el mismo hijo de su víctima, en el que había intentado asesinarle en castigo de la sangrienta muerte de su padre.

Viendo Manuel Filiberto el otro brazo inerte del emperador, le dijo:

––Señor, permitid que mi paje León sea el segundo apoyo de V. M., y el honor que le dispensaréis lo tendré por concedido a mí mismo.

Carlos V reconoció al paje.

––¡Hola! ––dijo elevando el brazo para que León le ofreciera el hombro––, es el mozo del diamante. ¿Quieres reconciliarte conmigo, hermoso paje?

Mirándose seguidamente la mano, en cuyo meñique llevaba una sencilla sortija de oro, añadió:

––Poco te valdrá haber aguardado, buen paje, pues, en vez de un diamante tendrás un simple anillo. Cierto es que con él te doy mi cifra, la cual creo que te parecerá una compensación.

Y despojándose de la sortija la puso en el pulgar de León, único dedo de aquella diminuta mano a que venía bien la alhaja. Luego salió del salón a vista de todos y entre las aclamaciones de la asamblea, miradas que hubieran sido mucho más ávidas, aclamaciones que habrían sido mucho más entusiastas, si los circunstantes hubiesen podido adivinar que aquel emperador que descendía del solio, aquel cristiano que marchaba a la soledad, aquel pecador que se humillaba bajo el perdón, dirigía los pasos a la cercana tumba, apoyado en los hijos del desgraciado Francisco Maraviglia, a quien once años antes y en obscura noche de septiembre había hecho decapitar en la cárcel de Milán.

Era el arrepentimiento fortalecido por la oración, es decir, según las palabras de Jesucristo, el espectáculo que hay en la tierra más agradable a los ojos del Señor.

Llegado a la puerta de la solitaria calle, donde le aguardaba la mula que le había llevado, el emperador no quiso que ninguno de los dos jóvenes diese un paso más, y mandó a Odoardo que se reuniera con su nuevo señor don Felipe y a León con su amo Manuel Filiberto. En seguida, sin otro acompañamiento que el palafrenero que tenía del diestro su mansa cabalgadura, continuó el camino de su casita del parque, de forma que ninguno de los que le veían pasar a obscuras adivinó que aquel humilde peregrino era el mismo cuya abdicación ocupaba a Bruselas y prontamente ocuparía al mundo. Situada la casita del parque en el lugar donde hoy está el palacio de los representantes del país, tenía dos puertas, y acercando el palafrenero la cabalgadura a la segunda para acortar el trecho que de allí a la cámara había, apeóse el emperador en el umbral.

La segunda puerta estaba abierta como la primera, circunstancia que no advirtió Carlos V, sumido como se hallaba en reflexiones que más fácil le es al lector comprender que a nosotros relatar, apoyado en un bastón y en el brazo del sirviente, entró en el salón adornado con tupidas alfombras y ricos cortinajes.

Ardía en la chimenea una excelente lumbre, cuya llama era la única luz que alumbraba la estancia, adaptada su débil claridad al estado de ánimo del augusto emperador, quien habiendo despedido al palafrenero, sentado en el canapé, fue recordando una por una todas las circunstancias de su vida, por los sucesos de medio siglo embarazada. ¡Y de qué siglo! en que habían vivido Enrique VIII, Maximiliano, Clemente VII, Francisco I y Lutero. Recorrió imaginativamente el camino andado, ascendiendo a sus tiernos años como

un viajero que al término de su existencia subiese los ríos de floridas y perfumadas márgenes que en su mocedad descendiera.

¡Magnífico y maravilloso viaje, efectuado entre las adoraciones de los cortesanos, las aclamaciones del mundo, dos vítores de los pueblos, que acudían a inclinarse al paso de tan gigantesca fortuna! De pronto, mientras estaba entregado a esos grandiosos pensamientos, chisporroteó un tizón del hogar cayendo en el rescoldo un pedazo y saltando otro a la alfombra, de la cual se elevó al momento denso humo, incidente vulgar, y que quizá a causa de su misma vulgaridad sacó a Carlos V de sus reflexiones.

–– ¡Hola! ––exclamó. ¿Quién está de servicio?

Nadie respondió.

––¿No hay nadie en las antecámaras? ––exclamó de nuevo el ex-emperador–– enojado, golpeando el suelo con el bastón.

––¡Arréglese la lumbre, aprisa! ––añadió Carlos V con creciente enojo.

Igual silencio.

––¡Ah! ––murmuró apoyado de mueble en mueble para llegar a la chimenea—, ¡ya me han abandonado! Si la Providencia ha deseado hacerme arrepentir de lo que he hecho, la lección poco ha tardado.

Y con sus doloridas manos tomó las tenazas para arreglar la lumbre, ya que hasta los sirvientes se habían ido a agasajar al nuevo rey don Felipe. Cuando el emperador empujaba con el pie las últimas ascuas que sobre la alfombra humeaban, oyó pasos en la antecámara y apareció en el umbral una forma humana.

––¡Por fin! —murmuró Carlos V.

––Señor ––dijo el recién venido comprendiendo que el emperador se equivocaba acerca de su identidad––, dispénseme V. M. si me presento de este modo, pues hallado abiertas todas las puertas y no viendo a nadie en las antecámaras, heme atrevido a entrar para anunciarme yo mismo.

––Pues anunciaos, caballero ––exclamó Carlos V, que como es de ver hacía ligeros progresos en su aprendizaje de mero particular. ¿Podré saber quién sois?

––Señor ––repuso el desconocido con respetuoso acento haciendo una profunda reverencia––, soy Gaspar de Châtillon, señor de Coligny, almirante de Francia y enviado especial de S. M. el rey Enrique II.

––Señor enviado extraordinario de S. M. el rey Enrique II —dijo Calos V sonriéndose con cierta amargura––, os engañasteis de puerta, ya no tenéis que entenderos conmigo, sino con el rey Felipe II, mi sucesor en el trono de Nápoles desde hace nueve meses, y en el de España e Indias desde ha veinte minutos.

––Señor ––replicó Coligny con el mismo respeto e inclinándose otra vez, cualesquiera que sean las mudanzas acaecidas en la suerte del rey Felipe II desde hace nueve meses o veinte minutos, aún sois para mí el elegido de Alemania, el muy grande, muy santo y muy augusto emperador Carlos V y como la carta de mi rey viene dirigida a V. M., permitid que a V. M. la dé.

––En este caso, señor almirante, encendamos algunas bujías, toda vez que el advenimiento al trono de mi hijo Felipe II me ha despojado, según parece, hasta del último lacayo.

Y ayudado del almirante empezó a encender las velas de los candelabros, no sólo para leer la carta que le enviaba el rey Enrique II, sino quizá también para examinar al que hacía tres años era su temible adversario.

XV
COLIGNY

Varón de treinta y ocho a treinta y nueve años, Gaspar de Chátillon, señor de Coligny, tenía ojos elocuentes, marcial continente, alta y gentil estatura, corazón leal e intrépido, apreciándole tanto Enrique II como su predecesor Francisco I y su sucesor Francisco II.

Para asesinar a tal hombre en el degüello del 24 de agosto de 1572, era necesario el odio hereditario de Enrique de Guisa junto con el de Catalina de Médicis y la debilidad de Carlos IX; odio que nacido en el campo de batalla de Renty empezaba en la época a que nos referimos a desviar al ilustre almirante de su antiguo amigo Francisco de Guisa. Estos dos preclaros capitanes que con su genio hubieran ejecutado juntos altas maravillas, profesábanse en sus floridos años la más verdadera amistad, siéndoles comunes los placeres, trabajos y ejercicios; en sus estudios de la antigüedad tomaban por modelo a los varones que ejercieron insignes ejemplos de valor y fraternidad, y a tal punto llegaba su mutuo cariño, que según cuenta Brantôme, usaban iguales galas y libreas.

No siendo el condestable de Montmorency el enviado que el rey Enrique II mandaba al emperador Carlos V, había de ser el almirante Coligny o el duque de Guisa.

Miró el emperador al almirante con cierta admiración, pues según aseguraban los historiadores contemporáneos, era imposible hallar un hombre que diese mejor idea de un gran capitán.

Luego paró mientes Carlos V en que Coligny no había ido particularmente a Bruselas para entregarle la carta que en la mano tenía, sino antes para referir en la Corte de Francia lo que había sucedido en el palacio de la ciudad en el famoso día 25 de octubre de 1555, así es que en cuanto hubo satisfecho su curiosidad examinándole atentamente, preguntó el emperador al enviado de Enrique II:

––¿Cuándo llegasteis, señor almirante?

––Esta mañana.

––Y decís que me traéis...

––Este pliego de S. M. Enrique II.

Cogió el emperador la carta, hizo inútiles esfuerzos para abrirla con sus manos quebrantadas por la gota, y viendo que el almirante se ofrecía a prestarle ese servicio, diósela risueño diciéndole:

––En verdad, señor de Coligny, mal jinete fuera yo para correr y romper una lanza, ya que ni aún puedo abrir una carta.

El almirante devolvió a Carlos V el pliego abierto.

––No, no, —exclamó el emperador––, leed, señor almirante; tengo la vista tan débil como las manos, y creedlo, he obrado bien entregando fuerza y poder en manos de un mozo que aventaja en pericia a este anciano.

El emperador recalcó la palabra *pericia*, y sin contestar, el almirante empezó a leer la carta, mientras Carlos V devoraba a Coligny con su mirada de águila, y esto que apenas veía, según aseguraba.

El mensaje era una sencilla carta de aviso del rey de Francia al emperador, participándole que le enviaba el tratado definitivo de las treguas, cuyos preliminares habían empezado cincos o seis meses antes. Leído el pliego, Coligny sacó del jubón los pergaminos firmados por los plenipotenciarios con el sello real de Francia para cambiarlos con los documentos análogos enviados por Carlos V a Enrique II, firmados por los plenipotenciarios español, alemán e inglés, y revestidos con el sello del Imperio.

Hojeó el emperador aquellos contratos, y como si hubiese adivinado que antes de un año se infringirían, dejólos sobre una mesa cubierta de un tapete negro, y cogiéndose del brazo de Coligny para ir a sentarse en el sofá, le dijo:

––¿No es un milagro de la Providencia, señor almirante, que, débil y alejado del mundo, me apoye hoy en este brazo que en el apogeo de mi poder estuvo a punto de derribarme?

––¡Ah, señor! ––repuso Coligny––, a Carlos V sólo Carlos V podía derribarle; y si a los pigmeos nos fue dado luchar con un gigante, es porque Dios quería probar de sobra al mundo nuestra pequeñez y vuestra grandeza.

Sonrióse el emperador, y aunque demostró claramente que le halagaba el cumplido de un hombre como el almirante, díjole tomando asiento e invitándole a que le imitara

––Basta, basta, señor de Coligny, que ya no soy emperador, rey, ni príncipe y debo reñir con la lisonja. Cambiemos, pues, de conversación, y decidme: ¿cómo se encuentra mi hermano Enrique II?

––Muy bien, señor ––repuso el almirante obedeciendo la invitación de sentarse que por tercera vez repetía el emperador.

––Me alegro, me alegro, y no sin causa, pues me glorio de descender por parte de madre de ese florón que ciñe la más hermosa corona del mundo. Sin embargo ––continuó afectando encaminar la conversación a las cosas comunes de la vida—, hanme dicho que mi querido hermano comenzaba a encanecer, mientras aún me parece verle niño e imberbe en España. ¡Pronto hará de eso veinte años! ...

Suspiró Carlos V cual si esas frases le abrieran el vasto horizonte del pasado.

––El caso es, señor ––respondió el almirante—, que si bien S. M. empieza a tener canas, cuenta dos o tres a lo más ¿y quién más joven que él no las tiene?

––¡Cuán cierto es lo que decís! ––exclamó el emperador. Yo que os pregunto acerca de las canas de mi hermano Enrique, voy a contaros la historia de las mías. Tenía casi la misma edad que él, treinta y seis o treinta y siete años escasos, cuando regresé de la Goleta a Nápoles, ya sabéis la belleza de la admirable ciudad de Nápoles, señor almirante, la hermosura y donaire de sus damas, ¿no es verdad? ––Coligny se inclinó sonriéndose.

––Soy hombre ––continuó Carlos V––, y deseando merecer sus favores como los demás, al día siguiente de mi llegada ordené llamar a mi peluquero para que me arreglara el pelo, y aquel hombre me presentó un espejo para que yo observase la operación en tanto él la efectuaba. Hacía mucho tiempo que no me había visto, a causa de la encarnizada guerra que hacía a dos turcos, aliados de mi buen hermano Francisco I, y de repente exclamé: ––¿Qué es esto, peluquero? ––Señor —repuso––, son dos o tres canas. Sabed que el adu-

lador mentía, pues llegaban a una docena. —Pronto, pronto maestro ––le dije––, quítame todas esas canas, todas, ¿oyes? Y así lo hizo, pero ¿sabéis lo que ocurrió? Cuando al poco tiempo quise verme otra vez al espejo, advertí que por cada hebra de plata que me quitaran me salieron diez; de manera, que si hubiese arrancado también éstas, en menos de un año me habría quedado tan blanco como un cisne. Conque contadle a mi hermano Enrique, señor almirante, que conserve sus tres primeras canas, sin permitir que se las quiten, ni aún las hermosas manos de la señora de Valentinois. ¡Ah! Sepamos, no quiero que os vayáis, señor almirante, sin darme nuevas de otras personas. ¿cómo sigue la hija de nuestro antiguo amigo Francisco II?

Carlos V recalcó sonriéndose estas frases: *nuestro antiguo amigo*.

––Muy bien, señor ––respondió Coligny sonriéndose a sí mismo.

––A propósito de la señora de Valentinois ––prosiguió el emperador probando con esta transición que no ignoraba las hablillas de la corte del rey Enrique II––: ¿qué noticias me dais, señor almirante, de vuestro tío, el gran condestable?

––Excelentes, aunque tenga toda la cabeza cana.

––Sí, pero se parece a los puerros, que tienen la cabeza blanca ––y lo demás verde; y a fe que lo necesita para servir a las hermosas damas de la corte.

––¿Habla V. M. de *madama* Margarita de Francia?

––Sí, ¿continúan llamándola la cuarta Gracia y la décima Musa?

––Sí, señor, y cada día más merece ese doble título por la protección que concede a nuestros grandes literatos, como, por ejemplo, a los señores Hospital; Ronsard y Dorat.[1]

[1] Juan Dorat, para quien creó Carlos IX la plaza de "poeta real".

––Parece que nuestro hermano Enrique II, celoso de los reyes sus vecinos, desea guardar para sí sólo esa hermosa perla, pues todavía no he oído hablar de casamiento respecto a madama Margarita, y eso que ya tendrá muy cerca de treinta y dos años.

––Sí, señor; pero parece que no pasa de los veinte. Cada día está más hermosa y lozana.

––Las rosas tienen el privilegio de reverdecer y echar capullos cada primavera. A propósito de pimpollos; contadme, querido almirante, ¿qué hace en la corte de Francia nuestra joven reina de Escocia? ¿No pudiera yo ayudaros a arreglar sus negocios con mi nuera la reina de Inglaterra?

––¡Oh! señor, nada urge por ahora ––contestó el almirante––, y V. M., que conoce la edad de nuestras princesas, no ignora que la reina María Estuardo apenas cuenta trece años. Además, yo creo revelar un secreto de Estado contándoselo a V. M.: está destinada al Delfín Francisco, y el enlace no puede ni debe celebrarse hasta dentro de uno o dos años.

––Aguardad, almirante, aguardad... a ver si recuerdo, pues me parece que conservo en la memoria un buen consejo que he de dar a mi hermano Enrique II, aunque sea mera suposición de la ciencia cabalística... ¡Ah! ya caigo. Pero, ante todo, ¿podéis participarme, señor almirante, qué es de un joven llamado Gabriel de Lorges, conde de Montgomery?

––Sí, ciertamente está en la corte del rey, con quien tiene gran valimiento y es capitán de la Guardia escocesa.

––¡Gran valimiento! ¡Tate! ––murmuró Carlos V pensativo.

––¿Tenéis algo qué decir contra ese mozo, señor?

––No, pero escuchad una historia.

––Escucho, señor.

––Cuando con permiso de mi hermano Francisco I recorrí Francia para dirigirme a apaciguar la rebelión de mis amados súbditos y compatricios los ganteses, no obstante de que a la sazón erais muy joven, ya os acordaréis de que el rey de Francia me colmó de honores, ordenando, por ejemplo, que saliera a recibirme en Fontainebleau el Delfín con muchos caballeros y pajes. Debo añadir, señor almirante que la dura necesidad me obligaba a pasar por el reino de Francia, por cuánto yo hubiera preferido dirigirme por otro camino, no se perdonó medio para infundirme recelos contra la lealtad del rey Francisco I, y os confieso que temía, sin la menor razón, como luego se vio, que mi hermano el rey de Francia aprovechara la circunstancia para desquitarse del tratado de Madrid. Así es que, como si la ciencia humana pudiera contrarrestar los designios de la Providencia, llevaba conmigo un hombre habilísimo, un astrólogo muy decantado, que a la primera inspección del rostro juzgaba por sus líneas si estaba amagada la libertad o la existencia de quien exponía ante aquella gente su vida y su libertad.

Sonrióse el almirante, diciendo:

––Buena precaución, ciertamente digna de un emperador tan prudente como vos, pero V. M. se convencería de que a veces son excusadas las precauciones.

––Esperad. Vais a juzgarlo:

––Hallábamonos, pues, camino de Orleáns a Fontainebleau, cuando de improviso percibimos que se dirigía a nosotros una numerosa comitiva; era, como os he dicho, el Delfín de Francia con una multitud de señores y pajes. Por la gran polvareda que levantaron los caballos, al principio supusimos que sería un cuerpo de gendarmes, e hicimos alto, más enseguida, a través de la nube blanquecina que la polvareda formaba, percibimos el brillo del raso y del terciopelo cuajados de oro resplandeciente. Era una escolta de honor. Continuamos pues andando, llenos de confianza en la palabra del rey Francisco I, hasta que las dos cabalgatas se encontraron, y el Delfín me saludó en nombre de su padre. Tan gracioso era el cumplido y llegaba tan a punto para tranquilizarme no a mí, (Dios, a quién voy a dedicar mi vida, es testigo de que nunca recelé de mi buen hermano) era tan gracioso el saludo, que quise abrazar al príncipe que me lo había dirigido, y en tanto le daba el abrazo, que por lo afectuoso creo que duró más de un minuto, mezcláronse ambas comitivas, y los nobles y pajes del séquito del Delfín, deseosos indudablemente de verme a causa de mi nombradía, me rodeaban completamente acercándose cuanto podían. Entonces advertí que mi astrólogo milanés Angelo Policastro se había puesto a mi izquierda, pareciéndome un atrevimiento que aquel hombre se mezclara con tan engalanada y apuesta nobleza.

––¿Qué hacéis aquí, *signor* Angelo? ––le interrogué.

––Estoy en mi lugar, señor ––respondió.

––No importa, separaos un poco, *signor* Angelo.

––Ni puedo, ni debo, augusto emperador.

Adivinando que algo turbaba la tranquilidad de mi viaje, y temiendo que el astrólogo obedeciera mi primer mandato, le dije:

––Quedaos, *signor* Angelo, puesto que os habéis acercado con buenas intenciones; pero en palacio me contaréis porqué lo habéis hecho ¿he?

––Sin falta, señor, es mi obligación. Observad al mocito rubio de larga melena que está a mi lado.

Miré de soslayo, y vi a un joven de tipo inglés, siendo el único que llevaba el pelo largo.

––Le veo ––contesté.

––Basta por ahora ––dijo el astrólogo––, luego hablaré de él a Vuestra Majestad.

En efecto, no bien volví a palacio, cuando pasé a mi aposento so pretexto de mudar de traje, y habiéndome seguido el signor Angelo, interroguéle:

––¿Qué queréis decirme de aquel mancebo?

––¿Habéis notado, señor, la arruga de su entrecejo?

––No a fe ––le respondí––; no le he visto tan cerca como vos.

––Pues bien, aquella arruga es la que los hombres de cábala denominamos *línea de muerte*... Señor, aquel joven matará a un rey.

––¿Rey o emperador?

––No puedo deciros sino que herirá a una cabeza coronada.

––¡Oigan! ¿Y no sabéis si será la mía?

––Sabríalo, señor, si poseyera cabellos suyos.

––¡Cabellos suyos! ¿Y cómo los adquirimos?

––No sé; pero los preciso.

Púseme a reflexionar.

Precisamente entró en aquel instante la hija del jardinero con un haz de hermosísimas flores para ponerlas en los jarrones de las chimeneas y consolas; asíle de la mano, –– y sacando dos maximilianos de oro nuevecitos, se los di; agradecióme la dádiva, y besándole la frente le dije:

––¿Deseáis ganar diez veces más, hermosa niña? No, no, —repuse al advertir que bajaba los ojos ruborizada––; no se trata de eso.

––Pues ¿de qué, señor emperador?

––¿Ves aquel mozo? ––la interrogué señalándole por los cristales de la ventana el joven rubio que se hallaba en el patio.

––Sí, le veo.

––¿Qué te parece?

––Muy gentil y muy engalanado.

––Pues mira, mañana tráeme pelo suyo, y te daré veinte maximilianos de oro.

––¿Cómo me las arreglo para tener pelo de ese caballero? ––preguntóme con candidez.

––¡Cáspita!, eso no me incumbe, preciosa muchacha. Busca un medio. Lo único que puedo hacer es darte una Biblia.

––¿Una Biblia?

––Sí, para que veas de qué manera se valió Dalila para cortar el pelo a Sansón.

Aunque volvió a sonrojarse, parece que esas indicaciones bastaron a la hermosa, pues salióse pensativa y risueña a la vez, y al día siguiente me entregó un rizo de pelo rubio como el oro... ¡Oh! la mujer más candorosa sobrepuja en sagacidad al hombre más astuto, señor almirante.

––¿No acaba V. M. la historia?

––Sí tal... Con el rizo el *signor* Angelo hizo sus experimentos cabalísticos y más tarde me anunció que el horóscopo amenazaba a un príncipe de la flor de lis. Sabed, pues, querido almirante, que el joven rubio de la línea mortal en el entrecejo es el señor de Lorges, conde de Montgomery y capitán de la Guardia escocesa de mi hermano Enrique II.

––¡Cómo! ¿Sospecharía V. M.?

––Yo nada sospecho ¡Dios me libre! ––respondió Carlos V levantándose para indicar al almirante que daba por acabada la audiencia, sólo os repito palabra por palabra, como cosa que puede ser útil a mi hermano Enrique II, la predicción del *signor* Angelo Policastro, y aconsejo a S. M. Cristianísima que fije la atención en la línea que tiene en el entrecejo el capitán de la Guardia escocesa, recordándole que amenaza especialmente a un príncipe cuyas armas ostenten flores de lis.

––Señor ––dijo Coligny––, relataré de vuestra parte este buen aviso al rey de Francia.

––Para que no lo olvidéis, querido almirante —prosiguió Carlos V poniendo al cuello del embajador la magnífica cadena de oro que al suyo llevaba y del cual pendía la diamantina *Estrella del Poniente*, así denominada en memoria de las posesiones occidentales de los reyes de España.

Quiso Coligny arrodillarse para recibir el regalo; más el emperador no permitió que le diese tal muestra de respeto, y besóle ambas mejillas.

A la puerta encontráronse con Manuel Filiberto, quien apenas terminada la ceremonia dejabalo todo para presentarse a ofrecer sus respetos a los pies de un emperador tanto más grande a sus ojos, cuanto que acababa de abdicar toda grandeza.

Saludáronse cortésmente ambos capitanes, que conocíanse del campo de batalla y apreciábanse en su alto y justo valor.

––¿No tiene V. M. nada más que encargarme para el rey mi señor?––preguntó Coligny.

––Nada más ––contestó Carlos V. Y fijando la vista en Manuel Filiberto añadió sonriéndose:

––A no ser, querido almirante, que si nuestra salud nos concede un rato de descanso veremos de buscar esposo para Margarita de Francia.

Apoyóse en el brazo del duque, y entrando en el salón le dijo:

––Ven, querido Manuel, ven; paréceme que hace un siglo que no te veo.

XVI
DESPUÉS DE LA ABDICACIÓN

Para el lector que desea conocer el fin de las cosas y pesar la filosofía de los acontecimientos, nos decidimos a escribir el presente capítulo, que si bien interrumpe el curso de nuestra acción, permite volver los ojos a los últimos días del emperador Carlos V, transcurridos en la obscuridad, desde el de su abdicación, hasta el de su muerte, o sea desde el 25 de octubre de 1555 hasta el 21 de septiembre de 1558; y una vez sepultado el vencedor de Francisco I, quien bajó al sepulcro nueve años antes, regresaremos a la vida, a los combates, a las fiestas, a los odios y a los amores, a este inmenso trajín, en fin, que va a mecer a los finados en el fondo del sepulcro, donde aguardan la resurrección eterna.

El ex emperador tuvo que continuar cerca de un año más en Bruselas para solucionar varios asuntos, tales como la abdicación del Imperio en favor de su hermano Fernando y la de los Estados hereditarios en favor de su hijo Felipe, de modo que no salió para Gante hasta primeros de septiembre de 1556, escoltado de todos los grandes, embajadores, nobles, magistrados, capitanes y oficiales de Bélgica.

El rey don Felipe deseó acompañar a su padre hasta Flesinga, punto del embarque, adonde el ex-emperador se trasladó en litera seguido de sus dos hermanas las reinas con sus damas, el rey don Felipe con su corte, y de Manuel Filiberto con sus inseparables compañeros León y Scianca–Ferro.

Larga y triste fue la despedida.

Aquel hombre que había abarcado el mundo con sus poderosos brazos, además de separarse de sus hermanas, de su hijo y de un sobrino agradecido y leal, dejaba el mundo, casi la vida, puesto que intentaba entrar en un monasterio así que llegase a España.

Dispuso el ex-emperador que la despedida efectuárase la víspera de la partida, diciendo que si se efectuaba al día siguiente no tendría valor para poner los pies en el buque. Despidióse primero de su hijo don Feli-

pe, tal vez porque le amaba menos que a los otros, y recibido el ósculo paternal, el rey de España dobló la rodilla pidiéndole su bendición, concediésela Carlos V con la majestad de que sabía revestirse en semejantes actos, encomendándole que viviera en paz con las potencias aliadas, y principalmente con Francia si era factible. Prometió don Felipe conformarse con sus intenciones, dudando de que pudiese hacerlo con respecto a Francia, jurando, sin embargo, guardar fidelidad a la tregua en tanto que no la violara su primo el rey Enrique.

En seguida estrechó Carlos V a Manuel Filiberto, teniéndole largo rato abrazado contra su corazón y costándole mucho separarse de su amigo, por último llamó a don Felipe, y díjole con ojos llorosos y triste acento:

––Hijo querido, os he dado muchas cosas, entre ellas Nápoles, las Flandes y las Indias, y por vos me he despojado de cuanto tenía; más tened presente lo que voy a deciros: ni Nápoles con sus palacios, ni los Países Bajos con su comercio, ni las dos Indias con sus minas de oro, plata y piedras preciosas, valen el tesoro que os dejo en vuestro primo Manuel Filiberto, hombre de cabeza y ejecución, buen político y gran capitán. Os encarezco, pues, que le miréis antes como hermano que como a súbdito, y aún así, os aseguro que apenas le trataréis según sus méritos.

Manuel Filiberto quería estrechar las rodillas de su tío, quien le contuvo en sus brazos impeliéndole suavemente a los de Felipe y diciendo:

––¡Idos! ¡Idos! Es impropio de hombres enternecerse y llorar por una breve separación en este mundo. Hagamos de modo que a fuerza de buenas acciones, de nobles virtudes y de vida cristiana nos reunamos un día en el otro, que es el mejor.

Apartóse de ambos mozos para dirigirse a sus hermanas, e indicándoles con la mano que se marchasen, permaneció de espaldas hasta que salieron de la estancia.

Don Felipe y Manuel Filiberto montaron a caballo y partieron seguidamente para Bruselas.

Al otro día, 10 de septiembre de 1556, embarcóse el ex-emperador en una *nave verdaderamente real en capacidad y ornamentos,* cuenta Gregorio Lœti, historiador de Carlos V, a la cual atracó luego un buque inglés que conducía al conde de Arundel, enviado por la reina María a su suegro para suplicarle que no pasara tan cerca de las costas británicas sin visitarla, a cuya invitación se encogió de hombros Carlos V, exclamando al conde con cierta amargura:

––¿Qué satisfacción puede causar a tan gran reina ser nuera de un sencillo caballero?

A pesar de esta respuesta, insistió el de Arundel con tal corteses ruegos y respetuosas súplicas, que no sabiendo Carlos V cómo resistir a sus peticiones, le dijo:

––Señor conde, todo dependerá de los vientos.

Las dos reinas se habían embarcado con su hermano. Sesenta naves escoltaban la Imperial, y al observar que aunque los vientos eran benignos el emperador pasaba sin detenerse por delante de Yarmouth, Londres y Portsmouth, sin insistir más siguió el conde respetuosamente al buque imperial hasta Laredo, puerto de Vizcaya, donde Carlos V fue recibido por el gran condestable de Castilla.

Apenas pisó el territorio español, donde con tanta gloria había reinado, cuando antes de oír el discurso que el gran condestable iba a dirigirle, arrodillóse y besando el suelo de aquel reino, para él segunda patria, prorrumpió:

––¡Salve, madre común de todos los mortales! A ti vuelvo desnudo y pobre del mismo modo que salí del vientre de mi madre. Ruégote que admitas este mortal despojo que te dedico para siempre, y permite que descanse en tu seno hasta aquel día que pondrá fin a todas las cosas humanas.

No bien concluyó esa oración, cuando comenzó a bramar el viento, estallando tan furiosa tempestad, que pereció en el puerto toda la escuadra, incluso la nave imperial, colmada de tesoros y magníficos dones que el emperador llevaba de Bélgica y Alemania para ofrecerlos a las iglesias de España, con cuyo motivo dijo un personaje del séquito de Carlos V que, adivinando el buque que nunca lo ilustraría otra gloria igual, se había sumergido para manifestar a un tiempo su respeto, su amor y su pesar. Ciertamente no había ningún mal en que las cosas inanimadas diesen semejantes pruebas de respeto y aflicción al emperador Carlos V, pues los hombres miraban con mucha indiferencia aquel eclipsado astro; en Burgos, por ejemplo, el ex-emperador atravesó la ciudad sin que saliera a recibirle ninguna diputación, y sin que los vecinos se tomaran ni aún la molestia de asomarse a las puertas para verle, de modo que el emperador movió la cabeza exclamando:

––No parece sino que los habitantes de Burgos me escucharon cuando dije en Laredo que regresaba desnudo a España.

Aquella misma noche visitóle el noble don Bartolomé Miranda, quien entre otras cosas le dijo:

––Hoy hace un año, señor, que Vuestra Majestad Imperial empezó a abandonar el mundo para dedicarse completamente al servicio de Dios.

––Sí —contestó Carlos V––, hoy cumple un año que me arrepentí de ello.

Carlos V se acordaba de la triste y solitaria tarde de su abdicación en que el almirante Coligny ayudóle a recoger los tizones que cayeron del hogar a la alfombra.

De Burgos dirigióse el emperador a Valladolid, a la sazón capital de España, y a media legua de la ciudad encontró a su nieto don Carlos al frente de una noble comitiva que dirigiase a recibirle.

Diestro jinete era el niño a pesar de sus once años, y andaba a la portezuela izquierda de la litera del emperador. Aquella era la primera vez que le veía su abuelo, quien le miraba con una atención que hubiera turbado a otro cualquiera, pero el príncipe no bajó siquiera los ojos, limitándose a destocarse cada vez que el anciano emperador clavaba en él la vista, y cubriéndose cuando cesaba de mirarle.

Así es que entrando Carlos V en su aposento quiso verle de más cerca y hablarle, y el niño se presentó con respeto a la vez que con soltura y despejo.

––Has salido a recibirme ––díjole el emperador––, y no esperaba menos de ti querido nieto.

––Era mi deber ––repuso el príncipe, por ser dos veces súbdito vuestro, pues sois mi abuelo y mi emperador.

––¡Vaya! –– exclamó Carlos V asombrado de encontrar tanto aplomo y firmeza en edad tan tierna.

––Además ––prosiguió el niño––, cuando no por deber, a lo menos por curiosidad hubiera salido al encuentro de V. M. Imperial.

––¿Por qué?

––Porque he oído decir en varias ocasiones que erais un emperador ilustre y habíais dado cima a heroicas empresas.

––¿Sí? ––exclamó Carlos V ditrayéndose con el singular carácter del niño. ¿Quieres que te las cuente?

––Fuera para mí gran satisfacción y alta honra —respondió el príncipe. —Pues siéntate ahí.

—Con permiso de V. M. oiré en pie.

Refirióle entonces Carlos V sus guerras contra el rey Francisco I, contra los turcos y los protestantes, cuyo relato escuchó don Carlos atento, y al acabar su abuelo, dijo probando que sabía todo lo relatado.

––Sí eso es, eso es.

––¿Dirésme ahora, señor nieto, lo que os parecen mis aventuras, y si halláis que me he portado como un valiente?

––¡Oh! huélgome mucho de lo que habéis hecho, y no obstante no puedo perdonaros una cosa.

––¡Hola! ––exclamó el emperador pasmado––, conozcámosla.

––Cierta noche salisteis de Inspruck casi desnudo, huyendo del duque Mauricio.

––¡Oh! si no es más que eso ––dijo el emperador riendo––, te juro que me vi precisado a ello, hijo mío. Me sorprendió, y yo sólo tenía mi servidumbre.

––Pues yo no hubiera huido —repuso don Carlos.

––¿Cómo que no hubieras huido?

––¡No!

––No había otro remedio, ya que no podía resistirle.

––¡Yo no hubiera huido! ––repitió el príncipe.

––¿Acaso debía dejarme prender? Hubiera sido una grande imprudencia y aún me habrían vituperado más.

––No importa, yo no hubiera huido––replicó por tercera vez el niño.

––Sepamos lo que hubieras hecho en tal caso, y para ayudarte a responder, ¿qué harías actualmente, por ejemplo, si mandara perseguirte por treinta pajes?

––¡No huiría! ––exclamó el príncipe.

Arrugó el emperador el entrecejo, y llamando al ayo de don Carlos le dijo:

––Llevaos a mi nieto, caballero. Os felicito por la educación que recibe. Si prosigue, será el mayor guerrero de nuestra familia.

Aquella misma tarde decía a su hermana Leonor, a quien despedía en Valladolid:

––Paréceme, hermana, que el rey don Felipe tiene en don Carlos un hijo de mala índole, no me placen tal aire y tal carácter en edad tan temprana. No sé lo que sucederá cuando tenga veinticinco años. Estudiad las palabras y acciones del muchacho, y cuando me escribáis decidme francamente vuestro parecer.

A los dos días partió Carlos V a Palencia, y al siguiente la reina Leonor le escribía:

"Querido hermano: si las maneras de nuestro nieto Carlos os desagradaron aunque no lo visteis sino un día, bastante más me desagradan a mí, qué lo he visto tres."

Aquel mozuelo que no hubiera huido en Inspruck era el mismo don Carlos a quien doce años más tarde mandó dar muerte Felipe II so pretexto de que conspiraba con los rebeldes de los Países Bajos.

En Valladolid el emperador había despedido a toda la corte, a excepción de doce sirvientes y doce caballos, quedándose con algunos muebles raros y preciosos y distribuyendo lo demás a los nobles que le habían seguido, enseguida se despidió también de sus hermanas las dos reinas y emprendió el camino de Palencia.

A dieciocho millas de esa ciudad hallábase el monasterio de Yuste, de la Orden de los Jerónimos, que Carlos V eligiera por retiro, y al que en el año anterior había mandado un arquitecto con encargo de construir seis piezas a pie llano, iguales cuatro de ellas a las celdas de los monjes y las otras algo más elevadas, el artista debía además trazar un jardín según el diseño que el mismo emperador había bosquejado, y este jardín, sólo recreo del imperial retiro, a cuyos lados corría un arroyuelo de cristalina y susurrante agua, estaba cuajado de naranjos y limoneros, cuyas ramas prestaban grata sombra y suave perfume a las ventanas del ilustre solitario.

En 1542 visitó Carlos V el monasterio de Yuste, y al alejarse exclamó:

––He aquí un verdadero retiro para otro Diocleciano.

El emperador tomó posesión de su aposento en el monasterio a 24 de febrero de 1557: era el día de su cumpleaños, y siempre lo había pasado feliz.

Al atravesar el umbral del convento, dijo:

––Quiero renacer para el Cielo el mismo día en que nací para la tierra.

De los doce caballos, que le restaban despidió once, conservando el último para pasearse de tarde en tarde por el agradable valle de Serandilla, distante media hora, conocido por el jardín de Extremadura.

Desde entonces tuvo pocas comunicaciones con el mundo, teniendo raras visitas de sus antiguos cortesanos, y una o dos veces al año cartas del rey Felipe, del emperador Fernando y de sus hermanas las reinas; su sola distracción consistía en los mencionados paseos, en los convites con que por casualidad obsequiaba a los pocos caballeros que iban a visitarle y a quienes detenía hasta la noche diciéndoles: “Amigos, estaos conmigo para disfrutar de la vida monástica”, y en cuidar las varias avecillas que en las pajareras tenía.

Al cabo de un año parecióle excesivamente mundana esa vida al ilustre recluso, y en el aniversario de su natalicio, que como el lector recordará era asimismo el día en que el emperador entró en el monasterio, dijo al arzobispo en Toledo que había ido a felicitarle:

––Padre, he vivido cincuenta y siete años para el mundo, un año para mis verdaderos amigos y servidores en este lugar solitario, y ahora quiero dedicar al Señor los pocos meses que me quedan de vida.

Por consiguiente, agradeciendo al prelado la visita rogóle que no volviera a tomarse la molestia de visitarle hasta que le llamase para la salvación de su alma, y efectivamente desde el 25 de febrero de 1558 vivió el emperador con una austeridad casi igual a la de los monjes, comiendo con ellos, disciplinándose, yendo puntualmente al coro y no permitiéndose más distracción que la de mandar celebrar misas en sufragio de las almas de los innumerables soldados, marinos, oficiales y capitanes que habían perecido en los diferentes combates que sus ejércitos habían ejecutado en las cuatro partes del mundo.

Tocante a los generales, consejeros, ministros y embajadores, de cuyos fallecimientos poseía apuntadas las fechas en un registro exacto, mandaba erigir altares particulares y celebrar misas nominativas, de manera que después de cifrar en otro tiempo su gloria en reinar sobre los vivos, entonces la cifraba en reinar sobre los muertos. Últimamente, a primeros de julio del mismo año 1558, cansado de asistir a las exequias de los demás, y aburrido de tan fúnebres distracciones, propusose asistir a las suyas, tardó algún tiempo en habituarse a esta idea algo tanto extraña, temiendo que se la achacaran a soberbia o a excentricidad; pero al fin fue tan irresistible su deseo, que lo participó al P. Juan Régola, monje del mismo monasterio.

Lejos de encontrar ningún inconveniente en la ejecución del proyecto, como se temía Carlos V, llenóle de gozo el monje, contestando que si bien era aquélla una acción extraordinaria, no veía ningún mal en llevarla a cabo, y hasta la conceptuaba piadosa y ejemplar. Con todo, no bastándole al emperador el parecer de un simple religioso en tan grave cuestión, propúsole el P. Juan Régola pedir consejo al arzobispo de Toledo.

Vino en ello Carlos V, y nombrando al religioso embajador cerca del prelado proporcionóle cabalgadura y escolta para ir en busca del tan deseado permiso. En los tiempos de su poder temporal, jamás esperó el emperador con tanta impaciencia el regreso de su enviado por más importante que fuese el mensaje. A los quince días regresó el monje con la contestación de que el arzobispo de Toledo juzgaba muy santo y muy cristiano el deseo de Carlos V.

Gran alegría causó el regreso del P. Juan, y desde entonces hiciéronse en el convento los preparativos de la ceremonia fúnebre para que fuese digna del gran emperador que iban a sepultar vivo, procediendo lo

primero al levantamiento de un suntuoso catafalco en el centro de la iglesia, cuyo plano debido al P. Vargas, arquitecto y escultor, aprobó Carlos V retocando algunos detalles.

Llamaronse de Palencia maestros carpinteros que mediante cinco semanas emplearon veinte personas al día en la construcción del túmulo, y merced a la actividad excitada por la presencia del emperador no se necesitó más tiempo para concluirlo. Tenía el monumento cuarenta pies de largo por cincuenta de alto y treinta de ancho, con galerías corridas en torno y varias escaleras, los retratos de los emperadores más renombrados de la casa de Austria, otros cuadros representativos de las principales batallas de Carlos V, y en la cúspide el féretro descubierto con la Fama a la izquierda y la Inmortalidad a la derecha.

A las cinco de la mañana del 24 de agosto, hora y media después de salido el sol, encendiéronse cuatrocientos blandones en el sarcófago, cercado de toda la servidumbre del ex-emperador, descubierta y con un cirio en la mano, a las siete entró Carlos V con un ropaje talar de luto, con un monje a cada lado también de luto, y conduciendo, asimismo, un cirio, fue a ocupar un asiento que ante el altar le tenían preparado, inmóvil allí y con la vela apoyada en el suelo oyó en vida las preces de difuntos desde el *Requiem* hasta el *Requiescat,* mientras seis religiosos de distintas órdenes celebraban seis misas en otras tantas capillas del templo, luego en un momento dado fue con sus dos acompañantes al altar mayor, hizo una genuflexión, y arrodillándose a los pies del prior, dijo:

––Te pido y suplico, ¡oh, Arbitro y Señor de nuestra vida y nuestra muerte! que así como el sacerdote toma de mis manos este cirio que con completa humildad te ofrezco, te dignes aceptar mi alma que encomiendo a tu divina indulgencia, y recibirla cuando te plazca en el seno de tu bondad y de tu misericordia infinita.

El prior puso el cirio en un candelabro de plata maciza que el supuesto difunto había donado al convento para aquella gran solemnidad, y después de levantarse Carlos V, volvió a sentarse nuevamente acompañado siempre de los dos religiosos que le seguían como su sombra.

Concluido el oficio, juzgando el emperador que todavía le quedaba algo por hacer, pues habíase olvidado lo más importante de la ceremonia, ordenó levantar una losa del coro y extender un paño de terciopelo negro en el fondo de una sepultura a este efecto abierta, con una almohada de terciopelo, y ayudado entonces de los dos monjes bajó al hoyo y tendióse cuan largo era, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados, como si estuviera muerto. Acto continuo el celebrante entonó el *De profundis clamavi ad te, Domini, y* mientras el coro continuaba el canto, monjes caballeros y servidumbre, todos enlutados, con el cirio en la mano y derramando lágrimas desfilaron por delante del finado precedidos del celebrante rociándole con agua bendita y suplicando por su eterno descanso.

Más de dos horas duró la ceremonia, y como eran muchos los que echaban agua bendita, ésta caló la ropa del emperador, lo cual unido al aire que penetraba por los resquicios de la piedra, aire frío y fúnebre que ascendía de las bóvedas sepulcrales del monasterio, hizo que se levantara arrecido cuando habiendo quedado el último en la iglesia con los dos religiosos deseó recogerse en su celda; de suerte que al sentirse entumecido les dijo tiritando:

––Padres, no sé en verdad si vale la pena de que me mueva de aquí.

Efectivamente al llegar a su celda tuvo que acostarse, y una vez en cama no se levantó más, de modo, que cuatro semanas después de la ceremonia fingida celebróse la ceremonia real, y todo lo que habían preparado para la falsa muerte sirvió para la muerte positiva. El emperador Carlos V expiró el 21 de septiembre de 1558, en brazos del arzobispo de Toledo, que afortunadamente se encontraba en Plasencia, y a quien ordenó buscar por última vez, según la promesa que seis meses antes le hiciera de llamarle a la hora de su muerte. Había vivido cincuenta y siete años, siete meses y veintiún días, reinado cuarenta y cuatro años, regido el Imperio treinta y ocho, y habiendo nacido en la festividad del apóstol San Matías, 24 de febrero, murió en la del apóstol San Mateo, 21 de septiembre.

Refiere el P. Estrada, en su “Historia de Flandes”, que la misma noche del fallecimiento del emperador floreció una azucena en el jardín del monasterio de Yuste, y advertidos del caso los religiosos, colocaron la azucena en el altar mayor, como evidente prueba de la pureza del emperador Carlos V.

XVII
LA CORTE DE FRANCIA

Pasado algo más de un año desde la abdicación de Carlos V en Bruselas, y con poca diferencia hacia la época en que el ex-emperador se encerraba en el monasterio de Yuste, cuando la primavera florecía *en su más verde novedad,* como exclamaba Ronsard, a la sazón poeta favorito de la Corte de Francia, o por decir mejor, a primeros de abril, salía una lujosa cabalgata del antiguo palacio de San Germán y avanzaba por el

parque, cuyos altos y vistosos árboles ostentaban los primeros botones de oro, que abriéndose y cambiando el color los visten de verde pompa para pasar el verano, espléndida cabalgata si la hubo, pues formábanla el rey Enrique II, su hermana Margarita de Francia, su favorita la bella duquesa de Valentinois, su hijo primogénito el Delfín Francisco, su hija Isabel de Valois, la joven reina de Escocia María Estuardo, el duque de Nemours, las principales damas y caballeros que a la sazón eran ornamento y gloria de la casa de Valois, encumbrada al trono en la persona de Francisco I, quien, como ya dijimos, pasó a mejor vida en 31 de mayo de 1547.

En el aéreo balcón del palacio, apoyada en la baranda, especie de encaje de hierro exquisitamente labrado, veíase a la reina Catalina de Médicis, con los dos príncipes que más tarde fueron Carlos IX y Enrique III, y con la princesa Margarita, más tarde reina de Navarra. Tenía Carlos siete años, Enrique seis y Margarita cinco, y como se ve, eran de muy corta edad para acompañar al rey su padre en la cacería que se preparaba.

Con respecto a la reina Catalina, había pretextado una ligera indisposición, y como era una de esas mujeres que no hacen cosa alguna sin motivo, seguramente lo tenía para estar indispuesta, si realmente no lo estaba.

En razón de que los antedichos personajes figuran bastante en la historia que nos proponemos relatar, permítanos el lector que antes de proseguir el relato de los sucesos contemporáneos le ofrezcamos un retrato físico y moral de cada uno de ellos; y comenzando por el rey Enrique II, que iba a la cabeza de todos con su hermana Margarita a la derecha y la hermosa duquesa de Valentinois a la izquierda, digamos que a la sazón era un apuesto y arrogante caballero de treinta y nueve años, de pestañas, ojos y barba negras, atezado rostro, nariz aguileña y dientes de marfil, no tan alto y menos robusto que su padre, aunque de airosa estatura, que pasaba de lo regular, tan aficionado a las armas, que cuando no guerreaba en sus territorios o en el de sus vecinos, quería simularlo en la Corte y en el seno de los placeres.

Así es que hasta en tiempo de paz, como no tenía más instrucción que la necesaria para premiar honrosamente a los poetas sobre cuyo talento pedía y recibía los pareceres de su hermana Margarita, de su dama la hechicera Diana o de su encantadora pupila María Estuardo, hasta en tiempo de paz, repetimos, era el rey Enrique II el hombre más ocupado de su reino.

Véase como pasaba el día: dedicábase a los negocios por la mañana y por la noche, al levantarse y al acostarse; bastándole por lo general dos horas a la mañana para despacharlos, en seguida oía misa con suma devoción, pues era buen católico, como lo probó con el consejero del Parlamento Ana Dubourg, condenándole a la hoguera, cuya sentencia no pudo ejecutarse porque este hugonote expiró seis meses antes de ser llevado al patíbulo. Comía a las doce en punto, yendo después con sus cortesanos a visitar a la reina Catalina de Médicis, en cuya estancia encontrábase, como dice Brantóme, un tropel de *diosas humanas* a cual más bella; y mientras que él hablaba con la reina, o con *madama* su hermana, o con la reina Delfina María Estuardo, o con las princesas sus hijas mayores, cada caballero hacía lo propio que el monarca, departiendo con la dama que más era de su agrado. Terminada la plática, que duraba hasta dos horas, jugaba el rey a la pelota, al mallo o al balón, sus predilectos ejercicios de verano.

Era Enrique II gran jugador de pelota, y en virtud de su genio aventurero elegía siempre los lugares más peligrosos, siendo el mejor *segundo* y el mejor *tercero* de su reino, como en aquella época decían, y aunque a fuer de tal no sostuviese el juego, pagaba siempre el gaste, de manera que si ganaba, dejaba a sus cortesanos la ganancia, y pagaba por ellos si perdían.

Las partidas solían ser de quinientos o seiscientos escudos y no de cuatro, seis y diez mil pesos, como en tiempo de los reyes descendientes; "pero en el de Enrique II, dice ingenuamente Brantóme, se pagaba bien y al contado, en tanto que en nuestros días es preciso ajustar decorosas avenencias". Después de la pelota, los juegos favoritos del monarca eran el balón y el mallo, en cuyos ejercicios se distinguía asimismo por su destreza.

Cuando el invierno era frío, iban a Fontainebleau a patinar en los estanques del parque si había demasiada nieve, construían bastiones para combatir a pelotazos y si llovía, esgrimían en los bajos. De este último ejercicio fue víctima Boncord, cuando el rey, entonces Delfín, tirando al florete con él le saltó un ojo, de cuyo percance le pidió atentamente perdón, dice el autor de quien entresacamos estos detalles.

Las damas de la Corte asistían a todos esos ejercicios, pues el rey opinaba que la presencia de las señoras jamás echaba a perder las cosas y daba realce a muchas.

Después de cenar volvía el rey al cuarto de su esposa, y cuando no había baile, diversión no corriente en aquella época, estaban dos horas charlando. Entonces, eran recibidos los poetas y los literatos, esto es, los señores Ronsard, Dausat y Muret, *tan doctos limosinos que nunca comieron rábanos*, y los señores Dansius

y Amyot, preceptores respectivos de los príncipes Francisco y Carlos y entre esos ilustres émulos se empeñaban lides científicas y políticas en que se complacían sumamente las damas.

Una sola cosa contristaba a la noble Corte cuando por casualidad se recordaba, y era una infausta predicción hecha el día del advenimiento del rey Enrique al trono.

Un adivino llamado a palacio para predecir su horóscopo había anunciado en presencia del condestable de Montmorency que el rey perecería en combate singular, y gozoso éste de que le predijeran tal muerte dijo al condestable:

––¿Oís, compadre, lo que me promete este hombre?

Creyendo el condestable que el rey habíase espantado del pronóstico, contestóle con su brutalidad ordinaria:

––Señor, no creáis a estos pícaros, que son embusteros y charlatanes. Ordenad arrojar al fuego la predicción de este tunante, y a él también, para que aprenda a venírsenos con tales patrañas.

De ningún modo, compadre —dijo el rey––; algunas veces esta gente dice la verdad. Además, la predicción no me desagrada, y más quiero morir de esa que de otra manera, con tal que sucumba con gloria en manos de un valiente caballero.

Y en lugar de echar a las llamas la profecía del astrólogo gratificóle con largueza dando a guardar la predicción al señor del Aubespine, uno de sus buenos consejeros que le servía especialmente para los negocios diplomáticos.

Cuando el señor de Châtillon regresó de Bruselas, volvió a hablarse del pronóstico, pues ya se acordará el lector de que el emperador Carlos V en su casita del parque había dicho al almirante que advirtiera a su buen primo Enrique II que el capitán de la Guardia Escocesa Gabriel de Lorges, conde de Montgomery, tenía entre los ojos determinada señal nefasta de mortal agüero para un príncipe de la flor de lis.

Reflexionándolo bien, confirmóse el monarca de la poca probabilidad que tuviera nunca un duelo con su capitán de Guardias, y después de incluir la primera profecía en el número de las posibilidades que merecen atención, relegó la segunda en el de las imposibilidades despreciables, de forma que en lugar de alejar a Gabriel de Lorges, como tal vez hubiera hecho un príncipe más pusilánime, tratóle, por el contrario, con más familiaridad y aprecio.

Dijimos que a la diestra del soberano cabalgaba Margarita de Francia, hija del rey Francisco I, y es bien hacer alto por un instante en esta princesa, una de las más cumplidas de su tiempo, por ser la que más figura en las ocurrencias que nos proponemos referir.

Nació Margarita en 5 de junio de 1523, en el mismo palacio de San Germán, y por consiguiente contaba ya treinta años y nueve meses. ¿Por qué tan alta y hermosa princesa era todavía soltera? Por dos razones: la primera todos la conocían, por haberla ella manifestado sin embozo; la segunda, tal vez no osaba declarársela a sí misma.

Contaba muy pocos años cuando el rey Francisco I quiso enlazarla con el señor de Vendome, primer Príncipe de la familia real; pero ella, altiva y desdeñosa, contestó que nunca se uniría con un hombre que nunca sería súbdito del rey su hermano. Tal es la razón que alegó para no enlazarse y no perder su categoría de princesa de Francia. Veamos ahora la que se ocultaba en su pecho, siendo probablemente la positiva causa de su negativa.

Cuando tuvo lugar en Niza la entrevista entre el Papa Paulo III y el rey Francisco I, por orden de éste fue la reina de Navarra al castillo para ver al duque de Saboya, padre, llevando consigo a su sobrina Margarita, y prendado el anciano duque de la hermosura de la joven princesa, habló de casarla con Manuel Filiberto.

Viéronse ambos niños, y si por su parte Manuel, completamente ocupado en los ejercicios de su edad, en su afecto a León y en su amistad a Scianca-Ferro, apenas había reparado en la princesa, grabóse en el corazón de Margarita la imagen del príncipe; y cuando al romper los tratados estalló de nuevo la guerra entre el rey de Francia y el duque de Saboya, tuvo un amargo disgusto, sentimiento pueril que, sin causar la atención de nadie, desatado en lágrimas acabó por trocarse en apacible melancolía, acariciada por la vaga esperanza que siempre respiran los nobles y sencillos corazones.

Veinte años habían transcurrido desde entonces, y ora con un pretexto, ora con otro, la princesa Margarita había rehusado todos los partidos que se la presentaran, aguardando que los azares de la suerte o los decretos de la Providencia favoreciesen sus deseos secretos. Entretanto había crecido en edad y belleza, siendo una princesa graciosa, de excelente carácter y ánimo piadoso, de cabellera dorada, ojos pardos, nariz algo recia, labios un tanto gruesos y cutis de nieve entre rosas.

Al otro lado del rey iba, como ya dijimos, Diana de Saint-Vallier, condesa de Brezé, hija de aquel señor de Saint–Vallier que sentenciado a muerte por cómplice del condestable de Borbón, estando arrodillado ya

en el cadalso bajo la espada del verdugo, consiguió gracia si tal puede llamarse la conmutación de su pena en una cárcel perpetua *de cuatro paredes de piedra, con una sola ventana para darle el alimento.*

Todo era misterio y maravilla en Diana que nacida en 1499 tenía cincuenta y ocho años, eclipsando con su juventud aparente y su hermosura real a las princesas más bellas y más jóvenes de la corte, de manera que el rey la amaba con preferencia a todas y sobre todas.

He aquí lo que murmurábase de misterioso y maravilloso de la gentil Diana, a quien el rey Enrique II agració en 1548 con el título de duquesa de Valentinois:

Descendía del hada Melusina, y el amor que el rey le tenía, así como la sin par belleza que había conservado, era obra de este linaje. Diana de Saint-Vallier obtuvo de su abuela la poderosa hechicera del doble secreto; secreto raro y mágico de ser siempre bella y siempre amada, debiendo su eterna belleza a brebajes compuestos de oro potable, ingredientes de notoria importancia en las preparaciones químicas de la Edad Media, y aquel eterno amor, a una sortija mágica por ella regalada al monarca.

Con respecto a esa sortija, la señora de Nemours contaba a quien oírla deseaba, la siguiente anécdota:

Estando el rey enfermo, la reina Catalina dijo a la señora de Nemours:

––Amiga duquesa, ya que el rey os quiere tanto, id a verle, sentaos a la cabecera de su lecho, y mientras habláis con él sacadle del dedo la sortija o talismán que le regaló la señora de Valentinois para conseguir su amor.

Como quiera que nadie en la corte miraba simpáticamente a la de Valentinois, quien se empeñaba en ser joven y hermosa, con gran sentimiento de mozas y ancianas, encargase la de Nemours de la comisión, y habiendo entrado en la habitación del rey, tuvo bastante destreza para quitarle la sortija, cuya virtud le era desconocida.

Seguidamente le rogó el enfermo que silbara a su ayuda de cámara, pues sabido es que los reyes, príncipes y grandes señores llamaban a sus domésticos con silbatos de oro o plata, antes de que la señora de Maintenon los cambiase con las campanillas.

El ayuda de cámara recibió la orden de cerrar la puerta a todos.

––¿Incluso a la señora de Valentinois ? ––interrogó admirado.

–––Sí ––contestó el monarca con aspereza la orden de excepción.

Presentóse Diana varias veces en tres horas a la puerta de la real cámara, y encontrándola siempre cerrada, por último quiso a todo trance penetrar en la estancia. Asió entonces la mano del rey, y al notar que le faltaba la sortija, pidió y consiguió explicación de lo que había sucedido, exigiendo al soberano que sin dilación la reclamara a la señora de Nemours.

Era tan rígida la orden del monarca de restituir la preciosa joya, que recelando la señora de Nemours lo que pasaba, la devolvió antes de darla a la reina Catalina de Médicis, y luego que el rey se puso la sortija recobró el hada todo su poder, el cual fue aumentandose desde aquel día.

A pesar de las graves autoridades que cita la historia, y adviértase que respecto a los brebajes de oro notable se trata del testimonio de Brandéme, y en cuanto a lo de la sortija, de las aseveraciones del señor de Thoy y de Nicolás Pasquier, opinamos y creemos que no había la menor magia en el milagro de la bella Diana de Poitiers, reproducido cien años más adelante por Ninon de Penclos; y casi aceptamos como única y positiva magia la receta que ella misma daba cuando se la pedía, a saber: *un baño de agua de pozo*, ya hiciese buen o mal tiempo, lo mismo en verano como en invierno.

Además, la duquesa se levantaba cada mañana con el día y una vez dado un paseo de dos horas a caballo, acostábase otra vez, leyendo en la cama o hablando con sus doncellas hasta mediodía, y en tanto que para ella todo era materia de discusión, parece que acerca de la hermosa Diana los más sesudos historiadores han olvidado la primera condición del historiador: comprobar lo que se afirma.

En suma, viuda en aquella época desde hacía veintiséis años, y favorita del rey Enrique III desde hacía veintiuno, no obstante sus cincuenta y ocho años cumplidos, tenía Diana la tez más tersa y hermosa que darse puede, negra cabellera rizada, gentil talle, cuello agraciado y admirable garganta.

Tal era por lo menos la opinión del anciano condestable de Montmorency, quien a pesar también de sus sesenta y cuatro años, pretendía gozar al lado de la bella duquesa privilegios especiales que hubieran excitado los celos del rey, si no fuese de cajón que las personas más interesadas en conocer una cosa son siempre las últimas que la saben y a veces la ignoran por completo.

Dispénsenos el lector esta ligera digresión histórico–crítica, porque si una mujer de aquella corte, tan graciosa, tan instruida y galante valía la pena de que la emprendiéramos, era la que había hecho llevar a su real amante sus colores de viuda, el blanco y el negro, causándole, con su gentil nombre de Diana, la idea de tomar por armas una media luna con esta divisa: *Donec totum impleat orbem.*

Hemos dicho que detrás del rey Enrique II iba el Delfín Francisco con su hermana Isabel a la derecha y su novia María Estuardo a la izquierda. El Delfín tenía catorce años, su hermana Isabel trece, y trece también María Estuardo.

Era el Delfín un niño flaco y enfermizo, de piel descolorida, pelo castaño, ojos desmayados y sin expresión bien determinada, excepto cuando se fijaban en María Estuardo, pues entonces alegrábanse con una expresión de deseo que convertía al niño en apasionado mancebo. Poco propenso a los violentos ejercicios que complacían al rey su padre, parecía presa de un continuo decaimiento cuya causa en vano investigaban los médicos, causa que, a dejarse guiar por los libelos del tiempo hubieran quizá hallado en el capítulo de *los Doce Césares,* en el que refiere Suetonio los paseos en litera de Nerón con su madre Agripina. No obstante, apresurémonos a decir que como extranjera, Catalina de Médicis era execrada, y no hemos de creer a cierra ojos lo que decían de ella los pasquines y sátiras de la época, casi todos debidos a la prensa calvinista.

Esas dañadas especies fomentáronse y cundieron rápidamente con la prematura muerte de los jóvenes príncipes Francisco y Carlos, a quien su madre quería menos que a Enrique, llegando hasta nosotros con visos de autenticidad casi histórica. Aunque la princesa Isabel contase un año menos que el Delfín, aventajábale en desarrollo físico. Su nacimiento había motivado una alegría privada y un regocijo público, pues en el instante de venir al mundo firmábase la paz entre los reyes Francisco y Enrique VIII; y la que al casarse había de traer la paz con España, traía al nacer la paz con Inglaterra. Amábala en tanto alto grado su padre Enrique II, así por su belleza como por su carácter, que habiendo enlazado antes que ella a su hermana menor Claudia con el duque de Lorena, contestó al que le advertía el perjuicio que esta unión ocasionaba a su hija mayor: “Isabel no es de las que se contentan con un ducado por dote. Necesita un reino, y no de los pequeños, sino de los mayores y más nobles, pues en todo es ella noble y grande”. Y tuvo el prometido reino, y con él la desgracia y la muerte.

—¡Ay! No esperaba mejor suerte a la hermosa María que iba a la izquierda del Delfín, su novio; hay infortunios tan pregonados por la parlera fama que han hallado eco en todo el mundo, y después de atraer sobre sus víctimas las miradas de los contemporáneos, siempre que se pronuncian sus nombres atraen asimismo las de la posteridad. Tales son las desgracias un tanto merecidas de la bella María, desdichas tan crueles y terribles, que hasta los crímenes de la culpable han desaparecido ante el rigor del castigo.

Entonces la joven reina de Escocia seguía jovialmente la carrera de su vida amargada al principio por la muerte de su padre el caballero Jacobo V, en tanto su madre ceñía aquella corona de espinas que, según las últimas de su padre, *por hija había venido, por hija debía irse.* En 20 de agosto de 1548 había llegado a Morlaix pisando por primera vez el suelo francés, donde pasó sus más dichosos días con aquella guirnalda de rosas escocesas denominadas las cuatro Marías, de igual edad, del mismo mes y año que ella: María Flemming, María Seaton, María Livingston y María Beaton.

Era en aquel tiempo una niña lindísima, y creciendo poco a poco llegó a ser una encantadora joven. Sus tíos los Guisa creían ver en ella la realización de sus grandes y ambiciosos proyectos, y no contentos con extender su dominación en Francia, dilatábanla con María hasta Escocia y quizá asimismo hasta Inglaterra, por cuyo motivo le rendían verdadero culto; así es que el cardenal de Lorena escribía a su hermana María de Guisa: “Vuestra hija ha crecido y crece cada día en bondad, belleza y virtud. El rey pasa el tiempo platicando con ella, y María sabe entretenerle con buenas y discretas razones, como si fuese una mujer de veinticinco años.”

Por lo demás, era el pimpollo de aquella ardiente rosa que debía abrirse al amor y a la voluptuosidad. No sabiendo hacer nada de lo que no le agradaba, entregábase con pasión a cuanto la complacía: bailaba hasta no poder más, cabalgaba a escape hasta rendir al más brioso corcel, y concurría a los conciertos musicales para sentir emociones eléctricas. Deslumbrante de pedrerías y adorada entre caricias y alabanzas, era a los trece años una de las maravillas de la corte de los Valois, tan rica de maravillas.

Catalina de Médicis exclamaba: Una sola sonrisa de nuestra reina escocesa basta para enloquecer a todos los franceses.

Ronsard escribía:

Entre azucenas nacida,
Galas de la primavera,
En blancura las supera
Su admirable cuerpo en flor,
Y las rosas, que con sangre
De Adonis se purpuraron

Vencidas se confesaron
Ante su hermoso color.

Prestóle amor de sus ojos
Las hechiceras miradas.
Y las gracias afamadas,
Hijas del cielo las tres,
Con sus dotes más excelsas
A esta princesa adornaron
Y el olimpo abandonaron
Para servirla a sus pies.

La augusta niña comprendió la fineza de esas peregrinas alabanzas: hablaba el griego, el latín, el italiano, el inglés, el español y el francés; en tanto la poesía y la ciencia tejíanle una corona, las demás artes reclamaban su protección y estímulo. Cuando iba con la corte a los reales sitios, discurriendo de San Germán a Chambord, a Fontainebleau y al Louvre, florecía entre los techos del Primaticio, los cuadros del Ticiano, los frescos del Rosso, las obras maestras de Leonardo de Vinci, las estatuas de Germán Pilón, las esculturas de Juan Goujón, los monumentos, pórticos y capillas de Filiberto de Lorme; de forma que al verla tan poética, tan gentil y perfecta entre aquellos prodigios del genio, cualquiera creería contemplar una metamorfosis como la de Galatea, alguna Venus arrancada de su cuadro o alguna Hebe descendida de su pedestal.

Y pues que carecemos de la paleta del pintor, pasemos a dar con la pluma del novelista una idea de tan peregrina belleza.

Frisaba María Estuardo en los catorce años, según hemos dicho, en su anterciopelada tez brillaban la blancura de la azucena y el color de la rosa, en su ancha y abultada frente semejaba residir una dignidad altiva y llena a la vez de mansedumbre, inteligencia y audacia: conocíase que la voluntad restringida por aquella frente y enderezada al amor y al placer, traspasaría la valla de las pasiones comunes y, en caso preciso, la del crimen, para satisfacer sus voluptuosos y despóticos instintos; su elegante y fina nariz era aguileña como las de los Guisas; sus orejas semejaban conchas de nácar esmaltadas de rosa; sus pardos ojos, de color entre castaño y morado, brillaban húmedos y centelleantes bajo sus graciosísimas pestañas; su hermosa boca de labios purpurinos, al sonreír, derramaba en torno la alegría y, por último, su perfecto cuello nada tenía que envidiar al del cisne.

Tal era la que Ronsard y Bellay denominaban su *Décima musa*, tal la cabeza que treinta y un años más adelante debía caer en Fotheringay bajo el hacha del verdugo de Isabel. ¡Ay! Si cuando introducíase aquella brillante cabalgata en la frondosa alameda del parque de San Germán, un mágico hubiese predicho a la muchedumbre que la admiraba la suerte reservada a aquellos reyes, príncipes, damas y caballeros, ¿qué plebeyo, qué rústico hubiera querido cambiar su destino con el de aquellos gallardos señores con jubones de seda y terciopelo, o de aquellas gentiles señoras con corpiños bordados de perlas y zagalejos de brocado de oro?

Dejémosles bajo las umbrías bóvedas de los castaños y hayas, y regresenmos al palacio de San Germán, donde se quedó Catalina de Médicis pretextando una ligera indisposición.

XVIII
LA CACERIA REAL

Apenas desaparecieron los últimos pajes y escuderos de la comitiva en los espesos setos que entonces circuían el parque de San Germán, cuando Catalina alejóse del balcón con Carlos y Enrique, y confiado el primogénito a su preceptor y el menor a sus damas, quedóse con la tierna Margarita, muy pequeñita todavía para que se hiciera cargo de lo que ver y escuchar podía.

Acababa de despedir a sus dos hijos, cuando llegó su ayuda de cámara de confianza anunciándole que las dos personas a quienes aguardaba esperaban sus órdenes en su gabinete. Levantóse al punto la reina, y después de dudar un momento tomó la mano de Margarita y dirigióse a su cámara, juzgando sin duda poco peligrosa la presencia de la niña.

Era a la sazón Catalina de Médicis una matrona de treinta y ocho años, de gentil y majestuosa presencia, rostro agradable, bellísima garganta y hermosas manos: sus negros ojos estaban casi siempre medio velados, menos cuando quería sondear el corazón de sus adversarios, pues en tales circunstancias tenía su vista el doble brillo y la doble agudeza de dos espadas hundidas en un mismo pecho, donde, por decirlo así, quedaban sepultadas hasta haber explorado sus más ocultos pliegues.

Había sufrido mucho y sonreído suficiente para disimular sus penas, sobre todo durante los diez primeros, años de su unión, que fueron estériles, y en los que distintas veces se habló de repudiarla y casar al Delfín con otra. Protegióla el amor de éste, que luchó tenazmente con la razón de Estado, la más terrible e inexorable, hasta que a los once años de matrimonio (1544) Catalina dio a luz al príncipe Francisco. Nueve contaban ya las relaciones con su esposo con Diana de Poitiers, y si desde el comienzo de su casamiento la reina hubiese sido madre feliz y fecunda, tal vez como esposa y reina hubiera luchado con la bella duquesa, más su esterilidad la posponía a una manceba, y en lugar de luchar Catalina inclinó la frente, captándose con su humildad la protección de su rival.

Además, aquellos bizarros guerreros que no apreciaban la nobleza sino cuando era una flor regada con sangre y cogida en el campo de batalla, tenían en poco el linaje mercantil de los Médicis, burlándose del apellido y de las armas: sus predecesores eran médicos, *medici*, y sus armas no eran balas de cañón, como decían, sino píldoras. Hasta María Estuardo, que acariciaba con su linda mano infantil a la duquesa de Valeatinois, cambiábala en garra para arañar a Catalina, y decía al condestable de Montmorency: "Veníos con nosotros a ver a la mercadera florentina."

Devoraba Catalina esos ultrajes y aguardaba. ¿Qué? Ni ella misma lo sabía ciertamente, pues Enrique II, su real esposo, la igualaba en edad, y su salud le aseguraba largos días de vida, más no importa, ella esperaba con la tenacidad del genio que, conociendo y aquilatando su propio valor, comprende que nada inútil sale de manos del Creador, y que no ha de faltarle un brillante porvenir. Entonces se alió con los Guisas.

Enrique con su débil carácter, jamás sabía ser único soberano y señor, ya lo era con el condestable, y los Guisas quedaban olvidados; ya con los Guisas, y el condestable caía en disfavor. Así es que al rey Enrique II le compusieron la siguiente cuarteta:

Sire, si vous laissez, comme Charles désire,
Comme Diane veut, par trop vous gouverner,
Fondre, pétrir, mollir, retondre, retourner,
Sire, vous n'etes plus, vous n'etes plus que *cire* [1] .

[1] "Señor, si como desea Carlos y quiere Diana, dejáis que os gobiernen, que os derritan y amasen, y soben, y tundan y revuelvan; señor, ya no sóis más que cera." Hemos copiado la cuarteta francesa porque su picante gracia estriba en los términos sire (señor) y cine (cera), cuya pronunciación es idéntica.

Ya se sabe quién era Diana; respecto a Carlos, era el cardenal de Lorena. Por lo demás, ¡qué noble y arrogante familia la de los Guisas! Un día que el duque Claudio fue al Louvre con sus hijos para ofrecer sus respetos a Francisco I, díjole este Soberano:

––Gran dicha conseguís, primo mío, cuando antes de morir renacéis en tan hermosa y rica posteridad.

Efectivamente, el duque Claudio dejó la familia más rica, más hábil y ambiciosa del reino, pues aquellos seis hermanos juntos tenían una renta de ochocientas mil libras, o sea más de cuatro millones de francos.

Al primogénito le denominaban el Duque Francisco, el Duque Balafré *(Acuchillado)*, el gran duque de Guisa, quien ocupaba en la Corte una posición casi de príncipe real: poseía capellán, tesorero, ocho secretarios, veinte pajes, ochenta empleados o sirvientes, una jauría cuyos perros sólo cedían la palma a la raza gris del rey, llamada casta real; caballerizas llenas de corceles árabes procedentes de África, Turquía y España; alcándaras bien llenas de gerifaltes y halcones de gran precio, regalados al duque por Solimán y todos los príncipes infieles, a cuyos países arribara su alta nombradía. El rey de Navarra le escribía para participarle el nacimiento de su hijo, que después fue Enrique IV; y el mismo condestable de Montmorency, el barón más soberbio de su tiempo, le escribía comenzando la carta con: *Monseñor*, y terminándola con:

Vuestro humildísimo y obediente servidor; y él respondía: *Señor condestable vuestro muy buen amigo*; lo cual no era verdad, puesto que las casas de Guisa y Montmorency estaban en continua guerra.

Quien no ha leído las crónicas de la época, ya descritas por la aristocrática pluma del señor Brantôme, ya relatadas, hora por hora, en el diario del escribano de cámara Pedro de l'Estoile, no pudo formarse una idea de aquella privilegiada y trágica estirpe, fuerte en la calle como en el campo de batalla, oída así en las plazas públicas como en los gabinetes de Louvre, de Windsor o del Vaticano, cuando por boca del duque Francisco hablaba; y quien mire en el Museo de Artillería la coraza que el primogénito de los Guisas llevaba en el sitio de Metz, observará las huellas de cinco balazos, tres de los cuales hubieran sido mortales a no dar en el muro de acero.

Más conocido y más popular que el rey, cuando recorría las calles de la capital montado en *Flor de Lis o* Carnero, sus caballos favoritos, con jubón y calzones de seda carmesí, capa de terciopelo, pluma encarnada

en la toca, con una escolta de cuatrocientos nobles, salíanle alborozados al paso todos los habitantes de París, unos desgajando ramas de árboles, otros cogiendo flores y tiraban ramas y flores a los pies de su caballo, gritando: "¡Viva nuestro Duque!".

Y levantándose sobre los estribos como en los días de batalla para distinguir más lejos y atraerse los golpes o inclinándose a la derecha y a la izquierda, ora para saludar cortésmente a las mujeres, a los hombres y a los ancianos, ora para dirigir una sonrisa a las jóvenes y una caricia a los niños, si no era el monarca de Louvre, de San Germán o de Fontainebleau; era el verdadero rey de las calles, plazas y mercados, pues reinaba en los corazones.

Así es que poco tiempo después del tratado de Vocelle, cuando con motivo de una contienda particular con los Colonnas, que esperanzados en la ayuda de Felipe II volvieran sus armas contra la Santa Sede, declaró Paulo IV destituido del trono de Nápoles al rey de España para ofrecerlo a Enrique II, exponiéndose éste a infringir la tregua que tanto necesitaba Francia, no vaciló en conferir al duque Francisco de Guisa el mando del ejército que a Italia mandaba.

Verdad es que en esa ocasión Guisa y Montmorency se hallaban de acuerdo por primera vez, pues cuando Francisco de Guisa no hallábase en Francia, Ana de Montmorency era el primer personaje del reino, y mientras el capitán procuraba realizar sus proyectos de gloria allende los Alpes, creyéndose él un gran político, se esforzaba para llevar a término sus ambiciosos planes, entre los cuales descollaba por lo pronto el de casar a su hijo con Diana, hija legítima de la duquesa de Valentinois y viuda del duque de Castro, de la casa de Farnesio, muerto en el asalto de Hesdin. Por consiguiente, el duque Francisco de Guisa encontrábase en Roma guerreando con el duque de Alba.

Después del duque Francisco venía el cardenal de Lorena, gran señor eclesiástico a quien Pío V denominaba el Papa de allende los Alpes, y que, según dice el autor de la "Historia de María Estuardo", era un negociador de dos filos. Altanero como un Guisa y astuto como un italiano, más adelante debía concebir y efectuar la grande idea de la *Liga,* que hizo subir paso a paso a su sobrino las gradas del trono, hasta que tío y sobrino fueron heridos por la espada de los Cuarenta y Cinco.

Cuando los seis Guisas encontrábanse en la corte, los cuatro menores, que eran el duque de Aumale, el Gran Prior, el marqués de Elbeuf y el cardenal de Guisa, iban todas las mañanas a saludar al cardenal Carlos, pasando luego los cinco a las habitaciones del duque Francisco, quien los llevaba al palacio real.

Ambos encontrábanse preparados para el porvenir, el uno como guerrero y el otro como eclesiástico: el duque Francisco dominando en el ánimo del rey, y el cardenal Carlos en el corazón de la reina.

Tocante a los cuatro príncipes de la casa de Guisa, que apenas figuran en esta historia, como su retrato nos llevaría demasiado lejos, nos atendremos a los que del duque Francisco y del cardenal Carlos hemos trazado, siquiera sean insuficientes. Este cardenal Carlos era el que aguardaba a Catalina de Médicis en su gabinete.

Con él estaba un mozo de veinticinco o veintiséis años, que llevaba un elegante traje de camino, y al divisarle exclamó la reina:

––¿Sois vos, señor de Nemours? ¿Qué nuevas traéis de Italia?

––Malas, señora —respondió el cardenal mientras que el duque saludaba a la reina.

––¡Malas! ¿Ha sido derrotado nuestro primo el duque de Guisa? ––preguntó Catalina. No me digáis que sí, porque os contestaré que no, pues hallo imposible tal cosa.

––No, señora, el señor de Guisa no ha sido derrotado, ––pues, como decís, es cosa imposible; pero, vendido por los Caraffas y abandonado por el Papa, hame mandado al rey rara decirle que siendo insostenible la posición para su gloria y la de Francia, el duque pide refuerzos o su llamamiento.

––Y según lo concertado, señora ––dijo el cardenal––, os he traído, desde luego, al señor de Nemours.

––Llamar al señor de Guisa ––repuso Catalina— es lo mismo que si el rey de Francia renunciara al reino de Nápoles y yo al ducado de Toscana.

––Es cierto ––dijo el cardenal––, más advertid señora, que no podemos tardar en tener la guerra en Francia, y que entonces la cuestión cambiará de aspecto, por cuanto en vez de pensar en la reconquista de Nápoles y Florencia, será necesario proteger a París.

–– ¡Cómo! Os chanceáis, señor cardenal, paréceme que Francia puede defender a Francia, y que París se protege por sí mismo.

––Temo que os equivoquéis, señora; confiando en la tregua, nuestras mejores tropas pasaron a Italia con mi hermano, y seguramente que sin la conducta ambigua del cardenal Caraffa y, sin la traición del duque de Parma, quien olvidó lo que al rey de Francia debía para cambiarse al partido del emperador, hubiéramos preservado de un ataque los progresos que habíamos obtenido por la parte de Nápoles y la precisión que Felipe II habría tenido de mandar gente al auxilio de aquella capital, más ahora que el rey de España está

seguro de tenernos a raya con las huestes de que en Italia dispone, volverá los ojos a Francia para aprovecharse de su debilidad, y eso sin contar que el sobrino del señor condestable acaba de hacer un destino que dará visos de justicia a ese rompimiento de las treguas por Felipe II.

––¿Os referís a su empresa contra Doúai?––preguntó Catalina.

––Sí señora.

––Oíd ––continuó la reina––, ya sabéis que no aprecio más que a vos al almirante, y por lo tanto, lejos de oponerme a que le confundáis, os ayudaré con todas mis fuerzas.

––Mientras tanto, ¿qué resolvéis? ––preguntó el cardenal. Hablad sin rebozo delante del señor de Nemours, quien, aunque saboyano y primo del príncipe Manuel Filiberto, es muy amigo nuestro.

––Disponed vos mismo, cardenal —respondió Catalina mirando con intención al prelado––mujer soy, y muy débil de entendimiento para la política.

Entendió el cardenal la mirada de la reina, para quien no había amigos, sino cómplices.

––No obstante ––dijo Carlos de Guisa––, dad vuestro parecer, señora, y me atreveré a impugnarlo si está en contradicción con el mío.

––Pues bien, soy de parecer que el rey, como jefe único del Estado, es el primero que debe recibir aviso de las cosas importantes. Opino, pues, que si el señor duque no se encuentra muy cansado, debe montar a caballo y correr en busca del rey, doquiera que se encuentre, para comunicarle antes que a nadie las noticias que merced a vuestra benevolencia, cardenal amigo, he sabido antes que él con gran sentimiento mío.

Dirigidse el cardenal al duque como para interrogarle, y éste dijo inclinándose:

––Nunca estoy cansado, monseñor, cuando se trata del servicio del rey.

Siendo así, voy a ordenar que os den un caballo, y por lo que acontecer pudiere, a prevenir al secretario que habrá consejo cuando el rey vuelva de caza. Venid, señor de Nemours.

Saludó el joven duque a la reina, y disponíase a seguir al cardenal de Lorena, cuando Catalina tocó suavemente el brazo de éste último.

––Id delante, señor de Nemours ––dijo Carlos de Guisa.

––Monseñor...

––Os lo suplico.

––Y yo os lo ordeno, señor duque —exclamó la reina tendiéndole su hermosa mano.

Entendiendo el noble mozo que Catalina tenía que comunicar algo más al cardenal, besó la mano de la reina y salió soltando con intención la colgadura.

––¿Qué deseábais decirme reina querida? ––interrogó Carlos.

––Quería deciros ––respondió Catalina––, que el buen rey Luis XI, quien dio a nuestro abuelo el permiso de poner tres flores de lis en nuestras armas en cambio de quinientos mil escudos que le había prestado, repetía frecuentemente: “Si mi gorro de dormir supiera mi secreto, quemaría mi gorro de dormir”. Meditad esa máxima del buen rey Luis XI, cardenal amigo, vos que sois confiado sobradamente.

Sonríose Carlos de Guisa al oír el consejo; él que pasaba por el político más desconfiado de la época, hallaba una desconfianza mayor que la suya en la florentina Catalina de Médicis.

Traspuso a su vez el cardenal la colgadura y distinguió al discreto mancebo que a fin de que no le tildaran de curioso aguardaba en el corredor a conveniente distancia, descendieron al patio, y dada orden por Carlos de enjaezar al momento un caballo, a los cinco minutos montó Nemours con la gracia de un jinete consumado, marchando al galope por la grande alameda del parque.

Cuando el cardenal hubo perdido de vista caballo y jinete, ascendió a las habitaciones de Catalina de Médicis, que le estaba esperando.

Habiendo interrogado el joven por la dirección de la cacería, dijéronle que habían debido atacar al jabalí cerca del camino de Poissy, y dirigióse hacia este lado esperando que el eco del cuerno le guiaría al punto donde se hallara el monarca, pero en los alrededores de aquel camino no vio ni oyó cosa alguna. Dirigiéndose inmediatamente hacia Conflans, al cruzar un sendero divisó en una encrucijada cercana a un jinete que se enderezaba sobre los estribos para ver más lejos, llevando la mano al oído en ademán de escuchar. Indudablemente era un cazador que trataba de orientarse. Salióle al encuentro el de Nemours, y creyendo aquél que era alguien que quizá le sacaría de dudas, adelantó asimismo algunos pasos, más en breve espolearon ambos a un tiempo dos caballos, pues acababan de reconocerse, el cazador extraviado era el capitán de la Guardia Escocesa.

Saludáronse los dos jinetes con la atenta afabilidad que distinguía a los jóvenes caballeros de aquellos tiempos, pues si el duque de Nemours pertenecía a una familia de príncipes, en cambio el conde de Montgomery era de la más antigua nobleza normanda y descendía de aquel Roger de Montgomery que acompañó a Guillermo el Bastardo en la conquista de Inglaterra.

En aquella época, y no lo decimos por la casa de Saboya, cuya antigüedad y nobleza superaban las de ciertas familias reales; en aquellos tiempos había en Francia algunos hombres antiguos que se creían iguales a los más ilustres y poderosos, a pesar de la inferioridad de los títulos que poseían, así es que había barones de Montmorency, señores de Rohan y de Coucy, y condes de Montgomery.

Como el duque de Nemours supusiera, Montgomery procuraba orientarse, y para ello el lugar era muy a propósito, pues la encrucijada dominaba desde una altura cinco o seis caminos por donde había forzosamente de pasar el jabalí perseguido. Por lo demás, hacía ya más de medio año que los dos mancebos no se habían visto, y tenían que preguntarse multitud de cosas importantes: Montgomery, acerca del ejército y de las brillantes empresas bélicas que naturalmente debían tentar al señor de Guisa; el otro, respecto de la corte de Francia y de las buenas aventuras que en ella debían acaecer.

Estaban en lo más animado de su interesante coloquio, cuando el conde puso la mano sobre el brazo del duque, creyendo escuchar los lejanos ladridos de la jauría. Escucharon ambos, y, en efecto, al extremo de una grande alameda vieron pasar como una exhalación un corpulento jabalí, casi mordiéndole el rabo los perros más fogosos, luego el grueso de la jauría, e inmediatamente los rezagados.

Tocó Montgomery el cuerno para avisar a los que como él pudieran haberse extraviado, cuyo número debía ser grande, pues sólo un hombre y dos mujeres seguían las huellas de la fiera, y aunque en el ardimiento con que el hombre espoleaba su caballo creyeron los dos oficiales reconocer al rey, hallábanse a mucha distancia para ver quiénes eran las dos atrevidas amazonas que tan de cerca le acompañaban.

El duque y el conde dirigiéronse a la alameda que, en vista de la dirección tomada por el jabalí, les permitía atajar la caza en ángulo recto.

La fiera corrida era un jabalí que saliera con la impetuosidad que caracteriza a los animales viejos, huyendo hacia Conflans, y después de atacarle junto al camino de Poissy, tocó Enrique batida y siguióle la pista, lanzándose tras él toda la corte, más los jabalíes son malos cortesanos, y en vez de entrar la res en los caminos y arboledas, metióse en los sotos más poblados y en la maleza más cerrada, de lo cual resultó que al poco tiempo no quedaron, detrás del rey, sino su hermana Margarita, Diana de Poitiers, María Estuardo y los más briosos jinetes.

No obstante el denuedo de tan ilustres cazadores, pronto perdieron de vista al jabalí y los perros, por la escabrosidad del terreno, la espesura del bosque, que precisaba a los jinetes a dar rodeos, y la altura de los matorrales, que no podían saltarse; sin embargo, al extremo del bosque la fiera tuvo que retroceder al llegar a la cerca.

Confiado el rey en su raza de perros grises, hizo alto para que se le reunieran algunos cazadores, oyendo seguidamente ladridos y viendo al jabalí que a lo lejos pasaba, abalanzóse en su seguimiento con el cuerno en los labios como un sencillo montero y como la parte a donde se dirigía era menos poblada que la otra, Enrique pudo perseguirlo con probabilidades de buen éxito.

Sucedió, sin embargo, lo que ya había acontecido diez minutos antes; cada cual se portó según su brío y su valor, a bien que en aquella corte de gallardos mancebos y gentiles damas, muchos quizá se rezagaban sin que a ello les obligara la pereza de los caballos, la espesura de la selva, o las escabrosidades del terreno, como claramente lo probaban los grupos parados en las esquinas de las alamedas o en las encrucijadas, donde se trataban animados coloquios sin escuchar los ladridos de la jauría ni el cuerno de las monteros.

Por eso cuando el jabalí atravesó a la vista de Montgomery y de Nemours, le seguían un jinete y dos señoras. Era efectivamente el rey, que con su acostumbrado ardor quería presenciar antes que nadie la defensa de la res, cuando ésta hiciese frente a los perros, arrimada de espaldas a un árbol, mata o peña. Las dos amazones eran la señora de Valentinois y la reina María Estuardo, aquella la mejor y ésta la más atrevida amazona de la corte.

Aunque el jabalí comenzaba a cansarse, continuó huyendo de los perros por espacio de otro cuarto de hora, y resuelto, por fin, a morir con gloria, con toda la gloria de que es capaz un jabalí, arrimóse al tronco de un árbol gruñendo y dando mandíbula con mandíbula.

Echósele encima la jauría indicando con sus ladridos que el animal se defendería, y oyóse luego el cuerno del rey, que sin cesar de tocar buscaba con la vista a su ballestero, y habiéndose adelantado gran trecho a los más osados monteros, incluso los que tenían el deber de no dejarle nunca, sólo vio a Diana y a María Estuardo que acudían a galope tendido. Ningún rizo de la caballera de la bella duquesa de Valentinois hallábase descompuesto, y su tocado de terciopelo estaba prendido con tanta firmeza como antes de principiar la cacería. Tocante a la tierna reina, había perdido velo y toca, y así su hermosa cabellera, suelta al viento, como sus encendidas mejillas, demostraban lo arrebatado de su carrera.

A los prolongados sonidos del cuerno del rey acudió el ballestero con un arcabuz en la mano y otro en el arzón, y en pos veíanse resplandecer en la espesura los bordados y los vivos colores de los jubones y herreruelos de los cazadores que por doquier presentándose iban.

La fiera hacía cuanto podía, defendiéndose a colmilladas de los sesenta perros que le atacaban, y aunque mortalmente heridos, eran de tan noble raza los grises del rey, como los denominaban, que volvían con más saña a la lucha, y los heridos sólo se conocían en las manchas de sangre que jaspeaban aquella movediza alfombra.

Conociendo Enrique que era llegado el momento de poner término a la carnicería si no quería perder sus mejores perros, tiró el cuerno y tomó de manos del ballestero el arcabuz preparado; era tan hábil cazador, que donde ponía el ojo metía la bala, así es que la res recibió el tiro en la cabeza, pero, habiendo hecho un movimiento en el instante del disparo, la bala le rozó la frente y fue a matar un perro, dejando entre el ojo y la oreja del jabalí un surco de sangre.

Asombrado quedó el monarca de no haber muerto al animal, y pidió otro arcabuz, más antes de poder apuntarle, no queriendo indudablemente el jabalí recibir otro balazo, y desembarazándose con violencia de los perros que le acosaban, abrió en la jauría un sangriento boquete, y cual un rayo cruzó por entre las piernas del caballo del rey, el cual, después de encabritarse arrojando un doloroso relincho, enseñó las entrañas por el rasgado vientre, y cayó inmediatamente con el rey debajo.

Tan instantánea había sido la acometida de la fiera, que ninguno de los espectadores pudo ni aún pensar en atajarla, y el jabalí iba a echarse sobre Enrique sin dejarle tiempo para echar mano al cuchillo de monte. Abría ya el monarca los labios para implorar auxilio, pues tenía a corta distancia del pecho la cabeza del jabalí con sus encendidos ojos, su sangrienta boca y sus acerados colmillos, cuando repentinamente le dijeron al oído:

––No os mováis, señor, que yo respondo de todo.

Luego sintió que le levantaban el brazo, viendo cruzar como una centella una ancha y aguda hoja que se clavó hasta el puño en el ijar del jabalí, mientras que dos robustos brazos apartaban a Enrique, no dejando expuesto al furor de la moribunda res sino al adversario que la hiriera. El que separaba al rey era el duque de Nemours, y el que con una rodilla en el suelo y alargando el brazo había herido a la fiera, el conde de Montgomery.

Secó éste la espada en el verde y espeso césped, envainóle, y acercándose a Enrique cual si no hubiera ocurrido ningún lance extraordinario, díjole:

––Señor, tengo la honra de presentar al rey el señor duque de Nemours, que trae nuevas del señor duque de Guisa y del valiente ejército de Italia.

XIX
CONDESTABLE Y CARDENAL

Habían transcurrido dos horas desde la escena que acabamos de relatar, calmada la emoción particular u oficial de los asistentes, felicitados Gabriel de Lorges, conde de Montgomery y Santiago de Saboya, duque de Nemours, salvadores del monarca, por la valentía y destreza que en aquella ocasión demostraron, y dada en el gran patio la comida a los perros en presencia de los reyes y de todos los caballeros y damas que en San Germán encontrábanse. Enrique II entraba con risueño semblante en su gabinete, donde, con sus consejeros ordinarios, le aguardaban el cardenal y el condestable de Montmorency.

Dos o tres veces hemos nombrado al condestable de Montmorency sin que con él hayamos hecho lo que con dos demás héroes de esta historia, sacándole del sepulcro para presentarle al lector, cual el preclaro condestable de Borbón a quien sus soldados condujeron después de su muerte a casa de un pintor para que le retratase de cuerpo entero y armado como si aún viviera.

Era entonces Ana de Montmorency el jefe de aquella antigua familia de barones cristianos, o barones de Francia, según se intitulaban, descendiente de Bouchard de Montmorency, la cual suministraba condestables al reino.

Este personaje llamábase y calificábase Ana de Montmorency, duque, par, mariscal, gran maestre, condestable y primer barón de Francia, caballero de San Miguel y de la Jarratiera capitán de cien hombres de las ordenanzas del rey, gobernador y lugarteniente general del Languedoc, conde de Beaumont, Dammartin, La Fère–en–Tardenois y Chateaubriand, vizconde de Melun y Montreuil, barón de Amvelle, Préaux, Montbron, Offremont, Mello, Chateau-Neuf, la Rochepot, Dangu, Méru, Thoré, Savoisy, Gourville, Derval, Chanteaux, Rougé y Aspremont; señor de Ecouen, Chantilly, Ile Adam, Conflans–Sainte–Honorine, Nogent, Valmondois, Compiegne, Gandelu, Marigny y Tousote, de cuya nomenclatura de títulos se comprende que el rey podía ser rey en París, pero Montmorency era duque, conde, barón y señor en todos

prende que el rey podía ser rey en París, pero Montmorency era duque, conde, barón y señor en todos sus alrededores, de manera que el dominio monárquico estaba al parecer aprisionado en los ducados, condados, baronías y señoríos del condestable.

Nacido en 1493, era un anciano de sesenta y cuatro años, que si bien representaba su edad, poseía el brío y robustez de un hombre de treinta, violento y brutal, tenía todas las toscas cualidades del soldado; el valor ciego, la ignorancia del peligro, el desprecio de la fatiga, del hambre y de la sed. Soberbio y vanidoso en demasía, creíase superior a todos menos al duque de Guisa, en quien respetaba tan sólo al príncipe de Lorena, pues como general y jefe de expedición, suponíase de más valía que el defensor de Metz y el vencedor de Renty. Para él Enrique II era el *pequeño amo,* Francisco I había sido el *grande amo,* y no quería reconocer otro, cortesano extraño y ambicioso obstinado, medraba en riquezas y honores, consiguiendo a fuerza de regaños y brutalidades lo que otro hubiera conseguido a copia de manejos y lisonjas.

Sin embargo, en balde se hubiera afanado a no ayudarle Diana de Valentinois, quien con melifluo acento, encantadoras miradas y hechicero semblante, componía todo lo que había desbaratado el eterno enojo del noble veterano. Habíase hallado ya en cuatro grandes batallas, portándose en todas como esforzado guerrero, ya que no como entendido general, estas cuatro batallas eran la de Rávena, en la que a los dieciocho años seguía por gusto el denominado estandarte general, que sólo era el guión de los voluntarios, la de Marignan, en la que mandaba una compañía de cien hombres, y hubiera podido congratularse de haber descargado los más recios golpes, a no tener a su lado y frecuentemente delante a su grande amo Francisco I, aquel gigante centenario que habría conquistado el mundo si esta conquista hubiese sido para el que daba los mayores y más numerosos golpes, como en aquella época se decía, la de la Bicoca, en la que era coronel de los suizos y combatió pica en mano, quedando por muerto en el campo de batalla y, últimamente, la de Pavía, siendo entonces mariscal de Francia por muerte de su cuñado el señor de Chatillon, no sospechando que al día siguiente había de darse la batalla, partió de noche para practicar un reconocimiento, más al escuchar retumbar el cañón retrocedió, y entrándose en lo más reñido de la pelea, fue cogido *como los demás*, dice Brantôme, y, efectivamente, en aquella fatal Pavía todos fueron presos, incluso Francisco I. Muy al contrario del señor de Guisa, que sentía grandes simpatías por el pueblo y los togados, el condestable aborrecía a los paisanos y execraba a los golillas, y en ninguna circunstancia dejaba de tratar con aspereza a unos y otros. Así es que en un día muy caluroso, habiendo ido un presidente a hablarle de su cargo, el señor de Montmorency le recibió gorro en mano diciéndole:

––Ea, señor presidente, desembuchad lo que tenéis que contarme y cubríos.

Creyendo el presidente que el condestable se había destocado por consideración a su persona, contestóle:

––No me cubriré, caballero, hasta que vos lo hayáis hecho.

––No seáis tan botarete, caballero —exclamó el condestable–– ¿creéis, por ventura, que estoy descubierto por vos? No, sino por comodidad, amigo, pues el calor me sofoca. Hablad, que os oigo.

Y viendo que el aturdido presidente no acertaba a despegar los labios, continuó:

––Sois un mentecato, señor presidente, idos a vuestra casa, estudiad la lección, y cuando la conozcáis venid a verme.

Y volvióle las espaldas.

Habiéndose rebelado los habitantes de Burdeos, mataron a su gobernador, y el condestable fue enviado contra ellos, temerosos de las represalias, fuéronle al encuentro a dos jornadas de distancia, y al presentarle las llaves de la ciudad, díjoles:

––Idos, señores de Burdeos, idos con vuestras llaves, que para nada las quiero. Mirad ––prosiguió mostrándoles su artillería––, éstas sí que son excelentes llaves, ya os enseñaré yo a rebelaros contra el rey y a asesinar a su gobernador y lugarteniente. Sabed que ordenaré ahorcaros a todos.

Y cumplió su palabra.

Habiendo ido a saludarle en Burdeos el señor Strozzi, que en la víspera había maniobrado con su cuerpo en presencia del condestable, díjole éste tan pronto le vio:

Buenos días, Strozzi, ayer vuestros soldados se lucieron, y a fe que daba gusto verles. Decidles que hoy percibirán sus pagas.

––Gracias señor condestable ––respondió Strozzi––, alégrome infinito de que estéis contento de ellos, pues he de suplicaron una cosa de parte suya.

––¿Cuál?

––Como en esta ciudad cuesta la leña excesivamente cara y se arruinan por comprarla, atendido el frío que hace, os ruegan que les concedáis el buque que hay en la playa, que no vale nada y se llama *el Montreal*, para hacerlo astillas y calentarse.

––Concedido ––repuso el condestable––; háganlo pronto pedazos y caliéntense, que así me place.

Pero en tanto estaba comiendo se le presentaron los jurados de la ciudad y los consejeros del tribunal, sea que el señor Strozzi hubiese mirado mal, sea que se hubiese referido al dicho de los soldados, sea que no entendiese de buques viejos ni nuevos, aquel cuya destrucción solicitara encontrábase todavía servible por largo tiempo, así es que los dignos magistrados iban a exponer al condestable el perjuicio que resultaría de destrozar una excelente nave que únicamente había hecho dos o tres travesías y medía trescientas toneladas; más el condestable les interrumpió en su acostumbrado tono, exclamando:

––Ta, ta, ta... ¿quiénes sois vosotros, señores necios, para fiscalizar mis actos? Bonito soy yo para sufrir impertinencias, marchaos mucho con Dios, o por mi santiguada que mandaré arrasar vuestras casas en lugar de destrozar el buque. Ea, desalojad, y no volváis a meteros en camisa de once varas.

Aquel mismo día fue astillada la nave.

Desde la paz, el condestable desahogaba sus iras contra los ministros de la religión reformada, a quienes aborrecía. Una de sus diversiones consistía en ir a los templos de París y arrojarles de los púlpitos, y habiendo sabido un día que con autorización del rey celebraban consistorio, fue a Popincourt, entró en la reunión, derribó los púlpitos, destrozó los bancos y redújoles a cenizas, expedición que le valió el sobrenombre de capitán *Quemabancos.*

Tal era el hombre que al entrar en su gabinete encontró el rey Enrique II sentado enfrente del cardenal de Lorena, el caballero eclesiástico más cortés y el prelado político más hábil de su tiempo.

Concíbese la oposición que mutuamente se hacían estos dos genios tan contrarios, y la perturbación que al Estado debían acarrear estos dos ambiciosos rivales, tanto más cuando la familia de Montmorency era tan numerosa como la de Guisa, pues de su esposa, la señora de Saboya, hija de Renato, bastardo de Saboya, y gran maestre de Francia, había tenido el condestable cinco hijos: los señores de Montmorency, de Amvelle, de Merú, de Montbron y de Thoré; y cinco hijas, cuatro de las cuales casaron con los señores de La Trémcuille, de Surenne, de Ventadour y de Candale, y la otra, la más bella de todas, fue la abadesa de San Pedro de Reims. Por lo tanto, era menester dar buenas posiciones a esa rica prole, y el condestable era muy avaro para sobrellevar tal peso cuando podía echarlo sobre los hombros del monarca.

Al ver a Enrique todos se levantaron y descubrieron, y el rey saludó a Montmorency con amistoso y casi militar ademán, en tanto dirigía a Carlos de Lorena una preferente cortesía.

––Os hice llamar, señores ––exclamó––, porque he de consultaros sobre un importante asunto: el señor de Nemours ha llegado de Italia, donde los negocios van mal por la traición de nuestros aliados. Al principio todo marchaba muy bien, el señor Strozzi, se había apoderado de Ostia, en cuya ciudad tuvimos la desgracia de perder a Montluc, noble y valiente caballero por cuyo eterno descanso os pido que roguéis, señores; sabiendo luego el duque de Alba la cercana llegada de vuestro ilustre hermano, cardenal amigo, refirióse a Nápoles, y en consecuencia, nuestras tropas ocuparon todas las plazas circunvecinas de Roma. Efectivamente, después de atravesar sin obstáculo el Milanesado, avanzó el duque hacia Reggio, donde le esperaba su suegro el de Ferrara con seis mil infantes y ochocientos caballos; túvose allí un consejo entre el cardenal Caraffa y Juan de Lodéve, embajador del rey. Unos creían que debía empezarse por atacar a Crémona o Pavía, en tanto el mariscal de Brissac no dejaría en descanso a los enemigos, otros manifestaron que antes de tener tiempo para apoderarse de aquellas dos plazas, que en Italia son fuertes, el duque de Alba habría aumentado su ejército con gente de Toscana y del reino de Nápoles; de otro parecer era el cardenal de Caraffa, quien proponía entrar por la Marca de Ancona en la tierra de Labor, cuyas plazas, poco fuertes, se rendirían a la primera intimación, pero el duque de Ferrara opinaba, por su parte, que como la defensa de la Santa Sede era el principal objeto de la campaña, el de Guisa debía marchar a Roma prontamente.

Optó el duque de Guisa por este último partido, y queriendo llevarse los seis mil infantes y los ochocientos caballos del de Ferrara, éste no lo consintió, diciendo que de un instante a otro podía atacarle el gran duque Cosme de Médicis o el de Parma, que terminaba de declararse por España. Así pues, señores, vióse el de Guisa obligado a continuar el camino con las escasas fuerzas que le acompañaban, sin más esperanza que la de aumentarlas con las tropas que según decía el cardenal Caraffa estaban esperando en Bolonia, para incorporarse con el ejército francés, y llegado a Bolonia con el cardenal Neveu, inútilmente buscó el duque las tropas prometidas, pues no las había. Vuestro hermano, querido cardenal, quejóse con energía, y contestáronle que en la Marca de Ancona hallaría diez mil hombres reunidos de orden de Su Santidad, de manera que, fiado en esa promesa, continuó el duque adelantando por la Romaña; más no hallando allí ninguna fuerza, dejó nuestro ejército a las órdenes del duque de Aumale y dirigióse directamente a Roma, a fin de saber por el Papa mismo lo qué hacer pensaba.

Puesto entre la espada y la pared por el señor de Guisa, el Sumo Pontífice contestó que en efecto debía aprontar un contingente de veinticuatro mil hombres para esta guerra, pero que en este número contábanse

los gendarmes que guarnecen las fortalezas pontificias; y como éstas ascienden a dieciocho mil, el señor de Guisa comprendió que unicamente podía contar con los hombres que llevaba y debían bastarle, decía el Papa, puesto que hasta entonces los franceses sólo habían salido mal de su empresa sobre Nápoles porque tenían como enemigo al Padre Santo. Merced pues a la cooperación material y espiritual del Papa, los franceses ya no podían menos de salir triunfadores. Nunca duda el señor de Guisa de su fortuna, con tal que lleve la espada al cinto y acaudille algunos millares de valientes, y en eso se os asemeja, condestable amigo, prosiguió Enrique; asi es que aligeró la marcha de su ejército, y saliendo con el de Roma atacó la ciudad de Campli, tomóla por asalto, y hombres, mujeres y niños, todo lo pasó al filo de la espada.

Al escuchar el condestable la noticia de esa mortandad, dio por primera vez muestras de aprobación.

El cardenal permanecía impasible. De Campli —prosiguió el rey––, el duque fue a sitiar a Civitella, edificada a lo que parece en una escarpada colina y provista de buenas fortificaciones; empezando ya el ataque de la ciudadela, nuestro impaciente ejército quiso arrojarse al asalto antes de que la brecha fuese practicable, y como por desgracia el punto que intentaba forzar estaba por todos lados defendido de bastiones, resultó que nuestras tropas fueron rechazadas perdiendo doscientos muertos y trescientos heridos.

Dibujóse una sonrisa de júbilo en los labios del condestable: el invencible no había triunfado de una bicoca.

––En el ínterin ––continuó el monarca––, habiendo el duque de Alba reunido sus tropas en Chieti, corrió al auxilio de los sitiados con un ejército de tres mil españoles, seis mil alemanes, tres mil italianos y trescientos calabreses, fuerzas doblemente superiores a las del duque de Guisa, por cuya causa determina el duque levantar el sitio y aguardar al enemigo en campo abierto entre Ferino y Ascoli, aguardando que, seguro el duque de Alba de que correremos a nuestra perdición, prosiga sosteniendo la campaña y no acepte encuentro, combate ni batalla alguna, o las acepte en tales proporciones que no nos dejen la menor probabilidad de triunfo. En semejante situación, sin esperanza de obtener de nuestro aliado hombres ni dinero, el señor duque de Guisa me manda al de Nemours para pedirme un refuerzo considerable o licencia para salir de Italia. ¿Qué opináis, señores? ¿Debemos hacer el último esfuerzo mandando a nuestro muy amado duque de Guisa los hombres y el dinero de que tiene absoluta necesidad, o llamarle a nuestro lado y renunciar de este modo toda pretensión sobre ese hermoso reino de Nápoles, que fiado en la promesa de nuestro aliado, destinaba yo a mi hijo Carlos?

Hizo el condestable ademán de pedir la palabra, indicando no obstante que estaba pronto a ceder la prioridad al cardenal de Lorena, quien con un movimiento de cabeza dióle a entender que podía hablar, pues seguía la táctica de hacerlo siempre después de su adversario.

––Señor ––dijo Montmorency––, soy de parecer que no debemos abandonar un negocio con tanta felicidad comenzado, y que V. M, ha de hacer cuanto le sea dable para sostener en Italia su ejército y su general.

––¿Y vos, señor cardenal? ––preguntó el rey.

––Yo ––contestó Carlos de Lorena––, con perdón sea dicho del señor condestable, soy de opinión muy distinta.

––No lo extraño, señor cardenal ––replicó Montmorency con acritud––, sería la primera vez que estaríamos acordes. ¿Creéis, pues, que vuestro señor hermano debe regresar?

––Creo que su llamamiento sería una prudente medida política. ¿Ha de venir solo o con su ejército? ––interrogó el condestable.

––Con su ejército entero.

––¿Porqué? ¿Creéis que no pastan los muchos bandoleros que hay en los caminos? Pues yo tengo para mí que los hay a barba regada.

––Tal vez haya muchos bandoleros en los caminos, señor condestable, quizá los hay a barba regada, como decís, más lo que no hay a barba regada son valerosos guerreros y grandes capitanes.

––Haceos cuenta, señor cardenal, de que nos encontramos en plena paz y de que en plena paz sobran los conquistadores esclarecidos.

––Ruego a V. M. ––dijo el cardenal dirigiéndose al monarca––, que interrogue al señor condestable si cree formalmente en la duración de la paz.

––¿Que si creo? ¡Donosa pregunta!

––Pues bien, yo señor —continuó el cardenal––, no sólo no creo en ella, sino que además opino que si V. M. no quiere dejar al rey de España la gloria de atacarle, es necesario que se apresure a atacar al rey de España.

––¿A pesar de la tregua solemnemente jurada? ––exclamó Montmorency con tal vehemencia que habría hecho creer que hablaba de buena fe—: ¿olvidáis, señor cardenal, que los juramentos deben cumplirse, que

la palabra de los reyes debe ser más inviolable que ninguna otra, y que Francia ha sido siempre fiel y escrupulosa en este punto, hasta con los turcos y los sarracenos?

—Pues si así es —interrogó el cardenal—, ¿porqué vuestro sobrino el señor de Châtillon en vez de estarse quieto en su gobierno de Picardía ha intentado escalar Douai, cuya sorpresa le hubiera salido bien sino es por una vieja que por casualidad paseaba cerca del lugar donde fijaban las escalas y avisó a los centinelas?

—¡Porqué, porqué! —prorrumpió el condestable cayendo en el lazo—; yo os diré porqué mi sobrino lo ha hecho.

—Escuchemos —dijo el cardenal.

Y dirigiéndose al rey, añadió con marcada intención:

—Oíd, señor.

—¡Oh! S. M. lo sabe tan bien como yo, ¡pardiez! —exclamó el condestable—, pues, aunque aparentemente esté muy dado a sus amores, sabed, señor cardenal, que enteramos al rey de los asuntos del Estado.

—Escuchamos, señor condestable —repuso fríamente el cardenal—, ibais a decirnos la causa que podía motivar la empresa del señor almirante sobre Douai.

—¿La causa? Diez causas os diré y no una, ¡voto a bríos!

—Hablad, señor condestable.

—En primer lugar —prosiguió éste—, la tentativa del conde de Mégue, gobernador de Luxemburgo, que por conducto de su mayordomo, con ciel mil escudos en metálico y promesa de una pensión de igual cantidad, sobornó a tres soldados de la guarnición de Metz, los cuales debían entregar la ciudad.

—Que mi hermano con tanta gloria defendió. Es cierto —respondió el cardenal—, hemos oído hablar de esa tentativa que felizmente fracasó, tomó la de vuestro sobrino el almirante... Pero eso no es una excusa, y habéis prometido diez, señor condestable.

—¡Oh! Esperad, ¿no sabéis también, señor cardenal, que el mismo conde de Mégue sobomó a un soldado provenzal de la guarnición de Mariemburgo, quien por una crecida suma se comprometió a envenenar todos los pozos de la plaza, y que el conato se frustró por el temor de que un sólo hombre no bastaría para realizar el designio, y porque habiéndose dirigido a otros descubrieron éstos la trama? ¡Pardiez! no direis que sea incierto, señor cardenal, pues ordené enrodar al soldado.

—No sería ésa una razón que me convenciera del todo, puesto que en vuestra vida, señor condestable, habéis mandado enrodar y ahorcar a no pocos desgraciados que tengo por tan inocentes y tan mártires como los que perecieron en los circos de los Nerones, Cómodos y Domicianos.

—¡Diantre! señor cardenal, ¿negaréis quizá el proyecto del conde de Mégue sobre los pozos de Mariemburgo?

—Por el contrario, señor condestable, os aseguro que no lo dudo, pero habéis asegurado diez excusas para la empresa de vuestro sobrino, y no nos habéis dado más que dos.

Paciencia ¡pardiez! paciencia. ¿Desconocéis por ejemplo que el conde de Barlemont, intendente de Hacienda, urdió con dos soldados gascones, un complot por el cual éstos se comprometían, con la ayuda del capitán Véze, a entregar al rey de España la ciudad de Burdeos, con tal que les secundaran quinientos o seiscientos hombres? Atreveos a negar esa maquinación del rey católico, y os contestaré que uno de aquellos dos soldados, preso cerca de San Quintín por el gobernador de la plaza, confesó tanta verdad que hasta dijo haber recibido la prometida recompensa en presencia de Antonio Pierrenet, obispo de Arras. Negadlo, señor cardenal, vamos a ver, negadlo.

—Yo me guardaré muy bien —repuso el cardenal sonriéndose—, pues así es efectivamente la verdad, señor condestable, y no quiero ofender a Dios con semejante mentira, pero con ésa sólo son tres las infracciones al tratado de Vocelle por parte del rey de España, y nos habéis prometido diez.

—No os faltarán —repito—, y si es preciso llegarán a la docena. ¿Por ventura Santiago Laflèche, uno de los mejores arquitectos del rey Felipe II, no fue sorprendido en tanto sondeaba los vados del Oise, y conducido a la Fère, donde confesó que por disposición del duque Filiberto de Saboya el señor de Barlemont le entregó dinero para trazar planos de Montreuil, Reims, Doullens, San Quintín y Mezières, plazas de que quieren apoderarse los españoles para refrenar a Boloña y Ardres e impedir el abasto de Mariemburgo?

—Todo es completamente exacto, señor condestable, más no hemos llegado a diez.

—¡Pesía tal! ¿Necesitamos acaso llegar a diez para ver que verdaderamente los españoles han roto la tregua y que a mi sobrino el almirante le ha sobrado razón para la tentativa de Douai?

—Eso mismo es lo que yo deseaba que respondierais, señor condestable, y bástanme esas cuatro pruebas de que el rey Felipe II ha infringido la tregua. Rota pues, la tregua, no una sino cuatro veces, el rey de España ha faltado a su palabra rompiéndola, y el de Francia no faltará a la suya llamando de Italia sus tropas y su general y aprestándose para la guerra.

Mordióse el condestable el cano bigote al ver que su hábil adversario le había obligado a confesar justamente lo contrario de lo que quería decir.

Oyóse en esto sonar una corneta extranjera en el patio del palacio de San Germán, y dijo el monarca:

—¿Qué es eso? ¿Quién será el paje que tiene la maldita gracia de taladrarme los tímpanos con un toque inglés? Enteraos, señor de Laubepine, y dad una buena paliza a ese rapazuelo por su chistosa ocurrencia..

Salió Laubepine para cumplir el mandato del rey y a los cinco minutos volvió diciendo:

—Señor, no es paje, escudero ni montero quien ha tocado, sino un verdadero corneta inglés que acompaña a un mensajero de vuestra prima la reina María.

Apenas pronunciadas estas palabras, percibiéronse los sonidos de una corneta española.

—¡Oigan! —dijo el rey—; después de la mujer, el mando, a lo que parece.

Y con la majestad de que los antiguos reyes de Francia sabían revestirse cuando la ocasión lo requería, continuó:

—A la sala del trono, señores. Avisad a vuestros oficiales, en tanto yo aviso a la corte. Vengan a lo que vinieren, debemos dispensar honroso recibimiento a los enviados de nuestros primos Felipe y María.

XX
LA GUERRA

Como el doble toque de las cornetas inglesa y española había repercutido en todas las habitaciones de palacio cual un doble eco del Norte y del Mediodía, Enrique encontró casi prevenida la corte, y asomadas a las ventanas a todas las damas, que con marcada curiosidad a los dos heraldos miraban.

A la puerta del Consejo acercóse al condestable un joven oficial que le mandaba su sobrino el almirante. Creemos haber dicho ya que el almirante era gobernador de Picardía, y por lo tanto, en caso de invasión iba a verse expuesto, al primer ataque.

—¿Sois vos, Theligny?—interrogó Montmorency a media voz.

—El mismo, señor condestable –contestó el mozo.

—¿Traéisme noticias del almirante?

—Sí monseñor.

—¿No las habéis comunicado a nadie?

—Son para el rey, monseñor; pero el señor almirante me dijo que os las diera a vos primero.

—Está bien. Seguidme.

Y así como el cardenal de Lorena había ido con el duque de Nemours a ver a Catalina de Médicis, el condestable fue con Theligny a visitar a la duquesa de Valentinois, mientras que la corte se reunía en la cámara regia.

Al cabo de un cuarto de hora, sentado el rey con la reina a la derecha, los grandes empleados de la corona en las gradas del trono, y en derredor Margarita e Isabel de Francia, María Estuardo, la duquesa de Valentinois, las cuatro Marías, en fin, toda la brillante corte de los Valois, ordenó que introdujeran al heraldo inglés, quien con las armas de Inglaterra y Francia en la casaca, descubrióse a alguna distancia del trono, e hincando la rodilla, pronunció en alta voz lo siguiente:

"María, reina de Inglaterra, Irlanda y Francia, a Enrique, rey de Francia, ¡salud!"

"Por haber tenido relaciones y amistad con los protestantes ingleses, enemigos de nuestra persona, religión y Estado, y asegurádoles auxilio y protección contra las justas persecuciones sobre ellos efectuadas, nos, Guillermo Norry, heraldo de la corona de Inglaterra, te declaramos la guerra por tierra y por mar, y en prueba de desafío te arrojamos el guante de batalla." Y el heraldo tiró a los pies del monarca su férrea manopla, que sonó sordamente en el estrado.

—–Está bien —contestó el rey sin levantarse—, acepto la declaración de guerra, pero quiero que todo el mundo sepa que he obrado de buena fe en cuanto a vuestra reina, como así lo exigía la buena amistad que nos une, y puesto que viene a atacar a Francia en tan injusta causa, espero que Dios frustrará sus designios, como los de sus predecesores que a los míos atacaran. Por lo demás, hábloos con esta suavidad y cortesía porque os manda una reina, que a ser un rey, en otro tono os hablara.

Y dirigiéndose a María Estuardo le dijo:

—Hermosa reina de Escocia, como esta guerra no os interesa menos que a mí, tenéis sobre la corona de Inglaterra tantos o más derechos que nuestra hermana María sobre la de Francia, recoged os suplico ese guante y dad al bizarro sir Guillermo Norry la cadena de oro que lleváis al cuello, la cual mi querida duquesa de Valentinois se dignará reemplazar con su collar de perlas, que substituiré yo de modo que no pierda mucho en el cambio. Id, que para recoger el guante de una señora, manos femeniles se necesitan.

Levantóse María Estuardo y con gracia encantadora quitóse del hermoso cuello la cadena para ponerla al del heraldo, diciendo luego con aquel aire de arrogancia que tanto cuadraba a su semblante:

––Recojo este guante, así en nombre de Francia como en el de Escocia. Heraldo, diréislo así a mi hermana María.

Levantóse el heraldo con la cabeza un poco inclinada, y apartándose a la izquierda del trono exclamó:

––Se hará según los deseos del rey Enrique de Francia y de la reina María de Escocia.

––Introdúzcase al heraldo de nuestro hermano Felipe II ––exclamó Enrique.

Entró atusándose el bigote con gentileza el heraldo español y sin hincar la rodilla, aunque haciendo una reverencia, dijo:

"Felipe, por la divina clemencia rey de Castilla, León, Granada, Navarra, Aragón, Nápoles, Sicilia, Mallorca, Cerdeña, Islas Indias y tierras del Océano, archiduque de Austria, duque de Borgoña, Lothier, Brabante, Limburgo, Luxemburgo y Güeldres, conde de Flandes y Artois, marqués del santo Imperio, señor de Frisia, Salins, Malinas, ciudades, villas y territorios de Utrecht, Ower-Issely y Grœningen, dominador en Asia y África, a ti, Enrique de Francia, hacemos saber:

"Que con motivo de las tentativas contra la ciudad de Douai y del saqueo de la de Lens, que han tenido lugar por mandato y bajo la dirección de tu gobernador de Picardía, considerando rota la tregua entre nosotros jurada en Vocelíe; te declaramos la guerra por tierra y por mar, y en prueba de este desafío, en nombre de mi dicho rey, príncipe y señor, yo, Guzmán de Ávila, heraldo de Castilla, León, Granada, Navarra y Aragón, arrojo aquí mi guante de batalla."

Y despojándose en efecto del de la mano derecha, arrojólo altivo a los pies del soberano. Demudóse el varonil rostro de Enrique II, quien contestó con voz algo turbada:

––Nuestro hermano Felipe II se anticipa y nos dirige reproches que merece, mejor hubiera obrado en promover una cuestión personal, ya que tan quejoso hállase de nosotros, que con gran satisfacción habríamos contestado cuerpo a cuerpo, y el Señor Dios hubiera entonces juzgado entre nosotros. Decidle, don Guzmán de Ávila, que con todo eso aceptamos gustosos la guerra que nos declara, pero que si desea desdecirse y substituir con un encuentro personal el de nuestros ejércitos, aún aceptaré con mayor gusto.

Y como el condestable le tocase el brazo con intención:

––Y añadiréis ––continuó Enrique—, que al haceros semejante proposición habéis visto que el señor condestable me tocaba el brazo, porque sabe que según una predicción he de morir en duelo. Pues a riesgo de que la predicción se efectúe, sostengo la proposición, aunque dudo de que el pronóstico tranquilice bastante a mi señor hermano para decidirle a aceptarla. Señor de Montmorency, como condestable de Francia, recoged, os suplico, el guante del rey Felipe.

Y tomando un talego de oro que tras él tenía preparado, dijo al heraldo:

––Tomad, amigo, de París a Valladolid hay distancia, y habiendo sido portador de tan buena nueva no es justo que en ese largo camino gastéis el dinero de vuestro amo o el vuestro. Aquí tenéis, pues, cien escudos de oro para los gastos de viaje.

––Señor ––contestó el heraldo––, mi amo y yo somos del país donde brota el oro, y cuando lo hemos menester bástanos bajar la mano al suelo para asirlo.

Y saludando al monarca retrocedió un paso.

––¡Ah! altivo como un castellano —exclamó Enrique.–– Señor de Montmorency, tomad el talego y arrojad el oro por las ventanas.

Hízolo así Montmorency, con gran satisfacción y algazara de los lacayos que en el patio había.

––Señores —continuó Enrique levantándose––, en el palacio del rey de Francia suele haber fiesta cuando un rey vecino le declara la guerra, esta noche habrá pues, doble fiesta, toda vez que hemos tenido las declaraciones de un rey y de una reina.

Volviéndose seguidamente a los heraldos que estaban uno a la diestra y otro a la siniestra, añadió:

––Sir Guillermo Norry, don Guzmán de Ávila, en razón a que sois motivo de la fiesta, de derecho quedáis a ella convidados como representantes de mis hermanos los reyes María y Felipe.

––Señor ––dijo en voz queda el condestable a Enrique––, ¿os agradaría oír noticias frescas de Picardía, que por orden de mi sobrino nos trae Theligny, teniente de la compañía del Delfín?

––Mucho que sí, primo––contestó el rey— venga en buena hora el oficial.

A los cinco minutos estaba ya el mancebo en la sala de armas esperando respetuosamente que el monarca le dirigiera la palabra.

––¿Qué nuevas me traéis de la salud del señor almirante, caballero? ––interrogóle Enrique.

––Excelentes, señor.

––Que Dios se la conserve, y todo marchará bien. ¿Dónde le dejasteis?

––En la Fère.

––¿Y qué noticias os dio para mí?

––Encargóme que dijera a V. M. que se preparara a una encarnizada guerra. El enemigo ha reunido más de cincuenta mil hombres, y el señor almirante cree que todo cuanto ha hecho hasta ahora es una falsa demostración para encubrir sus verdaderos designios.

––¿Qué ha hecho, pues, hasta ahora el enemigo? ––interrogó Enrique.

––El general en jefe duque de Saboya ––contestó el mozo––, acompañado del duque de Arscot, de los condes de Mansfeld y Egmont y de los principales caudillos de su ejército, ha avanzado hasta Givet, punto general de reunión de las huestes enemigas.

––Así me lo participó el duque de Nevers, gobernador de Champaña, añadiendo en su comunicación que, según creía, Manuel Filiberto trataba particularmente de atacar a Rocroy y Mezières, y creyendo yo que Rocroy, recién fortificado, no estaba en estado de sostener un largo sitio, encargué al duque de Nevers que viera si habíamos de abandonarlo. Desde entonces no he tenido más noticias suyas.

––Yo traigo algunas a V. M. ––contestó Theligny––; seguro de la fuerza de la plaza, encerróse en ella el señor de Nevers, recibiendo tan bien al enemigo, que después de algunas escaramuzas en que perdió algunos centenares de hombres, éste hubo de retirarse por el vado de Houssu, entre la aldea de Nimes y Huateroche, de allí fue a Chimay, Glaïon y Montreuil–aux–Dames, trasladándose luego a La Chapelle, que saqueó, y a Vervin, que redujo a cenizas, avanzó por último hasta Guisa, y el señor almirante no duda de que abriga la intención de sitiar aquella plaza, donde se encuentra el señor de Vassé.

––¿Qué fuerzas manda el duque de Saboya? ––interrogó el rey.

––Fuerzas flamencas, españolas y alemanas, señor, unos cuarenta mil infantes y quince mil caballos.

––¿Y de cuántos hombres pueden disponer Châtillon y Nebers?

––Juntando todas sus fuerzas, señor, apenas dispondrán de dieciocho mil infantes y cinco o seis mil caballos, sin contar que entre estos últimos hay mil quinientos o dos mil ingleses, de quienes se debiera desconfiar en caso de guerra con la reina María.

––Así, pues ––dijo Enrique a Montmorency––, inconclusas las guarniciones que será inevitable dejar en las plazas, apenas podréis contar con catorce mil hombres, condestable amigo.

––¿Cómo ha de ser, señor? Con los pocos que me deis haré cuanto pueda. He oído decir que un famoso general de la antigüedad llamado Jenofonte no mandaba más que diez mil soldados cuando ejecutó una admirable retirada de cerca de ciento cincuenta leguas, y que el rey Leonidas de Esparta tenía a lo sumo mil hombres a sus órdenes cuando detuvo ocho días en las Termópilas al ejército del rey Jerjes, mucho más numeroso que el del duque de Saboya.

––Conque ¿no os desanimáis, condestable?

––Muy por el contrario, señor y os aseguro que nunca estuve tan contento y henchido de tan buena esperanza, sólo desearía un hombre que me diese algunas noticias de San Quintín.

––¿Por qué, condestable?

––Porque con las llaves de San Quintín se abren las puertas de París, señor, asílo dice un antiguo proverbio. ¿Conocéis el estado presente de San Quintín, señor de Theligny?

––No, monseñor; más si me atreviera...

––¡Atreveos, pardiez, atreveos! el rey lo permite.

––Quería decir, señor condestable, que me acompaña un escudero que me facilitó el señor almirante, el cual si quisiera podría decir muy bien a Vuestra Majestad cómo se encuentra la ciudad.

––¡Cómo que si quisiera! ––exclamó el condestable––, pues habrá de quererlo.

––No hay duda —dijo Theligny––, no se negará a contestar a las preguntas del señor condestable, pero como es muy ladino responderá a su modo.

––Al mío querréis decir, señor teniente.

––Ese es justamente el punto sobre el cual ruego a vueseñoría que no se equivoque, responderá a su manera y no a la vuestra, puesto que no conociendo monseñor la ciudad de San Quintín, no podrá comprobar si dice la verdad.

––Si no la dice, ordenaré que le ahorquen.

––Sí, ese es un medio de castigarle, más no de utilizarle. Creedme señor condestable, es un mozo astuto, diestro y muy valiente cuando le place.

––¿Cuándo quiere, decís? Conque ¿no siempre es valiente? —prorrumpió el condestable.

––Lo es cuando le miran, monseñor, o cuando, aunque no le miren, le conviene serlo. No ha de pedirse más a un aventurero.

––Condestable ––observó el monarca––, quien quiere el fin quiere los medios, ese hombre puede hacernos algunos servicios, y el señor de Theligny le conoce; dejad, pues, que él le interrogue del modo que crea más oportuno.

––Corriente ––dijo Montmoreney––, pero os aseguro, señor, que yo hablo de cierto modo a la gente...

––Sí, monseñor —respondió sonriéndose Theligny––, ya conocemos esa manera, que tiene su lado bueno; más a maese Ivonnet le inspiraría la intención de pasarse cuanto antes al enemigo que prestarle contra nosotros los servicios que contra él prestarnos puede.

––¡Al enemigo, fuego de Dios! ––gritó el condestable––, ahorquémosle inmediatamente ¡pardiez! señor de Theligny, ¿sería vuestro escudero un bribón, un bandido, un traidor?

––Es un aventurero, monseñor.

––¡Oh! ¿Y mi sobrino se sirve de tales pícaros?

––En la guerra como en la guerra, monseñor ––contestó riendo Theligny.

––Y volviéndose al rey, añadió:

––Pongo al pobre Ivonnet bajo el amparo de V. M., y diga o haga lo que fuese, solicito llevármele salvo y sano como le he traído.

––Os concedo mi palabra, caballero––dijo Enrique––, id a buscar al escudero.

––Si el rey lo permite, haré una seña y ascenderá.

––Hacedla.

Abrió Theligny la ventana que daba al parque, hizo una seña con la mano, y a los cinco minutos apareció maese Ivonnet con el mismo peto de ante y vestido del modo que hemos visto al principio de esta historia, teniendo en la mano el mismo gorro adornado con la misma pluma, pendíale del cuello y mecíase airosamente sobre su cuello una cadena de cobre en otro tiempo dorada.

Bastóle al mancebo una mirada para hacerse cargo de la situación, y quizá conoció al rey o al condestable, tal vez a ambos, pues se quedó respetuosamente a la puerta.

––Adelante, Ivonnet, adelante ––exclamó el oficial––, y sabed que estáis en presencia de S. M. el rey Enrique II y del señor condestable, que han deseado veros al oír los justos elogios que de vuestros méritos les he contado.

Con gran sorpresa y asombro del condestable, maese Ivonnet ni por asomo se manifestó extrañado de que sus méritos le hubiesen válido tan alta honra.

––Gracias, mi teniente, ––dijo el aventurero dando tres pasos y parándose así por desconfianza como por respeto—, mis méritos, por más insignificantes que sean, están a las plantas de S. M. y al servicio del señor condestable.

El monarca notó la diferencia que el joven supo hacer entre el homenaje tributado a la real majestad y la obediencia ofrecida al señor de Montmorency, y seguramente llamó también la atención del condestable, quien exclamó con viveza:

––Está bien, está bien; menos floreos, lindo mozalbete, y contestadme en plata, si no...

Disimuladamente dirigió la vista Ivonnet a Theligny como para interrogarle: ¿Corro algún peligro, o me dispensan una honra? Pero alentado por la promesa del rey, exclamó el oficial al aventurero:

Amigo Ivonnet, S. M. sabe que sois un galán muy mimado de las hermosas, y que destináis al atavío y compostura de vuestra persona cuanto ganáis con vuestro valor e inteligencia y como el rey desea poner a prueba vuestra inteligencia en seguida y vuestro valor más adelante, me encarga de ofreceros diez escudos de oro si le dais en presencia del señor condestable algunos noticias verdaderas de la ciudad de San Quintín.

––¿Ha tenido mi teniente la bondad de decir al rey que formo parte de una asociación de personas honradas que han jurado colocar en un fondo común la mitad de lo que cada una de ellas gane con su inteligencia o su fuerza, de manera que de los diez escudos de oro que se me ofrecen sólo me corresponderán cinco?

––¿Y quién te impide quedarte con los diez, imbécil ––replicó el condestable––, si ocultas esta buena fortuna?

––Mi palabra, señor condestable, y nosotros somos muy hombres de honor para faltar a la palabra que damos.

––Señor ––dijo Montmorency––, no me inspiran gran confianza los que no tienen otro móvil que el interés.

––Ivonnet se inclinó ante el rey. ––Suplico a S. M. el permiso de decir dos palabras.

––¡Calle! parece que ese perillán...

––Condestable ––exclamó Enrique—, os ruego...

Y dirigiéndose a Ivonnet añadió risueño:

Encogió los hombros Montmorency y púsose a pasear de arriba abajo como un hombre que no desea tomar parte en la conversación.

––Señor ––dijo Ivonnet con el mayor respeto digno del más refinado cortesano––, ruego a V. M. que se digne tener presente que no he puesto el menor precio a los cortos o grandes servicios que a fuer de humilde y obediente súbdito puedo y es mi deber prestarle, mi teniente el señor de Theligny es quien ha hablado de diez escudos de oro, y como S. M. seguramente ignoraba la asociación que existe entre yo y ocho de mis compañeros, creíame en el deber de advertirle que pensando darme diez escudos de oro, dábame cinco no más, siendo los otros cinco para la compañía. Dígnese ahora S. M. preguntarme, y estoy pronto a contestarle, no por el incentivo de cinco, diez, ni veinte escudos de oro, sino sencillamente por el respeto, obediencia y lealtad que a mi rey y señor debo.

Y el aventurero se inclinó ante Enrique con tal dignidad como si hubiese sido embajador de un príncipe italiano o de un conde del Santo Imperio.

––¡Bravísimo! ––exclamó el monarca––, tenéis razón, maese Ivonnet, dejemos para más tarde lo de los escudos, y os traerá más cuenta.

Sonrióse Ivonnet de un modo que sinificaba: ¡Oh! ya sé yo con quién trato. Pero exa sperado el impaciente humor del condestable por tantos preámbulos, según opinaba, inútiles, paróse delante del joven, e iracundo así le habló: ––A ver, ahora que se han fijado las condiciones, ¿tendrás a bien relatarme lo que sabes de San Quintín, buena pieza?

Clavó los ojos Ivonnet en el condestable, y con aquella truhanería propia del parisiense, contestó:

––San Quintín, monseñor, es una ciudad situada a orillas del Somma, a seis leguas de la Fère, a trece de Laon y a treinta y cuatro de París, cuenta veinte mil habitantes, un Ayuntamiento formado de veinticinco concejales, a saber; un corregidor en ejercicio, el corregidor saliente, once jurados y doce regidores, estos magistrados nombran ellos mismos sus sucesores eligiéndolos entre los vecinos, según ordena un decreto del Parlamento de 16 de diciembre de 1335 y una carta del rey Carlos VI del año 1412.

––¡Ta, ta, ta! ––exclamó Montmorency––, ¿qué diablos nos está contando este pajarraco? Te pregunto lo que sabes de San Quintín, zopenco.

––Os digo lo que sé, y puedo garantizaros las noticias, pues me las facilitó mi amigo Maldiente, que es natural de Lyon y vivió tres años en San Quintín como escribiente de procurador.

––Creedme, señor ––dijo el condestable al rey––, nada sacaremos de ese tunante en tanto no le pongamos en un potro con cuatro balas de a doce en cada pierna.

Ivonnet no se inmutó.

––No soy de vuestro parecer, condestable; yo creo que nada sacaremos de él mientras desearais hacerle hablar, y que nos dirá cuanto deseamos saber si dejamos que le interrogue el señor de Theligny. Si sabe lo que nos ha dicho, lo cual es justamente lo que saber no debía, estad cierto de que sabe algo más. ¿No es cierto, maese Ivonnet, que además de haber estudiado la geografía, población y constitución de la ciudad de San Quintín, conocéis asimismo el estado de sus murallas y las disposiciones de sus habitantes?

––Si mi teniente se sirve preguntarme o el rey me dispensa la honra de dirigirme las preguntas que juzgue convenientes, haré cuanto pueda para satisfacer a mi teniente y obedecer al rey.

––¡Buen pico tiene el bellaco! ––murmuró el condestable.

––Ea, Ivonnet amigo, probad a su majestad que no le he mentido al encarecerle vuestra inteligencia, y decid a él y al señor condestable el estado en que se hallan las murallas de la ciudad en este instante.

Ivonnet movió la cabeza.

––¿No diría cualquiera que el pícaro lo entiende? ––refunfuñó el condestable.

––Señor ––contestó el aventurero, ofendido sin duda del aparte de Montmorency—, tendré el honor de participar a V. M. que desconociendo la ciudad de San Quintín que corriese ningún medio de defensa, apenas se halla al abrigo de un golpe de mano.

––Pero, en fin, ¿tiene murallas? ––interrogó Enrique.

––Sí, señor, y provistas de torres redondas y cuadradas, unidas por cortinas con homabeques, uno de los cuales defiende el arrabal de la Isla, más el baluarte no tiene siquiera parapeto y únicamente está protegido por un foso, su terraplén no excede en altura a los terrenos adyacentes, y en muchos puntos lo dominan las alturas vecinas y varias casas colocadas al borde del foso, y a la derecha del camino de Guisa, entre el Somma y la puerta del arrabal de la Isla, está tan deteriorada la muralla vieja (así se denomina la muralla en aquel punto), que el hombre menos ágil fácilmente puede escalarla.

––Tunante ––exclamó el condestable––, dijeras que eres ingeniero y terminaras de una vez.

––No soy tal, señor condestable.

––Pues ¿qué eres?

Ivonnet bajó los ojos con afectada modestia.
––Ivonnet está enamorado, monseñor ––dijo Theligny–– y para llegar hasta su amada, que vive en el arrabal de la isla próxima de la puerta del mismo, ha tenido que estudiar las buenas y malas condiciones de la muralla.
––¡Hola! ¡hola! ––murmuró el condestable––, ese es otro cantar.
––Vamos, continúa ––dijo el rey–– y te daré una hermosa cruz de oro para tu amada.
––Y puedo asegurar, señor, que ninguna cruz de oro habrá resplandecido una garganta más hermosa que la de Gúdula.
––¡Si deseara el majadero hacernos el retrato de su novia! ––exclamó el condestable.
––¿Por qué no si es linda, primo? ––repuso riendo el monarca. Tendrás la cruz, Ivonnet.
––Gracias señor.
––¿Hay al menos una guarnición en la ciudad de San Quintín?
––No, señor condestable.
––¿No? ––exclamó Montmorency––, ¿cómo que no?
––La ciudad está desprovista de alojamientos y la defensa de la ciudad es un derecho de que los habitantes se encuentran muy celosos.
––¿Derechos, los habitantes? Creedme, señor, las cosas irán de mal en peor en tanto los municipios reclamen no sé qué derechos concedidos por no sé quién.
––¿Por quién? Por los reyes mis antecesores, primo.
––¡Pues bien! encárgueme V. M. que vaya a quitar esos derechos a los habitantes, y presto quedará servido.
––Lo pensaremos, condestable amigo, pero ahora ocupémonos del español, que es lo principal. San Quintín precisa una buena guarnición.
––Eso es lo que el señor almirante se disponía a negociar en el instante de mi partida ––dijo Theligny.
––Y a estas horas habrá conseguido lo que quería ––observó Ivonnet––, pues tenía a su favor a Juan Peuquet.
––¿Quién es Juan Peuquet? ––interrogó Enrique.
––El tío de Gúdula, señor ––contestó el aventurero con cierta fatuidad.
––¡Bribón! —exclamó el condestable.
––¡Tienes la osadía de cortejar a la sobrina de un magistrado!
––Juan Peuquet no es magistrado, señor condestable.
––¿Qué es, pues?
––Síndico de los tejedores.
––¡Válgame Dios! ––exclamó Montgomercy––, ¡en qué tiempos vivimos que sea menester negociar con un síndico de tejedores cuando quiere el rey poner guarnición en su ciudad! Dile a ese tal Juan Peuquet que le mandaré ahorcar si no abre las puertas de la ciudad y hasta las de su casa a los soldados que yo le mandaré.
––Creo que el señor condestable hará bien en confiar el negocio al señor de Châtillon ––repuso Ivonnet––, pues sabe mejor que su señoría cómo se ha de hablar a Juan Peuquet.
––¡Respondón me pareces! ––dijo el condestable con ademán amenazador.
––Primo, primo ––dijo Enrique––, dejadnos terminar lo que hemos comenzado con este buen muchacho, toda vez que el ejército está a vuestras órdenes, y os reuniréis con él cuanto antes.
––Mañana mismo ––exclamó Montmorency––, que tengo grandes ganas de meter el resuello en el cuerpo a los de San Quintín. ¡Un síndico de tejedores! ¡Pardiez! ¡Vaya un caballero para tratar con un almirante! ¡Qué asco!
Y fue a roerse las uñas en el alféizar de la ventana.
––¿Son transitables las cercanías de la ciudad? —interrogó el rey.
––Por tres partes, sí, señor, por las del arrabal de la Isla, de Remicourt y de la capilla de Eparguemailles; más por la de Tourival, hay que cruzar los pantanos de Grosnard, llenos de sumideros y hondonadas.
El condestable se había acercado lentamente para escuchar ese detalle, que le interesaba.
––Y en caso preciso ––preguntó––: ¿te encargarías de guiar por aquellos pantanos un cuerpo armado que penetrase o saliese de la ciudad?
––Sí; más ya he dicho al señor condestable que mi amigo Maldiente lo haría mucho mejor, habiendo vivido tres años en San Quintín, en tanto que yo casi siempre voy allá de noche y con alas en los pies.
––¿Con alas en los pies? ¿Porqué?
––Porque de noche, cuando estoy sólo, tengo miedo.

––¿Tú miedo? ––dijo el condestable.
––Sí, señor, miedo.
––¿Y lo confiesas, mala pécora?
––¿Por qué no, si es lo cierto?
––¿Y de qué tienes miedo?
––De los fuegos fatuos, de los aparecidos y y de los duendes.
Montmoreney prorrumpió en carcajadas.
––¡Ah! ¿Tienes miedo de los fuegos fatuos, de los aparecidos y de los duendes?
––Sí, soy muy nervioso.
Y el mancebo inmutóse cual si estuviera horripilado.
––Querido Theligny ––exclamó Montmorency—, os felicito por vuestro escudero, no seré yo quien le tome por correo de noche.
––La verdad es que vale más emplearme de día.
––Sí, y dejarte de noche para ir a ver a Gúdula, ¿no es cierto?
––Ya veis, señor condestable, que mis visitas no han sido inútiles, y así lo juzga el rey, ya que ha tenido la bondad de prometerme una cruz.
––Señor condestable, ordenad entregar cuarenta escudos de oro a este mozo por las buenas nuevas que nos ha suministrado y los servicios que se ofrece a prestarnos, y diez escudos más para comprar una cruz a la señorita Gúdula.
Encogió Montmorency los hombros murmurando entre dientes: —¡Cuarenta escudos! ¡Cuarenta palos le diera yo!
––Ya lo oís, primo; empeñé mi palabra y debo cumplirla. Teniente ––continuó el rey––, el señor condestable os dará órdenes para tomar caballos de mis caballerizas en el Louvre y en Compiègne a fin de que podáis aligerar la marcha, no temáis reventarlos y tratad de llegar mañana a la Fère, pues urge que el señor almirante conozca la declaración de guerra. Buen viaje, caballero, y mejor fortuna.
––El teniente y el escudero saludaron respetuosamente al rey Enrique, siguieron al condestable, y a los diez minutos iban galopando camino de París, mientras que Montmorency volvía a verse con el rey, que aún se hallaba en su gabinete.

XXI
DONDE EL LECTOR VESE ENTRE AMIGOS

Enrique II aguardaba al condestable para dar, sin levantar mano, órdenes de la más alta importancia.
El señor de Montgomery, que anteriores años había ya conducido las tropas francesas al socorro de la regente de Escocia, fue mandado a Edimburgo para solicitar que de conformidad con el tratado de alianza, entre aquel reino y Francia, declarasen los escoceses la guerra a Inglaterra, y que los señores del Consejo de Regencia enviaran a Francia diputados con poderes para acordar las bases del contrato matrimonial de la joven reina María con el Delfín.
Redactábase al mismo tiempo un documento por el cual María Estuardo, con beneplácito de los Guisas, legaba al rey de Francia su reino de Escocia y los derechos que tenía o podía tener sobre el reino de Inglaterra, dado el caso que muriese sin heredero varón. Una vez celebrado el enlace, María Estuardo debía tomar el título de reina de Francia, Escocia e Inglaterra, y mientras grababan en la vajilla de la tierna soberana el triple blasón de los Valois, Estuardos y Tudors.
Como lo ordenara el rey Enrique II, aquella noche hubo una hermosa fiesta en el palacio de San Germán, y los dos heraldos pudieron decir a sus respectivos amos el contento con que en la Corte de Francia habíanse recibido las declaraciones de guerra.
Mucho antes de que se iluminara la primera ventana de San Germán, salían de los patios del Louvre dos jinetes montados en poderosos corceles, y trasponiendo la puerta de la Villete seguían a trote largo el camino de la Fère. Detuviéronse un instante en Louvres para dar respiro a sus caballos, cambiáronlos en Compiègne, según estaba convenido, y a pesar de la hora avanzada de la noche y del poco descanso que tomaren, continuaron el camino hasta Noyon, donde llegaron al amanecer e hicieron alto una hora, y picando otra vez espuelas llegaron a la Fère a las ocho de la mañana, sin que nada nuevo hubiese acaecido desde la partida de Theligny e Ivonnet.
Durante los pocos minutos que este último estuvo en París, fuese a la casa de un prendero de la calle de los Pétres-Saint-Germain-l'Auxerrois, conocido suyo, y trocó la casaca y las calzas por un jubón y unos calzones de terciopelo verde, guarnecidos de oro, y un gorro encarnado con pluma blanca, comprando asi-

mismo un par de botas casi nuevas, con grandes espuelas de cobre. Si este vestido no era del todo flamante, se había llevado tan poco y por una persona tan aseada, que semejaba salir del taller de un sastre y no de una prendería. Tocante a la cadena, después de volverla y revolverla, parecióle a Ivonnet que aún tenía suficiente dorado para engañar a los que la mirasen a alguna distancia, y él no permitiría que nadie la viera de muy cerca. Debemos decir que la cruz de oro fue escrupulosamente comprada, más ignoramos si Ivonnet obró con la misma escrupulosidad gastando los diez escudos de oro concedidos por S. M. Enrique II para hacer ese regalo a la sobrina de Juan Peuquet. Lo que sí creemos, es que con las sobras de la cruz tuvo Ivonnet la maña de confeccionarse, no sólo el jubón y los calzones, el gorro y la pluma, las botas y las espuelas, sino también una elegante coraza que colocada en la grupa de su caballo producía a cada movimiento de éste un bélico rumor de hierro; confesemos, no obstante, que como todo eso servía de adorno o defensa de su persona, y su persona pertenecía a la señorita Gúdula, aunque Ivonnet hubiese utilizado de este modo las limaduras de la cruz, no habría malgastado el dinero de S. M. el rey de Francia.

Por lo demás, al penetrar en la Fère pudo juzgar el efecto que produciría con sus nuevas galas. Franz y Heinrich Scharfenstein, proveedores de la asociación, llevaban al campo un buey que habían comprado, y éste, con el instinto de conservación que aleja a los animales del matadero, disminuía el paso tanto como podía, pues Heinrich le tiraba de un asta, en tanto que Franz le empujaba por detrás. Al ruido que en el empedrado produjeron las herraduras de los caballos, alzó Heinrich la cabeza, y reconociendo a nuestro escudero, exclamó:

––*Mira, Franz, mira a mein herr Iíonete, iguau pello estar!*

Y en su admiración soltó el asta del buey, el cual aprovechó tal circunstancia para dar media vuelta, y de seguro hubiera regresado corriendo al establo, si, cogiendo Franz otra vez la cola, no hubiese detenido con su hercúlea fuerza al animal fugitivo.

Ivonnet saludó al pasar con la mano.

Llegados a casa de Coligny, el teniente se dio a conocer y entró desde luego en el despacho del almirante, acompañado de Ivormet, que con su tacto habitual y a pesar del cambio en él verificado, se quedó respetuosamente a la entrada. El señor de Châtillon, inclinado sobre uno de los mapas imperfectos que en aquella época se hacían, procuraba complementarlo con los datos que le facilitara un hombre de austero rostro, nariz puntiaguda y ojos inteligentes.

Ese sujeto era nuestro antiguo conocido el picardo Maldiente, quien, como lo había dicho Ivonnet, habiendo sido tres años escribiente de procurador en San Quintín, tenía en la punta de los dedos la ciudad y sus alrededores.

Levantó el almirante los ojos, conoció a su enviado, y volviendo Maldiente los suyos a la puerta, conoció asimismo a Ivonnet; mientras Coligny tendía la mano al oficial. Maldiente dirigió una significativa mirada al escudero, quien sacó de la faltriquera los cordones de una bolsa, para indicar a su asociado que no había sido infructuoso el viaje. Theligny relató al almirante su entrevista con el rey y el condestable, entregando al gobernador de Picardía las cartas de su tío.

––Sí dijo Coligny leyendo––, también he pensado en ella. San Quintín es, efectivamente, la ciudad que conviene conservar. Allá está desde ayer vuestra compañía, querido Theligny y hoy mismo iréis a reuniros con ella, anunciando mi propia llegada.

Y absorto en las noticias que Maldiente le facilitaba, encorvóse de nuevo sobre el mapa para continuar sus apuntes.

Theligny conocía el carácter grave y reflexivo del almirante, a quien no convenía distraer de sus trabajos, y como según toda probabilidad después de tomadas sus notas, Coligny le daría nuevas órdenes respecto de San Quintín, el teniente se acercó a Ivonnet para hablarle en voz queda.

––Id y aguardarme en el campamento mientras espero las últimas instrucciones del señor almirante.

Ivonnet saludó, sin despegar los labios, salió, y montando a caballo, hallóse presto fuera de la ciudad.

El campamento del almirante, situado al principio en Pierrepont, junto a Marles, habíase establecido cerca de la Fère, pues temiendo Coligny una sorpresa, en razón a las escasas fuerzas que mandaba, quiso trasladar sus mil quinientos o mil ochocientos hombres a los alrededores de una ciudad fortificada, persuadido de que detrás de buenos muros podía resistir.

Pasada la línea del campamento, levantóse Ivonnet sobre los estribos para buscar con la vista alguno de sus compañeros y saber dónde habían situado sus reales y a poco divisó un corro, en medio del cual creyó conocer a Procopio sentado en una piedra y escribiendo sobre la rodilla. Procopio utilizaba su ciencia curial escribiendo testamentos a cinco sueldos parisis cada uno, siempre que se aproximaba un encuentro con el enemigo.

Comprendiendo Ivonnet que con Procopio debía obrarse como con el almirante, no quiso distraerle de su importante ocupación, tendió en tomo una ojeada, y columbró a Heinrich y Franz Scharfenstein, quienes habiendo renunciado a la idea de conducir al buey al campamento, le habían atado los pies y lo llevaban con el auxilio de una lanza de carruaje, apoyados cada uno de sus extremos en los hombros de cada uno de ellos, en tanto que Pillacampo les hacía señales a la puerta de una choza en bastante buen estado.

Conoció Ivonnet la morada a que tenía derecho como individuo de la compañía, y en breve hallóse al lado de Pillacampo, quien antes de saludar a su compañero dio tres vueltas en derredor del parisiense, que semejante al jinete de una estatua ecuestre le miraba con ufana sonrisa. A la tercera vuelta paróse Pillacampo y chasqueó la lengua, claro indicio de su asombro:

––¡Diantre! ––exclamó—, he aquí un caballo que a lo menos vale cuarenta escudos de oro. ¿Dónde lo has robado?

––¡Silencio! ––dijo Ivonnet––, respétalo, que sale de las caballerizas de su majestad y lo traigo prestado.

––¡Es lástima!

––¿Por qué?

––Porque ya tenía comprador.

––¡Ah! Y ¿quién lo compraría?

––Yo ––dijo una voz detrás de Ivonnet.

Volvióse éste y reparó en el que se presentaba con aquel arrogante monosílabo que cien años después valió un éxito entero a la tragedia de "Medea". Era un mancebo de veintitrés a veinticuatro años, armado a medias como acostumbraban estarlo los militares en el campamento.

Bastóle a Ivonnet mirar aquellas fuertes espaldas, aquel pelo y barba rubios y aquellos ojos llenos de obstinación y ferocidad, para reconocer a quién dirigía la palabra.

––Caballero ––dijo––, oísteis ––mi respuesta, el caballo pertenece a S. M. el rey de Francia, quien ha tenido la bondad de prestármelo para volver al campamento. Si lo reclama, es muy justo que yo se lo devuelva, y si no, hállase a vuestra disposición para cuando hayamos convenido el precio.

––Corriente ––contestó el caballero––, guardádmele. Rico soy, y fácil de contentar.

Ivonnet hizo una cortesía.

––Además —continuó el rubio––, pienso ajustar otro negocio con vosotros.

Ivonnet y Pillacampo saludaron a la par.

––¿Cuántos sois de vuestra banda?

––De nuestra compañía, querréis decir, señor mío–– contestó Ivonnet algo ofendido de la calificación.

––Bien de vuestra compañía, pues.

––A menos que en mi ausencia haya perecido alguno de mis camaradas ––respondió Ivonnet interrogando con la vista a Pillacampo––, somos nueve.

Una mirada de este última tranquilizó a su amigo, suponiendo que Ivonnet estuviese inquieto.

––¿Valientes los nueve? ––interrogó el caballero.

Sonrióse Ivonnet y Pillacampo se encogió de hombros.

––La verdad es que por la muestra se reconoce el paño ––dijo el hidalgo señalando a Franz y Heinrich––, si esos dos valientes son de la compañía.

––Lo son ––contestó lacónicamente Pillacampo.

––Pues bien, podremos tratar.

––Dispensad ––exclamó Ivonnet––, pertenecemos al señor almirante.

––Excepto dos días de la semana, en los cuales podemos trabajar por cuenta propia ––observó Pillacampo––, pues Procopio puso esa cláusula en el contrato, en previsión de estos dos casos: 14, cuando tuviéramos que hacer algo por nosotros mismos; 2 cuando algún caballero principal nos hiciere una proposición semejante a la que el señor parece dispuesto a hacernos.

––Solo os necesito un día o una noche y, por consiguiente la cláusula viene de molde, decidme dónde os hallaré.

––En San Quintín probablemente ––contestó Ivonnet—; hoy mismo estaré allá.

––Y dos de los nuestros ––continuó Pillacampo––; Lactancio y Malamuerte ya están. Con respecto al resto de la compañía...

––Tocante al resto de la compañía —continuó Ivonnet––, no puede tardar en seguirnos, puesto que el señor almirante ha de llegar a aquella ciudad dentro de dos o tres días, según delante de mí dijo él mismo.

––Bueno ––exclamó el hidalgo––, conque nos veremos en San Quintín, valientes.

––Sí, en San Quintín nos veremos, caballero.

Hizo este último un ligero ademán de cabeza y alejóse.

Siguióle Ivonnet con los ojos hasta que ocultóse entre la gente, y llamando enseguida a un mozo que servía a los nueve asociados, y que a trueque de sus servicios recibía de la comunidad el pan cotidiano, echole al brazo la brida del caballo.

La primera intención de Ivonnet había sido acercarse a Pillacampo para comunicarle sus impresiones respecto del incógnito, más reflexionando sin duda que Pillacampo era de una organización muy material para guardar un secreto de aquella importancia, cosióse los labios y puso toda su atención en lo que Heinrich y Franz Scharfenstein, estaban haciendo.

Después de conducir tío y sobrino el buey recalcitrante al centro del campamento, dejáronlo resoplando y con los ojos encendidos delante de su tienda, y Heinrich entró en ella para buscar su maza, costándole algún trabajo encontrarla, por cuanto Fracasso, arrebatado de inspiración poética se había tendido sobre un colchón para delirar a sus anchas, sirviéndole de almohada la antedicha maza.

De forma sencilla y de humilde materia, esa maza era simplemente una bala de a doce con una barra de hierro por mango, ese instrumento y una descomunal espada de dos manos eran las armas habituales de los dos Scharfenstein.

Heinrich al fin la encontró, y a pesar de las quejas de Fracasso, a quien sorprendía en el más bello ardor de la composición, la quitó de debajo de la cabeza del poeta y fue a reunirse con Franz, que le estaba aguardando.

Al reparar en su tío armado con la formidable maza, desató Franz las piernas delanteras del buey, el cual se levantó a medias. Aprovechó Heinrich el instante, y levantando la férrea maza descargó un furioso golpe en el testuz de la res.

El buey cayó como aniquilado por un rayo.

Pillacampo, que con ardientes ojos y como un dogo esperaba ese instante, llegóse al animal, abrióle la arteria del cuello, partiólo desde el labio inferior hasta el extremo opuesto y se puso a descuartizarlo. Pillacampo era el carnicero de la sociedad; Heinrich y Franz compraban, traían y mataban la res, cualquiera que fuese; Pillacampo la desollaba y descuartizaba, apartando para la compañía la mejor parte, y enseguida, sobre una mesa colocada a corta distancia de la tienda común, exponía los distintos trozos que deseaba vender, dispuestos con todo el arte que le caracterizaba. Era Pillacampo tan hábil vendedor y tan diestro mercader, que guardaba la parte de la compañía para dos o tres días, raras veces dejaba de sacar de los tres cuartos del animal uno o dos escudos más de lo que había costado.

Todo eso redundaba en pro de la asociación, cuyos negocios debían ir muy bien con tal que cada uno de sus individuos obrara con tanta solicitud y diligencia como los que por segunda vez hemos hallado. Hechos los trozos, comenzaba la venta al menudeo, cuando un jinete hendió el gentío que para comprar se agrupaba junto a la mesa de Pillacampo: era Theligny, que con pliegos del almirante para el corregidor, para el gobernador de la ciudad y para Juan Peuquet, síndico de los tejedores, venía en busca de su escudero Ivonnet. También traía la noticia de que en cuanto el almirante hubiese reunido las tropas que estaba aguardando y conferenciado con su tío el condestable, marcharía a San Quintín con quinientos o seiscientos hombres. Maldiente, Procopio, Fracasso, Pillacampo y los dos Scharfenstein formarían parte de la guarnición y reuniríanse en la ciudad con Malamuerte y Lactancio, que ya en ella se encontraban, y con Ivonnet, que debiendo acompañar a Theligny, estaría allá dentro de dos o tres horas.

La despedida fue breve, pues Fracasso todavía no había concluido el soneto y devanábase los sesos por hallar un consonante a polvo; los dos Scharfenstein, aunque querían mucho a Ivonnet, eran poco demostrativos y ocupado Pillacampo en la venta, contentóse con decir al mozo estrechándole la mano:

––A ver si te quedas con el caballo.

XXII
SAN QUINTÍN

Como contara Ivonnet al condestable, de la Fère a San Quintín hay seis leguas a poca diferencia. Los cabhallos habían corrido mucho desde la víspera sin descansar más que una hora en Noyon, y si bien acababan de hacer un alto de tres, como los jinetes no llevaban prisa alguna, a no ser que a Ivonnet le impulsara el deseo de ver a Gúdula, emplearon cerca de otras tres en andar las seis leguas que para llegar al final de su viaje les faltaban. Finalmente, después de atravesar el baluarte exterior y de dejar a la derecha el camino de Guisa, que se bifurca a un tiro de piedra de la muralla vieja, después de darse a conocer a la puerta y cruzar la bóveda, los dos jinetes se encontraron en el arrabal de la Isla.

––¿Quiere mi teniente concederme diez minutos ––interrogó Ivonnet––, o bien desviándose algunos pasos quiere tener noticias de lo que pasa en la ciudad?

––¡Ah! ––exclamó Theligny sonriéndose—, ¿estamos próximos a la casa de la señorita Gúdula, a lo que parece?

––Sí, mi teniente.

––¿Hay indiscreción?

––Ni soñarlo, de día soy para Gúdula un simple conocido que le dice una palabra y la saluda, pues siempre he profesado el principio de no estorbar el casamiento de las niñas bellas.

Y tirando a la derecha metióse en una callejuela formada a un lado por una larga tapia de jardín y al otro por una ala de casas, entre las cuales únicamente una tenía ventana, festonada de capuchinas y clemátides. Alzándose sobre los estribos, Ivonnet llegaba con la cabeza a la ventana, al pie de la cual estaba una piedra que para galanteos u otros asuntos podía prestar a los pedestres la misma facilidad que encontraba Ivonnet a caballo.

Así que llegó, abrióse como por encanto la ventana, asomando entre flores una gentil cabeza con el rosicler del placer en las mejillas.

––¿Sois vos, Gúdula? ––exclamó Ivonnet. ¿Cómo habéis adivinado mi presencia?

––No la he adivinado, estando a la otra ventana que por encima de la muralla da al camino de la Fère, distinguí de lejos dos jinetes, y aunque era poco probable que fueseis uno u otro, de ninguno pude apartar los ojos, de manera que os conocí, y entonces vine temblando, temerosa de veros pasar de largo, ya porque no vais solo, ya porque sois tan valiente y gallardo, que temía hubiseis hecho fortuna.

––La persona a quien tengo el honor de acompañar, apreciable Gúdula, es mi teniente el señor de Theligny, que me ha permitido hablaros dos palabras y va a haceros conmigo algunas interrogaciones sobre el estado de la ciudad.

Miró Gúdula con timidez al oficial, quien hizo una graciosa cortesía, a la cual la niña contestó con un “Dios os guarde, monseñor”, pronunciado con trémulo acento.

––En cuanto al vestido que llevo, Gúdula ––continuó Ivonnet––, lo debo a la liberalidad del rey, quien sabiendo que yo tenía la dicha de conoceros, dignóse encargarme que de su parte os dé esta hermosa cruz de oro.

Y al propio tiempo ofrecióla a Gúdula, quien vaciló en tomarla, interrogando:

––¿Qué me decís, Ivonnet? ¿Porqué os burláis de una pobre muchacha?

––No me burlo, Gúdula ––replicó el aventurero––, y aquí está mi teniente que afirmará la verdad de lo que os digo.

––Ciertamente, hermosa niña ––dijo Theligny––, yo estaba presente cuando el rey encargó a Ivonnet que os hiciera este regalo.

––¿Conocéis, pues, al rey? ––interrogó la moza asombrada.

––Desde ayer, Gúdula, y desde ayer os conoce también a vos, así como al bueno de vuestro tío Juan Peuquet, para el cual mi teniente trae un pliego del señor almirante.

El oficial hizo otra señal afirmativa, y entonces Gúdula sacó por entre las flores su temblorosa mano, que Ivonnet tomó y llevó a los labios al entregarle la cruz.

Acercóse en esto Theligny diciendo:

––Y ahora, señor Ivonnet, ¿queréis preguntar a la bella Gúdula dónde se encuentra su tío, y en qué disposición le hallaremos?

––Mi tío está en las Casas Consistoriales, caballero ––contestó la muchacha sin desviar los ojos de la cruz––, y creo que en disposición de defender la ciudad.

––Gracias, hermosa. Marchémonos, Ivonnet.

Hizo Gúdula un ademán suplicante, y poniéndose colorada como una amapola, dijo a Theligny:

––Y... caballero, si mi padre pregunta quién me ha dado esta cruz, podré contarle...

––Podréis decirle que os la ha regalado S. M. ––respondió el oficial riendo al comprender el temor de Gúdula—, que el rey os la ha regalado por los buenos servicios que ya le han prestado y seguramente van a prestarle vuestro tío Juan y vuestro padre Guillermo; y si no deseáis nombrar al señor Ivonnet, añadiréis que soy yo, Theligny, teniente de la compañía del Delfín, quien os ha dado la cruz.

––¡Gracias, mil gracias! ––––exclamó Gúdula gozosa y batiendo palmas––, sin eso jamás me hubiera atrevido a llevarla.

Luego preguntó quedito y con viveza a Ivonnet:

––¿Cuándo nos veremos?

––Cuando encontrábame a tres o cuatro leguas de vos, Gúdula nos veíamos cada noche —contestó el escudero—, juzgad, pues, ahora que vivo en la misma ciudad.

––¡Chito!

Y la mozuela añadió en voz más queda todavía:

—¡Venid temprano, que según pienso mi padre pasará la noche en las Casas Consistoriales.

Y retiró la cabeza ocultándose tras la verde y florida cortina. Los mancebos prosiguieron el camino siguiendo la calzada que pasaba entre el Somma y la Fontaine-Ferré, y a la mitad de ella dejaron a la izquierda la abadía y la iglesia de San Quintín de la isla, cruzaron un puente que les condujo a la capilla donde se habían encontrado las reliquias del santo mártir, después otro puente que les llevó al estrecho de San Pedro, y otro por último que les puso delante de las dos torres que flanqueaban la puerta de la Isla.

Custodiaban esa puerta un soldado de la compañía de Theligny y un vecino de la ciudad. Esta vez el teniente no tuvo que darse a conocer, pues el soldado le salió al encuentro para pedirle nuevas, decíase que el enemigo estaba muy cerca, y aquella compañía de ciento cincuenta hombres a las órdenes de un subteniente, encontrábase algo aislada en medio de todos aquellos habitantes que o corrían despavoridos de una a otra parte, o perdían el tiempo charlando en la Casa de la Ciudad.

Por lo demás, San Quintín parecía presa de un espantoso tumulto; la arteria principal que divide la ciudad en los dos tercios de su longitud, y donde como riachuelos confluentes de un río desembocan a la derecha las calles de Wagner, Franciscanos, Issengheim y Liniers, y a la izquierda las de los Cuervos de la *Truie-qui-file* y de las Ovejas, hallábase atestada de gente, y más compacta aún la muchedumbre en la calle de la Sallière, presentábase tan agrupada en la plaza mayor, que hasta para los jinetes era poco menos que impenetrable muralla. Bien es cierto que cuando Ivonnet puso el gorro en la punta de la espada y gritó enderezándose sobre los estribos: "¡Paso, paso a los mensajeros del señor almirante!", creyendo el gentío que iban a anunciarle un refuerzo, revolvió de tal manera contra sí mismo que en pocos momentos abrió a los dos jinetes un claro que desde la iglesia de Santiago les llevó a la escalera de las Casas Consistoriales, a lo alto de la cual les esperaba el corregidor Gibercourt.

A buen punto llegaban los dos jinetes; terminaba de celebrarse sesión, y merced al patriotismo de los habitantes, exaltado por la elocuencia de maese Juan Peuquet y su hermano Guillermo, habíase convenido que la ciudad de San Quintín, fiel a su rey y confiada en su santo patrón, se defendería hasta el último momento, así es que la noticia de la próxima llegada del almirante con un refuerzo colmó el entusiasmo.

Los vecinos se organizaron seguidamente en compañías de cincuenta hombres que nombraron sus ofciales, y el corregidor abrió el arsenal de la casa del Ayuntamiento, en el que encontráronse quince piezas de artillería, algunas en mal estado, treinta y seis arcabuces y mucha cantidad de picas y alabardas.

Juan Peuquet fue nombrado capitán de una compañía, y su hermano Guillermo teniente de otra, y así caían sobre la familia honores no exe ntos de peligros.

El total de fuerzas se componía por el instante de ciento veinte o treinta treinta hombres de la compañía del Delfín, mandados por Theligny, de unos cien hombres de la compañía de Breuil, gobernador de San Quintín, que hacía ocho días había llegado de Abbeville, y de doscientos vecinos, organizados en cuatro compañías de cincuenta hombres cada una; tres de las cuales se componían de ballesteros, piqueros y alabarderos, y la otra hallábase armada de arcabuces. De improviso vio se llegar otra que nadie esperaba y que con su impensada aparición y los elementos que la formaban arrancó gritos de júbilo. Desembocaba por la calle de *Croix-Belle-Porte,* componíase de cien padres franciscanos armados de picas o alabardas y acaudillábala, espada en mano, un hombre bajo de cuyo traje relucían las mallas de una coraza. A los gritos de la multitud al verles desfilar volvióse Ivonnet, y mirando ahincadamente al capitán, exclamó:

—¡Llévеme el diablo si no es Lactancio!

Efectivamente, Lactancio era.

Sospechando que la campaña sería reñidísima, habíase retirado al convento de franciscanos de la calle de los Rosales a fin de hacer penitencia y ponerse en estado de gracia. Los virtuosos padres aceptáronle con los brazos abiertos, y habiendo él observado el patriotismo que les animaba, creyó acertado aprovecharlo, y en consecuencia participóles como una inspiración, la idea que le había ocurrido de organizarles en compañía militar. Aceptada la proposición, con autorización del Prior, emplearon los religiosos una hora de los maitines y media de las vísperas para hacer el ejercicio, y a los tres días, juzgando Lactancio que sus soldados hallábanse bastante instruidos, condújoles, como hemos dicho, a la plaza mayor entre las alegres aclamaciones del pueblo.

Por consiguiente, San Quintín podía ya contar con ciento veinte hombres de la compañía del Delfín, cien de la del gobernador de la ciudad, doscientos habitantes y cien franciscanos, los cuales componían un total de quinientos veinte combatientes.

Apenas, las autoridades acababan de sumar sus fuerzas, cuando escucháronse grandes gritos desde las murallas y viéronse llegar por las calles de la Platería y de San Andrés personas que con desesperado ademán elevaban los brazos al cielo. Tomáranse informes y se supo que habían visto llegar corriendo por la

planicie que se extiende de Homblières al Mesnil–Saint–Laurent, a muchos campesinos que daban inequívocas señales de espanto, según podía juzgarse a pesar de la distancia que de la ciudad aún les separaba.

Al punto se ordenó cerrar las puertas y guarnecer las murallas.

Tranquilo y sereno a la ley del buen cristiano en medio de los peligros, Lactancio dispuso seguidamente que sus franciscanos condujeran ocho cañones a la muralla que media de la puerta de la Isla a la torre Dameuse, dos a la muralla del mercado viejo, tres desde la gran torre hasta la poterna del pequeño puente, y dos a la muralla vieja del arrabal de la Isla.

Conociendo Theligny e Ivonnet que no obstante lo mucho que desde la víspera habían corrido, todavía tenían sus caballos buenas piernas y grande aliento, salieron por la Puerta del Rémicourt, y vadearon el río y atravesaron la llanura para saber lo que motivaba la fuga de aquella gente. El primero con quien se encontraron era un hombre que llevaba la mano derecha puesta sobre la nariz y parte de la mejilla, a la cuenta para que no se cayeran, y con la izquierda hacía grandes demostraciones a Ivonnet, quien dirigiéndose a él reconoció a Malamuerte.

––¡Ah! ––exclamó éste con toda la fuerza de sus pulmones. ¡A las armas! ¡A las armas!

Picó Ivonnet espuelas, y percibiendo que su asociado estaba chorreando sangre, apeóse y examinó su herida, la cual era tan terrible que hubiera desfigurado un rostro incólume, pero el de Malamuerte estaba surcado de cicatrices, y la tal herida sería simplemente una cicatriz más. Plegó Ivonnet en cuatro dobleces un pañuelo, hizo en medio un agujero para la nariz de Malamuerte, y habiendo puesto a su amigo en el suelo, colocóle la cabeza sobre su rodilla y le vendó la cara tan lista y mañosamente como lo hubiera hecho el más hábil cirujano.

Entretanto Theligny se informaba de lo que había ocurrido, y era lo siguiente:

Por la mañana se había divisado al enemigo desde Origny–Sainte–Benoîte, y Malamuerte, que allí se hallaba, habiendo barruntado con su natural instinto que de aquel lado debían venir los golpes, excitó a los habitantes a defenderse, en su consecuencia, habíanse retirado al castillo con cuantas armas y municiones pudieron reunir, y allí habían resistido cerca de cuatro horas, hasta que, atacado por toda la vanguardia española, el castillo fue tomado.

Malamuerte se portó con mucha bravura, y con gran sentimiento tuvo que poner pies en polvorosa.

Perseguido de cerca por tres o cuatro españoles, volvióse y mató a uno de una estocada, de una cuchillada a otro, y en tanto atacaba al tercero, el cuarto le rajó de un revés el semblante entre boca y ojos.

Comprendiendo entonces Malamuerte la imposibilidad de defenderse con una herida que le cegaba, dio una gran voz y dejóse caer de espaldas como si le hubiesen muerto. Los españoles le registraron, y habiéndole quitado los tres o cuatro sueldos parisis que poseía, dejáronle para reunirse con sus compañeros y recoger mejor botín. Inmediatamente Malamuerte se levantó, y aplicada la mano a la nariz y la mejilla para sostenerlos en su posición natural, apretó a correr hacia la ciudad a fin de participar lo que sucedía.

He ahí porqué Malamuerte, que solía ser el primero en el ataque y el último en la retirada, encontrábase aquella vez, contra su inveterada costumbre, a la cabeza de los fugitivos.

Theligny e Ivonnet sabían ya lo que conocer deseaban. El escudero puso a Malamuerte en la grupa y los tres penetraron en la ciudad gritando: ¡A las armas!

Esperábales toda la ciudad, y en un momento se supo que el enemigo estaba a cuatro o cinco leguas, pero era la resolución de los vecinos tanta, que esta nueva, lejos de abatir, levantó los ánimos. Por fortuna, entre los cien hombres que consigo había traído el señor de Breuil había artilleros, los cuales se repartieran entre los quince cañones que los franciscanos habían conducido a las murallas, y como faltaban unos tres hombres por pieza, brindáronse los padres a completar las baterías, de modo que aceptada su proposición, al cabo de una hora de ejercicio hubiérase dicho que en su vida habían hecho otra cosa.

Era tiempo, pues a poco empezáronse a divisar las primeras columnas españolas. El ayuntamiento acordó enviar un correo al señor almirante para enterarle de la situación, y como nadie desease abandonar la ciudad en el momento del peligro, Ivonnet propuso por correo a Malamuerte, quien puso el grito en el cielo, exclamando que desde que tenía vendado el rostro se sentía más animoso que antes, por cuanto no habiéndose batido en quince meses, la sangre le ahogaba, y la poca que había perdido le dejaba sumamente aliviado. Sin embargo, Ivonnet le replicó que iban a facilitarle un caballo, del cual podría disponer para su uso, que a los tres o cuatro días regresaría a la ciudad con el señor almirante, y gracias a dicho caballo, en las salidas que efectuara podría ir mucho más lejos que la infantería.

Esta última consideración decidió a Malamuerte, si para ello no bastara la influencia que en él ejercía Ivonnet, influencia que sobre los temperamentos fuertes tienen siempre los débiles y nerviosos. Malamuerte marchó a escape con dirección a la Fère. Tranquilos podían quedar los de San Quintín, pues al paso que llevaba el aventurero, antes de hora y media el almirante estaría prevenido.

En el ínterin se habían abierto las puertas para recibir a los desgraciados habitantes de Origny–Sainte–Benoîte, apresurándose todos los ciudadanos a ofrecerles hospitalidad, y acto seguido se envió gente a los pueblos circunvecinos de Hardy, Rémicourt, la Chapelle, Recourt, la Labiette y otros, para traer toda la harina y cereales que hallaran.

El enemigo adelantaba en extensísima línea y con un fondo que daba a suponer que iba a lucharse con todo el ejército español, alemán y walon, o sea con cincuenta o sesenta mil hombres. Así como al bajar la lava del cráter del Vesubio o del Etna derrúmbanse las casas e inflámanse los árboles antes que el encendido torrente los haya alcanzado, de este modo ardían las mieses y las aldeas delante de aquella línea obscura que avanzaba.

Toda la ciudad miraba aquel espectáculo desde lo alto de las murallas de Rémicourt, de las galerías de la Colegiata que domina la ciudad, y de las torres de San Juan, Roja y del Agua, y a cada nuevo incendio que estallaba, elevábase un concierto unánime de imprecaciones que cual bandada de aves de mal agüero semejaba emprender el vuelo para caer sobre el enemigo. Más este seguía avanzando y barriendo al paso las poblaciones, como el viento arrambla la humareda de los incendios. Durante algún tiempo las puertas de la ciudad siguieron recibiendo a los fugitivos, hasta que por la proximidad del enemigo tuvieron que cerrarse, y entonces los pobres vecinos de las aldeas incendiadas se veían precisados a buscar refugio por la parte de Vermand, Pontru y Caulincourt. Luego el tambor dio la señal de que todos los que no fueran combatientes desalojaran las murallas y las torres, y así ya no quedó en toda la línea más que la gente armada, silenciosa como lo están siempre los hombres reunidos al aproximarse un peligro.

Empezaba a distinguirse claramente la vanguardia, la cual se componía de *pistoleros* que habiendo cruzado el Somna entre Rouvroy y Harly, derramáronse precipitadamente por toda la circunferencia de la ciudad, ocupando las puertas de Rémicourt, San Juan y Pontoilles. Seguían a los pistoleros tres o cuatro mil hombres, que a juzgar por la regularidad de su paso componían parte de aquellos antiguos tercios españoles que tenían fama de ser las mejores tropas del mundo. Estos pasaban a su vez el Somna y se dirigían al arrabal de la Isla.

––Bien mirado, amigo Ivonnet ––dijo Theligny––, creo que la fiesta va a empezar no lejos de la casa de vuestra beldad, y si queréis saber el compás que seguirá la música, veníos conmigo.

––Con mucho gusto, mi teniente ––contestó Ivonnet sintiendo en todo su cuerpo el estremecimiento nervioso que le sobrecogía a la inminencia de toda batalla.

Y con los labios apretados y el rostro algo demudado, encaminóse a la puerta del arraba1 de la Isla, a la cual se dirigía Theligny con la mitad de su compañía, dejando la otra mitad para defender a los vecinos y en caso preciso para darles ejemplo. Luego veremos que los vecinos fueron quienes dieron el ejemplo a los soldados, en lugar de tomarlo de ellos.

Llegaron al arrabal, y como Ivonnet marchaba unos cien pasos delante de los soldados, tuvo tiempo para llamar a la puerta de Gúdula, con el objeto de aconsejar a la muchacha, quien acudió asustada, de que no hallárase en las piezas altas, atendido que según toda probabilidad las balas no tardarían en jugar a los birlos con las chimeneas de las casas. Aún no lo había dicho cuando, como para corroborar sus palabras cruzó silbando una bala que, dando en lo alto de una pared hizo caer una lluvia de aerolitos alrededor del mancebo. Subióse Ivonnet al guardarruedas, agarróse con las dos manos al borde de la ventana, buscó entre las flores los trémulos labios de la niña, y saltado al suelo, exclamó:

––Si muero, Gúdula, no me olvides demasiado presto, y si me olvidas a lo menos no ames a un español, a un alemán o a un inglés.

Y, sin esperar la protesta que la joven iba a hacerle de amarle siempre, corrió a la muralla vieja y hallóse detrás del parapeto, a corta distancia del paraje que en sus correrías nocturnas escalar solía.

Como lo previera Theligny, que llegaba entonces en pos de su escudero, allí en efecto empezaba la fiesta. La música era retumbante y más de una vez hizo agachar la cabeza de los que la oían, sin embargo, después de dar qué reír a los soldados, acostumbráronse a ella los habitantes y hasta mostraron más valor y ardimiento que los demás. Entretanto aumentaban de tal modo las filas de los españoles, que los soldados y los vecinos tuvieron que abandonar el baluarte exterior, que al principio se proponían defender, pues como carecía de parapeto y lo dominaban las alturas del contorno, no podía resistir el ataque de tan grandes fuerza. Protegidos, pues, por las dos piezas y por los arcabuces de la muralla vieja, efectuaron en buen orden la retirada, dejando tres hombres muertos y llevándose los heridos.

Ivonnet arrastraba a un español, a quien después de atravesarle con la espada le había despojado del arcabuz, como no había tenido tiempo para quitarle las municiones, tiraba del cadáver, esperando que en premio de su molestia encontraría los bolsillos tan provistos como la cartuchera.

No se frustró esa esperanza, pues además de los tres meses de paga que la víspera habían percibido los españoles a fin de darles buen ánimo, todos habían merodeado un tontico en los cinco o seis días que encontrábanse en campaña. No diremos si el español de Ivonnet había hecho más o menos agosto que sus compañeros, pero lo cierto es que al registrar sus bolsillos el aventurero quedó al parecer muy contento con lo que había hallado.

Detrás de los soldados de Thligny y, los habitantes de la ciudad, los jefes españoles Julián Romerón y Carondelet tomaron posesión del baluarte exterior y ocuparon las casas de las calzadas de Guisa y de la Fère, que componían la parte alta del arrabal. Más cuando quisieron atravesar el espacio comprendido entre aquel baluarte y la muralla vieja, fueron recibidos con tan nutrido fuego que tuvieron de guarecerse en las casas, desde cuyas ventanas continuaron el fuego hasta que la noche puso término al combate.

Entonces y sólo entonces creyó Ivonnet que le sería permitido volver la cabeza, y a diez pasos vio el pálido rostro de una gentil moza, que so pretexto de enterarse si su padre encontrábase allí, había invadido el terreno de los combatientes infringiendo la orden que lo prohibía. Volvióse el aventurero a su teniente, y éste le dijo:

––Señor Ivonnet, como hace ya casi dos días y dos noches que estáis de servicio y debéis encontraros cansado, dejad que otros cuiden de vigilar la muralla y descansad hasta mañana tan cómoda y agradablemente como deseo. Me hallaréis en la refriega.

No aguardó Ivonnet a que se lo dijeran dos veces, sino que mirando disimuladamente a Gúdula sin dar señales de hacer caso de ella, encaminóse a la calzada como para entrar en la ciudad, pero sin duda a causa de la obscuridad perdióse en el arrabal, pues a los diez minutos volvía a encontrarse en aquella callejuela, delante de aquella ventana y con un pie en aquel guardarruedas que ya conocen nuestros lectores.

Cogió Ivonnet dos blancas manecitas que asomando por aquella ventana le atrajeron con tan maña al interior, que fácilmente se conocía que no por primera vez a semejante ejercicio se entregaban.

Eso ocurría en 2 de agosto de 1527.

XXIII
EL ALMIRANTE CUMPLE SU PALABRA

Como era de suponer, Malamuerte anduvo con celeridad el camino de San Quintín a la Fère, pues antes de hora y media encontrábase a la puerta del almirante. Al ver a aquel hombre que llegaba a escape tendido con el traje ensangrentado y la cara vendada, si era imposible reconocer a Malamuerte a causa de la máscara que se la cubría toda, excepto los ojos y la boca, a lo menos era posible conocer a un mensajero de infaustas nuevas, así es que al momento fue conducido a presencia de Coligny.

El almirante estaba con su tío, recién llegado, y Malamuerte relató la toma de Origny–Sainte–Benoite, el degüello de los que habían querido defender el castillo, y el incendio de cuantos pueblos había en la línea que seguía el ejército español, el cual dejaba tras de sí un rastro de fuego y humo.

El tío y el sobrino acordaron seguidamente lo que cada uno debía hacer: Coligny con quinientos o seiscientos hombres partiría al momento para encerrarse en San Quintín y resistir hasta el último extremo, y el condestable con el resto de la fuerza reuniríase con el ejército del duque de Nevers, el cual como sólo contaba de ocho a nueve mil hombres y por lo tanto era muy escaso para atacar al ejército español, que ascendía a más de cuarenta mil combatientes, lo flanqueaba apercibido para aprovecharse de sus faltas. Este pequeño ejército operaba en los confines del Liosenado y de la Tierrache.

El almirante mandó luego tocar botasillas, y aconsejado por su guía Maldiente resolvió tomar el camino de Ham en lugar de seguir la vía recta. Como según las noticias que obtuviera creía que los españoles atacarían a San Quintín por Rémicourt, el arrabal de San Juan y el de la Isla, por éstos tres lados encontraba Coligny un obstáculo a su proyecto, y el único camino que según decía Maldiente quedaba. Probablemente expedito todavía, era el de Ham a San Quintín, atravesando pantanos casi intransitables para los que no conocían el camino.

Coligny tomó consigo tres compañías de infantería, cuyos capitanes eran Saint–André, Rambouillet y Luis Poy, y como la tercera había llegado de Gascuña aquel mismo día, hallábase tan cansada que se quedó por el camino de la Fère a Ham.

Al salir de la Fère dirigiéndose el almirante a Ham seguido del condestable, hallaron un perrazo negro sentado en medio del camino el cual comenzó a ladrar estentóreamente. Echáronle, pero a cien pasos más allá sentóse otra vez en medio del camino y púsose a ladrar de una manera todavía más lúgubre que antes y arrojado de nuevo, volvió a las andadas ladrando más fuerte y furiosamente.

Entonces el condestable preguntó a Coligny:

––¿Qué os parece eso, sobrino?

––Que es una música muy desagradable, señor ––contestó el almirante–– y *creo que vamos preparados para la comedia.*

––*Sí*, y *acaso para la tragedia* ––repuso Montmorency.

Y tras esa profecía diéronse tío y sobrino un abrazo de despedida, continuando el almirante hacia Ham y regresando el condestable a la Fère, de donde salió aquella misma tarde. A éste le aguardaba otro presagio; apenas hubo andado una legua camino de Laon, cuando un hombre barbudo con trazas de peregrino, arrojóse a la brida del palafrén, gritando:

––¡Montmorency, Montmorency! predígote que dentro de tres días toda tu gloria será humo.

––En horabuena –exclamó el condestable—; pero yo te predigo que antes te romperé las quijadas.

Y de un fuerte puñetazo derribó al malventurado profeta dislocándole la mandíbula. El condestable continuó andando como lo hiciera el almirante, llevándose cada cual un funesto agüero.

Coligny llegó a Ham a las cinco de la tarde, y resuelto a continuar el camino sin parar hasta San Quintín, dio una hora de descanso a la tropa y prosiguió otra vez su marcha con los gendarmes y dos compañías de infantería. En Ham, Larnac y Luzarches trataron de detenerle manifestándole los servicios que podía prestar en campo abierto y ofreciéndose a ir a San Quintín en su lugar, más él les contestó:

––Prefiriera haber perdido todo el valor que tengo a no llevar el auxilio que he prometido a aquella buena gente, tan decidida a defender su ciudad.

Y a la hora indicada partió sin dilación.

A dos puertas de Ham hallóse con el abad de Saint–Prix, Santiago de la Motte, nobilísimo prelado que sobre ser canónigo de San Quintín, Chartres, París y Mans, tenía dos prioratos, y cuando murió había sido canónigo en tiempo de cinco Reyes, desde Francisco I. Barruntando Coligny que el ilustre viajero venía de San Quintín, acercósele, y el militar y el eclesiástico, reconociéronse.

A los primeros cañonazos disparados a la puerta del arrabal de la Isla, el abad había salido de la ciudad por el arrabal de Pontoilles, e iba diligente a enterar al rey de la posición de San Quintín y pedirle socorro. Así es que como lo había previsto el almirante, el único camino que quedaba libre era el que seguía.

––Señor abad ––exclamó Coligny––, puesto que vais a ver al rey, dispensadme el obsequio de decir a S. M. que me habéis hallado a la cabeza de un buen refuerzo con la esperanza de entrar, Dios mediante, esta noche en San Quintín, donde espero prestarle un buen servicio.

Y habiendo saludado al abad, continuó adelante.

Apenas había andado una legua cuando empezó a divisar a dos fugitivos de Origny–Sainte–Benoite y demás pueblos cercanos a San Quintín, quienes no encontrando refugio en la ciudad huían a otros puntos. Los infelices estaban extenuados de hambre, y en tanto unos andaban aún trabajosamente, tendidos otros al pie de los árboles moríanse de hambre y cansancio. El almirante les distribuyó algunos socorros y prosiguió el camino.

A dos leguas de San Quintín le sorprendió la noche, pero Maldiente respondía de todo a cuantos desearan seguirle, y con la esperanza de recibir una buena recompensa al final del viaje, en prueba de su sinceridad ofrecía preceder al almirante con una cuerda al cuello. La compañía del capitán Rambouillet siguió el camino indicado; el capitán Saint–André, que pretendía tener un buen guía, solicitó que le dejaran ir por su lado, y no atreviéndose el almirante a exigir que todos se fiaran como él de Maldiente, permitió que SaintAndré fuese por donde deseara.

Ningún obstáculo se halló en el camino de San Quintín; la ciudad no estaba cercada del todo, habiéndose reservado la parte del arrabal de Pointoilles al ejército inglés, que debía llegar de un instante a otro, y por este lado precisamente acudía el almirante. A la altura de Savy, o sea tres cuartos de legua antes de llegar a San Quintín, dirigieron una cautelosa mirada sobre la plaza y distinguieron los fuegos del ejército enemigo, que se extendían desde la Chapelle-d'Epargnemailles hasta los prados de Guillard. Cualquiera habría dicho que habían dejado un camino ex profeso para la fuerza que mandaba el almirante, por manera que éste receló una emboscada.

Familiarizado con el dialecto picardo gracias a sus frecuentes pláticas con Maldiente, Procopio ofrecióse a explorar el terreno, a cuyo efecto el almirante hizo alto para esperarle. A los tres cuartos de hora volvió el aventurero. El camino estaba despejado, y él se acercó tanto a la muralla que percibió al centinela pasearse desde la puerta de Pontoilles hasta la torre frontera al prado de los Ansarones. Entonces desde la orilla del brazo al río que entonces corría al pie del muro, silbó Procopio al centinela, quien se detuvo a escudriñar con la vista la obscuridad, repitió el silbido, y seguro de que le habían visto anunció con voz queda la proximidad del almirante. Así quedaba avisada la guardia de la puerta de Pontoilles para franquear la entrada a Coligny una vez que llegase.

Elogió Coligny la inteligencia de Procopio, y aprobando lo que había hecho continuó otra vez la marcha ya más tranquilo y guiado como siempre por Maldiente. A treinta pasos de la puerta levantóse de un foso un hombre pistola en mano y pronto a dispararla si en lugar de amiga era enemiga la tropa que se acercaba. Veíase sobre la muralla una sombra más densa. Habíanse apostado cien hombres en aquel sitio por si las palabras de Procopio al centinela encubrían alguna sorpresa. El hombre de la pistola, que por decirlo así, surgía del foso, era el teniente Theligny, quien se adelantó exclamando:

––¡Francia y Theligny!

––¡Francia y Theligny! —contestó el almirante.

Efectuado estaba el reconocimiento: llegaba el prometido refuerzo, y abriéronse las puertas al almirante y a sus ciento veinte hombres.

Al punto cundió por la ciudad la noticia de esa llegada, los habitantes salieron a medio vestir de sus casas dando alegres voces, muchos querían luminarias, y algunos ya las habían principiado. El almirante acalló los gritos y mandó apagar las luces temiendo que el ejército enemigo se alarmara y redoblase la vigilancia. Fuera de que todavía no había llegado Saint-André y su compañía, y a las tres de la madrugada nada se sabía de ellos.

Como el día se acercaba y corría peligro de encontrarse con algún destacamento español, presentóse Lactancio con siete u ocho franciscanos, diciendo que pues los buenos padres no motivarían sospechas por llevar tan respetuoso hábito, se ofrecían a derramarse por el campo en una extensión de una a dos leguas y traer la compañía perdida. Aceptando el ofrecimiento, salieron unos por la puerta de Pontoilles y otros por la poterna de Santa Catalina.

Entre las cuatro y las cinco de la mañana apareció una partida de sesenta hombres conducida por dos padres, y a las seis otra de cincuenta y cinco o sesenta soldados conducida asimismo por un religioso, en la cual se hallaba el capitán Saint—André. Su guía se había extraviado y los padres les habían encontrado justamente cuando iban a dar en el campo flamenco.

Los demás franciscanos volvieron unos tras otros, y Dios les protegió no admitiendo que les aconteciera ningún mal. Así que entraron los últimos hombres en la ciudad. Coligny ordenó pasar lista, y viose que gracias a él la guarnición quedaba aumentada en doscientos cincuenta soldados, auxilio, a la verdad escasa si la presencia del que lo traía no hubiese verificado un grandísimo efecto moral dando valor a los más pusilánimes.

Theligny, el corregidor y el gobemador de la ciudad dieron parte al almirante de lo que la víspera acaeciera, y convencido más que nunca de que debía defenderse el arrabal de la Isla hasta el último extremo, Coligny se dirigió desde luego a aquel sitio.

Subió, pues, a la muralla vieja, y en medio de las balas que en torno suyo silbaban, determinó ejecutar al anochecer una salida a fin de incendiar las casas vecinas desde donde los españoles inquietaban continuamente a los soldados que guamecían las murallas. Si no se malograba la salida y se recobraba el baluarte que el día anterior se habían adueñado los sitiadores, entonces podría abrirse una trinchera delante de la muralla para resguardarla del fuego enemigo [1]. En el ínterin, con el objeto de concentrar en este sitio todos los medios defensivos posibles, mandó el almirante abrir una tronera a cada flanco de la muralla, en la que se pusieron dos cañones, y tomadas estas disposiciones como urgente medida, Coligny creyó que era hora de examinar la calidad y cantidad de los enemigos con quienes iba a luchar. Según las banderas de sus tiendas, era fácil conocer la nación a que pertenecían los soldados y los príncipes que les mandaban, y colocado el almirante en el ángulo más avanzado de la muralla tenía a la derecha tres campamentos diferentes, situados cada uno en una colina.

El más lejano era el del conde de Schwarzembourg; el del centro era el de los condes Egmont y de Mons, amigos que ni aún la muerte debía separar, y el más próximo era el de Manuel Filiberto.

Enfrente tenía el almirante las tropas españolas con las cuales se combatiera la víspera, y que, como dijimos estaban a las órdenes de Julián Romerón y del capitán Carondelet.

[1] Sobre el sitio de San Quintín consúltese la excelente obra de M. Carlos Gomard.

A la izquierda adelantaba el punto extremo del campamento principal, que ocupaba un vastísimo espacio de terreno y estaba casi completamente cercado por el Somna, el cual forma un semicírculo desde sus fuentes hasta el punto donde corre entre San Quintín y el arrabal de la Isla. Este campamento, en medio del cual fijó luego sus tiendas el príncipe de Saboya, extendíase frente a la muralla desde el río hasta el arrabal de San Juan, comprendiendo los cuarteles de los señores field-mariscal de Binincourt, margraves de Berz y de Valle, duque de Laimòna, condes de Schaunbourg y de Mansfeld; Bernardo de Mendoza, Femando de Gonzaga, obispo de Arras, condes de Feria, de Rinayo y de Veaugier; mariscal de Careneis, duques Elías y

Ernesto de Brunswich, Juan Mamiq, señores del Boussu y de Barlaymont, conde de Niegue, señor Lazau de Schwendy, y por último los cuarteles de caballería de línea, de alabarderos y de mutins.

De la torre de San Juan a la gran torre, esto es, en lugar diametralmente opuesto al arrabal de la Isla, alzábase el campamento flamenco y se construía una batería que hizo un fuego tan mortífero que desde aquel día el camino de donde disparaba se denomina el callejón del Infierno.

Por último, restaba la parte de la ciudad que medía desde el arrabal de Pontoilles hasta Tourrival, parte que según hemos dicho estaría enteramente despejada hasta que la ocupara el ejército inglés, al cual se aguardaba.

Pasada esa especie de revista preparatoria, fue el almirante a la Casa de la Ciudad, donde ordenó que le dieran una lista de los hombres válidos, se buscaran todas las armas que aún podían hallarse en la población, y se abriera un registro de inscripción para los obreros varones y hembras que quisieran trabajar en los terraplenes, que se practicaran pesquisas con el objeto de juntar todas las herramientas, espuertas y sacos; que se formara un estado de cuantos víveres almacenados, así en las casas públicas como en las particulares, halláranse, a fin de establecer orden en el consumo y evitar el despilfarro. Por último, pidió una relación exacta de la artillería, de las municiones y del número de hombres que servían las piezas.

En la inspección que terminaba de practicar el almirante no vio más que dos molinos: uno de viento, sito al extremo de la calle de Billon, próximo a la torre Roja, y otro de agua en el Somna, en el arrabal inferior de la Isla. Como Coligny expresara el temor de que no serían suficientes aquellos dos molinos para moler el trigo necesario al consumo de una ciudad de veinte mil almas, los concejales le tranquilizaron asegurándole que en la población hallarían quince o dieciséis tahonas que funcionarían constantemente, lo cual, en caso de un trabajo continuo, sería suficiente para la subsistencia de la ciudad y su guarnición.

Seguidamente el almirante organizó el alojamiento de las compañías, adoptando la división de la ciudad en cuatro distritos tal como hallábase hecha, y subdividiéndolos en dieciséis barrios, a cuya vigilancia destinó dieciséis vecinos y otros tantos oficiales, a fin de que todas las decisiones se tomaran acordes. La tropa fue organizada para la defensa en las murallas junto con la milicia ciudadana, con encargo de proteger cada cual su respectivo distrito. El Ayuntamiento se constituyó en sesión permanente para atender sin tardanza alguna a las peticiones y consultas que se le dirigieran, y el almirante presentó a la Municipalidad los caballeros que componían lo que hoy llamaríamos estado mayor, que debían ser los intermediarios con los magistrados. El capitán Languett fue nombrado inspector de artillería, con diez gendarmes a su mando encargados de indagar la cantidad de pólvora gastada cada día, y de procurar que esta pólvora, tan preciosa por la poca con que se contaba, estuviese resguardada de todo peligro.

Al recorrer las murallas, Coligny había visto cerca de la puerta de San Juan y a corto trecho del muro muchas huertas con multitud de árboles frutales, rodeadas de altas y frondosas cercas, algunas de las cuales llegaban hasta los fuertes de la ciudad. Cercas y árboles que ampararían al enemigo si por aquel lado se acercaba a la muralla. Como aquellas fincas eran de los principales vecinos de la ciudad, el almirante pidió al Ayuntamiento su venia para destruirlas, y concedida sin dificultad alguna, ordenóse que todos los carpinteros de la población fuesen inmediatamente a arrasarlas.

La corta sirvió para fajinas.

Viendo entonces a la Municipalidad poseída de un mismo pensamiento, y a los nobles, plebeyos y militares animados de igual resolución, sino de entusiasmo, retiróse Coligny a casa del gobernador, adonde habían de ir a tomar órdenes los jefes de las compañías. Esta casa hallábase situada en la calle de la Ceca, entre la Templería y los Franciscanos.

Enterados los jefes de lo que acababa de hacerse, participóles el almirante la buena disposición de los habitantes de la ciudad, su firme propósito de defenderse hasta el último trance, y exhortóles a que templando tanto como les fuera posible los rigores de la situación, mantuvieran la buena armonía entre estos dos poderes tan rara y difícilmente acordes: ejército y paisanaje. Cada capitán debió además presentar acto seguido un estado de su compañía, a fin de que el almirante supiese fijamente el número de hombres de que podía disponer y el de bocas en servicio que había de alimentar.

Subiendo seguidamente con un ingeniero a la galería de la Colegiata, desde la que divisábase todo el circuito de la ciudad, indicó las excavaciones que se habían de llenar y las eminencias que debían allanarse. Dadas tales órdenes, y habiéndose quedado solo con el oficial a quien pensaba enviar al condestable para obtener un refuerzo de tropas en tanto era todavía posible socorrer la plaza, reparó que el camino de Savy, cubierto de vides y cruzado por una cordillera de colinas cerca de la capilla de Epargnemailles, era la vía más propicia para la entrada de tropas en la plaza. Efectivamente, el capitán Saint–André había llegado en mitad del día y sin ser visto por aquella parte.

Y acordándose, por último, Coligny de que era hombre, recogióse para descansar algunas horas.

XXIV
LA TIENDA DE LOS AVENTUREROS

Mientras Coligny tomaba las antedichas medidas de seguridad pública, responsable como era de la defensa de la ciudad, y algo tranquilizado por el ardor de los magistrados y el valor de los vecinos, disponíase a descansar en el palacio del gobernador. Dispuestos también nuestros aventureros a pelear por la ciudad, porque Coligny les había tomado a su servicio salvo las reservas hechas por Procopio, indiferentes a todo y esperando con calma la primera señal de la corneta o del tambor, habían plantado su tienda a un tiro de piedra de la puerta de la Isla, en un terreno llano que enfrente de los Franciscanos se extendía desde el extremo de la calle de Wager hasta el pie de la muralla.

A consecuencia de la venida de Coligny a San Quintín, estaban todos reunidos, y echando cuentas.

Ivonnet, en pie, terminaba de depositar fielmente en la caja la mitad de la suma que a la liberalidad del rey Enrique II debía; Procopio, la mitad de los honorarios que había recibido como escribano; Maldiente, la mitad del salario que había recibido como guía; Malamuerte; la mitad de la gratificación tan justamente ganada yendo herido como estaba a participar a Coligny la llegada de los españoles, y Pillacampo, la mitad asimismo de lo que había ganado en la venta del buey acogotado por los dos Scharfenstein.

Respecto a estos últimos, como no había habido combate, nada colocaron en el fondo común, y sin curarse de la escasez de víveres que acarrearía el bloqueo de la ciudad, estaban asando los restos del cuarto de vaca que les había correspondido después de la distribución de los tres cuartos ejecutada por Pillacampo.

Lactancio traía dos costales de trigo y otro de habichuelas, y ofrecíalos en vez de dinero a la compañía. Era un regalo que a los aventureros hacía el convento de franciscanos, cuyos padres organizados militarmente habían elegido por capitán a Lactancio, según ya dijimos.

Fracasso continuaba buscando infructuosamente un consonante al sustantivo *polvo*.

En un cobertizo construido a toda prisa, los caballos de Ivonnet y Malamuerte comían el pienso, y distinguíase un molino portátil que Heinrich y Franz se encargaban de hacer funcionar.

Los asuntos pecuniarios de la sociudad marchaban viento en popa, y cuarenta escudos de oro cuidadosamente contados por Procopio, recontados por Maldiente y colocados en pilas por Pillacampo, estaban para ingresar en la caja común. Si la sociedad duraba un año más con tales condiciones, Procopio se proponía adquirir una escribanía o una procuraduría; Maldiente, comprar una granja que había en el camino de Fére a Ham; Ivonnet, casar con alguna rica heredera, a cuya mano le daban desde entonces doble derecho su elegancia y su fortuna; Pillacampo, abrir un magnífico establecimiento de carnicería en la capital o en alguna populosa ciudad de provincia; Fracasso, hacer imprimir sus poesías a imitación de Ronsard y Jodelle; y Malamuerte, pelear por cuenta propia y tanto como se le antojara, lo cual le libraría de las reconvenciones de sus camaradas y de las personas a quienes servía, que no dejaban de amonestarle por lo poco que cuidaba de salvar el pellejo. En cuanto a los dos Scharfenstein, como no tenían ninguna idea, tampoco tenían ningún proyecto.

Recontando hallábase Maldiente los últimos escudos y Pillacampo la última pila, cuando llegó hasta los aventureros una sombra, la cual denotaba que entre ellos y la luz se había presentado un cuerpo opaco. Procopio extendió instintivamente la mano hacia el oro, y Maldiente lo cubrió con su sombrero. Volvióse Ivonnet y vio de pie en el umbral de la tienda al mismo mancebo que en el campamento de la Fère quería comprarle el caballo. No obstante la presteza con que Maldiente había ocultado el oro bajo el sombrero, el desconocido lo vio, y con la rápida mirada de un hombre ducho en semejantes apreciaciones, calculó que aquella cantidad ascendía a cincuenta escudos de oro.

––¡Hola, hola! ––exclamó ––, parece que no habéis hecho mal agosto. Poco a propósito es la ocasión para proponeros un negocio, pues vais a ser exigentes, amigos míos.

––Según la importancia del negocio ––dijo Procopio.

––Hay negocios de muchas clases —repuso Maldiente.

––¿Hay probabilidades de beneficio además de vuestras proposiciones? ––interrogó Pillacampo.

––Si hay que dar estocadas, seremos fáciles de satisfacer ––añadió Malamuerte.

––Con tal que no se trate de una expedición contra algún convento o iglesia, podremos arreglarnos ––dijo Lactancio.

––Sobre todo si hemos de obrar a la claridad de la luna dijo Fracasso—; yo estoy por las empresas nocturnas, las solas que son poéticas y pintorescas.

Ivonnet miraba al extranjero sin decir palabra, y los dos Scharfenstein estaban atareados con el trozo de vaca, que asaban. Todas aquellas observaciones, que denotaban respectivamente los caracteres de los indi-

viduos que las hacían, escapáronse casi a la par de los labios de los aventureros. Sonrióse el mozo, y respondió a todos los reparos y preguntas clavando los ojos uno tras otro en los aventureros a quienes se dirigía la fracción de su respuesta:

—Sí, el negocio es importante y grave —exclamó—, y hasta de gravísima clase. Y aunque haya probabilidades de beneficio además de mi proposición, como se han de dar y recibir bastantes estocadas, pienso ofreceros una cantidad razonable que satisfaga a los más descontentadizos. Por lo demás, tranquilícense los espíritus religiosos, que no se trata de convento ni iglesia, y es posible que para mayor seguridad obrenos de noche. Con todo, debo decir que preferiría una noche obscura a los rayos de la luna.

—Explayad, pues, la proposición —exclamó Procopio—, y veremos si es aceptable.

—Escuchad —respondió el joven—. Se trata de comprometeros a seguirme bien en una expedición nocturna, bien en una escaramuza, combate o batalla en medio del día.

—Y, ¿qué hemos de hacer siguiendoos en esa expedición nocturna, en esa escaramuza, combate o batalla?

—Habréis de atacar a quien yo atacare, cercarle y matarle.

—¿Y si se entrega?

—Os advierto que para él no ha de haber misericordia.

—¡Diantre! —dijo Procopio. ¿Es, pues, un odio mortal?

—Acertasteis, amigo.

—¡Bueno! —murmuró Malamuerte restregándose las manos—, eso sí que es hablar.

—Tengo para mí —dijo Maldiente— que si ofrecieran un buen rescate sería mejor aceptarlo que matar.

—He previsto ese caso y trataré del rescate y de la muerte a un tiempo.

—De manera que nos compráis al hombre muerto o vivo —prosiguió Procopio.

—Muerto o vivo, justamente.

—¿Cuánto dais por el muerto? ¿Cuánto por el vivo?

—El mismo precio.

—¡Bueno! —exclamó Maldiente—; paréceme sin embargo que un vivo vale más que un muerto.

—No, pues si vivo me lo entregarais, yo le matara.

—Veamos —añadio Procopio—, ¿cuánto dais?

—Poco a poco, Procopio —dijo Ivonnet—; es necesario que el señor Waldeck se digne decirnos de quién se trata.

El mancebo retrocedió un paso exclamando:

—Habéis pronunciado un nombre.

—Que es el vuestro, caballero, —replicó Ivonnet, —mientras que los aventureros se contemplaban empezando a comprender que el amante de la señorita Gúdula miraría mejor que nadie por los intereses de la compañía.

Frunció el mozo sus rubias cejas e interrogó:

—¿Dónde me conocisteis?

—¿Queréis que os lo diga? —contestó Ivonnet.

Waldeck titubeó.

—Acordaos del castillo de Pareq —prosiguió el aventurero.

El joven palideció.

—Acordaos del bosque de SaintPaul-sur-Ternoise.

—Cabalmente porque me acuerdo —dijo Waldeck— he venido a haceros la proposición que estáis discutiendo.

—Así, pues, deseáis — que matemos al duque Manuel Filiberto —dijo tranquilamente Ivonnet.

—¡Cáscaras! —prorrumpió Procopío. ¡Al duque de Saboya!

—Ya veis que es bueno explicarse —añadió Ivonnet mirando de soslayo a sus compañeros.

—¿Y por qué no mataríamos, al duque Manuel? —interrogó Malamuerte.

—No digo que no hayamos de matarle —repuso Procopio.

—Corriente —dijo Malamuerte—; es enemigo nuestro, pues servimos al señor almirante, y no sé por qué no habríamos de matar al duque de Saboya como a otro cualquiera.

—Tienes muchísima razón, Malamuerte, pero es más caro que otro cualquiera.

Maldiente hizo un ademán de conformidad.

—Mucho más caro —exclamó.

—Sin contar —dijo Lactancioque arriesgamos el alma en la partida.

––¡Ta, ta! —exclamó Waldeck con maligna sonrisa. ¿Creéis que si Benvenuto Cellini no se encuentra en el infierno por otra cosa, se condenó por haber dado muerte al condestable de Borbón?

––El condestable de Borbón era un rebelde. *Distingo* —replicó Procopio.

––Además, combatiendo contra el Papa Clemente VII, estaba excomulgado ––observó Lactancia––, y matarle era una obra pía.

––¿Acaso el duque de Saboya es amigo del Papa Paulo IV? ––preguntó Waldeck encogiéndose de hombros.

––Ea ––dijo Pillacampo—, doblemos la hoja y hablemos del precio.

––Eso se llama volver a la cuestión ––dijo Waldeck. Vamos a ver, ¿Qué diríais si os ofreciera quinientos escudos de oro, esto es, ciento en arras y cuatrocientos después de haber dado el golpe?

Procopio meneó la cabeza contestando:

Diríamos que la oferta es muy insignificante.

––Lo siento ––dijo Waldeck—, y por no perder tiempo os digo que no tengo más de quinientos escudos de oro, si rehusáis, iré a proponérselo a otros.

Los aventureros se miraron: cinco movían la cabeza, y sólo Malamuerte opinaba que debía aceptarse, pensando en las estocadas que habría. Fracasso estaba abismado en sus delirios poéticos.

––Por lo demás —añadió Waldeck—, el asunto no corre prisa. Lo pensaréis. Os conozco, me conocéis, y como vivimos en la misma ciudad, será fácil hallarnos.

Y saludando a los aventureros con un ligero ademán de cabeza, volvió las espaldas y cogió la puerta.

––¿Le llamamos? —interrogó Procopio.

––¡Canario! ––exclamó Maldiente––, quinientos escudos de oro no son un grano de anís.

––Además ––repuso Ivonnet, si eso es cuanto tiene, la chica más guapa del mundo no puede dar sino lo que posee.

––¿Y si diésemos el golpe por cuenta nuestra? —añadió Pillacampo.

––Sí —exclamó Malamuerte––, demos el golpe.

––Señores —interrumpió Procopio—, la idea es del señor de Waldeck, y aprovecharnos de una idea que él mismo ha venido a participarnos, sería un robo, ya sabéis mis principios en materia de derecho.

––Pues si la idea es suya, como dices —replicó Ivonnet—, y él tiene la propiedad de la idea, creo que debemos aceptar los quinientos escudos de oro.

––Sí, aceptemos y riñamos ––refunfuñó Malamuerte.

––Despacito, despacito ––dijo Maldiente.

––¿Y si se entiende con otros? ––interrogó Ivonnet.

––Sí, ¿y si se entiende con otros? ––repitió Procopio..

––Aceptemos y ¡batalla! ––gritó Malamuerte.

––––Sí, sí, aceptemos ––gritaron todos en coro.

––*Asebdemos* ––exclamaron los dos Scharfenstein que entraban conduciendo en una tabla el trozo de vaca asada, y que sin conocer de qué se trataba opinaban como la mayoría probando como siempre su buena índole.

––Pues corra tras él uno de nosotros y llámale —dijo Procopio.

––¡Yo! ––contestó Malamuerte.

Y salió corriendo; pero en el mismo instante oyó sonar por la parte del arrabal de la Isla algunos tiros, continuados inmediatamente de un nutrido fuego.

––¡Oh! ¡batalla! ¡batalla! ––exclamó Malamuerte desnudando el acero y echando a correr en dirección opuesta a la que seguía el bastardo de Waldeck, quien se dirigía a la torre del Agua.

––¡Hola! ––dijo Ivonnet––, hay gresca por la parte del arrabal de la Isla, vamos a ver que es de Gúdula.

––¡Y el negocio! —repuso a su vez. Procopio.

––Arréglalo ––dijo Ivonnet––; lo que hagas estará bien hecho; te concedo amplias facultades.

Y lanzóse en pos de Malamuerte, quien había ya traspuesto el primer puente y ponía el pie en la Isla que formaba el estrecho de San Pedro. Veamos ahora lo que en el arrabal de la Isla pasaba.

XXV
BATALLA

Recordará el lector que al entrar en el palacio del gobernador el almirante dio orden a los señores Theligny, Jarnac y Lúzarches, de ejecutar entre dos luces una salida a fin de incendiar las casas próximas al

baluarte exterior, en vista de que los españoles en ellas ocultos hacían fuego sobre los defensores de la ciudad, que colocados en un sitio más bajo no podían resguardarse de los tiros.

En su consecuencia, a las seis de la tarde, los tres jefes reunieron un centenar de hombres de sus diferentes compañías y ciento veinte paisanos de buena voluntad mandados por Guillermo y Juan Peuquet. Estos doscientos veinte hombres iban a atacar a dos mil.

A treinta varas apenas de la muralla el camino se divide en dos, según hemos indicado: uno conduce a Guisa y otro a la Fère. Tratábase de pegar fuego a los dos lados de aquel camino y en sus dos brazos, y por lo tanto, la fuerza debía dividirse en dos cuerpos que atacasen a la derecha y a la izquierda, incendiando ambos a un tiempo. Como Guillermo y Juan Peuquet conocían la localidad, encargáronse de mandar un trozo cada uno, y a las seis y media abrióse la puerta del arrabal de la Isla dando paso a la fuerza que salió corriendo.

Sin embargo, por sigilosa que hubiese sido la reunión y por rápida que fuese la salida, los centinelas habían dado noticia de la primera y Carondelet y Julián Romerón previsto la segunda. De aquí que a cada bocacalle los franceses encontráronse con dobles fuerzas españolas, y de cada ventana llovían balas sobre ellos. Fue tal, no obstante la impetuosidad del choque, que los españoles que defendían las dos calles fueron desbaratados, y a pesar del fuego de las ventanas, los franceses invadieron cinco o seis casas.

Es ocioso decir que Malamuerte chillando, gruñendo, blasfemando y sobre todo hiriendo, consiguió ponerse al frente de una de las dos columnas y penetrar primero en una casa. Olvidó que sólo entraban para incendiarla, y ascendió volando al último piso. Los que entraron tras él olvidaron por su parte que otro les había precedido, y fieles a la consigna amontonaron leña en el piso bajo y especialmente al pie de la escalera, y la encendieron.

Eso se hizo en dos o tres casas.

Al comienzo, los españoles habían tomado el ataque por una salida ordinaria, pero al ver la humareda que salía de las puertas y ventanas, adivinaron el objeto de los franceses, y juntando entonces todos sus esfuerzos, cayeron en número diez veces superior sobre la columnita, que fue rechazada. Lista había conseguido en parte su objeto, pues las llamas empezaban a levantarse sobre el tejado de dos o tres casas.

Acordémonos de que Ivonnet había querido utilizar e1 tiempo yendo a visitar a la señorita Gúdula, cuyes temores calmaba del mejor modo que podía: temores grandes, pues ya dijimos que el padre y el tío de la niña servían de guías a las dos columnas de la salida. Fueron tan recios durante un momento los gritos, los clamores y el estruendo de los tiros, que a Ivonnet le tentó la curiosidad de ver lo que pasaba y subió al desván con la muchacha, a él pegada como su sombra, algo por miedo y mucho por amor; y asomándose entonces a una ventanilla, pudo juzgar lo que ocurría.

El terrible fragor del combate indicaba que en las calles seguía luchándose cuerpo a cuerpo. Además, por las ventanas de cuatro o cinco casas salía humo, entre el cual atravesaban seres humanos despavoridos. Eran los españoles que, sorprendidos por el incendio, no podían bajar de los altos porque las escaleras estaban incendiadas.

En todas, aquellas casas había un movimiento de espanto fácil de concebir, y en una de ellas el espanto rayaba al parecer en terror, allí hallábase Malamuerte, que sin curarse del incendio atacaba, hería y lidiaba envuelto en humo.

Cuando Ivonnet asomó el rostro a la ventanilla, la escena acaecía en el primer piso. Los españoles más avisados que lo defendían, viendo que habían de luchar a un tiempo con el incendio y con aquel hombre que semejaba ser el demonio de las llamas, saltaron por las ventanas en tanto que otros subían instintivamente al segundo piso, perseguidos de Malamuerte, que iba chillando: ¡batalla! ¡batalla!

Entretanto el fuego destruía, y mientras Malamuerte acosaba a los españoles, el fuego perseguía a Malamuerte, quien seguramente debía una invulnerabilidad que no le era habitual al destructor elemento que cual poderoso aliado le seguía, y del que no daba señales de hacer caso alguno. Pronto el humo obscureció el segundo piso como obscureciera el primero, y el incendio comenzó a invadirlo con sus lenguas de fuego.

Los demás procuraron huir por el tejado.

Salieron dos y la mitad de otro por una lumbrera, y decimos la mitad de otro, porque éste paróse de improviso indicando con expresivos ademanes que en la parte de su cuerpo que estaba adentro pasaban cosas para él muy desagradables: era que Malamuerte acuchillaba aquella perezosa parte. En vano el español procuró alcanzar a sus compañeros, que corrían por los tejados, pues cayó de espaldas, y a pesar de un supremo esfuerzo para cogerse al borde de la ventana, desapareció enteramente.

A los cinco segundos, en lugar del español asomaba a la lumbrera el rostro de Malamuerte, a quien era fácil reconocer por la máscara de lienzo que le vendaba la última herida. Viendo que sus dos enemigos escapábanse, dióse a perseguirlos. No parecía sino que Malamuerte había sido albañil o bailarín de cuerda,

según con firme pie por el estrecho camino andaba, y a ser musulmán, a la hora de su muerte indudablemente que su alma hubiera pasado sin la ayuda de ningún balancín aquel puente del paraíso de Mahoma que conduce de la tierra al cielo y cuya anchura no excede la del filo de una navaja.

Pronto comprendieron los dos fugitivos el peligro que les amagaba, y uno de ellos tomó un partido; a riesgo de desnucarse descolgóse por el declive del tejado, asióse del borde de una tronera y por ésta desapareció en la casa, la cual si bien se hallaba entre incendios, habíase hasta entonces librado del fuego. Prescindiendo Malamuerte del español que tan peligrosamente acababa de salvarse, continuó persiguiendo al que quedaba.

Desde su observatorio contemplaban Ivonnet y Gúdula aquella aérea gimnástica: él con todo el interés que tal espectáculo puede causar a un hombre, y ella con todo el pavor que debe causar a una mujer.

Los dos acróbatas llegaron de tejado en tejado a la última casa, la cual a semejanza de nuestras obras antiguas, parecía que se inclinaba para mirar en el río. La casa era de madera y ardía por todos lados.

Llegado al final del tejado, y comprendiendo que no podía ir más allá a menos que Santiago, patrón de España, le prestara alas, el fugitivo, que seguramente no sabía nadar, se volvió resuelto a vender cara la vida. Trabóse la lucha, y en lo más empeñado de ella empezó a quebrarse el piso dando paso al humo y a las llamas, luego vaciló el tejado y hundióse, precipitando en su espantoso cráter a ambos combatientes, uno de los cuales desapareció, mientras agarrándose el otro a una viga inflamada, recobró el centro de gravedad, llegóse ardiendo al extremo de ella y tirándose desde el segundo piso fue a apagarse en el Somma.

Dio Gúdula un gran grito, Ivonnet sacó casi todo el cuerpo por la lumbrera, y los dos permanecieron un momento sin respirar. ¿Habíase zambullido para siempre el atrevido buzo, o iba a reaparecer? Además: ¿era el español o Malamuerte?

Pronto movióse fuertemente la superficie del agua, y asomóse una cabeza, luego dos brazos y enseguida un cuerpo, los cuales nadaron siguiendo la corriente del agua para arribar a la muralla vieja. Puesto que el nadador tomaba aquella dirección, casi podía asegurarse que era Malamuerte.

Ivonnet y Gúdula se dirigieron corriendo hacia el sitio donde según toda probabilidad el nadador iba a tomar tierra, y en efecto llegaron a tiempo para sacar del agua medio quemado y medio ahogado al sañudo combatiente, quien, extenuado, al fin se desmayó en sus brazos blandiendo la espada y gritando con débil acento: ¡Batalla! ¡batalla!

Por muy mal parado que se hallase Malamuerte, no todos habían tenido tan buena suerte. Rechazados como hemos dicho por los antiguos tercios españoles de Carondelet y de don Julián, después de incendiar dos o tres casas no les fue posible a los soldados y los paisanos conservar en la retirada todo el orden conveniente, y agrupáronse en tan confuso tropel a la entrada de la puerta de la muralla vieja, que a los españoles les fue fácil tomar justa satisfacción.

Allí perecieron treinta soldados y veinte paisanos, y poco faltó para que el enemigo penetrara en el arrabal revuelto con los que perseguía. Afortunadamente, percibiendo Ivonnet que los españoles gritaban: ¡Tomada está la ciudad!, corrió a la tienda de los aventureros llamando a las armas y volvió con un refuerzo de cien hombres, parte de los cuales se esparció por la muralla, en tanto que la otra hacía frente al enemigo, que ya había entrado en la bóveda.

A la cabeza de los que acudían al auxilio del arrabal hallábanse los dos Scharfenstein, armados el uno con la maza y el otro con la espada de dos manos, y menudearon de tal manera los golpes sobre los españoles, que hubieron de retroceder ante los dos atletas. Rechazados ya de la bóveda los españoles, tratábase de cerrar la puerta, lo cual no era fácil por oponerse fuertemente a ello los sitiadores empuñándola con las manos, con las culatas de los arcabuces y con maderos, pero los dos Scharfenstein consiguieron correrse entre las hojas de la puerta y la pared, y apuntalándose de pies y manos comenzaran a empujar la puerta con pausa, aunque de un modo regular e irresistible, hasta que se juntaron las hojas y pudieron correrse los cerrojos.

Hecho eso, respiraron ruidosamente, y tan al unísono como si no hubiesen tenido más que un pecho para ambos cuerpos, y apenas habían respirado, cuando se escuchó un terrorífico grito de: ¡A las murallas! ¡A las murallas!

Efectivamente, habíase abierto en la muralla una brecha a cada lado de la puerta con el objeto de transportar tierra destinada a terraplenar las baterías, y estas brechas hallábanse cubiertas con fajinas y placas de lana. Repáraronlo los sitiadodores rechazados de la puerta, y trataron de apoderarse de la ciudad con un golpe de mano.

Salieron los dos Schafernstein de la bóveda, y bastóles una mirada para hacerse cargo de la inminencia del peligro. A pesar de que acostumbraban combatir juntos, urgía tanto entonces la separación de sus fuer-

zas, que después de cruzar dos palabras con el laconismo que les caracterizaba, corrieron a la brecha de la derecha el tío y a la de la izquierda el sobrino.

Provisto el enemigo de aquellas largas picas que entonces eran el arma de la infantería española, trepaba a un doble asalto rechazando paisanos y soldados, precisados a retroceder ante aquella mies de acero que el viento de la guerra contra ellos empujaba.

Heinrich Scharfenstein, dueño por el momento de la maza, comprendió que no podía hacer gran uso de aquella gruesa y pesada arma contra las picas españolas que tenían diez pies de largo, así es que sin cesar de correr colgóse la maza al cinto, cogió una enormísima piedra que en la muralla yacía, y sin entorpecer la carrera llegó a la brecha chillando: ¡Paso! ¡Paso!

Violе Ivonnet, y comprendiendo su intención, blandió la espada para abrir calle entre los españoles, que principiaron a trepar por la pendiente, más cuando llegaron a la mitad de la brecha, apareció el gigante en lo alto, elevó la piedra que hasta entonces había llevado al hombro, uniendo el impulso de sus fuerzas al peso natural del proyectil, arrojólo sobre la primera fila española con una violencia semejante a lo menos a la de la más poderosa catapulta.

La piedra bajó saltando entre la compacta columna, destrozando, aplastando y moliéndolo todo, y luego abalanzóse Heinrich hiriendo a diestro y siniestro, y derribando con su tremenda maza a los que únicamente había alcanzado a medias la colosal piedra.

Por este lado la brecha quedó desalojada en menos de diez minutos. Franz también se había portado a las mil maravillas. También había gritado ¡paso!, y a su vez se lo abrieron soldados y paisanos. Entonces con su descomunal espada empezó a segar aquella mies de lanzas, derribando a cada golpe seis o siete astas con igual facilidad que tronchaba Tarquino las amapolas en los jardines de Gabies delante del enviado de su hijo, después, cuando no tuvo enfrente sino hombres armados de palos, arremetió a los españoles y diose a segar hombres con el mismo encarnizamiento que segara las lanzas.

No obstante de que los españoles retrocedieron también en aquel punto, poco faltó para que un caso imprevisto arrebatara al pobre Franz todo el fruto del glorioso auxilio que terminaba de prestar a los Sanquintineses. Un hombre más ardoroso que él en la carnicería humana, escurrióse por debajo de su brazo prorrumpiendo: ¡Batalla! ¡Batalla! y abalanzóse tras los españoles. Era Malamuerte que, vuelto de su desmayo, después de beberse una botella de vino había acudido nuevamente a la pelea. Desgraciadamente, notando dos o tres de los perseguidos por el aventurero que huían de un solo hombre, volvieron caras, y uno de ellos derribó a Malamuerte de un golpe que le dio con su truncada lanza.

Paisanaje y soldados prorrumpieron en una exclamación de pesar creyendo muerto al bravo aventurero. Por fortuna tenía Franz antecedentes seguros de la solidez del cráneo de su compañero. Corrió, pues, a él, partió de un mandoble al español que iba a rematarle con la daga, cogió del pie a Malamuerte, y juzgando que no había tiempo que perder, volvió corriendo a la brecha, donde depositó a su compañero, que abría ya los ojos murmurando: ¡Batalla!, en brazos de Lactancio que con sus franciscanos acudía.

Tras los padres venía el almirante con algunos arcabuceros escogidos, quienes hicieron tan vivo fuego sobre el baluarte exterior y las casas que aún quedaban en pie, que los españoles se refugiaron a cubierto

Informóse el almirante, y supo que además de una considerable pérdida había faltado poco para tomarse por asalto el arrabal de la Isla. A pesar de que muchos capitanes exponían la necesidad de abandonar un sitio que ya había costado a la guarnición unos sesenta hombres, Coligny no cedió, diciendo que la seguridad de San Quintín o a lo menos la prolongación del sitio consistía en la ocupación de aquel arrabal, y por consiguiente dispuso que se aprovechara la noche para reparar las dos brechas y reponer las cosas en el conveniente estado.

Encargáronse de este trabajo los franciscanos, cuyos obscuros hábitos les hacían menos visibles en la obscuridad, y ejecutáronla con el impasible fervor que caracteriza el valor monástico. Como era de temer un ataque durante la noche, en tanto los arcabuceros vigilaban en la muralla, colocáronse de trecho en trecho centinelas en toda la línea de los pantanos del Somma para dar la voz de alarma en el caso de que el enemigo intentara flanquear la muralla vieja.

Terrible noche fue para la ciudad de San Quintín la del 3 al 4 de agosto, en la que tuvo que llorar sus primeros muertos, así es que cada cual vigilaba en su casa y su barrio, como lo hacían los centinelas en el arrabal de la Isla.

Comprendiendo los infelices habitantes del arrabal que éste iba a ser el sitio más expuesto, abandonaban sus casas llevándose lo más precioso que tenían, y entre ellos hallábase Guillermo Peuquet, a quien su hermano Juan había ofrecido hospitalidad en la casa que formaba la esquina del Mercado Viejo y de la calle de los Ballesteros. Apoyada en su brazo, y aturdida aún por los recientes sucesos, su hija Gúdula entraba en la ciudad volviendo de vez en cuando la cabeza, no por el gran pesar que al parecer le motivaba el abandonar

a una destrucción cierta aquella casa donde había nacido, sino realmente para cerciorarse de que el gallardo Ivonnet no la perdía de vista.

En efecto, Ivonnet seguía a razonable distancia al paisano, a su hija y a los tejedores que por mandato de Juan Peuquet ayudaban a su hermano en el traslado de sus muebles.

Gran consuelo tuvo, pues, la pobre Gúdula al notar que el mozo cruzaba la ciudad en toda su longitud, seguía la plaza de las Casas Consistoriales, atravesaba la calle de Santa Margarita, la del Mercado Viejo, y desde la esquina de la de los Cerdos distinguíale entrar en la morada de su tío, dueño de la casa conocida por la muestra de la *Lanzadera Coronada*.

So pretexto de mucho cansancio, y el pretexto era plausible después de semejante jornada, Gúdula pidió permiso para recogerse inmediatamente en su aposento, y se lo concedieron. La muchacha empezó a creer que en verdad había un genio protector de los amores, al observar que para habitación suya y de su padre habían destinado una especie de pabellón que formaba el ángulo del jardín y daba a la muralla, así es que hallándose sola en el nuevo domicilio, lo primero que hizo fue apagar la luz cual si se hubiese acostado y abrir la ventana para observar los alrededores e indagar si era fácil escalarla.

Y era facilísimo, pues el trecho de muralla que se extendía entre la puerta del Mercado Viejo y la torre Dameuse era seguramente el más desierto de la ciudad, y una escala de 8 o 10 pies apoyada en la ventana haría en el pabellón de la calle de los Ballesteros idéntico oficio que el guardarruedas en la casa del arrabal de la Isla. Bien es cierto que el tabique que separaba el aposento de Gúdula y el de Guillermo era muy delgado, y que el más pequeño ruido podría herir la susceptibilidad del oido paternal, más ¿quién impediría que una vez puesta la escala bajara Gúdula a la muralla? Así, o los enamorados tendrían mala suerte o el solitario cuarto habría de estar en silencio.

Sumergida estaba Gúdula en todas esas combinaciones estratégicas que por el instante la convertían en una táctica casi tan entendida como el almirante, cuando observó que pasaba una sombra a lo largo de la tapia del jardín.

Ivonnet, por su parte, estudiaba el nuevo terreno donde había de operar, y como no era difícil sitiar la casa de maese Peuquet, sobre todo para un hombre que como vuestro aventurero tenía inteligencias en la plaza, bastaron dos palabras para convenir lo que a la noche siguiente debía hacerse. Percibiéndose luego en la escalera los pasos de Guillermo Peuquet, un tanto entorpecidos por el cansancio del día, cerró Gúdula la ventana y desapareció Ivonnet por la calle de San Juan.

XXVI
EL TENIENTE THELIGNY

Antes de amanecer hallábase ya el almirante en la muralla. Sin desanimarse por el revés de la víspera, Gaspar de Coligny había resuelto ejecutar otra tentativa, pues a su entender, si bien sabía el enemigo que había entrado un refuerzo en la plaza, desconocía su importancia, y convenía inducirle a creer que el auxilio era poderoso. Así el duque Filiberto renunciaría a tomar la ciudad con un golpe de mano, viéndose precisado a emprender un sitio regular, y a darle por lo tanto diez, quince días, un mes quizá de respiro, durante cuyo tiempo entretendría el condestable al enemigo mientras que el rey dispondría lo conveniente.

Llamó, pues al teniente de la compañía del Delfín, señor de Theligny, quien no obstante batirse con el mayor arrojo y bizarría en la redada anterior, había salido incólume de la refriega, de modo que al verle sus soldados sin el más leve rasguño apellidáronle el *Invulnerable*. Presentóse al almirante, alegre y risueño como quien termina de cumplir su deber y está dispuesta a cumplirlo, y Coligny le llevó detrás del parapeto de una torre, diciéndole:

––Señor de Theligny, ¿veis bien aquella guardia española?

El teniente indicó que la distinguía muy bien.

––Yo opino que es fácil sorprenderla con algunos jinetes; tomad, pues, treinta o cuarenta hombres de vuestra compañía, poned al frente un hombre seguro y apoderaos animosamente del sitio.

––¿Por qué no he de ser yo, señor almirante, el hombre seguro que debe mandar la salida? ––interrogó sonriéndose Theligny. Os confieso que estoy seguro de mis oficiales, pero más de mí.

Púsose el almirante la mano en el hombro y contestóle:

––Amigo Theligny, los hombres de vuestro temple son raros, y no conviene exponerles en escaramuzas ni aventurarles en choques semejantes. Dadme palabra de honor de que no mandaréis la salida, o rendido de cansancio e insomnio como me encuentro, no me voy de la muralla.

––Siendo así, señor almirante ––contestó Theligny haciendo una cortesía––, id a descansar y confiadme el cuidado de la empresa, os doy mi palabra de que no saldré de la ciudad.

––En vuestra palabra confío, caballero ––dijo gravemente el señor de Châtillon.

Y como si quisiera dar a entender que la gravedad de su semblante y su voz sólo se aplicaba al encargo de no abandonar la ciudad, repuso:

––En cuanto a mí, Theligny, amigo, por no regresar al alojamiento del gobernador, que está demasiado lejos, entro en casa de Jarnac para dormir una o dos horas, y allí me hallaréis.

––Dormid tranquilo, señor almirante ––respondtió Theligny—, que yo velo.

Bajó Coligny la muralla, y se metió en la segunda casa de la calle de Rémieourt, donde vivía Jarnac. Siguióle el teniente con la vista, y dirigiéndose luego a un abanderado, dijo:

––¡Treinta o cuarenta hombres de buena voluntad, de la compañía del Delfín!

––Al momento los tenéis aquí, mi teniente ––respondió el abanderado.

––¿Cómo puede ser, si no he dado ninguna orden?

––Verdad es, pero las palabras señor almirante han sido cogidas al vuelo por uno de los oyentes, el cual ha corrido al cuartel gritando: ¡Delfines! ¡Delfines! ¡A las armas!

––¿Y quién es ese hombre que cumple tan bien las órdenes antes de que se las participen?

––¡Cáspita! Mi teniente ––respondió risueño el abanderado––, más semeja demonio que hombre, tiene media cara cubierta con un vendaje ensangrentado, los cabellos quemados al ras, el peto y el espaldar abollados, y el traje roto.

––¡Oh! Ya sé quién es —exclamó Theligny––; tenéis razón, no es hombre, sino demonio.

––Mirad, allí viene, mi teniente ––exclamó el abanderado.

Y señalaba a Theligny un jinete que a toda prisa venía de la puerta de la Isla. Era Malamuerte, que medio quemado, medio ahogado, medio molido en la salida de la víspera, y lleno de incontrastable ardimiento, ansiaba efectuar otra salida.

Al mismo tiempo avanzaba por el lado opuesto una partida de cuarenta jinetes que venía de la calle de Bellion, a cuyo extremo había un cuartel.

Con la actividad que le caracterizaba cuando se trataba de dar o recibir cuchilladas, Malamuerte corrió al cuartel, comunicando la voluntad del almirante, enseguida fue a la puerta de la Isla, y montando a caballo regresó a la de Rémicourt, donde, como vemos, llegó al mismo tiempo que los jinetes de la compañía del Delfín. Por toda recompensa del celo y actividad que había desplegado, pidió el favor de tomar parte de la expedición, y fuele dado.

Por lo demás, había declarado que si no le agregaban a los de la salida principal ejecutaría otra particular, y si no le abrían las puertas saltaría al foso. Theligny le conocía desde el encuentro de la víspera, y encargóle que no se separara del cuerpo principal y atacase en las filas.

Malamuerte prometió cuanto quisieron.

Abrióse la puerta y salió la partida.

Y no bien marchara, cuando arrebatado Malamuerte de la pasión que lo dominaba, no pudo sujetarse a seguir el camino que había seguido la columnita, el cual debía conducirla muy cerca del puesto español por una sombría arboleda y con la ayuda de ciertos accidentes del terreno, dirigióse en línea recta poniendo el caballo al galope tendido, gritando: ¡Batalla! ¡Batalla!

El almirante ya se había acostado en casa de Jarnac, más acosado por una especie de presentimiento, y no pudiendo conciliar el sueño a pesar del cansancio, levantóse al cabo de media hora, y como le pareciese escuchar gritos hacia la muralla, salió presuroso espada en mano.

En la calle vio que acudían Jarnac y Luzarches, cuyo azoramiento denotaba que había pasado alguna cosa grave.

––¡Ah! ––exclamó Jarnac, acercándose al almirante. ¿Ya lo sabéis?

––¿Qué? ––interrogó Coligny. Los dos oficiales se miraron.

––Si no lo sabéis––dijo Luzarches—, ¿porqué habéis salido?

––No podía dormir, tenía algo parecido a un presentimiento, y habiendo escuchado gritos me he levantado.

––Pues venid.

Y ambos oficiales subieron inmediatamente a la muralla acompañando al almirante.

He aquí lo que ha acaecido:

El ataque prematuro de Malamuerte había llevado la alarma a la avanzada española, más numerosa de lo que se suponía, y los soldados y oficiales de la compañía del Delfín, que se figuraban sorprender al enemigo, encontráronle a caballo y en número doble del suyo, entonces el ataque flojeó y algunos jinetes volvieron grupas, abandonando los cobardes a los valientes que estaban luchando con fuerzas muy considerables para no sucumbir si no se les auxiliaba presto. Olvidando Theligny la palabra dada al almirante, sin más

arma que la espada, montó un caballo que encontró a mano y alejóse de las murallas, llamando a altas voces a cuantos podían oír, entonces acudieron algunos, y esperando hacer una diversión fue con ocho o diez hombres a arrojarse sobre los españoles.

Poco después se vio lo que restaba de los cuarenta jinetes de la compañía del Delfín: había disminuido una tercera parte y faltaba Theligny.

Juzgando que precisaba participar al almirante ese nuevo contratiempo, Jarnac y Luzarches se encaminaron a la casa donde se había retirado, y halláronle en la calle, como hemos visto.

Llegado Coligny a la muralla que dominaba el lugar de la catástrofe, preguntó a los fugitivos, y éstos contaron lo que acabamos de referir.

En cuanto a Theligny, nada podían afirmar, habíanle visto llegar como un rayo y herir al jefe español de una cuchillada en el rostro, pero al punto le rodearon, y como no llevaba ningún reparo, cayó luego acribillado. Sólo un soldado sostenía que a pesar de las muchas heridas que Theligny tenía, todavía no había muerto, porque le había visto hacer un movimiento cuando pasaba a escape junto a él.

Aunque le quedaba poca esperanza, el almirante ordenó que los oficiales de la compañía del Delfín montasen a caballo y a toda costa trajeron a Theligny muerto o vivo, y como ellos anhelaban vengar a su camarada, marchaban ya al cuartel cuando salió de la muchedumbre una especie de Goliat que saludando militarmente, dijo:

––*Tisbensad, mero herr almirande, no necesidarse una gombañía tiara ir a puscar al popre deniende; si el mein herr almirante guiere, yo iré gon mi soprino Franz y lo draeremos muerdo ó fifo.*

Miró Caligny a quien tan buena proposición le hacía, y vio que era uno de los aventureros que había tomado a su servicio sin contar mucho con ellos, y quienes habían puesto en gran peligro sus vidas en los pocos encuentros ya acaecidos. Conoció a Heinrich Scharfenstein, y detrás de éste a Franz, que hallábase en la misma actitud, semejante a la sombra de su tío. El día anterior les había visto defender las dos brechas del arrabal de la Isla, bastándole una mirada para apreciarles en lo que valían.

––Sí, valiente ––contestó el almirante––, acepto. ¿Qué pides por eso?

––*Pito un gapallo tiara mí y otro tiara mi soprino Franz.*

––No es eso lo que quiero decir.

––*Dampién pito tos hambres tiara ir a nuestra Grupa.*

––Bien, y ¿qué más?

––*Nata más; bera gon fiene que los tos gapallos sean tordos y los tos hombres vlacos.*

––Tú mismo escogerás hombres y caballos.

––*¡Pien!* ––dijo Heinrich.

––Respecto al dinero...

––*¡Oh! el titero es cosa de Brogobio.*

––No hay Procopio que valga ––dijo el almirante––, por Theligny vivo prometo cincuenta escudos de gratificación, y por Theligny muerto veinticinco.

––*¡Oh! ¡Oh!* ––exclamó el hercúleo Heirnich riendo––, *a ese bresio iré a puscar dodos los gue gueráis.*

––Pues anda ––dijo el almirante––, no pierdas tiempo.

––*En sequita, mein herr almirande, en sequita.*

Y, en efecto, Heinrich eligió seguidamente los caballos, prefiriendo dos de escuadrón, vigorosos y de buenas piernas. Después pasó a inspeccionar los hombres, y de pronto prorrumpió un grito de alegría, acababa de ver a Lactancio y Fracasso, ¡un penitente y un poeta!, y el buen Heinrich no conocía a nadie más flaco en el mundo.

Aunque el almirante no sabía qué pensar de todos estos preparativos, confiaba en el instinto de los dos gigantes, ya que no en su inteligencia.

Los cuatro aventureros descendieron la rampa de la muralla, desaparecieron bajo la bóveda de la puerta de Rémicourt, a poco reaparecieron dos en cada caballo y tomando todas las precauciones en que Malamuerte no había pensado, dirigiéronse por detrás de un colladito que a la derecha del molino de la Costura se alzaba.

Imposible fuera relatar el interés que inspiraba la expedición de aquellos cuatro hombres que iban a disputar un cadáver a todo un ejército, Pues los menos pesimistas creían que Theligny habría perecido, así es que el silencio que reinaba entre los tres o cuatrocientos hombres agolpados en la muralla en tanto los cuatro aventureros estaban a la vista, prosiguió cuando hubieron desaparecido detrás del altillo, cual si aquella multitud hubiera temido despertar con un soplo, con una palabra o con un movimiento, la vigilancia del enemigo.

Escucháronse a poco rato ocho o diez tiros de arcabuz, y estremeciéronse todos los ánimos.

Casi al propio tiempo reapareció Franz Scharfenstein a pie y con dos hombres en brazos, sosteniendo la retirada la caballería e infantería de la expedición. La caballería sólo constaba de un caballo y de un hombre, indudablemente uno de los dos caballos había muerto en la descarga, y la infantería la componían Fracasso y Lactancio, armados de arcabuces. Inquietaban la retirada ocho o diez jinetes, y cuando la infantería se veía acosada, daba Heinrich una embestida y librábala a sendos golpes de maza, más si era la caballería la que se hallaba en aprietos, dos tiros derribaban a dos españoles, dando tiempo a Heinrich para respirar. Entretanto Franz iba ganando terreno, y pronto se vio libre de toda persecución merced a sus gigantescas zancadas. Al verle trepar por la muralla conduciendo en brazos aquellos dos cuerpos vivos o muertos, como una nodriza hubiera llevado dos criaturas, los espectadores prorrumpieron en gritos de júbilo y asombro. Franz soltó la mitad de su carga a los pies del almirante, exclamando:

––*Aguí esdá el f uestro, no haper muerto del dolo.*

––¿Y ése? —interrogó Coligny señalando al otro herido.

––*iOh! esde no ser nata, ser Malainuerde; tendro te un minudo haprá fuelto en sí, gue él ser el tiaplo, él no poter ser muerdo.*

Y prorrumpió en una de aquellas risotadas peculiares a los Scharfenstein.

En este momento entraban en la ciudad los otros tres aventureros, caballería e infantería, entre las aclamaciones de la multitud.

En efecto, Theligny aún no había muerto, aunque estaba atravesado de siete estocadas y tres balazos, lo cual era fácil de ver, puesto que los españoles le habían quitado hasta la camisa, dejándole en el mismo sitio donde había caído, convencidos de que no volvería a levantarse. Lleváronle seguidamente a casa de Larnac, y le acostaron en el mismo lecho donde una hora antes no había sosegado Coligny con el presentimiento de lo que ocurriría. Como si hubiese esperado aquel instante el herido abrió los ojos, y mirando en torno conoció al almirante.

––¡Un médico! ¡Un médico! –––exclamó Coligny cobrando esperanza. Más Theligny extendió la mano y dijo:

––Gracias, señor almirante; Dios permite que abra los ojos y recobre el habla para suplicaron humildemente perdón por haberos desobedecido.

––¡Ah! querido Theligny ––exclamó el almirante––, no me solicitéis perdón, pues si me habéis desobedecido, es por exceso de celo en el servicio del rey, y si os halláis tan malo como creéis, si tenéis que solicitar algo, solicitadlo a Dios.

––¡Oh, señor! –––contestó Theligny––, felizmente sólo he de implorar perdón a Dios por las faltas que a un buen caballero le está permitido confesar, en tanto que desobedeciéndoos he cometido una grave falta de disciplina, perdonadme, pues, señor almirante, y moriré tranquilo.

Coligny sabía apreciar el verdadero valor, y sintió que los ojos se le arrasaban de lágrimas al oír a aquel mancebo que a punto de abandonar una vida tan rica de brillantes esperanzas, únicamente sentía haber desobedecido por un momento la orden de su general.

––Ya que absolutamente lo deseáis ––dijo––, os perdono una falta de que todo buen soldado se envanecería, y si no teníais otro pesar que ese en vuestra postrera hora, morid tranquilo y en paz como murió Bayardo, nobilísimo dechado de caballeros.

Y arrodillóse para besar la pálida frente del moribundo, quien hizo un esfuerzo y elevó un poco la cabeza, murmurando:

––¡Gracias!

––Y cayó exhalando el último suspiro.

Enjugóse Coligny una lágrima y dijo a los presentes:

––Señores, ha muerto un valiente caballero. ¡Quiera Dios que así muramos todos!

XXVII
EL DESPERTAR DEL SEÑOR CONDESTABLE

Por gloriosos que fuesen los dos reveses experimentados por el almirante, no dejaban de indicarle la precisión que tenía de recibir eficaz auxilio enfrente de tan numeroso ejército y de tan activa vigilancia, y por consiguiente resolvió aprovechar los momentos en que el ejército inglés, todavía ausente, dejaba libre todo un lado de la ciudad, para mandar mensajeros a su tío el condestable y obtener el mayor refuerzo posible.

Llamó, pues, a Maldiente, que había sido su primer guía, y a Ivonnet, que lo había sido del desgraciado Theligny. Como el condestable debía estar en Ham o en la Fère, cada mensajero iría a uno de estos dos puntos para indicar a Montmorency la manera de acudir al auxilio de la amenazada plaza. Muy sencillo era

el medio, pues se reducía a que antes de que llegara el ejército inglés se presentara una fuerte columna por el camino de Savy, que va a parar en el arrabal de Pontoilles, mientras a la misma hora simularía Coligny por el opuesto lado una salida a fin de llamar la atención del ejército enemigo para que, mientras, penetrara en San Quintín el cuerpo francés sin el menor embarazo.

Los dos mensajeros marcharon aquella misma tarde, llevándose cada cual un encargo hecho con vivo encarecimiento; el uno de parte del pobre Malamuerte, y el otro de parte de la entristecida Gúdula.

Malamuerte había recibido una estocada en el costado que afortunadamente se cruzó con otra, lo cual le acaecía casi siempre, según estaba cubierto de cicatrices, y encomendaba a Maldiente que le trajera ciertas hierbas necesarias para fabricar aquel famoso bálsamo de Ferragus de que tan gran consumo hacía.

Gúdula había recibido en el corazón una herida harto más dolorosa y mortal que la de Malamuerte, y encargaba a Ivonnet que mirara con el mayor cuidado por una vida para ella tan preciosa. Esperando a su amado Ivonnet, pasaría todas las noches en la ventana que daba a la muralla del Mercado Viejo.

Los dos aventureros salieron por la puerta de Pontoilles, y a cosa de media legua cruzó Ivonnet el campo para seguir el camino de la Fère, mientras Maldiente continuaba siguiendo el de Ham.

Ivonnet cruzó el Somma entre Gauchy y Grouis, y llegó a Cerisy al camino de la Fère.

Sigamos a Ivonnet; puesto que el condestable se encontraba en este último punto.

A las tres de la madrugada llamó Ivonnet a la puerta de la ciudad, y de ninguna manera quisieron abrírsela sino en cuanto hubo dicho que llegaba de San Quintín.

Montmoreney había ordenado recibir al momento cualquier mensaje de su sobrino, y llevar a su presencia al enviado, cualquiera que fuese la hora.

Así es que a las tres y media de la mañana le despertaron.

El veterano hallábase acostado en una cama, lujo que raras veces se permitía en campaña, a la cabecera tenía la espada de condestable, y al alcance de la mano la armadura y el casco, lo cual indicaba que a la menor alarma estaría apercibido. Los que le servían estaban acostumbrados a oirse llamar a cualquier hora del día o de la noche para participar o recibir órdenes.

Introdujeron a Ivonnet en la estancia del incansable anciano, quien sabiendo que había llegado un mensajero, esperábale medio incorporado sobre el codo, y en cuanto percibió los pasos de Ivonnet, exclamó con su brutalidad ordinaria:

––¡Ven acá, pícaro!

Como no convenía mostrarse susceptible, Ivonnet adelantóse.

––Acércate más —dijo el condestable––, que te vea la cara, belitre; yo deseo saber con quién hablo.

Llegóse Ivonnet al pie de la cama.

––Aquí estoy, monseñor ––exclamó.

––¡Bueno! Así me gusta.

Cogió la luz, y fijando la vista en el aventurero, con un ademán de cabeza poco favorable al mensajero, dijo entre sí el condestable:

––Yo he visto en alguna parte a ese mozalbete.

Y volviendo a Ivonnet continuó:

––¿No me dirás dónde te he visto, bribón? Dímelo inmediatamente, que tú debes de acordarte.

––¿Porqué yo sí y vos no, monseñor? ––exclamó Ivonnet no pudiendo resistir el deseo de hacer asimismo una pregunta al condestable.

––Porque tú ves por casualidad a un condestable de Francia, en tanto que a mí cada día se me presenta un enjambre de miserables como tú.

––Es verdad, monseñor ––contestó Ivonnet. Sabed, pues, que me visteis en el palacio real.

––¡Cómo! —dijo el condestable, ¡en el palacio real! Conque ¿tú vas al palacio real?

––A lo menos fui el día en que tuve el honor de veros, señor condestable–– contestó Ivonnet con la mayor cortesía.

––Sí… ya me acuerdo —dijo Montmorency––; ibas con un oficial enviado al rey de parte de mi sobrino.

––Con el señor de Theligny.

––Cabalmente. ¿Y todo va bien allá abajo?

––Al contrario, monseñor, todo va mal.

––¡Cómo que todo va mal! ¡Cuidado con lo que dices, tunante!

––Digo la verdad, monseñor. Anteayer verificamos una salida al arrabal de la Isla y perdimos sesenta hombres; ayer intentamos tomar un puesto de españoles delante de la puerta de Rémicourt, y perdimos quince jinetes de la compañía del Delfín y su teniente el señor de Theligny.

—¡Theligny! —prorrumpió vivamente el condestable—, Theligny, que se creía invulnerable, que había sobrevivido a tantas batallas y escaramuzas, ¿se ha dejado matar? ¡Imbécil!. ¿Qué más?

—El señor almirante pide presto uxilio, señor condestable, y aquí tenéis un carta suya.

—¿Por qué no comenzabas por eso, majadero? —exclamó Montmorency arrancando el pliego de manos del aventurero.

Y leyólo murmurando como solía e interrumpiéndose para dar órdenes.

—"Sostendré, tanto como sea dable, el arrabal de la Isla..."

—Y hará bien, ¡pardiez! Vayan a buscar a Andelot.

"Pues de las alturas del arrabal una batería puede arrasar la muralla de Rémicourt desde la torre de Agua hasta la torre Roja..."

—Llamen al mariscal Saint-André.

". . Más para defender el arrabal de la Isla y demás sitios amenazados necesito un refuerzo de dos mil soldados a lo menos, pues en realidad sólo tengo a mis órdenes quinientos o seiscientos hombres. . ."

—¡Bueno! le enviaré cuatro mil... Digan al duque de Enghien que venga. ¿Con qué derecho duermen esos señores cuando yo velo?... ¡Venga al instante el duque de Enghien! ... Veamos que más me dice mi sobrino.

"... No tengo más que dieciséis piezas de artillería, cuarenta artilleros, cincuenta o sesenta arcabuces, municiones para quince días, y víveres para tres semanas. . ."

—¡Cómo! ¿será verdad lo que me dice? —exclamó el condestable.

—Esa es la pura verdad, monseñor —exclamó graciosamente Ivonnet.

—¡Pues no! ¡Bueno fuera que un bellaco de tu jaez desmintiese a mi sobrino! ¡Habría que ver!

Y el condestable miró a Ivonnet con aire sombrío. El mozo se inclinó retrocediendo tres pasos.

—¿Por qué te apartas? —interrogó Montmorency.

—Creía que monseñor no quería preguntarme nada más.

—Pues te equivocabas, ven acá. (Ivonnet volvió al mismo sitio) ¿Cómo se portan los paisanos?

—Muy bien, monseñor: demuestran grande ánimo y bizarría.

—¡Pícaros! Ya conocerían quién soy yo si tal no hicieran.

—Hasta los padres han cogido la alabarda.

—¡Camanduleros! Y ¿dices que se baten?

—Como leones. Respecto a las mujeres, monseñor...

—Gimotean, lloran, tiemblan, únicamente son buenas para eso las pícaras.

—Al contrario, monseñor, animan a los combatientes, asisten a los heridos y entierran a los muertos.

—¡Bribonas!

Abrióse en este instante la puerta y apareció un caballero armado que tenía puesto un gorro de terciopelo.

—¡Ah! venid —acá, señor de Andelot —exclamó el condestable—, he aquí que vuestro hermano pone el grito en el cielo en la ciudad de San Quintín, como si le estuvieran degollando.

—Monseñor —respondió riendo Andelot—, si mi hermano, vuestro sobrino pone el grito en el cielo, presumo que le conocéis lo suficiente para saber que no lo hace de miedo.

—Sí, ¡pardiez! sí, ya sé que está en aprieto y eso es lo que me disgusta, por esta causa os he mandado llamar a vos, al mariscal SaintAndré.

—Aquí estoy, monseñor —interrumpió el mariscal presentándose a la puerta de la habitación.

—Bien, bien, mariscal y ese señor de Enghien no viene.

—Dispensad, monseñor —contestó el duque entrando a su vez—, aquí estoy.

—¡Cuerpo de tal! —exclamó el condestable no sabiendo cómo desahogar su mal humor habitual al ver que todos cumplían puntualmente su deber—,¡cuerpo de tal! señores, no estamos en Capua para dormir a pierna suelta.

—Eso no va conmigo, monseñor —repuso el mariscal, pues ya estaba levantado.

—Y yo no me había acostado aún —dijo el duque de Enghien.

—No, hablo por el señor de Andelot.

—¿Por mí? —dijo éste—, dispensad, monseñor, yo iba de patrulla, y si he llegado antes que estos señores es porque encontrábame a caballo cuando me han avisado, y porque a caballo he venido.

—Pues hablo por mí —exclamó Montmorency—, no parece sino que soy un trasto inútil, puesto que estoy en cama cuando todos están levantados, ¡voto a Balcebú!

—Pero, condestable —repuso Andelot riendo—, ¿quién dice tal cosa?

—Supongo que nadie tendría ese atrevimiento, pues por mi santiaguada que a quien tal dijera le cascara las liendres como al profeta de mal agüero que el otro día hallé en el camino. Más amos a lo que importa,

rátase de socorrer a ese pobre Coligny, que se enfrenta nada menos que a cincuenta mil hombres. ¡Cincuenta mil hombres! ¿Qué os parece? Sospecho que mi sobrino tiene miedo y exagera las cosas.

Los tres generales se sonrieron.

––Si mi hermano dice cincuenta mil —contestó Andelot––, son cincuenta mil, monseñor.

––Y antes sesenta que cincuenta mil ––añadió el mariscal Saint-André.

––¿Qué creéis vos, señor de Enghien?

––Lo mismo que estos señores, monseñor.

––¿Conque por lo visto siempre sois de opinión distinta a la mía?

––No, señor condestable ––replicó Andelot––pero opinamos que el almirante dice la verdad.

––¡Pues bien! ¿estáis presto a exponer algo para socorrer al almirante?

––Estoy pronto a exponer la vida ––contestó Andelot.

––Nosotros también––dijeron a la vez el mariscal y el duque.

Siendo así, todo va bien ––dijo Montmorency. ¡Voto a bríos! ––exclamó percibiendo un gran ruido en la antesala. ¿Quién hace ese alboroto?

––Monseñor ––exclamó uno de los oficiales de guardia––, es un hombre que acabamos de prender en la puerta de Ham.

––Conducidle a la cárcel.

––Creemos que es un militar disfrazado de campesino.

––Ahorcadle.

––Asegura ser mensajero del señor almirante.

––¿Trae carta o salvoconducto? ––No, y por eso le suponemos espía.

––Enrodadle.

––¡Alto! ––gritó una voz en la antesala––, no se enrueda tan a dos por tres a la gente, aunque lo mande el señor condestable.

Y después de una gran batahola y de un movimiento que indicaba una lucha, penetró un hombre.

––Monseñor, cuidado con lo que vais a hacer ––dijo Ivonnet––; es Maldiente.

––¿Y quién es Maldiente? ––preguntó el condestable.

––Es el segundo mensajero que os manda el señor almirante, hemos salido juntos de San Quintín, y habiendo tomado el camino de Ham, llega, naturalmente, dos horas más tarde que yo.

Efectivamente, era Maldiente, que no encontrando en Ham a Montmorency, había tomado un caballo y marchado a escape a la Fère por si algún obstáculo hubiese detenido a Ivonnet en el camino.

¿En qué estribaba que habiendo Maldiente marchado en traje militar y con un pliego del almirante, llegase vestido de campesino?

Ya lo sabrá el lector en uno de los capítulos siguientes.

XXVIII
EL ESCALAMIENTO

No extrañe el lector que con una exactitud más propia del historiador que del novelista consignemos todos los detalles del cerco de San Quintín, cerco igualmente glorioso para quien lo emprendió y para quien lo sostuvo. Además, en nuestro concepto la grandeza de un país se cimenta lo mismo en sus derrotas que en sus victorias.

Después de la gloria de los triunfos resplandece la de las derrotas.

En efecto, ¿qué pueblo no hubiera sucumbido después de Crécy, de Poitiers, Azincourt, Pavia, San Quintín, Waterloo? Pero Dios no había dejado a Francia de su mano, y tras cada caída Francia se ha levantado más grande y poderosa que antes.

A la noche siguiente a la de la partida de Ivonnet y Maldiente, fueron a notificar a Coligny que los centinelas del arrabal de la Isla creían oír un rumor de zapa. Corrió el almirante al lugar amenazado, y tendiéndose en el suelo prestó atención con el oído a fuer de capitán experto, y levantándose, dijo:

––No es rumor de zapa, sino cañones que arrastran, el enemigo acerca las baterías.

Miráronse los oficiales, y adelantándose Larnac, dijo:

––Señor almirante, ¿sabéis que todos creemos que el punto no es sostenible?

El almirante se sonrió exclamando:

––Lo mismo opino yo, señores, y, sin embargo, ya veis que lo hemos sostenido cinco días. Si me hubiese retirado cuando me instasteis, hiciera ya cinco días que el arrabal de la Isla hallaríase en poder de los españoles, y se hubieran efectuado los trabajos que han de practicarse para atacar la ciudad por este lado. Y

cuenta, señores, cada día que ganamos nos es tan precioso como al ciervo perseguido los últimos soplos de su aliento.

––¿Cuál es vuestra opinión, monseñor?

––Mi opinión es que por esta parte hemos hecho humanamente cuanto posible es, y conviene aprovechar en otra nuestra fuerza y vigilancia.

Inclináronse los oficiales en señal de conformidad.

––Al amanecer ––prosiguió Coligny––, las baterías españolas romperán el fuego, y al amanecer es indispensable que hayamos trasladado a la ciudad todos los cañones, municiones, fajinas, carros, angarillas y herramientas que aquí tenemos. Parte de nuestra gente va a ocuparse en eso en tanto la otra amontonará en las casas la leña que he mandado preparar, y le pegará fuego. Yo mismo cuidaré de la retirada, ordenando cortar los puentes.

Y viendo en torno a los infelices dueños de aquellas casas que escuchaban esas órdenes con afligido rostro, les dijo:

––Amigos, si no incendiaramos vuestras casas los españoles las destruirían para proporcionarse materiales para sus parapetos y trincheras. Sacrificadlas vosotros mismos al rey y a la patria, a vosotros os encargo incendiarlas.

Miráronse los moradores del arrabal de la Isla, dijéronse algunas palabras en voz baja, y adelantándose uno de ellos habló de esta manera:

––Señor almirante, yo me llamo Guillermo Peuquet, y me encargo de quemar mi casa, que es aquella que veis, una de las mayores del barrio y mis vecinos y amigos harán con las suyas igual que yo con la mía.

––¿Es cierto, hijos míos? interrogó el almirante enternecido.

––¿Lo pedís para el bien del rey y de la patria, señor almirante?

––Sosteneos quince días conmigo y salvamos a Francia ––exclamó Coligny.

¿Y para sostenernos quince días más es necesario que peguemos fuego a nuestras casas?

––Creo que sí, amigos míos.

––¿Y una vez quemadas nuestras casas prometéis resistir?

––Prometo hacer cuanto sea dable a un caballero leal y adicto al rey y a la patria —dijo el almirante—, a quien hablare de rendir la ciudad le arrojaré de lo alto de la muralla, y si yo hablo de rendirla, haced conmigo lo propio.

––Está bien, señor almirante ––respondió un vecino del arrabal—, cuando mandéis incendiar las casas, pegaremos fuego.

––Confío que se respetará la abadía de San Quintín ––exclamó una voz.

Volvióse el almirante, y conociendo a Lactancio, contestó:

––La abadía menos que los demás edificios, pues desde su azotea se domina toda la muralla de Rémicourt, y una batería colocada en aquella altura imposibilitaría la defensa de la muralla.

Elevó Lactancio los ojos al cielo exhalando un suspiro.

––Además —prosiguió el almirante sonriéndose––, San Quintín es ante todo el patrono de la ciudad, y no se malquistará con nosotros si impedimos que su abadía sirva para arruinar a sus protegidos.

Aprovechando en seguida aquel instante de entusiasmo que parecía inspirar a todos una sola y misma abnegación, ordenó que comenzaran a llevar a la ciudad los cañones y acarrear varios objetos por él indicados, todo con el mayor sigilo posible. Pusieron manos a la obra, y cumple decir que demostraron gran resolución y entereza, así los que llevaban fajinas a las casas, como los que tiraban de los cañones y carros.

A las dos de la noche todo se hallaba dentro, y detrás de la muralla vieja sólo quedaba el número de arcabuceros necesario para que se imaginara que aún estaban defendiéndola, y los hombres que con teas en la mano, esperaban la señal de pegar fuego a las casas. Al rayar el alba los españoles dispararon el primer cañonazo, como lo había adivinado el almirante, pues de noche habían establecido una batería de brecha cuyo rumor era el que Coligny había percibido.

Como ese cañonazo era la señal acordada para incendiar el arrabal, los habitantes aplicaron heroicamente las teas a las fajinas, y en breve eleváronse al cielo densas columnas de humo que pronto fueron reemplazadas por mil lenguas de fuego.

El arrabal ardía desde la iglesia de San Eloy hasta la de San Pedro del Canal, y entre aquella colosal hoguera permanecía incólume la abadía de San Quintín, cual si un poder sobrehumano la librara del incendio. Tres veces, primero los paisanos, luego los soldados y después los polvoristas, atravesaron el fuego y pasaron por puentes volantes para renovar la tentativa, y otras tantas veces fue inútil su propósito.

Observando hallábase el almirante los progresos de las llamas desde lo alto de la puerta de la Isla, cuando con el gorro de lana en la mano se acercó Juan Peuquet y dijo:

––Monseñor, un anciano de la ciudad asegura haber oído referir a su padre que existe un depósito de pólvora en una de las dos torres que flanquean la puerta de la Isla, y quizá en las dos.

––¡Bien! ––dijo el almirante––, véase dónde están las llaves.

––¡Oh! las llaves, ¿quién lo sabe? Quizá hace cien años que no se han abierto las puertas.

––Pues ábranlas con palancas.

––*No ser menester balances* —dijo una voz––; *yo embujar la buerda, y la buerda se aprirá.*

Y Heinrich Scharfenstein y su sobrino Franz, dieron tres pasos hacia Coligny.

––¡Ah! ¿eres tú, buen jinete? —exclamó éste.

––*Sí, ser yo, y mi soprino Franz.* — Pues empuja, amigo, empuja. Los dos Scharfenstein colocáronse de espaldas cada uno a una puerta, y siempre parecidos a una doble máquina movida por un mismo impulso, después de tomar punto de apoyo, contaron:

––*¡Ein... zivei... dréi!*

Y a la voz *drei,* equivalente en nuestro idioma a la palabra *tres,* haciendo los dos un esfuerzo hundieron cada cual la puerta que empujaba, y eso tan victoriosamente que los dos cayeron con las puertas, pero como éstas habían opuesto desigual resistencia, Franz cayó de espaldas cuan largo era, mientras que Heinrich, más favorecido, quedaba sentado en el suelo.

––*Ya hemos abierto* ––dijeron levantándose ambos con su acostumbrada gravedad.

Como había dicho Juan Peuquet, en una de las torres había efectivamente algunos quintales de pólvora, más, como hacía tanto tiempo que se encontraban allí, cuando quisieron trasladarla con los barriles, éstos se deshicieron.

Entonces el almirante ordenó que trajeran sábanas para transportar la pólvora al arsenal.

Viendo en seguida que empezaba a ejecutarse esa orden, volvió a su alojamiento para almorzar y descansar un rato, pues hallábase en pie desde medianoche y no había comido desde la víspera. Acababa de sentarse a la mesa, cuando le notificaron que uno de los mensajeros enviados del condestable había regresado y solicitaba hablarle seguidamente.

Era Ivormet, quien iba a participar a Coligny que los socorros por él pedidos llegarían al día siguiente conducidos por su hermano el señor de Andelot, por el mariscal SaintAndré y por el duque de Enghien. Estos socorros estribaban en cuatro mil hombres de infantería, que según indicación del almirante seguirían el camino de Savy y penetrarían por el arrabal de Pontoilles. Maldiente se había quedado en la Fère para guiar al señor de Andelot.

En ese punto hallábase Ivonnet de su relato, cuando al levantar un vaso para beber a la salud del almirante, a un tiempo conmovióse el suelo, vacilaron las paredes, saltaron en pedazos los cristales de las ventanas, y oyóse un estruendo, igual a la descarga de cien piezas de artillería.

El almirante se levantó, e Ivonnet presa de un temblor nervioso, dejó el vaso lleno en la mesa. Al mismo tiempo pasaba sobre la ciudad una nube impelida por el viento del Oeste, penetrando en la estancia, por los rotos cristales, un fuerte olor de azufre.

––¡Oh! ¡desdichados! —dijo Coligny––, no habrán tomado las precauciones necesarias, y el polvorín acaba de volar.

Sin esperar noticias, corrió inmediatamente a la puerta de la Isla. Toda la población acudía al mismo punto ignorando la causa de aquel horroroso estrépito.

No se había engañado el almirante, al llegar a la muralla vio la torre todavía humeante como el cráter de un volcán, había penetrado por una tronera una chispa del grandísimo incendio que le circundaba, y prendido en el tremendo combustible, habían perecido cuarenta o cincuenta personas, desapareciendo cinco oficiales que dirigían la operación, ofreciendo la torre al enemigo una brecha por la que podían marchar de frente veinticinco sitiadores.

Por fortuna el velo de humo y fuego que se extendía entre el arrabal y la ciudad ocultaba la brecha a los españoles, de manera que la abnegación de los habitantes que habían incendiado sus casas acababa de salvar la ciudad. Comprendió Coligny el peligro y apeló al patriotismo de todos, más únicamente lo ofrecieron los paisanos, pues los militares que antes defendían el arrabal habían ido a *comer y refrescar.*

Aunque entre estos últimos hallábanse los dos Scharfenstein, como su tienda distaba poco del sitio de la catástrofe, fueron de los primeros en acudir al llamamiento del almirante. El tío Heinrich y el sobrino Franz eran dos preciosos auxiliares, y en tales circunstancias su hercúlea fuerza y gigantesca estatura les hacían buenos para todo. Despojáronse de los jubones, arremangándose los brazos, y a las tres horas, sea que el enemigo no conociese lo que había sucedido, sea que preparase alguna otra empresa, estaban hechas las reparaciones convenientes, quedando la torre casi tan sólida como antes.

Todo aquel día, 7 de agosto, pasó sin que el enemigo hiciera la menor demostración, limitábase al parecer a un mero bloqueo, y sin duda aguardaba al ejército inglés.

Por la noche, aprovechando los españoles de Carondelet y Julián Romerón la disminución del incendio, aparecían ya en el arrabal de la Isla, acercándose a la ciudad, cuyo movimiento notaron los centinelas, por lo cual se concentró toda la vigilancia en aquel sitio.

Sobre las diez de la misma serían cuando el almirante convocó a los principales jefes de la guarnición, anunciándoles que según toda probabilidad aquella misma noche llegaría el refuerzo aguardado. Por lo tanto, era preciso guarnecer sigilosamente la muralla desde Tourrival hasta la puerta de Pontoil'les, a fin de auxiliar, en caso preciso, a Andelot y su gente. Iniciado ya Ivonnet en esas disposiciones, como enviado que era, viólas tomar con alegría, y como su particular conocimiento de las localidades no dejaba de darle cierto influjo, hizo cuanto pudo para que los escuchas colocáranse hacia las puertas de Rémicourt, de la Isla y de Pontoilles.

En efecto, aparte algunos centinelas, esa disposición dejaba completamente desguarnecida la muralla del Mercado Viejo, donde, como sabemos, hallábase situada la casa de Juan Peuquet, y en particular el pabellón habitado por la señorita Gúdula. Así pues, a cosa de las once de una de aquellas noches tan estimadas y bendecidas de los galanes que van a ver a sus damas, al par que de los soldados que preparan una sorpresa, acompañado nuestro aventurero de sus amigos Heinrich y Franz, armados como él de punta en blanco, cruzaba cautelosamente las calles de los Rosales de la Fuerza y de San Juan, por la cual, a corto trecho de la torre Dameuse, se llegaba a la muralla del Mercado Viejo.

Los tres aventureros seguían ese camino por saber que en todo el trayecto comprendido entre la torre Dameuse y la puerta del Mercado Viejo no había ningún centinela.

El baluarte hallábase, pues, obscuro y desierto.

¿Porqué aquel grupo que no obstante su imponente apariencia no llevaba ninguna intención hostil, se componía de Heinrich y Franz por una parte y de Ivonnet por otra? Por la ley natural que ordena que en este mundo la debilidad busque la fuerza y la fuerza ame la debilidad. ¿Con quién había Ivonnet trabado más estrecha amistad entre sus ocho camaradas? Con Heinrich y Franz. ¿Porqué? Porque era el más débil y ellos los más fuertes.

¿A quién querían más Franz y Heinrich entre sus siete compañeros? A Ivonnet. ¿Porqué? Porque eran los más fuertes e Ivonnet el más débil.

Así es que cuando los dos Scharfenstein, tenían un rato de lugar, ¿qué compañía se apresuraban a buscar? La de Ivonnet. Y cuando Ivonnet precisaba una ayuda cualquiera, ¿a quién iba a pedir auxilio? A los dos Scharfenstein.

Con su traje siempre aseado, siempre pulido y elegante, que contrastaba con el vestido tosco y soldadesco de los dos gigantes, Ivonnet, seguido por ellos, semejaba un hijo de buena casa que llevaba dos mastines de traílla. Por la atracción que hemos dicho, de la debilidad con la fuerza y por la simpatía de la fuerza por la debilidad, aquella noche Ivonnet se había dirigido asimismo a los dos Scharfenstein para suplicarles si querían ir con él, y ellos se habían armado respondiendo:

––De muy puena cana, mein herr Ivonnet.

Que ambos Scharfenstein trataban a Ivonnet de señor, distinción que a ningún otro de sus compañeros concedían, pues su amistad al mancebo iba acompañada de un gran respeto, ni el tío ni el sobrino se hubieran jamás permitido tomar la palabra delante del joven aventurero, nunca, ora hablase de mujeres, ora de armas, ora de galas, oíanle atentos dando muestras de aprobación con la cabeza, y si soltaba algún chiste echábanse a reír con aquella risa grosera que les era peculiar.

¿Adónde iba Ivonnet cuando les decía: venid conmigo? Poco les importaba. Había dicho: *venid,* y esto era suficiente, y seguían aquella encantadora llama de su espíritu, como dos satélites a un planeta. Aquella noche iba Ivonnet a sus galanteos, había dicho *venid* y, como vemos, iban. Puesto que se trataba de una de esas citas en que siempre molesta la presencia de un tercero, ¿con qué fin deseaba Ivonnet que le acompañaran los dos hércules?

Ante todo digamos que los buenos alemanes no eran testigos incómodos, a una frase, a un ademán, a una seña de su compañero, cerraban un ojo, cerraban dos, tres, cuatro ojos, y teníanlos religiosamente cerrados en tanto una seña, un ademán o una palabra de su compañero no les permitía abrirlos.

Llevábales Ivonnet consigo porque ya recordará el lector que para llegar a la ventana del pabellón de Gúdula necesitaba una escala, y en lugar de ir cargando con ella halló más sencillo tomar a los dos Scharfenstein, lo cual era absolutamente lo mismo. Ya se comprende que el mozo tenía una colección de señales y gritos diferentes con que se anunciaba a su amada, pero aquella noche no hubo de apelar a grito ni señal ninguna, porque Gúdula estaba esperando en la ventana.

Con todo eso, al observar que llegaban tres hombres en vez de uno, se retiró discreta. Separóse entonces Ivonnet del grupo, dióse a conocer, y la niña, trémula todavía aunque tranquilizada, reapareció en el obscuro marco.

En dos palabras explicó Ivonnet a Gúdula los peligros que en una ciudad sitiada expondríase un soldado que anduviese con una escala a cuestas. Si una patrulla sospechara intenciones de comunicar con los sitiadores, el sujeto de la escala tendría que ir a casa de un oficial, de un capitán, del gobernador tal vez, y allí explicar el destino de la susodicha escala, explicación que aún hecha con la mayor delicadeza, comprometería el honor de la señorita Gúdula.

Conque valía más confiar en dos amigos de conocida discreción, e Ivonnet, estaba muy seguro de la de sus compañeros. Pero, ¿cómo reemplazaban dos amigos una escala? La muchacha apenas lo comprendía. Ivonnet no quiso perder tiempo explicando la teoría, y pasó inmediatamente a la demostración, a cuyo efecto llamó a los dos Scharfenstein, quienes abriendo el descomunal compás que les servía de piernas, pusiérorse en tres zancadas a su lado, seguidamente arrimó al tío a la pared e hizo una señal al sobrino.

En menos tiempo del que es preciso para decirlo, poniendo Franz un pie en las manos juntas de Heinrich y otro en el hombro, llegó a la altura de la ventana; cogió por la cintura a la señorita Gúdula, que contemplaba con curiosidad esta evolución, y sin que la niña tuviera tiempo para impedirlo, lo que no hubiera hecho aunque le sobrara tiempo, vióse arrebatada de su estancia y en pie en el baluarte junto a Ivonnet.

––*Pueno* ––dijo Franz riendo—, *agui esdá la mosa.*

––Gracias —contestó Ivonnet.

Y dando el brazo a Gúdula llevó a la hermosa niña al lugar más obscuro de la muralla, que era la cima circular de una torre resguardada por un parapeto de tres pies de alto.

Los dos Scharfenstein sentáronse en un apoyo arrimado a la cortina.

No hacemos ánimo de narrar aquí la plática de Ivonnet y Gúdula. Eran mozos, estaban enamorados, hacía tres días y tres noches que no se habían hablado, y tenían que decirse tantas cosas, que a buen seguro no cogería en este capítulo todo lo que en un cuarto de hora se dijeron. Decimos en un cuarto de hora, porque pasado éste, por muy animado que fuera el coloquio, Ivonnet calló de pronto, y colocando la mano sobre la bonita boca de su interlocutora, prestó atento oído.

Parecióle entonces que percibía un rumor semejante al que causaría mucha gente que caminara sobre la hierba, y clavando los ojos en la obscuridad, parecióle asimismo que veía una serpiente negra que al pie de la muralla se arrastraba, más era tan obscura la noche y tan leve el rumor, que así podía ser aquello ilusión como realidad, cuanto más que repentinamente cesaron el rumor y el movimiento.

Ivonnet miró y escuchó sin ver ni oir nada más. Sin embargo, sin soltar a la joven, ceñida con su brazo y apoyada en su pecho, permaneció con la vista fija y la cabeza entre dos almenas, y luego creyó percibir que la gigantesca serpiente alzaba la cabeza junto a la parda muralla y trepaba por ella para llegar al parapeto de la cortina. Inmediatamente, como una hidra de muchas cabezas, la serpiente alargó dos más, una junto a otra.

Todo lo entendió Ivonnet. Sin perder tiempo tomó en brazos a Gúdula, y cargándola el silencio, púsola en manos de Franz, quien con ayuda de su tío, en un instante la volvió a su cuarto del mismo modo con que la había sacado, corriendo después a la escala más próxima, llegó justamente cuando el primer español ponía el pie en el parapeto de la cortina.

Por mucha que fuese la obscuridad, vióse brillar como un relámpago, escuchóse luego un grito, y herido el español en las entrañas por la espada de Ivonnet, cayó de espaldas. El ruido de su caída apagóse en un horrible crujido: era que la segunda escala, cargada de hombres y rechazada por los membrudos brazos de Heinrich, se desplomaba con ronco estrépito.

Por su parte, Franz había hallado una viga, y levantándola cuanto pudo, arrojóla de través sobre la tercera escala, la cual se rompió a unos dos tercios de su altura, y viga, hombres y escala, cayeron revueltos al foso.

Quedaba Ivonnet, que hiriendo y matando, prorrumpía a grito herido:

––¡A las armas! ¡A las armas! Acudieron los dos Scharfenstein cuando ya dos o tres españoles habían puesto el pie en la muralla y cercaban vivamente a Ivonnet. Uno de los agresores cayó partido en dos por la espada de Heinrich, en tanto la maza de Franz rompía la cabeza de otro, y cuando el tercero iba a herir a Ivonnet, cogióle por el cuerpo uno de los dos gigantes para lanzarle por encima de la muralla.

En esto se asomaron Juan y Guillermo Peuquet al lado opuesto de la calle del Mercado Viejo, atraídos por los gritos de los tres aventureros y llevando teas y hachas. Habíase frustrado la sorpresa, y a los gritos unánimes de los paisanos y los aventureros llegó un doble socorro de la torre de San Juan y de la gran torre, que lindaban con el arrabal de Pontoilles.

Al propio tiempo, cual si esos ataques se hubieran combinado para estallar de consuno, a cosa de media legua, en la llanura y detrás de la capilla de Epargnemailles percibiose por la parte de Savy la detonación de un millar de arcabuces, y entre cielo y tierra elevóse aquella rojiza humareda que se extiende sobre los vivos fuegos a discreción.

Descubiertas estaban la tentativa de los españoles para sorprender la ciudad y la de Andelot para socorrerla, y pues hemos visto porqué casualidad fracasó la empresa de los sitiadores, digamos por cuál fracasó asimismo la de los franceses.

XXIX
DOBLE VENTAJA DE CONOCER EL DIALECTO PICARDO

Hasta ahora hemos hecho todos los honores del sitio a los sitiados, y cumple a la verdad que pasemos un instante al campo de los sitiadores.

Al tiempo en que Coligny y el grupo de oficiales, que hoy denominaríamos Estado Mayor, recorrían las murallas para enterarse de los medios defensivos de la ciudad, otro grupo no menos importante daba la vuelta a su recinto para estudiar los medios de ataque. Componíase este grupo de Manuel Filiberto, de los condes de Egmont, Horn, Sehwarzembourg y Mansfeld, y de los duques Erico y Ernesto de Brunswick.

Entre los oficiales que componían otro grupo, detrás del primero, cabalgaba nuestro antiguo amigo Scianca–Ferro, siempre indiferente a todo, menos a la vida y honra de su querido Manuel. Por orden expresa de éste, Leona se había quedado en Cambrai con el resto de la servidumbre del duque.

El resultado de la observación fue que, protegida la ciudad por débiles murallas, y careciendo de suficiente guarnición y artillería, no podía resistir más allá de cinco o seis días. Y así lo notificó el duque Manuel a Felipe II, que también se había quedado en Cambrai.

Por lo demás, la distancia era únicamente de seis o siete leguas, y Manuel había elegido para Leona la residencia real, porque la necesidad de comunicar a viva voz con Felipe II debía llevar de cuando en cuando a Cambrai al Generalísimo del ejército anglo–español, y éste, había calculado que en cada viaje tendría ocasión de visitar a Leona.

La joven había consentido separarse, primero y ante todo porque en la vida de amor y abnegación que adoptara, un deseo de Manuel era para ella un mandato, luego porque a pesar de la distancia de seis o siete leguas, al menor motivo de inquietud, obrando Leona con la libertad natural del sexo a que fingía pertenecer, en hora y media podía ir al campamento de Manuel Filiberto.

Respecto a este general, cualquiera que fuese el gozo que le causara la nueva campaña, a la cual con las tentativas ejecutadas sobre Mefz y Burdeos contribuyó tanto a lo menos como el almirante con su empresa sobre Blois, parecía que desde el comienzo de las hostilidades había envejecido moralmente diez años. Joven capitán de seis lustros, encontrábase al frente de un ejército encargado de invadir Francia, mandando a todos los antiguos generales de Carlos V y jugando su particular fortuna con la de España.

Efectivamente, del resultado de la emprendida campaña iba a depender su porvenir de gran general y de príncipe soberano, y para él se trataba de reconquistar en Francia el Piamonte. Si bien Generalísimo de los ejércitos españoles, Manuel Filiberto no dejaba de ser una especie de *condottiere* real, que en la balanza del destino, únicamente aquél es algo que tiene el derecho de hacer matar hombres por cuenta propia.

No obstante, no podía quejarse. Acatando Felipe II las recomendaciones que al bajar del solio imperial le hiciera su augusto padre Carlos V, había investido con enteras facultades al duque de Saboya sobre la cuestión de paz o guerra, y puesto a sus órdenes aquella larga lista de príncipes y capitanes cuyos nombres hemos citado al designar topográficamente los sitios que cada uno de ellos en torno de la ciudad ocupaba.

Así es que bajo el peso de esas ideas, al comprender la responsabilidad que le cabía, Manuel Filiberto habíase vuelto grave y cuidadoso como un anciano. No se le ocultaba que del sitio de San Quintín dependía el éxito de la campaña, pues tomada esta ciudad, bastaba adelantar treinta leguas para llegar a París, y solo faltaba apoderarse de las plazas de Ham, la Fère y Soissons, más convenía apoderarse pronto de San Quintín a fin de que Francia no tuviera tiempo para formar uno de aquellos ejércitos que casi siempre brotan de su suelo en virtud de no sé que magia, y que como por ensalmo van a ofrecer su pecho, muro de carne, en reemplazo de las murallas de piedra que ha destruido el enemigo.

Ya hemos visto, pues, la persistente actividad con que Manuel Filiberto aligeraba los trabajos del sitio, y la vigilancia que había establecido en derredor de la ciudad. Pensando desde luego que el lado débil de San Quintín era la puerta de la Isla y que por allí había de tomar la plaza a la menor imprudencia de los sitiados, dejó que los demás generales colocaran su tienda delante de la muralla de Rémicourt, la cual era efectiva-

mente el punto atacable de la plaza en un sitio regular, y fijó la suya, como hemos dicho, al extremo, entre el Somma y un molino que en la cima de una colina se alzaba.

De allí vigilaba el río, sobre el cual ordenó construir un puente, y el extenso espacio que meaba desde el Somma hasta el antiguo camino de Vermand, espacio que debía ocupar el campamento del ejército inglés tan pronto llegase.

Rechazada la tentativa para apoderarse del arrabal de la Isla con un golpe de mano, Manuel Filiberto ordenó un asalto durante la noche del 7 al 8 de agosto. ¿Porqué mo tivo eligió el duque esta noche? Veámoslo.

A la mañana del 6, entretanto le daban los partes los jefes de ronda, presentáronle un aldeano de Savy que deseaba hablarle. Manuel sabía que un general no debe despreciar ningún aviso, y por lo mismo tenía mandado que cualquiera que solicitase verle fuera del punto conducido a su presencia. El aldeano traía al duque una carta hallada en un jubón militar que debajo de la cama de su mujer había hallado.

La carta era la que el almirante dirigía por duplicado al condestable, y el jubón era de Maldiente.

Ahora se nos preguntará: ¿porqué el jubón de Maldiente encontrábase bajo la cama de la mujer de un aldeano de Savy? Y es bien que lo digamos, por cuanto la suerte de los Estados pende a veces de un hilo sutil, más ligero que la pelusilla que vuela por los aires, desprendida del huso de la Virgen.

Cuando Maldiente se separó de Ivonnet, siguió su camino, y llegado a Savy, al volver una esquina topó con una patrulla. Huir era imposible, y hubiera sido causar sospechas, sin contar que algún jinete le habría alcanzado con facilidad. Arrimóse pues, al quicio de una puerta, y diéronle el quién vive.

Conocedor Maldiente de las costumbres picardas, sabía que rara vez echaban los aldeanos el cerrojo, y desechando el pestillo cedió éste y abrióse la puerta.

––¿Eres tú, pobre marido?––interrogó una voz femenina.

––El mismo ––respondió Maldiente que poseía el dialecto picardo con toda pureza, como natural de Noyon, una de las capitales de Picardía.

––¡Oh! ––dijo la mujer––, te creía difunto.

––¡Diantre! ––repuso Maldiente––, pues ya verás que estoy vivo.

Y corriendo el cerrojo dirigióse al lecho.

Por mucha que fuese la rapidez con que Maldiente penetró en la casa, un jinete le vio desaparecer, sin poder decir a punto fijo en que casa había penetrado, y como aquel hombre podía ser algún espía que iba siguiendo a la patrulla, el jinete con tres o cuatro camaradas llamaba ya a la puerta de al lado, diligencia que convenció a Maldiente de que urgía aprovechar el tiempo. El aventurero conocía mal el terreno que pisaba, y fue a chocar en una mesa llena de pucheros y vasos.

––¿Qué es eso? ––preguntó la mujer asustada.

––He tropezado —contestó Maldiente.

––¡Bestia chocha! ––exclamó la aldeana.

A pesar de lo poco galante del apóstrofe, contentóse el aventurero con decir entre dientes algunas ternezas, y acercóse al lecho mientras que se desnudaba. No dudando de que pronto llamarían a la puerta de la calle, tenía mucho empeño en que no le reconociesen por persona extraña a la casa, y el mejor medio era ocupar el puesto del amo.

Gracias a la costumbre que había contraído Maldiente de desnudar al prójimo, era muy hábil en desnudarse a sí mismo, y habiéndolo hecho en un abrir y cerrar de ojos, echó su ropa debajo de la cama y acostóse inmediatamente. Sin embargo, no le bastaba a Maldiente que los extraños lo tomaran por el amo de la casa, sino que además era necesario que la adusta hembra que tan descortésmente le había tipostrofado por su torpeza, no pudiese decir que no lo era.

En esto llamaron a la puerta. Eran los jinetes, que, una vez registrada la casa inmediata, ocupada solamente por una anciana de sesenta años y una niña de nueve o diez, deseaban saber quién era el hombre que tan pronto se había escabullido.

––¡Jesús! ––exclamó la mujer—, ¿quién será, Gossen?

––¡Hola! –––dijo para sí Maldiente––; parece que me llamo Gossen; bueno es saberlo.

Y en seguida contestó a la patrona:

––¡Caramba! ¡van a derribar la puerta! ––prorrumpió la mujer.

––¡Bueno! que la derriben ––respondió Maldiente.

Y sin curarse de los soldados que proseguían llamando, el aventurero prosiguió el interrumpido coloquio, de suerte que cuando la puerta cedió a los golpes de los jinetes, nadie tenía derecho a disputarle el título de amo de la casa.

Los soldados pasaron echando ternos y maldiciones; más como juraban y blasfemaban en español y Maldiente les contestaba en picardo, pronto fue tan confuso el diálogo que los soldados creyeron oportuno encender una vela, a fin de que a lo menos se viesen, ya que no se entendían.

Era llegado el instante crítico, y por lo mismo, en tanto que un soldado sacaba lumbre, el aventurero juzgó prudente enterar en dos palabras a la huéspeda de la situación. Digamos en honor de ésta que su primer impulso fue rechazar al intruso.

––¡Ah! ––exclamó––, ¿conque no sois el pobre Gossen? Marchaos pronto de aquí, picaronazo.

––¡Vaya! ––replicó Maldiente––, Gossen soy, ya que estoy en su cama.

Parece que la patrona encontró concluyente el argumento, pues no insistió más, y después de mirar a su improvisado marido a Ia luz de la vela, repuso:

––A todo pecado, misericordia. No debo querer la muerte del pecador, como dice el Evangelio.

Y dirigió la cabeza hacia la callejuela.

Maldiente miró en torno suyo y comprendió que se hallaba en una casa de aldeano acomodado; mesa de roble, armario de nogal, cortinas de sarga, en una silla veíase un vestido completo de fiesta, perteneciente al verdadero Gossen.

Los soldados también registraban con mucha atención, y como nada podía infundirles sospechas respecto de Maldiente, comenzaron a hablarse sin proferir palabras de amenaza, lo cual hubiera conocido Maldiente, aunque no hubiese entendido el español casi tan claramente como el picardo. Trataban de tomarle por guía, pues temían extraviarse desde Savy a Dallon. Viendo que no exponíase a otro peligro que ese, y que aún ese le facilitaría tal vez la ocasión de huir, Maldiente tomó cartas en la conversación exclamando:

––¡Eh, señores soldados, menos palique y decid pronto lo que queréis!

El sargento conocía algo más el francés que los otros, y habiendo casi comprendido el apóstrofe de Maldiente, acercóse a la cama, diciéndole que se levantara seguidamente.

––No puedo ––dijo Maldiente moviendo la cabeza.

––¿Cómo que no puedes?

––No.

––¿Por qué?

––Porque al cruzar la vereda de la Bourbatrie he caído a la cantera y tengo la pierna magullada.

Y Maldiente dio a entender con ademanes que cojeaba.

––¡Bueno! —exclamó el sargento. En ese caso te daremos un caballo.

––¡Oh! ––contestó el picardo—, gracias, no sé montar a caballo; si fuese jaca, no digo que no.

––Pues ya aprenderás —repuso el sargento.

––No, no, no ––replicó Maldiente moviendo con más fuerza la cabeza, yo no monto a caballo.

––¡Ah! ¿Conque no montas a caballo? ––exclamó el español acercándose a Maldiente con el látigo enarbolado. Vamos a verlo.

––Monto a caballo, monto a caballo ––dijo el aventurero saltando de la cama y andando a la cojita cual si verdaderamente tuviera una pierna lastimada.

––En buena hora––dijo el español—, ahora vístete pronto.

––Bueno, bueno ––respondió Maldiente––, no gritéis tanto, que vais a despertar a mi pobre Catalina, a quien le está saliendo una muela y le ha dado un calenturón de los diablos. Duerme, pobre Catalina, duerme.

Y andando siempre con un pie, Maldiente tapó con la sábana la cabeza de Catalina, que se hacía la dormida. Y no se la cubrió sin intención, pues al distinguir en la silla los flamantes vestidos de maese Gossen, había concebido la poco caritativa idea de apropiárselos, en vez del andrajoso uniforme que por precaución echara debajo de la cama, y en esta substitución hallaba la doble ventaja de poseer calzas y jubón nuevos y vestir de paisano, lo cual le ofrecía mayor seguridad para llegar al final de su viaje.

Comenzó, pues, a ponerse el traje dominguero del pobre Gossen, con tanta tranquilidad como si realmente fuera suyo. Por lo demás, ya se comprende que Catalina preocupábase poco de mirar lo que hacían, y tan sólo deseaba con todas veras que se marchara al punto su falso marido. El aventurero, por su parte, temeroso a cada instante de que entrara el verdadero Gossen, dábase cuanta prisa podía.

––Hasta los soldados, a quienes urgía llegar a Dallon, ayudaron a Maldiente a ponerse la ropa de Gossen, la cual le estaba tan bien como si le hubiesen tomado la medida. Ya vestido, tomó el aventurero la luz so pretexto de buscar el sombrero, y chocando en un taburete, soltó la vela, que se apagó.

––¡Torpe de mí! ––refunfuñó. No hay nadie más simple en el mundo que un aldeano de alma desmazalada.

Y, como para satisfacción propia, dijo para sí:

––Soldado soy, y de pelo en pecho.

Tomando luego un tono lastimero dijo:

––Adiós, Catalina mía, que me marcho.

Y, en efecto, el fingido Gossen salió cojeando, apoyado en el brazo de un español.

A la puerta encontró un caballo preparado. Ardua tarea fue la de subir al caballo a Maldiente, que a grandes voces pedía una jaca o un asno. Tres hombres tuvieron que levantarle para que consiguiera ponerse a horcajadas en la silla, y ya montado, aquí fue ella. Cuando el caballo iba a tomar el trote, Maldiente daba plañideros gritos, sujetándose de los arzones, y tirando con tanta fuerza de la brida, que el bruto espantado hacía cuanto le era posible para desembarazarse de tan desatento jinete, de donde resultó que como al doblar una esquina el sargento cruzase el lomo del caballo con un recio latigazo, en tanto Maldiente le aflojaba las riendas clavándole las espuelas en los ijares, el caballo partió a escape tendido. Maldiente pedía socorro a voz en grito, y antes de que los soldados pudieran ir a prestárselo, caballo y jinete perdiéronse de vista.

Habíase representado tan bien la comedia, que hasta después de extinguido el rumor de los pasos no comenzaron los españoles a entender el chasco que les dio su guía, quien, como vemos, no les había guiado mucho tiempo. De este modo llegó Maldiente a la Fère con un caballo de escuadrón y vestido de aldeano, exponiéndose a ser ahorcado o enrodado por la anomalía que entre el caballo y el traje echábase de ver.

Digamos ahora cómo cayó en manos de Manuel Filiberto la carta del almirante, lo cual será menos espinoso a la par que más corto de referir.

Dos horas después de salir el falso Gossen, entró el verdadero Gossen en su casa. Su mujer estaba llorando y la aldea en gran alarma, pues la pobre Catalina contaba a quien quería oírlo que habiendo cometido la imprudencia de no cerrar la puerta, esperando a su marido, penetró en la casa un bandido que pistola en mano, la obligó a entregarle la ropa de Gossen, indudablemente, porque el bellaco la necesitaba para ocultarse de la justicia, y que por fuerza había de ser un gran criminal el hombre capaz de obrar tan brutalmente con una débil mujer.

Por mucha ira que al verdadero Gossen causara el impune robo de su vestido nuevo, no pudo menos que consolar a su esposa al verla entregada a tan hondo pesar. Luego se le ocurrió la feliz idea de registrar los bolsillos de los harapos dejados en lugar de su hermoso traje nuevo, por si encontraba algún indicio de quién era el infame ladrón, y, en efecto, halló la carta del almirante a su tío el condestable, olvidada en el jubón por su dueño, que ya la sabía de memoria.

El primer impulso del verdadero Gossen, hombre de bien en el fondo, fue llevar la carta a su destino, más reflexionó que en lugar de castigar al ladrón le haría un favor cumpliendo el encargo que éste tan ligeramente desempeñaba, y la cólera, mala consejera, le sugirió la idea de llevarla a Manuel Filiberto, enemigo del condestable. Así el enviado no tendría el gusto de ver cumplida su comisión, y por el contrario, quizá sería apaleado y pasado por las armas si al condestable se le antojaba, suponerle traidor.

Es bien decir que Gossen fluctuó algún tiempo entre uno y otro impulso, sin embargo, cual si hubiera sabido el axioma qua tres siglos más tarde debía formular Talleyrand, luchó victoriosamente con su primer impulso, que era el bueno, y tuvo la gloria de ceder al segundo, que era el malo, de manera que al otro día, a despecho de los ruegos de su mujer, asaz bondadosa para implorar a su marido en favor del infame bandolero, púsose en camino exclamando:

––Ea, Catalina, no me fastidies con ese pícaro, ¿oyes? se me ha puesto en la cabeza que ha de ir al palo, y al palo irá ¡voto a bríos!

Y el obstinado picardo llevó en efecto la carta a Manuel Filiberto, quien abriéndola sin escrúpulo, leyó el itinerario trazado por Coligny a Montmorency para el refuerzo que le pedía Manuel. Dio una buena recompensa a Grossen, diciéndole que podía irse a su casa con la seguridad de quedar bien vengado.

No obstante, de día no hizo el duque de Saboya ninguna demostración por la que se trasluciera que sospechaba el proyecto del condestable, y creyendo con razón que el almirante no se había limitado a mandar un solo mensajero a su tío y que éste habría recibido dos o tres cuando menos, llegada la noche ordenó que fueran cincuenta gastadores a cortar en los valles de Raulcourt y Saint–Phal los caminos de Savy y Ham con anchas zanjas flanqueadas de parapetos, emboscando en ellos a los más hábiles arcabuceros españoles.

La noche pasó sin la menor novedad.

Así lo esperaba Manuel Filiberto, previendo que el condestable necesitaba tiempo para tomar disposiciones, y que la *comedia,* según decía Coligny, sería para el día siguiente, pero como no bastaba impedir que llegase aquel auxilio a la ciudad, suponiendo el duque de Saboya que para favorecer la entrada de los franceses en San Quintín, toda la guarnición se concentraría en el arrabal de Pontoilles abandonando los

demás sitios, muy particularmente la muralla del Mercado Viejo, no amenazada ya por el fuego de las baterías flamencas, ordenó que aquella misma noche se verificara una sorpresa.

Ya hemos visto porqué casualidad hallábase Ivonnet y los dos Scharfenstein en la muralla del Mercado Viejo, y cómo frustraron la sorpresa.

En compensación, al propio tiempo que la sorpresa fracasaba, la emboscada tenía buen éxito, y cruelmente para los pobres sitiados, a quienes arrebataba la postrera esperanza. Tres veces acometió Andelot al enemigo para atravesar el muro de fuego que le separaba de la ciudad, y otras tantas fue rechazado sin que los sitiados se atrevieran a salir de la ciudad para socorrerle, atendido que, sobre ser de noche, desconocían las disposiciones tomadas por el duque de Saboya.

Por último, diezmados por las balas, dispersáronse por la llanura los tres o cuatro mil hombres que mandaba Andelot, y con sólo quinientos o seiscientos reunióse al siguiente día 8 de agosto con el condestable, a quien relató su descalabro, y quien después de escucharle murmurando, juró que pues los españoles le forzaban a ser de la partida, iba a enseñarles una jugada de veterano; con lo cual queda dicho que Montmorency determinó conducir personalmente y con todo su ejército, que no llegaba a la quinta parte de las tropas enemigas, un socorro de hombres y víveres a la ciudad de San Quintín.

Terrible golpe fue a la siguiente mañana para los sitiados la doble noticia de la fracasada sorpresa y del encuentro en que había sucumbido el auxilio que el hermano del almirante les traía; quedaban reducidos a sus propias fuerzas, y ya conocemos cuáles eran.

Oído el descargo de los mismos labios de Andelot sobre la manera con que se había portado, Maldiente corrió a campo traviesa, y a las tres de la noche fue por el camino antiguo de Vermand a llamar a la puerta de Pontoilles.

Las últimas palabras de Andelot, pronunciadas para ser transmitidas a su hermano, fueron de no desesperarse, y que si el almirante excogitaba algún otro medio de auxiliar la plaza, podía participárselo por conducto de Maldiente. Era esta una promesa tan vaga, y daba lugar a tan poca esperanza, que cuando al día siguiente expuso Coligny a la Municipalidad la grave y apuradísima situación en que se encontraban, creyó prudente no decirles de ella una palabra.

Los vecinos, como dice el almirante en sus memorias, empezaron *por asombrarse un poco;* más luego se repusieron, y con su ayuda pudo Coligny adoptar nuevas medidas.

Habíase refugiado en la ciudad mucha gente de los alrededores, temerosa del saqueo, trayendo lo más precioso que tenía, y con ella los señores de Caulaincourt y Amerval, caballeros principales y valientes. Y habiéndoles invitado Coligny a levantar cada cual una bandera en la plaza mayor, con la promesa de que entregaría un escudo de gratificación y la paga adelantada de un trimestre a cada hombre que se enganchara, los dos nobles aceptaron, y a las cuatro o cinco horas estuvieron alistados doscientos veinte hombres que, según el mismo almirante confiesa, hallábanse *bastante bien armados y equipados para el lugar*.

Aquella misma tarde Coligny pasó revista a las dos nuevas compañías, y ordenó entregarles la gratificación y el trimestre prometido; en seguida, como se suponía llegado el momento de apelar a rigurosas medidas, y la escasez de víveres le obligaba a expulsar de la ciudad las bocas inútiles, ordenó mediante un bando que los forasteros de ambos sexos refugiados en San Quintín se alistaran para trabajar en las reparaciones, bajo la pena de ser azotados a la primera contravención, y ahorcados a la segunda, sino preferían, añadía el bando, hallarse una hora antes de anochecer a la puerta de Ham para salir de la ciudad. Desgraciadamente para aquellos infelices, los más de los cuales preferían irse a trabajar, durante el día se habían escuchado tambores y cornetas, viéndose llegar por la parte de Cambrai nuevas tropas con uniforme azul. Eran los doce mil ingleses que venían a reunirse con el ejército del duque de Saboya y a ocupar los campamentos que les estaban designados. Mandábales los generales Pembroke, Clison y Gray, y a las dos horas de su llegada completaron el bloqueo de la ciudad, situándose desde el arrabal de la Isla hasta Florimón. Traían veinte cañones, poseyendo así una artillería doble de la que el almirante había podido colocar en todo el circuito de las murallas de la plaza.

Los habitantes hallábanse consternados, y Coligny les decía:

—¡Valor, sanquintinenses! No supongáis que he venido a reunir tanta gente por el gusto de perderla conmigo. Aunque reducidos a nuestras propias fuerzas, os aseguro por quien soy que con vuestra constancia considero la guarnición bastante para defendernos de nuestros enemigos.

Y a sus palabras erguíanse las frentes, brillaban los ojos, y los más decaídos se decían unos a otros: ¡Valor! a nosotros no nos irá peor que al señor almirante, y pues él responde de todo, confiemos en su palabra.

No decían igual los pobres forasteros, que no queriendo arriesgarse en un trabajo expuesto al fuego del enemigo, habíanse preparado para marchar de la ciudad. La llegada del ejército inglés acababa de cerrarles las puertas, y peligro por peligro, muchos prefirieron arrostrar el que se corría trabajando en las repara-

ciones de las murallas. Otros persistieron en marcharse y salieron por la puerta de Ham en número de más de setecientos.

Durante veinticuatro horas aquellos desgraciados permanecieron ocultos en los fosos sin atreverse a pasar entre el ejército inglés o español, pero precisados por el hambre, al otro día avanzaron de dos en dos, con la cabeza humillada y las manos unidas hacia las líneas enemigas. Terrible espectáculo fue para los de la ciudad el ver aquellos infelices, cercados como un rebaño por los soldados españoles o ingleses, molidos a sendos golpes de mangos de picas y suplicando en balde misericordia. Todos lloraban en torno de Coligny.

––No había otro remedio ––exclamó éste––, pues o teníamos que mantenerles o que dejarles morir de hambre.

Por la noche, Coligny tuvo consejo con los buenos vecinos de San Quintín; bloqueada ya enteramente la plaza, tratábase de hallar un paso por donde el condestable pudiera probar otra tentativa de auxilio, y pensóse en el paso del Somma, atravesando los pantanos de Grosnard. Aunque estos pantanos eran muy peligrosos a causa de los cenagales y baches que los hacían intransitables, algunos cazadores dijeron que si querían darles cincuenta hombres provistos de fajinas, verían de establecer aquella misma noche un paso de unos diez pies de anchura que abriese camino en medio del pantano y llegase al Somma.

En cuanto a la orilla izquierda, era transitable.

El almirante incorporó a Maldiente con los trabajadores, entregándole para su tío una carta, en la que después de trazarle el plan del terreno le indicaba de un modo inequívoco el sitio donde había de verificarse el desembarque, encomendándole que se proveyera de barcos chatos, puesto que él no tenía más que cuatro lanchas servibles, la mayor de las cuales podía contener apenas cuatro hombres. Si el camino se abría durante la noche, Maldiente pasaría a nado el Somma para personarse con el condestable, y en el caso de haber contestación urgente, la traería de igual manera.

A las dos de la noche volvieron los cazadores y los operarios diciendo que habían construido un camino por el cual podían atravesar sin temor seis hombres de frente, cuyo trabajo ejecutaron sin estorbo alguno, pues los ingenieros que habían sondeado los pantanos por orden del duque de Saboya le aseguraron que ningún cuerpo de tropa cometería la loca temeridad de aventurarse a pasarlos.

Maldiente cruzó el río a nado, y pasando la llanura se dirigió a la Fère.

Todo iba, pues, por este lado, tan bien como era posible, y la frágil esperanza que de aquí dimanaba convenía fortalecerla con la fe en el Señor.

Al rayar el alba del día 9 hallábase el almirante en la azotea de la Colegiata, desde donde dominaba el triple campamento enemigo y los trabajos de los sitiadores. En las veinticuatro horas que Coligny no había ascendido a su observatorio, los españoles adelantaron muchísimo en su tarea, y en los grandes montones de tierra recién removida que por el lado de Rémicourt se elevaban, conocíase que los zapadores estaban trabajando.

Coligny mandó a buscar en seguida a un minero inglés, de nombre Lauxfort, y preguntóle qué pensaba de los trabajos del enemigo: el inglés creía que eran los comienzos de una mina, si bien tranquilizó al almirante diciéndole que por dicha hacía ya dos o tres días que había empezado a contraminar a propósito, y encargábase de cerciorarse de los trabajos que inquietaban a Coligny.

Al mismo tiempo que las minas, los españoles abrían tres trincheras que se acercaban lentamente a los fosos, sin que nadie pudiera impedirlo, amenazando la muralla de Rémicourt: una enfrente de la torre del Agua, otra delante de Rémicourt, y otra enfrente de la torre Roja. El señor de Châtillon no podía oponerse con eficacia a esas trincheras, y hubiera necesitado muchos hombres para salir a destruirlas, y muchos arcabuceros para sostener los trabajadores y proteger su retirada. Con los nuevos reclutas apenas contaba seis o setecientos hombres, y juntando todas las armas, sólo podía disponer de unos cuarenta arcabuces, de manera que, según él mismo dice, no había medio de *impedir aquellos trabajos, por lo cual estaba muy mohíno.*

Así, pues, todo cuanto el almirante podía hacer era reparar bien o mal lo que los españoles iban destruyendo, y estas reparaciones pronto se imposibilitaron. El día 9 se escuchó rugir una nueva batería que, situada en el terrado de la abadía de San Quintín de la Isla y dominando oblicuamente la muralla de Rémicourt desde la torre del Agua hasta la Roja, causaba pavor a los trabajadores, que ya no se atrevían a continuar las reparaciones. Sin embargo, como éstas urgían más y más según que aumentaban los estragos de la artillería enemiga, el almirante comenzó a emplear el argumento del palo, y viendo que este medio, tan eficaz en otras ocasiones, era insuficiente en ésta, abrió una lista de operarios, prometiéndoles un escudo diario y una buena comida: *doble golosina,* como dice Coligny, que atrajo a un centenar de trabajadores.

Maldiente había llegado a la Fère sin la menor novedad, y conociendo el condestable el grave apuro en que estaba su sobrino, y los trabajos que le facilitaban el paso de los pantanos y por consiguiente el medio

de socorrerle, resolvió dirigirse inmediatamente a San Quintín. En su consecuencia, una hora después de llegado Maldiente a la Fère, marchó a la cabeza de dos mil caballos y cuatro mil infantes, y al llegar a Essigny-le-Grand hizo alto.

Habiendo allí formado su ejército en batalla, envió tres oficiales con encargo de reconocer la posición de los españoles y la distancia que separaba sus puestos avanzados de la ciudad y del río; seguidamente, él y sus más expertos capitanes se acercaron cuanto pudieron a los pantanos del Soma, llegando a la aldea de Gruois. Los tres oficiales que les precedían llegaron hasta Labiette, penetrando en las líneas de arcabuceros españoles, exploraron los pantanos de Gauchy, sondearon las inmediaciones del Sornmo, y después volvieron a reunirse con el condestable confirmando todo lo que había dicho Maldiente, quien recibió acto seguido de Montmorency una carta para Coligny en la cual le anunciaba que si resistía uno o dos días más, de un instante a otro tendría el apetecido refuerzo.

El almirante debía, pues, estar sobre aviso, de suerte que a cualquier hora del día que llegara aquel auxilio no tuviese que esperar a que le abrieran las puertas, y como el refuerzo debía llegar por la parte de Tourrival, dobló los centinelas por este punto y mandó llevar un buen número de escalas a los cobertizos del polvorín, para que las tropas entraran a la vez por la poterna de Santa Catalina y por encima de las murallas.

El condestabe se juntó con su ejército en Essigny–le–Grand casi al propio tiempo que Maldiente entraba en la ciudad. Estaba decidido a socorrer a San Quintín abiertamente y en mitad del día. Ya que la empresa había salido tan mal la primera vez a pesar de la obscuridad y del ardid, Montmorency apelaba a la luz del sol y a la fuerza manifiesta, grandes auxiliares del valor. Volvió, pues a la Fère, reunió la infantería, la caballería y quince cañones, comunicando al mariscal Saint-André que se encontraba en Ham, la orden de que el día 10 de agosto se reuniera temprano con él en el camino de la Fère a San Quintín.

Entregado el pliego a Coligny, marchóse Maldiente de la tienda de los aventureros, y les encontró a todos con risueño semblante.

Los amoríos de Ivonnet iban a las mil maravillas.

Fracasso había dejado el substantivo polvo por el participio *empolvado*, al cual encontró en seguida el consonante *colgado*.

Los dos Scharfenstein se dedicaban a una industria muy lucrativa: verificaban salidas nocturnas para emboscarse en los senderos que comunicaban de un campamento a otro, y con un gran trillo de su invención que alcanzaba la distancia de doce pies, rompían la nuca de los que pasaban, que caían sin proferir el menor grito ni el más leve suspiro. Como los españoles y los flamencos habían recibido sus atrasos y una paga de gratificación al abrirse la campaña, los dos gigantes despojaban al hombre muerto o sin sentido. Si estaba muerto no se despertaba, por supuesto, y si únicamente estaba sin sentido, despertábase atado de pies y manos, con una mordaza en la boca y al lado de tres o cuatro compañeros de desgracia. En seguida, cuando era hora de recogerse, ambos Scharfenstein se cargaban a cuestas a los tres o cuatro prisioneros, y por cortos que fuesen los rescates, nuestros alemanes, hombres de orden sobre todo, sentábanlos en el haber de la sociedad.

Procopio seguía ejerciendo su profesión de notario sin título y de procurador *in partibus*. No daba sosiego a la mano redactando testamentos y cobraba por cada uno seis libras, doble cantidad de la que antes exigía.

Para proveer Lactancio la bodega de los aventureros, sangraba poco a poco a la de los franciscanos, que tenía fama de ser la mejor de la comarca.

Pillacampo regresaba siempre con bolsillos que aseguraba haberse encontrado en el suelo, y con mantas que aseguraba haber visto abandonadas a las puertas de las casas.

Conque ya vemos que así los asuntos pecuniarios como los amorosos marchaban de perlas. El oro manaba con abundancia, y aunque en arroyuelos, prometía crecer y formar tan caudaloso río, que al continuar uno o dos años más la guerra cada aventurero podría retirarse con buena fortuna y seguir en paz y decorosamente la natural condición que le arrastraba: éste al amor, aquél a la poesía, etc.

Hemos dicho que todos se encontraban risueños sin advertir que el pobre Malamuerte se quejaba lastimeramente. Nunca había gemido de tal modo. Y no es porque estuviese peor, sino porque siguiendo el precepto de Sócrates: *gnóti sautón*, había hecho un estudio, no psicológico, sino anatómico de sí propio, y conocíase a fondo. Creyendo que luego se empeñaría una batalla decisiva, aunque sus heridas estaban cicatrizándose rápidamente, veía muy a las claras que le sería imposible lucirse en la pelea y recibir nuevas cuchilladas. Cuando Maldiente participó en confianza la cercana llegada del condestable, puso el colmo a la desesperación de Malamuerte.

Era hora de cenar y los aventureros se sentaron a la mesa. Gracias a los mil recursos de su inventiva, no hay duda que la mesa estaba mejor provista que la del almirante, ante todo de vino, que, proporcionado como hemos dicho por el hermano Lactancio, era abundante y exquisito. Así es que se dijeron infinitos brindis: primero por el feliz regreso de Maldiente, por el soneto de Fracasso dichosamente acabado, por la salud de Malamuerte, y después por la del rey, de la reina, de la señora Diana, del condestable, del almirante, de la señorita Gúdula, y por último ¡oh memoria de Maldiente! por la de la pobre Catalina Gossen.

Los dos Scharfenstein habían bebido ellos solos más que los otros siete juntos, y no obstante, como no eran muy facundos, todavía no habían brindado. Levantóse por fin Heinrich con el vaso en la mano, con ojos vivos y labios risueños, exclamando:

––*Gombañeros, brobongo un printis.*

––Silencio, señores ––exclamaron los aventureros––; silencio, que Heinrich propone un brindis.

––*Yo dampién* ––dijo Franz.

––Y Franz también ––repitieron los aventureros.

––Sí.

––¿Cuál, Franz? Habla tú antes, el más joven tiene la palabra.

––*El que brobondrá mi tío.*

––¡Bravo!, ¡bravo! sobrino respetuoso como siempre. Ea, pues, brinda Heinrich.

––*Yo prieto bar la salut tel puen* jof *en que fino a ovresernos guinientos esgutos te oro bór el asundillo en güesdi'ón. Ya sapéis...*

E hizo el movimiento de un hombre que mata un conejo.

––¡Ah! sí —dijo Ivonnet––, el bastardo de Waldeck. Ni siquiera hemos vuelto a verle, no dejó arras ni nos señaló día.

––*No imborda* ––dijo Heinrich––; *embeñó su balapra, y un alemán sope gumblirla. Él Tendrá, tará y nos señalará tía...*

––Gracias, Heinrich, por responder de mí —respondió una voz a la entrada de la tienda.

Los aventureros se volvieron.

––Señores ––continuó el bastardo de Waldeck entrando—, aquí están los cien escudos de oro que os ofrecí en arras, y me pertenecéis en cuerpo y alma para todo el día de mañana, o mejor dicho, para hoy, pues ya es la una de la madrugada.

Colocó entonces cien escudos de oro sobre la mesa, y tomando el vaso que Malamuerte, con gran pesar suyo, dejara sin probar, exclamó:

––Señores, aceptemos la propuesta del bueno de Heinrich, y brindemos por el feliz éxito del asuntillo.

Y los aventureros brindaron.

El asuntillo era nada menos que la muerte de Manuel Filiberto.

XXX
BATALLA DE SAN QUINTÍN

Volvamos al condestable.

A cosa de las siete de aquella misma mañana (10 de agosto de 1557), uniéronse con las tropas del condestable las del mariscal Saint-André, procedentes de Ham y mandadas por el conde de la Rochefoucauld, y estos dos cuerpos de ejército componían en junto un efectivo de novecientos gendarmes, mil caballos entre ligeros y arcabuceros, quince compañías francesas y veintidós compañías alemanas de infantería; o sea un total de nueve o diez mil hombres.[1]

[1] Once mil hombres, según Rabutín, ocho mil según Margey, que fue hecho prisionero en la batalla.

Con estas cortas fuerzas queda al condestable atacar a un ejército que junto con la división inglesa ascendía a cerca de sesenta mil hombres: así es que cuando la víspera participó al Consejo su voluntad de marchar con diez mil hombres al auxilio de una ciudad sitiada por sesenta mil, el mariscal Saint–André le advirtió lo arriesgado de tal empresa, y lo temible que era un enemigo tan activo como el duque de Saboya, en una retirada de seis leguas, atravesando llanuras que ningún abrigo ofrecían. Más con su buen humor ordinario, Montmorency contestó:

––¡Pardiez! caballero, confiad en mí, que ya sé lo que al bien del Estado conviene. Tiempo ha que aprendí cuándo y cómo es necesario cresentar o evitar una batalla, y sobre este punto desechad todo temor.

El condestable había marchado de noche, y retrasada la marcha por los bagajes y la artillería, llegó al molino de Gauchy a las diez de la mañana, y no a las cuatro, como aguardaba. Por lo demás, estaba el duque de Saboya tan mal servido por sus espías, que fue sorprendido por el ejército francés, el cual apareció de

repente en las alturas de Gauchy, de tal modo que el condestable hasta tuvo ocasión de aprisionarle dos compañías que ocupaban las puestos avanzados y se componían de seiscientos hombres.

Llegado allí, el ejército francés hallábase a la vista del español; pero entre los dos ejércitos se extendían el Somma y los pantanos de Labiette, sin que hubiese otro medio de comunicación que un camino al pie del campamento español, por el cual únicamente podían pasar seis hombres de frente.

Después de cuanto hemos dicho respecto al sitio, en pocas palabras expondremos la posición del condestable, patentizando las faltas que cometió en aquella fatal jornada.

Todo el ejército español, flamenco e inglés, ocupaba el lado derecho del Somma; las catorce compañías de Julián Romerón y de Carondelet, el arrabal de la Isla y las dos compañías que sorprendió el condestable en el molino de Gauchy. Éste y el arrabal ocupaban la orilla izquierda del río.

Por consiguiente, una vez apoderado del molino de Gauchy, y prisioneras las dos compañías, lo más fácil era bloquear en el arrabal las catorce compañías de los dos capitanes españoles, situando una batería de seis cañones que enfilara el camino, único paso practicable para el enemigo, enviar los hombres necesarios a San Quintín, y reforzada la plaza, retirarse sacrificando dos de los seis cañones y un centenar de hombres que defenderían el camino.

Posesionóse el condestable de las dos compañías, bloqueó las otras catorce en el arrabal de la Isla, y no haciendo ningún caso de la carretera, ordenó botar al Somma las catorce barcas que había traído por saber que los sitiados no tenían más que tres o cuatro lanchas, pero como los carros que llevaban las barcas iban a retaguardia de la columna, perdiéronse tres horas para conducirlas a la orilla, y cuando estuvieron a flote embarcáronse en ellas los soldados tan ligera y atropelladamente, que bajo su excesivo peso los botes encallaron en el limo del estanque de Labiette.

Entretanto uno de los arqueros presos aquella mañana en el molino de Gauchy, indicaba al condestable la tienda del duque de Saboya. Montmorency estableció al momento una batería para que defendiera aquel punto, y a los diez minutos pudo conocerse en el movimiento que se efectuaba en torno de la tienda que su fuego no era del todo inútil. En el ínterin, puestas por fin a flote las barcas, comenzaron a subir el Somma, haciendo con materias resinosas una grande humareda, señal acordada entre Montmorency y Coligny.

Al primer aviso de la aparición del condestable, dirigióse el almirante a la cortina de Tourrival, de donde dominaba todo el terreno hasta el molino de Gauchy, y percibiendo a lo lejos las lanchas que avanzaban cargadas de hombres, dispuso al instante una salida por la poterna de Santa Catalina para que sostuviera el desembarque, al mismo tiempo que mandaba fijar escaleras en las murallas, a fin de facilitar todo lo posible la entrada de los auxiliares en la ciudad, por muchos que fuesen.

Acababa de tomar esas disposiciones, cuando fijando la mirada en la humareda de las barcas que iban acercándose, llegósele Procopio, e invocando el pacto hecho por el almirante y los aventureros, suplicó licencia por aquel día, en razón a que intentaba acometer una empresa particular.

Y como en virtud de lo convenido no tenía el almirante ningún motivo ni derecho para oponerse a este antojo, concedió licencia a Procopio y sus compañeros, los cuales salieron de la ciudad en pos de las tropas que debían sostener el desembarque.

Mandábales el bastardo Waldeck, armado de todas armas y con la visera calada. Formaban la caballería el caballo de Ivonnet, los dos de Maldiente y otro suministrado por el bastardo, siendo los jinetes los susodichos Maldiente e Ivonnet, con Procopio y Lactancio, y componíase la infantería de Pillacampo, Fracasso y los dos Scharfenstein. No obstante, si el camino era largo, Pillacampo y Fracasso debían ir a la grupa de Ivonnet y Lactancio. No había para qué preocuparse de los Scharfenstein, pues nunca se cansaban, y fácilmente seguían el galope de un caballo.

El pobre Malamuerte no era de la expedición, pues como no podía tenerse en pie ni a caballo, quedóse para guardar la tienda.

Los aventureros se dirigieron al sitio donde debían atracar las barquillas, las que, en efecto, no tardaron en tomar tierra, pero a su llegada hubo igual precipitación y el mismo desorden que a su partida. Sin hacer caso de las palabras y señas de los que el almirante había mandado para vigilar el desembarque e indicar el camino que debían seguir por los pantanos, saltaron los soldados a tierra y empezaron a encenagarse hasta la cintura. Desconcertados por este accidente, en medio de un espantoso tumulto que impedía percibir todo aviso, arremolinándose, hundiéndose unos en el fango, y extraviándose otros hacia el campo enemigo. Únicamente Andelot y unos cuatrocientos hombres llegaron a tierra firme siguiendo la línea trazada por las fajinas.

Desesperado Coligny miraba desde la muralla disminuir y perderse el auxilio por tanto tiempo esperado, llamando en balde a aquellos hombres que bregaban a centenares en las hondanadas donde por su terquedad se habían encharcado, y donde pausadamente desaparecían sin que nadie pudiera socorrerles. Entretan-

to, después de reunir Andelot algunos de los suyos, llegó a la poterna con una columna de quinientos soldados y quince o dieciséis capitanes, a los cuales hay que agregar algunos caballeros, que *fueran allá por su gusto*, como dice Coligny.

Estos caballeros eran el vizconde de Mont–Notre Dame, los señores de la Curée, de Matas y de Saint-Rémy. Seguíanles un comisario de artillería y tres artilleros. Después de su hermano, que venía con la ropa calada por el agua del Somma, de lo que más se alegró Coligny, según él mismo dice, fue de ver a los tres artilleros, pues los que tenían eran paisanos que, si bien denodados, carecían de pericia y práctica, y por consiguiente estaban muy ajenos de satisfacer las necesidades de una ciudad tan estrechamente sitiada.

El bastardo Waldeck esperó con los aventureros a que los soldados hubiesen desembarcado, y posesionándose entonces de un bote, bajó el río con sus ocho hombres, yendo a atracar próximo a un bosquecillo de abedules que cual argentada cortina se extendía a una punta del estanque de Labiette.

Una vez allí, dióles una banda española a cada uno, diciéndoles que se estuviesen ocultos y prontos a obedecer la primera orden.

Su plan era fácil de comprender.

El día anterior había sabido el proyecto del condestable de acudir en persona con su ejército al auxilio de San Quintín, y conociendo al duque de Saboya, opinó con razón que al ver el ejército francés Manuel Filiberto no se estaría quedo, sino que por el contrario, dispondríase a empeñar batalla a la izquierda del Somma. En su consecuencia, había ido a embarcarse en los pantanos de Labiette, en cuyos alrededores suponía que había de librarse la batalla, y distribuido a los aventureros bandas encarnadas y amarillas, a fin de que, como a la sazón aún no existían los uniformes, les tomaran por exploradores españoles y ellos pudieran cercar a Manuel Filiberto sin inspirar el menor recelo.

Una vez rodeado el duque de Saboya, ya sabemos lo que deseaba hacer con él el bastardo de Waldeck, y ahora veremos si se engañaba en sus previsiones.

Acababa Manuel Filiberto de levantarse de la mesa, cuando corrieron a anunciarle la presencia del ejército francés al otro lado del Somma, y como su tienda estaba situada en una eminencia, bastóle salir y volver los ojos a la Fère para percibir todo el ejército francés en batalla en las llanuras de Labiette, y el embarque de Andelot y los suyos. Oyéronse al mismo tiempo algunos silbidos sobre su cabeza, clavándose a sus pies una bala que le cubrió de tierra y guijarros.

El duque adelantó algunos pasos para colocarse en un punto desde donde pudiera distinguir toda la corriente del Somma, más en el instante en que iba, por decirlo así, al encuentro del fuego, sintió que una robusta mano le asía por el brazo.

Era Scianca-Ferro.

En esto una bala traspasó de parte a parte la tienda. Continuar más en aquel sitio, blanco ya a no dudarlo de la artillería del condestable, era exponerse a una muerte segura. Ordenó Manuel que le trajeran las armas y el caballo, y llegándose entretanto a una capilla, subió a lo alto de la torre, desde donde observó que el ejército francés no se extendía más allá de San Lázaro, aldea que custodiaba un pequeño cuerpo de artillería.

Hechas estas observaciones, armóse con presteza en el pórtico de la capilla, y llamando a los condes de Horn y Egmont, mandó un mensajero al duque Erico de Brunswick y al conde de Mansfeld para ordenarles que examinaran las posiciones de los franceses y se aseguraran de si el camino de Rouvroy estaba o no amenazado por alguna batería abierta o cubierta, diciéndoles que acudieran al cuartel del mariscal Berrincourt.

Al cabo de un cuarto de hora acudió al mismo cuartel, después de rodear la mitad de la ciudad pasando por Florimon y el camino llamado callejón del Infierno, el cual iba a la línea de circunvalación que empezaba en San Pedro del Canal y terminaba en el arrabal de San Juan. Los exploradores del duque de Brunswick y del conde de Mansfeld ya habían regresado; el camino de Rouvroy estaba enteramente expedito, y el ala del ejército francés no llegaba al de Neuville.

Cruzó Manuel Filiberto el camino de Rouvroy al frente de dos mil caballos, formó en batalla a la caballería para proteger el tránsito de la infantería, y según pasaban sus tropas, hacíalas desfilar hacia el Mesnil por Harly, ocultándolas mediante este circuito a la vista del ejército francés. Habían pasado ya más de quince mil hombres, y todavía se entretenía el condestable en hacer fuego sobre la tienda vacía de Manuel Filiberto.

El duque de Nevers, mandado por Montmorency con las compañías de gendarmes y con las de Carton y Aubigné para explorar el llano de Neuville, al llegar a un collado percibió de pronto todas las disposiciones tomadas por el ejército español. Al otro lado de Harly avanzaba una fuerte columna enemiga, protegida por

dos mil caballos del duque de Saboya, y extendíase obscura y compacta detrás del Mesnil––SaintLaurent, encerrando ya en un semicírculo al ejército del condestable.

No obstante las escasas fuerzas que mandaba, el duque de Nevers tuvo por un momento la idea de participar a Montmorency que iba a atacar y perecer con su gente para que el ejército francés pudiera retirarse a tiempo; más no quiso contravenir las órdenes del condestable, quien le había prohibido bajo pena de la vida que trabara ningún combate, y conociendo cuán absoluto era Montmorency en punto a disciplina, no se atrevió a cargar con la responsabilidad de tal acto, sino que replegándose sobre un cuerpo de caballería ligera formado en batalla en el molino de Grattepanse, camino de Mesnil, y acaudillado por el príncipe de Condé, corrió a prevenir al condestable de lo que ocurría.

Llamó al momento Montmorency al mariscal Saint–André, al conde de la Rochefoucauld, al duque de Enghien y principales jefes de su ejército, y participóles que, satisfecho con haber introducido en San Quintín el refuerzo que su sobrino reclamaba, creía conveniente emprender la retirada lo más digna y prontamente posible. Invitó, pues, a cada jefe que escalonara su cuerpo y se retirara a igual paso que él, evitando todo empeño para el cual no tuviera bastantes fuerzas.

Empero el condestable, que tan bien ordenaba a los demás la precaución estratégica, no tuvo siquiera la de emboscar un centenar de arcabuceros en cada uno de los mo linos situados junto a Arvilliers, a Essigny–le–Grand y a la que hoy se denomina Manufactura, para romper el frente del enemigo y entretenerle con su fuego.

La infantería francesa empezó la retirada avanzando en buen orden y a paso redoblado hacia los bosques de Jusy, donde podía guarecerse de las cargas de caballería.

Más ya era tarde. Faltaban aún tres cuartos de hora de camino, cuando a quinientos pasos del ejército francés aparecieron los escuadrones y batallones del español, formando en derredor un vasto círculo.

El condestable hizo alto para situar su baterías y aguardó, pues la superioridad numérica de la caballería enemiga le quitaba toda la esperanza de llegar al bosque.

Entregó entonces Manuel Filiberto al conde de Egmont el mando del ala derecha de su ejército, y a los duques Ernesto y Erico de Brunswick el de la izquierda, y habiéndose ellos empeñado palabra de obedecer puntualmente sus órdenes, tomó el mando del centro.

Entre los ejércitos francés y español hallábase aquella masa de vivanderos, de criados sin amo, de *goujats*, como entonces les llamaban, en fin, toda aquella miserable multitud que se pegaba cual plaga de insectos a los ejércitos de la época. Manuel Filiberto ordenó disparar algunos cañonazos sobre aquella canalla, los cuales produjeron el efecto que él esperaba, llenándola de espanto; un millar de hombres y mujeres se refugiaron con gran clamoreo en las filas de las tropas del condestable.

Quisieron éstas rechazarles, pero a veces el terror puede más que el valor, y alzándose Manuel Filiberto sobre los estribos, distinguió el desorden que aquella irrupción originaba en las filas francesas. Entonces dijo a Scianca-Ferro:

––Arremeta el conde de Egmont la retaguardia francesa con toda su caballería flamenca, que ya es tiempo.

Scianca–Ferro partió como un rayo.

En seguida se dirigió Manuel al duque Ernesto, que hallábase a su lado, diciéndole:

––En tanto Egmont ataca la retaguardia con la caballería flamenca, tomad vos y vuestro hermano dos mil arcabuceros a caballo cada uno, y arrojaos sobre la cabeza de la columna. Yo atacaré el centro.

El duque Ernesto marchó a escape.

El de Saboya siguió con la vista a sus dos mensajeros, y cuando vio principiar el movimiento a consecuencia de las órdenes transmitidas, desnudó el acero y elevándole:

––¡A la carga, cornetas––gritó––; ya es hora!

El duque de Nevers, con el ala izquierda del ejército francés, debía resistir el ataque del conde de Egmont, y atacado de flanco por la caballería flamenca al cruzar el valle de Grugiers, dio un cambio de frente con su compañía de gendarmes, más dos catástrofes estorbaron su propósito: una oleada de vivanderos que habían corrido a lo largo del centro del ejército, rechazada de fila en fila, apareció a lo alto de las colinas y descendió como un alud rodando entre la caballería, en tanto una compañía de caballos ligeros ingleses al servicio de Francia se pasaba a la caballería flamenca para atacar de consuno y tan impetuosamente a los gendarmes del duque de Nevers, que persiguió hasta el valle del Oise a una partida de jinetes franceses.

Entretanto, y a pesar de los esfuerzos sobrehumanos del duque de Nevers, quien hizo prodigios en esta jornada, empezaba a introducirse el desorden en el ala izquierda, cumpliendo los duques Erico y Ernesto de Brunswick la orden dada al uno y remitida al otro, atacaron la cabeza de la columna francesa cuando a su salida de Essigny–le–Grand aparecía en el camino de Gibecourt.

No obstante, como aquella columna no tenía contra sí la irrupción de los vivanderos y la defección de los caballos ligeros ingleses, mantúvose firme y continuó la marcha rechazando las cargas de los arcabuceros a caballo, dando tiempo para desfilar al condestable y al grueso del ejército, el que se había prolongado al pasar por Essigny–le–Grand, Montescourt, Lizerolles y Gibecourt. Comprendiendo que no podía ir más lejos, detúvose Montmorency por segunda vez, como el jabalí acorralado que se decide a hacer cara a la jauría, y rezando sus padrenuestros ordenó al ejército en cuadros y preparó las baterías. Este era el segundo alto, los franceses estaban enteramente cercados, y era preciso vencer o morir.

Y no temiendo morir, el condestable esperó vencer. Efectivamente, la infantería veterana francesa, en la que confiara Montmorency, mostrábase digna de su reputación, sosteniendo el choque de todo el ejército enemigo, en tanto los alemanes a nuestro servicio rendían las picas y alzaban las manos para pedir cuartel. Por su parte el duque de Enghien, joven valeroso, acudía con su caballería ligera al auxilio del duque de Nevers, a quien encontró a caballo no obstante un pistoletazo que en el muslo recibiera.

Entretanto, como hemos dicho, la infantería del condestable rechazaba con la mayor intrepidez las cargas de caballería flamenca. Manuel Filiberto ordenó acercar algunas piezas de artillería para demoler aquellas murallas vivas, y retumbando a un tiempo diez cañones, comenzaron a abrir brecha en el ejército. Entonces el duque de Saboya se puso al frente de un escuadrón de caballería y arremetió como un sencillo capitán.

El choque fue terrible y decisivo. Rodeado Montmorency de enemigos, defendióse con el denuedo de la desesperación, rezando, según acostumbraba, un padrenuestro y dando a cada frase de la oración una estocada que derribaba a un hombre. Distinguióle de lejos Manuel Filiberto, y corrió a él gritando:

––Prendedle vivo, que es el condestable.

Ya era tiempo: Montmorency terminaba de recibir un picazo en el sobaco izquierdo, y con la sangre iba perdiendo las fuerzas. Al escuchar el grito de Manuel Filiberto, el barón de Ratembourg y Scianca–Ferro se abalanzaron para resguardar con sus cuerpos al condestable, y sacáronle de la refriega diciéndole que se rindiera por ser inútil la resistencia. Rindióse efectivamente Montmorency, declarando que sólo al duque de Saboya entregaría la espada. Es que esta espada flordelisada era la del condestable de Francia. Manuel Filiberto acudió al momento y dándose a conocer, recibióla de mano propia de Montmorency.

Ganada estaba la jornada para el duque de Saboya; más no había concluido. La pelea duró hasta la noche, y muchos prefirieron morir a rendirse, contándose en este número Juan de Borbón, duque de Enghien, que perdió dos caballos y recibió un balazo cuando procuraba librar al condestable, Francisco de la Tour, vizconde de Turena, y ochocientos caballeros que perecieron en el campo de batalla. Los principales prisioneros además del condestable, fueron los duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal Saint-André, el rhingrave, el barón de Courton, el conde de Villars, bastardo de Saboya, el hermano del duque de Mantua, el señor de Montberon, hijo del condestable, el conde de la Rochefoucauld, el duque de Bouillon, el conde de la Roche–Guyon, y los señores de Chandenier, Lansac, Estrée, Roche–du–Maine, Pontdormy, Vassé, Aubigny, Rochefort, Brian y Chapelle.

El duque de Nevers, príncipe de Condé, el conde de Sancerre y el primogénito del condestable se fueron a la Fère, donde se reunió con ellos el señor de los Bordillens, conduciendo los dos únicos cañones que se libraron de aquella gran derrota, en la que de un ejército de once mil hombres cupo a Francia seis mil muertos y tres mil prisioneros, perdiendo trescientos furgones, sesenta banderas, cincuenta estandartes, todos los bagajes, tiendas y víveres.

No restaban diez mil hombres para cerrar al ejército enemigo el camino de la capital.

Manuel Filiberto ordenó tomar la vuelta del campamento.

Llegada la noche, con su Estado Mayor y pensando no en 1o que había hecho, sino en lo que quedaba por hacer, seguía el duque de Saboya el camino de Essigny a San Lázaro, cuando del molino de Gauchy salieron ocho o diez hombres, unos a pie y otros a caballo, que poco a poco se mezclaron con la escolta. Durante algún tiempo marcharon todos silenciosos, pero de repente, al pasar por delante de un bosquecillo cuya sombra aumentaba la obscuridad, el caballo de Manuel cayó dando un doloroso relincho.

Percibióse entonces un rumor semejante al del roce del hierro con el hierro, y en seguida un terrible grito, proferido en voz queda de: ¡Sus! ¡Sus! ¡Al duque Manuel!

Sin embargo, apenas se comprendió que la caída del caballo no era natural y su jinete corría peligro, cuando un hombre, derribándolo todo a su paso, hiriendo a amigos y enemigos con su maza, precipitóse en medio de aquella sombría y casi invisible escena, gritando:

––¡Firme, hermano Manuel, que aquí estoy!

No necesitaba Manuel que Scianca-Ferro le animara, pues caído como se encontraba, había agarrado a uno de los agresores, y rodeándole con el brazo, se lo había tendido encima a manera de escudo. El caballo tenía un corvejón cortado, y con las tres piernas sanas que le quedaban coceaba fuertemente cual si hubiese

comprendido la necesidad de defender a su amo, derribando a uno de los desconocidos espectros, que tan de pronto se alzaron en torno del vencedor de la jornada. Entretanto, e hiriendo siempre, Scianca–Ferro prorrumpía:

––¡Socorro al duque, señores, socorro al duque!

Era inútil, todos los caballeros de la escolta habían desnudado la espada y lanzándose en tan terrible pelea, donde no se oía otro grito que el de ¡mata! ¡mata! y donde nadie sabía quién daba ni quién recibía la muerte. Escuchóse por fin el galope de unos veinte jinetes, y en los reflejos de la llama en los árboles, vióse que llevaban antorchas.

Entonces salieron de la refriega dos hombres a caballo que huyeron a campo traviesa, y dos a pie que se internaron en el bosque. Había cesado toda resistencia.

El nuevo campo de batalla fue presto iluminado por veinte antorchas. El duque sólo tenía una herida leve, pues el hombre que le sirvió de escudo había recibido por él muchos golpes, entre los cuales uno de maza que Scianca–Ferro le dio en el cogote, por lo cual parecía estar sin sentido.

Nadie conocía a los otros tres hombres que yacían muertos o heridos.

El que el duque se puso encima, llevaba casco con la visera calada. Quitáronle el casco, y vieron el pálido rostro de un joven de veinticuatro o veinticinco años, cuya barba y pelo rubios estaban empapados de sangre, la cual le salía por la boca y la nariz, y también por una herida que el golpe de maza le causara. A pesar de su faz descolorida y ensangrentada, indudablemente Manuel Filiberto y Scianca–Ferro conocieron al herido, pues se miraron.

¡Hola! ––exclamó el escudero—, ¿conque eres tú, víbora?

Y dirigiéndose al duque:

––Mira, Manuel —le dijo––: sólo está desmayado. ¿Quieres que le remate?

Elevó el príncipe la mano en señsl de mandato y de silencio, y arrancando al mozo de manos de Scianca–Ferro, condújole al otro lado de la zanja inmediata al camino, le arrimó a un árbol y junto a el dióle el casco. Montando luego a caballo, exclamó:

––Señores, sólo a Dios toca ser juez de lo que ha sucedido entre yo y este joven, y ya véis que Dios está de mi parte.

Oyendo entonces que Scianca–Ferro murmuraba, y al notar que movía la cabeza dirigiendo la vista hacia donde encontrábase el herido, díjole:

––Hermano, por favor; basta con el padre.

Y a los demás:

––Señores: quiero que la batalla que hoy, 10 de agosto hemos librado, y que tan gloriosa es para los ejércitos español y flamenco, se denomine la batalla de San Lorenzo, en conmemoración del día en que se ha dado.

Y regresaron al campamento hablando de la jornada, y sin proferir una palabra del encuentro habido con el bastardo de Waldeck y sus sicarios.

XXXI
CÓMO RECIBIÓ EL ALMIRANTE NOTICIAS DE LA BATALLA

Dios acababa de declararse otra vez contra Francia, o más bien, si profundizáramos los misterios de la Providencia más hondamente de lo que suelen hacerlo los historiadores, con Pavía y San Quintín, acababa Dios de preparar la tarea de Richelieu, así como Poitiers, Crésy y Azincourt preparaban la del rey Luis XI.

Además, quizá quería dar el alto ejemplo de un reino perdido por la nobleza y salvado por el pueblo. Como quiera que sea, el golpe fue terrible y penetró cruelmente en el corazón de Francia, a la vez que llenaba de alboroto a nuestro grande enemigo Felipe II.

La batalla tuvo lugar el día 10, y hasta el 12 no depuso el rey de España el temor de que resucitara toda aquella nobleza, muerta en los campos de Gibecourt, para trasladarse al campamento del duque de Saboya.

Manuel Filiberto había cedido al ejército inglés todo el trecho que mediaba entre el Somma y la capilla de Epargnemailles, volviendo a fijar sus reales enfrente de la muralla de Rémicourt, sobre cuyo lugar había determinado proseguir los trabajos de sitio, si contra toda esperanza, San Quintín no se rendía a la noticia de la espantosa batalla ganada por los españoles.

Este segundo campamento, situado en una loma entre el río y las tiendas del conde de Mègue, era el más cercano a las murallas, y apenas distaba de la ciudad dos tercios de tiro de cañón. Felipe II salió de Cambrai con mil hombres de escolta, y estuvo delante de San Quintín a las once de la mañana del 12.

A la entrada del campamento le aguardaba Manuel Filiberto, quien le tuvo el estribo, y como según la etiqueta establecida hasta de prín cipe a rey, deseara el duque besarle la mano, díjole Felipe II:

––No, primo, no; yo sí que he de besar la vuestra, que termina de alcanzarme una victoria tan grande, tan gloriosa, a costa de tan poca sangre.

En efecto, según los cronistas que han descrito aquella curiosa batalla, los españoles sólo perdieron sesenta y cinco hombres, y quince los flamencos.

Respecto al ejército inglés, desde su campamento había contemplado nuestra derrota. Ya hemos dicho que esta derrota fue terrible; los cadáveres cubrían toda la llanura situada entre Essigny, Montescourt, Lizerolíes y Gibecourt.

Era tan doloroso el espectáculo, que una digna cristiana no pudo verlo sin conmoverse. Catalina de Lallier, madre de Luis Varlet, señor de Gibecaurt y corregidor de San Quintín, consagró e hizo bendecir un campo denominado el Monasterio Viejo, en el cual mandó abrir anchas zanjas para enterrar todos los cadáveres, y desde entonces aquel campo cambió su nombre por el de *Lastimoso Cementerio*[1]

[1]Carlos Gomard, "Sitio y batalla de San Quintín".

En tanto aquélla buena señora cumplía esa piadosa obra, Manuel Filiberto contaba sus numerosos prisioneros. El rey Felipe II les pasó revista, y luego volvió a la tienda de Manuel, en tanto que a lo largo de la trinchera se plantaban las banderas francesas tomadas en la batalla, y que en señal de alborozo se hacían salvas en los campamentos español e inglés.

Llamó Felipe II desde el umbral de la tienda al duque de Saboya, que hallábase hablando con el condestable y el conde de la Rochefoucauld, y díjole:

––Primo, opino que haciendo todo este ruido intentáis algo más que regocijaros.

Y como en este instante enarbolaban el estandarte real de España sobre la tienda donde estaba Felipe II:

––Sí, señor ––contestó Manuel––, confío que no contando ya con ninguna probabilidad de auxilio, el enemigo se rendirá sin obligarnos siquiera a acudir al asalto, lo cual nos permitiría marchar inmediatamente sobre París y llegar allá al mismo tiempo que la noticia de la derrota de San Lorenzo. Y en cuanto al estandarte que izamos, es para anunciar a Coligny y a su hermano Andelot que V. M. se encuentra en el campamento, e inspirarles mayor deseo de rendirse, confiados en vuestra real clemencia.

Proferidas apenas esas palabras, entre las alegres salvas de artillería que envolvían la ciudad en una nube de humo, percibióse una detonación y pasó silbando una bala a tres pies sobre la cabeza de Felipe II.

––¿Qué es eso? —interrogó el monarca.

––Señor ––contestó riendo el condestable, es un parlamentario que mi sobrino os envía.

La gran victoria de San Quintín dio por resultado la edificación del palacio de El Escorial, sombrío cuanto magnífico edificio, espejo del carácter de su autor, el cual ofrece en su conjunto la forma de una parrilla, instrumento del martirio de San Lorenzo. Obra grandiosa en que trabajaron trescientos hombres durante veintidós años, en que se emplearon cuatrocientos millones de reales, donde la luz penetra por once mil ventanas y donde se entra y circula por catorce mil puertas, cuyas llaves pesan quinientos quintales.

Entretanto Felipe II se hacía levantar otra tienda, veamos lo que pasaba en la ciudad, la cual no estaba aún dispuesta a rendirse, según a lo menos parecía demostrarlo el *parlamentario* de Coligny.

El almirante había escuchado rugir el cañón durante todo el día en dirección de Gibecourt, y como ignoraba el éxito de la batalla, al acostarse ordenó que si venía de fuera alguien que pudiese darle noticias, le introdujeran al momento a su presencia.

A la una de la madrugada le despertaron.

Acababan de presentarse tres hombres en la poterna de Santa Catalina, diciendo que podían dar detalles de la jornada.

Eran Ivonnet y los dos Scharfenstein. Coligny les hizo entrar inmediatamente.

Los Scharfenstein no podían contar gran cosa, pues ya nos consta que la facilidad de elocución no era su mérito principal, pero Ivonnet refirió todo lo que sabía: hablase perdido la batalla, con muchos muertos y prisioneros y según decían, el condestable se encontraba herido y en poder de los españoles. Por lo demás, probablemente se recibirían más pormenores por conducto de Procopio y Maldiente, quienes debían haberse salvado.

Coligny interrogó a Ivonnet porqué él y sus compañeros, siendo de la guarnición, habían ido a tomar parte de la batalla; a lo cual contestó el mozo que creían haber hecho uso de un derecho reservado por Procopio en el pacto ajustado con el almirante. Éste no dudó que los aventureros se hubiesen encontrado en la batalla, pues Ivonnet llevaba en cabestrillo el brazo izquierdo, atravesado de una puñalada, Heinrich había recibido una cuchillada en el rostro, y Franz cojeaba un poco a consecuencia de una grave contusión causada por una coz, que hubiera roto la pierna de un elefante o de un rinoceronte.

Coligny encomendó el secreto a los tres aventureros, deseoso de que la ciudad conociese lo más tarde posible la derrota del condestable.

Ivonnet y ambos Scharfenstein se encaminaron a su tienda, donde hallaron a Malamuerte presa de una terrible pesadilla: soñaba estar presenciando una batalla, y metido hasta la cintura en un pantano, no podía salir para correr a la pelea.

Y no soñaba del todo. Así es que cuando sus tres amigos le despertaron, prosiguió quejándose más amargamente, quiso que le refirieran todos los detalles de la emboscada que tan mal éxito había tenido, y a cada uno de ellos, que hubiera horripilado a otro, repetía tristemente:

––¡Y yo no estaba! ...

A las cinco de la tarde apareció Maldiente. Habíanle dejado por muerto en el campo de batalla, y vuelto en sí, salió de apuros hablando picardo.

Presentado al almirante, no pudo comunicarle más noticias que Ivonnet, en razón a que había permanecido escondido una parte del día en el juncal del pantano de Labiette.

A la noche siguiente llegó Pillacampo, uno de los que se habían ocultado en el bosque.

Pillacampo hablaba el español casi con igual perfección que Maldiente el picardo. Merced a su banda amarilla y encarnada y a la pureza de su habla castellana, al amanecer se había reunido con una partida española, encargada por el duque de Saboya de buscar entre tantos muertos al de Nevers, quien se había expuesto tantas veces y de tal modo, que no era de creer que hubiese sobrevivido a aquella espantosa jornada. Pillacampo y el destacamento español habían recorrido durante el día el campo de batalla, volviendo y revolviendo a los muertos con la triste esperanza de encontrar al duque de Nevers. Huelga decir que no los volvían y revolvían sin meter mano en sus bolsillos, de suerte que Pillacampo al cumplir una obra piadosa había hecho buen negocio, pues volvía sin contusión alguna y con las faltriqueras llenas.

Según estaba mandado, condujéronle a casa del almirante, a quien dio los pormenores más circunstanciados sobre los muertos y los vivos. Por Pillacampo supo, pues Coligny, la muerte del duque de Enghien y del vizconde de Turena, la prisión del condestable, de su hijo Gabriel de Montmorency, del conde de la Rochefoucauld y de todos los señores que hemos nombrado.

El almirante le ordenó más que a todos la mayor discreción, y le despidió participándole que habían vuelto cuatro de sus compañeros.

Al rayar el alba avisaron a los padres franciscanos que dos labriegos conducían muerto a uno de sus hermanos: el cadáver iba en un ataúd, y encima habían colocado el cilicio que el digno varón acostumbraba llevar por camisa.

Los españoles habían detenido cinco o seis veces a los portadores, quienes les dieron a entender con ademanes la piadosa misión que verificaban trasladando al convento de franciscanos el cuerpo de un pobre padre muerto en el ejercicio de su ministerio, y dos españoles, santiguándose, los dejaron pasar.

Como el almirante mandara que le presentaran los vivos y no los muertos, el cadáver fue transportado directamente al convento de franciscanos, en cuya capilla fue depositado, y en tanto los venerables hermanos rodeaban el féretro preguntando con ansiedad el nombre del difunto, salió de la caja una voz que decía:

––Soy yo, queridísimos hermanos, yo, vuestro indigno capitán, el hermano Lactancio, abrid presto, que me ahogo.

Los religiosos no se lo hicieron repetir. Algunos temblaron atemorizados, pero otros, más animosos, comprendieron que su digno capitán, el hermano Lactancio, había empleado algún ingenioso ardid para regresar a la ciudad, y abrieron al instante el féretro.

No se equivocaban; el hermano Lactancio se levantó, y después de rezar sus acciones de gracias arrodillado ante el altar, volvióse para referir a los padres, que después de una expedición desgraciada, de la cual formaba parte, habiéndose ocultado en casa de unos buenos aldeanos, y temiendo éstos las pesquisas de los españoles, Dios le había inspirado la idea de meterse en un ataúd para que le trasladaran a la ciudad.

Fácil fue la estratagema, pues Lactancio se había refugiado en casa de un carpintero.

Alborozados los buenos padres por la vuelta de su digno capitán, no regatearon el precio del ataúd ni el del porte, un escudo por aquél y dos para los que lo trajeron, quienes suplicaron al hermano Lactancio que pensara en ellos cuando se le antojase fingirse muerto otra vez.

Como el hermano Lactancio no había recibido ningún encargo del almirante, por él empezó a saberse en el convento la derrota del condestable, y del convento la noticia cundió por la ciudad.

A cosa de las once de la mañana, en tanto el almirante estaba en la muralla de la torre del Agua, participáronle la llegada de maese Procopio.

Si el digno procurador era el último que venía, no era culpa suya, había hecho cuanto le fue posible, y llegaba con una carta del condestable.

¿Porqué traía Procopio una carta del condestable? Vamos a decirlo. Procopio se presentó en el campamento español como *reître* y armero del condestable, solicitando que le dejaran estar junto a su amo, lo cual le concedieron.

Fue el aventurero al alojamiento de Montmorency, e indicóle con un gesto que deseaba hablarle. Respondió el condestable con otro, y echando sapos y culebras, acabó por despedir a cuantos allí se encontraban.

—¡Ea, bellaco! —exclamó en seguida dirigiéndose a Procopio—, he comprendido que deseabas decirme algo, habla pronto y claro, o te entrego como espía al duque de Saboya, que te mandará ahorcar.

Relató entonces Procopio a Montmorency toda una historia, en alabanza propia. El almirante, que tenía en él grandísima confianza, mandábale a inquirir noticias de su tío y para llegar hasta el condestable habíase valido de Procopio del consabido pretexto, de manera que Montmorency podía encargarle una contestación verbal o escrita para su sobrino, pues él encontraría medio de transmitírsela.

— Todo cuanto el condestable podía contestar a Coligny era encomendarle que resistiese hasta el último extremo.

Dadme esa recomendación por escrito, señor condestable —dijo Procopio.

—Pero ¡bribón! —exclamó el condestable—, si te prenden con tal recomendación, ¿sabes qué sucederá?

—Que me ahorcarán —contestó tranquilamente el aventurero—; perded cuidado, que no me dejaré ahorcar.

Reflexionando que respecto a lo de ser o no ahorcado era cuenta de Procopio, y que no podía encontrar mejor medio de dar noticias suyas a Coligny, escribió Montmorency una carta que el aventurero tuvo la precaución de colocar entre la tela y el forro de su jubón. En seguida, limpiando con afán la armadura del condestable, la cual nunca estuvo tan bruñida y reluciente como desde que estaba en manos de Procopio, aguardó éste una buena coyuntura para volver a San Quintín, y aprovechóla en la mañana del 12.

Motivó la llegada de Felipe II tal ruido y bullicio en e1 campamento, que nadie hizo caso de un personaje tan insignificante como el armero del señor condestable, así es que valiéndose Procopio de la humareda de las salvas de artillería, huyó y llegó a la puerta de Rémicourt.

Ya hemos dicho que el almirante estaba en la muralla de la torre del Agua, punto que dominaba todo el campo español, y al cual había acudido a conocer la grande animación y regocijo que reinaba en el campamento, y cuya causa ignoraba. Enteróle Procopio de la situación y después de darle la carta del condestable le señaló la tienda de Manuel Filiberto, diciendo que la habían preparado para recibir al rey Felipe II, de lo cual no tuvo duda alguna Coligny al observar que aquella tienda se adornaba con el estandarte real de España. Además, Procopio tenía vista de lince, de procurador, y aseguró que el hombre vestido de negro que se divisaba en el umbral de la tienda era el rey Felipe II.

Ocurriósele entonces a Coligny la idea de contestar a todo aquel estruendo y humareda con un solo cañonazo, y habiendo Procopio solicitado apuntar la pieza, el almirante opinó que no debía negar esta satisfacción al portador de la carta de su tío. El aventurero apuntó la pieza, y si la bala pasó a tres pies por encima de la cabeza de Felipe, no fue por falta de voluntad en Procopio, sino de buena puntería.

Como ya sabemos, el condestable comprendió que aquel disparo era la contestación de Coligny, quien mandó entregar diez escudos a Procopio en pago de la molestia que se había tomado para traerle nuevas de su tío.

Sería la una cuando Procopio se unió a sus compañeros; Ivonnet, los dos Scharfenstein, Maldiente, Pillacampo, Lactancio y Malamuerte.

En cuanto al poeta Fracasso, en vano lo esperaron pues no compareció. Unos aldeanos, preguntados por Procopio, dijeron que habían visto un cadáver colgado de un árbol, justamente en el sitio donde tuvo lugar la refriega de la velada del 10, y Procopio pensó juiciosamente que el susodicho cadáver no podía ser otro que el de Fracasso.

¡Desgraciado poeta! Su consonante le fue fatal.

XXXII
EL ASALTO

Puesto que la victoria de San Lorenzo y la llegada de Felipe II delante de San Quintín no motivaban la rendición de la plaza, puesto que sin respetar Coligny la majestad real, en lugar de rendirse hacía silbar una impertinente bala a los augustos oídos de aquel monarca, era indudable que la ciudad estaba decidida a defenderse hasta el último extremo.

Por lo tanto, acordóse atacarla sin tregua ni descanso.

Hacía diez días que había empezado el sitio y era menester acabar cuanto antes con la terquedad de aquellos atrevidos paisanos que aún osaban resistir, cuando habían perdido toda esperanza de auxilio, teniendo sólo en perspectiva una ciudad tomada por asalto y todos los horrores que suelen venir en pos de tal suceso.

A despecho de las precauciones tomadas por Coligny para ocultar a los sanquintinenses la derrota del condestable, la noticia cundió luego de boca en boca; pero ¡cosa extraña!, y el mismo almirante lo confiesa, más impuso a los militares que a los paisanos. Por lo demás, la gran dificultad en que principió a tropezar Coligny y la que desde el comienzo le había embarazado, fue la de hallar obreros que reparasen los estragos de la artillería, sobre todo en la muralla de Rémicourt, la cual no podía ya defenderse desde la llegada del ejército inglés, que había entregado unas doce piezas de artillería a Carondelet y Julián Romerón. En efecto, habíase establecido una batería en la azotea que daba a la abadía de San Quintín de la Isla, según hemos dicho, otra en las alturas del arrabal, y ambas hacían fuego sobre la muralla de Rémicourt, desde la puerta de la Isla hasta la torre Roja, de manera que los trabajadores descubiertos de pies a cabeza y expuestos al doble fuego de la artillería inglesa y española, no se atrevían a acercarse a la muralla, la cual amenazaba derrumbarse a cada instante.

Allanó Andelot el inconveniente mandando llevar a la muralla todas las lanchas viejas que se hallaron en el Somma para emplearlas como parapetos. Al anochecer ejecutaron Franz y Heinrich esta pesada tarea, y a medida que ponían las barcas de través sobre la muralla, los zapadores las 1lenaban de tierra. Así se pusieron cinco en una noche, y entonces los soldados reaparecieron en el baluarte y los trabajadores continuaron su faena.

En el ínterin los sitiadores habían emprendido un nuevo camino cubierto en dirección a la torre del Agua, y otro frente al molino de la cortina de Rémicourt. El almirante ordenó desempedrar las calles con el objeto de arrojar los adoquines de lo alto de las torres y molestar a los zapadores españoles, pero los cestones que les cubrían les resguardaban mucho de aquellos proyectiles permitiéndoles continuar la destructora obra.

Para animar Felipe II a los artilleros españoles a establecer sus baterías, iba de vez en cuando a presenciar sus trabajos. Conocióle un día el almirante, y llamando a los más diestros arcabuceres, indicóles el regio blanco. Al punto silbó cerca del monarca una granizada de balas y Felipe, que a todo evento se hacía acompañar de su confesor para tener siempre a la mano una absolución in *extremis,* dirigióse al sacerdote diciéndole:

––¿Qué os parece esta música, padre?

––Muy desapacible, señor ––contestó el religioso.

––Lo mismo opino yo, y no comprendo cómo agradaba tanto a mi padre el emperador Carlos V. Vámonos, vámonos.

Y, efectivamente, el rey de España y su confesor se fueron.

Los trabajos no concluyeron hasta al cabo de nueve días, y el rey de Francia no perdía por cierto el tiempo que el almirante y los buenos sanquintinenses le ganaban.

Por último, el día 21 se descubrieron las baterías y el 22 comenzaron sus fuegos, manifestando a los sitiados el peligro que les amenazaba.

Durante aquellos días mandó Felipe traer de Cambrai toda la artillería posible, de manera que todo el espacio comprendido entre la torre de Agua y la de San Juan componía una batería de cincuenta cañones, que disparaba contra un lienzo de muralla de unos mil metros.

Por otro lado, las baterías flamencas del callejón del Infierno habían continuado el fuego atacando la cortina del Mercado Viejo y la del cuerpo de guardia Dameuse, mientras que las baterías inglesas, divididas en dos secciones, ayudaban por un lado a la artillería española de Carondelet y Romerón, y por otro, a las órdenes de lord Pembroke, arrojaban de las alturas de SaintPrix proyectiles al arrabal de Pontoilles y a la torre de Santa Catalina.

La ciudad de San Quintín estaba enteramente envuelta en un círculo de fuego. Por desdicha, los vetustos muros que daban frente a Rémicourt, es decir, al punto atacado con más encarnizamiento, únicamente tenían de sillería la superficie, y eran muy endebles para tan larga resistencia.

A cada nuevo disparo conmovíase toda la muralla, cuyas piedras iban desprendiéndose.

Rodeada de un grandísimo volcán en erupción, la cuidad parecía la salamandra antigua encerrada en un cerco de llamas. Cada bala de cañón arrebataba un sillar de la muralla o hacía temblar una casa, y los barrios de la Isla y de Rémicourt ofrecían el aspecto de unas vastas ruinas. Al comienzo trataron de apuntalar las casas; más apenas lo estaba una, cuando la inmediata se desplomaba arrastrando la casa y sus puntales. A medida que se derrumbaban las casas de los infelices habitantes de aquellos barrios refugiábanse en el de Santo Tomás, el menos expuesto al fuego, y tal es el amor a la propiedad, que no dejaban sus moradas hasta

que las veían vacilar y próximas a caer, y algunos lo hicieron tan despacio que quedaron sepultados bajo los escombros.

Y, sin embargo, del seno de aquella catástrofe, de en medio de aquellas ruinas, ninguna voz se alzó que hablara de rendirse. Cada cual hallábase convencido de la santidad de su misión, y no parecía sino que entre sí decía: Ciudad, casas, murallas, ciudadanos, soldados, todos sucumbiremos; pero sucumbiendo, salvaremos a Francia.

Aquella tempestad de fuego, aquel huracán de hierro, duró desde el día 22 hasta el 26. El 26 de agosto la muralla semejaba un gran lienzo de piedra calado y recortado, en el cual la artillería flamenca, española e inglesa había abierto once brechas, todas practicables.

A cosa de las dos de la tarde callaron de repente las baterías enemigas, sucediendo un sepulcral silencio a las espantosas detonaciones que sin cesar se habían escuchado por espacio de noventa y seis horas; y al observar que dos sitiadores se acercaban en tropel por caminos cubiertos, creyóse llegado el instante del asalto.

Justamente una granada acababa de prender fuego a unas casas situadas cerca del convento de franciscanos, y empezábase a extinguir el incendio, cuando de pronto sonó por la ciudad el grito de: ¡A las murallas!

Coligny acudió, invitando a los habitantes a que dejaran arder sus casas para ir a defender los muros. Dejaron ellos sin murmurar a las bombas y los cubos, y empuñando los arcabuces y picas, acudieron a las murallas. Sólo se quedaron las mujeres y los niños para presenciar las llamas que devoraban sus viviendas.

Era una falsa alarma; el asalto no debía tener lugar aquel día.

Los sitiadores se acercaban para prender fuego a las minas abiertas debajo de las escarpas.

Sin duda no hallaban aún bastante practicable la rampa.

Las minas reventaron, acreciendo a las brechas y los escombros, retirándose los sitiadores.

Entretanto el incendio había consumido treinta casas.

La velada y la noche se emplearon para reparar cuanto fue posible las brechas del frente de ataque y construir nuevos parapetos.

En cuanto a los aventureros, tomaron sus disposiciones con tanta lealtad como discernimiento, merced al legista Procopio: el fondo común ascendía a cuatrocientos escudos de oro, y muerto Fracasso, correspondíanles a cada uno cincuenta.

Tomó cada cual veinticinco y dejó en caja los otros veinticinco para ponerlos en los sótanos del convento de franciscanos, jurando no tocar ese fondo de reserva en el término de un año, a contar desde aquel día, y no hacerla sino ante los compañeros que hubiesen sobrevivido.

De los veinticinco escudos que cada cual poseía, podían disponer a su antojo, según las necesidades y circunstancias.

Estaba acordado que la parte de los que muriesen en el intervalo señalado sería para los demás.

Como a Malamuerte le era menos fácil la fuga que a los otros, escondió sus veinticinco escudos de oro, pensando con razón que los perdería si encima los llevara.

Al alba del 27 retumbó nuevamente el cañón, y las brechas, casi reparadas durante la noche, fueron nuevamente practicables. Las principales eran once, como hemos dicho, y he aquí sus posiciones con sus medios de defensa:

La primera, en la torre de la puerta de San Juan, mandada por el conde Breuil, gobernador de la plaza.

La segunda, por la Compañía Escocesa del conde de Harrán, cuyos soldados eran los más alegres y trabajadores de la guarnición.

La tercera, en la torre de la Costura, confiada a la compañía del Delfín, a las órdenes de Guiseux, sucesor de Theligny.

La cuarta, en la torre Roja, defendida por la compañía del capitán Saint–André y Lactancio y sus franciscanos.

La quinta, delante del palacio del gobernador, guardábala Coligny mismo con su compañía, con Ivonnet, Procopio y Maldiente.

La sexta, en la torre colocada a la izquierda de la puerta de Rémicourt, defendíala media compañía del almirante, al mando del capitán Rambauillet. Pillacampo tenía amigos en esta compañía, y entre ellos estaba.

La séptima corría a cargo del capitán Jarnac, quien enfermo como se hallaba, y muy enfermo, se había hecho conducir a la brecha, donde tendido en un colchón esperaba el asalto.

La octava que daba subida a la torre de Santa Perina, estaba defendida por los capitanes Forces, Oger y Soleil, con quienes se había unido Vaulpergues. Estos mandaban soldados de distintas armas.

La nona guardábala Andelot, con treinta y cinco hombres de armas y veinticinco o treinta arcabuceros.

La décima, en la torre del Agua, estaba defendida por el capitán Liguières y la compañía de Lafayette, a la cual se habían unido los dos Scharfenstein y Malamuerte, quien sólo tuvo que dar unos treinta pasos para trasladarse de la tienda a la brecha.

Las tropas colocadas en las bre chas ascendían a ochocientos hombres, y los paisanos mezclados con ellas componían casi doble.

El cañón rugió sin cesar hasta las dos de la tarde del 27, y era inútil responder a tal fuego que demolía las murallas y arrasaba las casas, hiriendo a los habitantes hasta en las calles más lejanas. Así es que se limitaron a esperar, y para que a ningún hombre capaz de llevar las armas le cupiera duda alguna de la necesidad de su ayuda, el vigía de la torre no cesó de tocar a rebato desde el amanecer, suspendiendo únicamente su tarea para gritar con una bocina:

––¡A las armas, ciudadanos, a las armas!

Y al tañido de aquella campana, y a esos gritos fatídicos y continuamente repetidos, los más débiles cobraban bríos y los más tímidos se revestían de valor. A las dos cesó el fuego y Manuel Filiberto colocó una bandera en el borde del camino abierto. Esta tarea era la señal del asalto.

Lanzóse una columna hacia el convento de franciscanos, otra hacia la torre del Agua, y otra a la puerta de la Isla. Formábase la primera de los antiguos tercios españoles, mandados por Alonso de Casière, y mil quinientos alemanes a las órdenes de su coronel Lázaro Swendy; la segunda, de seis batallones españoles, acaudillados por el coronel Navarrete y seiscientos valones del conde de Megue, y la tercera, de las tres compañías borgoñonas y dos mil ingleses a las órdenes de Romerón y Caro ndelet.

Imposible fuera medir el tiempo que pasó entre el momento en que los sitiadores partieron de las trincheras y en el que llegaron a las manos con los sitiados. En tales circunstancias se viven años en el espacio de un minuto.

El choque tuvo lugar en los tres puntos amenazados, y durante un cuarto de hora no se vio en ellos sino una horrorosa refriega, ni se oyeron sino gritos, alaridos y blasfemias. En seguida, suspenso un instante a lo alto de la vacilante muralla, el torrente humano retrocedió, dejando la escarpa llena de cadáveres.

Todos pelearon con valor, y los tres puntos atacados con encarnizamiento fueron defendidos con desesperación. Lactancio y los franciscanos se portaron como héroes, arrojando al enemigo desde la torre Roja a los fosos, pero más de veinte padres quedaron confundidos entre los muertos con los veteranos españoles de Alonso de Casière y los alema nes de Swendy.

No fueron más afortunados los valones de Mègue y dos españoles de Navarrete, pues habiendo tenido que retroceder hasta las trincheras, rehacíanse para continuar el asalto.

Por último, en la torre de la puerta de la Isla hízose sentir eficazmente la presencia de Malamuerte y los dos Scharfenstein. Carondelet recibió en la mano derecha un pistoletazo de Malamu erte, y precipitado Romerón desde lo alto de la muralla por Heinrich, que le derribó de un golpe de maza, al caer se rompió las piernas.

Hubo pues un instante de respiro en toda la línea, aunque la campana seguía escuchándose, y a intervalos la voz del atalaya que repetía:

––¡A las armas, ciudadanos, a las armas!

No era inútil el grito, pues las columnas de asalto iban rehaciéndose, y reforzadas, continuaban el ataque por el mismo camino sembrado de cadáveres que ya recorrieran. Lo que sublimaba la defensa era que jefes, soldados y paisanos estaban convencidos que no podía tener feliz resultado, y considerándola como un gran deber, grave, noble y santamente lo cumplían.

Nada puede ser más sombrío y más terrible, dice Coligny mismo, que aquel ataque sin ruido de cornetas y tambores, en el que sitiadores y sitiados se acometieron silenciosos, no percibiéndose otro rumor que el del choque del hierro con el hierro.

Como Coligny defendía una brecha no atacada, podía observar la suerte del combate y correr adonde juzgase necesaria su presencia. Entonces notó un grupo de españoles que, habiendo desalojado de la torre Roja a los arcabuceros y aprovechando esta circunstancia, avanzaban hasta el parapeto de la muralla y corríanse en hilera hasta la misma torre.

Al principio este ataque no mo tivó inquietud al almirante, pues era tan angosto y de tan difícil paso el camino tomado por los españoles, que si la compañía del Delfín cumplía su deber, los sitiadores iban seguramente a ser rechazados, más con grande asombro de Coligny, los españoles se sucedían unos a otros por el mismo camino sin aparente obstáculo en su marcha.

De repente un soldado despavorido fue a anunciar al almirante que estaba forzada la torre Roja, y érale imposible a Coligny ver lo que en este punto sucedía por impedírselo una lancha llena de tierra que se alzaba entre él y la antedicha torre.

Con todo, comprendiendo que lo más apremiante era acudir adonde le anunciaban que el enemigo triunfaba, llamó a cinco o seis soldados, y bajó de la muralla exclamando:

––¡A mí, amigos! ¡Allí debemos morir!

Y en efecto, corrió hacia la torre Roja, más a la mitad del camino distinguió detrás de la azotea del molino al abanderado de la compañía del Delfín, que huía con dirección a los franciscanos con otra gente de guerra, en tanto los padres y los paisanos lidiaban y morían antes que retroceder un palmo.

Creyendo Coligny que urgía presentarse en la torre Roja, tanto más cuanto la tropa la abandonaba, apretó cuanto pudo el paso, y al ascender a la muralla, comprendió que en su impetuoso ardimiento se había lanzado en medio de la columna de ataque española y alemana, la cual, habiéndose posesionado de la brecha, ocupaba ya la muralla.

Tendió el almirante la vista en derredor, y únicamente le habían seguido un imberbe paje, un caballero y un criado, y atacado en este instante por un hombre, espada en mano, mientras otro le encaraba un arcabuz, evitó la estocada con el brazo cubierto de hierro, y con la pica que en la mano tenía desvió el cañón del arcabuz, que se disparó al aire. Entonces el amedrentado paje gritó en español:

––¡No matéis a monseñor el almirante! ¡No matéis a monseñor el almirante!

––¿Sois de veras el almirante? ––interrogó el soldado de la espada a Coligny.

––Si es el almirante, es mío exclamó el del arcabuz.

Y extendió la mano sobre Coligny, quien dando en ella un golpe con el mango de la pica, le dijo:

––No me toquéis, me entrego, y con la ayuda de Dios hallaré para mi rescate una suma que os contente a entrambos.

Los dos soldados se dijeron algunas palabras a media voz que el almirante no pudo oír, y sin duda se pusieron de acuerdo, pues dejaron de disputar para preguntarle quiénes eran los que le acompañaban.

––El uno es mi paje, el otro mi ayuda de cámara, y el otro un gentilhombre de mi servidumbre ––contestó Coligny. Su rescate se os pagara junto con el mío. Sólo deseo que me apartéis de los alemanes, con quienes no desearía tratar.

––Seguidnos ––dijeron los dos españoles––, y os dejaremos en lugar seguro.

Después de desarmar al almirante, acompañáronle a su brecha, que no había sido escalada, y ayudándole a bajar le condujeron al foso, a la entrada de una mina, donde anunciaron a don Alonso de Casire la calidad del prisionero.

Acercóse entonces don Alfonso a Coligny, saludóle, e indicando con la mano un grupo de caballeros que salía de la trinchera dirigiéndose a la muralla, dijo:

––Allí viene monseñor Manuel Filiberto con su comitiva––; si deseáis hacer alguna reclamación, dirigíos a él.

––Nada tengo que decirle ––contestó el almirante––, sino que soy prisionero de estos valientes y quiero que sean ellos quienes cobren mi rescate.

Oyó el generalísimo español las frases de Coligny, y sonriéndose exclamó en francés:

––Señor almirante, si a estos dos perillanes les pagan vuestra persona en su justo valor, serán más ricos que algunos príncipes que conozco.

Y dejando a Coligny en poder de don Alonso de Casière, subió Manuel Filiberto a la muralla por la misma brecha que el almirante defendiera.

XXXIII
EL FUGITIVO

Bien conocían los sanquintinenses el terrible peligro que corrían oponiendo al triple ejército español, flamenco e inglés que rodeaba sus murallas, la tenaz resistencia de que la fortuna de Felipe II acababa de triunfar, y por lo mismo no pensaron suplicar una clemencia que según toda probabilidad el vencedor no les concedería.

Así es que, como hemos visto, la defensa había sido ardorosísima en todas partes, menos en el sitio donde la compañía del Delfín había cejado. El enemigo ocupaba ya la torre Roja, preso estaba ya el almirante, el duque de Saboya se encontraba en la muralla, y sin embargo, todavía se luchaba en tres brechas, no ya para salvar la ciudad, sino para matar o morir. Defendíalas el capitán. Soleil, la compañía de Lafayette y la de Andelot, hermano del almirante.

Lo mismo acaecía en varios puntos de la ciudad. Al penetrar los españoles en la plaza por la calle del Billon, halláronse con grupos de paisanos armados que defendían las cuatro esquinas de Cépy y la bocacalle de la Fosa.

No obstante, a los gritos de ¡ciudad ganada!, al resplandor del fuego y a la vista del humo, acabaron aquellas resistencias parciales. La brecha del capitán Soleil fue tomada, en seguida la de Lafayette, y por último la de Andelot, y según el enemigo las ocupaba, oíanse grandes gritos seguidos de un lúgubre silencio. Los gritos eran de victoria, y el silencio era el de la muerte.

Tomada la brecha, pasados a cuchillo sus defensores, o aprisionados si tenían las apariencias de suficiente ricos para pagar rescate, los vencedores se lanzaban sobre la parte más próxima de la ciudad, y empezaba el saqueo, el cual duró cinco días.

Felipe II había ordenado respetar los edificios sagrados, pero la orden fue inútil, pues nada atajó la destrucción en manos de los vencedores. La iglesia de San Pedro del Canal fue destrozada como por un terremoto; la Colegiata, acribillada por las balas, y sus pintados cristales deshechos por los cañonazos, fue despojada de sus alhajas, y el Hospital principal fue presa de las llamas; y al cabo de aquellos cinco días, únicamente se veían ruinas donde antes existían los hospitales de las Bellas Puertas, de Nuestra Señora, de Lambay y de San Antonio, el beaterio de los Graneteros y el Seminario.

Degollábase dentro y fuera de la ciudad, en las murallas y los fosos, en el campo y hasta en el río, que algunos desesperados procuraban pasar a nado.

Poco después de anochecido y a los veinte minutos de haberse escuchado el último arcabuzazo, un ligero temblor agitó los juncos de la parte del Someta que se extendía desde las fuentes de Grosnard hasta la cortadura que se hiciera delante de Tourrival para que el agua del río cegara los fosos de la ciudad.

Tan ligero era el temblor, que a la vista más perspicaz o al oído más ejercitado le habría sido imposible distinguir a diez varas de distancia si lo motivaban las primeras brisas de la noche o el movimiento de alguna nutria que estaba pescando.

Todo lo que hubiera podido percibirse es que se acercaba por grados a la corriente del agua, poco profunda en aquel punto. Llegado a la linde del juncal, el temblor cesó durante algunos minutos, y en seguida escuchóse el rumor de un cuerpo que se zambullía, saliendo al propio tiempo burbujas de agua a la superficie del río.

Al poco rato apareció un punto negro en medio de la corriente, y después de permanecer visible sólo el tiempo preciso a un animal para tomar aliento, desapareció en seguida.

Eso se repitió dos o tres veces con iguales intervalos, y a medida que el individuo cuyo camino vamos siguiendo, se alejaba de la ciudad rugiente de dolor y miraba a derecha e izquierda para asegurarse de que estaban desiertas las dos márgenes del Somma, parecía inquietarle menos el temor de que se descubriera la especie a que correspondía, especie que por sí y ante sí se ha declarado lo más noble del género animal, así es que el nadador terminó por desviarse voluntariamente de la línea recta, y después de algunas vigorosas braceadas, durante las cuales únicamente sacaba media cabeza, llegó a un paraje de la orilla izquierda, donde la sombra de unos sauces aumentaba la obscuridad de la noche.

Paróse un momento, contuvo la respiración, y permaneciendo tan callado e inmóvil como el rugoso tronco a que se arrimaba, escudriñó el aire, la tierra y el agua con todos sus sentidos, aguzados por la idea del peligro de que se había librado y del que aún le amagaba.

Todo estaba silencioso y tranquilo, en tanto que la ciudad, coronada por una cimera de humo en medio de la cual elevábase a veces una llamarada, parecía bregar en los tormentos de una dolorosa agonía.

Entonces el fugitivo, por lo mismo que se suponía casi seguro, afectó experimentar mayor sentimiento de abandonar una ciudad donde sin duda dejaba tiernos recuerdos de amistad o de amor; más parece que por vivos que fuesen sus recuerdos no le inspiraron el deseo de retroceder, pues exhalando un suspiro y murmurando un nombre, después de asegurarse de que su puñal, única arma que había conservado y llevaba al cuello colgada de una cadena cuyo valor podía disputarse de día, pero que de noche cualquiera habría tomado por oro; después de asegurarse de que su puñal se movía fácilmente en la vaina, y que un cinto de cuero, al cual daba al parecer verdadera importancia, seguía ciñendo bajo el jubón el delgado y flexible talle de que le dotara la Naturaleza, dirigióse hacia el pantano de Labiette, tomado aquel paso medio entre el de carrera y el ordinark, que la moderna estrategia ha bautizado con la denominación de paso gimnástico.

Para quien hubiese estado poco familiarizado con los alrededores de la capital, peligroso hubiera sido el camino que emprendía el fugitivo, pues aquella parte de la margen izquierda del Somma estaba entonces llena de pantanos y lagunas cruzados por estrechos senderos; más lo que era un peligro para el hombre desconocedor del terreno, ofrecía, por el contrario, probabilidades de salvación al que conocía los pasos del

cenagoso laberinto, y un amigo invisible que hubiese observado a nuestro hombre y abrigado temores acerca del camino que tomaba, presto los hubiera dispuesto.

En efecto, siempre el mismo pasó y sin separarse un punto de la línea de terreno firme que debía seguir para no hundirse en alguno de los cenagales donde tan en mala hora atollara el condestable a sus soldados, el fugitivo cruzó el pantano y encontróse en la primera eminencia de la desigual llanura que se extiende de la aldea de Labiette al molino de Gauchy, cuyas mieses, al doblarlas el viento, ofrecen el aspecto de un mar encrespado.

No obstante, como era bastante trabajoso andar al mismo paso por aquellas mieses, medio segadas por el enemigo a fin de procurarse paja para sus vivaques y sus caballos, el individuo a quien seguimos torció a la izquierda y hallóse en un camino trillado.

Como acaece cada vez que se alcanza un fin, al sentir bajo sus plantas el piso del camino en vez del rastrojo del llano, el batidor del campo paróse un instante, así para tender en torno la mirada, como para tomar aliento, y enseguida continuó corriendo en una línea que se alejaba más directamente de la ciudad que ninguna de las que hasta entonces había seguido. De este modo anduvo más de un cuarto de hora, hasta que se paró otra vez con la vista fija, la boca entreabierta y el oído atento.

A la derecha, y a corta distancia, alzaba sus grandes brazos de esqueleto el molino de Gauchy, cuya inmovilidad en las tinieblas le daba mayores proporciones de las que verdaderamente tenía.

Lo que había detenido al fugitivo no era aquel molino, que al parecer no le era desconocido, sino un rayo de luz que salió por su puerta y el ruido de unos jinetes, que llegaba distantemente a sus oídos, en tanto iba acercándose una masa compacta cada vez más visible. No cabía duda: era una patrulla española que exploraba el campo.

El fugitivo se orientó. Encontrábase en el mismo sitio donde había tenido lugar el ataque del bastardo de Waldeck contra Manuel Filiberto. A la izquierda se encontraba el bosquecillo por donde habían huido dos de los agresores, y corriendo a él nuestro desconocido con la ligereza de un gamo espantado, encontróse en un soto de veinte a veinticinco acres, dominado de trecho en trecho por frondosos árboles.

Ya era tiempo, pues a pocas varas de allí la patrulla seguía el camino. Tendióse el fugitivo permaneciendo tan inmóvil y callado como el tronco de la inmediata encina.

No se había engañado nuestro hombre; era, en efecto, una partida de caballería que batía los caminos, y algunas palabras españolas proferidas por los jinetes al pasar, no dejaron al fugitivo duda alguna de su identidad.

Extinguido del todo el ruido de las voces, y próximo a extinguirse el de los caballos, incorporose poco a poco, anduvo a gatas el espacio de una ioesa, y viendo que había llegado al pie de un añoso árbol, dio media vuelta y se sentó frente al camino y con la espalda casi apoyada en el tronco. Respiró entonces con desahogo, y si bien estaba mojado de pies a cabeza,, enjugóse la sudorosa frente, pasándose la elegante mano por los rizos de sus cabellos.

Apenas lo había hecho, cuando sintió que un objeto movible, que se cernía sobre su cabeza, acariciaba asimismo y de igual modo aquella hermosa cabellera, por la cual, seguramente, se tomaba particular cuidado en las circunstancias ordinarias de la vida.

Deseoso de conocer cual era el objeto animado o inanimado que con él se permitía tan grata familiaridad, el joven (la flexibilidad y elasticidad de sus movimientos daban a entender que lo era) inclinóse atrás, y apoyado de codos procuró percibir en las densas tinieblas la forma del objeto que por el momento le preocupaba. Más era tal la obscuridad que sólo pudo distinguir una línea rígida y recta, colocada poco antes verticalmente sobre su cabeza, y entonces sobre su pecho; línea que movíase tiesa y envarada a merced de la brisa, la cual gemía en los árboles como remedando los lamentos de las almas en pena.

Es conocido que raras veces bastan nuestros sentidos aislados para darnos clara idea de los objetos que perciben, y complétanse unos a otros. Por lo tanto, nuestro fugitivo resolvió completar la vista con el tacto, y extendiendo la mano, permaneció inmóvil, y por decirlo así, petrificado. Inmediatamente, cual si olvidara que su precaria situación le obligaba al silencio y a la inmovilidad, prorrumpió un grito y huyó corriendo del bosque, presa de la más honda pavura.

No era una mano, sino un pie lo que había rozado débilmente su negra cabellera, y aquel pie era el de un hombre colgado del árbol. Ocioso es decir que el ahorcado era nuestro antiguo conocido el poeta Fracasso, que según decían, después de la contienda ejecutada por el bastardo de Waldeck, encontró con suma facilidad un consonante al participio empolvado, cuando por tanto tiempo y tan en balde se había devanado los sesos buscando uno al sustantivo polvo.

XXXIV

DOS FUGITIVOS

El ciervo acosado por los perros no sale del bosque ni devora la llanura con más velocidad que el pelinegro mancebo, quien parecía adolecer de una inconcebible irritabilidad nerviosa ante los ahorcados, gente, no obstante, mucho menos temible después que antes de la mortal operación.

El sólo cuidado que tomó al llegar a la linde del sotillo fue volver las espaldas a San Quintín y correr en dirección enteramente opuesta a la ciudad; el único deseo que, al parecer tenía era alejarse de allí cuanto antes.

Por consiguiente, el fugitivo corrió tres cuartos de hora, y de tal modo, que apenas le hubiera aventajado un andariego de profesión. De manera que en aquel tiempo hizo casi dos leguas de camino y hallóse entre Essigny-le-Gránd y Gibecourt.

Dos cosas obligaron al fugitivo a pararse instantáneamente; faltábale el aliento, y el terreno era tan quebrado, que sólo podía caminar con suma precaución, so pena de tropezar a cada instante. Así pues, en la manifiesta imposibilidad de ir más lejos, tendióse a lo largo en un altillo, semejante al venado jadeante de cansancio.

Por lo demás, indudablemente reflexionó que había dejado ya muy atrás la línea ocupada por las avanzadas españolas, y respecto al ahorcado, si hubiese tenido que bajar del árbol y correr tras él, no habría aguardado tres cuartos de hora para darse ese gustillo póstumo.

Mientras que nuestro fugitivo cobraba aliento, daban las doce menos cuarto en el campanario de Gibecourt, y elevábase la luna detrás del bosque de Rémigny, resultando de ahí que al levantar la cabeza después de hechas sus reflexiones, el fugitivo pudo observar al trémulo rayo de la luna del paisaje, del cual formaba, la parte más animada.

Encontrábase en el campo de batalla, en mitad del cementerio improvisado por Catalina de Lallier, madre del señor Gibecourt y el altillo en el cual buscara un descanso momentáneo, era el borde de un foso donde unos veinte soldados habían hallado el descanso eterno. Estaba de Dios que el fugitivo no traspasaría el fúnebre círculo que desde su salida de San Quintín parecía ensancharse alrededor suyo.

Con todo, como quiera que para ciertos temperamentos son menos terroríficos los cadáveres que yacen a tres pies debajo del suelo que los que se balancean a tres pies encima, limitóse entonces nuestro mancebo a un temblar nervioso, seguido de aquel ligero trinar de la voz, indicio del helado estremecimiento que entre su piel y carne siente el pobre animal más espantadizo, después de las liebres: el hombre.

En seguida, con el pecho aún agitado por un resto de fatiga, resultado de la atropellada carrera que acababa de verificar, púsose el fugitivo a oír el canto de un mochuelo, que triste y monótono salía de un grupo de árboles como para indicar el centro del cementerio.

Pero de pronto, por mucho que aquel lúgubre canto cautivara, al parecer su atención, frunció el entrecejo moviendo suavemente la cabeza a derecha e izquierda, preocupado con el lejano ruido del galope de un caballo, tan bien imitado en la lengua latina, según dicen los profesores, asombrados después de dos mil años de admiración ante este verso de Virgilio:

Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum.

No bien fue perceptible aquel galope a un oído ordinario, cuando el mozo estaba ya en pie, preguntando al horizonte con la vista. Más como el caballo galopaba, no en una carretera, sino en un terreno polvoroso y desigual por las marchas y contramarchas de los ejércitos francés y español, como aquel terreno surcado por las balas de cañón y lleno de rastrojo tenía muy poca sonoridad, de aquí que realmente el caballos y el jinete estaban mucho más cerca del fugitivo de lo que éste por lo pronto había supuesto. Corcel y jinete se hallaban apenas a quinientos pasos del joven, quien empezaba a distinguirles, tanto como es dado distinguir el espectro de un jinete y un corcel a la débil claridad de la luna en su cuarto menguante.

Tal vez si el fantástico centauro que a escape se aproximaba hubiese tenido que pasar a diez toesas de nuestro fugitivo, éste no se habría movido y en lugar de huir se hubiera acurrucado a la sombra de alguna boya sepulcral para dejar cruzar la apocalíptica visión; más como se encontraba en la línea que el recién venido seguía, érale indispensable alejarse cuanto antes si no quería que el infernal jinete le tratara como veinte siglos antes había tratado a Heliodoro el celestial caballero.

Dirigió, pues, la vista al horizonte opuesto, y divisado a un tiro de fusil la linde de los bosques de Rémigny, que se extendía cual negra cortina, corrió hacia allá con la velocidad del ciervo a cuyos cansados miembros ha dado la despistada jauría un instante de tregua.

Empero al pasar de la inmovilidad al movimiento, parecióle que el jinete arrojaba un alegre grito que nada humano tenía: grito que, llegado a sus oídos en las vaporosas alas de la noche, dio nuevo impulso a su carrera, y al observar que el mochuelo oculto en la arboleda huía asustado exhalando un lúgubre quejido, envidió aquellas rápidas y silenciosas alas, gracias a las cuales el dichoso pájaro nocturno pudo volar al vecino bosque.

Más si el fugitivo no tenía las alas del mochuelo, el caballo que montaba el jinete semejaba tener las de la Quimera. Saltando las sepulturas miraba el mancebo a su alrededor y veía aproximarse con espantosa rapidez y crecer el corcel y el caballero.

Si las arterias de las sienes del fugitivo no hubiesen latido tan fuertemente, hubiera comprendido que el relincho del caballo nada tenía de sobrenatural, y que los gritos del jinete eran simplemente una repetición de la voz: alto, dicho en todos los tonos, desde la súplica hasta el de la amenaza.

Sin embargo, como a pesar de esa escala ascendente, el fugitivo corría acelerado al bosque, el jinete aumentaba sus esfuerzos para alcanzarle.

Poco faltaba para que la respiración del fugitivo fuese tan bronca cual la del cuadrúpedo que le perseguía. Ya sólo le faltaban cincuenta pasos del bosque, pero el caballo y el jinete ya no estaban más que a ciento del mancebo.

Aquellos cincuenta pasos eran para el fugitivo lo que para el náufrago impelido por las olas las últimas cincuenta braceadas que le faltan para llegar a la orilla. Tendidos los brazos, adelantada la cabeza, seca la garganta, rápida la respiración, con un tempestuoso zumbido de oídos y una sangrienta nube sobre los ojos, estaba ya nuestro fugitivo para llegar al bosque cuando al volver la cabeza vio que el caballo, siempre relinchando y el jinete siempre gritando, iban a atropellarle.

Quiso entonces apretar más los talones, asimismo quiso gritar, pero anudósele la voz en la garganta y flaqueáronle las piernas; oyó tras sí como un fragor de trueno, sintió como un soplo de fuego a sus espaldas, y experimentando un choque semejante al que le hubiera causado una peña lanzada por una catapulta, cayó rodando medio desmayado a la zanja del bosquecillo.

En seguida, como a través de una rojiza nube, distinguió que el jinete se apeaba ligero para sentarse en el declive, exclamando asombrado: ¡Por el alma de Lutero! ¡Si es el bueno de Ivonnet!

A esas palabras el aventurero, que comenzaba a reconocer al jinete por un ser humano, esforzóse para reunir sus ideas, fijó la atónita vista en quien después de tan feroz persecución le dirigía tan consoladoras palabras, y con voz que la sequedad de la garganta semejaba al estertor de un moribundo, murmuró:

––¡Por Balcebú! ¡Si es monseñor Andelot!

Ya sabemos porqué huía Ivonnet; falta decir porqué Andelot le perseguía.

XXXV
AVENTURERO Y CAPITAN

Hemos dicho que Ivonnet, Maldiente y Procopio defendían la misma brecha que el almirante Coligny. La brecha no había sido difícil de defender. Asimismo hemos dicho que los españoles sorprendieron la brecha vecina y que la compañía del Delfín la abandonó cobardemente. Por último, hemos dicho que al notar Coligny lo que a su izquierda sucedía, llamó a los que le rodeaban, y señalando la muralla ya invadida por los españoles, gritó: ¡Allí debemos morir!

Tan generosa resolución era sincerísima, y sin duda hizo el almirante cuanto pudo para cumplirla, aunque no pereciese en la brecha.

Pero la opinión valerosamente proferida por un general de corazón fuerte y magnánimo, sobre cuya cabeza pesaba toda una responsabilidad militar y política; la opinión de que debemos morir cuando somos vencidos, no era seguramente la de los aventureros, que por mediación del procurador Procopio los habían comprado para defender la ciudad.

Al ver, pues, ganada la plaza e imposible su defensa, creyeron que su contrato quedaba rescindido en derecho, y sin participar este parecer a sus consocios, dijo cada cual para sí: pies, ¿para qué os quiero? Maldiente y Procopio desaparecieron en la esquina del convento de franciscanos, y como por ahora no tenemos por qué ocuparnos de ellos, dejarémosles a su buena o mala suerte para seguir la de su compañero Ivonnet.

Primero tuvo la idea, hagámosle justicia, de correr al Mercado Viejo y ofrecer su espada y puñal a su buena amiga Gúdula Peuquet, pero sin duda pensó que, por temibles que fuesen aquellas armas en su ejercitada mano, servirían de poco en tal circunstancia a una niña cuya hermosura y naturales encantos la defenderían con más eficacia de la ira de los vencedores que todos los puñales y espadas del mundo.

Además, sabía que el padre y el tío de Gúdula habían preparado el sótano de su casa para los objetos más preciosos, y naturalmente ponían a su hija y su sobrina en primera línea entre los más preciosos objetos; sabía, decimos, que el padre y el tío de Gúdula habían preparado un recóndito escondrijo, abasteciéndolo a todo evento de comestibles para diez días.

Ahora bien, por desenfrenado que fuese el saqueo, era probable que a la voz de los jefes antes de diez días se restablecería el orden en la desgraciada ciudad; y restablecido el orden, Gúdula saldría del escondite y en tiempo oportuno se mostraría a la luz del sol.

Conque según toda probabilidad, gracias a las precauciones tomadas, el saqueo de la ciudad dejaría bastante tranquila a la muchacha, quien igual que las primeras cristianas, desde las catacumbas, donde estaba escondida escucharía rugir la carnicería y la muerte sobre su cabeza.

Una vez convencido de que su presencia más bien sería perjudicial que útil a la señorita Gúdula, y poco deseoso además de soterrarse durante diez o doce días como un tejón o una marmota, exponiéndose Ivonnet a graves peligros, resolvió permanecer a la luz del día, y en vez de esconderse en algún rincón de la ciudad asaltada, apresuróse a ponerlo todo por obra para hallarse a la siguiente mañana lo más lejos posible de San Quintín.

Abandonando a Procopio y Maldiente, que conforme hemos dicho doblaran la esquina del convento de franciscanos, pasó la ciudad para subir a la muralla entre la torre y la poterna de Santa Catalina.

Como quiera que en su improvisado plan de fuga le molestaban la espada y la coraza, sin dejar de correr habíase desembarazado de ambas, sujetando en cambio su daga a la cadena de cobre dorado que le daba orgullosamente tres vueltas al cuello, y apretando un punto más el cinto que encerraba los veinticinco escudos mitad de su fortuna; pues si Malamuerte, no siéndole posible huir, había enterrado los suyos, confiando Ivonnet en la ligereza de sus pies para salvar la bolsa y la vida, no había querido separarse de su tesoro que a su libre disposición encontrábase.

Llegado a la muralla, arrojóse al foso lleno de agua.

Había pasado tan rápidamente, que los centinelas apenas le vieron y por otra parte, los gritos que al propio tiempo sonaban al otro lado de la ciudad les interesaban mucho más que aquel hombre o piedra que había caído al foso y no volvía a la superficie del agua, cuyos círculos, ensanchábanse iban a romperse en la muralla y en los declives de los pantanos de Grosnard.

El individuo cuya caída motivara aquellos multiplicados círculos nadó entre las aguas y fue a esconderse entre una familia de nenúfares cuyas protectoras hojas ocultaban a todas las miradas su cabeza, sumergida hasta la boca.

Desde allí presenció un espectáculo idóneo para preparar sus nervios al estado de irritabilidad en que lo hemos encontrado.

Tomada la ciudad, muchos combatientes pensaron de igual modo que él, saltando unos también de la muralla al foso y huyendo otros por la poterna de Santa Catalina; más todos tuvieron la desacertada idea de querer huir sin tardanza en lugar de esperar la noche y huir sin tardanza era imposible atendido el círculo que los ingleses habían formado delante de la muralla, desde el camino viejo de Vermand hasta la margen del Somma.

Todos los fugitivos fueron pues, recibidos a tiros y tirados al pantano, donde proporcionaron a los ingleses el placer de tirar al blanco, en cuyo ejercicio siempre han sobresalido.

Dos o tres cadáveres cayeron rodando muy cerca de Ivonnet, y arrastrados por el agua siguieron el curso del Somma, lo cual sugirió al aventurero la idea de hacerse el muerto, y manteniéndose estirado e inmóvil, llegar vivo a la dichosa corriente que arrastraba a los difuntos.

Todo fue bien hasta el punto donde el agua de los fosos se junta con la del Somma; más al llegar allá, echando Ivonnet la cabeza atrás y abriendo con precaución los ojos, percibió una doble fila de ingleses diseminados por ambas orillas del río, quienes se entretenían en fusilar a los muertos. Entonces, en lugar de conservar la rigidez cadavérica, el mozo se hizo un ovillo, rodó al fondo, y a gatas llegó al juncal donde estuvo escondido hasta que salió, como hemos visto para pasar a la otra margen.

Como desde el instante en que el nadador reapareció a la sombra de los sauces le hemos seguido paso a paso hasta que cayó jadeante en la linde del bosque de Rémigny, por ahora es inútil que continuemos hablando de sus aventuras.

Dejémoles, pues, y sigamos a Monseñor Andelot, hermano de Coligny, ante cuyo amistoso rostro había Ivonnet exhalado una alegre exclamación de reconocimiento.

Hemos dicho que la brecha defendida por Andelot fue la última que tomaron los enemigos.

Era Andelot tan buen general cual valiente soldado: había lidiado con la alabarda y la espada, como el último reitre del ejército, y distinguiéndose únicamente por su bizarría, habíanle respetado por su denuedo,

que sólo cedió al número. Cayeron sobre él unos doce hombres, desarmándole, y llevaráronle preso al campamento, sin saber quién era el capitán que habían apresado.

Viéronle el condestable y el almirante, y sin decir su nombre ni manifestar el grado de interés que como sobrino y hermano les causaba, ofrecieron por su rescate la cantidad de dos mil escudos.

Más era difícil ocultar a Manuel Filiberto la calidad del prisionero, y convidándoles a cenar, ordenó ejercer sobre Andelot tan activa vigilancia, como sobre el condestable y el almirante.

La cena alargóse hasta las diez y media de la noche. Con una cortesía digna de los hermosos tiempos caballerescos, Manuel Filiberto procuró que aquella nobleza francesa, prisionera como al día siguiente de las derrotas de Poitiers, Crécy y Azincourt, se olvidara de que se hallaba a la mesa del vencedor, y hablóse mucho más del sitio de Metz y de la batalla de Renty, que de la Batalla de San Lorenzo y del sitio de San Quintín.

Habíanse preparado tiendas para los nobles prisioneros en medio del campamento, dentro de una estacada, con dos centinelas en su única abertura y un círculo de soldados que exteriormente la vigilaban.

Durante las largas noches del sitio, muchas veces había visto Andelot desde la muralla aquel extenso campamento tendido a sus pies. Así es que conocía el cuartel de cada jefe, la situación de las tiendas, el espacio que mediaba entre los hombres de naciones diversas y hasta las desigualdades del terreno que ocupaba toda la ciudad de flotantes banderolas.

Desde que era prisionero, y ya conocemos que no hacía mucho tiempo, habíase fijado en la mente de Andelot una sola idea: la de huir. Ninguna palabra había dado, habíanle cogido sin que se rindiera, y creía que cuanto más pronto tratara de ejecutar su proyecto de fuga, tanta más probabilidad tendría de llevarlo a feliz término.

No es pues, extraño que al salir del cuarto del duque de Saboya observase con avidez cuantos objetos veía, con el deseo de valerse en un instante dado para su evasión del más fútil e insignificante.

Por mandato de Manuel Filiberto iba a partir para Cambrai un oficial con el encargo de anunciar la toma de la ciudad y con la lista de los prisioneros de importancia. Éstas habían aumentado durante la cena, y cuando Manuel hubo despedido a sus convidados, el oficial entró en la tienda del generalísimo para que éste añadiera a la lista los nuevos nombres que debían aumentarla.

Asido del diestro por un caballerizo, y con la brida al arzón, hallábase a corto trecho del cuartel del príncipe uno de sus mejores caballos, escogidos entre los más ligeros.

Acercóse Andelot al corcel como aficionado que desea contemplar un animal de raza y acto seguido, justificando la fama que tenía de ser uno de los más diestros jinetes del ejército francés, saltó a la silla, picó espuelas atropellando al palafrenero y partió a galope tendido.

El palafrenero gritó: ¡Al arma! Pero Andelot pasaba ya como una exhalación delante de las tiendas del conde de Mègue. Apuntóle el centinela, pero la mecha de su arcabuz estaba apagada, y otro que tenía un mosquete con piedra de chispa, sospechando que el jinete que pasaba como una tromba era el designado por los gritos que en torno daban, hizo fuego y erróle. Derribando el fugitivo a cinco o seis soldados dispuestos a cerrarle el paso, llegado al Somma de un sólo salto salvó la tercera parte del río, cortó al sesgo la corriente, y entre una granizada de balas que arrebatándole el sombrero le atravesaron la ropa sin rasguñarle siquiera la piel, llegó a la otra orilla, donde estaba casi en salvo.

Como jinete habilísimo que era, pronto había comprendido que con aquel caballo no debía temer la persecución de otros a los que llevara cinco o seis minutos de ventaja. Temía, sí, que alguna bala le derribase de la silla o hiriera al corcel de un modo que le impidiese proseguir la carrera. Breve fue su inquietud, pues al salir del Somma notó que el caballo estaba ileso como él mismo.

Aunque Andelot no conocía el terreno, sabía la situación de las principales ciudades que rodeaban la de San Quintín, y eran Laon, la Fère y Ham. Barruntaba insintivamente el punto donde estaba París, a veinticinco o veintiséis leguas de aquellas ciudades, y como le importaba alejarse del peligro, continuó de frente la carrera y hallóse naturalmente en la línea del Gauchy, del Gruois y de Essigne–le–Grand.

Al divisar este último pueblo pudo averiguar a la claridad de la luna, que acababa de salir no el camino que había andado ni el lugar donde se hallaba, sino el paisaje y su aspecto.

No habiendo Andelot asistido a la batalla, no podía asombrarle el aspecto que presentaba el campo donde aquélla se había librado, y el cual había espantado a Ivonnet, así es que prosiguió su camino acortando el paso del caballo, y después de atravesar la aldea de Benay pasó entre los dos molinos de Hinnecourt, dirigiendo a la derecha, a la izquierda y al frente ávidas miradas.

El jinete buscaba a algún aldeano de las cercanías que pudiera enterarle del sitio donde se hallaba y servirle de guía, o cuando menos encaminarle, y por eso a cada instante se levantaba sobre los estribos, esparciendo sus miradas por todo el espacio que abarcar podían. De pronto, parecióle que en medio del terreno

removido del Cementerio Lastimoso surgía una sombra humana, y dirigióse a ella, pero, al parecer, la sombra tenía tantos deseos de huir como él de alcanzarla.

Persiguióla pues Andelot, al observar que huía hacia los bosques de Rémigny, y adivinando su intención, apeló a las espuelas, a las rodillas, a la voz, en fin, a todos los medios posibles para aumentar la rapidez del caballo, haciéndole saltar montecillos, matas y arroyos a fin de llegar a aquellos malditos bosques antes que la sombra, la cual se había asemejado a la de Aquiles, de pies ligeros si el terror que experimentaba no la hubiese hecho indigna del victorioso nombre de Aquiles. La sombra no estaba más que a veinte pasos del bosque y Andelot a treinta de la sombra, merced al último esfuerzo que hizo y cuyo efecto ya conocemos.

A medida que el jinete se acercaba a la sombra, adquiría ésta la solidez de un cuerpo, hasta que cayó a sus pies derribada por el caballo. Apeóse Andelot para socorrer al fugitivo, cuyos informes podían serle de gran utilidad, y el infeliz jadeante, casi desmayado y medio muerto de pavor, con tanto asombro como alegría, reconoció al aventurero Ivonnet, quien con idéntico asombro y mayor alegría conoció por su parte al hermano del almirante, a monseñor Andelot de Coligny.

XXXVI
ESPERA

La nueva de la pérdida de la batalla de San Quintín resonó cual inesperado trueno en toda Francia, y especialmente en el palacio de San Germán.

Al condestable de Montmorency, veterano caprichoso e ignorante, para no caer en entera desgracia nunca le fue más necesario el inexplicable apoyo que cerca de Enrique II le prestaba el consecuente e inalterable favor de Diana de Potiers.

Efectivamente, el golpe era terrible: la mitad de la nobleza estaba ocupada con el duque de Guisa en la conquista de Nápoles y la otra mitad aniquilada, de manera que unos cuantos nobles escapados sin aliento de aquella gran mortandad, y agrupados en torno del duque de Nevers, herido en el muslo, formaban toda la fuerza activa que a Francia quedaba.

Cuatro o cinco tristes ciudades, mal protegidas por débiles murallas, casi sin abastecer, con cortas guarniciones: Ham, La Fère, el Catelet, y cual centinela extraviado en medio del fuego, San Quintín, la menos fuerte, la menos defendible de aquellas ciudades.

Tres ejércitos enemigos, uno español, otro flamenco y otro inglés; exasperados los dos primeros por extensa alternativa de victorias y derrotas, y el tercero nuevo, fresco, alentado por los antecedentes de Poitiers, Crécy y Azincourt, y deseoso de contemplar aquel famoso París cuyas murallas entreviera otro ejército inglés en tiempos de Carlos VI, siglo y medio antes.

Un monarca aislado, sin talento personal, valiente, pero de la valentía peculiar a la individualidad francesa, capaz de ser un excelente soldado, incapaz de ser un mediano general. Por todo Consejo, el cardenal de Guisa y Catalina de Médicis, o lo que es igual, la cautelosa política italiana unida a la astucia francesa y el orgullo lorenés. Además de esto, una frívola Corte de reinas, princesas y damas ligeras y galantes: la reina María, la princesa Isabel, Margarita de Francia, Diana de Poitiers, su hija, casi desposada con un hijo del condestable de Montmorency, Francisco Carlos Enrique, y la tierna princesa Margarita.

La fatal noticia de la pérdida de la batalla de San Quintín o de San Lorenzo, como se quiera denominarla, parecía según toda probabilidad, la precursora de dos noticias no menos fatales: la toma de San Quintín y la marcha sobre París del triple ejército español, flamenco e inglés.

Empezó el rey por ordenar secretamente los preparativos de una retirada a Orleáns, antigua fortaleza de Francia que, reconquistada por una virgen, poco más de cien años atrás, sirvió de tabernáculo al arca santa de la Monarquía. La reina, los tres príncipes, la tierna princesa y toda la corte femenina debían encontrarse listos para partir de día o de noche a la primera orden.

En cuanto al rey, iría a reunirse con los restos del ejército dondequiera que estuviesen, y pelear hasta derramar la última gota de sangre. Estaban tomadas todas las medidas para que en caso de muerte le sucediera el Delfín Francisco, con Catalina de Médicis por regente y el cardenal de Lorena por consejero.

Además, creemos haber dicho que se habían enviado correos al duque Francisco de Guisa para que apresurase su regreso y y trajese las fuerzas que pudiera del ejército de Italia.

Tomadas esas disposiciones, Enrique II aguardó con ansiedad y con el oído vuelto al camino de Picardía, y entonces supo que contra toda probabilidad y hasta contra toda esperanza, San Quintín todavía resistía. ¡Habían sido vencidos quince mil hombres delante de sus muros, y la heroica ciudad luchaba contra el triple ejército victorioso con cuatrocientos o quinientos soldados de todas armas! Bien es cierto que además de la guarnición contaba la plaza con sus valerosos habitantes.

Durante uno, dos y tres días, esperóse con la misma ansiedad la noticia de la toma de San Quintín, y súpose, por el contrario, que Andelot había conseguido entrar en la plaza con algunos centenares de hombres, y que así él como el almirante habían jurado sepultarse bajo las ruinas de la ciudad. Como nadie desconocía que Coligny y Andelot cumplían siempre sus juramentos, tranquilizóse un tanto el monarca, que si bien proseguía existiendo el peligro, era menos inminente. Así pues, en San Quintín se concentraba toda la esperanza de Francia.

Enrique II rogaba al Cielo que la ciudad pudiera sostenerse ocho días, y entretanto, a fin de adquirir noticias, partió para Compiègne, situado a pocas leguas del teatro de la guerra. Acompañóle Catalina de Médicis, pues si para pasar agradables momentos recurría el rey a Diana de Poitiers, cuando se trataba de pedir un buen consejo, dirigíase a su esposa. El cardenal de Guisa se quedaba en París para vigilar y animar a los parisienses.

En caso de urgencia, el rey y la reina se separarían: Enrique II se uniría al ejército, si aún existía uno, para alentarle con su presencia, y Catalina volvería a San Germán para encargarse de la suprema dirección de la retirada.

El soberano halló las poblaciones mucho menos amedrentadas de lo que temía. La costumbre de los ejércitos de los siglos XIV, XV y XVI, de no adelantar un palmo en sus conquistas hasta después de la segura posesión de las ciudades que al paso hallaban, daba alguna tregua a Compiègne, protegida por Ham, el Catelet y la Fère.

Enrique se instaló en el castillo. Al instante se enviaron espías hacia San Quintín para que se informaran del estado de la plaza, y correos hacia Laon y Soisson para inquirir lo que había sido del ejército. Los espías volvieron refiriendo que San Quintín se defendía muy bien sin dar la menor muestra de rendirse; y los correos volvieron diciendo que los dos o tres mil hombres que quedaban del ejército se habían juntado en Laon con el duque de Nevers, quien había sacado de ellos el mejor partido posible. Comprendiendo la lentitud de aquella guerra de sitios que, una vez ganada San Quintín, probablemente emprendería el ejército español, ocupóse tan sólo el duque de Nevers en reforzar las ciudades que podían retardar la marcha del enemigo. Mandó al conde de Sancerre a Guisa con su compañía de caballería, la del príncipe de La Roche–sur–Ivon, y las dos de Estrées y Pisieux. Envió asimismo al capitán Bourdillon a la Fère con cinco compañías de infantería y otras tantas de a caballo, por último, el barón de Solignac pasó al Catelet Humiéres a Perona, Chaulnes a Corbía, Sepois a Ham, Clermont de Amboise a Saint–Dizier, Bouchavannes a Coucy y Montigny a Chauny.

Respecto a él, quedábase en Laon con un millar de soldados esperando las nuevas tropas que el rey pudiese reunir, o los refuerzos que se allegaran de los otros puntos de Francia.

Así se aplicaba el primer vendaje a la herida, si bien aún nada denotaba que fuese mortal.

Difícil fuera imaginar cosa más triste que el vetusto castillo de Compiègre, ya sombrío de suyo, y más sombrío aún por la presencia de sus dos regios huéspedes. Cuando, Enrique II iba a esta residencia, lo cual verificaba tres o cuatro veces al año, era para poblar castillo, ciudad y selva con la espléndida corte de jóvenes de ambos sexos que consigo llevaba, para llenar los corredores y las salas góticas con los gratos acordes de la música, y para despertar los ecos del bosque al son del cuerno y de los ladridos de la jauría.

Ahora el caso era muy diferente. Al anochecer había cruzado la ciudad un pesado carruaje sin excitar la curiosidad de los habitantes, deteniéndose a la puerta del castillo, sin que el suizo tampoco extrañara un suceso al parecer de tan poca trascendencia. Un hombre de unos cuarenta años, tez casi Africana, barba negra y ojos hundidos y una mujer de treinta y seis años, terso y nevado cutis, ojos vivos, dientes bellísimos y pelo azabache, apeábanse de aquel coche, seguidos de tres o cuatro oficiales de servicio. Miróles el portero asombrado, y exclamó dos veces:

––¡El rey! ... ¡La reina!... ––En seguida, a una señal de silencio que le hizo Enrique, introdújoles en el patio y cerró la puerta.

Al siguiente, día, conociéndose ya en Compiègne que los reyes Enrique y Catalina habían llegado la víspera escoltados por la noche, menos triste y sombría que ellos, y hallábanse en el castillo, acudieron los vecinos al real sitio, gritando: ¡Viva el rey! ¡Viva la reina!

Enrique II fue siempre muy querido y Catalina de Medicis aún no era aborrecida. Los reyes se asomaron al balcón.

––Amigos míos —exclamó el monarca––, he venido a vuestra ciudad para defender yo mismo el territorio de Francia. Desde aquí estaré siempre a la mira de lo que sucede en San Quintín. Creo que el enemigo no llegará hasta aquí, más a todo evento, imitad a los heroicos sanquintinenses; prepararos todos a la defensa. Quien tuviere buenas o malas noticias de la ciudad sitiada, tráigalas al castillo, que será bien recibido.

Repitiéronse los vítores y Enrique y Catalina se retiraron de espaldas, colocándose la mano sobre el corazón, regio ademán que hace tanto tiempo contenta a los pueblos. Cerróse el balcón y cada cual se preparó como pudo a la defensa, sin que el rey volviera a presentarse.

Los jardineros, interrogados, dijeron que andaba pensativo por las alamedas más umbrías del parque, parándose de repente escuchando inmóvil, y aplicando muchas veces el oído al suelo para sorprender el lejano estampido del cañón. Más ya sabemos que había cesado todo ataque prematuro a fin de que Manuel Filiberto tuviera tiempo para preparar el asalto.

Entonces el soberano volvía inquieto al castillo, y subiendo a una especie de torre, desde la cual se descubría hasta muy larga distancia el camino de San Quintín, con el que empalmaban los de Ham y Laon, miraba a los caminantes que venían por aquel camino, temiendo y a la par deseando que llegara el mensajero con tanta ansiedad aguardado.

Hallábase el rey en Compiegne desde el 15 de agosto, e iban pasando días sin escuchar ningún rumor, sin ver venir mensajero alguno, sólo sabía que San Quintín continuaba resistiendo.

El día 24, paseábase Enrique como acostumbraba por el parque, cuando de repente le estremeció un lejano rugido. Paróse a escuchar, y ni siquiera hubo de aplicar el oído a1 suelo para comprender que se sucedían sin interrupción los cañonazos.

Por tres días consecutivos escuchóse el mismo fragor hasta muy avanzada la noche y desde antes de salir el sol, y a tan terribles ecos no concebía el rey que pudiera continuar en pie una sola casa de San Quintín.

A las dos de la tarde del 27 cesó el estruendo. ¿Qué había ocurrido?

¿Qué significaba aquel silencio después de tan pavoroso rumor? Indudablemente la ciudad de San Quintín, menos privilegiada que las fabulosas salamandras de que Francisco I hizo sus armas, acababa de sucumbir en un círculo de fuego. Esperó Enrique hasta las ocho de la noche creyendo aún que el cansancio de los sitiadores les había obligado a conceder un respiro a la plaza.

No obstante, cediendo a su zozobra, a las nueve despachó dos o tres correos con orden de tomar distintos caminos, a fin del que si el uno caía en manos del enemigo, el otro a lo menos tuviera la probabilidad de escaparse. Habiendo vagado por el parque hasta medianoche, volvió al castillo, acostóse, y no pudiendo dormir en su febril desasosiego, al amanecer se levantó para ascender a su observatorio.

No bien estuvo allí, cuando al extremo de aquel camino, tantas veces por sus ojos contemplado, vio que levantando gran polvareda, acudía a escape un caballo con dos jinetes. No le cupo a Enrique la menor duda: habían de ser y eran dos enviados que le traían noticias de San Quintín, y para que no experimentaran ningún retardo al presentarse a la puerta llamada de Noyon, ordenó que salieran a recibirles.

Al cabo de un cuarto de hora llegó el caballo al rastrillo de la fortaleza, y Enrique prorrumpió un grito de sorpresa, casi de júbilo, al conocer a Andelot y al ver que se quedaba respetuosamente a la puerta otro personaje cuyo semblante no le era desconocido, aunque por lo pronto no podía recordar dónde lo había visto. El lector, que seguramente no es tan corto de memoria como Enrique II, se acordará de que el rey le había hablado en el palacio de San Germán, cuando Ivonnet servía de escudero al malogrado Theligny.

Viendo llegar cabalgando sobre el mismo corcel a Andelot e Ivonnet, sin duda no se nos exigirá que digamos cómo, después de conocerse uno a otro a la vera del bosque de Rémigny, se estableció al punto la mejor armonía entre el fugitivo perseguido y el fugitivo perseguidor; ni cómo Ivonnet, que conocía el terreno a palmos por haberlo atravesado de día y de noche en todas direcciones, se ofreció por guía a Andelot, ni cómo, en fin, en cambio de este servicio, el hermano de Coligny convidó al galán de la señorita Gúdula a subir a la grupa. Acuerdo que tenía la doble ventaja de no fatigar al aventurero y no retrasar la marcha del capitán.

El caballo hubiera quizá preferdo otra combinación, más era un noble fruto ardiente y brioso, y vemos que corrió como el viento, puesto que, a todo tirar, en tres horas y media fue de Gibecourt a Compiègne, recorriendo una distancia de casi once leguas.

XXXVII
LOS PARISIENSES

Las nuevas traídas por los dos mensajeros eran de aquellas que se comunican en breves palabras, pero de las que nunca se acaba de hablar. Después del compendiado relato que Andelot hizo de la toma de la ciudad, pasó el rey a los pormenores, y mitad, por el capitán, mitad por el aventurero, supo casi todo lo que hemos relatado al lector.

En suma, la plaza estaba tomada; el condestable y Coligny, los más diestros capitanes del reino en ausencia del duque de Guisa, eran prisioneros y aún se desconocía si el ejército victorioso se entretendría en sitiar plazas de escasa importancia, o marcharía en derechura sobre París.

Sitiar tales plazas era una guerra adecuada al carácter tanteador de Felipe II, y dirigirse a París una determinación que se avenía mucho con el temperamento emprendedor del duque de Saboya. ¿Cuál de estos dos partidos adoptarían los vencedores? Andelot e Ivonnet lo ignoraban.

Andelot creía que el rey de España y Manuel Filiberto marcharían sobre París inmediatamente. Respecto a Ivonnet sus conocimientos estratégicos no llegaban a la altura de semejante cuestión, más como el rey deseaba absolutamente que emitiera su opinión, atúvose a la de Andelot.

Hubo pues, mayoría sobre estos puntos, a saber: que los vencedores no perderían tiempo, y que por lo tanto, los vencidos tampoco debían perderlo. Acordóse desde luego que, tomados algunos minutos de descanso, Andelot e Ivonnet partieran por caminos distintos, cada cual con una misión adaptada a la posición social y militar que ocupaban.

Andelot acompañaría a París a Catalina de Médicis para apelar al patriotismo de aquellos habitantes, e Ivonnet dirigiríase a Laon con despachos del rey para el duque de Nevers, y disfrazado de cualquier manera, procuraría acechar al ejército español y descubrir las intenciones del rey de España respecto al plan que éste se proponía seguir.

Aunque había muchas probabilidades de que el encargado de esa peligrosa misión fuese preso y ahorcado, aceptóla el aventurero, pues los sombríos recuerdos que le hicieron estremecer en la obscuridad de la noche, ya no hacían mella alguna en el ánimo del mancebo una vez amanecido.

Fue Andelot autorizado por Enrique II para entenderse con el cardenal de Lorena, director de Hacienda, acerca de las necesidades pecuniarias que él y su hermano pudieran tener en su precaria situación. Respecto a Ivonnet, recibió veinte escudos de oro por el mensaje que terminaba de traer y por la comisión que a desempeñar iba, autorizándole el rey para tomar de sus caballerizas el mejor caballo que encontrara.

A las diez de la mañana, después de un descanso de seis horas, salieron los dos mensajeros para su respectivo destino, volviéndose a la puerta las espaldas, con dirección, el uno al Oriente, y al Occidente el otro.

Como después hallaremos al menos importante de nuestros dos personajes (y si no lo hallamos a lo menos sabremos de oídas lo que de él ha sido), sigamos los pasos de Andelot, que asimismo son los de la reina Catalina de Médicis, quien en su compañía y bajo su guardia va camino de París, tan aprisa como lo permite la pesadez del carruaje que con un tiro de cuatro caballos la conduce a la capital.

En virtud del axioma de que de lejos el peligro suele atemorizar mucho más que de cerca, al principio el temor había sido tal vez mayor en París que en Compiègne. Desde la época en que el inglés había columbrado desde la llanura de San Dionisio las torres de Nuestra Señora y el campanario de la Santa Capilla, jamás sintieron los parisienses tal espanto: de suerte que al día siguiente al en que de las márgenes del Somma llegó a las del Sena la nueva de la batalla de San Quintín, al ver los carros cargados de muebles y las personas de ambos sexos que iban a caballo, cualquiera habría creído que la tercera parte de París mudaba de domicilio. Y no había tal cambio de domicilio, sino una fuga: París se esparcía por las provincias.

Cierto es que poco a poco, y cuando se supo que las noticias no se agravaban, merced a la preciosa organización de que está dotado el pueblo francés y que consiste en burlarse de todo, los que se habían quedado en París se burlaron de los ausentes; por manera que los fugitivos volvieron paulatinamente, y animados entonces por la burla, mostrábanse dispuestos a resistir hasta el último momento.

Tal era la disposición en que al entrar en París en la tarde del 28 de agcsto de 1557, hallaron Catalina y Andelot a sus vecinos, a quienes traían una nueva más grave todavía que la de la pérdida de la batalla de San Lorenzo: la de la rendición de la ciudad de San Quintín. De la manera con que se comunican las noticias depende algunas veces el efecto que producen.

––Amigos míos —dijo Andelot al primer grupo de paisanos que halló—, ¡gloria a los habitantes de San Quintín! Han resistido más de un mes en una plaza donde los más valientes apenas habrían podido resistir ocho días. Con su defensa han dado al duque de Nevers tiempo para reunir un ejército que Su Majestad el rey Enrique Il refuerza a cada momento con nuevas tropas que manda y aquí viene S. M. la reina para apelar a vuestro patriotismo y amor a vuestros reyes.

Y a estas palabras la reina Catalina asomó la cabeza por la portezuela del carruaje, diciendo:

––Sí, mis buenos amigos, en nombre del rey Enrique II vengo a comunicaros que todas las ciudades están prontas a hacer cuanto puedan como San Quintín. Haya, pues, luminarias en prueba de la confianza que en vosotros ha tenido el rey Enrique y del amor que le tenéis. Y esta noche en las Casas Consistoriales me pondré de acuerdo con vuestro Ayuntamiento, el señor cardenal de Lorena y el señor Andelot sobre las

disposiciones que convengan adoptarse para rechazar al enemigo, desalentado por el largo sitio de San Quintín.

Gran conocimiento de la multitud había en esa manera de anunciar una de las noticias más terribles que jamás ha recibido la población de una capital. Andelot era quien había preparado su alocución y la de la reina Catalina.

Así es que aquel pueblo que si le hubiesen dicho simplemente: los españoles son dueños de San Quintín y marchan sobre París, habría corrido atemorizado por calles y plazas, gritando: ¡Todo está perdido! ¡Sálvese quien pueda!, por el contrario gritó con todas sus fuerzas: ¡Viva el rey Enrique II! ¡Viva la reina Catalina! ¡Viva el cardenal de Lorena! ¡Viva el señor Andelot!, y agrupándose en torno del carruaje de Catalina y del caballo del ilustre capitán, siguióles con algazara y casi con alegría desde la puerta de San Dionisio hasta la del palacio del Louvre. Llegado a esta última enderezóse nuevamente Andelot sobre los estribos para dominar el numeroso gentío que llenaba la plaza, las calle y hasta los muelles, y con voz fuerte, exclamó:

—¡Amigos míos! S. M. la reina me encarga os recuerde que dentro de algunas horas se trasladará a las Casas Consistoriales, donde va a ser convocada la Municipalidad. Irá a caballo para estar más cerca de vosotros, y por el corto o gran número de los que le acompañéis, juzgará de vuestro amor. No os olvidéis de los hachones y de las luminarias.

Oyéronse entusiastas vítores, y desde entonces pudo la reina estar segura de que todo aquel pueblo, cuyas simpatías acababa de captarse con algunas frases, estaba pronto, como el de San Quintín, a cualquier sacrificio, incluso el de la vida.

Entró Catalina de Médicis en el Louvre, acompañada de Andelot, y acto continuo fue llamado el cardenal de Lorena, con mandato de convocar a las nueve de la noche en las Casas Consistoriales a los alcaldes, regidores, prebostes de mercaderes, prohombres y síndicos de gremios.

Ya hemos visto que Andelot sabía preparar diestramente los efectos teatrales: había elegido aquella hora como la más a propósito.

Las más de las personas que se habían reunido a la puerta del Louvre resolvieron no marcharse para estar seguros de formar parte del regio cortejo, y al propio tiempo para que nadie les tomara los primeros puestos, y algunos mensajeros de las masas fueron a comprar hachones, mientras que otros, heraldos populares que en todos los grandes sucesos se erigen en noticieros públicos, recorrían las calles adyacentes gritando:

—¡Habitantes de París, iluminad las ventanas, que va a pasar la reina Catalina de Médicis dirigiéndose a las Casas Consistoriales!

Y a ese llamamiento que a nada obligaba y por el contrario dejaba el libre albedrío a los habitantes, en todas las casas de las calles por donde había de atravesar la reina, preparaban éstos las lamparillas, aquéllos las linternas, los de más allá las hachas y con el número de luces que cada cual colocaba en sus ventanas manifestaba los grados de su entusiasmo.

Decimos que los noticieros recorrían las calle porque con su instintiva inteligencia comprendieron que la reina seguiría la línea de las calles y no la de los muelles. Los cortejos que van por los muelles equivocan el camino si necesitan entusiasmo; a lo largo de los muelles el entusiasmo les acompaña cojeando, como la justicia, pues por el lado del río forzosamente ha de reinar el silencio.

A la hora señalada, Catalina, a caballo entre Andelot y el cardenal de Lorena, seguida de escaso séquito, como conviene a una reina que apela a su pueblo de las desgracias de la corona, salió del Louvre, y siguiendo las calles de San Honorato, Peleteros, Juan Mollet y Espina, entró en la plaza de la Grève.

Aquella marcha, que por los sucesos debiera haber sido fúnebre, fue un positivo triunfo, que mucho tiempo después recordaron las famosas proclamas de la patria en peligro, puestas en escena por el artista Sergent. Allí todo había sido preparado de antemano; lo de Catalina fue todo improvisado.

De las cuatro a las nueve de la noche, la reina había tenido tiempo para mandar a San Germán por el Delfín Francisco, pálido y enfermizo niño, a propósito para el drama. El Delfín era el fantasma de la dinastía de los Valois, cercana a extinguirse en la más rica posteridad que nunca ha tenido un monarca, a excepción del rey Príamo. ¡Cuatro hermanos! Es cierto que tres de ellos murieron envenenados, y el otro asesinado.

Durante la velada que nos proponemos describir, el misterioso porvenir estaba aún envuelto en las dichosas tinieblas que lo encubren a los ojos de los hombres; cada cual se ocupaba en lo presente, que suficientes ocupaciones proporcionaba a los más deseosos de emociones y de movimiento. Diez mil personas acompañaban a la reina, cien mil formaban la carrera, y doscientas mil tal vez, asomábanse a las ventanas para verla pasar.

Los que la seguían y los que formaban la carrera conducían hachones, cuyo resplandor unido al de las luminarias, esparcía una claridad menos viva, pero blandían los hachones, los de las ventanas agitaban los pañuelos o tiraban flores, y todos gritaban: ¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Viva el Delfín!

De vez en cuando pasaba sobre aquel gentío un como soplo de ameneza y de muerte, escuchándose una especie de rugido horrible con un confuso rumor de espadas, con reflejos de puñales blandidos y con arcabuzazos. Era esta imprecación que salía del alma y perdíase en lo infinito: ––¡Mueran los españoles! Y a este grito, expresión del odio inveterado de todo un pueblo, estremecíanse los más valientes.

La reina, el Delfín y su acompañamiento salieron a las nueve de Louvre y llegaron a las diez y media a las Casas Consistoriales, habiéndoles sido preciso hender la muchedumbre por no tener ningún guardia ni soldado que les prestara este servicio. Todos podían tocar el caballo, los vestidos y aún las manos de la reina y del heredero de la corona. Los magistrados municipales, los prebostes, los prohombres y síndicos de los gremios esperaban en la escalera y a las puertas de las Casas Consistoriales, joya del Renacimiento, deslucida por mandato de Luis Felipe, como todos los monumentos en que puso su antiartística mano.

Un cuarto de hora fueles preciso a la reina, el Delfín, el cardenal y Andelot para cruzar la plaza, espléndidamente iluminada. La reina y el Delfín desaparecieron bajo el pórtico de la Casa de Ayuntamiento, para asomarse seguidamente al balcón. Los circunstantes se repetían enternecidos estas palabras, que la reina había o no dicho: “Si el padre muere defendiéndoos, queridos parisienses, os traigo a su hijo.”

Y al ver a este hijo, que debía ser el mísero rey Francisco II, de triste memoria, todos palmoteaban con gran entusiasmo. La reina permanecía en el balcón para dar pábulo al alborozo, dejando que el cardenal y Andelot cuidaran de sus asuntos con los magistrados de la ciudad de París. Y tenía razón, pues ejecutaban muy bien su cometido.

Tranquilizaban, dice la Historia de Enrique II por el padre Lambert, a los magistrados y principales moradores de París sobre el cariño y ternura del rey, pronto a sacrificar la vida para conjurar los peligros que al parecer les amagaban; afirmábanles que la pérdida experimentada, si bien gravísima, no era irreparable si S. M. hallaba en sus leales súbditos el celo que siempre les había animado en favor de la gloria y de los intereses nacionales, añadiendo que a fin de no imponer más gravámenes al pueblo, el rey no había vacilado en empeñar su patrimonio, pero que privado de este recurso, S. M. únicamente contaba con los socorros voluntarios que del amor de sus súbditos se prometía, y que cuanto más necesaria fuese la necesidad, tantos más esfuerzos debía hacer el pueblo francés para poner a su rey en estado de oponer fuerzas iguales a las de sus enemigos.

Ese discurso hizo su efecto: la ciudad de París votó acto seguido trescientos mil francos para los primeros gastos de guerra, invitando a las principales ciudades del reino a seguir su ejemplo. Tocante a los medios de defensa inmediata, Andelot aconsejaba los siguientes: llamar de Italia al duque de Guisa y su ejército, cosa ya resuelta muchos días antes; reclutar treinta mil franceses y veinte mil extranjeros y duplicar el número de hombres de armas y caballos ligeros.

Para sufragar esos numerosos gastos, cuando estaba empeñado el real patrimonio y exhausto el erario, he aquí lo que el mismo Andelot aconsejaba: intimar al clero, sin excepción de beneficio alguno, que ofreciese al rey, a título de donación, una anualidad de su renta; los nobles, si bien exentos por sus privilegios de toda contribución, se impondrían ellos mismos la cuota, cada cual según sus facultades y Andelot, imitando el ejemplo, declaraba que para su manutención y la de su hijo sólo se reservaba dos mil escudos, entregando al rey el resto de las rentas del almirante y de las suyas.

Por último, el cardenal de Lorena, administrador de Hacienda, se encargaría de señalar la contribución del tercer Estado. ¡Pobre tercer Estado! Lejos estaban de fijarle por cuota una anualidad de su renta, o de permitirle que la fijara él mismo.

Votadas con entusiasmo algunas de esas medidas, aplazáronse las demás. Inútil es decir que las aplazadas eran las relativas al clero y a la nobleza, conviniendo sobre la marcha reclutar catorce mil suizos, enganchar ocho mil alemanes y formar en cada provincia del reino compañías de todos los mozos aptos para el servicio.

La sesión duró hasta las doce de la noche.

A las doce y algunos minutos descendía la reina la escalera, llevando de la mano al señor Delfín, quien dormido en pie, saludaba graciosamente a la multitud con su gorra de terciopelo.

A la una y media entraba Catalina en el Louvre.

XXXVIII
EL CAMPAMENTO ESPAÑOL

Una vez que conocemos lo que hacían el duque de Nevers en Laon, el rey Enrique en Compiègne y la reina Catalina con el Delfín y el cardenal de Lorena en París, veamos ahora lo que en el campamento español hacían Felipe II y Manuel Filiberto, y cómo desperdiciaban allí el tiempo tan bien aprovechado en otras partes.

Como resultado de la heroica defensa de los sanquintinenses, la población sufrió cinco días de saqueo, según tenemos dicho; y aquella ciudad, que en vida había salvado a Francia, seguía salvándola con su agonía, por cuanto el ejército que se cebaba en la desgraciada ciudad muerta iba olvidando que el resto de Francia vivía, y exaltada por aquel espectáculo, organizaba una defensa desesperada.

Pasaremos, pues, por alto aquellos cinco días de incendio, duelo y desolación, para trasladarnos al l de septiembre, y como en uno de los precedentes capítulos hemos referido el aspecto que presentaba la ciudad, diremos también con idéntica exactitud el que ofrecía el campamento. Desde la mañana notábase ya casi el mismo orden de siempre: cada cual contaba sus prisioneros, observaba su botín, hacía su inventario y alegrábase de lo ganado o sentía lo perdido.

A las once de la mañana debía celebrarse consejo en la tienda del rey de España, fijada al extremo del campamento.

Felipe tenía abierta una carta que acababa de traerle un correo. Sentado, en un taburete en el umbral de la tienda, y a quien un lacayo del monarca escanciaba un vaso de vino cuyo dorado color descubría su origen meridional. Tenía la carta un gran sello de lacre con armas rematadas por una mitra y flanqueadas de dos báculos, y al parecer llamaba hondamente la atención del monarca.

Acababa éste de leer por tercera o cuarta vez la importante misiva, cuando elevó la cabeza al oír el galope de un caballo que se detuvo a la puerta de la tienda, como buscando con la vista al que tanta prisa parecía darse para llegar a su presencia y a poco apareció un criado exclamando:

––S. E. D. Luis de Vargas, secretario del señor duque de Alba.

Exhaló Felipe un grito de alegría, y cual si se avergonzara ante sí mismo de este arranque, calló por un momento, diciendo luego con voz en que era imposible notar la menor emoción:

––Entre, don Luis de Vargas.

Y don Luis entró.

El mensajero hallábase empolvado y sudoroso; lo descolorido de su semblante denotaba el cansancio de un largo viaje, y sin embargo paróse, y descubriéndose a diez pasos de Felipe, esperó a que el rey le dirigiera la palabra.

Esa sujeción a la etiqueta, primera ley de España, satisfizo al monarca, quien exclamó con vaga sonrisa:

––Dios te guarde, don Luis de Vargas. ¿Qué noticias me traes de Italia?

––Buenas y malas, señor ––respondió don Luis ––; en Italia somos dueños del campo, pero el señor de Guisa a marchas forzadas se dirige a Francia con parte del ejército francés.

––¿Es el duque de Alba quien te manda para comunicarme esta noticia, don Luis?

––Sí, señor, y me ordenó que tomara el camino más corto y procurase llegar a Francia diez o doce días antes que el duque de Guisa. Por consiguiente, partí de Ostia en una galera, desembarqué en Génova, he pasado por Suiza, Estrasburgo, Metz y Mezières, y cábeme la satisfscción de haber ejecutado este largo viaje en catorce días, pues seguro es que el duque de Guisa necesitará a lo menos veintiocho para llegar a París.

––Muy diligente has sido don Luis, y comprendo que no podías llegar en menos tiempo. Más ¿no me traes ninguna carta particular del duque de Alba?

––No se atrevió a darme ningún papel por temor de que me prendieran, pero me mandó repetir a V. M. estas frases: Que S. M. el rey de España se acuerde de que Tarquino derribó las cabezas de las adormideras más altas de su jardín, nada debe crecer demasiado en el jardín de los reyes, ni aún los príncipes. Y añadió que V. M. comprendería muy bien el significado de esas palabras y la persona en ellas aludida.

––Sí exclamó Felipe––, sí, en eso descubro la prudencia de mi leal Alvárez. En efecto, don Luis, he comprendido y le doy las gracias. Ahora vete a descansar, y pide a mis servidores cuanto necesites.

Hizo don Luis de Vargas una reverencia y salió.

Dejemos al rey de España en tanto medita sobre la carta sellada con armas episcopales y sobre el mensaje verbal del duque de Alba, y traslademonos a la tienda del duque de Saboya, situada a un tiro de fusil de la de Felipe II.

Manuel Filiberto hállase inclinado sobre un lecho donde yace un herido, en tanto que un médico quita el vendaje de la herida, que a primera vista parece una contusión al lado izquierdo del pecho, y que a juzgar por la palidez y debilidad del enfermo es no obstante más grave.

Con todo, el semblante del facultativo se tranquiliza a la inspección de una equimosis tan horrible, que no le hubiera motivado mayor una piedra arrojada por la catapulta antigua. El herido es nuestro amigo Scianca–Ferro, a quien hallamos en la tienda del duque de Saboya, postrado en el lecho del dolor, o en el de la gloria, como diría un pobre soldado.

––¿Y bien? interrogó Manuel inquieto.

––Mejor, mucho mejor, señor duque ––contestó el médico––; el enfermo está ya fuera de peligro.

––Bien te lo decía yo Manuel –dijo Scianca–Ferro esforzándose en balde para hablar con firme acento––; ciertamente me humillas tratándome como a una vieja por una contusión que no vale la pena.

––Una contusión que te ha roto una costilla y hundido dos, y mediante seis días te ha hecho arrojar sangre por la boca.

––La verdad es que el golpe fue bueno —replicó el herido tratando de sonreírse. Tráeme la máquina en cuestión Manuel.

Buscó éste con los ojos lo que Scianca–Ferro denominaba con el título de *máquina en cuestión, y* observando en un rincón un objeto que efectivamente era una verdadera máquina de guerra, levantóla con trabajo, no obstante sus membrudos brazos y púsola sobre la cama de su escudero. Era una bala de a doce con un mango de hierro, que pesa más de treinta libras.

––*¡Corpo di Bacco!* —exclamó alegremente el herido. ¡Lindo juguete, Manuel, confiésalo! ... ¿Dónde encuéntrase su dueño?

––Según tus órdenes, no se le ha hecho daño alguno, se le exigió palabra de no huir, la concedió y debe estar cerca de la tienda suspirando y lamentándose de su mala estrella.

––¡Infeliz! Según me has dicho, partí la cabeza a su sobrino, valiente alemán que juraba bien y hería mejor. A fe mía que si hubiese habido diez hombres como ellos en cada brecha, casi casi hubiéramos visto algo parecido a la famosa guerra de los Titanes, que me referías cuando me enseñabas ese maldito griego que jamás he querido aprender y tanto hubiera valido escalar Pelion u Osa. ¡Qué escucho, Manuel! Alguien arma pendencia con mi buen tudesco. ¿No oyes su voz? Muy grave será el caso, pues hanme dicho que en cinco días no ha despegado los labios.

En efecto, lo que escuchaba el herido y los circunstantes era el ruido de un altercado acompañado de ternos y maldiciones en español, en picardo y en alemán. Dejó Manuel a Scianca–Ferro al cuidado del doctor, y para complacer al herido, a quien cuidaba con el celo de una madre, salió a enterarse de las causas de la disputa, que había ya degenerado en positiva lucha.

Al tiempo en que, semejante al Neptuno de Virgilio, profería Manuel Filiberto, el *quos ego* que debía calmar las aguas más alborotadas, he aquí cuál era el aspecto del campo de batalla: en primer lugar, perdónenos el lector, pero como dicen los campesinos picardos ante quienes vamos a hallarnos de nuevo salvo el respeto que le debemos, el principal personaje de la contienda era un asno. Asno magnífico ciertamente, cargado de berza, que coceaba y rebuznaba con gran donaire, sacudiendo lo mejor que podía la hortaliza a su alrededor esparcida. Después del burro, el actor más importante era sin disputa nuestro amigo Heinrich Scharfenstein, quien repartía tremendos golpes con una estaca que arrancara de la tienda y con la que había ya derribado a siete u ocho soldados flamencos. Aunque en su cara estaba impresa la más honda melancolía, su brazo conservaba la fuerza de siempre. En pos de Heinrich venía una linda moza campesina, rolliza y fresca, quien aporreaba de lo lindo a un soldado español, que según toda probabilidad se había tomado con ella algunas libertades ofensivas a su recato. El último personaje era el dueño del asno, quien recogía murmurando, las lechugas, zanahorias y coles, a las que al parecer tenían suma afición los soldados que le rodeaban.

La presencia de Manuel Filiberto produjo en los concurrentes el efecto de la cabeza de Medusa: los soldados soltaron las coles, zanahorias o lechugas que ya se habían apropiado, el labriego abrió las piernas cuanto posible le fue como para abarcar con su compás su desparramada mercadería, y en tanto la hermosa muchacha soltaba al soldado español, que se iba con el bigote medio arrancado y la nariz ensangrentada, el jumento dejaba de dar coces y rebuznos, y Heinrich Scharfenstein, como una máquina movida con mucha fuerza para pararse a la primera señal, daba dos o tres estacazos más y tendía en el suelo a otros tantos hombres.

––¿Qué hay? ––interrogó el duque de Saboya. ¿Porqué se maltrata a esta buena gente?

––*¡Ah, sois vos, Monseigneur!*. Voy a referíroslo ––dijo el aldeano acercándose al príncipe con los brazos cargados de berza, y con el sombrero cogido por el ala entre los dientes como para que se entendiera menos su dialecto picardo.

––¡Diantre! ––murmuró el duque, quizá me cueste algo comprender lo que vais a decirme, buen hombre. Hablo correctamente el italiano, tal cual el español, bastante bien el francés, algo de alemán, pero no conozco una palabra del dialecto picardo.

––¡Qué importa! también os lo contaré. ¡Oh! me han hecho un mal tercio, creedlo, y a mi borrico también, y asimismo a mi hija.

––Amigos míos —dijo Manuel Filiberto ¿quien de vosotros podría traducir al francés, al español, al italiano o al alemán la querella de este hombre?

––¿Al francés? aquí se halla mi hija Ivonneta, educada en un colegio de San Quintín, y os hablará en francés como el cura de vuestra aldea. ¡Oh! si no hay otro inconveniente, habla, Ivonneta, habla.

Adelantóse la joven tímidamente como ruborizándose, y dijo:

––Dispensad a mi padre, monseñor, es del pueblo de Savy, donde únicamente se habla el patués, y ya comprendéis...

––Sí —contestó Manuel sonriéndose––, comprendo que no comprendo.

––En verdad ––murmuró el aldeano––, es necesario que todos esos condenados sean más bestias que mi jumento para no entender el picardo.

––¡Chito! padre ––exclamó la moza.

Y volviéndose al príncipe continuó:

––He aquí lo que ha pasado, nonseñor. Ayer oímos decir en el pueblo que como la plaza del Catelet impedía el paso de los convoyes de Cambrai, faltaban víveres frescos en el campamento y particularmente berza, hasta en la mesa del rey de España y en la vuestra monseñor...

––¡Bueno! ––dijo Manuel Filiberto––, eso sí que es hablar. En efecto, hermosa, sin carecer completamente de víveres, no tenemos lo que deseamos, escaseando especialmente la hortaliza.

––Sí —exclamó el labriego, al parecer dispuesto a no ceder del todo la palabra a su hija y entonces dijo a la chica: Tiota...

––Buen hombre —interrumpió el príncipe––, si tanto os da, dejad hablar a vuestra hija, que los dos ganaremos en ello.

––¡Bien!, ¡bien! Habla, tiota, habla...

––Entonces ––dijo mi padre—: si condujera al campamento el asno cargado de coles, zanahorias y lechugas, quizá el rey de España y el príncipe de Saboya se holgaran de comer verdura.

––¡Pues no que no, pardiez! Nuestra vaca no es más bestia que otra y gusta bastante de la hierba fresca, ¿por qué no gustarían de ella un rey y un príncipe?

––Si hablaseis mucho tiempo, buen hombre ––exclamó sonriéndose el duque––, creo que al fin os comprendería, pero prefiera las explicaciones de vuestra hija. Continúa, linda moza.

––Pues como iba diciendo ––prosiguió la muchacha––, mi padre y yo hemos bajado esta madrugada al huerto, y después de cargar al asno con la mejor hortaliza que hemos encontrado, nos hemos venido. ¿Habremos hecho mal, monseñor?

––Al contrario hija, habéis tenido excelente idea.

––¡Caramba! así lo creíamos también nosotros, monseñor; pero apenas hemos llegado al campamento cuando los soldados se han echado sobre el asno, y por más que mi padre les dijera: ¡Es para S. M. el rey de España y para monseñor el príncipe de Saboya!, se han hecho el sueco. Entonces hemos dado voces y el azno rebuznos, más a pesar de nuestros gritos y los de Cadet, íbamos a ser robados sin contar lo que me pudiera ocurrir, cuando aquel buen hombre que está sentado allá abajo ha acudido a auxiliarnos, haciendo lo que veis.

––Sí, buena la ha hecho ––dijo Manuel Filiberto con disgusto––: ¡dos hombres muertos y cuatro o cinco heridos por un quítame allá esas pajas! No importa, ha obrado con buena intención y además, está bajo la protección de un amigo mío.

––¿No seremos entonces maltratados por haber venido al campamento, monseñor? ––interrogó con timidez Ivonneta.

––No, hermosa niña, no, al contrario.

––Es que estamos cansados, nonseñor; ––hemos andado cinco leguas y quisiéramos no marcharnos hasta pasadas las horas más calurosas.

––Os iréis cuando gustéis ––dijo el príncipe––; y como la buena intención debe recibir el mismo pago que el hecho, y mejor que el hecho si cabe, aquí tenéis tres monedas de oro por la carga del asno.

Y dirigéndose a uno de los que se habían acercado por curiosidad, díjole:

––Cayetano, has conducir estas provisiones a la despensa del rey de España, y que coma y beba esta buena gente, cuidando de que nadie la moleste.

Seguidamente, como se acercaba la hora de la junta que debía celebrarse en la tienda del rey de España, a la cual se encaminaban ya los jefes desde todos los puntos del campamento, pasó Manuel a la suya para ver si habían vendado la herida de su amigo Scianca–Ferro, sin advertir la socarrona sonrisa que el aldeano y su hija cruzaban con un hombre de picarescas trazas, que avanzaba fregando fuertemente los brazales de la coraza del condestable de Montmorency.

XXXIX
DONDE IVONNET OBTIENE CUANTAS NOTICIAS DESEA

Acertado y excelente era el pretexto de que para entrar en el campamento español se habían valido el aldeano picardo y su hija, pues hemos visto que el duque de Saboya agradeció la atención que el hortelano tuvo de traer hortaliza para su mesa y la del rey Felipe II.

Efectivamente, según afirma Mergey, gentil hombre del señor de la Rochefoucauld, preso en la batalla de San Lorenzo y llevado aquella misma tarde al campamento español, no abundaban los comestibles en la mesa del príncipe de Saboya. Él estuvo desde luego reducido a no beber más que agua, contra su costumbre, y esto le causó gran pena; bien es cierto que su amo el conde de la Rochefeucauld no era mejor tratado. "Los siete que estaban a la mesa, dice Mergey, sólo tenían un pedazo de vaca como el puño, que metían en una olla lona de agua, sin sal, manteca ni hierbas, cuyo caldo ponían en pequeñas salseras de hoja de lata, teniendo cada uno su salsera para sorber, después dividían el pedazo de vaca en tantas tajadas como bocas había, con muy poco pan". No es, pues, extraño que cuando los jefes se veían obligados a tal abstinencia, la de los soldados les redujera al extremo de abalanzarse al asno cargado de víveres que al campamento llegara.

Si bien puesto bajo la especial protección de Cayetano, el campesino y su hija apenas podían recobrarse del susto que se habían llevado. En cuanto al jumento, parecía de índole menos impresionable, y luego que se vio suelto, principió a dar buena cuenta de la hortaliza que en el ardor de la refriega había caído al suelo.

Cuando Manuel Filiberto salió por segunda vez de su tienda para trasladarse a la del rey de España, entonces sí que el labriego y su hija se tranquilizaron algún tanto, aunque después de lo que había ocurrido, y habiendo el príncipe mandado que no se les hiciera ningún daño, fuese más razonable preferir su presencia a su ausencia. Irregularidad inconcebible, excepto para el que bruñía la coraza del condestable, el cual miraba alejarse el príncipe con atención idéntica a la que a lo mismo prestaban el labrador y hija. Respecto a Franz Scharfenstein, habíase sentado en el banco de que se levantara para auxiliar a las dos víctimas de la brutalidad de los soldados, y con la frente hundida en las manos permanecía otra vez abismado en la profunda tristeza que le consumía.

Algunos curiosos rodeaban aún al campesino y su hija, e importunábanles mucho con su presencia, cuando Cayetano les sacó del aprieto ofreciéndoles entrar con el jumento en la especie de parque cerrado por una estacada y junto a la tienda del príncipe de Saboya.

Descargado el asno, el labrador recibió de Cayetano un pan, un pedazo de carne fiambre y un cantarillo de vino, esto es más de lo que se daba al conde de la Rochefoucauld y a los seis gentileshombres con él prisioneros; y seguramente, para no exponerse a ningún nuevo atropello por parte de la golosa soldadesca, el hortelano y su hija salieron con cautela, mirando a todos lados para ver si había desaparecido la multitud de importunos y curiosos.

Recogidos los muertos y los heridos en presencia misma de Manuel Filiberto, únicamente quedaban en el campo de batalla el armero del condestable, que limpiaba un brazal más activamente que nunca, y Franz Scharfenstein, que no había hecho un sólo movimiento en ausencia del labriego y su hija.

Percibieron éstos una especie de chozuela aislada, a la que se dirigió Ivonneta mientras su padre, agradecido al favor que Franz le hiciera, iba a convidarle el almuerzo que debían a la magnificencia del duque de Saboya, pero Franz meneó la cabeza y exclamó, suspirando:

––*Teste que murió Heinrich, he bertito el abedido.*

Fijó la vista con tristeza el rústico en Franz, y después de cruzar una mirada con el armero, reunióse con su hija que con una caja de avena por mesa esperaba al autor de sus días, sentada en un haz de paja. No bien comieron el primer bocado, cuando llegó una sombra hasta la improvisada mesa. Era la del incansable armero.

––¡Canarios! ––prorrumpió. ¡Vaya un lujo! Ganas me dan de ir a buscar al señor condestable para que almuerce con nosotros.

––¡No, por vida mía! ––dijo el labriego en excelente francés—; tragárase él sólo toda nuestra pitanza.

––Sin contar ––observó la joven––, que según dicen malas lenguas, una muchacha honrada corre graves peligros en compañía del veterano general.

––Sí, pues, ¡vaya un miedo que le tienes tú a los veteranos! ¡Cáspita, y qué puñetazo le has dado al español que quería abrazarte! Ya comenzaba yo a sospechar quién eras, cuando acabé de conocerte en aquel soberbio mojicón. Pero, ¿queréis decirme el maldito interés que los dos tenéis en exponeros a ser ahorcados por espías, viniendo al campamento de estos vagabundos?

––En primer lugar, el de saber de ti, Pillacampo amigo, y de nuestros compañeros ––contestó la aldeana.

––Sois muy amable, señorita Ivonneta, y si os dignáis llenar este tercer vaso, que indudablemente habéis traído para mí, beberemos a la salud de vuestro servidor, que como veis no es mala, y en seguida a la de nuestros demás compañeros, quienes por desgracia no siguen tan bien como nosotros.

––Y yo ––dijo Ivonnet, pues de seguro ha conocido el lector a nuestro aventurero no obstante su disfraz y la sílaba a su nombre añadida––: yo te diré a mi vez 1o que aquí me trae, y me ayudarás, en cuanto te sea dable, a cumplir mi encargo.

Y llenado el vaso de Pillacampo, Ivonnet esperó con cierta ansiedad las noticias pedidas.

––¡Ah! ––exclamó Pillacampo con el ruidoso paladeo que en los bebedores inteligentes suele ser la oración fúnebre del vaso de vino que terminan de apurar, sobre todo cuando es bueno––; ¡ah! ¡qué gusto el de encontrar un antiguo amigo!

––¿Hablas del vino o de mí? —interrogó Ivonnet.

––De ambos. Más volviendo a nuestros compañeros, aquí está Maldiente que indudablemente te habrá dado cuantas noticias podías desear de Procopio, de Lactancio y de sí mismo, pues oí decir ––continuó Pillacampo–– que os habían enterrado juntos.

––Sí —respondió Maldiente—, y con gran pesar nuestro estuvimos en el sepulcro dos días más que Nuestro Señor Jesucristo.

––Pero salisteis con gloria, dignos franciscanos, y eso era lo que verdaderamente importaba. ¿Cómo os mantenían durante vuestra muerte?

––Tratábanos como cuerpo de rey, y puedo asegurarte que ningún difunto, ni aún el marido de la matrona de Éfeso, fue objeto de tan solícitos cuidados y atenciones.

––¿No recibisteis ninguna visita de los españoles en la bóveda sepulcral?

––Dos o tres veces percibimos sus pasos en la escalera, más se marcharon al ver aquella larga fila de sepulcros alumbrados por una sola lámpara, y tengo para mí que si hubiesen venido y se nos hubiese ocurrido levantar la tapa de puestras sepulturas, habrían tenido más miedo que nosotros.

––¡Bueno!, yo tengo noticias de tres y hasta de cuatro, pues te veo vivo y bruñendo la armadura del condestable.

––Sí, lo adivinas, ¿eh? Gracias a mi conocimiento de la lengua española, paso por amigo de los vencedores, y luego me metí en la tienda de monseñor. Volví a mi tarea, suspendida quince días antes, y así como nadie paró mientes en mi partida, nadie ha hecho caso de mi vuelta.

––¿Y Heinrich? ¿Y Malamuerte?

––Mira desde aquí al pobre Franz, que llora, y comprenderás lo que ha sido de Heinrich.

––¿Es posible que un hombre haya muerto a aquel gigante?––interrogó Ivonnet con un profundo suspiro.

––Es que no le mató un hombre ––contestó Pillacampo––, sino un demonio llamado Rompe–Hierro, escudero, hermano de leche y amigo del duque de Saboya. El tío y el sobrino hallábanse a veinte pasos uno de otro defendiendo la octava brecha, según creo, cuando Scianca–Ferro, que así le llaman, se abalanzó a Heinrich, quien, habiendo muerto ya unos veinte hombres y encontrándose algo cansado, no paró a tiempo la cuchillada, la cual le hendió el casco partiéndole el cráneo hasta los ojos; y en justicia sea dicho del sobrino, tenía tan duro el cráneo, que el maldito Rompe–Hierro no pudo arrancar la espada de la herida. Mientras lo intentaba, vio el tío lo que ocurría, y viendo que no podía acudir a tiempo al auxilio de Heinrich, envió en lugar suyo su maza, la cual hundió la coraza y hasta las costillas del italiano. Pero ya era tarde, Heinrich cayó por un lado y Rompe–Hierro por otro, con la diferencia de que el alemán no profirió una palabra y el italiano éstas: No se haga ningún daño al que con su maza acaba de hundirme las costillas, pues si de ésta salgo, quiero conocer esa apreciable catapulta.

Y se desmayó, respetando todos su deseo. Franz fue cogido vivo, cosa no difícil, atendido a que al ver caer a su sobrino, se dirigió a él, sentóse en la brecha, sacóle la espada del cráneo, y quitándole el casco, púsose su cabeza sobre las rodillas sin curarse de lo que en torno sucedía. Habiendo ya cesado la pelea, cercaron al pobre e intimáronle que se entregara, asegurándole que no le harían mal alguno.

––*¿Me sebararán del güerbo de mi sobrino?* ––interrogó.

––No ––le respondieron.

—–*Bues tisbonet te mi; me rinto.* Y tomando en brazos el cadáver de Heinrich, siguió a los que le llevaban hasta la tienda del duque de Saboya. Después de pasar un día y una noche en compañía del difunto, enterróle a la orilla del río, y fiel a su palabra de no huir, volvió a sentarse en el banco donde le habéis encontrado. Sin embargo, dizque desde la muerte de su sobrino no ha tomado ningún alimento.

¡Pobre Franz! —–murmuró Ivonnet en tanto Maldiente, bien por ser menos sensible, bien por impedir que la plática se volviera alegía, interrogaba:

—–¿Y Malamuerte? confío que esta vez habrá muerto de un modo digno de él.

—–Pues te equivocas —–contestó Pillacampo. Malamuerte recibió dos nuevas heridas, que con las anteriores suman veintiséis; y como le dieron por muerto, y bien muerto, echáronle al río; más parece que la frialdad del agua le devolvió el sentido, pues cuando fui al Somma para dar agua al caballo del condestable, escuché tristes gemidos, y acercándome, conocí a Malamuerte.

—–¿Aguardaba a un amigo para morir en sus brazos?

—–¡Quiá! Un hombro sí, para apoyarse y subir a las vitales regiones, como hubiera dicho nuestro pobre poeta Fracasso, el único de quien no puedo darte nuevas.

—–Pues bien —–dijo Ivonnet temblando aún—–, Fracasso tuvo la bondad de dármelas en persona.

Y no sin perder varias veces el color, contó el mancebo lo que le había sucedido durante la noche del 2 al 28 de agosto, y al acabar su relato, un gran movimiento indicó que había acabado la conferencia celebrada en la tienda del rey de España.

Todos los jefes de los ejércitos español, flamenco e inglés volvían a sus respectivos alojamientos, y apresurándose ya a transmitir las órdenes recibidas, llamaban a cuantos soldados de su cuerpo o personas de su casa hallaban al paso. Todos estaban muy malhumorados.

A poco salió también Manuel Filiberto de la tienda real, más malhumorado que los demás.

—–¡Cayetano! —–gritó a su mayordomo en cuanto le vio, da orden de levantar el campamento.

Aunque esa disposición denotaba una marcha, dejaba a nuestros aventureros en la mayor incertidumbre en cuanto al camino que iba a tomarse. Según toda probabilidad, París estaba amenazado, pero, ¿por cuál camino se dirigiría el ejército sobre París? ¿Iría por Ham, Noyon y la Picardía, siguiendo el Somma, o por Laon, Soissons y la Isla de Francia, o, por último, por Chalons y la Champaña? Sabido es que, aparte algunas tropas acantonadas en Laon y sus cercanías y las fortalezas de Ham y la Fère, aquellos tres caminos no ofrecían ningún obstáculo al ejército español.

Lo importante para Ivonnet era conocer cuál de ellos emprenderían los españoles, y comprendiendo Pillacampo lo urgente de la situación, después de apurar de un sólo trago el vino que en el cantarillo quedaba, dirigióse a la tienda del condestable para recoger algunas noticias.

El fingido labriego y su hija volvieron a la estacada, y esperaron a que alguna indiscreción de los domésticos les revelara lo que querían saber. A poco salió Cayetano presuroso para transmitir a los palafreneros y caballerizos la orden que había recibido, y percibiendo al aldeano y su hija, díjoles:

—–¿Aún estáis aquí?

—–Sí —respondió Ivonnet. Mi padre aguarda que le digan si debe traer más hortaliza.

—–Parece que le agradan estos parroquianos, ¿eh? Pues véngase al Châtelet, que a sitiarlo vamos.

—–Gracias, chico; aunque el viaje será cansado para el asno, también iremos al Châtelet.

—–¡Al Châtelet! —–repitió Ivonnet a media voz. ¡Cáspita! vuelven las espaldas a París. ¡Gran nueva le voy a dar al rey Enrique II!

A los cinco minutos llegaban los dos aventureros a la margen izquierda del Somma. Al cabo de una hora, habiendo Ivonnet cambiado de traje, galopaba camino de la Fère, y a las tres y media de la tarde entraba en el castillo de Compiègne agitando su toca y gritando cuan fuerte podía:

—–¡Buena noticia! ¡Gran noticia! ¡París está salvado!

XL
DIOS PROTEGE A FRANCIA

En efecto, puesto que Felipe II y Manuel Filiberto no marchaban inmediatamente sobre París, salvada estaba la capital del reino. ¿A qué atribuiremos tal falta? ¿Al carácter irresoluto y receloso del monarca español, o más bien a un efecto de la especial protección que en las situaciones apuradas concede siempre Dios a Francia?

La carta que hemos visto en la mano del rey de España al llegar de Roma don Luis de Vargas, secretario del duque de Alba, era del arzobispo de Arras, uno de los consejeros de Felipe II, en quien tenía mucha confianza. Habíale Felipe enviado un correo para consultarle sobre lo que convenía hacer después de la

batalla de San Lorenzo, y sobre lo que hacer convendría después de apoderarse de San Quintín, si como era probable, caía esta plaza en poder de los españoles.

La respuesta del arzobispo había sido tal como debía esperarse de un eclesiástico poco ducho en materias militares.

En la colección de documentos diplomáticos que nos ha dejado el cardenal Gravelle se encuentra aquella carta que tanto influyó en la suerte de Francia, y de la cual transcribimos el siguiente párrafo, el mismo que con tanta atención leía Felipe II cuando llegó don Luis de Vargas:

“No sería prudente intentar cosa alguna contra los franceses en lo que queda del año, por oponerse a ello así la estación como la índole del país. Sería así comprometer las ventajas ya conseguidas y la reputación de las armas españolas. Lo mejor fuera concretarse a molestar al enemigo, incendiando y talando su territorio allende el Somma.”

Así, pues, el arzobispo de Arras creía que a pesar de la doble victoria de la batalla de San Lorenzo y toma de San Quintín, el rey de España no debía internarse más en Francia. Respecto al duque de Alba, su opinión era tan obscura a los ojos de Felipe II como a los de los demás: “Señor, acordaos de que Tarquino derribó las adormideras más altas de su jardín”.

Tal era el dictamen de aquel capitán–ministro, cuyo sombrío carácter se amoldaba tanto al temperamento del sucesor de Carlos V.

Ahora bien: la adormidera cuya cabeza se elevaba demasiado aprisa ¿no era Manuel Filiberto? Cierto que si tan aprisa se elevaba, era porque crecía en los campos de batalla, y la gloria regaba su fortuna. Con todo, cuanto mayor fuera el prestigio del duque de Saboya, tanto más era de temer.

Si después de conseguida la victoria de San Lorenzo, si después de tomada San Quintín se dirigía el vencedor a París y esta capital caía asimismo en poder de Manuel Filiberto, ¿qué galardón sería digno de tal servicio? ¿Bastaría devolver al hijo del duque Carlos los Estados de que le habían desposeído? Además, ¿qué interés podía tener Felipe II en restituírselos, cuando retenía parte de ellos?

Una vez le hubiesen devuelto el Piamonte, ¿quién aseguraba que no se apoderaría del Milanesado y del Reino de Nápoles, posesiones pertenecientes a la corona de España, y que, a consecuencia de la doble pretensión que sobre ellas tenía Francia, tanta sangre había ya costado a Carlos VIII y Francisco I, sin que ninguno de ambos monarcas hubiese podido conservarlas?

¿Por qué ni Carlos VIII, después de ganada Nápoles, ni Francisco I, después de tomada Milán, supieron conservarlas? Porque extranjeros ambos en Italia, veíanse obligados a sacar todas sus fuerzas del suelo patrio, ¿sucedería quizá lo mismo al príncipe que se apoyara en la vertiente oriental de los Alpes y hablase el idioma de los milaneses y napolitanos? En lugar de ser este hombre un conquistador, ¿no fuera el libertador de Italia? Ved ahí al terrible fantasma que, semejante al gigante del cabo de las Tormentas, había levantado entre San Quintín y París.

En su consecuencia, contra la opinión general, y sobre todo contra la de Manuel Filiberto, que deseaba marchar vía recta sobre la capital sin dar tregua a Enrique II, Felipe ordenó que el ejército victorioso se limitara por entonces a sitiar al Châtelet, Ham y Chauny, en tanto se restauran las murallas de San Quintín, y se hiciera de esta ciudad el baluarte de las recientes conquistas.

Tal era la noticia, no en todos sus pormenores, sino en todas sus probabilidades, que Ivonnet llevaba al rey Enrique II, gritando con persuasión: ¡París está salvado! A tan inesperada nueva, a la cual apenas daba crédito el monarca francés, enviáronse nuevas órdenes en todas direcciones, de Compiègne a Laon, de Laon a París y a las provincias.

Expidióse un decreto ordenando que todos los soldados, nobles o plebeyos, aptos para el servicio, pasaran a reunirse en Laon con el duque de Nevers, lugarteniente del rey, bajo la pena de castigo corporal y supresión de nobleza. Andelot recibió mandato de partir para los pequeños cantones, y activar la leva de los catorce mil suizos cuyo alistamiento había sido decretado.

Los coroneles alemanes Rockrod y Reiffenberg vinieron de Alsacia y Lorena con cuatro mil hombres que a orillas del Rhin habían reclutado, y sabíase que ocho mil hombres del ejército de Italia terminaban de pasar los Alpes y acudían a marchas forzadas.

Al propio tiempo y como para tranquilizar del todo a Enrique, quien estaba todavía en Compiègne, no obstante que el enemigo se había corrido hasta Noyon, súpose que acababan de suscitarse graves desavenencias entre los ingleses y los españoles en el sitio de Châtelet. Disgustados los ingleses de la altivez de los españoles, que se atribuían toda la gloria de la batalla de San Lorenzo y todo el éxito del sitio de San Quintín, solicitaban el permiso de retirarse; y en lugar de reconciliar Felipe a los dos pueblos, en su predilección por filos españoles juzgó que la razón estaba de su parte, permitiendo que los ingleses se marcharan, lo cual verificaron el mismo día en que obtuvieron el permiso. A los ocho días alborotáronse asimismo

los alemanes, resentidos de que el rey Felipe II y Manual Filiberto se hubiesen apropiado el rescate de los prisioneros de San Quintín. De aquí que tres mil alemanes desertaron del ejército español, y enganchados inmediatamente por el duque de Nevers, pasaron del servicio del rey de España al del rey de Francia.

El punto de reunión de todas estas tropas era la ciudad de Compiègne, que el señor de Nevers fortificó con gran cuidado, y delante de la cual dispuso un campamento atrincherado para cien mil hombres.

Por último, a últimos de septiembre corrió de pronto en París la voz de que el duque Francisco de Guisa había llegado en posta de Italia, y al día siguiente atravesó los bulevares y los muelles una brillante cabalgata de doscientos gentiles hombres de la casa de Guisa, a cuya cabeza marchaba el mismo duque con el cardenal de Lorena a su derecha y el señor de Nemours a su izquierda, excitando el entusiasmo de los parisienses, quienes al ver a su querido duque se creyeron fuera de peligro.

Aquella misma tarde pregonóse en todo París que monseñor el duque Francisco de Guisa había sido nombrado lugarteniente general del reino en toda la extensión de la monarquía francesa. Quizá olvidaba Enrique II el encargo que en el lecho de muerte le hizo su padre de no encumbrar demasiado la casa de Guisa, pero las circunstancias eran graves, y el monarca hubo de desatender aquel prudente consejo.

Al día siguiente, el 29 de septiembre, marchó el duque para Compiègne y comenzó a desempeñar su cargo pasando revista a las tropas reunidas como por ensalmo en el campamento. Al anochecer del 10 de agosto quizá no quedaba en todo el reino, incluyendo las guarniciones de las plazas, diez mil hombres aptos para el servicio, y éstos tan desalentados, que al primer cañonazo habrían huido o abierto las puertas de las ciudades.

El 30 de septiembre el duque de Guisa revisaba un ejército de cincuenta mil hombres a poca diferencia; más numeroso que el del rey de España desde su rompimiento con los ingleses y la deserción de los alemanes. Ejército entusiasta, que únicamente deseaba marchar al enemigo. ¡Dichosa tierra aquella en que bastaba herir el suelo con el pie en nombre de la monarquía o de la nación para que broten ejércitos!

Y, finalmente, el 26 de octubre se supo que el rey Felipe con el duque de Saboya y toda su corte habían salido de Cambrai para Bruselas, dando por concluida la campaña.

Entonces todos pudieron decir, no sólo como Ivonnet al entrar en el patio de Compiègne: ¡Gran noticia! ¡París está salvado! sino también: ¡Gran noticia! ¡Salvada está Francia!

XLI
1558-1559

Había pasado un año desde que el rey Felipe II, retirándose de Cambrai a Bruselas y declarando concluida la campaña de 1557, hizo que veinticinco millones de hombres gritaran henchidos de alegría: ¡Francia está salvada!

Ya hemos expuesto las consideraciones que según toda probabilidad, le impidieron continuar sus conquistas, y no tardaremos en hallar en la Corte del rey Felipe II una tendencia fatal a la determinacion que tanto pesar causó a Manuel Filiberto.

El disgusto que experimentó el duque de Saboya al verse atajado a la margen derecha del Somma, apesadumbrábale tanto más, cuanto que no le fue difícil sospechar la causa de aquella extraña resolución, tan inexplicable para muchos historiadores modernos como lo fue para los antiguos el famoso alto de Aníbal en Capua.

Por lo demás, durante aquel año acaecieron grandes acontecimientos de que debemos enterar al lector, siendo indudablemente el más importante de todos el triunfo del duque Francisco de Guisa, que reconquistó a Calais, entonces en posesión de los ingleses.

Después de la funesta batalla de Crécy, que había puesto a Francia casi tan a las puertas de su perdición cual la de San Quintín, Eduardo II había atacado a Calais por mar con una escuadra de ochenta velas, y por tierra con un ejército de treinta mil hombres; y si bien defendida por una escasa guarnición a las órdenes de Juan de Vienne, uno de los más valientes adalides de su tiempo, la ciudad no se había rendido hasta después de un año de sitio, y cuando sus moradores se habían comido el último pedazo de cuero que había en la plaza.

Desde entonces, o sea por espacio de doscientos diez años, los ingleses únicamente pensaron en hacerla inexpugnable, y creían haberlo conseguido de tal modo, que a fines del otro siglo grabaron en la puerta principal de la ciudad la siguiente inscripción: “A los trescientos ochenta días de sitio tomaron los ingleses a Valois la ciudad de Calais, y cuando el plomo flote como el corcho, los Valois la recobrarán de los ingleses.”

Ahora bien, la plaza que los ingleses ganaron a Felipe de Valois en trescientos ochenta días, y que los sucesores de los vencedores de Cassel y del vencedor de Crésy no debían reconquistar hasta que el plomo flotara cual el corcho, reconquistóla el duque de Guisa en ocho días, y no en un sitio en regla, sino con una especie de golpe de mano.

Después de Calais, el duque de Guisa recobró a Guines y Ham, en tanto el de Nevers reconquistaba a Herbemont, y en estas cuatro plazas, incluso la de Calais, los españoles y los ingleses habían dejado trescientos cañones de bronce y doscientos noventa de hierro.

Tal vez extrañe al lector que entre los valientes que peleaban para reparar las pérdidas del año anterior, no vea figurar al esclarecido Andelot. Efectivamente, este capitán era el único que podía hacer sombra al duque de Guisa, compitiendo con él en genio y valentía, y así lo había supuesto el cardenal de Lorena, tan cuidadoso de la prosperidad y engrandecimiento de su familia, representada en aquellos instantes por su hermano, que era capaz de todo, hasta de un crimen, para quitar de en medio a un hombre que pudiese impedir o estorbar este engrandecimiento.

Ahora bien, compartir la amistad del rey y la gratitud de Francia con el duque de Guisa era, en opinión del cardenal, estorbar el engrandecimiento de la orgullosa familia cuyos representantes iban a temer presto la pretensión de igualar a los reyes de Francia, y que quizá no se habrían contentado con esta igualdad si treinta años después no se hubiese valido Enrique III del puñal de los Cuarenta y Cinco para destruir aquella fortuna, tan incautamente levantada por Enrique II.

En poder del enemigo el condestable y el almirante, únicamente un hombre insiparaba recelos al cardenal de Lorena, y este hombre, lo repetimos, era Andelot. De suerte que Andelot debía desaparecer.

Este general pertenecía a la religión reformada, y como deseaba que su hermano, todavía vacilante, ingresara en la nueva secta, habíale mandado a Amberes donde le tenía prisionero el rey de España, *algunos libros de Ginebra,* con una carta en que le exhortaba a seguir las doctrinas de Calvino; carta que cayó en poder del cardenal de Lorena.

Entonces trataba Enrique II con la mayor severidad a los protestantes, y aunque ya varias veces le habían denunciado a Andelot como hereje, no había querido creer que lo fuese, pues le habría sido muy doloroso separarse de un hombre criado en su casa desde la edad de siete años, y que con tan altos y relevantes servicios había pagado la amistad que su rey le tenía.

Sin embargo, a tal prueba de herejía ya no era posible mostrarse dudoso, y habiendo Enrique dicho que sobre este punto no le convencería ninguna prueba, ni siquiera escrita por Andelot mismo, y que únicamente se atendría a las declaraciones del acusado, resolvió preguntarle en presencia de toda la Corte sobre su nueva creencia. Con todo, no queriendo cogerle desapercibido, dijo a su hermano el cardenal de Châtillon y a su primo Francisco de Montmorency que le invitaran a trasladarse a la quinta de la reina, disponiéndole a contestar para disculparse en público.

Por lo tanto, Andelot fue invitado por Francisco de Montmorency y el cardenal de Châtillon a trasladarse a Montceaux, que así se denominaba la quinta de la reina, donde entonces residía el monarca, y a preparar su defensa si no la creía indecorosa para su dignidad.

Enrique estaba comiendo cuando le anunciaron la llegada de Andelot. Recibióle muy bien, comenzando por asegurarle que jamás olvidaría los señalados servicios que acababa de prestarle. Refiriéndose en seguida a lo que de él se murmuraba, díjole que le acusaban de pensar y hablar mal de los sagrados misterios de nuestra religión, y por último, formulando con más claridad su idea, añadió:

—Andelot, os mando que nos digáis aquí vuestra opinión sobre el santo sacrificio de la misa.

Ya sabía Andelot el sentimiento que iba a causar al rey, y como le tenía gran respeto y acendrada amistad, dijo humildemente:

—Señor; ¿no podríais dispensar a un súbdito tan leal y adicto como yo a su rey de contestar a una cuestión de mera creencia, ante la cual, por grande y poderoso que seáis, sois igual a los otros hombres?

Pero Enrique no había adelantado tanto para retroceder, y mandó a Andelot que respondiese categóricamente. Viendo entonces que no era posible eludir la cuestión, contestó el interpelado:

—Señor; penetrado del más vivo agradecimiento por las mercedes que V. M. se ha dignado hacerme, estoy pronto a exponer mi vida y a sacrificar mis bienes para serviros, más ya que me ordenais lo declare, señor, en materia de religión no reconozco por jefe sino a Dios, y mi conciencia no me permite disimular mis creencias.

Tan horrorosas blasfemias exhalaron sus labios, que el rey se estremeció, y pasando del asombro a la ira, exclamó:

––¡Andelot! Hasta ahora os he defendido contra los que os acusaban; más después de tan abominable herejía, os ordeno que salgáis de mi presencia, diciéndoos que si no fueseis en cierto modo mi discípulo, os atravesara de parte a parte con mi espada.

No se turbó Andelot, y sin contestar al terrible apóstrofe del monarca, hizo una respetuosa reverencia y marchóse.

No conservó Enrique II igual sangre fría, pues no bien hubo salido el hereje, cuando ordenó que le llevaran preso a Meaux, cuya orden fue ejecutada. No contento con eso, el cardenal de Lorena exigió del rey que se exonerara a Andelot de su grado de coronel–general de infantería para concederlo a Blas de Motluc, muy adicto a la familia de Guisa, como paje que había sido del duque Renato II de Lorena.

He aquí por qué Andelot no figuraba entre los capitanes que se hallaban combatiendo gloriosamente por el rey y por la patria.

Por su parte, Manuel Filiberto no había estado inactivo, y luchó con brío contra aquel supremo esfuerzo de Francia. La acción de Gravelines, ganada al mariscal Termes por el conde Lamoral de Egmont, fue una de las jornadas que Francia hubo de inscribir en el número de sus luctuosos días.

Seguidamente, como en un reñidísimo duelo donde, después de pelear con armas iguales dos adversarios dignos uno de otro, sin decirse nada y estando jadeantes de cansancio, retroceden un paso para cobrar aliento sin perderse de vista y apoyados en la empuñadura de la espada: Francia y España, Guisa y Manuel Filiberto, descansaban. Éste en Bruselas y aquél en Thionville. En cuanto al rey Felipe II, acaudillaba en persona el ejército de los Países Bajos, que compuesto de treinta y cinco mil infantes y catorce mil caballos, acampaba en las márgenes del Authie, en cuyo punto conoció el fallecimiento de su esposa la reina de Inglaterra, muerta de una hidropesía, que ella se había empeñado en suponer embarazo.

Respecto al ejército principal de Francia, estaba atrincherado detrás del Somma como el español, y sus jefes permanecían por el instante inactivos. Según dice Montluc, compoponíase de doce mil franceses, dieciocho mil reitres, veintiséis mil alemanes y seis mil suizos, los que ocupaban legua y media de terreno cuando se desplegaban en batalla.

Por último, Carlos V había muerto en 21 de septiembre de 1558, según hemos dicho en la primera parte de esta obra, y como los sucesos de la tierra son una serie encadenada de contrastes, la reina María Estuardo, de quince años, terminaba de enlazarse con el Delfín Francisco, que tenía diecisiete.

Así se encontraban los asuntos políticos de Francia, España, Inglaterra, y por lo tanto del mundo, cuando una mañana de noviembre de 1558, Manuel, que vestido con el luto de que habla Hamlet y pasa del traje al corazón, daba algunas órdenes a Scianca–Ferro, ya enteramente curado de su herida, vio entrar en su despacho a León–Leona, siempre bella y risueña, aunque no podía borrar de su rostro una sombra de honda tristeza.

En medio de la terrible campaña de Francia, verificada en el año anterior, hemos visto desaparecer a la hermosa joven, pues no queriendo Manuel Filiberto exponerla a las fatigas militares, habíale suplicado y exigido que permaneciera en Cambrai. Concluida la campaña reunieronse ambos con mayor contento y con más amor que nunca, y como por cansancio o disgusto Manuel Filiberto había tomado poca parte en la campaña de 1558, cuyas operaciones dirigió desde Bruselas, los dos amantes no se separaron más.

Acostumbrado a leer los más recónditos pensamientos de Leona en su rostro, no se le ocultó a Manuel la sombra de melancolía que empañaba la sonrisa casi forzada de la joven.

Respecto a Scianca–Ferro, menos ducho que su amigo en sorprender los misteriosos secretos del corazón, en la entrada de Leona no comprendió nada más que su venida cotidiana al despacho del príncipe; y después de estrechar cordial y respetuosamente la mano del agraciado paje, cuyo sexo ya conocía, tomó de manos de Manuel Filiberto un pliego que debía llevar al rey Felipe, y salió tarareando una canción picarda y haciendo sonar ruidosamente las espuelas.

Miró el duque con zozobra a Leona, quien, pálidas las mejillas y con una lágrima mal enjugada en los ojos, estaba risueña como siempre, de pie y apoyada en un sillón, cual si no pudieran sus piernas sostenerla.

––¿Qué tiene esta mañana mi querida hija? ––preguntó Manuel en el tono tierno y paternal del amante que llega a la edad viril.

En efecto, en 8 de julio de 1558 había cumplido el duque treinta años, protegido por la desgracia que le obligó a ser un grande hombre, a cuya altura no hubiera alcanzado heredando tranquilamente los Estados de su padre y reinando sin obstáculos, a la temprana edad de treinta años había conquistado una reputación militar que competía con las más elevadas de la época, cual eran las del condestable, del duque de Guisa, del almirante Coligny y del anciano mariscal Strozzi, que con tanta gloria acababa de morir en el sitio de Thionville.

––He de recordarte una cosa y dirigirte una súplica ––respondió Leona con armonioso acento.

––Ya sabes, Leona, que si mi memoria es flaca mi corazón es fiel. Veamos primero el recuerdo, y luego pasaremos a la súplica.

Y al mismo tiempo que llamaba para ordenar que nadie entrara, indicó a Leona que tomase asiento.

Hízolo Leona, y apoyando los dos codos en las rodillas de su amante, clavó en sus ojos una mirada de infinita ternura, en la cual podía verse un amor, una abnegación sin límites.

––¿Y bien? ––preguntó Manuel con una sonrisa en la cual se descubría su ansiedad, como en la de Leona su tristeza.

––¿A qué día del mes estamos hoy, Manuel?

––A diecisiete de noviembre, si no me engaño.

––Y esta fecha, ¿no recuerda a mi querido príncipe ningún aniversario que deba celebrarse?

Sonrióse el duque más freneticamente que la primera vez, recordando el suceso a que Leona aludía.

––Hoy hace veinticuatro años ––exclamó––, que casi a estas mismas horas, espantado mi caballo al ver un toro furioso, me condujo a la orilla del riachuelo afluente del Tesina, donde hallé a una mujer muerta y a un niño casi moribundo. Este niño, que tuve la alegría de volver a la vida, era mi adorada Leona.

––Y desde aquel día, Manuel, ¿has tenido algún motivo capaz de hacerte sentir aquel encuentro?

––Por el contrario, he dado las gracias al Cielo siempre que he pensado en aquel acontecimiento, pues el niño ha llegado a ser el ángel de mi ventura.

––Y si en este solemne día te pidiese por primera vez que me prometieras una cosa, Manuel, ¿creerías mc demasiado exigente y desatenderías mi petición?

––Me inquietas, Leona ¿qué petición puedes hacerme que no estés segura de ver atendida al instante?

Inmutóse Leona, y al mismo tiempo que prestaba oído a un ruido lejano, dijo con voz turbada:

––Por la gloria de tu nombre, Manuel, por la divisa de tu familia: *Quédale Dios a quien todo falta; y* por las solemnes promesas hechas a tu moribundo padre, júrame, Manuel que me concederás lo que vengo a solicitarte.

Movió el duque la cabeza como quien conoce que se compromete a cumplir algún gran sacrificio, con el convencimiento de que lo hará en pro de su honor y su fortuna, y alzando solemnemente la mano, contestó:

––Te concederé cuanto me pidieres, Leona, menos la desgracia de no verte más.

––¡Ah! ––repuso Leona––, ya me presumía que no jurarías sin restricción. Gracias, Manuel, ahora lo que suplico y exijo en virtud de la promesa que acabas de hacer, es que no te pongas con miras particulares a la paz entre Francia y España, cuyos preliminares viene a participarte mi hermano en nombre de los reyes Enrique y Felipe.

––¡La paz! ¡Tu hermano! ¿Cómo sabes lo que yo desconozco, Leona?

––Un poderoso príncipe creyó que a su lado necesitaba a tu humilde servidora, Manuel, y por eso conozco lo que ignoras todavía y vas a saber presto.

Escuchóse entonces gran ruido de caballos al pie de las ventanas del despacho del príncipe; fue Leona a ordenar en nombre del duque de Saboya que dejaran entrar al jefe de la comitiva, y a poco rato, entretanto Manuel detenía por el brazo a Leona, que quería salir, el ujier anunciaba:

––Su Excelencia el conde Odoardo Maraviglia, mensajero de Sus Majestades los reyes de España y Francia.

––Adelante ––contestó Manuel Filiberto con voz casi tan turbada como poco antes lo estaba la de León–Leona.

XLII
EL MENSAJERO DE SS.MM. LOS REYES DE FRANCIA Y ESPAÑA

En el nombre que el lector acaba de escuchar, sin duda ha conocido al hermano de Leona, al joven sentenciado a muerte por haber querido asesinar al que había ordenado matar a su padre, y en fin, al caballero recomendado por Carlos V a su hijo Felipe II el mismo día de su abdicación.

Asimismo se acordará el lector de que, si bien sabe Leona que Odoardo Maraviglia es su hermano, éste, que apenas le vio en la tienda de Manuel Filiberto y campamento de Hesdin, está muy ajeno de suponer que aquella joven sea su hermana.

Por lo tanto, sólo el duque de Saboya y su paje saben el secreto que salvó a Odoardo la vida.

Cúmplenos ahora explicar brevemente porqué Odoardo es a un tiempo el mensajero de Felipe y de Enrique.

Hijo de un embajador del rey Francisco I, educado con los pajes en la intimidad del Delfín Enrique II, y públicamente adoptado por el Emperador Carlos V en el mismo día de su abdicación, disfrutaba Odoardo de igual favor en las Cortes de Francia y España.

Además, si bien se desconocían los pormenores del caso, sabíase que debía la vida a Manuel Filiberto, y por consiguiente era muy natural que una persona interesada en la paz hubiese tenido la idea de valerse, para proponer las primeras proposiciones del hombre bienquisto en las Cortes española y francesa, y que acordados los principales artículos de la paz entre los dos príncipes, el mismo hombre fuera mandado a Manuel Filiberto para inducirle a aceptarlos, sobre todo cuando, según hemos dicho, era voz pública que Odoardo Maraviglia debía la vida a la intercesión del duque de Saboya, así como la alta ventaja de haber sido colmado de honores y recomendado al rey Felipe II por el emperador Carlos V.

Acertado estuvo el que concibió la idea de apelar a la mediación de Odardo Maraviglia, pues los preliminares de la paz, de igual modo apetecida por Felipe II y Enrique de Valois, se fijaron más pronto de lo que era de esperar en asunto de semejante importancia, y conforme se había creído a pesar de desconocerse las causas de la simpatía de Manuel Filiberto por el hijo del embajador de Francisco I, éste era uno de los más agradables enviados que mandársele podían.

Levantóse pues el duque, y aunque presentía el pesar que para él entrañaba aquel gran suceso, tendió a Odoardo una mano que éste besó respetuosamente, diciendo:

––Monseñor, en mí véis a un mortal dichosísimo, que tal vez he probado y voy a probar a V. A. que salvasteis la vida a un hombre agradecido.

––Lo que os salvó la vida Odoardo amigo, fue la magnanimidad del noble emperador a quien todos lloramos, yo únicamente fui el humilde mediador de su clemencia.

––En buena hora, monseñor, más vos fuisteis para mí el mensajero visible de la gracia divina, y os venero como los antiguos patriarcas a los ángeles que les participan la voluntad del Señor. Por lo demás, a mi vez preséntome a V. A. como embajador de paz.

––Como a tal me habéis sido anunciado, Odoardo, como a tal os aguardaba, y como a tal os recibo.

––¡Me esperábais! Dispensad, monseñor, más yo creía ser el primero en anunciarme con mi presencia misma, y en cuanto a las proposiciones que debía comunicaros, eran tan secretas...

––No os asombre, señor embajador ––dijo el duque procurando sonreírse–– ¿no habéis oído decir que algunos hombres tienen un genio familiar que de antemano les advierte las cosas más ignotas? Yo soy uno de tantos.

––¿Conocéis, pues, el motivo de mi visita?–– preguntó el conde.

––Sí, pero sólo el motivo, faltan los detalles.

––Cuando V. A. lo desee, se los expondré.

Inclinóse Odoardo, e hizo Manuel una seña denotando que no estaban solos, notóla el paje, y al dar un paso hacia la puerta, detúvole el duque diciendo:

––Con este joven siempre estoy solo, Odoardo, pues es el genio familiar de que os he hablado. Quédate, León, quédate ––añadió el príncipe––, debemos saber cuanto proponen. Hablad conde.

––¿Qué dijerais, monseñor ––interrogó Odoardo sonriéndose––, si anunciara a V. A. que en cambio de Ham, del Châtelet y San Quintín nos devuelve Francia ciento noventa y ocho ciudades?

––Diría que es imposible ––contestó Manuel.

––Sin embargo, así es la verdad, monseñor.

––¿Va Calais comprendida en el número de las ciudades que Francia devuelve?

––No, en este convenio se perjudica algún tanto a la nueva reina de Inglaterra, Isabel, quien so pretexto de conciencia acaba de negar su mano al rey Felipe II, viudo de su hermana María. Francia conservará a Calais con las otras ciudades de Picardía, reconquistadas a los ingleses por el señor de Guisa.

––¿Con qué condiciones?

––En el término de ocho años el rey de Francia deberá restituirlas si no prefiere pagar cincuenta mil escudos a Inglaterra.

––Los dará, a no ser que se halle tan pobre como Balduino, que empeñaba la corona de Nuestro Señor.

––Sí, más han querido darle una especie de satisfacción con la cual por dicha se ha quedado satisfecho, ahora que está en pugna con el Papa.

––¿No la ha declarado espúrea? interrogó Manuel.

––Sí, y perderá su soberanía sobre Inglaterra. Isabel, por su parte, ha invalidado todos los edictos publicados por la difunta reina María, declarando vigentes cuantas disposiciones se adoptaron contra el Papa en tiempos de Eduardo y Enrique VIII, y uniendo como estos dos monarcas a sus regias prerrogativas la dignidad de cabeza suprema de la Iglesia anglicana.

—¿Y qué hace Francia con su tierna reina de Escocia en este gran conflicto?

—Enrique II ha declarado reina de Escocia e Inglaterra a María Estuardo, como sucesora de la difunta reina María Tudor, como descendiente única de Eduardo V, nieto del rey Enrique VII de Inglaterra, y en virtud de la ilegitimidad de Isabel, declarada bastarda por un documento que nunca se ha invalidado. —No obstante —dijo Manuel Filiberto—, había un testamento de Enrique VIII, el cual declaraba a Isabel heredera de la corona, a falta de Eduardo y María, y en esta declaración se ha fundado el Parlamento para proclamar reina a Isabel. Pero volvamos a nuestros asuntos, señor embajador, si gustáis.

—Pues bien, monseñor, éstas son las principales condiciones del tratado, las bases en que se trata de fundarlo:

"Los reyes de España y Francia obrarán unidos para devolver la paz a la Iglesia, promoviendo la reunión de un Consejo General. Se concederá una amnistía a los que hayan defendido la causa de uno u otro rey, a excepción de los desterrados de Nápoles, Sicilia y el Milanesado, a quienes se excluirán del indulto general".

"Todas las ciudades y fortalezas ganadas por Francia al rey, y particularmente Thionville, Marienburgo, Ivoy, Montmédy, Damvilliers, Hesdin, el Condado de Charolais y Valence (Lemelina), serán devueltas al antedicho rey de España, e Ivoy será desmantelada como compensación de Therouanne destruida".

"El rey Felipe casará con la princesa Isabel de Francia, cuya mano pidió antes para su hijo don Carlos, y con esta princesa se le hará una donación como dote de cuatrocientos mil escudos de oro. La fortaleza de Bouillon se restituirá al obispo de Lieja, sin perjudicar sin embargo, los derechos de la casa Lamarck".

"La infanta de Portugal entrará en posesión de los bienes que le corresponden por parte de su madre la reina Leonor, viuda de Francisco I. Y por último, ambos reyes devolverán al duque de Mantua lo que le quitaron en el Montferrato, sin poder derribar las fortalezas allí por ellos construidas".

—¿Y el rey de Francia aprueba todas estas condiciones? —preguntó Manuel.

—Todas. ¿Qué os parece? —Muy bien, señor embajador; y si sois vos quien ha ejercido tal influjo, razón tenía el emperador Carlos V cuando, al bajar del trono, os recomendó a su hijo el rey de España.

—¡Ah! no, monseñor —contestó Odoardo—, los dos principales agentes de esta paz extraña son la señora de Valentinois, temerosa de la creciente fortuna de los Guisa y del gran crédito de la reina Catalina, y el señor condestable, que en su cautiverio supone que los loreneses invaden su casa.

—¡Ah! —exclamó el duque, eso me explica las frecuentes licencias pedidas por el condestable al rey Felipe para pasar a Francia, y la demanda que me dirige de rescatarse con el almirante por doscientos mil escudos, petición que acabo de someter al rey por conducto de mi escudero Scianca–Ferro, quien ha marchado poco antes de vuestra llegada.

—Y el rey accederá a ella, si no quiera pecar de ingrato —contestó el conde.

Después de una breve pausa, mirando éste al príncipe, le dijo:

—¿No me interrogáis lo que se hará por vos, monseñor?

Sintió Filiberto estremecerse la mano de Leona, que aún tenía en la suya, y contestó:

—¡Por mí! ¡Ah! Yo creía que me habían olvidado.

—Para eso hubiese sido necesario que los reyes Felipe y Enrique no hubiesen elegido por negociador al que os debe la vida, monseñor. ¡Oh, no, a Dios gracias! en esta ocasión la Providencia ha puesto en vos los ojos, y creo que el vencedor de San Quintín será recompensado cual debe serlo.

Cruzó Manuel con su paje una dolorosa mirada, y continuó escuchando.

—Monseñor —prosiguió Odoardo—, se os devolverán las plazas tomadas a vuestro padre y a vos allende y aquende los Alpes, menos Turín, Pignerol, Quiers, Chivas y Villanueva de Ast, las cuales estarán en poder de Francia hasta que V. A. tenga un heredero varón. Además, el rey de España podrá guarnecer las plazas de Ast y Verceil, hasta el día del nacimiento de ese heredero, el cual pondrá fin al gran pleito de Luisa de Saboya y del Piamonte.

—Siendo así —exclamó vivamente Manuel—, no casándome...

—Perdéis cinco ciudades tan importantes, monseñor, que ellas solas serían suficientes para la corona de un príncipe.

—Monseñor, el duque de Saboya se casará —exclamó Leona. Dígnese, pues, V. E. concluir su negociación, diciéndole qué ilustre mano le destinan.

Miró Odoardo al pajecillo con asombro, y luego al príncipe, cuyo semblante expresaba la más terrible ansiedad.

—¡Oh! tranquilizaos, monseñor —le dijo—, la esposa que os destinan es digna de un rey.

—Y como Filiberto no despegase los descoloridos labios para hacer la pregunta que Odoardo aguardaba, éste añadió:

––Es madama Margarita de Francia, hermana del rey Enrique II, y además del ducado de Saboya dará en dote a su feliz esposo trescientos mil escudos de oro.

––Madama Margarita de Francia ––murmuró el duque–– es una gran princesa, lo sé, pero yo, caballero, siempre alimenté la esperanza de recobrar mi ducado con victorias y no con un casamiento,

––Considerad ––observó Odoardo—, que madama Margarita es digna de ser el galardón de vuestras victorias, monseñor, y pocos príncipes han pagado la victoria de una batalla y la toma de una ciudad con una hermana e hija de reyes.

––¡Oh! ––murmuró Manuel––, ¡porqué no rompí la espada al comienzo de la campaña!

En seguida, como Odoardo le contemplase con extrañeza, Leona le dijo:

––¿Tendrá V. E. la bondad de dejarme por un instante a solas con el príncipe?

El conde permanecía callado interrogando a Manuel con la vista.

––Volved dentro de un cuarto de hora ––añadió Leona–– y V. E. recibirá de S. A. la contestación que debe desear.

Hizo el duque un movimiento negativo, contenido al punto por un gesto mudo y suplicante de Leona, y el conde se fue persuadido de que únicamente el misterioso paje podía vencer la inconcebible resistencia que el duque de Saboya oponía a los deseos de los reyes de Francia y España.

Al cabo de un cuarto de hora, llamado Odoardo Maraviglia por el ujier, entró en el gabinete de Manuel Filiberto. El duque se hallaba solo, y triste si bien resignado, tendió la mano al negociador, diciendo:

––Odoardo, regresad a los que os envían y decidles que Manuel Filiberto acepta agradecido la merced que los reyes de Francia y España se han dignado conceder al duque de Saboya.

XLIII
LA CÁMARA DE LA REINA

Merced a la habilidad del negociador, dotado de toda la destreza diplomática que, según dicen, es patrimonio de la raza florentina o milanesa, merced ante todo al interés que ambos monarcas tenían en que se guardara sigilosamente el secreto, descontando los vagos rumores ajenos a los sucesos de alta monta, nada se sabía aún en la corte de los grandes proyectos que al duque de Saboya terminaba de exponer Odoardo Maraviglia, y cuya realización costaba tan cara a Francia.

Grande fue, pues, la extrañeza con que a los cuatro días de la referida entrevista se encontraron dos jinetes que, seguidos cada uno de un escudero, llegaban por diferentes caminos, reconociendo el uno al condestable de Montmorency, a quien creía preso en Amb eres, y el otro al duque de Guisa, a quien suponía en el campamento de Compiègne.

Entre estos dos grandes enemigos no fueron largos los cumplimientos. Como príncipe imperial, el duque de Guisa tenía la precedencia sobre toda la nobleza de Francia, y por Io tanto, el señor de Montmorency hizo retroceder un paso a su caballo, mientras el señor de Guisa adelantaba el suyo. De manera que cualquiera habría dicho que el condestable era escudero de cualquier gentil hombre del séquito del príncipe, si al entrar en el patio de Louvre, residencia real del invierno, no se hubiese dirigido el uno a la derecha y el otro a la izquierda.

Efectivamente, el duque de Guisa iba a visitar a la reina Catalina de Médicis y el condestable a la favorita Diana de Poitiers. Ambos eran esperados con igual impaciencia por una y otra.

Subamos con el más principal de nuestros personajes a las habitaciones de las más importante, en apariencia a lo menos, de las dos antedichas señoras, esto es, el duque de Guisa, que asciende a la cámara de la reina.

Catalina de Médicis era florentina, y loreneses los Guisa, conque, en rigor, nada extraño era que al cundir en Francia la noticia de la batalla de San Quintín, viendo Catalina y el cardenal de Lorena disminuir su valimiento por el influjo que naturalmente cobraba el condestable, como generalísimo del ejército, sólo parasen atención, no en que la pérdida de aquella batalla ponía a Francia al borde del abismo, sino en que dejando en poder de los españoles al condestable y a un hijo suyo, destruían el crédito de los Montmorency.

Y como el crédito de los Montmorency no podía menguar sino acrecentándose el de los Guisa por un movimiento de báscula político y militar, toda la administración civil del reino había sido entregada al cardenal de Lorena, mientras que el duque Francisco de Guisa, aguardado de Italia como un salvador, al llegar había reunido en sus manos todo el poder militar, con el título de lugarteniente general del reino.

Por lo demás, ya hemos visto qué uso hacía el duque de Guisa de su omnímodo poder: el ejército reorganizado, Calais devuelto a Francia, Guines, Ham y Thionville ganadas por asalto, y Arlon sorprendida; tal fue el fruto de una sola campaña.

Hallábase, pues, el duque Francisco en un grandioso sueño de ambición cercano a realizarse, en uno de los sueños más hermosos que a un Guisa halagar podían, cuando vino a despertarle un vago rumor, según el cual el condestable volvería presto a París. Regreso, que si se efectuaba, podía considerarse como el preliminar de un tratado de paz.

A aquel simple rumor, partió el duque de Guisa del campamento de Compiègne, y a la mitad del camino, en Louvres, encontraóse con un propio que le enviaba el cardenal de Lorena para prevenirle que cuanto antes se restituyera a París. No traía el mensajero más instrucciones, pero avisado como estaba, el duque suponía con razón para qué le llamaban.

Al encontrarse con Montmorency en la puerta, trocáronse en certidumbre sus sospechas: el condestable estaba libre, y según toda probabilidad, la paz iba a ser el resultado de su libertad inesperada. Cruel era el desengaño del duque de Guisa, pues creía que el cautiverio de Montmorency sería perpetuo como el del rey Juan.

Todo lo había perdido el condestable, todo lo había salvado el duque, y no obstante, era muy probable que el vencido iba a presentarse en la corte con igual consideración que el vencedor. Y ¿quién sabe aún si gracias a la protección de la señora de Valentinois, el vencedor no ocuparía el mejor puesto?

Mohíno con esas ideas ascendía el duque de Guisa la escalera que conducía a las habitaciones de la reina Catalina, mientras el condestable, con alegre rostro, subía la que llevaba por el otro lado del patio al cuarto de la favorita Diana. El duque era indudablemente esperado, pues tan pronto como se pronunció su nombre vio alzarse la cortina de la cámara de la reina, escuchando la voz de Catalina que con su gutural acento florentino le decía:

––Entrad, señor duque, entrad.

La reina se hallaba sola. El duque Francisco miró enrededor cual si extrañara no encontrar a otra persona.

––Buscáis a vuestro hermano, ¿no es cierto? ––preguntó Catalina.

––¿Sabe V. M. ––dijo el duque abreviando los cumplimientos usuales como convenía en tan grave situación—, que mi hermano me ha enviado un correo con encargo de venir sin demora a París?

––Sí; más como el correo ha marchado a la una de la tarde, no os esperábamos hasta muy entrada la noche.

––Es que el correo me ha hallado a la mitad del camino.

––¿Que os traía a París?

––Mi zozobra.

––Duque ––dijo Catalina deponiendo en aquella ocasión todo disimulo—, tenéis razón, pues nunca hubo más justos motivos de inquietud.

Escuchóse en esto rechinar una llave sucesivamente en dos cerraduras y abriéndose una puerta secreta que daba a los corredores de la reina, apareció el cardenal de Lorena.

Sin entretenerse en saludar a su hermano, y cual si hubiese entrado en la habitación de una princesa de su categoría o bien de una categoría inferior a la suya, llegóse a Catalina y Francisco, y con una alteración de voz que indicaba lo importante que para él era la noticia, preguntóles:

––¿Sabéis quién acaba de llegar?

––Sí —contestó el duque adivinando de quién hablaba el cardenal––; hele encontrado a la puerta del Louvre.

––¿De quién se trata? ––interrogó Catalina.

Del condestable —respondieron juntos el duque y el cardenal.

––¡Ah! ––exclamó la reina cual si hubiese recibido una puñalada en el corazón––, pero acaso viene con una licencia de pocos días, como otras veces.

––No tal ––contestó el prelado––, viene libre, pues por mediación del duque de Saboya ha conseguido rescatarse con el almirante por doscientos mil escudos que el rey pagará de su bolsillo, ya lo veréis. ¡Por la cruz de Lorena! prosiguió el cardenal mordiéndose airado el bigote––; en efecto, la torpeza era muy insigne para pagarla un simple caballero, y a justipreciarse, hubiera arruinado a los Montmorency, Damvilles, Colignys y Andelots.

––En suma––interrogó Catalina––, ¿qué más habéis sabido?

––Poca cosa, pero aguardo de un instante a otro a vuestro antiguo mensajero el duque de Nemours ––dijo Carlos de Lorena dirigiéndose a su hermano.

––El señor de Nemours es de la casa de Saboya, nadie sospecha que sea de los nuestros y como el viento está soplando por la parte del Piamonte, es posible que nos traiga alguna noticia.

Al mismo instante llamaron quedamente a la puerta por donde entrara el cardenal.

––¡Ah! ––dijo éste, él es.

—Pues abrid —exclamó Catalina. Y sin preocuparse de lo que pudieran pensar a1 ver la llave de aquella puerta en manos del cardenal de Lorena, impelióle hacia ella.

Era efectivamente el mismo duque de Nemours. Como no le desasosegaba la inquietud del duque de Guisa, ni podía permitirse la familiaridad del cardenal, empezó por saludar a Catalina con arreglo a la más rigurosa etiqueta;. más ella no le dio tiempo.

—Señor duque —le dijo—, el cardenal nos anuncia que probablemente traéis alguna noticia. Hablad: ¿qué sabéis de esa malaventurada paz?

—Algo, y de muy buena tinta —contestó el duque de Nemours—, acabo de dejar al negociador Odoardo Maraviglia, después de haberse avistado con el duque de Saboya.

—En tal caso estaréis bien enterado —dijo el cardenal—; pues el duque Manuel Filiberto es el primer interesado en todo ese negocio, ya que anda su principado de por medio.

—Pues bien ¡cosa extraña! —añadió Nemours—, ya por noble indiferencia, y esto es muy posible, por alguna causa misteriosa como un amor secreto o algún compromiso contraído con otra; el príncipe Manuel Filiberto ha escuchado con más tristeza que alegría las proposiciones que le han hecho.

—Tal vez también está poco contento de la gratitud real —dijo el de Guisa con amargura—; no sería extraño, porque ése es asimismo del número de los vencedores.

—En tal caso —observó el de Nemours—, muy descontentadizo fuera, pues se le devuelven casi todos sus Estados, excepto cinco ciudades que se le devolverán cuando tenga un hijo de su esposa.

—¿Y quién será su esposa? —interrogó vivamente el prelado.

—Madama Margarita de Francia —contestó Nemorus.

—¿La hermana del rey?—prorrumpió Catalina.

—Habrá conseguido su objeto —dijo el duque Francisco—: no quería casar sino con un príncipe soberano.

—Mucho habrá aguardado —dijo Catalina con la actitud peculiar de las mujeres cuando hablan unas de otras—; pues si no me engaño, frisa en los treinta y seis; más según parece, no habrá perdido en la espera.

—¿Y cómo recibió Manuel Filiberto la noticia de tan augusto enlace?

—Al principio muy fríamente. El conde Maraviglia asegura haberle visto a punto de rehusar; pero aceptó después de reflexionar un cuarto de hora. Por último, el príncipe dijo más tarde al embajador que deseaba no quedar comprometido del todo con respecto al casamiento, en tanto no hubiese visto a la princesa Margarita. Empero, ya comprendéis que el embajador no ha hablado de esa vacilación; sino que, por el contrario, ha comunicado al rey Enrique II que el príncipe se había mostrado lleno de gozo y agradecimiento.

—¿Qué ciudades se le restituyen? preguntó el duque de Guisa.

—Todas, a excepción de las de Turín, Pignerol, Quiers, Chivas y Villanueva de Ast, que se le darán cuando tenga el primer heredero varón. Así como así, el rey de Francia hubiera hecho mal en regatear por ciudad o fortaleza más o menos, pues entrega ciento noventa y ocho a la reina de Inglaterra y al rey de España.

—¡Ah! —exclamó el duque de Guisa enojado—, ¿habríais oído decir por ventura, que en el número de esas ciudades y fortalezas el rey cede la plaza de Calais?

—Nada sé —contestó Nemours.

—¡Vive Dios! —dijo entonces el duque de Guisa—, como eso sería igual que decirme que le es inútil mi espada, iría a ofrecerla a un soberano que mejor la empleara, cuando —añadió para sí— no la conservase por cuenta propia.

En esto un sirviente del cardenal, puesto en observación por Su Eminencia, levantó la colgadura diciendo:

—¡El rey!

—¿Dónde? —interrogó Catalina.

—Al extremo de la galería principal —contestó el criado.

Miró la reina al duque Francisco como interrogándole lo que había de hacer.

—Le esperaré dijo el duque.

—Esperadle, monseñor —dijo el de Nemours—; vos ganáis batallas y ciudades, y podéis aguardar con la frente erguida a todos los reyes del mundo; pero ¿creéis que cuando S. M. halle aquí al cardenal de Lorena y al duque de Guisa, me echará de menos?

—Tenéis razón —exclamó Catalina—, es inútil que os vea. La llave, cardenal.

Entregósela éste al instante, y cuando la puerta acababa de cerrarse discretamente tras el duque de Nemours, apareció en el umbral de la opuesta Enrique de Valois con ceñuda frente.

XLIV
LA HABITACIÓN DE LA FAVORITA

Si hemos seguido al duque de Guisa antes que al condestable, no es porque en la estancia de la señora de Valentinois hubiesen de pasar cosas menos interesantes que en la cámara de Catalina de Médicis, sino, porque, como hemos dicho, el duque de Guisa era más principal señor que Montmorency, y Catalina más principal señora que la duquesa de Valentinois. Al César lo que es del César.

Pero, ya que hemos dado esta prueba de deferencia a la supremacía real, veamos lo que había sucedido en la estancia de la bella Diana de Poitiers, y sepamos porqué el rey Enrique se presentaba con ceño adusto en la de su esposa.

Si la vuelta del duque de Guisa no era un secreto para la reina Catalina de Médicis, tampoco era un misterio para la duquesa de Valentinois la llegada del condestable, de suerte que se alegró sobremanera cuando le anunciaron:

––Monseñor el condestable de Montmorency.

Diana no se hallaba sola. En un rincón del aposento y recostados en unos almohadones, dos hermosos niños gozaban la vida donde habían entrado por la puerta del amor: eran la joven reina María Estuardo y el Delfín Francisco, casados seis meses antes y más enamorados quizá que antes de su enlace.

La joven reina probaba a su esposo un gorro de terciopelo demasiado grande para ella, sosteniendo que no era chico para él, y tan absortos estaban en tan trascendental tarea, que por más que lo fuera, políticamente hablando, aquel anuncio que manifestaba la vuelta a París del ilustre prisionero, se les pasó desapercibido.

Es tan agradable y delicioso el amor a los quince y diecisiete años, que uno de amor vale veinte de existencia. Francisco II, muriendo a los diecinueve, después de vivir dos años dichosos con su joven y hermosa María, ¿no es diez veces más feliz que ésta, viviendo treinta años más que él y pasando tres de éstos perseguida y dieciocho encarcelada?

Sin preocuparse, pues, del grupo encantador que en un rincón disfrutaba de su vida excepcional y deleitosa, la duquesa recibió al condestable con los brazos abiertos, pero él, más prudente, detúvose exclamando:

––¡Hola! parece que no estáis solita, hermosa duquesa.

––Sí tal, querido condestable.

––¡Vaya! aunque viejo, buenos ojos tengo para distinguir algo que se mueve en aquel rincón.

––Son la reina de Escocia e Inglaterra y el heredero de la corona de Francia ––dijo Diana riendo––; perded cuidado, están tan ocupaditos en sus asuntos, que no se entrometen en los nuestros.

––¡Diantre! prorrumpió el condestable––, ¿tan mal van, pues, los asuntos allende el mar, que ocupan sus cabecitas?

––Condestable amigo, aunque a estas horas estuviesen en Londres los escoceses o en Edimburgo los ingleses, lo cual sería en los dos casos una gran nueva, y aunque anunciaran esta noticia en voz tan alta como vuestra llegada, no creo que ninguno de los dos niños volviera la cabeza. ¡Oh! no se ocupan en cosas mucho más trascendentales, se aman, caro condestable. ¡Qué es el reino de Escocia o de Inglaterra comparado con la palabra amar!

––¡Oh, sirena! ––susurró el anciano condestable. Pero sepamos, ¿cómo van nuestros asuntos?

––Muy bien, puesto que os veo en París: la paz, está hecha o poco menos, y el duque de Guisa tendrá que envainar la espada. Como ya no se necesita lugarteniente general, y sí un condestable como siempre, mi querido condestable volverá a estar en candelero y será otra vez el primer personaje del reino en lugar de ser el segundo.

––¡Bien, muy bien, por vida mía! Queda la cuestión de rescate, y ya conocéis, hermosa Diana, que debo doscientos mil escudos de oro.

––¿Y bien?––interrogó la duquesa sonriéndose.

¡Toma! No tengo grandes ganas de pagarlo.

––¿Por quién peleabais, amigo mío, cuando os aprisionaron?

––¡Pardiez! por el rey, aunque la herida que recibí no le costó una sola gota de sangre.

––Pues el rey pagará el rescate, más creo haberos oído decir, condestable amigo, que si yo llevaba a buen fin las negociaciones de la paz, el duque Manuel, príncipe generoso, os perdonaría probablemente los doscientos mil escudos.

––¿Eso dije? ––interrogó Montmorency.

––Sí, en una carta que me escribisteis.

––¡Diantre! ¡diantre! ¡diantre! ––exclamó el condestable riendo––; ya veo que habéis de participar en la especulación. Pues bien, juguemos a cartas vistas. Sí, el duque de Saboya me perdona los doscientos mil escudos, más como mi sobrino el almirante es muy orgulloso para aceptar tal merced, no le diré una palabra de este asunto.

De suerte que os dará cien mil escudos como si hubieseis de entregarlos al duque Manuel Filiberto.

––Eso es.

––De manera que el rey os entregará doscientos mil escudos como si asimismo hubieseis de satisfacerlos al príncipe de Saboya.

––Eso es, eso es.

––De suerte ––continuó Diana––, que así reunís trescientos mil escudos limpios de polvo y paja.

––Sí; pero el gusto de tenerlos en mis manos lo debo a la hermosa duquesa de Valentinois, y como todo favor merece recompensa, he aquí el reparto de los trescientos mil del pico.

Primeramente ––dijo la favorita––, destinamos doscientos mil a indemnizar al buen condestable de sus gastos de campaña y de las pérdidas y perjuicios que le han motivado sus dieciocho meses de cautiverio.

––¿Creéis que sea mucho?

––Nuestro buen condestable es un león, y es justo que reciba la parte del león. Los otros cien mil...

––Los repartimos de esta suerte, cincuenta mil para comprar alfileres a mi bella duquesa, y cincuenta mil para dotar a nuestros pobres hijos, que lo pasarían de mala manera si el rey no añade algo a la dote que un infeliz se empobrece para dar a su hijo.

––Cierto es que nuestra hija Diana tiene como duquesa de Castro una viudedad de cien mil escudos, pero ya comprendéis, querido condestable, que si el rey en su magnificencia cree que eso no basta para la esposa de un Montmorency y la hija de un monarca, no seré yo quien cierre la bolsa que él abra.

Miró el condestable a la favorita con alguna admiración, y dijo:

––¿Será que nuestro rey lleva aún la sortija mágica que le pusisteis en el dedo?

En ese instante entraba el soberano.

––¡Oh! venid, señor ––exclamó Diana corriendo a recibirle––, mirad a nuestro condestable que llega fuerte y altivo cual el dios Marte.

––Sí —exclamó el rey usando el lenguaje mitológico de la época––, y su primera visita ha sido para la diosa Venus. Tiene razón, yo no digo: Al César lo que es del César; sino: Honor a la belleza. Vuestra mano, caro condestable.

––¡Pardiez! señor ––exclamo Montmorency refunfuñando y torciendo el gesto––; no sé si debiera dárosla.

––¡Hola! ¿Y por qué? ––interrogó riendo el rey.

––Porque me parece ––contestó el condestable poniéndose más y más adusto––, que me habéis olvidado no poco durante mi cautiverio.

––¡Yo, querido condestable! ––exclamó Enrique empezando a defenderse cuando podía atacar con tanta ventaja.

––¡Ah! cierto es que el señor de Guisa os regalaba los oídos con sus clarines —dijo el condestable.

––¡Cáspita! exclamó el monarca no pudiendo contestar directamente a la alusión de Montmorency––; nadie puede impedir que un vencedor cante victoria.

––Señor ––repuso el condestable irguiéndose como un gallo sobre sus espolones––, hay derrotas tan ilustres como una victoria cualquiera.

––Sí —contestó Enrique––, pero menos provechosas, confesadlo:

––¡Menos provechosas! ––murmuró Montmorency––, sí, por cierto; pero la guerra es un juego en que a veces pierde la partida el más diestro. Muy bien lo sabía vuestro padre.

El monarca se sonrojó ligeramente.

––Respecto a la ciudad de San Quintín ––continuó el condestable––, paréceme que si se rindió...

––San Quintín no se rindió ––dijo precipitadamente el rey— la ciudad fue tomada después de una heroica defensa, y salvó a Francia, que...

Enrique vaciló.

––Terminad, sí: que la batalla de San Lorenzo se perdió, ¿no es verdad? eso queréis decir. ¡Defended, pues, a un rey a costa de la vida o de la libertad, para que os dé las gracias con tan amable cumplimiento!

––No, apreciable condestable ––dijo Enrique arrepentido ante una mirada de Diana––; por el contrario, decía que San Quintín se defendió heroicamente.

––¡Ya! Por eso dispensa V. M. tanta consideración a su defensor.

—¡Coligny!… —¿Qué otra cosa podía yo hacer, condestable amigo, una vez pagado su rescate con el vuestro?

—No hablemos de eso, señor, que no se trata del rescate de Coligny, sino del cautiverio de Andelot.

—¡Ah! dispensad, querido condestable, pero Andelot es hereje.

—¿Sí? ¿Acaso no lo somos todos, quién más, quién menos? ¡Pardiez! Si no mirara a Dios, señor, me haría hugonote y ofrecería mi espada al señor de Condé.

—¡Condestable!

—¡Y cuando pienso que el pobre Andelot debe probablemente su cautiverio al duque de Guisa!

—Condestable —dijo el rey—, os aseguro que los de Guisa no han tenido arte ni parte, en este asunto.

—¡Bueno! ¡Decidme ahora que no es una intriga de ese maldito cardenal!

—Condestable, ¿queréis una cosa?—dijo el rey, eludiendo la pregunta.

—¿Cuál?

—Que en celebración de vuestra vuelta se ponga en libertad a Andelot.

—¡Vaya si lo deseo! Más digo: lo quiero.

—Condestable, primo mío —dijo Enrique riendo—, ya sabéis que el rey también dice: queremos.

—Pues bien, señor —dijo Diana—, hablad de este modo: Queremos que nuestro buen servidor Andelot sea puesto en libertad, para que asista al enlace de nuestra querida hija Diana de Castro con Francisco de Montmorency, conde de Damville.

—Sí —dijo el condestable murmurando cada vez más—, con tal que ese enlace se efectúe.

—¿Por qué no? —interrogó la duquesa. ¿Halláis a los novios muy pobres para atreverse a cargar con los gastos del matrimonio?

—¡Oh! Si no es más que eso —exclamó el rey, quien siempre se holgaba de salir de cualquier aprieto a costa de su bolsillo—, si no es más que eso, ya encontraremos cien mil escudos en algún rincón de nuestras arcas.

—¡Si no se trata de semejante cosa! ¡Pardiez! ¿quién habla aquí de dinero? Otra causa temo que impida esa unión.

—¿Cuál? —interrogó Enrique.

—Ese casamiento desagrada a vuestros buenos amigos los señores de Guisa.

—Verdaderamente, — querido condestable, vos veis visiones.

—¡Visiones! ... ¿Para qué creéis, pues, que el duque de Guisa se encuentra aquí, si no para contrariar un enlace que puede dar nuevo lustre a mi familia?

—Os engañáis; aquí no hay tal duque.

—¿Pues dónde está?

—En el campamento de Compiègne.

—¡Ta! ¡ta! señor, casi me diréis que no le habéis concedido licencia.

—¿Para qué?

—Para venir a París.

—Yo no he dado licencia alguna al duque de Guisa.

—Pues en tal caso, el duque de Guisa ha venido a París sin licencia, no puede ser otra cosa.

—¿Os halláis en vuestro juicio, condestable? El duque de Guisa sabe muy bien lo que me debe para ausentarse del campamento sin mi permiso.

—La verdad es señor, que, el duque os debe mucho, muchísimo, y ha olvidado lo que os debe.

—Pero, en fin, condestable —interrogó Diana—, ¿estáis seguro de que el señor de Guisa haya cometido... no sé como denominarlo... ¿qué nombre se da a una falta de disciplina?... ¿haya cometido esa inconveniencia?

—¡Pardiez! —contestó el condestable. Éstos le han visto.

—¿Cuándo? —interrogó el rey. —Hace un momento.

—¿En dónde?

—A la puerta del Louvre, allí nos hemos hallado.

—¿Porqué, pues, no le he visto?

—Porque en vez de dirigirse a la izquierda, habrá tomado la derecha, y en vez de presentarse al rey, habráse presentado a la reina.

—¿Decís que el duque de Guisa se halla en la cámara de la reina

—¡Oh! Tranquilícese V. M., seguro estoy de que no está solo, y que como tercero se halla a su lado el señor cardenal.

—¡Ah! —exclamó el rey—, vamos a verlo. Esperadme aquí un instante, condestable.

Y el rey salió hecho un basilisco, mientras que Montmorency y Diana cruzaban una mirada vengativa, y un beso amoroso el Delfín Francisco y la reina María Estuardo, que no habían visto ni escuchado cosa alguna.

He aquí porqué el rey Enrique II se presentaba con ceñuda frente en la estancia de Catalina de Médicis.

XLV
DONDE, CONSIDERADO EL VENCIDO COMO VENCEDOR, CONSIDERASE AL VENCEDOR COMO A VENCIDO

La actitud de los tres personajes era diversa e indicaba muy bien la situación de los amigos.

La reina Catalina, que aún estaba junto a la puerta secreta, de espaldas a la colgadura, ocultando en la mano la llave, se hallaba algo pálida y temblorosa, cual si fuesen de amor las misteriosas emociones de la ambición.

El cardenal, con su traje mitad eclesiástico y mitad militar, en pie junto a una mesa llena de papeles y chucherías de tocador, apoyábase en ella con la mano.

El duque Francisco estaba enfrente de la puerta, semejante a un campeón en liza, desafiando a cuantos se presentaran y exponiéndose a todos los golpes. Con su traje casi militar; sin casco ni coraza, con altas botas llenas de lodo y la espada al cinto, tenía el mismo continente que tomaba en el campo de batalla, cuando las oleadas enemigas se estrellaban en el pecho de su caballo, de igual modo que en una tempestad se estrellan en la punta de una roca las alborotadas aguas del mar.

Descubierto ante la majestad real, asía con la mano su sombrero de fieltro adornado con una pluma encarnada, más su alta estatura, erguida como la del roble, no había disminuido una línea delante del monarca.

Al topar Enrique con aquella dignidad victoriosa, detúvose como la piedra que choca en la muralla, como la bala que el acero rechaza.

––¡Ah! sois vos, primo––exclamó––; extraño veros aquí, pues os creía en el campamento de Compiègne.

––También yo, señor —contestó el duque de Guisa––, he extrañado muchísimo ver al condestable a la puerta de Louvre, pues le suponía prisionero en Amberes.

Mordióse Enrique el labio a esta ruda contestación, y dijo:

––En efecto, caballero, allá me hallaría si yo no hubiese pagado su rescate, por doscientos mil escudos tengo la satisfacción de ver a un amigo verdadero a un antiguo servidor.

––¿Cree V. M. que únicamente valen doscientos mil escudos las ciudades que según se asegura, entrega a España, a Inglaterra y al Piamonte? Como entrega cerca de doscientas, a cada ciudad corresponden mil escudos.

Entrego esas ciudades caballero no, para rescatar a Montmorency, sino para conseguir la paz.

––Yo creía que la paz se conseguía con victorias, a lo menos en Francia.

––Como príncipe lorenés que sois, caballero, mal conocéis la historia de Francia. ¿Habéis olvidado, entre otros, los tratados de Brétigrry y de Madrid?

––No, señor; más no creía que existiese identidad ni semejanza entre las posiciones. Después de la batalla de Poitiers, el rey Juan se hallaba prisionero en Londres, y después de la de Pavía lo estaba en Toledo el rey Francisco I. Hoy el rey Enrique II, al frente de un excelente ejército, es poderosísimo en el Louvre, ¿para qué, pues, renovar en medio de la prosperidad los desastres de las épocas fatales a Francia?

––Señor de Guisa ––exclamó el rey altivamente––, ¿os hicistes cargo de los poderes que os entregué al nombraros lugarteniente general del reino?

––Sí, señor, después de la desastrosa batalla de San Lorenzo, después de la heroica defensa de San Quintín, cuando el señor de Nevers no tenía más que dos o trescientos caballeros a su lado, cuando París agitado huía por las derribadas puertas, cuando el rey desde la torre más alta del castillo de Compiègne observaba el camino de Picardía para ser el postrero en retirarse ante el enemigo, no como un monarca que debiera exponer su vida, sino como un general, un capitán o soldado que sostiene una retirada; entonces me llamasteis, señor, y me hicisteis lugarteniente general del reino. Mi derecho, era pues, salvar a Francia, perdida por el señor de Montmorency, y ¿qué hice, señor? Traje a Francia el ejército de Italia, salvé a Bourg, me apoderé de las llaves de Francia quitándoselas a la reina María con la reconquista de Calais, asimismo reconquisté a Guines, Ham y Thionville, sorprendí a Arlon, reparé el desastre de Gravelines, y después de un año de encarnizada lucha, reuní en el campamento de Compiègne un ejército dos veces más numeroso que cuando me encargué de mandarlo. ¿Estaba todo eso en mi derecho, señor?

––Sí, sí ––murmuró Enrique turbado.

––Pues bien, permítame V. M. decirle que no comprendo la pregunta que me ha hecho: ¿Os hicisteis cargo de los poderes que os otorgué al nombraros lugarteniente general?

––Quería deciros, señor duque, que con los poderes que un rey concede a su súbdito, raras veces le otorga el de censura.

––En primer lugar ––respondió el duque Francisco inclinándose con tan afectada cortesía que casi denotaba impertinencia, me atreveré a manifestar a V. M. que no tengo precisamente el honor de ser súbdito suyo. Después de la muerte del duque Alberto, el emperador Enrique III entregó el ducado de Alta Lorena a Gerardo de Alsacia, primer duque hereditario y tronco de nuestra casa. Yo heredé ese ducado de mi padre, quien lo recibió del suyo por la gracia de Dios, y como lo recibí de mi padre, lo legaré a mi hijo. Así lo hacéis vos con el reino de Francia, señor, desde el grande hasta el pequeño.

––¿Sabéis, primo ––repuso Enrique con ánimo de introducir la ironía en la discusión––, que lo que me estáis diciendo me inspira un temor?

––¿Cuál, señor? —interrogó el duque Francisco.

––Que Francia se halle algún día en guerra con Lorena.

El duque se mordió el labio.

––Señor ––dijo––, es más que improbable, sin embargo, si así fuese, y como duque soberano tuviera yo que defender mi territorio contra V. M., os juro que sólo en la brecha de mi última plaza fuerte firmara un tratado tan humillante y ruinoso como el que habéis consentido.

––¡Señor duque! prorrumpió el rey irguiendo la frente y levantando la voz.

––Señor ––contestó el de Guisa––, dejadme decir a V. M. lo que pienso y pensamos todos los que a la nobleza pertenecemos: la autoridad de un condestable es tal, según pretenden, que en caso de extremada necesidad puede empeñar la tercera parte del reino. Pues bien, sólo con hacerle salir de una prisión donde se aburre, el señor condestable os cuesta más de la tercera parte de vuestro reino, señor, sí, de vuestro reino, pues considero como de vuestro reino las conquistas hechas en el Piamonte, que costaron a la corona de Francia más de cuarenta millones de oro y a la patria más de cien mil de sus hijos. Como de vuestro reino considero los grandes parlamentos de Turín y Chambery que el difundo rey vuestro padre y señor, con bastantes otros Estados, instituyó a la francesa, y como de vuestro reino considero asimismo todas aquellas hermosas ciudades transalpinas, donde fijaron su residencia tantos súbditos vuestros, que poco a poco los moradores dejaban su italiano corrompido para hablar un francés tan correcto como el de Lyon o Tours...

––¡Y bien! ––interrogó Enrique bastante embarazado para contestar a tales razones––, ¿por quién habré hecho tal sacrificio? Por la hija de mi padre; por mi hermana Margarita.

––No, señor; habreislo hecho, sí, por su esposo el duque Manuel Filiberto, por vuestro mayor enemigo, por vuestro antagonista más acérrimo. Una vez casada, la princesa Margarita ya no es la hija del rey vuestro padre, ni vuestra hermana, sino la duquesa de Saboya; ¿y queréis que os diga lo que ocurrirá, señor? Tan pronto como el duque de Saboya pise su territorio, arrancará cuanto en él habéis plantado vos y el rey vuestro padre, de manera que toda la gloria adquirida por Francia en Italia durante veintiséis o treinta años se desvanecerá completamente, y perderéis para siempre la esperanza de reconquistar algún día el ducado de Milán. Y lo que más me atribula y entristece, es que esa ventaja la concedéis al lugarteniente general del rey Felipe, al representante de esa casa, de España, nuestra más acérrima enemiga. Por los Alpes, cuyos pasos posee el duque del Piamonte, reflexionadlo, señor, España está a las puertas de Lyon. De Lyon que con anterioridad a esta paz estaba en el centro de vuestro reino, y hoy se convierte en ciudad fronteriza.

––¡Oh! en este concepto ––replicó Enrique––, os alteráis sin razón, primo mío, pues por acuerdo tomado entre nosotros, el duque de Saboya pasa en realidad del servicio de España al nuestro. Y cuando muera el señor condestable, su espada pasará a poder del duque Manuel Filiberto.

––Y por eso ––replicó el de Guisa con amargura––, indudablemente por eso, se la tomó de antemano en San Quintín. Dispensad, señor ––prosiguió el duque Francisco a un ademán de impaciencia que el rey hizo––; hago mal, pues tales cuestiones deben tratarse con más formalidad. ¡Ah! ¡conque el duque Manuel Filiberto está designado para suceder al señor de Montmorency! ¡conque el príncipe de Saboya empuñará la espada flordelisada! Pues bien, señor, el día que se la concedáis, temed. Temed que use de ella como el conde de Saint––Pol, extranjero como el duque de Saboya, puesto que pertenecía a la casa de Luxemburgo. Luis onceno y el duque de Borgoña también ajustaron un día la paz, como deseáis ajustarla o acabáis de hacerlo con el rey de España. Una de las condiciones de aquella paz fue que el conde de Saint–Pol había de ser condestable, y apenas entró en posesión de su nuevo cargo, cuando favoreció por debajo de cuerda al duque de Borgoña, su primer amo, cometiendo desde entonces traiciones y más traiciones, según se puede ver en las *Memorias* de Commines.

––Pues ya que me citáis las *Memorias* de Felipe de Commines, de ellas me valdré para contestaros, ¿Cuál fue el resultado de todas las traiciones del conde de Saint–Pol? Que le decapitaron, ¿no es verdad? ¡Pues bien! oíd, primo: a la primera traición del duque Manuel, os juro, y soy yo quien os lo dice, que obraré con él como con el conde de Saint–Pol obró mi antecesor Luis XI. Más no llegará ese caso, Dios mediante, el duque Manuel Filiberto, lejos de olvidar lo que nos debe, siempre tendrá presente la posición en que le hemos puesto. Además, en el centro de sus posesiones conservamos el marquesado de Saluces como testimonio honroso para la corona de Francia, y a fin de que el duque de Saboya, sus hijos y toda su posteridad sepan que nuestros reyes han conquistado y poseído todo el Piamonte y la Saboya entera, pero que en favor de una hija de Francia, casada con uno de su familia, se les ha restituido o graciosamente concedido cuanto poseíamos aquende y allende los Alpes, para con esta grandísima liberalidad inspirarles más obediencia y cariño a la corona de Francia.

Seguidamente, como viese el rey que el duque de Guisa no daba muestras de apreciar en su valor la posesión del marquesado de Saluces que la corona de Francia se reservaba. –Por otra parte ––continuó––, si lo reflexionarais bien, señor duque, diríais como yo que el difunto rey mi padre y señor cometió un acto muy tiránico quitando al pobre príncipe, padre del actual duque de Saboya, lo que con tantos justos títulos poseía, pues no tenía para ello derecho alguno y no obró como buen cristiano al expulsar de tal modo a un hijo del ducado de su padre, usurpándole su legítima herencia, y aunque no tuviese yo otro motivo que purgar de ese pecado al alma de mi padre, quisiera restituir a Manuel Filiberto lo que le pertenece.

El duque se inclinó.

––¿Nada contestáis, señor de Guisa? preguntó Enrique.

––Sí, señor, puesto que la pasión del momento lleva a V. M. al extremo de acusar al rey vuestro padre de tirano, yo os digo que no tengo a Francisco I por un tirano, sino por un gran rey. Ya no debo dar cuenta de mis actos al rey Enrique II, sino al rey Francisco I, así como vos juzgáis a vuestro padre, señor, vuestro padre me juzgará, y como creo más verdadero el juicio de los muertos que el de los vivos, condenado por el vivo, la muerto apelo.

Acercándose entonces al bello retrato de Francisco I, obra del Tiziano, hoy una de los más importantes ornamentos del Louvre, y a la sazón el único de la estancia en que tenía lugar la precedente discusión, aunque únicamente fuese para probar al lector que el funesto tratado de Château––Cambrésis se firmó, no porque a ello precisara la punta de la espada española, sino porque así lo quisieron los ojos de una dama.

––¡Oh rey Francisco I! ––dijo––, tú que fuiste armado por Bayardo, y a quien denominaron rey caballero–– para darte un título en que se cifraran todas las honrosas calificaciones dadas a los reyes tus antecesores, tú fuiste en vida muy amigo de sitios y batallas y amaste mucho tu hermoso reino de Francia para no haber mirado desde el Cielo lo que en nuestra patria sucede. Tú sabes lo que he hecho y hacer deseaba, más me cierran el camino, ¡oh rey mío!, y prefieren una paz tal, que firmándola perdemos más de lo que perderíamos en treinta años de derrotas. Inútil es, por lo tanto, mi espada de lugarteniente general del reino, y como no quiero que digan que tal paz se ha consentido mientras el duque de Guisa la ceñía, yo, Francisco de Lorena, que jamás la he rendido, a ti la rindo, rey mío, a ti que fuiste el primero por quien la desnudé, y conoces lo que valía.

Dichas estas palabras, el duque de Guisa colgó como un trofeo su espada con el cinturón en el marco del retrato, hizo una reverencia y marchóse, dejando airado al rey, aterrado al cardenal y triunfante a Catalina. En efecto, la vengativa italiana únicamente veía en todo aquello un insulto inferido por el duque de Guisa a su rival Diana de Valentinois y a su enemigo el condestable.

XLVI
EL BUHONERO

Entre aquellos dos grupos de divergentes ambiciones que, so color de la dignidad real o de la grandeza de Francia, sólo pensaban en la prosperidad particular a costa de la ajena, figuraba otro grupo tan poético y artístico como amante de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno; formabanlo la joven princesa Isabel, hija de Enrique II, la viuda Farnesio, Diana de Angulema, duquesa de Castro, y los dos jóvenes esposos que hemos visto en la habitación de la señora de Valentinois, descollando entre todos la graciosa y plácida figura de Margarita de Francia, hija de Francisco I, a quien la paz terminaba de desposar con Manuel Filiberto.

Alrededor de aquellos encantadores rostros, cual mariposas en rededor de las flores, revoloteaban todos los poetas coetáneos, como Ronsard, Bel'lay, Dorat, y más grave que ellos, si bien no menos docto, el bt'en Amyot, traductor de Plutarco y preceptor del príncipe Carlos, con el canciller Hospital, secretario particular de madama Margarita.

Estos eran amigos íntimos de los príncipes, y a cualquier hora del día podían visitar a su protectora Margarita, especialmente después de comer, o sea de la una a las dos de la tarde.

La nueva de la paz, que cada vez corría más válida y cuyos preliminares estaban ya firmados, según se decía al pasar con sus grandes y nevadas alas, motivó sonrisas y lágrimas sobre la augusta pléyade que acabamos de presentar al lector. Por supuesto que en este reparto de tristezas y alegrías no entraron Mario Estuardo y Francisco; su suerte estaba ya fijada, y de ella ni uno ni otro se quejaba.

Tampoco se quejaba la bella viuda de Horacio Farnesio, pues como casaba con un gentil y noble caballero, de treinta a treinta y dos años, rico e ilustre, para ella el porvenir únicamente encerraba el misterio de la mayor o menor dicha que proporciona a los esposos la identidad de gustos o la contraposición de caracteres.

La princesa Margarita era la que había recibido más grandes mercedes de la próvida diosa llamada Paz. Ya recordará el lector la memoria que cuando su viaje a Niza había ella conservado de un príncipe de trece o catorce años, y después de dieciséis de ilusiones perdidas, de obstáculos e imposibilidades, he aquí que de repente verificabase el sueño de su corazón, la sombra tomaba cuerpo y la esperanza vaga se convertía en ventura verdadera. Como su enlace con el príncipe de Saboya, a la sazón uno de los primeros capitanes de su tiempo, era otra de las condiciones de aquella paz, Margarita hallábase contentísima.

¡Ay! no así la pobre Isabel de Francia, desposada al principio con el joven príncipe Carlos, que le mandó su retrato y había recibido el suyo. La inesperada muerte de María Tudor había destruido toda su dicha, pues viudo Felipe II de María y no siendo aceptado por Margarita, eligió a Isabel, y en las condiciones del tratado de paz bastó de la etiqueta española, de todas, la desgracia de dos o tres personas.

En vez de estas dos palabras: El *Príncipe Carlos* casará con la princesa Isabel de Francia, colocaron estas dos: El *rey Felipe*, etcétera.

Es de comprender, pues, el gravísimo disgusto que recibió esta princesa cuando, sin consultarla siquiera, le destinaron otro novio. A los quince años, en lugar de casarse con un príncipe de dieciséis, gallardo, caballeroso y apasionado, estaba condenada a unirse con un rey viejo prematuramente, sombrío y receloso, que la aprisionaría en las leyes de la etiqueta española, de todas la más severa.

Los diversos personajes que acabamos de enumerar estaban, según su costumbre, reunidos de la una a las dos de la tarde en la estancia de madama Margarita, pensando cada cual en su dicha o su desventura: Margarita, junto la entreabierta ventana, por donde penetraba un débil rayo de sol que parecía avivarse en el oro de sus cabellos; Isabel, sentada a sus pies y con la cabeza apoyada en su regazo; Diana de Castro, leyendo las poesías de Ronsard, recostada en un gran sillón, y María Estuardo, cantando, sentada a un clavicordio, una romanza italiana, a la cual acomodara una letra debida a su propio numen.

De pronto, Margarita, cuyos cerúleos ojos parecía que buscaban en el cielo un trecho de zafir que les recordara su patria, salió de la vaga abstracción en que se hallaba absorta, y dignándose bajar a la tierra sus miradas de diosa, prestó alguna atención a cierta escena que acontecía en un patio, el cual comunicaba por un portillo o poterna con aquella punta de tierra que a la sazón descendía en declive hasta el Sena, y que impropiamente denominaremos muelle, por no saber que otro nombre darle.

––¿Qué hay? ––interrogó Margarita con aquella voz encantadora que todos los poetas han celebrado, y que afectaba más dulzura aún cuando se dirigía a sus inferiores que cuando hablaba a sus iguales.

Desde abajo otra voz respondió algunas palabras, que ella oyó por estar entonces asomada a la ventana y pasaron inadvertidas para las otras cuatro personas tan diversamente ocupadas o preocupadas que en la estancia se hallaban.

Sin embargo, en tanto María Estuardo acababa de cantar la última nota de su romanza, miró a la princesa Margarita como para preguntarla el motivo del diálogo que desde la ventana entablara, y del cual sólo había escuchado algunas palabras pronunciadas por la misma princesa.

––Querida reina —dijo Margarita contestando a aquella muda interrogación—, pedid en mi nombre perdón al Delfín mi sobrino por la grave inconveniencia que acabo de cometer.

Hermosa tía ––exclamó Francisco antes de que María Estuardo pudiera abrir los labios––, ya sabemos que vuestras inconveniencias son siempre antojos de gran gusto, y por eso os son perdonados de antemano, suponiendo que en vuestra estancia tengamos el derecho de censura o de perdón.

––¿Qué habéis hecho, pues, madama? ––interrogó Diana de Castro quitando los ojos del libro con una languidez demostrativa de que estaba de igual modo absorta en sus recuerdos o esperanzas como en su lectura.

––He dado autorización a dos buhoneros italianos para que vengan a nuestra presencia. Decían que únicamente a nosotros querían enseñar los tesoros que encierran sus fardos. Según parece, el uno vende joyas y el otro telas.

––¡Oh! ––prorrumpió la reina María palmoteando como una niña–– ¡qué bien habéis hecho, tía! ¡Vienen tan bonitas joyas de Florencia y tan hermosas telas de Ve necia!

––¿Voy a buscar a la señora de Valentinois? ––interrogó Diana de Castro haciendo ademán de salir.

La princesa Margarita la detuvo, exclamando:

––¿No sería mejor, querida Diana, darle una sorpresa? Lo primero escogeríamos dos o tres objetos para mandárselos como regalo, suponiendo que esos mercaderes traigan tan buen surtido como pretenden, y después ordenaríamos que ellos mismos fueran a verla.

––Siempre tenéis razón, madama ––contestó Diana de Castro besando las manos de la princesa.

Dirigiose ésta a Isabel y díjole:

––Y tú, querida niña, ¿no te sonreirás un poco?

––¿Para qué? ––interrogó la tiema princesa fijando en Margarita sus bellos ojos arrasados en llanto.

––Aunque sólo fuera para complacer a las personas que te aman, hija mía.

––Sonriome al ver que aún me encuentro entre las personas que me aman y lloro al pensar que ha de llegar el momento de dejarlas.

––¡Buen ánimo, hermana! ––exclamó el Delfin Francisco. ¡Qué diantre! el rey Felipe lI no es tal vez tan terrible como dicen, además, tú te figuras que es viejo, cuando no pasa de los treinta y dos años, como Francisco de Montmorency, novio de Diana; y bien ves que Diana no se queja.

Prorrumpió Isabel un suspiro.

––No me quejara ––respondió de casarme con uno de los buhoneros que van a venir, y quéjome de casarme con el rey Felipe II.

––¡Bueno! ¡Bueno! ––dijo la reina María––, las bellas telas que van a enseñarnos te alegrarán los ojos, hermana querida, conque sécalos y verás mejor.

Y acercándose a Isabel, enjugóle primero los ojos con su pañuelo y después le besó la frente diciendo:

––¡Así! Ya oigo a los mercaderes.

Isabel procuró sonreírse, diciendo:

––Si entre todas sus telas hay una negra recamada de plata, os advierto que me la apropio para mi vestido de boda, ¿lo oís, hermanas?

Abrióse en este instante la puerta y vieron en la antecámara dos hombres vestidos de buhoneros, cada uno de los cuales conducía a cuestas una de esas grandes cajas en que los mercaderes ambulantes colocan sus mercancías y que ellos denominan fardos.

––Perdonad ––dijo el ujier dirigiéndose a la princesa Margarita––, pero quizá los de abajo han comprendido, mal.

––¿Porqué? ––preguntó madama.

––Dicen que habéis dado autorización a estos dos hombres para subir.

––Así es la verdad ––contestó Margarita.

––¿Pueden entrar, pues? ––Sí.

––Entrad, entrad —dijo el ujier a los buhoneros—, y no olvidéis dónde estáis.

––¡Oh! perded cuidado, buen hombre ––contestó el que parecía más joven, gallardo mozo de bigote y barba rubios––; no es ésta la primera vez que nos hallamos en presencia de *princhipes y princhechas.*

––¡Oigan! —exclamó el Delfín––, no hay para qué interrogar de dónde vienen.

En seguida añadió con voz queda y riendo:

––Tía Margarita, probablemente son embajadores disfrazados que vienen a ver si engañaron a su duque cuando le dijeron que erais la prin cesa más hermosa del mundo.

––En todo caso contestó Margarita—, son futuros súbditos míos, y no tendréis a mal que los trate como a tales.

Y dirigiéndose ––a ellos continuó:

––Venid, amigos, venid.

––*¿Qué haches ahí? ¿No oyes que esta hermosa dama* (bendígala Dios) *nos dicho que entremos?*

Y para dar ejemplo a su compañero, el rubio pasó adelante. Siguióle su camarada, de treinta y dos años, robusto, de barba y ojos negros, el cual conservaba un aire de singular distinción no obstante su tosco vestido de paño pardo.

Al verles, la princesa Margarita contuvo el grito que iba a escapársele, e hizo un ademán tan marcado, que el buhonero rubio lo advirtió.

––¿Qué tenéis, hermosa dama? preguntó colocando la caja en el suelo––, ¿habéis resbalado?

––No ––contestó sonriéndose Margarita—, al ver que a vuestro compañero le costaba trabajo descargarse la caja, hice ademán de ayudarle.

––¡*Vaya!* —exclamó el mismo interlocutor, que parecía haberse encargado de sostener él la conversación––; *esta chería la primera vez que las manos de una princhecha habrían tocado la caja de un pobre buhonero. Habéis de chaber que hache pocos días que el muchacho entró en el oficios y aún le falta maña, ¿no es chierto, Peppo?*

––¿Sois italiano, amigo? ––interrogó madama.

––*Sí, signora* ––contestó el buhonero pelinegro.

––¿Y venís?...

––De Venecia por Florencia, Milán y Turín. Como al llegar a París hemos sabido que iban a celebrarse grandes fiestas en la capital con motivo de la paz y del casamiento de dos altas princesas, mi comp añero y yo nos hemos dicho que si conseguíamos llegar hasta sus altezas haríamos un excelente negocio.

––*¡Cáspita! ya lo veis, cuando puede chapurrar el dialecto de chu país, lo hache tan bien tamo yo.*

––Hanme dicho —continuó el buhonero moreno––, que aquí hay dos o tres princesas que conocen el italiano como su idioma patrio.

Margarita se sonrió, al parecer, como si se complaciera sumamente en la conversación de aquel hombre, en cuya boca el dialecto piamontés o lenguaje vulgar se impregnaba de suma distinción y elegancia.

––Hay ––dijo––, mi sobrina María, que habla todos los idiomas, y particularmente el del Dante, del Petrarca y del Ariosto. Ven, María, ven, y pide a este buen hombre nuevas del bello país donde, como dice el cantor del Infierno, resuena el *sí*.

––*Y yo* ––interrogó el mercader rubio––, *¿no hallaré también alguna bella princhecha que hable chaboyano?*

––Yo ––contestó Margarita.

––*¿Vos habláis chaboyano? No, me engañáis.*

––Si no lo hablo —dijo madama––, deseo aprenderlo.

––¡Oh! tenéis razón, es una gran lengua.

––Vamos a ver ––dijo la reina María en e1 testano más puro que jamás se ha hablado de Pisa a Arezzo––, nos habéis prometido maravillas, y aunque princesas, somos mu jeres, no nos hagáis, pues, aguardar demasiado.

––¡Ya! ––exclamó el Delfín––, bien se ve que aún no conoces a todos esos charlatanes que vienen de allende los Alpes, a creerles, traen a cuestas las siete maravillas del mundo, pero cuando abren sus cajas, todo se reduce a sortijas de cristal de roca, diademas de filigrana y perlas, de Rema. Date prisa amigo, o harás mal negocio, pues cuanto más nos hagas aguardar, tanto más descontentadizos seremos.

––¿Qué dice el señor príncipe? ––interrogó el buhonero de la barba negra como si no hubiese entendido.

La princesa Margarita repitió en italiano las palabras de Francisco, suavizando las que podían ser algo desagradables para el mercader, a quien parecía haber tomado bajo su protección por ser piamontés.

––Espero ––contestó éste––, que se acerque aquella bella señorita que tan triste se muestra, he observado siempre que las piedras preciosas poseen la extraña virtud de enjugar los ojos hermosos, por más amargas que sean las lágrimas.

––Ya lo oís, querida Isabel ––dijo Margarita––; venid y seguid el ejemplo de vuestra hermana Diana, que al través de la tapa de la caja devora ya con la vista los objetos que encierra.

Levantóse Isabel lánguidamente y fue a apoyar en el hombro de su hermano Francisco su descolorida y lánguida cabeza.

––Ahora ––dijo el Delfín en tono zumbón––, preparaos a cerrar los ojos para que no os deslumbre lo que van a enseñaros.

Cual si sólo hubiese esperado esta invitación, el mercader pelinegro abrió su caja, y como le dijera el Delfín, por más habituadas que estuviesen a ver ricas joyas y preciosas pedrerías, las princesas retrocedieron deslumbradas, exhalando un grito de asombro y alegría.

XLVII
REGALOS DE BODA

En efecto, hubierase dicho que la mano de algún genio de la tierra terminaba de abrir delante de las princesas la puerta de una de las minas de Golconda o Visapur, tantos eran los diamantes, zafiros, esmeraldas, rubíes y perlas de todo tamaño y forma que la caja contenía.

Mirábanse asombradas las princesas, preguntándose con la vista si sus riquezas serían suficientes para pagar las joyas que un simple buhonero italiano les ofrecía.

––Y bien ––interrogó María Estuardo al Delfín––, ¿qué dices ahora, Francisco?

––Yo ––contestó el deslumbrado príncipe––, callo y admiro.

El mercader de la barba negra aparentó no darse por entendido, y como si hubiese adivinado lo que antes hablaran con respecto a la duquesa de Valentinois, cual si conociera el influjo que la hermosa Diana de Poitiers ejercía en el augusto cerro en cuyo centro se hallaba, dijo:

––Pensemos primero en los ausentes, es una atención que no puede molestar a los que están cerca, y la cual os agradecen los que están lejos.

E introduciendo el buhonero la mano en la maravillosa caja, sacó una especie de diadema que expuesta a la luz hizo prorrumpir un grito de sorpresa a los circunstantes.

––Ved aquí ––dijo el mercader––, una diadema muy sencilla, que no obstante su sencillez, gracias a la mano del ilustre artífice que la cinceló, me parece digna de la persona para quien se halla destinada. Ya lo veis, es una triple media luna labrada como un nudo de amor. En la abertura el gallardo pastor Endimión se encuentra durmiendo y la diosa Diana en su carro de nácar con diamantinas ruedas viene a visitarle. ¿No se llama Diana de Castro una de las esclarecidas princesas que tengo ante mí?

Olvidándose Diana de que aquél era un simple mercader ambulante, adelantóse tan apresurada y casi con tanta cortesía cual si tratara con un príncipe, tanto realza una obra artística, una joya preciosa, al que la posee.

––Soy yo, amigo —dijo.

––Pues bien, ilustrísima princesa —contestó el buhonero inclinándose––, he aquí una joya que Benvenuto Cellini cinceló por encargo del duque Cosme I de Florencia. Hallábame de paso en aquella ciudad, iban a vender la joya, y adquirirla con la esperanza de encontrar buen comprador en la corte de Francia, donde estaba seguro de encontrar dos Dianas en lugar de una. Decidme: ¿no sentará de perlas en la marmórea frente de la señora duquesa de Valentinois?

––¡Oh, madre! ¡querida madre mía! —dijo Diana de Castro alborozada–– ¡cuán contenta va a ponerse!

––Diana ––exclamó el Delfín––, dile que le regalan sus hijos Francisco y María.

––Ya que monseñor termina de pronunciar estos ínclitos nombres ––dijo el buhonero––, dígnese permitir que le enseñe lo que en mi humilde deseo de complacer a quienes los llevan tengo dispuesto para ofrecerles: mirad, monseñor, esto es un relicario de oro puro que perteneció al Papa León X, y que en lugar de reliquias comunes contiene un pedacito de verdadera cruz, el dibujo es debido a Miguel Ángel, y la fabricó Nicolás Braschi de Ferrar, el rubí engastado sobre el entalle destinado a recibir la sagrada hostia, trájolo de la India el famoso viajero Marco Polo. Esta riquísima joya, dispensad si me equivoco, monseñor, teníala dispuesta para ofrecerla a la joven y hermosa cuanto ilustre reina María Estuardo. Ella debía recordarla en el país de herejes, donde, un día debe reinar, que no hay más fe que la católica y vale más morir por esta fe como el Hombre––Dios de cuya preciosa cruz hay un pedazo en este relicario, que renegar de ella para ceñir la triple corona de Escocia, Irlanda e Inglaterra.

Había ya extendido María Estuardo las dos manos para recibir la magnífica presea, cuando Francisco la contuvo, exclamando:

––Cuidado, María, que ese relicario valdrá el rescate de un rey. Dibujóse una burlona sonrisa en los labios del mercader, cual si éste quisiera decir: No es caro el rescate de un rey cuando no se paga como hizo vuestro abuelo Francisco I. Pero se contuvo, diciendo:

––La adquirí al fiado monseñor, y como tengo completa confianza en el comprador, al fiado la venderé.

Y el relicario pasó de manos del mercader a las de la reina María Estuardo, quien fue a colocarlo sobre una mesa y arrodillóse delante, no para orar, sino para admirarlo más a su placer. Sombra de aquel gentilísimo cuerpo, iba Francisco a seguirla, cuando el buhonero le llamó, diciéndole:

––Dispensad, monseñor; aquí tenéis un objeto que compré para vos ¿me dispensaréis el obsequio de mirar esta arma?

––¡Admirable puñal! ––exclamó Francisco cogiendo la daga de manos del mercader, como Aquiles la espada de las de Ulises.

––¿No es cierto, monseñor, que es una maravillosa arma? Estaba destinada a Lorenzo de Médicis, príncipe pacífico a quien algunas veces intentaron asesinar, y que jamás mató a nadie. Lo cinceló Guirlandajo de Florencia, que tiene su tienda en el Ponte–Vecchio; y dicen que la cazoleta fue modelada por Miguel Ángel a la edad de quince años. Lorenzo murió antes de que el puñal hubiese sido terminado. Por espacio de sesenta y siete años fue propiedad de los descendientes de Guirlandajo, y necesitando dinero a mi paso por Florencia, por muy poca cosa me vendieron esta maravilla. Si os quedáis con ella, no ganaré más que los gastos de viaje, monseñor; tomadla, pues, con entera confianza, que un Delfín de Francia no se arruinará por tal bagatela.

Exhaló el príncipe una exclamación de alegría, desenvainó el puñal, y para asegurarse de que la hoja no era inferior al puño, puso una moneda de oro sobre la esculpida mesa de roble ante la cual se hallaba arrodillada María, y de una puñalada más recia de lo que prometía tan débil mano, atravesó de parte a parte la moneda.

––¡Oh! ––exclamó gozoso y enseñando la moneda, al través de la cual asomaba la punta de la hoja––, ¿hicierais vos lo mismo?

––Monseñor ––contestó con humildad el buhonero––, yo soy un pobre mercader ambulante, poco ejercitado en juegos de príncipes y capitanes; vendo puñales, pero no me sirvo de ellos.

––¡Oh! ––dijo el Delfin—, trazas tenéis amigo, de saber manejar en caso preciso la espada y la daga con tanta destreza como un caballero. Probad pues, lo que acabo de hacer, y si por torpeza rompéis la hoja, el perjuicio corre de mi cuenta.

––Si absolutamente lo queréis, lo probaré.

––Corriente ––dijo Francisco buscando en su faltriquera otro escudo de oro.

Pero el mercader había ya sacado y colocado sobre la mesa un doblón español tres veces más grueso que el escudo traspasado por el Delfín. Entonces, sin esfuerzo y como si dejara caer simplemente el brazo, traspasó con el puñal la moneda cual si hubiese sido de cartón, y con ella la mesa de roble, que tenía dos o tres pulgadas de espesor, habiéndolo además clavado en el centro mismo del doblón, sin discrepar un punto.

El buhonero dejó que el príncipe arrancara como le fuese posible el puñal de la mesa, y volvió a sus joyas.

––¿No tenéis alguna cosita para mí? ––interrogó la viuda de Horacio Farnesio.

––Dispensad, señora ––contestó el mercader––; aquí hay un brazalete árabe tan precioso como original. Fue tomado en Túnez del tesoro del harén, en el año 1535, cuando la conquistó el emperador Carlos V, de gloriosa memoria, lo he comprado a un viejo *condottiere* que siguió al emperador en aquella campaña, poniéndolo aparte para vos, y si no os agrada, podéis escoger otra cosa, pues a Dios Gracias, ya veis que aquí no faltan muchas y excelentes joyas.

En efecto, los asombrados ojos de la joven viuda pudieron hundirse como en un brillante abismo hasta el fondo de la caja del buhonero, pero como quiera que el brazalete era en verdad muy original y muy rico para no satisfacer los deseos de Diana de Castro, por más caprichosos que fuesen, la peregrina viuda tomó la joya y no dio muestras de pensar sino en una cosa, esto es: en si podría pagar tan magnífica adquisición.

Quedaban las princesas Isabel y Margarita. Aquélla aguardaba con la melancolía de la indiferencia, y ésta con la calma de la convicción.

––Señora —dijo entonces el mercader a la prometida del rey Felipe II—, aunque asimismo haya puesto aparte alguna cosa para presentarla a V. A., ¿os gustaría más escoger entre todas estas joyas? Parece vuestro corazón tan poco deseoso de estas ricas fruslerías, que temo no haber acertado con vuestro gusto y prefiero que escojáis vos misma.

––¿Qué? ––preguntó Isabel como saliendo de una profunda abstracción. ¿Qué me pedís? ¿Qué queréis?

Asiendo entonces Margarita de mano del buhonero un magnífico collar de perlas de cinco sartas, cuyo broche se componía de un solo diamante del grandor de una avellana y cuyo valor no bajaba de un millón:

––Deseamos, sobrinita ––contestó—, que te pruebes este collar para ver cómo sienta a tu garganta, o antes bien como tu garganta sienta al collar.

Y poniéndoselo, condújola hacia una luna de Venecia para que ella misma juzgara si las perlas realzaban su garganta o su garganta las perlas; pero ello, siempre abismada en su dolor, pasó de largo por delante del espejo y fue a sentarse junto a la ventana, en el lugar que ocupaba cuando entró el buhonero.

Siguióla Margarita tristemente con los ojos, y al volver la cabeza percibió que el mercader los tenía fijos en el mismo objeto que ella, con una expresión de tristeza no menos cierta.

––¡Ah! ––murmuró. Todas las perlas orientales no serían suficientes para serenar esa frente.

Volviendo en seguida al buhonero y como sacudiendo el velo de melancolía que sobre su semblante se extendiera:

––¿Seré yo la única ––interrogó de quien os hayáis olvidado?

––Madama ––respondió el mercader––, la casualidad o mi buena fortuna me hizo hallar por el camino al príncipe Manuel Filiberto. Como soy del Piamonte, y por consiguiente súbdito suyo, le comuniqué el objeto de mi viaje y la honra a que yo aspiraba de poder llegar hasta V. A., entonces, por si conseguía mi deseo, entregóme para ponerlo a vuestros pies este ceñidor que su padre Carlos III regaló a su madre Beatriz de Portugal el día de su casamiento. Ya lo veis, es una serpiente de oro esmaltada de azul, de cuya boca prende una cadena con cinco llaves de igual metal. Estas llaves son las de Turín, Chambery, Niza, Verceil y Villanueva de Ast. Tienen grabadas las armas de las antedichas ciudades, que son los cinco florones de

vuestra corona, y cada una de ellas es de un armario que en el palacio de Turín vos misma abriréis el día de vuestra llegada a palacio como duquesa soberana de Piamonte. Además de este ceñidor, ¿qué cosa digna de vos podía yo enseñaros, señora? Nada, a no ser tal vez alguna de las ricas telas que mi compañero va a tener el honor de presentaros.

Abrió entonces su caja el otro buhonero, y mostró a los asombrados ojos de las princesas una deslumbradora colección de aquellas magníficas bandas de Argel, Túnez o Esmirna, que parecen bordadas con rayos del sol de África o Turquía; una colección de aquellos preciosos brocados de oro y plata con que Pablo Veronese cubre los aristocráticos hombros de sus duxes y dogaresas y cuyos magníficos pliegues llegan rozagantes hasta el suelo, y por último, largas y escogidas piezas de raso, de aquellas que viajando de Oriente a Occidente, se detenían por un instante en Venecia para ir a ostentarse a los ojos de las hermosas damas de Amberes, Bruselas y Gante, suntuoso y triple parador de donde partían para llevar a Inglaterra, Francia y España una portentosa muestra de la paciencia índica y china, cuya aguja con los colores semejantes a los de la misma naturaleza había trazado en cada una de ellas todo un mundo de pájaros extraños, de flores ignoradas y quimeras imposibles.

Repartiéronse las princesas aquellos tesoros con la febril avidez que domina a la mujer, cualquiera que sea su condición, a la vista de las galas que en sus ideas de coquetería deben acrecentar las gracias de que la ha dotado la Naturaleza, y al cabo de un cuarto de hora el mercader rubio había conseguido tan buena venta de telas como el pelinegro de joyas y pedrerías.

Faltaba pagar las cuentas, y para saldarlas Diana de Castro pensaba recurrir a la duquesa de Valentinois, María Estuardo a sus tíos de Guisa, el Delfín a su padre Enrique II, y madama Margarita a sí misma. Respecto a la princesa Isabel, apenas sabía lo que pasaba, y si poco se había curado de la compra, menos se curaba del pago.

Sin embargo, cuando las bellas parroquianas se disponían, unas a echar mano de sus escarcelas, y otras a meterlas en bolsillos más provistos que los suyos, los dos mercaderes dijeron que por el momento no podían indicar el precio de las joyas y telas, puesto que a fin de no padecer error se veían precisados a examinar sus facturas de compra.

Por consiguiente, solicitaron a su ilustre clientela el permiso de volver al día siguiente a la misma hora, plazo que reunía la doble ventaja de dar tiempo igual a los vendedores para hacer sus cuentas, como a los compradores para procurarse dinero; y aceptada la propuesta que a todos convenía, los dos buhoneros echáronse a cuestas los fardos con más fuerza que maña, y el uno en saboyano y el otro en piamontés, con marcados saludos y ademanes agradecidos salieron de la regia estancia.

Es de advertir que un instante antes había desaparecido Margarita, y el piamontés buscó en balde con la vista a la princesa en el acto de cerrarse tras él la puerta del salón donde aconteciera la extraña escena que acabamos de referir; pero en la antecámara se le acercó un paje, que tocándole el hombro, indicóle con un ademán que dejara la carga y lo siguiera.

Obedeció el mercader, y habiendo llegado a un corredor con varias puertas, al ruido de sus pasos abrióse una por la cual se presentó la princesa Margarita, mientras que el paje desaparecía tras una colgadura. Gallardo vendedor de joyas ––dijo la princesa con encantadora sonrisa al asombrado mercader––, no extrañéis que os haya hecho venir aquí, pues temiendo que mañana no volvieseis, no he querido retardar el único pago digno de vos y de mí.

Y con la gracia perfecta que acompañaba todos sus movimientos, la princesa tendió la mano al buhonero, quien por su parte, con caballeresca cortesía, hincó la rodilla, y asiendo aquella alabastrina mano con la punta de los dedos, acercóla a sus labios con un suspiro que Margarita atribuyó a la emoción, cuando quizá expresaba un pesar.

––Señora ––dijo el mercader después de una ligera pausa y hablando en muy buen francés––, alta es la honra que de V. A. recibo, pero ¿sabe V. A. a quién la hace?

––Monseñor ––contestó Margarita––, hace diecisiete años que estuve en el castillo de Niza, y el duque Carlos de Saboya me presentó a su hijo como a mi futuro esposo, desde aquel día me he considerado la prometida del príncipe Manuel Filiberto, y teniendo confianza en Dios he esperado la hora en que pudiera la Providencia reunirnos. El Señor ha premiado la confianza que en él puse, haciéndome hoy la princesa más feliz y más satisfecha de la tierra.

Juzgando seguidamente que bastaba ya lo dicho, con una mano echó Margarita al cuello de Manuel Filiberto la cadena de oro guarnecida de pedrería que en el suyo antes tenía, y con la otra dejó luego caer la colgadura que la separaba del hombre con quien había trocado los regalos de boda.

Al día siguiente y consecutivos, en vano se esperó en el Louvre a los buhoneros, y como la princesa Margarita a nadie dijo lo que había ocurrido después de salir ella del salón, los que más se acercaban a la ver-

dad creyeron que los dos generosos repartidores de joyas y telas eran mensajeros del príncipe que habían traído sus regalos de boda, sin que llegaran a suponer que uno de ellos fuese el propio príncipe y el otro su fiel e inseparable Scianca—Ferro.

XLVIII
DISPOSICIONES DE UN TORNEO

El 5 de junio de 1559, una brillante cabalgata formada de diez clarines, un rey de armas, cuatro heraldos, ciento veinte pajes y treinta o cuarenta escuderos cerrando la marcha, salió del real palacio de las Tournelles, situado cerca de la Bastilla y de la calle de San Antonio, seguida de un numeroso gentío que nunca había visto tal magnificencia, e hizo alto en la plaza de las Casas Consistoriales.

Allí sonaron tres veces los clarines, a fin de que se abrieran las ventanas y se acercaran los que se hallaban distantes, y cuando la muchedumbre estuvo muy apiñada, cuando todos los ojos estuvieron fijos y todos los oídos prestaron atención, el rey de armas desarrolló un gran pergamino con el sello real y luego que los heraldos gritaron tres veces: *¡Silencio! Oíd lo que va a decirse,* empezó a leer el siguiente edicto:

DE ORDEN DEL REY

“Después que por una extensa, cruel y violenta guerra se han ejercitado las armas en distintas partes con derramamiento de sangre humana y otros perniciosos actos que la misma motiva, y que Dios, por su santa gracia, clemencia y bondad se ha dignado otorgar a la cristiandad entera, por tantas calamidades afligida, el sosiego de una paz buena y segura, es más que justo que cada cual se imponga el deber de bendecir y ensalzar con demostraciones de júbilo, placeres y regocijos, a un *Dios* tan grande que ha cambiado todas las enemistades y amarguras en dulzuras y amistades, con las estrechas uniones de consanguinidad que se verifican, mediante matrimonio, convenidas por los tratados de la antedicha paz a saber:”

“Del muy augusto, muy poderoso y muy magnánimo príncipe Felipe, rey Católico de las Españas, con la muy alta y excelentísima princesa Isabel, hija mayor del muy augusto, muy poderoso y muy magnánimo príncipe Enrique, segundo de este nombre, Cristianísimo rey de Francia, nuestro soberano señor”.

“Y asimismo del muy augusto y muy poderoso príncipe Manuel Filiberto, duque de Saboya, con la muy augusta y excelentísima princesa madama Margarita de Francia, duquesa de Berry, hermana única de dicho señor rey Cristianísimo, nuestro soberano rey”.

“El cual considerando que, gracias a las ocasiones que se ofrecen y presentan, las armas apartadas de toda crueldad y violencia pueden y deben ejercitarse con placer y utilidad por los que deseen probarse y ejercitarse en hechos y actos loables”

“Hace saber, por consiguiente, a todos los príncipes, señores, gentileshombres, caballeros y escuderos que sigan la carrera de las armas y quieran probar sus personas para excitar a los jóvenes a la virtud y encarecer las proezas de los diestros, que en la ciudad de París, el campo es abierto por su majestad Cristianísima y por los príncipes Alfonso de Este, duque de Ferrara, Francisco de Lorena, duque de Guisa, par y gran chambelán de Francia y Jaime de Saboya, duque de Nemours, todos caballeros de la orden, para ser sostenido contra cualquiera que se presente debidamente calificado, a contar desde el decimosexto día del actual mes de junio, y prosiguiendo hasta el cumplimiento y efectos de las empresas y artículos que siguen:”

“La primera empresa a caballo, en liza, con arma doble *(en double pièce),* será compuesta de cuatro botes de lanza, y uno para la dama. La segunda empresa con espada a caballo, uno a uno o dos a dos, según deseen los maestres del campo. La tercera empresa a pie, tres botes de pica y seis cuchilladas, y si alguno corriendo hiere al caballo en lugar de herir al jinete, será excluido del palenque y no volverá a entrar en él si el rey no lo permite”

“Y para atender a cuanto se ha dicho se nombrarán cuatro maestres de campo”

“Y el justador que más se distinguiere en sus botes obtendrá el premio, cuyo valor fijarán los jueces a su voluntad, asimismo quien lidiare mejor con la espada o con la pica obtendrá también el premio, a discreción de dichos jueces.”

“Los retadores, tanto nacionales como extranjeros, deberán golpear uno de los escudos colgados en la gradería, al extremo de la liza, según las empresas que desearen ejecutar y también golpearán varios de ellos a su selección, o todos si así lo quieren, y allí encontrarán un oficial de armas que les alistará según los escudos que hubieren golpeado.”

“Los retadores asimismo llevarán o mandarán por un gentil hombre al susodicho oficial su escudo para colgarlo en la gradería por espacio de tres días antes de empezar el torneo.”

"Si en dicho tiempo no envían sus escudos, no serán admitidos al torneo sin previo permiso de los mantenedores."

"Y en prueba de verdad, nos, Enrique, por la gracia de Dios rey de Francia, hemos firmado el presente escrito de nuestra mano."

"Enrique."

Leído el cartel, los cuatro heraldos gritaron tres veces:

––¡Viva el rey Enrique II, a quien otorgue el Señor muchos y gloriosos días!

En seguida toda la comitiva, rey de armas, heraldos, pajes y escuderos dieron igual grito, al que respondió una aclamación general de la muchedumbre, después de lo cual la cabalgata se puso nuevamente en marcha al son de los clarines, y cruzando el río subió a la Cité hasta el atrio de Nuestra Señora, donde parándose con el mismo ceremonial, repitió la lectura del mismo edicto, la que fue seguida de iguales vítores, aclamaciones y sonidos.

En fin, la cabalgata regresó a la ciudad, y atravesando la calle de San Honorato llegó a la plaza del Louvre, donde se publicó de nuevo el edicto, en medio de la misma gritería y de los bravos de la muchedumbre, la cual comprendía al parecer que aquel espectáculo sería el último de su género que le fuera dado contemplar.

De allí la comitiva volvió por los bulevares exteriores al palacio de las Tournelles, adonde el rey había trasladado a su corte desalojando el del Louvre para cederlo al duque de Alba, quien se dirigía a París con un séquito de trescientos gentileshombres, como representante del rey Felipe II en la ceremonia del enlace y en los festejos con que debía celebrarse.

En cuanto recibió el rey la noticia, ordenó que el condestable saliera a recibirle hasta que le encontrara.

Encontróle Montmorency en Noyon, y juntos se encaminaron a París. Llegados a San Dionisio, el condestable y el duque de Alba vieron venir al mariscal Vieilleville, superintendente general, mandado por el rey para cuidar de que se tratara espléndidamente a los españoles.

Dos horas más tarde (era una hermosa mañana del mes de mayo) la comitiva entraba en París, entrada magnífica, pues entre los príncipes, señores, gentileshombres, escuderos y pajes contábanse más de quinientos jinetes, que cruzaron todo París, desde la puerta de San Dionisio hasta la de los Sargentos. En seguida, según estaba ordenado, el señor de Vieilleville alojó al duque de Alba y principales señores españoles en el palacio del Louvre, y a los simples gentileshombres en la calle de San Honorato. Así es que cuando públicamente se leyó el edicto en la plaza del Louvre, había casi tantos españoles como franceses oyéndolo, resonando luego los bravos en los dos idiomas.

XLIX
NUEVAS DE ESCOCIA

El 20 de junio llegaba de Bruselas, por el mismo camino y entraba en París, por la misma puerta, otra cabalgata no menos magnífica que la del duque de Alba, a cuya cabeza marchaba Manuel Filiberto, futuro esposo de madama Margarita de Francia, duquesa de Berry.

Había hecho alto en Ecouen, donde se observó que el príncipe entraba con su paje en una casa que al parecer les aguardaba, pues su puerta se abrió tan pronto llegaron. Oculta bajo el espeso follaje de una arboleda, aquella casa se hallaba situada en las afueras y alzábase aislada a cien varas del camino.

Sin dar la escolta señales de inquietarse por la desaparición del príncipe, paróse al otro lado de la ciudad, y al cabo de dos horas presentóse el duque solo, con la triste sonrisa que se dibuja en los labios de quien acaba de hacer un gran sacrificio. Los señores de la comitiva observaron que no iba a su lado el paje que siempre le acompañaba.

––Ea, señores, adelante ––dijo Manuel––, que en París nos aguardan. El rey esperaba al príncipe al pie de la escalera de las Tournelles, asiendo de la mano a su hermana Margarita. Tras él y en la primera grada estaban la reina Catalina y sus cinco hijos, y en las otras gradas hallábanse las princesas, gentileshombres y damas de palacio. Manuel Filiberto detuvo su corcel a poca distancia de la escalera, y apeándose acercóse al monarca, cuya mano quiso besar y quien le abrió los brazos exclamando:

––Abrazadme, queridísimo hermano.

Presentóle seguidamente a madama Margarita, que llevaba un vestido de terciopelo encarnado con mangas acuchilladas de blanco, y por todo adorno el magnífico ceñidor esmaltado con las cinco llaves de oro que el buhonero le diera en el Louvre de parte de su novio.

Al acercarse Manuel, pareció que el color del traje subía a teñir las mejillas de la princesa. Tendióle ésta la mano, y lo que hiciera el buhonero en el Louvre, repitiólo el duque en las Tournelles, doblando la rodilla y besando aquella hermosa mano real. En seguida fue sucesivamente presentado por el rey a la reina y a los príncipes.

De pronto, cual, si nada hubiese de faltar en aquella reunión de caballeros y damas señalados de antemano por el destino, y como si la fatalidad le trajera, llegó por el bulevar un jinete corriendo a rienda suelta, quien al observar la brillante concurrencia que había a la puerta de las Tournelles, apeóse, y dejando la brida en manos de su escudero, aguardó que el rey le dirigiera la palabra.

Y tranquilo podía estar el jinete, pues había llegado muy rápidamente, había sabido detener el caballo con mucha destreza y echar pie a tierra con mucho donaire para que Enrique, jinete muy diestro, no reparase en él, así es que alzando la cabeza por encima de la muchedumbre que le circundaba:

––¡Ah! es Lorges, es Lorges ––exclamó el rey––, nuestro capitán de la Guardia Escocesa. Le habíamos mandado al auxilio de vuestra madre con tres mil hombres, querida María, y para que nada nos falte en este dichoso día nos trae nuevas de vuestro reino de Escocia. Ven acá, Montgomery ––continuó Enrique––, ven acá, y como vamos a tener grandes fiestas y regocijos, cuidado con los tizones, que no es bueno jugar con fuego, dice un refrán.

Aludía Enrique al percance de que fue autor Jaime de Montgomery, padre de Gabriel, cuando en el simulacro de sitio del palacio de San Pablo, que él defendía con el rey Francisco I, hirió a éste en la barba con un tizón ardiente, de donde procedió la moda que duró más de cien años de llevar barba larga y cabellos cortos.

Acercóse Montgomery a Enrique, sin sospechar que entre las fiestas que éste con tanto júbilo veía aproximarse, le aguardaba con respecto al hijo de Francisco I una desdicha mucho más grave que la de que su padre había sido causa tocante al padre de Enrique II. Traía de Escocia buenas noticias políticas y malas nuevas religiosas: Isabel de Inglaterra no molestaba a su vecina, y si bien reinaba tranquilidad en las fronteras, el interior de Escocia se hallaba ardiendo. El incendio era la Reforma, y el incendiario, John Knox.

L
EL TORNEO DE LA CALLE DE SAN ANTONIO

El 27 de junio de 1559, conmoviendo la campana de Nuestra Señora las antiguas torres de Felipe Augusto anunció la solemnidad del enlace del rey de España con la hija del rey de Francia. El duque de Alba, acompañado del príncipe de Orange y del conde de Egmont, representaba al rey Felipe II.

Al llegar al atrio de la iglesia metropolitana, la pobre Isabel sintió que le flaqueaban las piernas, y tuvo que encaminarse a la nave apoyada en el conde de Egmont y Guillermo de Orange, en dos hombres destinados por la fatalidad, el uno al cadalso del duque de Alba y el otro a la bala de Baltasar Gérard.

Mirábala Manuel con sonrisa simpática, –– cuyo significado sólo era comprensible para Scianca–Ferro; único conocedor de lo que el príncipe había dejado en Ecouen.

Terminada la ceremonia, volvieron al palacio de las Tournelles, donde les esperaba un gran banquete. El día pasó en conciertos, y llegada la noche, el duque de Saboya principió el baile con la joven reina de España, cuyo único consuelo consistía en la ausencia de su esposo, de quien estaba aún separada por algunos días. Jaime de Nemours danzó con la princesa Margarita, Francisco de Montmorency con Diana de Castro, y el Delfín, a quien debiéramos haber nombrado primeramente, con la reina María Estuardo.

Amigos y enemigos se hallaban momentáneamente juntos, estando dormidos, si no apagados, los hondos rencores que se profesaban; a bien que amigos y enemigos formaban dos grupos bien distintos.

El condestable con sus hijos, Coligny y Andelot con sus gentileshombres, Francisco de Guisa con sus hermanos el cardenal de Lorena, el duque de Aumale, el de Elbceuf…

No recordamos los nombres de estos seis hijos de un mismo padre. Los primeros contentos, triunfantes y alborozados; los otros tristes, graves y amenazadores.

Murmurabase que si al día siguiente se encontraba en el palenque algún Montmorency con algún Guisa, en vez de una justa habría un verdadero combate; más Enrique había tomado precauciones, prohibiendo a Coligny y Andelot que tocaran otros escudos que el suyo o los de Jaime de Nemours y Alfonso de Este, e imponiendo idéntica prohibición a Damville y Francisco de Montmorency.

Al principio los Guisa trataron de no asistir a las fiestas, y hasta el duque Francisco habló de la necesidad de un viaje a su principado; pero Catalina de Médicis y el cardenal de Lorena le disuadieron de su propósito, imprudente como todos los que proceden del despecho y del orgullo.

Habiase, pues, quedado, y los sucesos posteriores demostraron que había hecho bien.

Acabado el baile a media noche, el duque de Alba acompañó a Isabel a su cámara, y después de meter la pierna derecha en el tálamo, saludó y fuese. Estaban consumados los desposorios.

Al otro día despertose toda la corte a los sones de la música, a excepción del rey Enrique, que no había dormido, ansioso como estaba de tomar parte en las tan aguardadas justas: así es que, si bien el torneo no debía comenzar hasta después del almuerzo, el rey Enrique iba y venía sin dar tregua de la liza a las caballerías, examinando el campo y sus magníficos corceles entre los cuales estaban los diecinueve, que enjaezados, le había regalado Manuel Filiberto.

Llegada la hora de almorzar, los mantenedores y los jueces del campo comieron aparte, en una mesa redonda como conmemoración de la del rey Artus, y fueron servidos por las damas. Las cuatro sirvientas de los ilustres comensales eran la reina Catalina, la princesa Margarita, la joven reina y la duquesa de Valentinois. Después del almuerzo cada cual fue a su cuarto para vestirse.

A mediodía se abrieron las puertas, y en un momento los sitios de preferencia de las graderías fueron ocupados por las damas, los señores y los gentileshombres que por su categoría tenían derecho a concurrir a la fiesta, ocupándose también en seguida del balcón regio.

El primer día, la señora de Valentinois debía dar el premio, el cual era una riquísima cadena resplandeciente de rubíes, zafiros y esmeraldas, separadas por medias lunas de oro triplemente enlazadas. Ya conocemos que estas medias lunas eran las armas de la bella duquesa de Valentinois.

El segundo día el vencedor debía ser premiado por mano de Margarita. El premio consistía en una hacha de armas turca, primorosamente labrada, y entregada por Solimán al rey Francisco I.

El tercer día, el honor, estaba reservado a Catalina de Médicis, y el premio era una espada de puño y guardamano cincelados por Benvenuto Cellini.

A mediodía, desde un balcón frontero al de los príncipes y princesas, principiaron los acordes de la música: era llegada la hora de la justa, y los pajes entraron los primeros en la liza cual bandada de pájaros.

Entonces aparecieron en las cuatro puertas del torreón los cornetas de los cuatro mantenedores, y en los cuatro puntos cardinales sonaron sus instrumentos en señal de desafío. Respondió un clarín, y por la puerta de los retadores penetró un caballero calada la visera y con la lanza en el estribo: colgaba de su cuello el collar del Toisón de Oro, y en esta insignia reconocióse a Lamoral, conde de Egmont. Las plumas de su casco eran blancas y verdes, colores de Sabina, condesa palatina y duquesa de Baviera, con quien casara cinco años antes en Spira, ante el emperador Carlos V y el rey de Nápoles Felipe II, y a quien amó tiernamente hasta su muerte.

Adelantóse manejando el caballo con la gentileza que le granjeaba la reputación de uno de los más diestros jinetes del ejército español, así que, según decían, en este concepto no tenía rival.

Al penetrar en el palenque, saludó con la lanza y la cabeza a la reina y a las princesas, inclinando hasta el suelo el hierro de la lanza y hasta la cabeza del caballo la cimera del casco, y una vez golpeado con el asta de la lanza el escudo del rey Enrique II, entre los sonoros acordes de la música obligó al caballo a recorrer de espaldas la longitud del campo, yendo a colocarse danza en ristre al otro lado de la barrera.

Como la justa era cortés, siguiendo la costumbre se debía herir desde la garganta hasta la parte inferior del tronco, o según decían en aquella época,, entre los cuatro miembros.

En el instante en que Egmont enristraba la lanza, entró el rey armado y a caballo, y aunque Enrique no hubiese sido el rey no habrían sido menos generales las palmadas que a su aparición resonaron: era imposible estar mejor sentado sobre un caballo, mejor afirmado en los estribos y mostrarse más bizarro y elegante que el rey de Francia. Igual que el conde de Egmont, presentábase lanza en mano, y después de hacer caracolear al caballo para saludar a la reina y a las princesas, volvió la cara a su adversario y enristró la lanza.

Los escuderos abrieron al punto barreras, y viendo dos jueces del campo que los lidiadores estaban apercibidos, gritaron a una:

—¡Paso!

Arrojáronse los dos jinetes uno sobre otro, y ambos se dieron en mitad del pecho. El rey y el conde de Egmmont eran muy buenos jinetes para vaciar la silla, y no obstante, al terrible choque perdió el conde los estribos y su lanza se le escapó de la mano, en tanto la del rey volaba en tres o cuatro astillas dejándole en el puño un pedazo inútil.

Como espantados del choque y de la ruda sacudida, los dos caballos se pararon temblando y apoyados en sus piernas traseras.

Enrique tiró el trozo de lanza. Entonces, y entre los estrepitosos aplausos de dos espectadores, dos escuderos saltaron las barreras para devolver la lanza al conde de Egmont y para entregar al rey otra nueva. Los dos combatientes tomaron campo otra vez y enristraron la lanza. Sonaron nuevamente las trompetas, abriéronse las barreras y los jueces volvieron a gritar:

––¡Paso!

Esta vez se rompieron las dos lanzas: doblóse Enrique hasta el lomo del caballo, cual un árbol encorvado por el viento, y perdió Egmont los estribos, teniendo. que cogerse al arzón de la silla. Alzóse el rey, soltó el conde el arzón y los dos jinetes, que al parecer habían sido arrancados de cuajo de aquel fuerte choque, volvieron a verse derechos y firmes en los estribos. Las lanzas habían volado en torno hechas astillas, y dejando que los escuderos recogieran sus pedazos, los justadores tornaron a situarse detrás de su respectiva barrera.

Diéronse allí otras lanzas más fuertes que las anteriores. Caballos y jinetes parecían competir unos con otros con impaciencia; los nobles corceles relinchaban espumeantes, cierto indicio de que más aguijados por la carrera y la música que por las espuelas, ardían asimismo en deseos de lanzarse al combate.

Sonaron los armoniosos acordes de la música: los espectadores prorrumpían en alegre vocerío y palmoteaban como cuando cien años más tarde presentóse en un retrato el rey Luis XIV desempeñando el papel del Sal en el baile de las "Cuatro Estaciones"; de suerte que entre los ruidosos bravos apenas se oyó el grito de ¡paso!

El choque fue esta vez mucho más tremendo que los anteriores; a Enrique se le fue un pie del estribo al impetuoso bote del conde de Egmont, cuya danza saltó en pedazos, en tanto la del rey quedó entera. Tan recio fue el golpe, que el caballo del conde corveteó, y habiéndose roto la cincha por la violencia del choque, escurrióse por el lomo del caballo, en términos que con extrañeza de todos el jinete se halló apeado sin moverse de la silla, y como cayó de pie, su inevitable caída sirvió para demostrar la destreza y pericia del gentil jinete. Sin embargo, esto no obstó para que el conde, saludando a Enrique, se diese por vencido, poniéndose cortésmente a la discreción de su vencedor.

––Conde ––exclamó el monarca––, sois prisionero de la duquesa de Valentinois; id, pues, y poneos a su discreción, que ella decidirá de vuestra suerte.

––Señor ––contestó el conde––, si yo hubiese llegado a adivinar que me esperaba tan agradable esclavitud, hubiérame dejado prender la primera vez que combatí contra V. M.

––Y así hubiera yo economizado muchos hombres y dinero, señor conde ––repuso el rey no queriendo ceder en cortesía––, pues habríaisme ahorrado las derrotas de San Lorenzo y de Gravelines.

Retiróse el conde, y a los cinco minutos ascendía al balcón para arrodillarse a los pies de la duquesa de Valentinois, quien le maniató con un precioso collar de perlas, en tanto el rey, que ya había desempeñado su cometido, descansaba dejando el puesto al duque de Guisa, segundo mantenedor.

Éste justó con el conde de Horn, sin que en los tres botes se observara mucha desventaja por parte del general flamenco, a pesar de que contendía con un hombre que decían ser uno de los primeros justadores de la época. Al tercer bote, con la misma cortesía que el conde de Egmont declaróse vencido.

Tocóle después a Jaime Nemours, quien justó con el español don Francisco Rigones; al primer bote perdió éste un estribo, al segundo cayó de espaldas sobre la grupa del caballo, y al tercero fue desmontado.

El duque de Ferrara justó con Andelot, y si bien la suerte se mostrara casi tan propicia a uno como a otro, el fuerte defensor de San Quintín se retiró diciendo que prefería un combate verdadero con espada contra un enemigo de Francia, a todos aquellos juegos que le parecían un tanto paganos para un hombre como él, convertido desde hacía un año escaso a la religión reformada. Por consiguiente manifestó que su hermano Coligny ocuparía su lugar si así le acomodaba; pero que respecto a él, no correría más. Y como Andelot era hombre rígido, mantúvose firme en su propósito.

El primer día concluyó con una justa de los cuatro mantenedores contra cuatro retadores, siendo estos últimos Danville contra el rey, Montgomery contra el duque de Guisa, el de Brunswick contra Jaime de Nemours, y el conde de Mansfeld contra Alonso de Este. Aparte el rey que, ya por su verdadera fuerza, ya por cortesía de su adversario, obtuvo sobre Danville notable ventaja, las fuerzas se equilibraron.

Enrique estaba muy alegre: verdad es que no oía lo que en torno se susurraba, lo cual no es muy extraño, porque los reyes pocas veces oyen la verdad, aunque se diga a voces; murmurábase en efecto que el condestable era muy buen cortesano para no haber enseñado a su hijo mayor la cortesía con que con viene tratar a un rey, aunque sea lanza en mano.

LI
EL CARTEL

Tantos eran los deseos del rey Enrique de proseguir las justas, que al día siguiente comió una hora antes que de costumbre para entrar en liza a las doce en punto.

Cuando la música anuncio la triple entrada de los pajes, escuderos y jueces del campo, salía de las caballerizas del palacio de las Tournelles un jinete que con un sombrero de anchas alas muy inclinado hacia los ojos y una gran capa parda a pesar del calor que hacía, cabalgaba sobre un corcel árabe, cuya ligereza pudo apreciarse en cuanto hubo hendido el triple círculo del gentío que atestaba las inmediaciones del palacio donde se verificaban las justas.

Efectivamente, llegado a la esquina de los Mínimos tomó un rápido trote que, convirtiéndose en galope junto a la Cordelería de los *EnfantsRouges,* condújole en una hora de París a Ecouen.

Pasó a escape esta última ciudad, y no hizo alto hasta la puerta de la solitaria casita cobijada por elevados y frondosos árboles, en la cual nos detuvimos con Manuel Filiberto durante su viaje a París. Algunas acémilas cargadas de equipajes, y un caballo ensillado que en el patio piafaba, denotaban los preparativos de una partida.

Después de notar el duque de Saboya todos aquellos preparativos, y de atar el caballo a una argolla, subió la escalera del primer piso, entrando precipitado en una habitación donde una joven sentada y distraída acaba de abrocharse un traje de camino, obscuro y sencillísimo. Al presentarse el príncipe alzó ella la cabeza, prorrumpió un grito, y cediendo al impulso de su corazón corrió o recibirle.

Abrazóle Manuel en sus brazos, y en tono de reconvención le dijo:

––¿Es eso lo que me prometiste Leona?

Trémulos los labios y cerrados los ojos, la joven sólo pudo proferir el nombre de Manuel. Sin soltarla el príncipe de sus brazos, dirigióse a un canapé, y dejándola en el suelo, sentóse y apoyó la cabeza de Leona en su rodilla.

––¡Manuel, Manuel! ––siguió murmurando la joven, sin fuerzas para pronunciar otra cosa que este querido nombre.

Contemplóla gran rato Manuel Filiberto con indecible expresión de ternura, y cuando observó que abría los ojos, dijo:

––Buena suerte ha sido, a no engañarme, que ciertas palabras de tu carta de ayer hayan descubierto tu designio, y que un sueño doloroso en el cual te veía llorando y con el velo de religiosa me haya revelado tu proyecto. A no ser así, partías, y yo no hubiera vuelto a verte hasta mi vuelta al Piamonte.

––O más bien, Manuel —susurró Leona con apagado acento––, o más bien no hubieras vuelto a verme.

Estremecióse el príncipe mudándosele el color, y si la palidez de sus mejillas pasó inadvertida para la joven, no así el estremecimiento de su cuerpo.

––No, no ––exclamó ––, me engañaba… ¡Perdón, ¡Perdón, Manuel, ¡perdón!

––Acuérdate de lo que me prometiste, Leona ––dijo Manuel con igual gravedad que si hubiese recordado un compromiso de honor a un amigo. En las Casas Consistoriales de Bruselas, con la mano sobre una santa imagen, en tanto tu hermano, ese hombre a quien habíamos salvado la vida y que sin saberlo labra nuestra desdicha; mientras tu hermano esperaba a la puerta la contestación favorable que en tu angelical abnegación me suplicabas le diera, tú prometiste Leona, tú juraste ser siempre mía, vivir a mi lado hasta la víspera de mi enlace, y después, hasta que la muerte de uno de ambos relevara al otro de su juramento, reunirnos el 17 de noviembre de cada año en la casita de la aldea de Oleggio, adonde te conduje niña y moribunda junto con tu difunta madre. Con frecuencia me has dicho: Me salvaste la vida, Manuel; tuya es, dispón de ella a tu albedrío. Ahora bien: ya que tu vida me pertenece, ya que lo repetiste ante la sagrada imagen del Redentor, enlázala con la mía por todo el tiempo posible, y para cumplir religiosamente la promesa sin la cual sobrado lo sabes, Leona todo lo hubiera yo despreciado, y sin la cual aún estoy pronto a despreciarlo todo, lleva al último extremo la abnegación, suprema virtud de la mujer amante, virtud que la ensalza sobre los ángeles, puesto que para ejercerla no necesitan ellos dominar las pasiones terrenas, inherentes a nuestra mísera condición humana.

––¡Oh Manuel, Manuel! ––replicó Leona que al parecer volvía a la vida y a la felicidad bajo las miradas y la voz de su amante; no es que me falte abnegación... sino...

Manuel Filiberto fijaba en aquella hermosa cabeza sus ojos interrogadores.

––¿Qué?... —preguntó.

––¡Ay de mi! ––dijo Leona––, los celos me matan... ¡Oh! ¡te amo tanto, tanto, Manuel mío!

Y los labios de los dos amantes exhalaron un doble grito de felicidad.

––¿Celosa? ––interrogó el duque. ¡Tu celosa! ¿Y de quién?...

––¡Oh! ya no lo estoy –––exclamó la joven––, no, un amor como el nuestro es eterno, ahora he sentido que ni aún la muerte podrá quebrantarlo, y será mi recompensa en el Cielo.

––Tienes razón, Leona —repuso el príncipe con acento tan tierno como persuasivo—; Dios ha hecho una excepción conmigo imponiéndome la pesada carga de una corona y dándome la invisible mano de un ángel

para sostenerla en mis sienes. Oye, Leona, lo que sucederá entre nosotros ningún punto de semejanza tendrá con lo que pasa entre los otros amantes: viviremos siempre uno para otro, siempre uno con otro, por la unión indisoluble del corazón que no teme el tiempo ni la reparación, excepto la presencia real, excepto la vista de cada hora y de cada instante, nuestra vida será la misma. Bien sé que esa es la vida del invierno, sin flores, sin frutos, sin sol, pero al fin no deja de ser vida; la tierra siente que no ha muerto, y nosotros sentiremos que nos amamos.

––¡Manuel, Manuel! ––murmuró Leona––, ¡oh! a tu vez me animas y consuelas.

––Bajemos ahora a la tierra, adorada Leona, y dime de quién estabas celosa.

––Desde que te dejé, no te he visto sino dos veces, y la distancia que nos separa es de cuatro leguas nada más.

––Gracias, Leona; pero ya sabes que todo son fiestas en el palacio de las Tournelles; y si bien son bien tristes para el corazón de la pobre Isabel y el mío, nos es forzoso presenciarlas, y el rey me manda llamar a cada instante.

––Pues no comprendo que en medio de las justas, a las que como juez has de asistir, lo hayas abandonado todo para venir a verme.

Manuel se sonrió.

––Cierto es que debo asistir a las justas; pero puedo hacerlo con la visera calada. Supón que un hombre de mi estatura se ponga mi coraza, monte mi corcel y desempeñe mi cargo de juez del campo.

––¡Ah! comprendo ––exclamó la joven––. ¡Buen Scianca–Ferro! ¡Manuel amado!

––Entonces yo, inquieto, atormentado por tu carta y por el sueño que he tenido, vengo a ver a mi Leona para ver que me ratifique el juramento que estaba cerca de olvidar, vigorizo mi corazón en el suyo, mi alma en su alma, y nos separamos, fuertes como aquel gigante a quien era suficiente tocar la tierra para recobrar su pujanza.

Y los labios del príncipe tocaron los de Leona, envolviéndolos aquella nube que escondía a Marte y Venus a los ojos de los demás dioses.

Dejémosle apurar el dorado cáliz de sus últimas horas de ventura, y veamos lo que entretanto acontecía en el palenque del palacio de las Tournelles.

En el instante en que Manuel Filiberto se alejaba rápidamente del palacio y que Scianca–Ferro vistiera su armadura para desempeñar su oficio, un escudero desconocido llamaba a la puerta de la regia morada interrogando por el duque de Saboya, a quien deseaba hablar en persona, y como el príncipe no tenía secretos para su fiel amigo, púsose Scianca–Ferro el casco, y colocándose en el sitio más obscuro de la estancia:

––Adelante ––exclamó.

––Presentóse a la puerta el escudero, vestido de color prieto, sin blasón ni divisa por la que se le pudiera conocer.

––¿Tengo el honor de hablar a su alteza el príncipe Manuel Filiberto?

––Ya lo veis ––exclamó Scianca––Ferro, eludiendo con estas dos palabras una contestación positiva.

––Aquí traigo una carta de mi amo, que aguarda un consentimiento o una denegación.

Tomó Scianca––Ferro el papel y leyó 1o que sigue:

“Un hombre que ha jurado la muerte del príncipe Filiberto le propone un combate en la justa de hoy, un desafío a muerte, con lanza, espada, hacha, maza o daga, renunciando de antemano a toda misericordia de su parte, si es vencido, de igual modo el príncipe debe renunciar a toda misericordia de parte del proponente, si éste queda vencedor.”

“Capitán valiente llaman al príncipe Manuel Filiberto; si es digno de esta fama, aceptará el combate propuesto, encargándose de obtener para el vencedor la competente garantía del rey Enrique II.”

“UN ENEMIGO MORTAL.”

Leyó Scianca-Ferro la carta sin denotar la menor alteración, y volviéndose al escudero respondió:

––Decid a vuestro amo que se hará lo que desea, y que tan presto como el rey haya justado, se sirva presentarse en la liza y tocar con la punta de la lanza el escudo del príncipe Manuel, el cual se halla a la derecha del torreón en el cuadrilátero, junto al del condestable y frente al señor de Vieilleville. Doy mi palabra de que, vencido o vencedor, el rey le concede toda garantía.

––Mi amo ha enviado un cartel escrito, y desea una garantía escrita ––repuso, el escudero.

En este momento pareció también el señor de Vieilleville, quien venía a interrogar si Manuel Filiberto estaba pronto. Caló Scianca—Ferro la visera, y acercándose al gran chambelán, díjole:

––Señor de Vieilleville, hacedme el favor de ir en mi nombre a rogar a S. M. que escriba la palabra *concedido* al pie de esta carta; suplico al rey que me conceda esta gracia, pues importa mucha a la limpieza de mi honra.

Scianca-Ferro estaba enteramente vestido con la armadura del duque, y su visera calada impedía que se vieran sus ojos azules, su barba y cabellos rubios. Inclinóse, pues, el señor de Vieilleville delante del que suponía era el príncipe, y como se acercaba la hora de la justa, apresuróse a cumplir el encargo, regresando a los cinco minutos con la carta, al pie de la cual estaba escrita la palabra *cohcedido,* con la firma del rey.

Sin añadir Scianca––Ferro una palabra, entregó el salvoconducto al escudero, quien saludó con una reverencia y marchose.

No se hizo aguardar el supuesto príncipe; después de entrar en su habitación para tomar la espada y la maza, ordenó al armero que aguzara tres lanzas, y fue a ocupar el lugar del príncipe enfrente de la barrera.

Dada la señal por los clarines, los heraldos anunciaron que estaba abierta la liza, y empezó la justa. Primero corrió el rey, rompiendo una lanza contra el duque de Brunswick, otra contra el conde de Horn y otra contra el de Mansfeld; y después corrieron sucesivamente los duques de Guisa, de Nemours y de Ferrara.

Todas esas justas fueron prodigios de habilidad y fuerza.

Por otra parte, era evidente que la ilustre concurrencia estaba aguardando algún gran suceso, el combate autorizado por el monarca; sin decir quién era el mantenedor, Enrique había hablado de la liza.

Nadie ignoraba pues que, según toda probabilidad, no se pondría aquel día el sol sin que la sangre enrojeciera la arena dispuesta para una fiesta. Estremecíanse las damas a la idea de un combate a muerte, y sin embargo, quizá con más impaciencia que los hombres, guardaban aquel momento de supremas emociones.

Lo que más avivaba la curiosidad, era que se desconocía cuál era el mantenedor o juez del campo retado. Añádase a eso que el rey había dejado en duda otra cosa, esto es, si el combate se verficaría en el segundo o tercer día, aquel mismo día o al siguiente. Y como habían ya justado los cuatro mantenedores sin que acaeciera lo que con tanta ansiedad esperaban, todos comenzaron a creer que si la nueva era cierta, el combate estaba fijado para el siguiente día.

Después de la justa del duque de Ferrara debía efectuarse la justa general, como la víspera, y dada la oportuna señal por los clarines, en lugar de responder a un tiempo las cuatro cornetas de los cuatro retadores, escuchóse el toque de un clarín, agudo y amenazador. Estremeciéronse los espectadores, levantándose de las graderías un sordo susurro de esperanza satisfecha y de temor expresado, en tanto las cabezas ondulaban como un campo de mieses al soplo del viento.

En aquella numerosa reunión únicamente dos personas sabían por quién sonaba aquel clarín: Enrique II y Scianca—Ferro, que así para el rey como para todos los otros no era otro que Manuel Filiberto. Asomóse el monarca en el torreón para ver si el duque se hallaba en su puesto, y comprendiendo Scianca–Ferro su intención, inclinóse ligeramente sobre el caballo.

––¡Animo, hermano! ––exclamó Enrique.

Sonrióse bajo la visera el escudero del príncipe Manuel, como si hubieran podido verle, e irguió la cabeza, sacudiendo las plumas de la cimera. Volviéronse en este instante todos los ojos al torreón de los retadores, por donde penetraba en el palenque un caballero armado de punta en blanco.

LII
DESAFÍO A MUERTE

Aquel caballero apoyaba en el estribo una lanza de aguda punta, y de los arzones colgaban una espada. y una hacha. Tras él venía su escudero con otras dos lanzas semejantes a la de su amo. Las plumas del casco del jinete, así como el caballo y el caparazón, eran negras, despidiendo un siniestro brillo el filo de su hacha y la acerada punta de su lanza. No había en su escudo ninguna divisa ni en su tarja ningún blasón que dejara adivinar a qué nación y clase pertenecía; a bien que una cadena de oro al cuello y sus espuelas de lo mismo denotaban que era caballero.

A la vista del sombrío jinete que semejaba un enviado de la muerte, si no la muerte misma, estremeciéronse todos los concurrentes, excepto uno tal vez. Avanzó pausadamente el negro jinete hasta los dos tercios del campo, saludó a las dos reinas y a las princesas, y haciendo andar de espaldas al caballo, fue a situarse al otro lado de la barrera.

Llamó entonces a su escudero, quien dejó en el suelo las dos lanzas que tenía por si se quebraba la primera, y habiendo tomado la que tenía su amo, fuese al torreón del duque Manuel Filiberto para tocar con la punta de la lanza el escudo de Saboya, alrededor de cuyo blasón se leía la divisa del duque: *Spoliatis arma supersunt.*

El hierro despidió un sonido lúgubre al chocar con el hierro.

––Manuel Filiberto, duque de Sabeya, delante del rey de Francia, delante de los príncipes, señores, gentileshombres y barones aquí presentes; delante de las reinas, princesas y nobles damas que nos ven y oyen, mi amo te reta a mortal combate, sin misericordia ni gracia, tomando a Dios por testigo de la justicia de su causa y a cuantos hay aquí presentes por jueces de su comportamiento, ¡Dios y la victoria por quien tenga razón!

Un débil grito contestó a esas palabras, escapado de los descoloridos labios de madama Margarita, próxima a desmayarse. Reinó después un profundo silencio durante el cual no se oyeron más que las siguientes palabras, proferidas por el personaje que todos creían era Manuel Filiberto:

––Está bien. Di a tu amo que acepto la lucha tal como la propone, con Dios por juez, y con el rey, los príncipes, señores, gentileshombres, barones, reinas, princesas y nobles damas aquí presentes por testigos; y que renuncio a su misericordia como él a la mía. Y ahora decida Dios de qué parte se halla la razón.

Luego, con voz tranquila como si pidiera su vara de juez de campo:

––Mi lanza––exclamó.

Presentóle un escudero tres lanzas de aguda y brillante punta, y asiendo Scianca––Ferro la primera que a mano le vino, picó espuelas y saltó de la barrera al palenque, en tanto entraba en la liza un jinete armado que fue a ocupar el puesto que aquél abandonaba. Era el rey en persona que quería conceder a los dos adversarios la honra de ser su juez de campo.

Después que el jinete negro hubo pronunciado su reto y la respuesta dada, habíase establecido un gran silencio, salvo algunas palmadas que saludaron la ligereza y habilidad con que el jinete había hecho saltar la barrera al caballo, palmadas que cesaron casi al instante, como calla por sí misma en una iglesia o en una bóveda sepulcral la voz que después de sonar recia advierte la santidad del lugar o la solemnidad de la situación.

Mientras, los dos contrarios se medían con la vista a través de la calada visera y enristraban la lanza. Los escuderos levantaron entonces las barreras y el rey gritó:

––¡Paso!

A la cuenta, los otros tres jueces le habían otorgado ese derecho, como si fuera de la exclusiva incumbencia de un rey el dar la señal de un combate donde puede morir un hombre.

No bien se oyó el grito de ¡paso! cuando los adversarios se lanzaron al encuentro, arremetiéndose en medio del palenque. El jinete negro había dirigido la lanza a la visera de su contrario, y éste al pecho del otro. Hasta transcurridos algunos segundos no pudo juzgarse el resultado del encuentro, y entonces se observó que el caballero negro había arrebatado la corona ducal del casco de Manuel Filiberto, entre tanto la lanza del que lidiaba con el nombre y armadura del duque se había roto en tres pedazos. Tan fuerte había sido el choque, que el caballero negro, derribado sobre el caballo, había perdido un estribo, pero luego se enderezó en la silla, y dando ambos combatientes media vuelta, volvieron cada cual a su punto de partida.

El escudero de Scianca-Ferro le dio otra lanza, y el caballero negro tomó asimismo otra por haberse embotado la suya en la cimera del duque.

Ningún grito, ningún aplauso, ningún bravo saludó aquel encuentro; comprendíase que los espectadores eran presa de un verdadero terror.

Efectivamente, a juzgar por la impetuosidad y saña con que los dos adversarios se habían acometido, comprendíase muy bien que aquella vez se verificaba un verdadero combate, y como lo había dicho el caballero negro, un duelo a muerte, sin gracia ni misericordia.

Enristradas ya las lanzas y piafando los briosos caballos, el rey pronunció por segunda vez la palabra ¡paso! y acometiéndose con furor ambos contendientes, oyóse como el estallido de un trueno. Dobláronse a los caballos los corvejones traseros, rompieronse las dos lanzas, y mientras que la coraza del duque sólo conservaba la señal del hierro del caballero negro, el trozo de la lanza de Scianca––Ferro se clavaba en la coraza de su adversario.

Por un instante pudo creerse que el jinete negro tenía atravesado el pecho como la coraza, pero no era así, el hierro se había enredado en las mallas de la gola.

Cogió el caballero negro con ambas manos el pedazo de lanza para arrancarlo, y habiendo sido inútil el triple esfuerzo que hizo, hubo de apelar a su escudero, quien lo consiguió en dos tirones.

Aunque los encuentres no hubiesen sido decisivos, comprendiase que, si ventaja había, llevábala el duque de Saboya.

Las reinas empezaban a tranquilizarse. Aquella terrible lucha las fascinaba mal de su grado, siendo madama Margarita la única que a cada acometida desviaba los ojos para no fijarlos en el combate hasta que las princesas y el Delfín le decían:

––Mira, mira.

El rey no cabía en sí de alegría porque asistía a un verdadero combate, sin pensar apenas que toda probabilidad es insegura y su hermana podía enviudar antes de ser duquesa. No parecía sino que se hallaba seguro de su victoria, según el tono en que gritaba: ¡Ánimo, hermano! ¡Victoria al escudo de gules y a la cruz de plata!

En el entretanto, cada adversario tomaba la tercera lanza, apercibiéronse para otra embestida, y no bien la enristraron cuando el monarca repitió por tercera vez:

––¡Paso!

Cayó entonces el caballo negro paladín, y Scianca–Ferro, que hubo de cogerse a las arzones por haber perdido ambos estribos, con admirable destreza decolgó la maza, desnudando al mismo tiempo la espada. No parecía sino que aquel movimiento sólo se había efectuado para trocar las armas.

Por su parte el caballero negro apenas tocó el suelo, pues de un salto se puso en pie junto al caído caballo, y con la misma destreza que su competidor, desenvainó su acero, empuñando a la par su hacha.

Retrocedieron ambos combatientes un paso para colgarse el hacha del cinto a fin de tenerla al alcance de la mano como una reserva suprema, y dejando los dos enemigos a sus escuderos el cuidado de llevarse los caballos y recoger los trozos de las lanzas, arremetiéronse con tanto furor y ardimiento como si entonces empezara la lucha.

Si completo había sido el silencio, si profunda la atención durante las tres arremetidas, aún subieron de punto cuando se trabó el combate con espada, en el cual era bien conocido que sobresalía Manuel Filiberto; conque nadie extrañó lo fuerte y violento de los golpes que comenzaron a caer sobre el caballero negro; lo que sí extrañaron los asistentes, y con razón por cierto, fue por parte de éste la habilidad de los quites y la prontitud de las respuestas; por rápido que fue el ataque, en nada le cedía la defensa, o antes bien, no había ataque ni defensa, sino un terrible cambio de cuchilladas. Los dos aceros parecían dos armas de fuego, y ni aún los ojos más acostumbrados con aquel mortal ejercicio hubieran podido seguir sus movimientos: veíase que habían tocado el escudo, el casco o la coraza en las centellas que saltaban. Por fin, dio Scianca–Ferro tal cuchillada en la cabeza de su contrario, que no obstante el fino temple del yelmo lo hubiera partido, si el caballero negro no hubiera parado el golpe con el escudo; sin embargo, el fuerte acero hendió el escudo por medio, como si fuese de cuero, y hasta alcanzó el brazal.

Embarazado con el medio escudo, el caballero negro retrocedió un paso, y después de arrojar los restos de su broquel, cogió con ambas manos la espada, dando a su vez tan recio mandoble en el escudo del duque, que el acero saltó en menudos trozos, quedándole solo el puño en las manos. Entonces pudo escucharse un rugido que bajo la calada visera exhaló Scianca-Ferro; cuanto más corta y maciza era el arma, más superior se creía a su adversario.

El caballero negro había arrojado el puño de la espada para empuñar el hacha, y arrojando asimismo el otro acero, vióse girar en su mano como un rayo de oro aquella fiel maza a la cual debía el nombra de Scianca–Ferro.

Oyóse desde entonces un prolongado grito de asombro en la liza, en las graderías y en el balcón regio. Ninguna comparación llegaría a expresar la rapidez y violencia de los golpes. Los dos sin escudo, ya no les valía la destreza a los combatientes; ya sólo les era dado apelar a la fuerza.

Golpeado como el yunque por el martillo, el caballero negro permaneció al comienzo inmóvil como el yunque y casi como él tan insensible; pero menudeaban con tal furia los golpes, que empezó a retroceder, y retrocediendo también entonces su adversario, la terrible maza volteó en su mano cual una honda, escapóse silbando, y fue a dar de lleno en la visera del caballero negro, quien abrió los brazos bamboleando semejante a un árbol próximo a caerse. Arrojóse sobre él Scianca-Ferro saltando como un tigre, con su afilado puñal en la mano; percibióse el fragor de las dos armaduras que caían y un grito de todas las mujeres que clamaban: ¡Misericordia, duque de Saboya! ¡duque Manuel, gracia! Pero Scianca-Ferro contestaba meneando la cabeza: ¡No hay misericordia para el traidor! ¡No hay gracia para el asesino! Y, por los claros de la visera, por las junturas de la coraza y por las aberturas de la gola buscaba por dónde podía hundir la daga, cuando de pronto los gritos de: ¡Tente, por Dios vivo, tente! atrajeron todas las miradas sobre un jinete que corriendo entraba en el palenque, y que apeándose tomó en brazos al vencedor y con sobrehumana fuerza le echó a diez pasos del vencido. Resonó entonces una exclamación general de asombro, el jinete que llegara a escape era el duque Manuel Filiberto de Saboya.

––¡Scianca-Ferro, Scianca–Ferro! ––gritó el duque rugiendo de ira––, ¿que has hecho? ¿no sabes que para mí es sagrada la vida de este hombre, y no quiero que muera?

––Sagrada o no —contestó Scianca–Ferro–, por el alma de mi madre te juro, Manuel, que morirá a mis manos.

––Afortunadamente ––exclamó Manuel quitando el casco al vencido––, no será esta vez todavía.

En efecto, aunque el caballero negro tenía el rostro bañado en sangre, únicamente estaba desmayado; no había recibido ninguna herida grave, y era probable que presto volvería en sí.

––Señores —dijo Manuel Filiberto a Vieilleville y Boissy––, sois jueces del campo y pongo a este hombre bajo la salvaguardia de vuestro honor. Cuando recobre el sentido déjesele en libertad de irse sin decir su nombre, sin que se le obligue a manifestar el motivo de su odio. Tal es mi deseo, tal mi ruego, y si necesario fuere, solicitaré esta gracia a S. M. para que tal sea asimismo la orden del rey.

Los escuderos se llevaron al herido, en tanto Scianca–Ferro se despojaba del casco sin corona y sin cimera y lo arrojaba con despecho. Únicamente entonces fue cuando el rey quedó convencido.

––¿Conque no érais vos, hermano? ––dijo.

––No, señor ––contestó Manuel Filiberto—; más ya lo veis, era un hombre que honraba mi armadura.

Y tendió los brazos a Scianca––Ferro, quien gruñendo como un dogo a quien fuerzan a soltar la presa y no obstante obedece a su amo, abrazó al príncipe, si bien no de muy buena gana.

Los aplausos, contenidos hasta entonces por el miedo y suspendidos por el asombro, estallaron en todas partes con tal estrépito que conmovióse todo el recinto. Las mujeres agitaban sus pañuelos, las princesas sacudían sus bandas, y Margarita enseñaba en la mano la hermosa hacha con que debía premiar al vencedor.

Todo eso, no obstante, no consolaba a Scianca–Ferro de que por segunda vez el bastardo de Waldeck se hubiese escapado vivo de sus manos: así es que mientras acompañado del rey y de Manuel Filiberto subía a tomar el hacha de manos de Margarita, murmuraba:

––Si la víbora cae otra vez en mis manos, Manuel, júrote que no saldrá viva.

LIII
EL PRONÓSTICO

Lo ocurrido en la justa del 29 de junio era un misterio para los espectadores y aún para las personas cuya elevada posición social debía al parecer iniciarlas en los secretos del duque.

¿Por qué estaba ausente el príncipe de Saboya en aquella ocasión? ¿Por qué su amigo Scianca–Ferro llevaba su armadura? ¿Por qué en aquellos instantes sostenía en lugar suyo tan terrible lucha?

Inútiles fueron cuantas preguntas se hicieron sobre este punto, y como el rey también manifestaba vivos deseos de que le aclarasen el misterio, suplicóle Manuel sonriéndose que no intentaba descorrer el velo que encubría este secreto de su vida. Madama Margarita, la única que con la inquieta curiosidad propia del amor positivo tenía el derecho de solicitar alguna explicación del duque, contentísima de verle salvo y sano después del trastorno que le motivara el combate, no quiso saber más, y desde entonces tuvo un cariño fraternal a Scianca–Ferro.

La primera vez que Manuel preguntó por el herido, dijéronle que continuaba desmayado; la segunda, que volvía en sí; y da tercera, que montaba a caballo, murmurando por toda contestación a las inquietudes del príncipe estas frases en son de amenaza:

––Decid al duque Manuel que otro día nos veremos.

E inmediatamente, desconocido de todos, partió el bastardo con su escudero. Sin duda ignoraba que había peleado con Scianca-Ferro y no con el duque.

Aquel conmovedor episodio aumentó los placeres de la vedada, y Enrique decía a las damas que con su habitual entusiasmo hablaban del desafío:

––¿Qué os ofreceré mañana? ¿Qué espectáculo será digno de vuestros hermosos ojos después del que hoy habéis presenciado?

¡Infeliz rey! Ignoraba que el espectáculo del día siguiente sería tan terrible que los historiadores se olvidarían del de la víspera.

En el instante de armarse llamó el rey al gran chambelán Vieilleville para que le prestara este servicio, ya que por caso extraordinario no se hallaba en su puesto el caballerizo mayor Boissy, cuya ausencia le anunció el mismo gran chambelán.

––Bueno: ya que os halláis aquí, Vieilleville ––dijo Enrique––, me armaréis vos.

Vieilleville obedeció; pero cuando iba a poner el casco al rey, pareció que le faltaba valor, y exhalando un hondo suspiro:

––Dios ––exclamó, dejando el casco sobre la mesa––, Dios es testigo, señor, de que no podíais ordenarme cosa que yo hiciese de más mala gana.

––¿Por qué, amigo mío? ––interrogó el rey.

––Porque ha más de tres noches, señor, estoy soñando que hoy debe ocurriros alguna desgracia, y que este último día de junio os será fatal.

––¡Oigan! —exclamó el rey. Ya conozco la historia, y de dónde sopla el viento.

––No os entiendo, señor. ––Quiero decir que esta mañana has visto a la reina Catalina. ––Señor, esta mañana no, ayer sí que tuve el honor de verla.

––Y te contó sus visiones, ¿no es verdad?

––Hace tres días, señor, que la reina Catalina no me ha dispensado la honra de dirigirme la palabra, y lo que me dijo no tenía relación alguna con el terror que acabo de manifestar a vuestra majestad...

––Oye ––replicó el rey––: ¿quieres que te diga por qué tienes miedo? Porque te promoví de palabra al empleo de mariscal y aún no está firmada el nombramiento; más pierde cuidado, Vieilleville, a menos que caiga muerto en el acto, el nombramiento no te faltará; y si no puedo afirmarlo con todo mi nombre, lo haré con mi inicial, lo que viene a ser igual.

––Puesto que V. M. lo torna así contestó Vieillevillie––, suplícole que me dispense por lo que me atreví a decirle... Con todo, si al rey le ocurre alguna desgracia, esté bien persuadido de que no sentiré carecer de mi nombramiento, sino la desgracia que le suceda.

Y púsole el yelmo.

Entró en esto el almirante Coligny armado, y tras él un paje que le conducía el casco, dijo:

Dignaos dispensarme, señor; pero temo que se haya modificado el programa de este día. Háblase de una pelea general con que debe concluir la justa, y desearía saber lo que hay de verdad en todo eso, porque siendo cierto debo decir sobre este punto algunas frases importantes a V. M.

––No ––repuso el rey––, no hay tal pelea; pero decidme esas importantes palabras.

––Señor ––respondió Coligny––, permítame el rey una pregunta que no me dicta la mera curiosidad, lo juro: ¿con quién piensa el rey correr?

––¡Oh! Querido almirante no es un secreto, y seguramente se necesita estar tan ocupado como vos en cuestiones teológicas para desconocerlo. Corro con Guisa, Nemours y Ferrara.

––¿Con nadie más?

––No, a lo menos que yo piense, inclinóse el almirante y exclamó:

––Es cuanto deseaba saber, y me doy por satisfecho.

––En verdad, almirante amigo ––repuso el rey riendo––, poca cosa es necesario para satisfaceros. ¡Adelante! ––dijo en seguida a Vieilleville. Ordena que los clarines den la señal, pues temo que ya tardemos.

Sonaron alas trompetas, y principió la justa.

Como lo dijera el rey, primero lidiaron él y Guisa, desplegando los dos toda su destreza, y fue tan violento el bote del rey al tercer encuentro, que Guisa perdió los estribos y para no caer tuvo que cogerse al arzón. Quedó, pues, Enrique vencedor, aunque algunos dijesen que la culpa no la temía el duque de Guisa, sino su caballo reacio.

Dados los tres botes, tocóle el turno a Jaime de Saboya. Ordenó el rey apretar las cinchas de su corcel, y eligió con gran cuidado una lanza. Ya hemos dicho cuáles eran la pericia, la fuerza y sobre todo la nombradía de Nemóurs, y aunque sostuvo su alta fama, nada perdió el rey de la suya, pues al tercer bote cayó el bridón de Jaime de Saboya, por lo cual los jueces del campo proclamaron vencedor al rey Enrique.

Por fin las trompetas dieron la señal de la última justa, que según llevamos dicho debía tener lugar entre el monarca y el duque de Ferrara. Si bien experto en esta clase de ejercicio, Alfonso de Este, que había de arruinar su ducado en fiestas, torneos y cosos, no era un adversario temible para Enrique II: así que la reina Catalina empezaba a deponer su profunda ansiedad. Habíanle anunciado los astros que después del 30 de junio nada había que temer por su esposo, y que si este día pasaba sin novedad, Enrique reinaría muchos y dichosos años.

Oyéronse los clarines, y el duque de Ferrara y el rey dieron sus tres botes, en el último de los cuales perdió Alfonso los estribos mientras el monarca continuaba inmóvil y quedaba vencedor.

Pero Enrique no estaba aún satisfecho; exaltado por los aplausos, dolíale abandonar el campo, mayormente no siendo todavía sino las cuatro de la tarde.

––¡Pesia tal! ––exclamó cuando los jueces anunciaban que estaba terminado el torneo—. Sería quedar vencedor a muy poca costa.

Y viendo a Mgntgomery que armado y descubierto estaba en el torreón de los retadores:

–– ¡Eh! Montgomery ––gritó—, el señor de Guisa me ha dicho que en el bote del otro día por poco le sacáis de los estribos, y que jamás había visto más fuerte justador que vos. ¡Pues bien! Entretanto voy a refrescar, poneos el casco y romperemos una lanza en obsequio de nuestras damas.

—Señor —contestó Montgomery—, con sumo gusto aceptara el honor que el rey se digna hacerme; pero aquí no hay ya ninguna lanza, tantas son las que se han roto.

—Si ya no hay lanzas por ahí, Montgomery —repuso el monarca—, voy a mandaros tres para que escojáis.

Y volviéndose a su escudero

—¡Hola! Francia —exclamó—, tres danzas de las más fuertes para el señor de Montgomery.

En seguida echó pie a tierra para entrar en su torreón, y ordenando que le quitaran el casco, pidió de beber. En tanto tenía la copa en la mano, entró el duque de Saboya.

—¡Una copa para el duque de Saboya! —gritó el rey. Los dos beberemos, vos a la salud de madama Margarita, y yo a la de mi dama.

—Señor —exclamó Manuel Filiberto—, haré con mucho gusto lo que mandáis, más permitid que primero cumpla mi encargo.

—Os oigo —dijo el rey enajenado de placer.

—Vengo en nombre de la reina Catalina, señor, a suplicaros que no corráis más: —todo ha terminado felizmente, y ella desearía en el alma que vuestra majestad se diera por satisfecho.

—¡Tate! —exclamó el rey—, ¿no habéis escuchado, hermano, que he retado a Montgomery, mandándole lanzas para que escogiera? Decid a la reina que correré esta otra vez en honra suya, y ninguna más.

—Señor —persistió el duque. —¡Una copa, una copa para el señor de Saboya! y por su brindis a la salud de mi hermana le restituiré el marquesado de Saluces. ¡Por Dios! no me impidan romper esta última lanza!

—Es que no la romperéis, señor —exclamó otra voz detrás de Enrique.

Volvióse el rey y vio al condestable.

—¡Ah, eres tú, viejo oso! ¿A qué vienes, si no tienes sed? Tu sitio está en la liza.

—El rey se engaña —dijo Montmorency—, mi lugar estaba en la liza mientras permanecía abierta; pero ya no soy juez del campo, pues que la liza está terminada. .

—¿Cerrada? no por cierto; aún he de romper una lanza.

—Señor, la reina Catalina...

—¡Ah! ¿tú también vienes de su parte?

—Señor, ella os ruega...

—¡Una copa, una copa para el condestable! —interrumpió Enrique, Montmorency tomó la copa murmurando y dijo:

—Después de la paz que he negociado, señor, suponía ser un embajador de algún mérito; pero V. M. me prueba que yo era demasiado presumido y habré de volver a la escuela.

—Vamos, duque —exclamó el rey—; vamos, condestable, brindemos cada cual por nuestra dama; vos, hermano, por Margarita, la perla de perlas; vos condestable, por la señora de Valentinois, la hermosa entre las hermosas; y yo por la reina Catalina. Duque, y vos asimismo condestable, diréisle que he bebido esta copa a su salud, y que corro esta última lanza en honra suya.

No había que pugnar con tal obstinación, y los dos enviados saludaron y se marcharon.

—¡Ea, Vieilleville! —dijo Enrique—, mi casco.

Pero en lugar de Vieilleville entró Coligny diciendo:

—Soy otra vez yo, señor... Perdone vuestra majestad. —Perdonado, almirante, perdonado, pero ya que habéis venido, hacedme el favor de abrocharme la hebilla del casco.

—Antes una palabra, señor.

—Después, después, almirante amigo.

—Después sería tarde, señor, para lo que deseo deciros.

—Pues hablad, y acabad cuanto antes.

—Señor, no corráis contra Montgomery.

—¡Vos también! —dijo el rey. Los calvinistas como vos no deberían ser tan supersticiosos. Eso dejadlo para la reina, que es católica y florentina por añadidura.

—Oídme, señor —replicó gravemente Coligny—: lo que voy a deciros es tanto más serio, cuanto que el aviso procede de un grande emperador que ya murió.

—¡Ya caigo! Es un aviso del emperador Carlos V que os olvidasteis de manifestarme al llegar a Bruselas.

—El rey se equivoca; dile indirectamente el aviso, aconsejándole que mandara a Escocia al señor de Montgomery.

—Sí, es cierto, de vos venía el consejo... Y fue allá, y sirvióme bien.

––Ya lo sé, señor; mas tal vez desconozcáis por qué di el consejo de enviar al señor de Montgomery a Escocia.
––Efectivamente, lo ignoro.
––Pues sabed que os lo di porque el astrólogo del emperador Carlos V le dijo que el señor de Montgomery tiene una señal en la frente, la cual anuncia que un día u otro será fatal a un príncipe de la flor de lis.
––¡Caramba! ––exclamó Enrique en tono burlón.
––El augusto emperador Carlos V me había encargado que participara ese horóscopo a V. M.; más como yo tenía al señor de Montgomery por uno de vuestros más fieles servidores, como no dudaba de que si llegaba a ser fatal a un príncipe de la flor de lis lo sería contra su voluntad, y como temía perjudicarle en el ánimo de V. M. divulgando la predicción, concreteme a aconsejaros que mandarais a vuestro capitán de la Guardia Escocesa al auxilio de la regente de Escocia. Hoy todavía, señor, creyendo que habría contienda general, vine a informarme con V. M. a fin de alejar de ella al conde de Lorges, dado caso que se efectuara, a procurar que no se encontrase con V. M., como lo hice la última vez. No habrá justa general, y por lo tanto, nada he tenido que hacer, nada que decir; máas ahora que por una especie de fatalidad, concluidas ya las justas, acaba el rey de retar al señor de Montgomery, me dirijo al soberano, y con la esperanza de que no se efectúe esa justa, le digo: Señor, lo que he tenido el honor de repetiros con respecto al conde de Lorges, me lo contó el emperador Carlos V; señor, en nombre del Cielo, no corráis contra el señor de Montgomery, que debe ser fatal a un príncipe de la flor de lis, y entre todos dos príncipes de la flor de lis el rey es el más grande.
Enrique permaneció pensativo, y enseguida, poniendo la mano en el hombro de Coligny, contestó:
––Almirante, si esta mañana me hubieseis dicho todo eso, es probable que no habría retado al conde de Lorges; más ahora que está lanzado el reto, parecería que me desdigo por temor, y Dios sabe que nada temo en el mundo. No parar eso os quedo menos agradecido, señor almirante; más aunque haya de ocurrirme algún percance, ya es tarde, y quiero romper esa lanza.
––Señor ––dijo un escudero entrando, el señor conde de Montgomery se ha armado en cumplimiento de vuestra orden, y aguarda el beneplácito del rey.
––Está bien. El beneplácito del rey es que me sujetes el casco y suenen los clarines.
Únicamente a medias se ejecutó la orden del monarca: el escudero sujetó el yelmo más los músicos, creyendo concluida la justa, se habían ido cada uno por su lado.
Comunicaron este contratiempo al rey añadiendo que los músicos no se hallarían lejos y si se les llamaba podrían estar pronto dentro de un cuarto de hora.
––¡No, no! —exclamó el rey––, perderíamos sobrado tiempo; correremos sin música; no le hace.
Montó acto seguido a caballo y penetró en la liza, gritando:
––¡Eh! Señor de Montgomery, ¿estáis listo?
––Sí, señor––contestó el conde saliendo a su vez por el lado opuesto.
––Señores —dijo el monarca a los jueces del campo, ya veis que sólo esperamos vuestra venia.
––¡Paso! ––gritaron el duque de Saboya y el condestable.
Y en medio del más profundo y lúgubre silencio acometiéronse ambos justadores, quienes se encontraron en el centro del palenque, rompiendo las lanzas uno contra otro.
De repente, con gran pasmo de los espectadores, vieron que los pies del rey se desprendían de los estribos y sus brazos rodeaban el cuello del caballo, cuya rienda soltó al mismo tiempo que se paraba el bruto, mientras Montgomery, como petrificado de terror, tiraba el trozo de lanza que en la mano le quedara. Al propio tiempo, barruntando en la actitud del rey que había ocurrido algún caso extraordinario, los señores de Vieilleville y de Boisy saltaron la barrera y cogieron del diestro al caballo, diciendo:
––¡Por amor de Dios! ¿qué hay señor?
––Mucha razón tenías, buen Vieilleville ––murmuró Enrique, en oponerte a esta maldita carrera.
—Estáis herido, señor?––interrogó con ansiedad el gran Chambelán.
––¡Creo que estoy muerto! ––balbuceó el rey con voz tan débil, que apenas la oyeron los que le sostenían.
Efectivamente, el trozo de lanza de Montgomery, corriéndose por la armadura del monarca había levantado su visera, y una astilla se le había hincado en el ojo, penetrando hasta el cerebro.
Apeló entonces Enrique a todas sus fuerzas para preferir en alta voz:
––Nadie moleste al señor de Montgomery, que no tiene ninguna culpa. Prorrumpieron los espectadores en un prolongado grito de espanto, y dispersáronse todos atropelladamente, cual si en medio de ellos hubiese caído un rayo, huyendo cada cual por su lado y clamando:
––¡El rey ha muerto! ¡El rey ha muerto!

LIV
EL LECHO DE MUERTE

Entretanto Boissy y Vieilleville condujeron al rey a su estancia, dejándole en el lecho tal como estaba, pues como la astilla había quedado clavada en la herida y únicamente dos o tres pulgadas, no pudieron despojarle de la armadura.

Acudieron los cinco cirujanos presentes al torneo, y si bien la reina Catalina, el Delfín y las princesas les rogaron que auxiliaran al herido, ninguno de ellos se atrevió a sacar la astilla, y mirábanse unos a otros meneando la cabeza y diciendo:

––Sin maese Ambrosio Paré, nada intentaremos.

––Venga maese Ambrosio Paré ––dijo la reina.

Y al instante salieron numerosos pajes, y escuderos en busca del ilustre cirujano.

Ambrosio Paré estaba a la sazón en el apogeo de su reputación. Después de seguir a Italia a Renato de Montejean, coronel de infantería, volvió a Francia, graduóse en el colegio de San Edmo, fue nombrado presbote del gremio de cirujanos, y hacía siete años que era primer cirujano de cámara.

Halláronle en la guardilla de un pobre albañil que al caer de un tejado se había roto una pierna, y los gritos de: ¡Aquí está maese Ambrosio Paré! ¡aquí está! ¡aquí está! anunciaron su llegada al real palacio.

Presentóse un hombre de cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, de andar grave, frente despejada y ojos pensadores, y al verle abriéronle todos paso hasta el lecho del herido.

––Ved, maestro ––exclamaron los médicos.

Y todos los ojos se fijaron en quien era considerado como el único capaz en Francia de salvar la vida del rey, si salvarse podía. Decimos en *Francia,* porque fuera de ella había entonces un hombre cuya fama superaba la de Ambrosio Paré, y a quien este último se complacía en llamar maestro suyo: éste era Andrés Vesale, cirujano de Felipe II. Las miradas fijas en Ambrosio le preguntaban con una elocuencia que no hubieran conseguido las palabras, lo que se debía temer o esperar; y aunque nadie pudo leer cosa alguna en la impasible frente del ilustre facultativo, observóse, no obstante, que al reconocer la herida se le alteró el rostro.

––Maese Ambrosio ––dijo Catalina de Médicis––, no olvidéis que es el rey de Francia a quien pongo en vuestras manos.

Paré dejó caer el brazo que ya tenía extendido sobre Enrique y exclamó:

––Señora, en el estado en que se encuentra vuestro augusto esposo, el verdadero rey de Francia no es él, sino su sucesor, y por consiguiente solicito el permiso de tratarle como al último soldado del ejército: es la única probabilidad que tengo de salvarle.

––¿Hay, pues, una probabilidad, maese Ambrosio? ––interrogó la reina.

––No he dicho semejante cosa, señora ––respondió el cirujano.

––Hacer cuanto podáis, maestro ––repuso Catalina––; ya sabemos que sois el primer facultativo del reino. Sin contestar Paré al cumplido, apoyó la mano izquierda en la parte superior del yelmo, y cogiendo con la derecha la astilla clavada en el ojo, arrancóla con mano firme. Estremecióse Enrique exhalando un suspiro.

––Ahora ––dijo Ambrosio––, puede despojarse al rey del casco y la armadura con el mayor cuidado posible.

Llevó Vieilleville la mano al yelmo, y al observar que temblaba como un ahogado, contúvole el cirujano, exclamando:

––Dejadme hacer, que soy al único cuya mano no tiene el derecho de temblar.

Y pasando el brazo izquierdo debajo de la cabeza del monarca, quitóle pausadamente el casco con segura mano y sin la menor sacudida. El resto de la armadura ofrecía menos dificultades, y el herido no hizo ningún movimiento en tanto le desnudaron; había parálisis completa, a lo menos por el instante.

Acostado el rey, Ambrosio Paré, procedió a la cura. El examen de la astilla, que con sumo cuidado había colocado sobre una mesa junto al lecho real, indicóle que el cuerpo extraño había penetrado unas tres pulgadas en el cerebro, y los detritos pegados al palo, que habían llegado hasta las membranas del cerebro.

Empezó Paré por desbridar la herida y habiéndole abierto los labios con una espátula, con una tienta sondeó su profundidad, la cual era horrorosa, como ya lo había juzgado por la astilla. Aplicóle seguidamente el polvo de carbón, que en aquella época servía de hilas, y encima un trapo mojado en agua fría que debía cambiarse cada cuarto de hora.

Con la frialdad del agua contrájose el rostro del herido, prueba de que todavía no había cesado del todo su sensibilidad. El cirujano experimentó al parecer cierta satisfacción al observar aquella contracción nerviosa, y dirigiéndose a la familia real, deshecha en llanto, dijo a la reina:

––Señora, nada es dable prejuzgar en pro ni en contra; pero puedo asegurar a V. M. que no hay peligro por el instante de muerte, por lo tanto, os aconsejaría que fuerais a tomar algún descanso, dando un instante de tregua a vuestro dolor. En cuanto a mí, desde este momento hasta el de la muerte o curación del rey no me separaré de su cabecera.

––Acercóse Catalina al herido, y al inclinarse para besarle la mano, quitóle del dedo la famosa sortija que la señora de Nemours ya había sustraído una vez al monarca, y en la cual, según decían, consistía el misterio de aquel largo amor de Enrique a Diana. Cual si sintiera que le arrancaban violentamente un sentimiento del corazón, el herido se estremeció como cuando le sacaran la astilla.

––Dispensad, señora ––exclamó Ambrosio Paré––; pero ¿qué habéis hecho al rey?

––Nada, caballero ––contestó Catalina apretando la sortija en la mano. ¿Será que el rey me ha reconocido no obstante su desmayo?

Salió Catalina seguida de los demás príncipes y princesas, y encontrando a Vieilleville que venía de cambiarse el traje por tenerlo manchado de sangre, preguntóle:

––¿Adónde vais, señor de Vieilleville?

––Soy gran chambelán, señora, y es mi deber no separarme de S. M.

––Vuestro deber se ajusta a mi deseo, señor conde, pues ya conocéis que siempre os he tenido por buen amigo mío.

Vieilleville hizo una reverencia. Si bien en aquella época Catalina maltrataba menos que después a *sus buenos amigos*, no sin alguna inquietud recibió el favorecido semejante título.

––Señora —exclamó el gran chambelán—, agradezco muy humildemente a V. M. el aprecio en que me tiene, y haré cuanto de mí dependa para seguir mereciéndolo.

––Será suficiente que hagáis una cosa facilísima, señor conde:–– impedid que la señora de Valentinois se acerque al rey.

––No obstante, señora ––observó Vieilleville muy embarazado con un encargo que si bien consolidaría su posición si el rey fallecía, la comprometería mucho en caso de curación, sin embargo, si la señora de Valentinois se empeña en entrar...

––Decidla, conde amigo, que en tanto el rey Enrique de Valois está sin sentido, quien reina es Catalina de Médicis, y Catalina de Médicis, no quiere que la favorita Diana de Poitiers entre en la habitación de su moribundo esposo.

––¡Cáspita! ––prorrumpió el gran chambelán rascándose la oreja—, es que según dicen hay cierta sortija...

––Aquí está, señor de Vieilleville ––interrumpió la reina––; hémosla sacado del dedo de nuestro querido esposo, y si S. M. pasa a mejor vida (¡no lo permita Dios!), con ella sellaremos vuestro despacho de mariscal de Francia, que, como sabéis, aún no está firmado.

––Vos lo habéis dicho, señora ––dijo Vieilleville tranquilizado al ver la sortija y alentado por la promesa de Catalina––; sois la reina y cumpliré vuestros mandatos.

––¡Oh! ya sabía que erais amigo mío, apreciado Vieifeville.

Alejóse Catalina, despreciando un tanto más a la especie humana.

Cuatro días estuvo el rey sin dar muestras de vida, y la señora de Valentinois no pudo verle no obstante haberlo intentado muchas veces, pues siempre le cerraron la puerta. Aconsejábanla algunos amigos que se trasladara al Louvre o a su castillo de Anet, manifestándola que si persistía en quedarse en el palacio de las Tournelles podría acontecerla alguna desgracia; más ella contestó que no quería separarse del rey, y que mientras Enrique conservara un soplo de existencia podía estar muy tranquila, por cuanto los enemigas más sañudos no se atreverían a atentar cosa alguna contra su libertad y su vida.

En la tarde del tercer día, o sea unas setenta y dos horas después del suceso, a la puerta del palacio de las Tournelles un hombre empolvado apeábase de un caballo lleno de sudor, diciendo que era mensajero del rey Felipe II y deseaba ser presentado al rey Enrique II si aún vivía.

Conocidas son las órdenes dadas, y cuán escrupulosamente se guardaba la puerta de la cámara del rey.

––¿Qué nombre debo transmitir a S. M. la reina? ––interrogó el ujier de servicio, que respondía, con su vida a Vieilleville de cada persona que abría la puerta.

–––No es a la reina a quien debéis participar mi nombre ––respondió el desconocido––, sino a mi docto colega Ambrosio Paré. Soy Andrés Vesale.

Entró el ujier en la estancia del rey, aún privado de sentido, y acercándose a Paré, que con una cabeza recién cercenada en la mano escudriñaba en la profundidad del cerebro los ignorados misterios de la inteligencia y vida humanas, comunicóle el nombre que terminaba de oír. Hizoselo repetir Ambrosio y seguro duque no se había equivocado, e xclamó satisfecho:

––¡Buena noticia, señores! Si la humana ciencia puede salvar al rey, únicamente un hombre es capaz de obrar tal prodigio, y merced al Cie lo, señores, ahí está ese hombre.

Y abriendo con ligereza la puerta:

––Entrad, entrad ––añadió––; ahora vos sois aquí el único y verdadero rey, señor conde ––dijo seguidamente a Vieilleville—, tened la bondad de comunicar a la reina que el ilustre Andrés Vesale está junto al lecho de su augusto esposo.

LV
POLITICA ITALIANA

Examinó Andrés al herido, y aprobando el tratamiento que Ambrosio Paré siguiera, deseó ver la astilla arrancada del ojo del rey por el diestro cirujano, la cual señalara éste con una línea que indicaba hasta dónde se había clavado; y habiéndole interrogado si la astilla penetró horizontal, diagonal u oblicuamente, contestó Paré que de esta última manera, y demostrolo valiéndose de la cabeza que estudiaba.

––Ahora ––dijo Ambrosio––, aquí está la cabeza que yo abría para observar el daño que la herida puede haber motivado en el cerebro. Habíase decapitado ya a cuatro reos de muerte para que los cirujanos ejecutaran en sus cabezas el experimento que Paré proponía a Vesale; más éste interrumpió a su colega exclamando:

––Es inútil, pues en la longitud de la astilla y en la dirección que tomó veo el daño que ha podido motivar; ha habido fractura del arco de la ceja y del hueso superior de la órbita, penetración con fractura de huesos y rotura de las membranas duramáter, piamáter y araonójdes, y de la parte posterior del lóbulo anterior derecho del cerebro, siguiendo la penetración en la parte superior de este lóbulo; de aquí inflamación y congestión sucesiva, con derrame posible en ambos lóbulos anteriores.

––¡Ni más ni menos! ––dijo Paré maravillado––, eso es lo que he averiguado en las cabezas de los reos.

––Sí dijo sonriéndose Vesale—, menos el derrame, que no puede verificarse en la de un cadáver.

––¡Y bien! —interrogó Ambrosio––, ¿qué opináis de la herida?

––Es mortal ––contestó Andrés.

Escuchose un débil grito detrás de los cirujanos, quienes volvieron sorprendidos la cabeza, pues absortos como se hallaban no habían notado la presencia de Catalina de Médicis, que entró en la estancia durante la definición anatómica dada por Vesale a su colega.

––¿Mortal? ––exclamó la reina––; ¿decís, caballero, que la herida es mortal?

––Señora ––repuso Vesale—, creo que debo repetir a V. M. lo que decía a mi sabio colega Ambrosio Paré: la muerte de un rey no es un suceso ordinario, y los que heredan una corona tienen necesidad de ser avisados dos veces de la hora precisa en que el cetro se desprende de las manos del muerto para trasladarse a las del vivo; así pues, con gran sentimiento os digo, señora; que la herida del rey es esencialmente mortal.

Enjugóse Catalina con un pañuelo el sudor de la frente, interrogando:

––¿Expirará sin volver en sí? Acercose Andrés al monarca, y tomándole el pulso, dijo a Paré:

––Noventa latidos.

––En tal caso la calentura ha disminuido ––contestó Ambrosio––; en los dos primeros días el pulso llegó a ciento diez.

––Señora ––––dijo Vesale––––, si el pulso prosigue calmándose en esta proporción, y hay reabsorción pasajera del derrame, es posible que antes de fallecer recobre el rey uno o dos veces el habla.

––¿Cuándo? ––interrogó ansiosa Catalina.

––¡Oh, señora! ––exclamó Andrés—, preguntáis a la ciencia humana más de lo que sabe; con todo, tomando por seguridades las probabilidades, diré que si el rey debe volver de su desmayo, será mañana, poco antes o después de mediodía.

––Ya lo oís Vieilleville —dijo la reina––: así que el rey dé señales de vida, avisadme, yo y nadie más debe hallarse a su lado para oír lo que diga.

Serían las dos de la tarde del siguiente día cuando el herido se movió un poco prorrumpiendo un débil suspiro.

El pulso había disminuido a setenta y dos latidos.

—–Señor de Vieilleville —exclamó Vesale—, avisad a su majestad la reina, pues según toda probabilidad el rey va a recobrar el conocimiento y el habla.

Salió el gran chambelán de la estancia, y al entrar cinco minutos después con la reina, Enrique comenzaba a volver en su acuerdo, murmurando con voz apenas inteligible:

—–¡La reina!... ¡venga la reina! —–Aquí estoy, señor —–exclamó Catalina arrodillándose junto al lecho de Enrique II.

Ambrosio Paré miraba pasmado a aquel hombre, que si bien no tenía poder alguno sobre la vida y la muerte, a lo menos parecía conocer todos sus secretos.

—–Señora —interrogó Vesale—, ¿desea V. M. que el señor Paré y yo nos quedemos en la cámara o salgamos?

La reina preguntó con los ojos el herido.

—–Que se queden —–murmuró Enrique—–; estoy tan débil, que de un instante a otro temo desmayarme.

Sacó entonces Vesale un frasquito que contenía un líquido purpúreo semejante a sangre, y con una cucharita dio algunas gotas al monarca, quien exhaló un suspiro de bienestar al paso que se le coloreaban un poco las mejillas.

—–¡Ah! —–exclamó. Me siento mejor...

Mirando luego en torno, dijo: —–¿Eres tu, Vieilleville? ¿No me has abandonado?

—–Ni un minuto, señor   contestó el conde sollozando.

—–Me advertiste —–murmuró Enrique—–, y no quise creerte, ¡necio de mí! A vos tampoco, señora, y os pido perdón; tampoco a Coligny... Señora, no olvideis que Coligny es uno de mis fieles amigos, pues me hizo más observaciones que vosotros y hasta llegó a decirme que Montgemery me mataría.

—–¡Os nombró a Montgomery! —–dijo Catalina. ¿Cómo lo sabía?

—–¡Ah! Por un pronóstico hecho al emperador Carlos V. A propósito, confío que Montgomery está en libertad.

Calló Catalina.

—–Espero que lo estará —repitió Enrique—; pedí, y si es preciso exijo que no se le moleste.

—–Sí, señor —–respondió Vieilleville. Montgomery se halla en libertad y a cada hora del día y de la noche envía a preguntar por el estado de V. M., su tristeza es grandísima.

—–¡Pobre Lorges! Deseo que se consuele; siempre me ha servido con lealtad, y últimamente en la corte de Escocia.

—–¡Ah! —–exclamó Catalina. ¿Por qué no se quedó allá?

—–Señora, no regresó por voluntad propia, sino por mandato mío, y si justó conmigo fue porque se lo mandé. De todo tiene la culpa mi negra fortuna; no ofendamos, pues, al Señor, y aprovechemos estos momentos de vida que por milagro me concede para arreglar nuestros asuntos más urgentes.

—–¡Oh, señor! —–exclamó la reina.

—–Ante todo —–continuó el monarca—–, pensemos en lo prometido a nuestros amigos, e inmediatamente pasaremos a los convenios celebrados con nuestros enemigos. Ya conocéis lo que prometí a Vieilleville, estaba para firmar su despacho de mariscal de Francia cuando me sucedió esta funesta desgracia. El nombramiento estará extendido.

—–Sí, señor —–respondió el gran chambelán—–; vuestra majestad tuvo a bien ordenarme que lo tomara en blanco de la oficina del señor canciller para presentároslo a la firma, y desde el fatal día 30 de junio lo he llevado siempre conmigo.

Y Vieilleville enseñó el despacho a Enrique.

—–No puedo moverme sin grandes dolores, señora —–exclamó el herido a Catalina—, tened la bondad de firmar por mí este nombramiento con fecha de hoy, expresando la causa porqué lo hacéis, y entregadlo a mi antiguo amigo.

Cayó el conde de rodillas sollozando y besando la mano de Enrique, en tanto Catalina escribía al pie del despacho:

“Por el rey, herido, de orden suya y junto a su lecho. CATALINA, reina. 4 de julio de 1550.”

Leyó ésta lo escrito y lo enseñó a Enrique.

—–¿Así, señor? —––—preguntó.

—–Sí, señora —–contestó el rey—–; y ahora entregad el nombramiento a Vieilleville.

Cumplió Catalina el mandato, diciendo quedo al conde:

—–Tenéis ya el despacho; pero no seáis infiel a lo prometido, mi buen amigo, pues aún fuera posible quitároslo.

—–Os empeñé mi palabra, señora, y no la desempeño.

Y Vieilleville guardó el nombramiento.
––Sepamos ahora ––exclamó Enrique––: ¿se han casado ya el duque de Saboya y mi hermana?
––No, señor ––contestó la reina––; mal día hubiéramos fijado para la boda.
––Al contrario, al contrario —exclamó el monarca––; quiero que se unan cuanto antes. Vieilleville, haced venir al duque de Saboya y a mi hermana.
Sonrióse Catalina en señal de conformidad, y acompañado a Vieilleville hasta la puerta, díjole:
––Conde, no llaméis al duque de Saboya ni a madama Margarita hasta que yo abra esta puerta y os lo ordene. Aguardad en la antecámara y nada digáis de la mejoría del rey, sobre todo a la señora de Valentinois. En ello os va la libertad, la vida, el alma.
––Está bien, señora ––contestó Vieilleville.
Y no pasó de la pieza inmediata. El rey hizo un esfuerzo y murmuró algunas palabras.
––¿Qué queréis? —interrogó Catalina.
––Llamo al gran chambelán, que con seguridad no ha ido a buscar al duque de Saboya.
––¿Y para qué le llamáis?
––Para que vaya.
En esto entró Vieilleville, y el rey le dijo:
Bien habéis hecho, señor conde, en esperar otra orden para avisar al duque de Saboya, puesto que la reina os había dicho que esperarais; más yo os mando por segunda vez que vayáis en seguida. Dentro de cinco minutos quiero ver aquí al duque y a mi hermana Margarita.
El herido estaba muy débil, y notando que los dos cirujanos se acercaban por haberle oído llamar, les dijo:
––Poco ha me habéis dado algunas gotas de un cordial que me ha confortado, y como necesito vivir una hora más, desearía otra dosis.
Tomó Vesale la cucharita, echó en ella cinco o seis gotas, y entretanto Ambrosio Paré alzaba la cabeza del moribundo, se las vertió en la boca.
Mientras, no osando Vieilleville desobedecer al monarca, pasaba a las habitaciones del duque Manuel Filiberto y de madama Margarita; y en cuanto a Catalina, miraba a su esposo con la sonrisa en los labios y la rabia en el corazón.

LVI
UN REY DE FRANCIA ES ESCLAVO DE SU PALABRA

Pocos minutos después entraban por una puerta el duque de Saboya y por la otra la princesa Margarita, quienes al ver que el rey había vuelto en sí mostraron en su alegre rostro la satisfacción que experimentaban. En efecto, merced al elixir casi mágica, observóse en el herido una notable mejoría relativamente al estado de letargo o postración en que ambos príncipes le dejaran.
Retrocedió Catalina un paso para ceder a Manuel y Margarita el sitio que junto al lecho ocupaba, y los dos se arrodillaron ante el moribundo monarca.
––Bien –dijo Enrique mirándoles con tierna y triste sonrisa––; bien estáis así, hijos míos, no os mováis.
––¡Oh, señor! ––exclamó Manuel––, ¡qué esperanza!
––¡Oh, hermano! —dijo Margarita––, ¡qué dicha!
––Sí murmuro Enrique—, hay una dicha, a Dios gracias, y es que he recobrado el conocimiento, más no hay esperanza, y como no debemos esperar lo que no puede ser, conviene darnos prisa. Manuel, tomad la mano de mi hermana.
El duque de Saboya obedeció.
––Príncipe –––prosiguió Enrique––, cuando gozaba de salud deseé vuestro enlace con Margarita, y hoy que estoy moribundo lo deseo y exijo.
––¡Señor!. .. ––repitió Manuel Filiberto.
––¡Hermano querido! ––exclamó Margarita besando la mano del rey.
––Oíd ––continuó, Enrique con acento solemne––, oíd, Manuel: no sólo sois ahora un gran príncipe merced a las provincias que os he devuelto, y un noble caballero gracias a vuestro esclarecido linaje, sino asimismo un hombre honrado, espejo donde se reflejan la rectitud y la generosidad. Con el hombre honrado hablo, Manuel.
Levantó el duque su noble frente, brillando en sus ojos la lealtad de su alma, y con la voz suave y segura que le era peculiar, dijo:
––Hablad, señora

——Manuel prosiguió el rey——, acaba de firmarse una paz desventajosa para Francia...
El príncipe hizo un movimiento.
——Pero poco importa, puesto que está firmada. Esta paz os hace al propio tiempo aliado de Francia y de España; sois primo del rey Felipe, y presto seréis tío del rey Francisco; de manera que vuestra espada gravita hoy mucho en la balanza en que Dios pesa el destino de los reinos. Esa espada ganó la batalla de San Lorenzo y derribó los muros de San Quintín. Pues bien; yo le suplico encarecidamente que sea tan justa como su dueño leal, tan terrible como valiente su dueño, Si Francia infringe la paz que Felipe II y yo hemos jurado, vuélvase esa espada contra Francia; si la rompe España, vuélvase contra España. Si se hallase vacante el empleo de condestable, Dios sabe, duque Manuel Filiberto, que os lo concedería como al príncipe desposado con mi hermana, como al caballero defensor de mis Estados; pero ese puesto lo ocupa un hombre que, si bien quizá no lo merece, al fin y al cabo me ha servido o ha creído servirme lealmente. Continúen, pues, así las cosas, que bien están, y hasta diré que mejor, por cuanto sólo estaréis ligado por la justicia y el derecho. Sí, pues, la justicia y el derecho están por Francia, sirvan a Francia vuestro brazo y vuestra espada; y si por España, empleadlos contra Francia. ¿Me lo juráis, duque de Saboya?
Extendiendo Manuel la mano hacia Enrique, contestó:
——Por ese leal corazón que a mi lealtad apela, lo juro.
Enrique respiró.
——Gracias —exclamó.
Y habiéndolas dado mentalmente al Cielo, interrogó:
——¿Qué día se cumplirán las ceremonias de vuestro enlace?
——El 9 de julio, señor.
——Pues bien, juradme también que, yo muerto o vivo, cerca de mi lecho o sobre mi sepulcro, se efectuará vuestro enlace el 9 de julio.
Volvióse Margarita con ansiedad a Manuel, quien la besó la frente, exclamando:
——Señor, recibid este segundo juramento como el primero; los dos los pronuncio con igual solemnidad, y, por consiguiente, si falto a uno u otro, castígueme Dios de igual modo.
Margarita se puso pálida y estuvo cerca de desmayarse.
Entreabrióse en esto la puerta, asomando la cabeza del Delfín:
——¿Quién entra? ——interrogó el monarca, cuyos sentidos habían cobrado la agudeza peculiar de los enfermos.
——¡Oh! ¡Mi padre habla! ——exclamó el Delfín, sacudiendo su timidez y entrando presuroso.
Serenó Enrique el rostro y dijo:
——Sí, hijo mío, y bienvenido seas; pues tengo que manifestarte cosas importantes, Manuel, acabas de dar un beso a mi hermana, tu novia; besa a mi hijo, que será tu sobrino.
El duque de Saboya estrechó tiernamente al mozo, besándole ambas mejillas.
——Acuérdate de tus dos juramentos, hermano ——exclamó el rey.
——Sí, señor, y tanto de uno como de otro, os lo juro.
——Está bien. Ahora dejadme a solas con el Delfín.
Manuel y Margarita salieron de la estancia.
——¿Y vos? —exclamó el rey, mirando a Catalina.
——¿Yo también? —interrogó la reina.
——Sí, señora ——respondió Enrique——, vos también.
——Cuando el rey quiera hablarme, me mandará llamar —dijo la florentina.
——Después que yo haya hablado con Francisco, podréis entrar, señora, ora os mande o no llamar, pero es probable que no ——añadió con triste sonrisa——, pues me siento muy débil... De cualquier modo que sea, no dejéis de venir.
Hizo la reina ademán de salir directamente, más sin duda reflexionó, y describiendo una curva fue a inclinarse ante el lecho para besar la mano de su esposo, después de lo cual se fue, dejando, por decirlo así, una larga mirada de inquietud en la habitación del moribundo.
Aunque el rey oyese cerrar la puerta tras Catalina, esperó un instante para preguntar al Delfín:
——¿Se ha ido ya tu madre, Francisco?
——Sí, señor ——contestó el mancebo.
——Cierra la puerta y ven en seguida, pues voy perdiendo las fuerzas.
Corrió Francisco el cerrojo, y volviendo al lado de su padre dijo:
——¡Cielos! ¡cuán pálido estáis, señor! ¿En qué puedo auxiliaros?
——Llama al médico ——exclamó Enrique.

––Señores —gritó el Delfín, dirigiéndose a los facultativos—, venid, venid, que el rey os llama.
Vesale y Pare se acercaron al lecho.
––¿Lo veis? ––dijo Andrés a su amigo, a quien indudablemente acababa de participar el próximo deliquio del rey.
––Señores ––dijo el enfermo––, ¡fuerzas! ¡fuerzas! ¡Dadme fuerzas! —Señor ––respondió Vesale titubeando.
––¿No tenéis más cordial? interrogó el moribundo.
––Sí, señor.
––¿Y bien?
Señor, las fuerzas que motiva a V. M. son ficticias.
––¡Qué importa, si son fuerzas!
––Tal vez su abuso abrevie los días de V. M.
––La cuestión no estriba ahora en la duración de mis días... Con tal que pueda decir al Delfín cuanto quiero, poco importa morir en seguida.
––Señor, desearía una orden de vuestra majestad, pues la segunda dosis ya es la he administrado vacilando.
––Dadme otra dosis, lo ordeno.
Y su cabeza cayó sobre la almohada, y se le cerró el ojo, cubriéndosele el semblante de tan mortal palidez, que parecía exhalar el alma.
––¡Que mi padre se muere! ¡que se muere! ––prorrumpió Francisco.
––Apresuraos, Andrés––dijo Ambrosio—, el rey está muy malo.
––No temáis, que aún vivirá tres o cuatro días––repuso Vesale.
Y sin servirse entonces de la cucharita vertió directamente del frasquito en los entreabiertos labios del rey algunas gotas del cordial, cuyo efecto aunque más lento que las dos anteriores veces, no fue menos eficaz.
A los pocos segundos, estremeciéronse los músculos del rostro, cololorearonse las mejillas, y al paso que se entreabrían los dientes, abríase el ojo, primero vidrioso, y luego despejándose poco a poco.
El rey suspiró exclamando:
––¡Oh! ¡gracias a Dios!
Y buscó con la mirada al Delfín.
––Heme aquí, padre––murmuró Francisco, arrodillado junto a la cabecera.
––Paré –––exclamó Enrique–––, colocadme el brazo al cuello del Delfín para apoyarme en él al bajar la última grada del sepulcro.
Entonces, con aquella destreza hija del conocimiento anatómico del cuerpo humano, colocando Vesale los cojines de un canapé detrás de las almohadas de la cabecera real, levantó a Enrique hasta sentarle, mientras que Paré ceñía el cuello del Delfín con el brazo del soberano, del cual se había apoderado ya el frío y la pesadez de la muerte.
Acto seguido se alejaron ambos discretamente, y haciendo el rey un esfuerzo, los labios del padre tocaron los del hijo.
––¡Padre! ¡padre mío! ––susurró el joven en tanto rodaban por sus mejillas dos gruesas lágrimas.
––Tienes dieciséis años, hijo mío––díjole Enrique––, eres hombre, y como a tal voy a hablarte.
––¡Señor!
––Aún digo más: eres rey, pues ya me considero como del otro mundo, y voy a hablarte como a rey.
––Os oigo, padre.
––Hijo mío, nunca por odio ni malignidad, únicamente si por flaqueza, he cometido muchas faltas en mi vida.
Francisco hizo un ademán.
––Dejadme hablar, conviene que me confiese contigo, mi sucesor, para que evites las faltas que he cometido.
––Si existen esas faltas, padre, no sois vos quien las ha perpetrado.
––No, hijo mío; pero soy responsable de ellas delante de Dios y de los hombres. Una de las últimas y de las más graves ––continuó el monarca––, hase cometido a instigación del condestable y de la duquesa de Valentinois; una venda me cubría los ojos y he sido un insensato. Te suplica perdón, hijo mío.
––¡Ah, señor! ¡señor!
––Esa falta es la paz con España, la cesión del Piamonte, de la Saboya, de la Bresa, del Milanesado, de ciento noventa y ocho plazas fuertes, a trueque de las cuales Francia no recibe más que San Quintín, Ham y el Châtelet. ¿Oyes?

—Sí, padre mío.
—Poco ha, tu madre me reprochaba esa falta y ofrecía repararla.
—¿Cómo, señor?—interrogó el Delfín con extrañeza—, ¿y vuestra palabra empeñada?
—¡Bien, Francisco, bien! —exclamó Enrique—, sí, grave es la falta; más la palabra está dada, Francisco. Por más que te instiguen e insten, por más seducciones que se empleen, aunque una mujer te suplique, aunque por arte mágica evoquen mi sombra. para hacerte creer que la orden emana de mí, hijo mío; por el honor de mi nombre y decoro del tuyo, cumple fielmente el tratado de Château—Cambresis, por más perjudicial que sea, en nada lo cambies, sobre todo porque es ruinoso, y jamás te olvides de esta máxima del rey Juan: UN REY DE FRANCIA ES ESCLAVO DE SU PALABRA.
—Por el honor de vuestro nombre, padre —exclamó el Delfín—, juro satisfacer vuestro justo deseo.
—Si tu madre insiste...
—Diréla, señor, que si soy hijo suyo, asimismo lo soy vuestro.
—Si ordena...
—Le contestaré que soy rey, y que a mí me toca dar órdenes; no recibirlas.
Y así diciendo, irguióse el joven príncipe con la altivez peculiar de los Valois.
—¡Bien, hijo, muy bien! —exclamó Enrique. Eso tenía que decirte. Ahora adiós, que desfallezco y la voz se me extingue... Hijo mío, repite sobre mi yerto cuerpo el mismo juramento que terminas de hacer, para quedar obligado a la vez con el vivo y con el muerto, y en seguida, cuando yo sea cadáver, podrás declararte a tu madre... Adiós, Francisco, adiós, lijo mío, estrecha por última vez a tu padre... Señor, ya sois rey de Francia.
Y Enrique dejó caer sobre la almohada su descolorida e inerte cabeza. Francisco siguió con su cuerpo, flexible como un tierno junco, el movimiento del de su padre, e inmediatamente, levantándose y extendiendo solemnemente la mano sobre aquel cuerpo que ya podía considerarse como un cadáver, dijo: Padre mío, os ratifico el juramento de cumplir fielmente la paz jurada, por más perjudicial que para Francia sea; no dejar alterar ni añadir cosa alguna al tratado, por más que insten y cualesquiera que sea la persona que insista. Reciba el Señor mi juramento: *Un rey de Francia es esclavo de su palabra*.
Y besando por vez última los helados y descoloridos labios de su padre, apenas entreabiertos por el soplo de la Agonía, fue a abrir a la reina Catalina, a quien encontró de pie detrás de la puerta esperando impaciente el fin del coloquio al cual no la había sido posible asistir.
A 9 de julio siguiente, junto al lecho del monarca, quien no daba otra señal de vida que un débil hálito cuya humedad empañaba apenas un espejo, Manuel Filiberto de Saboya tomó solemnemente por esposa a Margarita de Francia, duquesa de Berry, oficiando el cardenal de Lorena en presencia de toda la corte, cuya ceremonia concluyó poco después de media noche en la Iglesia de San Pablo.
Hacia las cuatro de la tarde del 10, o sea a igual hora en que días antes le hiriera el conde de Montgomery, el rey entregó su alma al Creador sin esfuerzo ni convulsión, como lo había manifestado Andrés Vesale. Tenía cuarenta años, tres meses y diez días, y había reinado doce años y tres meses cumpliendo en muerte a Felipe II una palabra que su padre en vida no cumplió a Carlos V.
En el mismo día salió para su castillo de Anet la duquesa de Valentinois, que había estado en el palacio de las Tournelles hasta el último suspiro del rey, y aquella noche toda la corte volvió al Louvre, quedándose junto al real cadáver los dos médicos para embalsamarlo y cuatro sacerdotes para rogar por el eterno descanso del difunto.
A la puerta del palacio hallóse Catalina de Médicis con María Estuardo, e iba a salir primero según la etiqueta instituida desde hacía dieciocho años, cuando se detuvo diciendo con un suspiro a la escocesa:
—Pasad, señora, que sois la reina.

LVII
EL TRATADO SE CUMPLE

Incorporándose en su lecho de muerte para ratificar lo prometido, Enrique II había muerto cual verdadero rey de Francia.
El 3 de julio de 1550 expidiéronse las patentes que restituían a Manuel Filiberto sus Estados, y para proceder a la toma de posesión envio el duque seguidamente a tres de los señores que más fieles le habían sido en la adversidad: eran sus lugartenientes generales Amadeo de Valpergue en el Piamonte, el mariscal Chatán en Saboya, y Filiberto de la Beaume en Bresa.

El duque de Saboya no quiso abandonar al rey de España hasta que, según él mismo decía, le faltara la tierra para seguirle, y después de acompañarle hasta Middelburgo, donde Felipe II se embarcó en 25 de agosto, volvió a París para asistir a la consagración del nuevo rey.

Éste salía con toda la corte para el castillo de Villers––Coterets so pretexto de vivir retirado, pero realmente para distraerse. Los padres que legan un trono pocas veces dejan un pesar duradero, y el rey, dice Montpleinchamp, uno de los historiadores de Manuel Filiberto, *fue a divertirse* al castillo de Villers–Coterets con su tío el duque de Saboya, quien cayó enfermo de calentura.

Empezado por Francisco I, aquel real sitio acababa de terminarlo Enrique II, y en la fachada que da frente a la iglesia aún puede verse en el día una H y una K, iniciales de Enrique y Catalina *(Henri, Katherine)*, circundadas de las tres medías lunas de Diana de Poitiers, emblema de la rara asociación de la favorita a la vida conyugal.

La bondadosa princesa Margarita se constituyó enfermera de su amado duque de Saboya, sin querer que tomara cosa alguna de otra mano que de la suya. Afortunadamente la calentura del príncipe la motivó el cansancio y pesadumbres; recuperando Manuel Filiberto un ducado real, había perdido el corazón de su corazón.

Leona había vuelto a Saboya para esperar en la aldea de Eleggio aquel 17 de noviembre que cada año debía reunirles.

En fin, la poderosa edad que denominamos juventud venció fatigas y dolores, y habiendo terminado la calentura al desmayar el último rayo de sol veraniego, en 21 de septiembre el duque Manuel Filiberto pudo asistir a la consagración de Reims a los reyes Francisco y María Estuardo, que juntos contaban treinta y cuatro años.

En el instante en que Dios bajó los ojos sobre el ungido, sin duda se compadeció de aquel rey que únicamente debía vivir un año, víctima de una muerte misteriosa, y de aquella reina que había de estar presa veinte años y regar un cadalso con su sangre.

Cuando el monarca hubo vuelto a París, pensó Filiberto que ya no tenía ningún deber que cumplir con aquellas dos testas coronadas, y se alejó de su sobrino de Francia como se alejara de su primo de España, para regresar a sus Estados después de tan larga ausencia.

La duquesa Margarita acompañó a su esposo hasta Lyon. El pobre ducado de Saboya debía hallarse en situación muy deplorable después de veintitrés años de ocupación extranjera, y el duque Manuel tenía la muy natural coquetería de restablecer algún orden en sus Estados, antes de enseñarlos a su esposa.

Además, bueno es decir que se aproximaba noviembre, y desde que Leona y Manuel se habían separado en Ecouen, el príncipe no olvidaba un instante la tan atractiva fecha, fija la vista en el punto luminoso del 17 de aquel mes, como en obscura y triste noche contempla el piloto la única estrella que en el firmamento rutila.

Margarita volvió a París con Scianca–Ferro, y después de hacer el duque una visita a Bresa, volvió a Lyon para embarcarse en el Ródano, donde por poco perece en una tempestad; y habiendo aportado en Aviñón, encaminóse a Marsella, donde le esperaban varias comisiones de señores saboyanos a las órdenes de Andrés de Provins, bizarra comitiva, que compuesta de caballeros fieles al duque, en lugar de aguardar en su tierra la llegada de su soberano, acudía impaciente a recibirle ansiosa de ofrecerle sus respetos.

LVIII
EL 17 DE NOVIEMBRE

En la mañana del 17 de noviembre apeábase a la puerta de una casita de Oleggio un jinete embozado en una holgada capa y estrechaba en sus brazos a una dama casi desmayada de alegría, quien se sonrió al observar la interrogadora mirada de su apasionado.

El caballero era Manuel Filiberto, y la dama, Leona.

Si bien apenas hacía cinco meses desde que el duque dejara a Leona en Ecouen, hallábase muy desmejorada. Esta mudanza era la que se efectuaría en una flor que acostumbrada al aire y al sol, la trasladaran de repente a la sombra; la que se verificaría en un pájaro, cantor alado, a quien de pronto enjaularan; la flor perdería sus colores y el pájaro sus gorjeos.

Las mejillas de Leona estaban pálidas, sus ojos tristes, y su voz era grave. Transcurrido el primer momento de la dicha de volver a verse, y cambiadas las primeras palabras con las locas prodigalidades de la alegría, fijó Manuel una inquieta mirada, en la joven, cuyo rostro mostraba la funesta huella del dolor.

––Ya sé lo que buscas, Manuel amado ––exclamó Leona––: buscas al paje del duque de Saboya, al alegre compañero de Niza y Hesdin, buscas al pobre León.

Suspiró Manuel, y ella continuó con melancólica sonrisa:
––León ha muerto y no volverás a verle; pero queda su hermana Leona, a quien legó el amor y lealtad que te tenía.
––¡Ah! ¡Qué me importa! ––exclamó el duque. Yo amo a Leona, y a Leona amaré siempre.
––Pues ámala muy de prisa y muy tiernamente —repuso la joven con acento tristísimo.
––¿Por qué?
––Mi padre murió joven, mi madre también, y dentro de un año contaré la edad de mi madre.
Estremecióse el príncipe, y luego de abrazarla contra su corazón, preguntó con voz turbada:
––¿Qué estás diciendo, Leona?
––Nada que pueda asombrarnos, amigo mío, ahora que estoy segura de que Dios permite a los muertos velar por los vivos.
––No te entiendo, Leona ––dijo Manuel comenzando a inquietarse al ver la vaga expresión de los ojos de la joven.
––¿Cuántas horas estarás a mi lado, Manuel Mío?
––¡Oh! Todo el día y toda la noche, ¿no acordamos que me pertenecerías un día al año?
––Sí. Pues bien, quédese para mañana lo que pienso decirte, y hasta entonces, dueño mío, revivamos en lo pasado... ¡Ay! ––prorrumpió suspirando—; lo pasado es mi porvenir.
E hizo seña a Manuel de que le siguiera.
Establecida apenas en la aldea de Oleggio, en una casa que había comprado, era desconocida de todos, y más aún Manuel Filiberto, pues desde su niñez no había estado en el Piamonte.
Así es que los aldeanos vieron pasar aquel gentil galán de 30 años escasos y aquella hermosa dama que aparentaba tener 25, sin adivinar que eran el príncipe árbitro de la suerte del país y la señora del corazón del príncipe.
¿Adónde iban?
Leona guiaba a Manuel, y de cuando en cuando se acercaba a un corro, diciendo al duque:
––Escucha.
En seguida interrogaban a los campesinos:
––¿De qué habláis, amigos?
Y ellos contestaban:
––¿De qué queréis que hablemos, hermosa señora, sino de la vuelta de nuestro príncipe?
––¿Qué pensáis de él? —preguntaba entonces Manuel, terciando en la conversación.
––Nada, porque no le conocemos ––contestaban los aldeanos.
––Conocéisle de nombre, por su fama ––decía Leona.
––Sí, es capitán valiente; pero ¿qué nos importan los valientes capitanes? Ellos son los que hacen la guerra para sostener su nombradía, y la guerra es la esterilidad de nuestros campos, la despoblación de nuestras aldeas y el luto de nuestras hijas y esposas.
Y Leona miraba a Manuel con suplicantes ojos.
––¿Oyes? murmuraba.
––Siendo así, ¿qué queréis de vuestro duque, buena gente? ––interrogaba el príncipe...
––La ausencia del extranjero, la paz, la justicia.
––En nombre del duque ––decía entonces Leona––, todo eso os lo prometo, porque Manuel Filiberto, además de ser un gran capitán, tiene un corazón magnánimo.
––Pues ¡viva nuestro joven duque Manuel Filiberto! —gritaban los campesinos.
Y el príncipe estrechaba a Leona, que cual otro Egeria daba a conocer a aquel otro Numa los verdaderos deseos del pueblo.
––¡Oh, amada Leona! ––1e decía––, ¡si así pudiera visitar contigo mis Estados!
Y la joven sonreía con tristeza. Siempre estaré contigo murmuraba.
En seguida, tan quedo que únicamente Dios podía oírla, añadía:
––Y después más que ahora. Salieron los dos de la aldea, y Leona dijo
––Manuel, hubiera deseado llevarte adonde vamos por un camino de flores; mas ya ves que cielo y tierra recuerdan el aniversario que hoy celebramos; la tierra, entristecida y desnuda, representa la muerte; y el sol, resplandeciente y grato, representa la vida; la muerte es fugaz cual el invierno, y la vida es eterna como el sol. ¿Conoces el sitio, Manuel adorado, donde encontraste juntas la vida y la muerte?
Prorrumpió Manuel Filiberto en un grito al reconocer el sitio donde veinticinco años antes encontrara cerca de un arroyo a una mujer muerta y a un niño moribundo.
––Sí, aquí es ––exclamó Leona sonriendo.

Cortó el príncipe una rama de sauce, y plantándola en el mismo lugar donde estaba tendida la madre de Leona, dijo:

—Aquí se edificará una capilla a la Virgen de la Misericordia...

—Y a Nuestra Señora de los Dolores —añadió Leona. Seguidamente cogió ésta a orillas del arroyo algunas tardías flores de otoño, en tanto Manuel grave y pensativo, apoyado en el sauce del que cortaba la rama, recordaba toda su vida.

—¡Oh! —exclamó de repente abrazando a Leona—, tú has sido el ángel visible que pasando los escabrosos caminos que he seguido, me has guiado por espacio de veinticinco años desde este punto de donde partí y al que ahora regreso.

—Y yo —dijo Leona,—, júrote, duque amado, que desde las regiones celestes proseguiré la misión que de Dios recibí al nacer.

Observó Manuel a la joven con igual inquietud que ya experimentara al verla.

Leona, extendida la mano, y débilmente iluminada por el desmayado sol de otoño, más parecía sombra que criatura viviente. Manuel bajó la cabeza exhalando un suspiro.

—¡Ah! comienzas a comprenderme —dijo Leona—: no pudiendo ya ser tuya, no teniendo ya fuerzas para continuar en este mundo, ya sólo podía ser de Dios.

—¡Leona! ¡Leona! —prorrumpió el príncipe—, no era eso lo que en Bruselas y Ecouen me prometiste.

—¡Oh! cúmplote más de lo que te ofrecí, amado duque: habíate ofrecido verte y pertenecerte una vez al año, y no contenta con esto a fuerza de oraciones he obtenido de Dios la gracia de morir muy presto y de velar por ti.

Estremecióse el príncipe como si al escuchar estas frases hubiese sentido en el corazón el frío de la muerte.

—Morir, morir —dijo—; ¿sabes acaso lo que Dios dispondrá cuando mueras?

Sonrióse Leona y contestó:

—No he descendido a la tumba; pero de ella ha salido una sombra que me ha advertido lo que me acaecerá.

—¡Cielos! —exclamó Manuel casi espantado—, ¿estás en tu juicio, Leona?

Ésta se sonrió nuevamente, mostrando en su rostro la grata y profunda seguridad de la convicción.

—He visto a mi madre —dijo.

El príncipe se apartó de la joven sin soltarla de las manos, y fijando en ella los asombrados ojos, exclamó:

—¿A tu madre?

—Sí, a mi madre —repuso Leona con una calma que estremeció a Manuel.

—¿Cuándo?

—La última noche.

—¿Dónde? ¿Y a qué hora?

—A las doce, al lado de mi lecho.

—¿La has visto? —insistió el duque.

—Sí —contestó Leona.

—¿Hate hablado?

—Sí.

Enjugose el príncipe la sudorosa frente y abrazó a Leona contra su corazón como para cerciorarse de que tenía a la vista un ser viviente y no una sombra.

—¡Oh! repítemelo, amada niña, dime que has presenciado lo que ha sucedido.

—Ante todo —prosiguió Leona has de saber que desde que nos separamos, Manuel mío, cada noche he soñado con las dos solas personas que he amado en el mundo; contigo y con mi madre.

—¡Leona! —susurró el príncipe haciendo el ademán de besarla en la frente.

—¡Hermano mío! —repuso la joven desviándose como para dar a su coloquio toda la castidad del cariño fraternal.

Titubeó Manuel un instante, y después exclamó con ahogada voz:

—¡Pues bien! sí, hermana mía.

—Gracias —dijo Leona con hechicera sonrisa—; ¡oh! ahora estoy bien segura de no dejarte nunca. Decíate pues, queridísimo duque, que desde el día de Ecouen había soñado contigo y con mi madre; únicamente eran sueños, y la última noche he tenido una visión.

—Habla, habla.

––Estaba dormida, cuando me despertó una impresión glacial, abrí los ojos, vi a una mujer vestida de blanco y con un velo, y reconocí a mi madre.

––¡Leona! ¡Leona! ¿Estás segura de lo que dices?

Sonrióse la joven y continuó:

––Extendí los brazos como para abrazarla, y a una señal suya cayeron inertes. Estaba encadenada en el lecho, y parecía que sólo mis ojos tenían vida, y mirando de hito en hito al fantasma, murmuraba: ¡Madre mía!

Manuel se estremeció.

––¡Oh! yo no tenía miedo ––dijo Leona––; me hallaba contenta.

––¿Y el fantasma te habló?

––Hija mía ––díjome––, no es ésta la primera vez que Dios permite que te vea desde mi muerte, y frecuentemente durmiendo me habrás sentido cerca de ti, pues a menudo he venido para contemplarte, pero es la primera vez que Dios permite que te hable.

––Hablad, madre mía ––le contesté—; os escucho.

––Hija mía ––prosiguió la sombra—, en gracia de la cruz blanca de Saboya, a la cual has sacrificado tu amor, Dios te perdona y además permite que avises al duque a cada peligro que le amenace.

El príncipe dudoso miró a Leona.

––Mañana ––prosiguió la joven––, cuando el duque venga a verte, particípale la santa misión que te encarga el Señor; después, como dudará.... (pues el espectro previó que dudarías, amado duque).—

––En efecto, Leona ––repuso Manuel––, lo que me estás diciendo es muy extraordinario para no ponerse en duda.

––En seguida, como dudará —prosiguió el fantasma, dile que a la misma hora en que un pájaro se pare y cante en la rama de sauce que él habrá plantado, esto es, a las tres de la tarde del 17 de noviembre, Scianca–Ferro llegará a Verceil, llevando una carta de la duquesa Margarita, entonces se verá obligado a creer.

Y la sombra se cubrió con el velo exclamando:

––Adiós, hija mía, volverás a verme en tiempo oportuno.

Y desvanecióse. Eso es lo que tenía que participarte, príncipe.

Apenas hubo Leona proferido estas palabras, cuando un pájaro desconocido que parecía bajar del Cielo se posó en la rama de sauce plantada por el duque, y se puso a cantar melodiosamente.

––Ya lo ves, Manuel ––dijo Leona sonriéndose––; en este instante Scianca––Ferro entra en Verceil, donde le verás mañana.

––En verdad ––repuso el duque––, si es cierto lo que me dices Leona, habrá milagro.

––¿Y entonces me creerás?

––Sí.

––¿Harás cuanto yo te diga?

––Sería un sacrilegio no obedecerte, Leona, pues vendrías de parte de Dios.

––Nada más tengo que decirte, amigo mío, marchémonos.

––Pobre niña ––murmuró el duque, no es extraño que te halles tan pálida, habiendo recibido el beso de una difunta.

Al entrar el día siguiente en el palacio de Verceil encontró Manuel Filiberto a Scianca–Ferro que le aguardaba.

––¿Cuándo has llegado? ––le preguntó.

––Ayer a las tres de la tarde —contestó el escudero.

––¿Qué traes?

––Una carta de la duquesa Margarita.

LIX
LOS MUERTOS TODO LO SABEN

La misiva de la princesa Margarita iba acompañada de una suma de trescientos mil escudos.

El mariscal de Bourdillon, obrando seguramente según las órdenes secretas del duque de. Guisa, negábase a desalojar las plazas que ocupaba si las guarniciones no cobraban sus atrasadas pagas; y viendo el príncipe de Saboya que los franceses no se iban del Piamonte tan pronto como debían, escribió al rey Francisco II encargando a la duquesa Margarita que diera la carta a su sobrino, quien a sugestión de los Guisa respondió que los soldados no querían abandonar el Piamonte si no se les entregaba la cantidad de cien mil escudos que se les debía.

––Como es incontestable que toca a Francia y no a nosotros pagar a las tropas francesas —añadía la bondadosa Margarita––, os envío, amado señor y dueño, la suma de cien mil escudos, precio de mis joyas de soltera, las cuales, en su mayor parte, procedían de los regalos de mi padre Francisco I; y de esta manera será Francia y no vos quien pague.

Satisfecha la cantidad reclamada, ya sólo hubo guarniciones francesas en las cuatro ciudades reservadas de Turín, Chivas, Chieti y Villanueva de Ast.

Regresó después Manuel Filiberto a Niza con Scianca––Ferro, quien tornó inmediatamente a París para reunirse con la princesa Margarita.

Ésta no debía ir a los Estados de su esposo hasta que hubiese desaparecido toda señal de desorden, y el duque, algo ingrato por amor a Leona, tal vez no quería ver a aquella excelente princesa con toda la solicitud que merecía.

Sin embargo, Manuel Filiberto procedió a la completa reorganización de sus Estados, empezando por distinguir entre la fidelidad, el olvido y la ingratitud. Mientras que muchos de sus súbditos se pasaron al partido francés, otros se habían retraído de la política y de la guerra, permaneciendo pasivamente fieles al duque, y algunos fueron constantes en su mala fortuna tomando parte activa en sus intereses. A éstos les ascendió a los empleos y dignidades, a los segundos les perdonó su debilidad y recibióles con afable rostro, favoreciéndoles cuando la ocasión lo permitía, y a los desleales no les hizo mal ni bien, sólo si los alejó de los negocios diciendo:

––Ningún motivo tengo para fiarme de ellos en la prosperidad, puesto que en la adversidad me abandonaron.

Acordándose en seguida de que los habitantes de Oleggio le habían suplicado magistrados que les administraran justicia en vez de venderla, puso al frente del orden judicial a Tomás de Langusque, conde de Stropianz, magistrado célebre así por su integridad como por su vasto conocimiento de las leyes.

Después, como ya era llegado el 12 de noviembre de 1560, fuese a su palacio de Verceil, y a la mañana del 17 estaba en Oleggio, donde como el año anterior, le esperaba Leona en el dintel de la casita.

Había tal conformidad de pensamientos en aquellos dos corazones, en aquel casto amor, que ni Manuel tenía la idea de faltar a la cita, ni Leona la de que el príncipe pudiera faltar.

Así que divisó a Leona esperándole, puso Manuel al escape el caballo, contento de verla y temeroso de hallarla más pálida y más próxima al sepulcro que la vez postrera. Cual si Leona previera la impresión que su rostro podía causar a Manuel, esperábale cubierta con un velo, y semejábase tanto a la sombra cuya aparición le refiriera el año anterior, que el duque se estremeció, y levantando el velo con trémula mano, derramó dos silenciosas lágrimas. El semblante de Leona tenía la blancura del mármol de Paros, sus ojos parecían dos luceros cercanos a extinguirse, y su voz un hálito al punto de expirar.

Era evidente que la joven hacía un esfuerzo para vivir, y al contemplar a su amado se le animaron ligeramente las mejillas, su corazón todavía vivía, y cada latido decía: ¡Te amo!

Después de almorzar salieron los dos a dar un paseo por la aldea, y entonces ya no hallaron aquellos corros inquietos de labriegos que se preguntaban las cualidades o defectos de su duque. Había pasado un año, y ya le conocían, pues aparte la guerra circunscrita a los tres valíes, la paz había producido sus sabrosos frutos: las guarniciones francesas habían desalojado las ciudades que por espacio de veintitrés años arruinaran, administrábase con imparcialidad justicia a grandes y pequeños, y el labrador en el campo y el industrial en el taller, cada cual trabajaba con la mayor paz y bienestar, bendiciendo al duque y deseando que la princesa Margarita diese un heredero al trono de Saboya. Cada vez que este deseo era manifestado de viva voz delante de los dos ignorados forasteros, estremecíase Manuel y miraba a Leona, quien se sonreía, respondiendo al duque:

––Dios nos ha devuelto a nuestro muy querido soberano, y no abandonará a Saboya.

Al extremo de la aldea tomó Leona el camino que el año anterior siguiera, y al cabo de un cuarto de hora estuvieron ambos delante de la capillita que se alzaba en el lugar donde el duque plantara la rama de sauce, y donde el misterioso pájaro entonó su maravilloso canto. Tan elegante construcción como bella de forma, y edificada con hermoso granito róseo que se encuentra en las montañas del Tesino, tenía aquella capillita en un dorado nicho una virgen de plata que presentaba a los caminantes a su divino hijo, el cual bendecía con la diestra extendida.

Devoto como un caballero de las cruzadas, arrodillóse el príncipe y oró, mientras Leona, de pie a su lado, apoyaba la mano en. su cabeza.

––Manuel amado ––díjole después––; hace un año, en este lugar me juraste que si al regresar al palacio de Verceil hallabas a Scianca––Ferro con una carta de la princesa Margarita, en adelante creerías cuanto yo

te dijese, por más extrañas que te parecieran mis palabras, y seguirías mis consejos por más singulares que fuesen.

––Es verdad, te lo juré —contestó el duque.

––¿Se hallaba Scianca––Ferro en Verceil?

––Sí.

––¿Había llegado a la hora que te dije?

––Las tres daban cuando entró en el patio.

––¿Era portador de una carta de la princesa Margarita?

––Fue la primera cosa que me dio al verme.

––¿Estás presto, pues, a seguir mis consejos sin discutirlos?

––Creo, Leona mía, que por tu boca me habla la misma Virgen cuya imagen termino de adorar.

––Pues oye, Manuel... He vuelto a ver a mi madre.

––¿Cuándo? ––interrogó Filiberto estremecido.

––La última noche.

––Y... ¿qué te ha dicho?

––Todavía dudas, ¿no es verdad? ––preguntó Leona sonriéndose.

––No ––respondió el duque.

––Pues esta vez voy a empezar por la prueba.

Manuel escuchó con suma atención.

––Antes de marchar a Verceil escribiste a la princesa Margarita que viniera a reunirse contigo.

—Cierto ––contestó el duque pasmado.

––Le comunicabas en la carta que le aguardabas en Niza, para donde debería embarcarse en Marsella.

––¿Eso sabes?

––Continuabas que de Niza la acompañarías a Turín, siguiendo el litoral por San Remo y Albenga.

––¡Poder de Dios! ––exclamó Manuel.

––Y que por el hermoso valle de la Bormida, por Cherasco y Asti, seguiríais hasta Turín.

––Es verdad Leona, pero nadie sino yo conoce el contenido de aquella carta, la cual mandé a París por un correo, de quien estoy seguro.

Sonrióse la joven.

––¿No te he dicho que en la precedente noche he visto a mi madre?

––¿Y bien?

––Los muertos lo saben todo, Manuel.

Presa el duque de un pavor involuntario, pasáse el pañuelo por la sudorosa frente, murmurando:

––Necesario es creerte... ¿Y después?

––Mañana verás al duque, me ha dicho mi madre; aconséjale que parta de noche con la duquesa Margarita por Tenda y Cuneo, y que envíe por el camino de la costa una litera vacía, escoltada por Scianca–––Ferro y cien hombres bien armados.

Miró Manuel a Leona con interrogadores ojos.

––Va en ello la salvación dé Saboya ––continuó la joven. Así me lo dijo mi madre, Manuel, y así te lo repito. Has prometido y jurado seguir mis consejos, amado duque: júrame, pues, que pasarás con la princesa por Tenda y Cuneo, entretanto Scianca–Ferro seguirá el litoral con una litera vacía y cien hombres bien armados.

Titubeó el príncipe un instante, pues su razón como hombre y su orgullo como soldado se oponían a la promesa contraída, a la palabra que había dado.

––Manuel —murmuró Leona moviendo melancólicamente la cabeza––, ¿quién sabe si tal vez es la última cosa que te pido?

Extendió el duque la mano hacia la capilla y juró.

LX
EL CAMINO DE SAN REMO A ALBENGA

Manuel Filiberto había escrito a su esposa que se pasara a Niza, así para dispensar otro obsequio a su leal ciudad como para enseñar a la princesa el ducado por su lado risueño, por la eterna primavera de Niza y Oneglia.

Llegó Margarita al puerto de Villafranca en 15 de enero, habiendo retardado su llegada las fiestas con que le agasajara Marsella como tía del rey Carlos IX, entonces reinante, y como duquesa de Saboya.

Los duques estuvieron dos meses en Niza, durante los cuales activó Manuel la construcción de las galeras que había encargado, pues un corsario calabrés, renegado cristiano, llamado Occhiali, había hecho correrías en Córcega y en las costas toscanas, y hasta se decía que por las aguas de Génova navegaba un buque sospechoso.

Por fin, a primeros de marzo, cuando empiezan las brisas de la primavera italiana que tan gratamente acaricia los pechos cansados, el duque fijó la partida para el día 15. Según el itinerario convenido, el real cortejo seguiría el litoral, el duque a caballo y la duquesa en litera, atravesando por San Remo y Albenga.

Al amanecer del día señalado, la comitiva comenzó la marcha. Corridas las cortinillas de la litera, cabalgando a su lado el duque, la visera calada, con una escolta de cincuenta hombres a vanguardia y otros tantos a retaguardia. La primera noche pasaron en San Remo, y a la siguiente madrugada prosiguieron el camino deteniéndose en Oneglia para almorzar. Desayunóse la duquesa sin apearse, y el duque sin quitarse el casco, levantando únicamente la visera.

A cosa de mediodía el cortejo continuó la marcha, y algo más allá del Porto Maurizio perdió de vista el mar entrando en un angosto desfiladero erizado de peñascos: sitio a propósito para una emboscada. Mandó el duque veinte jinetes para que reconocieran el camino, y esto por un exceso de precaución, pues nada debía temerse en tiempo de paz; y habiendo atravesado sin novedad, siguióles el resto del cortejo.

Sin embargo, al penetrar Manuel a su vez en el desfiladero, retumbó un vivo fuego sobre él y la litera: el caballo del duque fue herido, uno de la litera cayó muerto, y a través de las cortinillas pasó como un soplo un débil gemido, escuchándose al mismo tiempo una salvaje gritería y acometiendo a la comitiva una partida de hombres con trajes moriscos.

Era una emboscada de piratas.

Corría el duque a la litera cuando uno de los agresores, montado sobre un caballo árabe y cubierto de una larga cota de malla turca, se le echó encima gritando:

––No te me escaparás esta vez, duque Filiberto.

––¡Oh! ni tú tampoco ––contestó el príncipe.

Afirmándose inmediatamente en los estribos y levantando la espada, exclamó a sus soldados:

––¡Pelead con valor! Imitadme.

En este instante generalizóse la refriega, a cuya descripción renunciamos para ceñirnos a observar la lucha de los dos jefes.

Conocida es la destreza del duque Manuel en el terrible ejercicio de la guerra, en el que había visto pocos hombres capaces de resistirle; pero esta vez topó con un digno competidor. Después de dispararse las pistolas, cuyas balas resbalaron por la armadura del duque o se aplastaron en la del pirata, siguió la lidia al arma blanca.

Las armas ofensivas del corsario componíanse de una espada y una hacha de afilado corte con mango de piel de rinoceronte guarnecido de escamas de acero. El duque llevaba sus armas habituales; la espada y la maza, las dos terribles en sus manos, y observando que dos o tres de los suyos querían ayudarle, rechazóles exclamando:

––Obrad por vuestra cuenta, que con la ayuda de Dios obraré por la mía.

Y efectivamente, con la ayuda de Dios peleaba con gran denuedo.

A buen seguro que los piratas no creyeron hallar tan fuerte escolta, y que su capitán, el agresor del duque, confiaba cogerle más desprevenido; pero no por eso retrocedía una toesa, y si bien se adivinaba que bajo sus terribles golpes escondíase un odio más mortal que las cuchilladas, poca mella hacía su espada en la armadura de Milán del duque, al paso que asimismo se embotaba el acero del príncipe en la damasquina cota de malla.

En medio de esta reñidísima lucha, notando Manuel que su herido caballo perdía las fuerzas, apeló a todas las suyas para descargar un golpe a su adversario, y al ver el pirata blandir el acero en sus manos, comprendió el peligro que le amagaba y levantó su corcel, el cual cayó herido en tanto también se desplomaba el del duque. Entonces los enemigos echaron mano, el uno a su hacha y el otro a su maza, tirando ambos las espadas. Nunca dieron los Cíclopes tan repetidos golpes en el yunque de Vulcano al fabricar el rayo de Júpiter en las fraguas del Etna, no parecía sino que la muerte, reina de las sangrientas batallas, se cernía sobre aquellos dos hombres, segura de arrebatar a uno de ambos.

A poco pareció que la victoria se declaraba por el duque, cuyas fuerzas aumentaban en el ardor de la pelea al paso que se agotaban las de su adversario.

El pirata empezó a retroceder lentamente, aproximándose al borde de un precipicio tal vez con intención, pues cuando se halló a dos varas del abismo arrojó el hacha, y abrazándose a su enemigo, prorrumpió:

––¡Ah, duque Manuel! Por fin te tengo y vamos a morir juntos.

Y levantó en brazos a su adversario.
––Habíate conocido, bastardo de Waldeck ––respondió su contendiente soltando una terrible carcajada y desasiéndose de sus brazos. No soy el duque Manuel —añadió levantando la visera—, y no te cabrá el honor de morir a sus manos.
––¡Scianca-Ferro! ––exclamó el bastardo. ¡Ah! ¡malditos seáis tú y el duque!
E inclinóse para recoger el hacha y proseguir la lucha, pero por más rápido que fuese este movimiento, la pesada maza de Scianca–Ferro cayó sobre la cabeza del renegado, quien cayó en el suelo exhalando un suspiro.
––¡Oh! exclamó el escudero del duque––, esta vez, hermano Manuel, no te hallas aquí para impedir que aplaste esta víbora.
Y, en efecto, con una enorme piedra aplastó la cabeza de su enemigo, diciendo luego con una carcajada más terrible que la anterior:
––Pues llevas la armadura de un infiel, bastardo de Waldeck, mucho me alegro de que mueras condenado como un perro.
Acordándose después del suspiro que había oído exhalar en la litera, voló a descorrer las cortinillas en tanto los piratas huían desbandados.
Entretanto Manuel y la princesa Margarita continuaban tranquilamente el camino de Tenda a Cuneo, a cuya última ciudad llegaron casi a igual hora en que tenía lugar entre San Remo y Albenga el suceso que acabamos de describir.
El duque se hallaba inquieto. ¿Qué razón habría tenido Leona para exigirle aquel cambio de camino? ¿Qué peligro le amagaba siguiendo el de la vía de Génova? Y si había algún peligro, ¿no amenazaba también a Scianca–Ferro? ¿Quién había comunicado al escudero la promesa hecha a Leona, puesto que fue el primero en hablar del cambio de camino?
Triste fue la cena; la princesa Margarita se hallaba cansada, y pretextando Manuel estar fatigado se recogió a las diez con el presentimiento de que recibiría alguna mala nueva.
Dieron las once, y abrió la ventana, el cielo estaba estrellado, la atmósfera plácida y pura, y un pájaro cantaba en una espesura de granados, siendo al parecer el mismo que tiempo antes se había posado en la rama de sauce.
A las once y media cerró la ventana, y apoyado de codos en una mesa cubierta de papeles, turbósele poco a poco la vista hasta que oyó débilmente sonar las primeras vibraciones de media noche.
Parecióle en seguida que como a través de una nube veía abrirse la puerta del aposento y acercarse una sombra que al oído le dijo su nombre, estremeciéndole de pies a cabeza con una impresión helada en la frente, la cual rompió los lazos que le encadenaban.
––¡Leona! ¡Leona! ––prorrumpió. En efecto, Leona era quien a su lado estaba, ya sin aliento en los labios ni vida en los ojos, algunas gotas de sangre chorreaban de una herida que había recibido en el pecho.
––¡Leona! ¡Leona! ––repetía el príncipe.
Y si bien tendió los brazos para detener al espectro, a una seña de éste los dejó caer.
––Ya te dije, Manuel mío ––susurró la sombra con voz suave como un hálito y un perfume––, ya te dije que más cerca me hallaría de ti muerta que viva.
––¿Por qué me has abandonado, Leona? —interrogó Manuel a punto de prorrumpir en sollozos.
––Porque estaba cumplida mi misión en la tierra, amado duque —contestó el fantasma––; más antes de volver al Cielo, Dios consiente que te diga que el deseo de tus súbditos está satisfecho.
––¿Cuál?
––La princesa Margarita lleva en sus entrañas un varón.
––¡Leona! ¡Leona! ––prorrumpió el príncipe––, ¿quién te ha revelado este misterio de la maternidad?
––Los muertos lo saben todo––susurró Leona.
Y al mismo tiempo que su cuerpo se desvanecía, con voz apenas inteligible:
––Adiós, querido duque, en el Cielo nos veremos––dijo el espectro.
Y desapareció.
Corrió Manuel a la puerta y el criado que la aguardaba le participó que a nadie había visto entrar ni salir.
––¡Leona! ¡Leona! ––exclamó el príncipe—, ¿volveré a verte?
Y parecióle que un soplo apenas perceptible le decía al oído:
––Sí.
En vez de seguir el camino, al día siguiente detúvose el duque en Cuneo, seguro al parecer de recibir noticias; y no se engañaba, pues a eso de las dos llegó Scianca-Ferro.
––Leona ha muerto, fue lo primero que Manuel le dijo.

––Ayer a media noche ––contestó el escudero––, ¿cómo lo has sabido? ––De una herida en el pecho ––continuó el príncipe.

––De una bala destinada a la duquesa ––dijo Scianca-Ferro.

––¿Y quién es el cobarde asesino que atentó a la vida de una mujer?

––El bastardo de Waldeck.

––¡Ah! ¡que nunca caiga en mis manos!

––Ya te juré, Manuel, que la primera vez que hallara la víbora la aplastaría.

––¿Y bien?

––La he aplastado.

––¿De suerte que ya sólo nos falta rogar por Leona?

––No somos nosotros quienes han de rogar por los ángeles ––repuso el escudero––, sino los ángeles por nosotros.

Como Leona lo había pronosticado, a 12 de enero de 1562, la princesa Margarita dio felizmente a luz en el palacio de Rívoli a un tierno infante que con el nombre de Carlos Manuel reinó cincuenta años. Y según el tratado de Château––Cambrésis, a los tres meses los franceses desalojaron Turín, Quiers, Chivas y Villanueva de Ast, quedando todo el Piamonte libre de la guarnición extranjera.

EPILOGO

En una bella mañana de primeros de septiembre de 1580, dieciocho o veinte de aquellos gentileshombres que se denominaban los *ordinarios* del rey Enrique III y cuyo número total ascendía a cuarenta y cinco, aguardaban en el patio del Louvre la hora de acompañar al rey a misa, quien les obligaba a la devoción bien o mal de su agrado, tan solícito de la salvación del alma propia como de la del prójimo, diciendo a sus favoritos: *Venid a salvaros conmigo*.

La vida que hacían los ordinarios de su majestad era poco recreativa, pues la regla del Louvre era casi tan severa como la de los conventos.

No es, pues maravilla que habiendo percibido a la puerta del patio un viejo pordiosero manco, tuerto y cojo, le hiciesen entrar y le observaran atentamente por vía de curiosa distracción. Tendría el mendigo hasta sesenta años, aunque era difícil adivinar su edad en vista de la extraña situación física a que le redujeran sus campañas y su vida aventurera; cruzado el rostro de cuchilladas, cercenados los dedos de su sola mano, remendada la cabeza con planchas de hojalata, y tan desfigurada la nariz por tantas cicatrices, que ya forma de tal no tenía.

Como este desgraciado era un objeto curioso para jóvenes que a falta de más agradables pasatiempos incluían el duelo en el número de sus distracciones, abrumaron de preguntas al pordiosero.

––Orden, señores ––dijo uno—; hagamos una a una las preguntas si queréis que el pobre diablo sepa qué contestar.

––Primero pregúntale si le falta la lengua.

––No, a Dios gracias, buenos señores, la lengua aún la tengo, y si os mostráis caritativos con un veterano capitán aventurero, la emplearé en cantar vuestras alabanzas.

––¡Tú, capitán aventurero! ––exclamó otro––, ¡pues no querrás hacernos creer que has sido capitán!

––Tal es al menos el título que más de una vez me dieron el duque Francisco de Guisa, a quien ayudé en la reconquista de Calais, el almirante Gaspar de Coligny a cuyas órdenes estuve en la defensa de San Quintín, y el príncipe de Condé, con quien entré en Orleáns.

––¿A todos esos ilustres capitanes has conocido?

––Y he hablado con ellos. ¡Oh! vosotros sois valientes, caballeros, no lo dudo, pero permitid que os lo diga: la raza de los bravos y los fuertes se ha extinguido.

––¿Y tú eres el último?

––No de los que digo, sino el último, en efecto, de una asociación de valientes. Sabed, nobles señores, que éramos diez aventureros con quienes todo podía emprenderlo un buen capitán; más la muerte nos ha arrebatado uno a uno.

––¿Y cuáles eran, no las aventuras sino los nombres de esos diez valientes?

––El que murió primero se denominaba Domingo Ferrante. Cierta noche, en las cercanías de la torre de Nesle, acompañado de dos amigos ofreció a un pícaro escultor florentino llamado Benventuto Cellini, ayudarle a conducir un talego de oro que acababa de recibir del tesorero del rey Francisco; y oyendo el Benvenuto que daban las doce de la noche, creyó que el tal ofrecimiento era un conato de robo, y echando mano a la espada, atravesó de parte a parte al infeliz Ferrante.

––¡Qué ingratitud! ––prorrumpió uno de los oyentes.
––El segundo era Víctor Albania Fracasso, un gran poeta que únicamente sabía componer a la claridad de la luna. Cierta noche que andaba a caza de un consonante en las cercanías de San Quintín, cayó casualmente en una emboscada que habían armado al duque Manuel Filiberto, y teníale tan ensimismado el maldito consonante, que se olvidó de interrogar a los emboscados el intento que abrigaban. Pasó en esto el duque Manuel, y allí fue ella; Fracasso hacía cuanto le era dable para salvar el pellejo, cuando cayó aturdido por un golpe de maza que le descargó el escudero del duque, un bribón denominado Scianca––Ferro.
––Señores —dijo una voz––, cinco *Padre nuestros* y un *Ave María* por el infeliz Fracasso.
––El tercero ––prosiguió el mendigo con melancolía––, era un digno aventurero alemán, llamado Franz Scharfenstein. Seguramente habréis oído hablar de los difuntos Briareo y Hércules, ¿no es verdad? Pues sabed que el pobre Franz tenía la fuerza de Hércules y la estatura de Briareo. Murió como un bravo, en una brecha del sitio de San Quintín. ¡Dios haya su alma y la de su tío Heinrich, que murió idiota de tanto llorarle!
––El quinto ––continuó el mendigo––, era un buen católico llamado Cirilo Nepomuceno Lactancio, y seguro puede estar de su salvación, pues habiendo peleado por nuestra santa religión mediante veinte años, murió mártir.
––¡Mártir! ¡Caracoles! A ver, cuéntanos.
––Es muy sencillo, caballeros. Cayó en manos del sanguinario protestante barón de los Adrets, quien ordenó le desollaran vivo. Conocí el pellejo de mi pobre amigo en un lunar que en el sobaco izquierdo tenía.
––El sexto ––prosiguió el aventurero––, era un lindo mancebo de nuestra buena ciudad de París, gran cortejador del bello sexo.
––¿Cómo se llamaba ese caballero de tan relajados hábitos? ––preguntó otro caballero.
––Víctor Félix Ivonnet —contestó el mendigo. Hallándose cierta noche en una de sus aventuras, un marido ofendido dejó equilibrada en los goznes la puerta de su casa, que era de roble, y al entrar por ella, en vez de girar cayóle pesadamente encima. Franz o Heinrich Scharfenstein la habrían sostenido como una hoja de papel; más como Ivonnet era un galancete de cortas fuerzas, al día siguiente le encontraron aplastado debajo de la puerta. El séptimo era su nombre Martín Pillacampo —prosiguió el pordiosero. Era un verdadero hombre de bien, que pereció por una sensible equivocación. Cruzando un día el señor de Montluc por una ciudad y habiendo sido cumplimentado por todos los magistrados a excepción de los jueces, quiso vengarse de esa descortesía, informóse y supo que al día siguiente debía encausarse a doce hugonotes. No quiso saber más, y pasando a la cuadra de la cárcel, preguntó:
––¿Hay aquí algún hugonote? Oyóle Pillacampo, que allí se encontraba por no sé que leve falta, y desconociendo que Montluc se hubiese convertido a la verdadera religión, creyó que preguntaba por sus correligionarios para ponerles en libertad, más no, era para castigarles por su herejía.
––¿Quién era el octavo? ––interrogó otro.
––Un normando que se denominaba Juan Crisóstomo Procopio.
––¡El rey, señores, el rey! exclamó una voz.
Enrique III bajaba, efectivamente con el duque de Guisa a la derecha y el cardenal de Lorena a la izquierda, y parecía hallarse muy triste.
––Señores dijo al pasar entre los nobles que le ocultaban cuanto podían al lisiado, frecuentemente me habéis oído hablar del regio recibimiento que en el Piamonte me dispensó el duque Manuel Filiberto de Saboya, ¿no es verdad?
Inclináronse los jóvenes en señal de asentimiento.
––Pues saber que esta mañana he recibido la dolorosa nueva de su fallecimiento en Turín a 30 de agosto de 1580. Digna de él fue su muerte, señores; murió en brazos de su hijo, diciéndole:
"Hijo mío, aprende de mi muerte cuál debe ser tu vida, y de mi vida cuál debe ser tu muerte. A tu edad eres ya capaz de gobernar los Estados que te lego; procura conservarlos y convéncete de que viviendo en el santo temor de Dios no te faltará su protección."
El duque Manuel Filiberto era amigo mío, señores; durante ocho días vestiré de luto y oiré misa en su sufragio. Quienes me imitaren merecerán parabién.